



MEXICANA

124

COLECCION  
DE IMPRESOS

SANTISIMA  
VIRGEN MARIA

BX880

M5

v. 124

004529



1080015544



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIDA

DE LA

# SANTISIMA VIRGEN

POR EL

P. Pedro de Rivadeneyra

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.

Con una explicación del hábito y escapulario del  
Cármén y del Escapulario Azul,  
y algunas otras devociones.

\*  
JHS

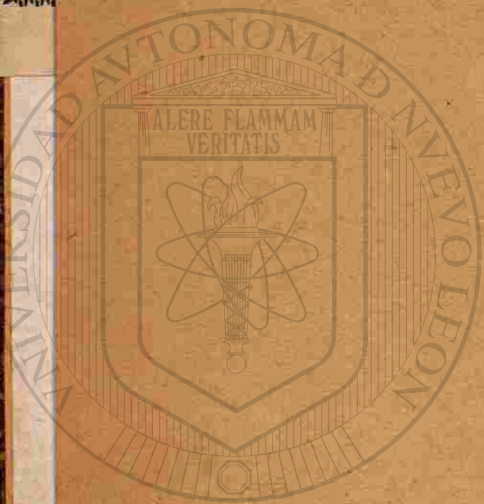
Con licencia del ordinario.

GUANAJUATO.

Imprenta y Papelería de Manuel López y Ag.

Plaza Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

1889



H  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

1889

62880  
MS  
v.124



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

# RECUERDO

DE LOS

## PADRES MISIONEROS,

Antonio Labrador y Ruiz,

Estanislao Mauleón y

Vicente Blanci.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

Cárcel de Granaditas,  
Guajuato, Agosto de 1889.

Autun



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR SOCIAL

Y GUSTAREIS

# COMPENDIO

DE LAS VIRTUDES

## DE LA SÍMBA VIRGEN

POR

### San Ambrosio.



¡OH MARIA,

Mostrad que sois nuestra Madre!

LA VERDADERA FELICIDAD.

IMITADLA,

## Maria era

Virgen de cuerpo y alma,  
Humilde de corazón,  
Grave en sus palabras,  
Prudente en sus consejos,  
Aplicada al trabajo,  
Circunspecta en sus conver-  
saciones,  
Amiga de la lectura piadosa.

004529

MARIA SOBRESALIA

En fe  
En pudor,  
En piedad,  
En silencio.

MARIA NUNCA

Disgustó á sus padres,  
ni desprecio á los inferiores,  
ni hizo burla de los débiles,  
ni recibió mal á los pobres.

MARIA TENIA POR REGLA:

No buscar en todo sino  
á Dios,  
Vivir recogida,  
No causar molestia á nadie,  
Hacer bien á todo el mundo,  
Honrar á los mayores,  
No envidiar á los iguales,  
Huir la vanagloria,  
Amar la virtud,  
Seguir en todo la recta razón.

María guardaba la mayor modestia

En el andar,  
En el hablar,  
En el semblante,

En sus entretenimientos  
En su mirar,  
En todas sus acciones,

MARIA ESTUVO DADA ENTERAMENTE Á DIOS.

Imitada, para que ella os ame.

VIDA

DE LA

SANTISIMA VIRGEN.

Después de la vida de nuestro Salvador, espejo, regla y medida de toda santidad, debemos poner los ojos en la vida de su purísima Madre, que fué escogida de Dios para la mayor dignidad que puede haber en humana criatura; y para ello fué adornada de los mayores dones y virtudes que á nadie fueron concedidos. Una de las cosas en que Dios más ha declarado la grandeza de su bondad, sabiduría y omnipotencia, es la santidad de

MARIA SOBRESALIA

En fe  
En pudor,  
En piedad,  
En silencio.

MARIA NUNCA

Disgustó á sus padres,  
ni desprecio á los inferiores,  
ni hizo burla de los débiles, ni recibió mal á los pobres.

MARIA TENIA POR REGLA:

No buscar en todo sino  
á Dios,  
Vivir recogida,  
No causar molestia á nadie,  
Hacer bien á todo el mundo,  
Honrar á los mayores,  
No envidiar á los iguales,  
Huir la vanagloria,  
Amar la virtud,  
Seguir en todo la recta razón.

María guardaba la mayor modestia

En el andar,  
En el hablar,  
En el semblante,

En sus entretenimientos  
En su mirar,  
En todas sus acciones,

MARIA ESTUVO DADA ENTERAMENTE Á DIOS.

Imitada, para que ella os ame.

VIDA

DE LA

SANTISIMA VIRGEN.

Después de la vida de nuestro Salvador, espejo, regla y medida de toda santidad, debemos poner los ojos en la vida de su purísima Madre, que fué escogida de Dios para la mayor dignidad que puede haber en humana criatura; y para ello fué adornada de los mayores dones y virtudes que á nadie fueron concedidos. Una de las cosas en que Dios más ha declarado la grandeza de su bondad, sabiduría y omnipotencia, es la santidad de



esta Virgen, cuya vida, escrita breve é historialmente, es la que sigue:

La sacratísima Virgen María, Nuestra Señora, fué de Nazaret, ciudad de Galiléa, é hija de padres nobles y ricos. Su padre se llamó Joaquín, natural de Nazaret; su madre Ana, de la ciudad de Belén. Eran los dos de la tribu de Judá y del linaje real de David; Joaquín por vía de Natán, y Ana por vía del rey Salomón, que ambos fueron hijos de David. Estos bienaventurados padres de la Virgen eran de vida santísima, como convenía que fuese el árbol que había de producir tal fruto. Empleábanse en la guarda de la ley con gran cuidado, en ayunos, oraciones y limosnas; repartían sus rentas en tres partes: una gastaban en el cultivo divino y ministerios del templo, otra en los pobres y la otra en el gasto de sus personas y familia.

Habían vivido veinte años casados sin tener hijos, porque Ana era

estéril, y por esta causa estaban tristes y afligidos, y como avergonzados y corridos; porque en aquel pueblo carnal se tenía la esterilidad por un género de oprobio y castigo de Dios; al cual estos santos casados suplicaban con grande instancia, de día y de noche, que les diese fruto de bendición, prometiéndole consagrar á su Divina Majestad el hijo ó hija que les diese. Perseverando en esta oración, un ángel apareció á Joaquín, que estaba en la majada de sus pastores, y le dijo que Dios había oído sus ruegos, y que tendría una hija que se llamaría María, y sería Madre del Salvador del mundo. La misma revelación tuvo Santa Ana en un huerto, en donde vivía apartada. Comunicáronlo entre sí, y hallaron que convenía muy bien lo que el ángel había dicho al uno con lo que había dicho al otro. Dieron muchas gracias al Señor por aquella tan marcada merced, y Ana con-

cibió á la Virgen sacratísima, á los ocho dias de Diciembre, en que la Santa Iglesia celebra la fiesta de su Concepción. Fué concebida sin pecado original, previniéndola Dios con tanta abundancia de gracia, cuanta era razón que tuviese la que era destinada para Madre suya y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal.

A los nueve meses cumplidos nació en Nazaret esta Niña benditísima, en una casa que tenían sus padres en el campo, entre los balidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores. Nació á los ocho de Septiembre, y nueve dias después, que fué á los diez y siete del mismo mes, según la costumbre de los hebreos, le fué puesto el nombre de MARIA. Dióle el Señor, á lo que algunos Santos dicen, y piadosamente se puede creer, por ángel de guarda á San Gabriel, y á otros muchos ángeles en su compañía. Al cabo de ochenta dias fué Santa Ana á Je-

rusalén á cumplir la ley de la purificación, llevando la Niña al templo en sus brazos como un tesoro precioso; y dada por ella la ofrenda acostumbrada de los primogénitos, se volvió con ella á su casa. Siendo ya de tres años, para cumplir el voto que había hecho de ofrecerla al Señor, la llevaron sus padres á Jerusalén, y la ofrecieron en el templo á los veintiuno de Noviembre, con las ceremonias que en semejantes ofrendas se usaban. Declararon al sacerdote el voto que habían hecho, encargándole que tuviese cuenta con su hija, como cosa ya dedicada á Dios, y que la pusiese entre las otras doncellas que le servían, junto al templo, en una casa edificada para este efecto, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y, apartadas del ruido y bullicio, podían ocuparse en santos y loables ejercicios, y entrar fácilmente en el mismo templo y hacer oración. Admi-

ró á todos por extremo la belleza y gracia de la bienaventurada Niña, y más la prontitud y alegría con que se despedía de sus padres y se dedicaba al Señor: sacando por aquellos pequeños indicios las grandes y maravillosas obras que Dios había de obrar en aquella que de tan tierna edad había escogido para su servicio.

¶ Fué recibida la santa Niña entre las otras vírgenes con gran regocijo de las demás, y luego comenzó á resplandecer en aquella casa material de Dios, la que era verdadero y espiritual templo suyo. Allí aprendió muy perfectamente á hilar lana, lino, seda y holanda, còser, labrar los ornamentos sacerdotales, y todo lo que era menester para el culto del templo, y después para servir y vestir á su precioso Hijo, y para hacerle la túnica inconsútil, como dice Eutimio. Aprendió asimismo las letras hebreas, y leía á menudo con mucho cuidado, y meditaba con

grande dulzura las divinas Escrituras, las cuales, con su alto y delicado ingenio, y con la luz soberana del cielo que el Señor le infundía, entendía perfectamente. Nunca estaba ociosa, guardaba silencio, sus palabras eran pocas y graves, y cuando eran menester: su humildad profundísima, la modestia virginal, y todas las virtudes tan en su punto y perfección, que atraía á sí los ojos, y robaba los corazones á todos: porque más parecía niña venida del cielo que criada acá en la tierra. Ayunaba mucho, y con el recogimiento, soledad, silencio y quietud se disponía á la contemplación y unión con Dios, en la cual fué eminentísima, y el Señor la visitaba y regalaba con sus resplandores y ardores divinos, como á esposa suya, y los ángeles á menudo se le mostraban y conversaban con ella; y algunas veces le traían para comer manjares no aparejados por mano de hombres, sino venidos del cielo.

Vivió en esta manera de vida hasta los once años de su edad, en la cual murieron sus santos padres, muy viejos, casi de ochenta años, sin haber tenido otra hija ni hijo, sino ella.

Estando aquí en el templo, con encendido deseo y amor de la virginidad, que el Espíritu Santo le inspiraba, hizo voto de guardarla perpetuamente, y fué la primera que hizo esta manera de voto y alzó la bandera de la virginidad, y con su ejemplo incitó á tantos y tan grandes escuadrones de purísimas doncellas para que la abrazasen, y por no perderla perdiesen sus vidas, y por esto se llama Virgen de las vírgenes, como maestra y capitana de todas ellas. Porque, aunque es verdad que en el Viejo Testamento algunos permanecieron castos toda su vida, Josué, Melquisedec, Elías, Eliséo, Jeremías y los tres mozos del horno de Babilonia; pero cosa cierta y averiguada es que ninguno, con obligación de vo-

to, prometió á Dios virginidad, y que nuestra Señora fué la primera que, sin ejemplo á quien imitase, le hizo, y se ofreció á Dios; porque esta gloria estaba reservada á esta Señora, que sola había de juntar la flor de virgen con el fruto de madre.

Siendo ya de edad para casarse, pareció á los sacerdotes que la Virgen tomase marido, como lo hacían las demás que tenían edad para ello. Mas como ella entendiese que trataban de casarla, respondió con humildad y modestia que aquello no podía ser, porque sus padres la habían ofrecido á Dios, y ella había hecho voto de perpetua virginidad. Admiráronse todos de oír cosa tan nueva, y trataron si sería bien casarla con algún sacerdote, en cuya compañía perseverase en el servicio del templo; mas esto no tenía lugar, porque, por ser única de sus padres, había heredado, y, según la ley, era forzoso casarse con hom-

bre de su mismo linaje y familia. Acudieron al divino oráculo, y respondió el Señor que todos los que al presente estaban en Jerusalén, del linaje de David, se juntasen, y á quien le cupiese la suerte, éste se casase con ella; y la Virgen tuvo revelación del Señor que obedeciese á los sacerdotes, y que no temiese, porque Él la cuidaría. Cupo la dichosa suerte á José, de la tribu de Judá, natural de Belén, de oficio carpintero, hombre de madura edad, y santo, y que siempre había guardado castidad, y cual convenía que fuese el esposo de tal esposa. Desposáronse, siendo la sacratísima Virgen de trece años y tres meses, y fué entregada á su esposo, para guardar y mirar por ella.

Con esto nuestra Señora volvió á Nazaret, y habitó en la casa de sus padres, que ella, como hija única, había heredado; y estando en Nazaret la Virgen purísima, y llegada aquella hora bienaventurada en que

Dios había determinado vestirse de nuestra carne en sus entrañas, vino á ella el arcángel San Gabriel con aquella tan alta y soberana embajada; y hallándose sola, retirada y suspensa en contemplación, con grande humildad y reverencia la saludó y le dijo: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, y tú eres bendita entre todas las mujeres." Turbose la Virgen, no por ver el ángel, que no era cosa nueva para ella, sino por verle en figura de hombre, y por las alabanzas que le daba, de las cuales ella se tenía por indigna. Mas el ángel la animó, y declaró el misterio á que venía, y le aseguró que varón no tendría parte en ella, ni su virginidad (de la cual ella estaba tan solícita) padecería detrimento; porque el Espíritu Santo vendría sobre ella, por cuya virtud concebiría al Hijo del Altísimo; y le trajo el ejemplo de su prima Isabel, que, siendo vieja y estéril, había concebido, porque

para Dios ninguna cosa es imposible, y cuando Él es servido, como pare la estéril, puede parir la virgen.

Con esta seguridad, obedeciendo á la voluntad del Señor, y humillándose profundísimamente hasta el abismo de su nada, dió el sí, y consintió en la embajada, diciendo aquellas dulcísimas palabras que alegraron al cielo y santificaron la tierra: "Hé aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, según tus palabras." En aquel momento concibió al Verbo eterno en sus entrañas, y fué verdadera Madre de Dios, y de su Padre y Criador, y constituida Reina del cielo y de la tierra, y de todo lo criado.

Acabado este inefable misterio, la Virgen, y ya Madre, movida del mismo Espíritu, que con tanta copia y plenitud de gracias había sobrevenido en ella, se puso en camino para visitar á su prima Isabel, y ejercitar la caridad con ella, y con

admirable ejemplo de humildad, ayudarla, servirla y darle el parabién de la merced que el Señor le había hecho en su vejez con el nuevo hijo, y santificar al mismo hijo con sus palabras. Anduvo aquel largo camino con presteza, porque el fervor de su gran caridad la alentaba y daba fuerzas, y mucho más el Tesoro que llevaba en su sagrado vientre, porque la preñez no le estorbaba. Entró en casa de Zacarías, saludó á Isabel, visitó la mayor á la menor, y saludola primero, antes que Isabel la saludase, para darnos en todo ejemplo de aquella singular humildad con que tanto agradó al Señor. Penetraron las palabras de la Virgen por los oídos de la madre, y llegaron al santo niño Juan, que estaba en sus entrañas, el cual, recibiendo el espíritu de la santificación, y conociendo al Señor del mundo que estaba encerrado en el sagrado tálamo de María, dió saltos de placer, significando con ellos lo que no podía

declarar con palabras. De este movimiento y nuevo regocijo entendió Isabel el nuevo misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, y alumbrada con el espíritu de profecía y luz del cielo, dijo á la Virgen Santísima: "Bienaventurada eres tú entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde merecí yo que la Madre de mi Señor venga á mí?" Y las otras palabras que siguen en alabanza de la Virgen; la cual, reconociendo todas las gracias del Señor, y no atribuyendo ninguna á sí, cantó aquel cántico del *Magnificat*, que está más lleno de misterios que de palabras. Y habiendo estado casi tres meses en aquella casa, santificándola con su presencia, se volvió á la suya en Nazaret.

Aquí pasó aquella grande tribulación, con la sospecha que de ella tuvo el santo José, su esposo; porque viendo él que la sacratísima Virgen estaba preñada, y sabiendo cierto que él no tenía parte en aquel preña-

do, se halló muy turbado y confuso, no sabiendo lo que en caso tan dudoso había de hacer para cumplir con la ley y no infamar á una mujer de tan loables costumbres, y que por ventura no tenía culpa. Y la santa Esposa, aunque veía las olas y afectos varios del corazón de su dulce esposo, y tenía pena de su pena, pero por encubrir el sagrado misterio que Dios había obrado en ella con el velo de la humildad, disimulaba, callaba, oraba y encomendaba su causa á Dios, para que Él pusiese remedio. Oyola el Señor, y envió á un ángel del cielo á José, que le apareció en sueños, y le declaró el misterio, y mandó que tomase á la Virgen, para servirla y acompañarla, y tener cuidado del fruto benditísimo que de ella naciese, á quien llamarían Jesús. Con esta revelación se deshicieron aquellos nublados, cesó la tempestad, y se serenó el corazón de José, y comenzó con mayor acatamiento y reveren-

cia á seguir aquella Virgen, que antes tenía por santa y ahora conocía por Madre de Dios. A la cual, estando ya en los nueve meses y vecina al parto, se le ofreció otro trabajo de un largo camino, que en tiempo de invierno y frío hubo de hacer con su esposo, de Nazaret á Belén, para cumplir con el edicto del emperador Octaviano, que había mandado que todos los sujetos á su imperio se empadronasen cada uno en la ciudad donde había nacido; y como José era natural de Belén, fué necesario ir allá para cumplir con este mandato. Pasaron los santos esposos en este camino mucha incomodidad y trabajo, á causa de ser el camino largo, el tiempo recio, su pobreza mucha, la Virgen Santísima de poca edad y delicada, y ya en días de parir, la cual llevaba con admirable sufrimiento y alegría todas aquellas molestias, porque tenía en sus entrañas la dulzura y regalo del mundo.

Llegaron á Belén, y no hallaron quien los albergase. Recogióronse á una cueva que estaba fuera y pegada á los muros del pueblo, donde se solían acoger las bestias y pobres caminantes; y en aquel vil y desabrigado establo parió la Virgen á Dios encarnado, y habiéndole envuelto en los pañales que para este efecto llevaba, le reclinó en el pesebre, adorándole como á Dios, y reverenciándole como á Señor, y besándole como á hijo. A los ocho días del nacimiento se hizo la circuncisión en el mismo portal donde estaba, y el ministro de ella, dice el bienaventurado San Bernardo, fué San José, y entonces se le puso el nombre de Jesús y Salvador que el ángel había publicado y traído del cielo. Vinieron después los Reyes Magos, guiados de la nueva estrella, y adoraron al doncel y á la doncella, al Hijo y á la Madre, declarando con sus dones de oro, incienso y mirra, lo que de aquel niño



tierno y Dios eterno creían. Cumplidos ya los cuarenta dias del sagrado parto, vino la Reina de los ángeles á Jerusalén para obedecer á la ley que Dios había dado de las paridas, y para presentar su Hijo primogénito al Señor en el templo, y rescatarle con cinco siclos, como lo mandaba otra ley de los primogénitos. Aquí tuvo nuevas causas de alegría y de tristeza, de consuelo y de dolor, porque por una parte vió que la gloria de su benditísimo Hijo comenzaba á manifestarse al mundo, y que aquel santo viejo Simeón le había tomado en sus brazos, adorándole y reconociéndole por luz de las gentes y ornamento y gloria del pueblo de Israel; y aquella venerable y anciana profetiza Ana le había magnificado y hablado altamente de sus grandezas y maravillas, lo cual todo era materia de gozo y alegría; mas por otra parte atravezó su corazón un cuchillo de dolor, cuando oyó decir al santo

viejo Simeón aquellas palabras: "Hé aquí este Niño, puesto como blanco, á quien el mundo ha de hacer contradicción, y muchos han de caer y levantarse por Él en Israel; y tu alma será traspasada de un cuchillo de dolor, para que se descubran los secretos de muchos corazones de los hombres". Con las cuales palabras se echó acibar en los placeres de este dia; y todo aquel gozo se aguló con temor y sobresalto, el cual comenzó á crecer, porque, acabada aquella ceremonia y solemnidad de la purificación de la Virgen, fué necesario aprisa huir á Egipto para escapar el Niño de las manos del impío rey Herodes, el cual le procuraba matar. Mas el ángel apareció en sueños á José y le mandó que luego se levantase y tomase al Hijo y á la Madre y se fuese á Egipto, y que allí estuviese hasta que fuese avisado. Y José lo hizo así, y por caminos apartados y desiertos, con gran trabajo é incomodi-

dad y solícito cuidado, hicieron aquella larga jornada y llegaron á Egipto, y habitaron en un lugar que ahora llaman Matarca, entre Heliópolis y Babilonia, tres leguas de Babilonia y cuatro de Heliópolis.

Aquí pasaron la vida con gran necesidad y pobreza, por ser extranjeros y no conocidos, y no con menor pavor y sobresalto; porque aunque estaban muy confiados que el Señor guardaría aquel Niño, todavía el amor era causa del temor, y no les dejaba reposar. Pero lo que más affigía á la Virgen era ver la ceguedad de aquellos pueblos en que vivían, los cuales, dejando á Dios verdadero, adoraban por dioses á las obras de sus manos, y al cocodrilo y á las serpientes y otras sabandijas, y en ellas á los demonios, que los traían engañados. Estuvieron en Egipto hasta la muerte de Herodes, y por mandado del mismo ángel que antes había aparecido á José, volvieron á su tierra

é hicieron su asiento y morada en la ciudad de Nazaret, de donde venían cada año á Jerusalén á visitar el santo templo del Señor.

Siendo ya el Niño de doce años, y habiendo venido, como acostumbraba, con sus padres al templo, se quedó en él sin que ellos lo entendiesen; y buscándole tres dias con grandes sollozos, suspiros y lágrimas, al cabo le hallaron en el templo entre los doctores y sabios, proponiéndoles dudas y respondiendo á las que ellos proponían. Viéndole así la dulcísima Madre, dijo al Niño benditísimo: “¿Hijo, porqué lo habeis hecho así, sabiendo que vuestro padre y yo con grande dolor os buscábamos?” Y el Señor respondió: “¿Para qué me buscabais? ¿No sabiais que me tengo de ocupar en las cosas que tocan al servicio de mi Padre?” Las cuales palabras, aunque los circunstantes no las entendieron, la Virgen las notó y guardó en su pecho para rumiarlas,

y considerar los misterios profundos que estaban envueltos en ellas. Todo el resto del tiempo hasta los treinta de su vida, estuvo el Señor con su bendita Madre, acompañándola, obedeciéndola y sirviéndola como hijo obedientísimo á su verdadera y amantísima Madre. De esta sujeción y obediencia podemos sacar la humildad del Hijo y la excelencia de la Madre; porque no puede haber humildad más profunda que sujetarse y obedecer Dios á su criatura, ni mayor grandeza y soberanía que mandar la criatura á Dios: y ésta tuvo la Virgen sacratísima hasta la edad de los treinta años de su Hijo. El cual, habiendo cumplido veintinueve años y trece dias, se despidió de su madre y fué á Betabora á ser bautizado en el rio Jordán, de San Juan, y de allí entró en el desierto y ayunó cuarenta dias y fué tentado, y venció al enemigo; y salió como maestro del cielo á predicar, y juntó discípulos,

é hizo lo demás que referimos en su vida. Pero en este tiempo, aunque andaba de unas partes á otras predicando, la Virgen sacratísima le acompañaba, y se halló con Él y sus discípulos en las bodas de Caná de Galiléa, y faltando el vino, no faltó la piedad de esta Señora para rogar á su bendito Hijo que proveyese aquella falta, para que no cayesen en vergüenza los novios, y con ocasión de aquel milagro se manifestase más su gloria, y así lo hizo Cristo nuestro Redentor, que ninguna cosa que le pide niega á su Madre; y este fué el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino, y mostrándose Señor absoluto de todas las criaturas.

Otra vez asimismo leemos, que estando predicando Cristo nuestro Señor, vino su Madre, y los oyentes le dijeron: "Hé aquí que tu Madre y tus hermanos te buscan;" llamando hermanos, según uso de los hebreos, á los parientes cercanos de

Cristo, por parte de su Madre, y aun de José, á quien tenían por padre suyo. Y otras muchas veces es de creer que la Virgen santísima acompañaba á su benditísimo Hijo, é iba con Él, y le seguía, para servirle en sus trabajos, y gozar de su vida y doctrina, y magnificarle por las maravillas que obraba; y duró el hacer esto, todo el tiempo que predicó Cristo, hasta que, acercándose ya la hora en que el mismo Señor había determinado de morir, y habiendo celebrado aquella última y misteriosa cena con sus doce Apóstoles, se despidió de su dulcísima Madre, que en la misma casa con otras santas mujeres, aparte, también había celebrado la Pascua, y se fué al huerto, donde había de ser preso, quedando la Virgen en la misma casa, suspensa y temerosa, aguardando el suceso de la pasión. Cuando supo que su Hijo estaba preso y que le llevaban de un juez á otro, luego, sin detenerse, salió de

casa, y le siguió con otras santas mujeres hasta el monte Calvario, donde no se puede con palabras explicar, ni el dolor que penetró su corazón, viendo á su Hijo tan mal tratado y afeado, y como un cordeiro manso despedazado de aquellos lobos infernales, ni la constancia y fortaleza que tuvo, conformándose en todo con la voluntad del Señor, y queriendo la muerte de su Hijo para gloria suya y satisfacción de nuestras culpas. Porque el dolor fué á medida de su amor, de donde él y las demás pasiones nacen, y el amor de la Virgen para con su Hijo fué el mayor que jamás tuvo ni tendrá criatura, porque fué amor de Madre para con su Unigénito Hijo, é Hijo todo suyo, sin compañía de padre, é Hijo que juntamente era hombre y Dios; y en cuanto á la naturaleza humana, el más acabado y perfecto hombre, y más lleno de gracia y dones que puede ser. Pero este sentimiento y dolor, aun-

que fué tan excesivo, no turbó á la Virgen, ni la afligió de manera que no estuviese en pié, como una firme columna, allí cerca de la cruz, mirando con los ojos llorosos aquel espectáculo lastimoso, y ofreciendo al Padre Eterno en sacrificio á su mismo Hijo en olor de suavidad, y suplicándole que le aceptase, y se aplacase, y por Él perdonase los pecados del mundo; porque ella se conformaba con su voluntad santísima, y quería lo que Él quería, y que su Hijo muriese con una muerte tan dolorosa y afrentosa, pues que su Divina Majestad así lo había ordenado.

De esta manera acompañó la Madre al Hijo en sus dolores y afrentas, y entró á la parte de su pasión como verdadera Madre: la cual piedad, queriendo remunerar el Señor, le dijo aquellas lastimeras y amorosas palabras: *Mujer, ves ahí á tu Hijo*: y luego dijo al discípulo: *Ves ahí á tu Madre*, dándole por hijo

adoptivo á San Juan, que desde aquella hora la tomó por madre, para servirla y mirar por ella como si lo fuera: quedando con este trueco la castísima Virgen traspasada de un agudo cuchillo de dolor, por ver cuán diferente era el Hijo que perdía del que le habían dado, y el amor entrañable que para consigo tenía aquel Hijo, que estando, como estaba, tan atormentado en la cruz, no se olvidaba de ella. Cuando le vió espirar, ella juntamente diera su espíritu, si con fuerzas sobrenaturales el Señor no la esforzara; y la lanzada, que después de muerto se dió al Hijo, no menos traspasó el corazón vivo de la Madre que el corazón muerto del Hijo. Después se bajó el sagrado y descoyuntado cuerpo de la cruz, y la Virgen le tomó en sus brazos con tal sentimiento, que ni se puede con palabras explicar, ni con entendimiento humano comprender. Finalmente: habiendo sepultado al Se-

ñor, acompañada de San Juan y de algunas piadosas mujeres, se volvió á la casa de Juan Marcos, donde se había hecho la cena, con increíble tristeza, para aguardar el alegre día de la gloriosa resurrección del gloriosísimo Hijo.

En este llanto pasó la Virgen aquellos tres dias que el ánima de su benditísimo Hijo estuvo en el limbo, y el cuerpo en el sepulcro: hasta que, venida la mañana del día del domingo, resucitó victorioso; y acompañado de innumerables almas de los Santos Padres, que como depojos había sacado del limbo, le apareció primero que á nadie, como á Madre carísima, y que más que nadie lo merecía: con cuya vista las lágrimas de tríteza se convirtieron en lágrimas de consuelo, y se serenó aquella Señora, que estaba como luna eclipsada por la ausencia del sol. No se puede decir ni entender el gozo que recibió la Virgen con ver á su Hijo vence-

dor y triunfador de la muerte, y los abrazos que le dió, y las veces que besó las señales resplandecientes de las llagas que habían quedado en sus piés y manos y sagrado costado. Pues, ¿quién podrá explicar las gracias y alabanzas que le dieron todas aquellas almas santas, por haber sido medianera de su remedio, libertadora de su cautiverio, y Madre de aquel Señor que con tanta gloria los había rescatado?

Cuarenta dias estuvo el Señor en el mundo después de haber resucitado, en los cuales es de creer que muchas veces visitó á su bendita Madre, recreándola con su vista y regalándola con sus dulcísimas palabras, y que los Apóstoles y los demás fieles le darían el parabién de la gloria de su Hijo, y que ella les quitaría toda la duda y sospecha, y los confirmaría en la fé de la resurrección. Al cabo de los cuarenta dias apareció últimamente el Señor á su Madre y á sus discípulos, y los

llevó al monte Olivete, y despidiéndose, les echó su bendición, y con inefable gozo, gloria y majestad, subió á los cielos, dejando á la Virgen más alegre por su gloria, que triste por su ausencia.

Volvieron todos al Cenáculo, donde perseveraron en oración, esperando la venida del Espíritu Santo: al cual recibió la Virgen con tanto mayores y más copiosos dones y gracias que todos los demás, cuanto su disposición era mayor, y la dignidad de Madre y de Maestra de toda la Iglesia lo pedía.

Después de esto moró la Santísima Virgen en Jerusalén, ocupándose parte en altísima contemplación de Dios y de los misterios que vestidos de su carne había obrado, y particularmente en recibir muy á menudo el inefable Sacramento de su cuerpo, con los otros fieles; porque si ellos lo hacían, ¿con cuánta más razón lo haría la que tanto mejor que todos entendía la dignidad

de aquel Señor, y tanto más preparada estaba para recibirle, y con el uso de él tanto más soberanos dones y gracias continuamente recibía?

Parte se ocupaba en visitar y reverenciar aquellos santos lugares que su Hijo había consagrado con sus pisadas y obras maravillosas, y parte en formar aquella nueva y primitiva Iglesia del Señor, que se comenzaba á plantar y extender en el mundo: porque ella era la que enseñaba á los Apóstoles y la que les manifestaba los misterios de la encarnación, nacimiento, circuncisión y niñez de Cristo; ella la que con sus oraciones y vida divina, y palabras celestiales, alentaba y daba vida á toda aquella santa compañía; ella la que con sola su vista serenaba los corazones afligidos, componía los afectos desordenados, reprimía y mitigaba los apetitos sensuales, esforzaba á los flacos, levantaba los caídos, confirmaba á

los fuertes, y convertía á los pecadores.

Su caridad para con todos era ardentísima, la humildad profundísima, la paciencia en los trabajos y persecuciones invencible y de manera que sólo el verla despedía cualquiera tristeza y vano temor.

Finalmente: era un oráculo de toda la Iglesia, un sol que resplandecía en el mundo, un prodigio divino, una Virgen tan vestida y adornada de Dios, que en su mismo rostro y semblante representaba la inefable dignidad de Madre suya, con tan grande majestad y gracia, que todos tenían deseos de verla, y muchos se pusieron en camino para Jerusalén, para gozar de la presencia de esta santísima Virgen. Porque, como dice San Ignacio en una carta que escribió á San Juan Evangelista: “¿Qué cristiano fiel y amigo de nuestra santa fé y religión habrá, que no desee ver y hablar á Aquella que mereció tener en sus

entrañas y parir á Dios verdadero?”

Entre éstos fué también aquel gran Dionisio Areopagita, discípulo del Apóstol San Pablo, del cual se dice que habiendo sido poco antes convertido á Cristo en Atenas por la predicación de San Pablo, vino á ver á esta Señora; y que, en viéndola, le dió una admiración de grande suavidad, y vió en ella una dignidad más que de persona mortal, que le causó un estupor maravilloso, que la tuviera por Dios, y como á tal la adorara, si no supiera por la fé que no lo era: y añade Ubertino que vió San Dionisio alrededor de la Virgen un ejército de innumerables ángeles.

También estuvo un poco de tiempo la Santísima Virgen en la ciudad de Efeso, en la provincia de Asia, juntamente con San Juan Evangelista, como se saca del Concilio Efesino, en una epístola al clero de Constantinopla, derramando en todas partes sus resplandores, y dan-



do salud y vida espiritual á todos aquellos con quienes trataba.

Habiendo, pues, pasado con este tenor de vida muchos años, y guardándola para consuelo y bien de toda su Iglesia; siendo ya de anciana edad, viendo extendida por el mundo la fé y el nombre de su Hijo; encendida de amor, y derretida de deseo de verle, le suplicó afectuosamente que la librase de las miserias de esta vida, y la llevase á gozar de su bienaventurada presencia. Oyó los piadosos ruegos el Hijo de la Madre, á quien siempre oye, y envióle un ángel con la alegre nueva de su muerte, la cual ella recibió con gran júbilo de su espíritu, y lo descubrió á su querido hijo Evangelista. Él lo dijo á los fieles que estaban en Jerusalén, y luego se derramó por los otros cristianos que estaban en toda aquella comarca, y vinieron muchos á Jerusalén, se juntaron en el monte santo de Sión, en la casa donde Cristo cenó con

sus discípulos é instituyó aquella Mesa real de su sagrado Cuerpo para sustento de toda su Iglesia, y el Espíritu Santo había venido en lenguas de fuego. Trajeron los fieles muchas velas, unguentos y especies aromáticas, como tenían de costumbre, y muchos himnos compuestos para cantar en su glorioso tránsito; y para mayor gozo de la Virgen y consuelo de los Apóstoles, de varias partes y provincias del mundo, en que andaban predicando, todos los que vivían entonces fueron traídos milagrosamente á su presencia: halláronse también otros varones apostólicos, Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita, y otros muchos que con grande instancia habían pedido al Señor que los hiciese dignos de ver aquel dichoso espectáculo.

Quando la Virgen purísima vió aquella santa y bienaventurada compañía, se gozó con un gozo inefable, é hizo gracias á su bendito Hijo por aquel incomparable beneficio

que le había hecho, y con rostro grave y sereno les dijo: que los espíritus celestiales habían mucho deseado su partida de esta tierra, y que ella también lo había suplicado á Dios, y Él se lo había otorgado, y que así presto se cumpliría. Recostose en una humilde cama, y mirando á todos, que ya tenían candelas encendidas en las manos, con un aspecto más divino que humano, les mandó que se acercasen para darles su bendición, la cual les echó, suplicando á su Hijo que la confirmase desde el cielo, y les diese aquellos bienes sempiternos que nunca desfallecen ni se acaban.

Todos se deshacían en lágrimas por la ausencia de tal Madre, y ella los consolaba, y decía: "Quedaos con Dios, hijos míos muy amados; no lloreis porque os dejo, sino alegraros, porque voy á mi querido." Luego encomendó á San Juan que repartiase dos túnicas ó ropas que había usado, á dos doncellas que

allí estaban, y habían vivido mucho tiempo con ella. En este punto bajó del cielo, acompañado de innumerables ángeles, su Hijo dulcísimo, y, en viéndole, con grandes júbilos y saltos de su corazón, dijo la Madre santísima: "Bendígote, Señor, dador de toda bendición y luz de toda luz, por haberte dignado tomar carne de mis entrañas. Bien cierta estoy que se cumplirá en mí todo lo que tú dijiste."

En diciendo esto, se reclinó en la cama y se compuso decentemente, y levantando las manos en alto, llena de increíble gozo por ver á su Hijo, que la llamaba y convidaba á la eterna felicidad, le dijo: "Cúmplase en mí tu palabra"; y con esto, como quien se echa á dormir, sin dolor alguno ni pesadumbre, dió su alma á aquel Señor, á quien ella había dado su carne, la noche antes del día 15 de Agosto, cincuenta y siete años después que parió á Cristo, y á los veintitrés de su pasión,

siendo de edad de setenta y dos, menos veinticuatro días, según la más probable y verdadera opinión; porque algunos no le dan sino cincuenta y nueve, y otros sesenta y dos ó sesenta y tres, y otros menos. Pero supuesta la verdad tan testificada de tantos y tan graves autores, que los sagrados apóstoles se hallaron á la muerte de la Virgen Santísima, y que San Dionisio Areopagita, como él dice, estuvo presente á ella, necesariamente le habemos de dar más larga edad; pues él no se convirtió á Cristo hasta que San Pablo vino á Atenas, que fué el año del Señor de cincuenta y dos, y á los sesenta y siete de la Virgen. Llevó el bendito Hijo el alma purísima de su bendita Madre al cielo, donde fué recibida de toda aquella corte celestial y bienaventurados espíritus con cantares de alabanza y júbilos de fiestas y alegría, como convenía que fuese recibida la Reina de todos y Madre de su Se-

ñor. Admiráronse de su belleza, gloria y majestad, y de verla tan rica y adornada de tantas virtudes y gracias soberanas, que con su resplandor oscurecía el de los otros santos, como el sol la claridad de las estrellas. Allí fué colocada sobre todos los coros de los ángeles en coro aparte y por sí, á la diestra de su Hijo.

En la tierra, al mismo tiempo que espiró la Virgen, los mismos ángeles que acompañaron su alma dieron música suavísima, y no menos los que quedaron alrededor de su sagrado cuerpo, para celebrar las exequias; y esta música fué oída de los que allí estaban presentes. Mas los Apóstoles y discípulos del Señor, cuando vieron difunta á la Virgen, se arrojaron en el suelo, besaron con gran ternura, devoción y afecto aquel santo cuerpo, cantando himnos y alabando al Señor, que había tomado carne de aquella carne, y por medio de ella obrado tan gran-

des maravillas. Ungieron el cuerpo, como era costumbre, con preciosos unguentos, y envolviéronle en una sábana limpia, esparciendo flores y suaves olores; pero ninguno llegaba á la fragancia que del santo cuerpo salía. Vinieron muchos enfermos con varias y graves dolencias, y todos quedaron sanos por virtud de aquella Señora, que nos dió la salud al mundo.

En amaneciendo el dia quince de Agosto, los santos Apóstoles tomaron sobre sus hombros las andas en que iba el sagrado cuerpo, y llevaronle por medio de la ciudad á Getsemaní, cantando ellos y todos los fieles y los mismos ángeles, que acompañaban el entierro, loores á la Virgen.

Atreviose un judío pérfido y obstinado, del linaje sacerdotal, á echar mano de las andas para derribarlas en el suelo; mas las manos, cortadas de sus brazos, quedaron allí pegadas en castigo de su loco atrevimien-

to. Conoció el ciego su culpa, alumbrado con la pena; llorola, pidió perdón, y alcanzolo, porque mandando San Pedro juntar los brazos mancos con las manos que colgaban, quedó el hombre sano en cuerpo y en alma; pues en dia tan solemne y de tanto regocijo para la Virgen, no convenía que ninguno dejase de recibir mercedes por su mano. En llegando á Getsemaní, al tiempo que el santo cuerpo se hubo de poner en el sepulcro, allí fué el renovarse el llanto, el besarle de nuevo, y adorarle con gran reverencia, sin poder desviar los ojos de donde tenían el corazón. Al fin se puso el cuerpo en el sepulcro, pero no por eso se partieron los Apóstoles, antes estuvieron allí tres dias oyendo la música de los ángeles, alabando juntamente con ellos á Dios.

Llegó al tercer día Santo Tomás, Apóstol, que no se había hallado á la muerte de la Virgen, y deseando

ver y reverenciar el santo cuerpo, pidió que se abriese el sepulcro; permitiendo el Señor que viniese tarde, para que con esta ocasión se manifestase lo que sucedió; porque, abriendo el sepulcro, no se halló el sagrado cuerpo, sino solamente bien compuesta la sábana y los lienzos en que había sido envuelto, los cuales ellos besaron; y cerrando el sepulcro, del cual salía un olor suavísimo, y más del cielo que de la tierra, llenos de gozo y de incomparable alegría, se volvieron á la ciudad, teniendo por cosa muy cierta y averiguada que aquel cuerpo santísimo, unido ya con su ánima, y glorioso, había resucitado y subido al cielo.

La estatura de la Virgen fué mediana, aunque algunos dicen que fué algo más que mediana. El color era trigüeño, el cabello rubio y de color de oro, los ojos vivos, y las niñetas de ellos un poco coloradas, las cejas arqueadas, negras y gra-

ciosas, la nariz un poco larga, los labios hermosos y de mucha suavidad en el hablar; el rostro más largo que redondo, las manos y dedos largos, su aspecto grave y modesto, sin ningún género de fausto ni melindres, ni afectaciones, sino sencillo y humilde. Los vestidos que traía no eran teñidos, sino de su color nativo. Era muy mansa, compuesta y recatada; no iracunda, ni risueña, ni libre en el hablar. Pintó San Lucas Evangelista, viviendo la Virgen, algunas imágenes suyas: una de ellas está hoy en día en Roma, en la iglesia de Santa María la Mayor, en la cual se echan de ver las facciones de la Virgen, y cuánto se parecía la Madre á su Hijo.

Esta es la vida de la sacratísima Virgen nuestra Señora, sacada de graves autores, referida breve y sencillamente.

En el cielo está sin duda en cuerpo y alma nuestra Madre, y allí está nuestra Abogada y nuestra Rei-

na, alegrando con su vista todas aquellas jerarquías de los ángeles, y á todos los cortesanos y moradores del cielo, é intercediendo por nosotros; y como fiel depositaria y dispensadora universal de todos los tesoros y gracias de Dios, repartiéndolo de ellas á los fieles, y con más larga mano á los que con más cuidado la sirven y con más particular devoción se le encomiendan. Porque ella es el cuello, por el cual nuestra cabeza, que es su benditísimo Hijo, influye en el cuerpo de su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual con que ella vive y se conserva; es el caño y arcadúz por donde pasa toda el agua que de aquella fuente de vida se deriva á nuestras almas; es la tesorera general de todas las riquezas que Dios tiene en el cielo y en la tierra; y es la puerta por donde habemos de entrar si queremos alcanzar perdón y misericordia en el acatamiento del Señor. Es Madre de gracia, por

ser Madre de Jesucristo, que es autor y dador de la misma gracia, por quien han sido agradables á Dios todos los que han sido desde el principio del mundo, y lo serán hasta el fin de los siglos. Por donde se ve las obligaciones precisas que nos corren de ser devotísimos de esta Virgen sacratísima, no solamente por habernos dado á su Hijo preciosísimo, concebido de su sangre en sus entrañas, que es todo nuestro bien, y el cumplimiento y remate de todos nuestros deseos y de nuestra bienaventuranza, sino también porque no podemos gozar de ese tesoro y sumo bien, si no somos ayudados y favorecidos de la misma Reina, por cuya mano el Señor nos lo comunicó con tan inestimable liberalidad.

Tenemos necesidad, como dice San Bernardo, de esta medianera para con su Hijo, que es único medianero entre nosotros y el Padre Eterno. Por esto todos los Santos

de todas las edades y naciones que ha habido en la Iglesia católica han sido siempre devotos y fidelísimos siervos de esta Señora, y se han empleado en alabarla, magnificarla y servirla con sus pensamientos, meditando sus grandezas; con sus lenguas, predicando sus maravillas; con su estilo escribiendo sus excelencias; con su vida, imitando la vida divina de la que Dios puso por ejemplo del mundo. Cuanto han sido más santos, tanto han sido más devotos capellanes de la gloriosa Virgen.

Y los santos y graves autores dicen que es singular gracia y favor de Dios, y unas como prendas de la salvación, el tenerle particular devoción, y acudir á ella con confianza, hacerle algún servicio, tomarla por Abogada y Patrona, é imitar sus virtudes; porque es Madre de misericordia, y ninguno esperó en ella y quedó confuso; y á esta causa el melífluo San Bernardo, y devotísimo de nuestra Señora, dice: "Calle

vuestra misericordia, ¡oh Virgen beatísima! si hay alguno que no halló vuestro favor como os lo pidió en sus necesidades"; y en otro lugar nos exhorta á todos á tener con ella especial devoción, y acudir á ella en todas nuestra necesidades, por estas palabras: "¡Oh tú, que entre las ondas de este siglo andas fluctuando! Si no quieres perecer en la tormenta, no desvíes los ojos de este norte y de esta estrella. Si se levantaren los vientos de las tentaciones, si fueres á dar en la roca de las tribulaciones, mira á la estrella, y llama á MARÍA. Si te arrebatara la ola de la soberbia, de la ambición, de la detracción ó envidia, mira á la estrella, y llama á MARÍA. Si la navecilla de tu alma zozobrare y estuviere en peligro por la codicia ó algún apetito sensual, mira á MARÍA. Si te comienzas á ahogar por la gravedad de tus delitos y la fealdad de tu conciencia, y espantado del juicio divino te afliges, y temes caer

en el profundo abismo de la desesperación, piensa en MARÍA. En los peligros, en las angustias, en las caídas congojosas, piensa en MARÍA, llama á MARÍA. No se aparte de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para que alcances el favor de su oración, no dejes los ejemplos de su conversación; porque, siguiéndola, no vas fuera de camino; rogándola, no desesperas; pensando en ella, no yerras; teniéndote ella, no caes; defendiéndote, no temes; siendo tu guía, no te causas; y siéndote ella propicia, llegas al deseado puerto de la eterna felicidad". Todo esto es de San Bernardo. Y es cierto que esta Virgen castísima y Madre benignísima toma debajo de su alas, y con especial amparo defiende á los que con entrañable afecto se encomiendan á ella, y les hace particulares mercedes, favores y regalos.

A San Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesárea, le apareció, y mandó á San Juan Evangelista que

le enseñase lo que había de creer y predicar acerca del misterio de la Santísima Trinidad. A San Martín le apareció, y le recreó, acompañada de un coro de vírgenes, que bajaron del cielo con ella. A San Cirilo Alejandrino, que por su servicio salió en campo contra Nestorio, hereje, y le venció, le socorrió á la hora de la muerte, y le alcanzó perdón de la culpa que había tenido en creer mal de San Juan Crisóstomo. A San Juan Damasceno restituyó la mano derecha, que el rey bárbaro, por falsa acusación de los hejes, le había mandado cortar; y, en testimonio de este milagro, quedó por señal como un hilo en la juntura donde la mano se pegó con su brazo. A San Gregorio Magno, con la imagen de la Virgen que pintó San Lucas y él mandó llevar en procesión, amansó la indignación del Señor, y cesó aquella cruelísima pestilencia que arruinaba y consumía la ciudad de Roma; por un pre-



ciosísimo dón envió á San Leandro, arzobispo de Sevilla, íntimo amigo suyo, la imagen de nuestra Señora, que hoy dia está en Guadalupe, y hace tantos y tan continuos milagros cada dia, y por ellos es reverenciada, no solamente en toda España, sino en todo el mundo. San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, por haber defendido con singular valor, celo y doctrina la pureza y perpetua virginidad de esta Reina de los Angeles contra ciertos herejes que la pretendían oscurecer, mereció verla y adorarla en su templo de Toledo, y recibir de su mano aquella vestidura celestial con que quedó tan rico, favorecido, y hecho en la tierra ciudadano del cielo.

Ruperto, abad Tuiciense, que, por ser tardo de ingenio, desconfiaba poder entender y penetrar bien los misterios que están encerrados en las divinas Letras, impetró de la Virgen sacratísima tan grande luz de ciencia y doctrina, que fué uno

de los sapientísimos varones de su tiempo, y esclarecido en vida y en muerte con muchos milagros. Y el mismo beneficio recibió el beato Alberto Magno, fraile de la Orden de Santo Domingo, y maestro del gran Doctor de la Iglesia Santo Tomás de Aquino, en el conocimiento de todas las letras, y especialmente de las naturales y filosóficas, que él deseó y pidió á nuestra Señora, por verse de poca habilidad y rudo ingenio.

Sería nunca acabar si quisiéramos referir aquí todo lo que graves autores escriben de los favores que esta Señora nuestra ha hecho á los que con limpio y devoto corazón le han pedido remedio y le han hecho algún servicio. Pero no es menos admirable su misericordia para con los pecadores, que su liberalidad y magnificencia para con sus devotos siervos. ¿Quién no sabe cómo libró esta Madre y Abogada de los pecadores á aquel arecediano ó mayor-

domo de Adama, ciudad de Cilicia, llamado Teófilo? El cual, por verse acusado falsamente, vencido de la impaciencia y dolor, ciego, negó á Cristo y á su bendita Madre, y se entregó totalmente á Satanás, y le dió vasallaje, con una cédula escrita de su mano; la cual cédula después recobró por la intercesión de la misma Señora que había ofendido, é impetró perdón de su gravísimo pecado. Pues ¿qué diré de María la penitente, que llaman Egipciaca? La cual, habiendo sido antes un muladar abominable por su deshonestidad, después que en Jerusalén se encomendó á la Virgen de las vírgenes, y le prometió dar libelo de repudio á todas las blanduras de la carne, por su intercesión floreció como un paraíso de deleites, y fué espejo de penitentes.

Y no es menos de maravillar la gracia que hizo nuestra Señora á una mujer de Alemania, la cual el año del Señor de 1094, no lejos de

la ciudad de Laudun, habiendo muerto á un hombre, y siendo condenada á ser quemada viva por ello, al tiempo que la llevaban al suplicio, pidió con grande afecto favor á la Virgen, y ella se lo dió tan cumplido, que, echada dos veces en el fuego, no se quemó ni se chamuscó un solo hilo de su ropa. Y como éstos hay otros innumerables milagros, que en todos los siglos pasados y en todas las provincias y naciones del mundo, con todo género de estados, sexos y condiciones de personas, en paz y en guerra, en la prosperidad y en la adversidad, en vida y en muerte, con justos y con pecadores, ha obrado el Unigénito y todopoderoso Hijo de MARÍA, para honra de su Madre Santísima. Y los que cada día obra en toda la redondez de la tierra, y especialmente en algunos señalados lugares y santuarios, que Él ha escogido para que en ellos sea más invocada y reverenciada esta Señora, como son

la santa casa de Loreto en Italia, las de Monserrate y Guadalupe en España, y las otras muchas que en ella y en toda la cristiandad son tenidas en grande veneración, son tantos y tan notorios, que no tienen cuenta, y como cosa muy sabida es mejor dejarlos, pues por mucho que se diga, siempre quedará más que decir.

### Memorare

Ú ORACIÓN DE SAN BERNARDO.

Acordáos, ¡oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que persona que á Vos se acogiese y pidiese socorro y favor, hubiere sido desamparada. Yo, animado con tal confianza, acudo á Vos, ¡oh

Virgen de las vírgenes! ¡oh Madre de mi Señor Jesucristo!: á Vos ven-;o; delante de Vos me presento con temor de mis pecados. No queráis menospreciar mis oraciones ni mis palabras, ¡oh Madre de la Palabra del Padre!; oidlas y cumplidlas con misericordia. Amén.

Trescientos días de indulgencia cada vez, y una plenaria al mes. (Pío IX.)

### EL ESCAPULARIO DEL CARMEN (1)

El Escapulario de Nuestra Señora del Cármen no es otra cosa que dos pedacitos de lana ó estameña de color negro, ó morado oscuro (Decreto de la Sagrada Congrega-

(1) Cuanto se dijere en este librito referente al *Escapulario*, entiéndase también del llamado *Hábito del Carmen*, puesto que uno y otro instituyen al que usan los Religiosos Carmelitas.

la santa casa de Loreto en Italia, las de Monserrate y Guadalupe en España, y las otras muchas que en ella y en toda la cristiandad son tenidas en grande veneración, son tantos y tan notorios, que no tienen cuenta, y como cosa muy sabida es mejor dejarlos, pues por mucho que se diga, siempre quedará más que decir.

### Memorare

Ú ORACIÓN DE SAN BERNARDO.

Acordáos, ¡oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que persona que á Vos se acogiese y pidiese socorro y favor, hubiere sido desamparada. Yo, animado con tal confianza, acudo á Vos, ¡oh

Virgen de las vírgenes! ¡oh Madre de mi Señor Jesucristo!: á Vos ven-;o; delante de Vos me presento con temor de mis pecados. No queráis menospreciar mis oraciones ni mis palabras, ¡oh Madre de la Palabra del Padre!; oidlas y cumplidlas con misericordia. Amén.

Trescientos días de indulgencia cada vez, y una plenaria al mes. (Pío IX.)

### EL ESCAPULARIO DEL CARMEN (1)

El Escapulario de Nuestra Señora del Cármen no es otra cosa que dos pedacitos de lana ó estameña de color negro, ó morado oscuro (Decreto de la Sagrada Congrega-

(1) Cuanto se dijere en este librito referente al *Escapulario*, entiéndase también del llamado *Hábito del Carmen*, puesto que uno y otro instituyen al que usan los Religiosos Carmelitas.

ción de Indulgencias, 12 de Febrero de 1840), unidos entre sí por dos cintas ó cordones cualesquiera, con tal de que permitan suspenderlo al cuello, de modo que cuelguen por la parte anterior del pecho y por la espalda.

## I.

## SU ORIGEN.

Esta devoción del santo Escapulario, tan extendida por toda la cristiandad, sobre todo después que los Sumos Pontífices la enriquecieron con singularísimos privilegios, tuvo principio en una aparición de la Santísima Virgen á San Simón Stock (16 de Julio de 1251), General de los religiosos Carmelitas en Occidente.

Suplicábale en cierta ocasión este Santo á Nuestra Señora, que pues los carmelitas eran sus hijos, y les había concedido el nombre y título del Carmelo, se dignase también

darles alguna señal ó prenda por la cual declarase de una manera sensible que verdaderamente era su Madre. Entonces, movida por ruegos tan cariñosos, se le apareció la Santísima Virgen, acompañada de innumerables ángeles, llenando la celda de resplandores celestiales. Venía sobremanera graciosa, con el hábito del Cármén, tendido el cabello, una corona imperial en la cabeza, y en sus manos el santo Escapulario. En esta forma, llegose con sin igual fineza á San Simón Stock, y poniéndoselo sobre los hombros: "Recibe, hijo mio, le dijo, el Escapulario de tu Orden, que es señal de mi hermandad y privilegio especial obtenido para tí y para todos los hijos del Carmelo. El que muriere con él, no padecerá el fuego del infierno. *In hoc moriens, æternum non patietur incendium.* Esta es la señal de salvación, defensa en los peligros, confederación de paz y pacto sempiterno."

Así lo refiere el Santo en una circular que remitió á toda la Orden para que le ayudase á dar gracias á la Santísima Virgen por beneficio tan insigne. Benedicto XIV, en su Tratado de las fiestas de la Santísima Virgen [*De canoniz. Sanct.*, t. IX, lib. II, cap. VI, *De festis, etc.*], tiene por auténtica esta revelación, sin otros muchos testimonios que nos confirman en tan piadosa creencia, como consta del sentir de la Iglesia, que indirectamente declara auténtica esta devoción del santo Escapulario, enriqueciéndola con singulares gracias y privilegios, como se verá más adelante.

A este favor tan especial, pronto correspondieron los fieles, corriendo con santo anhelo á alistarse en la Cofradía del santo Escapulario. Promovedores celosos de esta devoción fueron los Sumos Pontífices Juan XXII, Alejandro V, Clemente VII, Paulo III, San Pio V, Gregorio XIII, Paulo V, Clemente X, Inocen-

cio XI y otros muchos, que sería largo enumerar. Con esta preciosa librea se honraron asimismo Eduardo, rey de Inglaterra, los emperadores Fernando II y Fernando III, los reyes de España y Portugal, juntamente con las personas más nobles de la corte, San Luis, Luis XIII, Luis XIV, etc., sin otros muchos fieles de todas las clases y condiciones; los cuales han sido en tanto número, que bien puede asegurarse ser la devoción del santo Escapulario la más extendida entre cuantas tienen por fin especial honrar las grandezas de María. ¡Y cómo nó, si por medio tan sencillo tenemos una esperanza más de ser preservados de los fuegos eternos!

Porque, si bien es cierto que el santo Escapulario no tiene de suyo virtud alguna para perdonar los pecados, puesto que el sólo medio establecido por Dios para este fin es el sacramento de la Penitencia, ó un acto de perfecta contrición con

propósito de confesarse; pero también lo es que haciendo cuanto está de nuestra parte, la Santísima Virgen, como depositaria de los tesoros de la divina misericordia, fiel á su promesa, nos obtendrá las gracias necesarias para perseverar en la amistad de Dios, ó para reconciliarnos con Él sinceramente, si le hubiéremos ofendido; y así purificados, muriendo con tan preciosa librea, evitaremos las iras de una justicia inexorable. *In hoc moriens, æternum non patietur incendium.*

## II.

## VENTAJAS DE ESTA DEVOCIÓN.

La primera es la que acabamos de citar, es decir, la fundadísima esperanza de que muriendo con el santo Escapulario, evitaremos el fuego del infierno. Promesa de incomparable consuelo, y respecto de la cual no puede ya haber duda,

después de confirmada por tantos testimonios de los Soberanos Pontífices y decretos de la sagrada Congregación de Indulgencias. Además, la Iglesia aplica á la Santísima Virgen aquellas palabras de la Escritura (*Prov.*, VIII, 34, 35): “Bienaventurado el hombre que vela á mis puertas cada día y aguarda á los umbrales de mi casa; el que me hallare, hallará la vida y sacará su salvación del Señor.” De donde deducen los Santos, y especialmente San Buenaventura, que la devoción á María Santísima es señal de predestinación para la gloria. “Al que fuere concedido, dice San Anselmo, pensar en la Virgen muchas veces con dulce cuidado, tiene grande señal de alcanzar la salvación eterna.” ¿Y cómo no tendrá por cierta esta promesa el que, no sólo piensa en María, sino que tiene á honra grandísima ir vestido con su santo Escapulario?

La segunda, es la protección es-

pecial á que nos hacemos acreedores por parte de tan bondadosa Señora, al vestirnos con su librea en señal de perpetua esclavitud. Las demás devociones son ciertamente muy gratas á la Reina de los Angeles, pero no tienen lugar sino por un tiempo limitado, en algunas horas, ó á lo más en algunos días del año; pero este obsequio que le tributamos por medio del santo Escapulario es continuo, se extiende á todo lugar y tiempo, honrándonos con el distintivo de estar para siempre consagrados á su servicio: y si no se deja vencer en generosidad el corazón magnánimo de nuestra Madre María, pagando con creces el más pequeño servicio, claro está que también ha de recompensar de una manera especial tan piadosa devoción, declarándose nuestra protectora en todos los peligros de la vida.

El tercer fruto, y no ciertamente de los de menos estima, es la comunicación de méritos, es decir, la par-

te que nos cabe al inscribimos en la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen, de las gracias, indulgencias, privilegios y demás bienes espirituales adquiridos en todo el mundo por los Religiosos de la Orden Carmelita. Así consta en las varias fórmulas de recepción al imponer el santo Escapulario. En la aprobada por la sagrada Congregación de Indulgencias, el último párrafo, literalmente traducido del original latino, dice así: " . . . Y yo, en virtud de la facultad que se me ha concedido, te recibo é inscribo en la Cofradía del santo Escapulario, instituida en honor de la Santísima Virgen Madre de Dios, haciéndote participante de todas las gracias, indulgencias, privilegios y demás bienes espirituales de la misma Cofradía, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén". Tesoro in calculable de méritos y satisfacciones, que nunca podremos apreciar debidamente.



La última se refiere á las indulgencias, así plenarias como parciales, concedidas por los Romanos Pontífices al aprobar esta devoción. Las principales son las siguientes, sacadas de la Bula *Cum certas*, de Paulo V, 30 de Octubre de 1606, bajo las condiciones ordinarias de confesión, comunión, y rogar algún tiempo (v. gr., rezar dos ó tres Padre nuestros) por la intención de Su Santidad; esto respecto de las indulgencias plenarias.

PLENARIAS.—1.<sup>a</sup> El día de la recepción del Escapulario.

2.<sup>a</sup> El día de Nuestra Señora del Carmen (16 de Julio).—Benedicto XIV extendió la facultad de ganar esta indulgencia á todos los días de la octava.

3.<sup>a</sup> En el artículo de la muerte.

4.<sup>a</sup> Por asistir á la procesión que, con permiso del Ordinario, suelen hacer los miembros de la Cofradía. (Paulo V, 3 de Agosto de 1609 y 19 de Agosto de 1614.) Es necesario

asistir realmente; de modo que si una persona permaneciera en la iglesia durante la procesión, no ganaría la indulgencia.

5.<sup>a</sup> En las fiestas de la Santísima Virgen, tales como la de la Inmaculada Concepción (8 de Diciembre), de la Natividad de Nuestra Señora (8 de Septiembre), Presentación (21 de Noviembre), Anunciación (25 de Marzo), Visitación (2 de Julio), Purificación (2 de Febrero) y Asunción de Nuestra Señora (15 de Agosto). (Clemente X, Breve *Commisssae nobis*, 8 de Mayo de 1673.)

6.<sup>a</sup> Los días de San José (19 de Marzo), de San Simón Stock (16 de Mayo), Santa Ana (26 de Julio), San Miguel (8 de Mayo), Santa Teresa (15 de Octubre), etc.

7.<sup>a</sup> Finalmente, puede ganarse indulgencia plenaria todos los miércoles del año.

Los PP. Carmelitas Calzados tienen por cierta esta última indulgencia, y no parece hay razón para du-

dar de su autenticidad. En el diploma que da el General de los Religiosos Carmelitas Calzados en Santa María Transpontina, se dice: *Et tandem omnibus totius anni quartis feriis, sicut de novo eruitur ex Rex. Archivii Ordinis exhibito et approbato a Visitatione Apostolica, anno Jubilaei 1825.*

Las indulgencias contenidas en los números 5, 6 y 7 exigen como condición esencial que se visite alguna de las iglesias del Carmen. Sin embargo, un Rescripto de 15 de Julio de 1855 autoriza para visitar la iglesia parroquial, donde no hubiese iglesia del Carmen.

INDULGENCIAS PARCIALES.—Siete años y siete cuarentenas el domingo destinado á la procesión; y si esta no tuviere lugar, visitando alguna iglesia ó capilla de la Cofradía.—Cinco años y cinco cuarentenas de perdón á los que, revestidos del Escapulario, comulguen una vez al mes, y pidan por la intención de Su

Santidad.—Estas mismas pueden ganar los que acompañen al Santo Viático cuando se lleva á los enfermos, rogando á Dios por ellos. Trescientos días á los asociados que guarden abstinencia los miércoles y sábados.—Cien días cada vez que los asociados practiquen alguna obra piadosa ó de caridad, v. gr., asistiendo al entierro, socorriendo á los pobres, reconciliando á las personas enemistadas, instruyendo á los ignorantes en las verdades de la religión, etc.—Cuarenta días á los que recen cada dia siete Padre nuestros y Ave Marías en honor de la Santísima Virgen.

Es de advertir que todas las indulgencias aquí referidas son aplicables á las almas del purgatorio. (*Bulla Cum sicut accepimus*, Clemente X, 2 de Enero de 1672.)

## III

## CONDICIONES PARA LA ADMISIÓN Y PARTICIPACIÓN DE PRIVILEGIOS

1.<sup>a</sup> Recibir el Escapulario de mano de un Religioso Carmelita, ó de otro cualquiera Sacerdote, legítimamente facultado para *benedicirlo é imponerlo*: BENEDICTIO ET IMPOSITIO (24 de Agosto de 1844), para lo cual basta cualquiera de las fórmulas de recepción. El Sacerdote que bendice el Escapulario, podrá imponérselo á sí propio. (Decreto de 7 de Marzo de 1840.) En un principio, como consta de la Bula de Paulo V, era condición indispensable para gozar de los privilegios y gracias del santo Escapulario, que el nombre de los asociados constase en el registro de la Asociación; hoy no se exige este requisito, conforme consta del Indulto de Gregorio XVI (30 de Abril de 1838.)

2.<sup>a</sup> Para participar de los privilegios, se requiere llevar el Escapu-

lario habitualmente, y sobre todo á la hora de la muerte, puesto que á esta condición está ligada la promesa de ser preservado de los fuegos eternos.

Tales son las dos únicas condiciones exigidas, sin necesidad de otras preces, ayunos, limosnas, etc., para gozar de tan extraordinarios privilegios; pero bien se echa de ver que el acto mismo de recibir como librea el santo Escapulario es como una firmísima protesta de devoción y amor filial para con la Reina de cielos y tierra, obligándonos á obsequiarla con amorosa solicitud por cuantos medios estén á nuestro alcance.

## OBSERVACIONES

1.<sup>a</sup> El Escapulario debe ser, como arriba dijimos, de tela de lana, de color morado oscuro, ó negro, á imitación del hábito que suelen usar los Religiosos Carmelitas: las cintas

ó cordones, de cualquiera clase ó color. Los Escapularios de metal nada valen, así como tampoco los bordados en tisú de oro, seda, plata, etc., para el efecto de ganar las indulgencias. Sin embargo, siendo el Escapulario de lana, puede unirse á él cualquiera imagen bordada. Tampoco son de necesidad las imágenes en los Escapularios, sino de mera devoción. El que tuviere impuestos dos ó más Escapularios, v. gr., del Carmen, de la Concepción, etc., puede coserlos juntos y llevarlos con un solo cordón.

2.<sup>a</sup> Es de necesidad, para ganar las indulgencias y participar de los demás privilegios, llevar sobre sí el Escapulario, aún los Sacerdotes y Religiosos; y llevarlo de modo que cuelgue por la parte anterior del pecho y por la espalda. Según un Decreto de la Sagrada Congregación (12 de Febrero de 1840), pierden todo derecho para gozar de estas gracias los que llevan el Es-

capulario con los dos cabos hacía un mismo lado, ó cruzado por debajo del brazo; pero es indiferente llevarlo encima ó debajo de la demás ropa.

3.<sup>a</sup> Debe llevarse día y noche, en tiempo de salud y enfermedad, etc. Hacen mal, por consiguiente, los que, bien sea por comodidad ó por un respeto mal entendido, se quitan el Escapulario para dormir, y lo cuelgan durante la noche á los piés del crucifijo.—Si por negligencia, ó por no tener á mano otro Escapulario, se hubiese dejado de llevar por algún tiempo, *aunque sea notable*, se repara esta falta tomando otro, sin que sea necesario bendecirlo é imponerlo de nuevo. (Decreto de 27 de Mayo de 1857.) Otra cosa sería si no se hubiese querido llevar el Escapulario por irreligión ó por desprecio; porque esto equivaldría á renunciar á la Asociación, y sería menester, según el parecer de la misma Congregación de In-

dulgencias (1844), hacérsele imponer de nuevo por quien tuviera facultad para ello.

4.<sup>a</sup> Cuando un Escapulario está en mal uso, se echa al fuego, y se toma otro, el cual no es necesario que esté bendito, porque *el primero*, como suele decirse, *bendice á los demás*. Asimismo, si al imponer el Escapulario á varias personas sobrenen algunos de los bendecidos, pueden servir para otra vez, sin necesidad de nueva bendición.

5.<sup>a</sup> Finalmente: en la facultad de bendecir é imponer el santo Escapulario, está también incluida la de aplicar á los asociados la absolución general é indulgencia plenaria en el artículo de la muerte. (Clemente VII, Bula *Ex Clementi*, 12 de Agosto de 1530.) En defecto de Sacerdote facultado para aplicar esta indulgencia, puede hacerlo cualquiera otro aprobado por el Ordinario.

PRIVILEGIO LLAMADO

DE LA

**"BULA SABATINA"**

No satisfecha la Santísima Virgen con las gracias extraordinarias concedidas al santo Escapulario en la persona de San Simón Stock, quiso, añadiendo favores á favores, declararnos más lo grata que le es esta devoción, enriqueciéndola con otro singularísimo privilegio, medio siglo más tarde, en la persona de Juan XXII.

A la muerte del Papa Clemente V. (1314), como los Cardenales estuviesen algún tanto divididos para la elección del nuevo Pontífice, aparecióse la Santísima Virgen al Cardenal Jacobo Ossa, que le era particularmente devoto; y después de anunciarle su elección, y el nom-

dulgencias (1844), hacérsele imponer de nuevo por quien tuviera facultad para ello.

4.<sup>a</sup> Cuando un Escapulario está en mal uso, se echa al fuego, y se toma otro, el cual no es necesario que esté bendito, porque *el primero*, como suele decirse, *bendice á los demás*. Asimismo, si al imponer el Escapulario á varias personas sobrenen algunos de los bendecidos, pueden servir para otra vez, sin necesidad de nueva bendición.

5.<sup>a</sup> Finalmente: en la facultad de bendecir é imponer el santo Escapulario, está también incluida la de aplicar á los asociados la absolución general é indulgencia plenaria en el artículo de la muerte. (Clemente VII, Bula *Ex Clementi*, 12 de Agosto de 1530.) En defecto de Sacerdote facultado para aplicar esta indulgencia, puede hacerlo cualquiera otro aprobado por el Ordinario.

PRIVILEGIO LLAMADO

DE LA

**"BULA SABATINA"**

No satisfecha la Santísima Virgen con las gracias extraordinarias concedidas al santo Escapulario en la persona de San Simón Stock, quiso, añadiendo favores á favores, declararnos más lo grata que le es esta devoción, enriqueciéndola con otro singularísimo privilegio, medio siglo más tarde, en la persona de Juan XXII.

A la muerte del Papa Clemente V. (1314), como los Cardenales estuviesen algún tanto divididos para la elección del nuevo Pontífice, aparecióse la Santísima Virgen al Cardenal Jacobo Ossa, que le era particularmente devoto; y después de anunciarle su elección, y el nom-

bre de Juan XXII, que había de tener en su pontificado: "Quiero, le dijo, entre otras cosas, que favorezcas á mi Orden de los Carmelitas, y les anuncies, conforme yo lo he alcanzado en el cielo, que los religiosos de ella, ó los que por devoción entraren en mi Cofradía del Carmen, llevando puesto el Escapulario, guardando castidad conforme á su estado, y rezando el oficio divino, ó los que no saben leer, absteniéndose de comer carne los miércoles y sábados, en el día de su entrada alcanquen remisión de la tercera parte de las penas debidas por sus pecados, y en el de su muerte, indulgencia plenaria: y SI FUESEN AL PURGATORIO, YO, COMO MADRE DE MISERICORDIA, CON MIS RUEGOS, ORACIONES, MÉRITOS Y PROTECCIÓN ESPECIAL les ayudaré, para que, libres cuanto antes de sus penas, especialmente EL SÁBADO INMEDIATO Á LA MUERTE DE CADA UNO, SEAN TRASLADADAS SUS ALMAS Á LA BIENAVENTURANZA."

Tal es, en sustancia, el origen de este privilegio, llamado de la *Bula Sabatina*, por la promesa que contiene de salir del purgatorio en el sábado inmediato al día de la muerte.

No han faltado críticos temerarios que han querido poner en duda la autenticidad de este extraordinario beneficio. Sin embargo, así consta en la Bula que comienza *Sacratissimo uti culmine*, de Juan XXII (*Bullar. Carmel.*, t. I, págs. 61 y 166), publicada en Aviñón y expedida en 3 de Marzo de 1322; así en la de Alejandro V, *Tenorem cujusdam privilegii* (Roma 7 de Diciembre de 1409); pero sobre todo en un Decreto de Paulo V (15 de Febrero de 1617), publicado, según refiere Benedicto XIV (*De festis B. M. Virg.*, 16 de Julio), para dirimir ciertos altercados sobre la autenticidad de dicho privilegio Sabatino, y por el cual se autoriza á los religiosos Carmelitas para predicar la indulgencia referida.

Las condiciones bajo las cuales se concede, además de tener impuesto el Escapulario y llevarlo habitualmente, se reducen á dos:

1<sup>a</sup> Guardar castidad conforme al estado de cada cual.

2<sup>a</sup> Rezar todos los dias el Oficio Parvo de la Virgèn, según el Breviario romano.—A los Sacerdotes y Religiosos de ambos sexos, obligados al rezo, les basta el que de suyo tienen. Las personas que no saben leer, en vez del Oficio de la Virgen, deben guardar los ayunos prescritos por la Iglesia, y la abstinencia de carne los miércoles y sábados; pero tanto el Oficio Parvo como los ayunos y abstinencias, pueden ser disminuidos, ó conmutados en otras pías obras, por quien tenga especial facultad para ello. (Decreto de 22 de Junio de 1842.) No es necesario, sin embargo, que esta conmutación se haga en el tribunal de la Penitencia, ni por el Confesor propio de la persona que

la pide. Así consta de las respuestas de la sagrada Congregación de Indulgencias consultada á este propósito en diferentes ocasiones. (Decretos de 12 de Agosto de 1840 y de 22 de Junio de 1842.)

Algunas personas confunden el privilegio de la *Bula Sabatina* con el concedido á los que murieren llevando impuesto el santo Escapulario; pero ya se ve, por lo dicho anteriormente, que no sólo son diferentes entre sí y en las condiciones para gozar de uno y otro, sino que bien puede una persona cualquiera participar de las gracias concedidas al santo Escapulario del Carmen, aunque por circunstancias particulares no pueda gozar de la contenida en la *Bula Sabatina*.



## EL ESCAPULARIO AZUL.

La venerable madre Úrsula Benincasa, fundadora de las religiosas Teatinas de Nápoles (oblatas y ermitañas), fué tenida en grande estima por San Felipe Neri. Sus admirables virtudes fueron declaradas *heróicas* por decreto de Pio VI, de 7 de Agosto de 1793. La venerable fué favorecida durante su vida con frecuentes éxtasis; y su corazón, todo abrasado en el amor divino, no respiraba más que celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. A principios del siglo xvii, el día de la festividad de la Purificación, se le apareció la Santísima Virgen con su divino Hijo en sus brazos; iba vestida de túnica blanca, y llevaba sobre ella un manto

azul; la rodeaba un coro de vírgenes vestidas de la misma manera.

Entonces María Santísima, como Madre llena de bondad, dirigió á la ferviente religiosa estas dulces y consoladoras palabras: "Ten valor, Úrsula; enjuga tus lágrimas, pues una muy grande alegría va á reemplazar á tus suspiros; mira en mis brazos á mi Jesús, que también es tuyo, y escucha atentamente las órdenes que va á darte."

A las palabras de la Madre de Dios se siguieron las de su Hijo. Jesús dió entonces á conocer claramente á la venerable Úrsula su voluntad de que edificase una ermita, en la que se albergasen, según la regla de los ermitaños, treinta y tres religiosas vestidas como lo estaba su Santísima Madre, y bajo la advocación de su *Concepción Inmaculada*: prometió gracias muy especiales, y superabundancia de bienes espirituales á todas las que abrazasen aquel género de vida y

practicasen lo que se prescribiría después á aquel santo asilo.

Dirigiéndose entonces la venerable al Señor, rogole que se dignase hacer extensivos aquellos favores á los que, viviendo en el siglo, se consagrasen en él á la *augusta Virgen concebida sin pecado*, guardasen castidad según su estado, y llevasen el pequeño ESCAPULARIO AZUL. Para asegurarla de que esta demanda había sido atendida, le hizo ver el Señor, durante aquel éxtasis, á los ángeles que llevaban en sus manos gran número de aquellos Escapularios, y los repartían por todo el mundo.

La sierva de Dios empezó en seguida á hacer pequeños Escapularios azules y á distribuirlos á gran número de personas, después de haberlos bendecir por un Sacerdote. Recibíanlos los fieles y los llevaban con piedad y respeto, llenándose de alegría el corazón de la santa religiosa. Extendiose esta piadosa prác-

tica, aún en vida de la Venerable, multiplicándose los frutos de santificación y salvación.

El ESCAPULARIO AZUL fué después aprobado por los Papas Clemente X y Clemente XI, que lo enriquecieron con indulgencias. Consta de dos pedacitos de tela de lana azul celeste, á los cuales puede unirse por devoción una imagen de María Inmaculada; y se lleva dia y noche como los demás Escapularios, puesto al cuello, y cayendo sobre el pecho y sobre la espalda.

A un solo cordón pueden estar cosidos varios Escapularios de distintas advocaciones; v. gr.: del Carmen, de los Dolores, etc.

Los dos fines principales que deben proponerse las personas que llevan el Escapulario de la Inmaculada Concepción, se reducen á honrar este honroso privilegio de María, y á rogar por la reforma de las costumbres y la conversión á Dios de los que viven descarriados en las

sendas del vicio. Para esto no hay oraciones determinadas, y se deja á la elección de cada uno el hacer las oraciones y practicar las buenas obras que le sugiera su piedad, para aplacar la justicia de Dios y atraer sobre los pecadores los efectos de su misericordia.

### Indulgencias principales.

Fueron confirmadas por Decreto de Gregorio XVI, de 12 de Julio de 1845. Pio IX, el 7 de Junio de 1850, las hizo aplicables á las ánimas del purgatorio. El 21 de Marzo de 1857, la Sagrada Congregación de las Indulgencias reconoció su autenticidad.

Se disfruta de estas indulgencias, ó directamente en virtud de concesiones hechas á los asociados del Escapulario, ó por participación en todas las indulgencias concedidas por la Santa Sede á la Orden de los Teatinos.

INDULGENCIAS PLENARIAS que se ganan confesando, comulgando y rogando por las intenciones de Su Santidad.

El dia en que se reciba el Escapulario.—El primer domingo de cada mes.—Todos los sábados de Cuaresma.—El domingo de Pasión y el viernes siguiente.—Los miércoles, jueves y viernes de Semana Santa.—En las siguientes fiestas del SEÑOR: Navidad, Pascua de Resurrección, Ascensión, Pentecostés, Trinidad, Invención y Exaltación de la Santa Cruz.—En las fiestas siguientes de la VIRGEN: Inmaculada Concepción, Natividad, Anunciación, Purificación y Asunción; el segundo dia de Agosto, fiesta de Nuestra Señora de

los Angeles, ó de la *Porciúncula*.—En la fiesta de Todos los Santos, de San José, de San Miguel, del Santo Angel Custodio, de la Natividad de San Juan Bautista, de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, de San Agustín, de Santa Teresa y de los Santos cuyas festividades se celebran en la Orden de los Clérigos Regulares Teatinos.—Además, durante la exposición del Santísimo Sacramento, en las Cuarenta Horas, una vez al año.—Durante los Ejercicios espirituales que se hagan una vez al año.—El día de la primera misa para el Sacerdote asociado.—Un día á elección en el año.—En la hora de la muerte.

Además se ganan las Indulgencias de las *Estaciones de Roma*, visitando en los días señalados por el Misal Romano una iglesia de los Clérigos Regulares, ó, *en defecto de ésta*, otra iglesia cualquiera en que haya altar de la Santísima Virgen, orando en ella durante algún tiempo.

Esta autorización, otorgada por Pio IX el 3 de Diciembre de 1847, vale para todos los casos en que se exija visitar alguna iglesia de los Teatinos.

Los asociados pueden ganar también, *dos veces cada mes*, las indulgencias concedidas á los que visiten las siete basílicas de Roma, añadiendo á la comunión la visita de altares en alguna iglesia de los Clérigos Regulares.—*Y dos veces cada mes* las indulgencias que ganan los que visitan el Santo Sepulcro y la Tierra Santa, cumpliendo con las condiciones ordinarias, y orando en la misma iglesia.

INDULGENCIAS PARCIALES. Sesenta años á los que cada día hagan media hora de meditación.—Veinte años visitando y asistiendo corporal ó espiritualmente á los enfermos, ó no pudiendo hacerlo, rezando por ellos cinco *Padre nuestros*, *Ave Marias* y *Gloria*.—Siete años y siete cuarentenas en las fiestas

menos principales de la Santísima Virgen.—Item, cada vez que uno se confiese y comulgue;—item, por acompañar el Santo Viático;—item, rezando por la tarde la *Salve* y rogando por las necesidades de la Iglesia;—item, visitando todos los lunes el Santísimo Sacramento, etc.

—Doscientos días cada vez que se asista al sermón.—Cincuenta, pronunciando con respeto los santísimos nombres de Jesús y de María.—Seenta días por cada obra piadosa.

Por último: todas las misas que se digan en cualquier altar por los asociados difuntos, disfrutan del beneficio de *altar privilegiado*.

Por una gracia muy particular y auténtica, cuando los asociados rezan seis veces el *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria Patri* en honor de la Santísima Trinidad y de la Santísima Virgen concebida sin pecado, rogando al mismo tiempo por la exaltación de la Santa Iglesia, extirpación de las herejías, etc., pue-

den ganar *cada vez* las indulgencias concedidas á los que visiten las siete basílicas de Roma, la iglesia de la Porciúncula en Asís, la iglesia de Santiago de Galicia, y la Tierra Santa de Jerusalén. Y para participar de estas indulgencias no es necesario rezar las demás oraciones ni confesarse y comulgar: y estas indulgencias son aplicables á los difuntos. Este favor extraordinario ha sido reconocido y aprobado de nuevo por la sagrada Congregación de Indulgencias. (*Decreto de 31 de Marzo de 1856, confirmado por Pio IX en 14 de Abril de 1856.*)

Solamente las indulgencias plenas concedidas á los Santos Lugares ascienden, según San Alfonso María de Liguorio, citado por monseñor de Segur (*Le Tiers-Ordre de Saint-François...*), á 534, sin otras muchas, que no se conocen á punto fijo. Las de las estaciones de Roma, dice el P. Antonio Natali en su libro del purgatorio, citado por Fe-

rraris (v. *Indulgentia*, art. V, núms. 7 y 8), y Viva (*Thes. damn.*, Append. Indulg. § 1º, número VIII), que suben á 707 plenarias por lo menos.

El ESCAPULARIO AZUL ha de estar bendito y ser impuesto por algún Sacerdote que tenga esta facultad recibida del Padre Santo ó del General de los Teatinos de San Andrés *della Valle* en Roma.

No es preciso inscribir su nombre en los registros de alguna Congregación.

Los que llevan el ESCAPULARIO AZUL no por eso pertenecen á Congregación alguna.

(Extracto del libro del P. Maurell, titulado *Le Chrétien éclairé*...)

## Devoción á Nuestra Señora.

DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN, Y DE LAS COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

Lo *primero*, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Virgen Nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar después de su Hijo, ponderando en cada razón lo que puedo y debo hacer por ella.

La primera razón es porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y Santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos: y así, es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y

rraris (v. *Indulgentia*, art. V, núms. 7 y 8), y Viva (*Thes. damn.*, Append. Indulg. § 1º, número VIII), que suben á 707 plenarias por lo menos.

El ESCAPULARIO AZUL ha de estar bendito y ser impuesto por algún Sacerdote que tenga esta facultad recibida del Padre Santo ó del General de los Teatinos de San Andrés *della Valle* en Roma.

No es preciso inscribir su nombre en los registros de alguna Congregación.

Los que llevan el ESCAPULARIO AZUL no por eso pertenecen á Congregación alguna.

(Extracto del libro del P. Maurell, titulado *Le Chrétien éclairé*...)

## Devoción á Nuestra Señora.

DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN, Y DE LAS COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

Lo *primero*, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Virgen Nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar después de su Hijo, ponderando en cada razón lo que puedo y debo hacer por ella.

La primera razón es porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y Santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos: y así, es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y

amando más á la que por su mayor santidad merece ser más amada.

De donde sacaré varios afectos de gozo espiritual y de complacencia en los bienes de la Virgen, gozándome de que sea tan amada de Dios, y de que haya hallado gracia delante de Él: gozándome también de su santidad y de todas las virtudes que tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Virgen me alcance parte de ellas, para que yo también tenga la dicha de ser amado de Dios, y halle gracia en su presencia.

La segunda razón es por ser Madre del mismo Dios y Madre de nuestro Salvador; el cual, por el grande amor que le tiene, quiere que todos la amen y sirvan, como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se le hace; porque si dijo de los pobres: "Lo que hicisteis por uno de estos pequeñuelos, por Mí lo hicisteis", cuánto más dirá: "lo que

hicisteis en servicio de mi Madre, por Mí lo hicisteis." Luego si amo de veras á Cristo por lo mucho que le debo, tengo también de amar, no solamente á su Eterno Padre, con quien es un mismo Dios, sino también á su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor.

La tercera razón es porque es Madre nuestra, y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor; pues es propio de hijos amar á sus madres, que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole decir aquellas palabras que le dijo en la Cruz: *Ve ahí á tu Madre*, luego la tomó por suya, y la amó con especial amor, también yo tengo de tomarla por mía, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre.

La cuarta razón es por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan



á amarla como á suprema bienhechora mía, después de Dios. Porque, lo primero, ora continuamente por nosotros, mucho mejor que Jeremías oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo.

Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que, no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos le pidan algo, representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de Caná de Galilea pidió vino para los convidados, movida de sola compasión, y, como dijo San Agustín: "Como es mejor que todos los santos, así es más solícita de nuestro bien que todos ellos."

Lo tercero, es grandemente poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza, por lo cual dice San Anselmo: "que algunas veces somos oídos más presto invocando el nombre de la Virgen que invocando el nombre de su Hijo; no

porque el Hijo no sea incomparablemente más poderoso y misericordioso que su Madre, sino porque como también es Juez nuestro, algunas veces su justicia detiene á su misericordia, dilatando el oírnos por nuestros pecados; mas la Virgen, como no es juez, sino abogada, acógrese á sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca á la Divina Justicia y hace que con presteza nos socorra".

De donde saca lo que dice el mismo Santo, que la devoción cordial con la Virgen es señal de predestinación, porque con gran solícitud procura esta Señora para sus devotos, como explican los Santos, todos los medios de su predestinación, hasta que alcanzan su fin y los lleva consigo á la gloria. Además, acude al remedio de todos nuestros peligros y necesidades con tanta certeza y generosidad, que se atrevió á decir San Bernardo: "Virgen bienaventurada, cese de alabar tu mise-

ricordia quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad"; como quien dice: todos han de alabar tus misericordias, porque todos los que acuden á ti hallan remedio en sus necesidades.

Con todas estas razones bien consideradas, tengo de encender en mi alma el fuego de la devoción con la Virgen Nuestra Señora, suplicando á su Hijo me comuniquen este amor con su Madre, y á la misma Madre que me le alcance. ¡Oh Madre amantísima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la casa de Jacob el amado, echando raíces en los escogidos para el cielo! Con todo mi corazón deseo amaros, servir os como á Madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme en esa casa de Jacob, donde morais; echad raíces en mi corazón para que cumpla mi deseo, ocupándome con gran sollicitud en vuestro servicio.

Lo *segundo*, se ha de considerar

la devoción que el Espíritu Santo ha inspirado á toda la Iglesia universal con la Virgen Nuestra Señora, señalando algunas cosas excelentes en que la muestra; las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo á la inspiración y deseo del Espíritu Santo.

Lo primero, lo muestra en adorarla y venerarla con una adoración menor que la que se da á Dios, pero mayor que se da á todos los demás Santos, y por excelencia se llama hiperdulia; y en razón de esto le atribuye algunos renombres propios de sólo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en ella. Y así vemos que la llama Madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra; llámala puerta del cielo, y pídele lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas á los culpados, dar lumbre á los ciegos, y quitar de nosotros todos los males, y mostrarnos á Jesús, fruto bendito de su vientre. To-

do lo cual hace la Virgen, alcanzándolo de Nuestro Señor con sus oraciones; y con este afecto tengo de honrar á esta Señora, y usar las palabras de la Iglesia con el espíritu y ternura que ella las dice.

Lo segundo, muestra esta devoción, en que por divina inspiración dedica muchos y suntuosos templos á honra de la Virgen, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlas, confirmando Nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace por su respeto; y para este fin, también instituye Congregaciones y Religiones consagradas al servicio de la Virgen, la cual las toma debajo de su amparo, haciéndoles extraordinarios favores, así en general como en particular, á los que con especialidad se dedican á servirla sin aceptar personas; porque cualquiera que le sirve halla gracia y favor en sus ojos, y yo le hallaré si de veras me ofreciere á su servicio.

Lo tercero, muestra esta devoción en la frecuente memoria y recurso que tiene á ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y casi cada mes una, y en algunos dos y tres, y cada semana dedica el sábado á su honra con particular oficio y Misa; y para cada dia ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y antes de comenzar el oficio mayor, siempre se dice la salutación del *Ave María*, y se acaba con alguna antífona de la Virgen, y con sonido de campana nos avisa cada dia, á boca de noche, que todos la saludemos con el *Ave María*, y en algunas partes se hace tres veces: al amanecer, al mediodía y al anochecer.

Y, finalmente, aprueba y exhorta el uso del rosario en honra suya, haciendo un salterio de ciento cincuenta *Ave Marias*, que responde al salterio de los ciento cincuenta salmos de David, con quince *Padre*

nuestros, á cada diez *Ave Marias* el suyo, como quien para un poco en las quince gradas de este divino templo; y responden á los quince salmos del *Canticum graduum*, para glorificar con esta música á la que siempre subió por los grados de todas las virtudes.

Y para quien no pueda rezar tanto cada día, también aprueba la corona de sesenta y tres *Ave Marias*, en memoria de otros tantos años como vivió en esta vida, concediendo grandes indulgencias á los que rezaren estos rosarios, para provocarnos al ejercicio de ellos, acudiendo Nuestro Señor á confirmar esta devoción con grandes milagros, por el amor que tiene á su Madre y por el que desea que todos la tengamos. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tanto deseáis que honremos á vuestra Madre Santísima, inspiradme con eficacia esta devoción, ayudándome á ejercitar con fervor las obras que

vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita.

(P. LA PUENTE: *Meditaciones.*)

## JACULATORIA

PARA CUALQUIERA TENTACIÓN.

¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia! Acordaos que soy todo vuestro; guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

Cien días de Indulgencia. (Pío IX, en el decreto citado en la pag. 93.)

✠  
JHS.

**La Madre de Dios es mi Madre.**

María Santísima la más afortunada de las puras criaturas, fué honrada al hacerse Dios hombre, con el gloriosísimo cargo de MADRE DE

Dios; pues el Hijo divino tomó nuestra naturaleza por obra del Espíritu Santo en sus purísimas entrañas.

*Dignidad única*, pues tiene el Señor muchos fieles servidores, sólo una criatura tiene el derecho á darle el nombre de Hijo. *Dignidad sublime*, porque este Hijo es Dios, y Dios la ha formado para que sea digna Madre suya. *Dignidad que es fuente y origen de todos los demás privilegios y preeminencias* de la Señora, y que la constituye en el más alto grado de gracia y de gloria á que puede subir una pura criatura. Y aun con tanta grandeza y majestad.

I. MARÍA ES MADRE MÍA. Jesucristo lo ha querido así; no contento con llamarse hermano nuestro el Hijo de María, quiso dejarnos en herencia su mayor tesoro antes de subir al cielo.

Hallábase clavado en la cruz, hecho todo una llaga su santísimo cuerpo, injuriado por los soldados

y sayones; y como si no se cuidara de sí, dice á su Madre que nosotros somos sus hijos; sí, aquellos mismos por cuyos pecados iba á dar su sangre y vida; y San Juan toma posesión de tan rico tesoro, honrándola y amándola como á Madre en persona de todos los hombres.

María quiere ser MADRE MÍA adoptiva, no sólo por conformarse con la voluntad de su Hijo, sino por el amor que me tuvo, cooperando á que fuese regenerado, ó sea engendrado de nuevo á la vida sobrenatural de la gracia, y constituido hermano de Jesucristo y como heredero suyo.

En ausencia de Jesucristo se mostró verdadera Madre de los cristianos. Consojó y animó á San Pedro en su arrepentimiento, esforzó á los demás Apóstoles y Discípulos del Señor, presidió la oración del Cenáculo para aguardar la venida del Espíritu Santo, y después de haber sido la Madre de los primeros fieles, subió á los cielos, desde donde con-

tinúa el oficio de Madre bondadosísima, amándonos entrañablemente, compadeciéndose de nuestras miserias, procurando apartarnos del pecado, y animándonos á practicar las virtudes.

Es protectora de los justos, á los que procura abundancia de gracias, sobre todo la constancia en el bien obrar, y la perseverancia final.

Refugio de los pecadores, convidándolos á que se conviertan y vuelvan á Dios, acogéndolos con amor, por enormes que sean sus pecados, si se quieren arrepentir de ellos; y una vez arrepentidos hace con ellos excesos de Madre amantísima, hasta distinguirlos con singulares favores.

Consuelo de los afligidos, como aurora que nos anuncia y nos trae al verdadero sol de justicia.

Llenos están los libros de milagros obrados por María para consolar y curar á sus devotos en las enfermedades del cuerpo y del alma.

Es auxilio de los cristianos, defendiéndolos de las herejías, sosteniéndolos en las persecuciones, salvándolos en las públicas calamidades.

Tiene solicitud de sus hijos en vida, no los olvida en la muerte, y los alivia en el purgatorio.

II. ¿CÓMO SERÉ HIJO VERDADERO SUYO? Debo portarme como hijo suyo amantísimo, *por gratitud*, porque amor con amor se paga; *por mi propio interés*, pues cuanto haga por Ella redundará en provecho mío. Su amor será para mí origen de innumerables gracias y prenda de salvación.

Debo HONRARLA y obsequiarla. Como Madre de Dios, aunque es inferior á Él por ser criatura; pero es superior á todas las demás puras criaturas.

Por eso le tributa la Iglesia un culto especial, superior al debido á los Santos y Angeles; le da títulos especialísimos, llamándola vi-

da, dulzura y esperanza nuestra, y le aplica con grande conveniencia las alabanzas de la eterna Sabiduría. Tres veces al día invita á los fieles á invocarla y saludarla; le dedica el sábado, un mes entero al año, y muchos dias, consagrándolos á celebrar sus glorias y privilegios.

Siguiendo la invitación de la Iglesia y el ejemplo de los Santos, tendré á mi Madre un amor *industrioso*, que me haga buscar los medios de amarla con más cariño, constancia y perfección; *difusivo*, procurando que otros muchos la amen, ó la amen más.

Debo INVOCARLA con ilimitada *confianza*, como á Madre del autor de la gracia, medianera entre Dios y los hombres, canal por donde nos vienen del cielo todos los favores y gracias.

Pero mis peticiones no han de ser *injuriosas á Dios*, como lo serían si, para conseguir la salvación, no

pusiese yo de mi parte lo que puedo, ó al pedir una virtud buscara las ocasiones de contraer el vicio contrario.

No sean *indignas de María*, poniéndola por intercesora para que me consiga medios que me hagan perseverar en mis pecados, y morir en la impenitencia. En ambos casos mis súplicas serían también *perniciosas para mí mismo*. La invocaré con *perseverancia*, porque á veces, para nuestro bien, no nos concede al punto lo que le pedimos, pues quiere al propio tiempo premiar nuestra constancia.

Debo IMITARLA, pues para esto se nos recuerdan sus virtudes. En sus fiestas se encomian las gracias extraordinarias que el cielo le concedió, la dignidad de que se halla revestida, y los gloriosos privilegios que le fueron otorgados, para que, mirando todas estas maravillas, reconozcamos el poder de Dios y cobremos todos grande estima y ve-

neración á la que es Reina y Señora del universo; pero al propio tiempo nos propone la Iglesia sus virtudes, para que le imitemos, en cuanto nos sea posible, en la plenitud de la santidad, en su perfección y en su perseverancia en ella.

Aprenderé de ella la fidelidad para con Dios, la caridad con el prójimo y el amor verdadero á mí mismo.

Me acercaré todo cuanto me sea posible, por la imitación á tan perfecto modelo, de modo que al verme los ángeles y los hombres, puedan decir con justicia: "Este es verdadero hijo de María."

Para vencer más fácilmente las dificultades que seguramente hallaré en su imitación, recordaré frecuentemente que María, á pesar de ser Madre de Dios, Reina de cielos y tierra, y la pura criatura más perfecta y santa, con todo vivió una vida pobre, oscura, despreciable á los ojos del mundo, llena de priva-

ciones, y que fué tan atormentado su purísimo Corazón, que es Reina de los mártires.

Estamos desterrados en este valle de lágrimas: nuestra verdadera patria es el cielo, y para merecerlo tenemos que padecer, á fin de satisfacer por nuestros pecados, ejercitar las virtudes, merecer un trono más elevado de gloria en el cielo, estando tanto más cerca del trono de Jesucristo y del de María Santísima, cuanto más nos asemejáremos á ellos en vida.

OBSEQUIO. Para ser verdadero hijo de María entraré en alguna Congregación suya, y guardaré exactamente el reglamento, asistiendo puntualmente á las reuniones, practicando con fervor cuanto estuviere ordenado en ella, y procurando atraer á otras personas á que se inscriban en la misma.

PROPÓSITO. Al hacer alguna obra principal, y sobre todo en las dudas de si me conviene ó nó hacer



algo ó dejarlo de hacer, me preguntaré á mí mismo, postrándome, si puedo, ante una imagen de la Señora. Si estuviera la Virgen Santísima presente, ¿qué haría yo en este caso para darle gusto? Esta reflexión me podrá servir también al sentirme acometido de la tentación, ó al hallar dificultad en vencerme en alguna cosa, que sin embargo me conviene hacer.

## Oraciones

PARA EL

**DIA OCHO DE CADA MES,**

DEDICADO

### **A la Inmaculada Concepción DE LA VIRGEN MARIA.**

ORACIÓN PREPARATORIA (1).

Señor Dios mio, que sois lumbre de los corazones que os ven, y vida de las almas que os aman, y virtud de los pensamientos que os buscan, dadme gracia para que yo esté por amor santo unido con Vos. Venid, os ruego, á mi corazón, y embriagadle con la abundancia de vuestra

(1) Cap. V del *Manual de San Agustín*.

algo ó dejarlo de hacer, me preguntaré á mí mismo, postrándome, si puedo, ante una imagen de la Señora. Si estuviera la Virgen Santísima presente, ¿qué haría yo en este caso para darle gusto? Esta reflexión me podrá servir también al sentirme acometido de la tentación, ó al hallar dificultad en vencerme en alguna cosa, que sin embargo me conviene hacer.

## Oraciones

PARA EL

**DIA OCHO DE CADA MES,**

DEDICADO

### **A la Inmaculada Concepción DE LA VIRGEN MARIA.**

ORACIÓN PREPARATORIA (1).

Señor Dios mio, que sois lumbre de los corazones que os ven, y vida de las almas que os aman, y virtud de los pensamientos que os buscan, dadme gracia para que yo esté por amor santo unido con Vos. Venid, os ruego, á mi corazón, y embriagadle con la abundancia de vuestra

(1) Cap. V del *Manual de San Agustín*.

dulzura para que se olvide de las cosas temporales. Ayudadme Vos, Señor y Dios mio, y alegrad mi corazón. Venid á mí para que yo os vea. Estrecha es para mí esta cárcel de mi alma, hasta que Vos vengaís á ella y la ensancheis; es frágil hasta que Vos la consolideis. Muchas cosas hay en ella que desagradan á vuestros ojos, lo sé y lo confieso; pero ¿quién lo podrá purificar sino Vos, y á quién tengo de clamar sino á Vos, y decir: Señor, limpiadme de mis manchas ocultas y perdonad á vuestro siervo sus pecados? Dadme gracia, dulcísimo Jesús, para que encendido en vuestro amor, yo desee vivamente descargarme de todos los apetitos carnales, y desasirme de todos los afectos de la tierra. Haced, Señor, que á mi alma esté sujeta mi carne, y mi alma á la razón; que mi razón se rinda á vuestra fé, y que yo esté interior y exteriormente sumiso en todo á vuestra santa voluntad. Con-

cededme vuestro auxilio, para que mi corazón y mi lengua y todos mis huesos os alaben. Dilatad mi alma y levantad mi espíritu, para que, con ligero vuelo, llegue á Vos, que sois la sabiduría eterna que sobre todas las cosas permanece. Desatad, os suplico, las cadenas con que estoy aprisionado, para que, libre y suelto, corra á Vos, atienda á Vos y me abrace con sólo Vos. Amén.

## PETISIONES.

PRIMERA.

POR LA IGLESIA.

Inmaculada Virgen María: la Iglesia católica, como el Arca en los dias del diluvio, guarda en su seno, fecundos é incorruptibles, los gérmenes de la vida. De su palabra,

sin mancha, brota la vida de la inteligencia; de su amor, que todo lo inflama, la vida del corazón; de su gracia, que todo lo santifica, la vida de la inmortalidad. Ella es el arca misteriosa, fabricada por Dios, para salvar la vida del mundo. Y como la paloma del Arca que, sin manchar su immaculada pluma, anunció á los hijos de Dios la paz y la misericordia, sed, oh Madre, para la Iglesia, mensajera dulcísima de su tranquila y segura libertad.

Dios te salve, María, etc.

SEGUNDA.

POR EL PAPA.

Inmaculada Virgen María: en la más alta cumbre del mundo moral aparece la más augusta representación de la santidad en la tierra: allí está el padre de la humanidad, aquel á quien el mundo denomina, con toda propiedad, el Padre Santo, el

santificador de las almas y el vicario de vuestro Divino Hijo Jesucristo. Experto piloto, tiene que conducir la nave de Pedro á segura playa, á pesar de las olas embravecidas y del aquilón desatado. ¡Oh dulce estrella de apacible claridad, consoladora estrella de los mares! no dejéis de mostraros, en medio de las borrascas, al invicto Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, que lleva en sus manos la dirección de la barca y de las redes. Fija en Vos su mirada, aunque el mar abra sus abismos, y la tormenta ruja, y se estremezca la nave; tranquilo y sin miedo seguirá la huella luminosa de vuestra celestial pureza; alentará con su valor á los débiles; calmará con su palabra las dudas; y llegaremos todos, ovejas y pastor, navegantes y piloto, al puerto de la vida, al trono de vuestra hermosura, resplandeciente, en la gloria, de belleza y de luz.

Dios te salve, María, etc.

## TERCERA.

## POR LOS FIELES DIFUNTOS.

Inmaculada Virgen María: entre la mansión de las delicias sin término y el abismo del llanto eterno y de la eterna desventura, hay un lugar de expiación en que se confunden los dolores y las esperanzas, la felicidad y el infortunio: allí se sufre y se espera; allí se padece y se bendice: allí se purifican los Santos de sus ligeras faltas; pero allí el fuego que los aflige es tan doloroso y tan vivo que en él se adunan todas las penas, se reúnen todos los dolores, se concentran todas las angustias. Volved, oh Virgen Inmaculada, vuestro dulce mirar de Madre á esa región de transitorios, pero inmensos dolores. En ella, tal vez por nuestra culpa, sufren tormentos sin medida los seres para nosotros más queridos. En

ella tal vez llora, sin esperanza de pronta redención, alguna alma de todos olvidada. ¡Oh Madre! por vuestra Concepción sin mancha, os rogamus liberteis de aquel fuego abrasador las almas de vuestros hijos.

Dios te salve, María, etc.

## CUARTA.

## POR EL MUNDO.

Inmaculada Virgen María: las naciones están conturbadas, los reinos de la tierra declinan, las sociedades se estremecen con las convulsiones de la agonía, acaso su disolución se aproxima; tal vez su muerte se acerca. No permitais, oh dulce Madre del Amor hermoso, que mueran impenitentes. Este mundo, ungido con la sangre de vuestro Hijo derramada sobre el Calvario, digno es de vuestro amor y también de

vuestros ruegos. Comenzad, pues, la obra de su regeneración; alcanzad, con vuestras súplicas, que sus príncipes gobiernen con sabiduría, que sus legisladores decreten cosas justas, que florezca la paz en sus Estados, la caridad entre sus súbditos, la ciencia verdadera en sus consejos. Arrancad del corazón de sus soberanos el vano pensamiento de sacudir el reino de Dios. Desterrad de sus legislaciones, el ateísmo; de su política, la tiranía; de sus costumbres, el desenfreno; de sus maestros, el error; de su educación, el paganismo; de su prensa, la salvaje libertad. Bendecid, oh soberana del mundo regenerado, sus adelantos y su progreso; haced que el vapor y la electricidad lleven á las regiones más apartadas la luz de la ciencia y la civilización de la Cruz; que liguen á los pueblos todos con el dulce lazo del amor divino, y que preparen, de este modo, el reinado universal del bien y de la paz. ¡Oh Ma-

dre Inmaculada, convertid al mundo!

Dios te salve, María, etc.

QUINTA.

### POR NUESTRA PATRIA.

Inmaculada Virgen María: venimos también á pedirnos por nuestra patria, deliciosa región que el Criador nos concediera para abrigar en ella nuestra cuna y santificar nuestro sepulcro. Tierra menos favorecida por la pureza de su cielo, lo féráz de sus campos y la variedad de sus climas, que por la inefable ventura de albergar en su seno, entre las rocas del Tepeyac, á la misma Virgen que salió de la boca del Altísimo, más pura que la primera emanación de la luz y más bella que la rosa nacida á orillas del Jordán. ¡Oh Madre de los Mejicanos: defended á nuestra patria, enrique-

cida con vuestro amor y santificada con vuestra presencia. Desde esas rocas estériles, pero benditas, iluminad al Pastor de nuestras almas; convertid á nuestros gobernantes en ministros de Dios para el bien; inflamad el amor que casi se extingue entre nosotros; guardad en vuestras manos el tesoro incorruptible de nuestra fé, para que nadie nos lo arrebate; dirigid la educación de la juventud; libertad á esta bella porción, esperanza de la Iglesia y del Estado, de las cadenas que oprimen su inteligencia, de los vicios que disecan su corazón; restituid su bendito hogar á las vírgenes del Señor, dispersas hoy, como palomas arrojadas del nido, por deshecha tormenta; levantad el culto á su esplendor primitivo; dad pan á los ministros del Santuario, víctimas de la indigencia y del abandono del mundo; multiplicad los centros de enseñanza católica y los asilos que abrigan al menesteroso

y al desvalido; fecundizad nuestros campos; infundid la gracia y los dones del Espíritu Santo en nuestras almas, y alejad de nuestro dichosísimo suelo los azotes y los castigos. Bendecidnos, Madre piadosísima; amparadnos bajo vuestra sombra; salvadnos con vuestro amparo.

Dios te salve, María, etc.

SEXTA.

#### POR NUESTRAS FAMILIAS.

Inmaculada Virgen María: la Providencia Divina, llena de maternal solicitud, dispuso que, al abrir el hombre los ojos á la luz, encontrara en el caliente seno de la que le diera el sér, abrigo y alimento, y seguro amparo bajo el techo dulcísimo del hogar. La familia fué su primera sociedad, y la familia debe ser el primer objeto de su cariño y de su gratitud. Así lo enseñasteis con vuestro ejemplo, oh Hija obe-

dientísima, oh dulce Esposa, oh amante y cariñosa Madre. La casa de Nazaret fué el primer templo levantado á Dios en el hogar doméstico. El hogar es la cuna del porvenir, la esperanza de la Iglesia, la prenda de la felicidad del mundo. Bendecid, por tanto, oh fuente de misericordia, á nuestras habitaciones y á nuestras familias. Bendecid á nuestros padres, cuyas fuerzas se han consumido en procurarnos el bien; cuyo corazón, abierto siempre para derramarse en el nuestro, ha tenido para nosotros un amor inextinguible é inexplicable; cuya existencia, pronta siempre á sacrificarse por nosotros, ha dado vida á nuestra carne, vida á nuestra inteligencia, vida á nuestro corazón. Bendecid á nuestras esposas, que son nuestros ángeles de consuelo en la hora de la tribulación; nuestros más discretos consejeros en las difíciles situaciones de la vida; nuestro firme sostén en las dudas y nuestras fieles

compañeras en nuestra peregrinación por este valle de lágrimas. Bendecid á nuestros hijos, para que desde su tierna edad sean los buenos ángeles de nuestras familias. Que la sencillez de su fé, la tranquila firmeza de su esperanza y la rectitud de su amor nos hagan entrar en nosotros mismos para servirles de modelo. Precadvedlos de las corruptoras influencias que por todas partes los cercan; de las relaciones peligrosas, de las funestas lecturas, de la natural tendencia al mal, de los lazos del enemigo del hombre que espía la hora de turbar, por una primera falta, la dulce tranquilidad del paraíso de su inocencia. Guardadlos de nosotros mismos, de nuestras condescendencias para con ellos, de nuestra educación frívola y desacerutada, de los malos ejemplos. Volvedlos al camino del bien, si, por desgracia, se han apartado de la senda que conduce á la vida. Extirpad sus errores, si alguna mano



impía ha desgarrado sus creencias y envenenado su corazón. Ende-  
rezad sus pasos. Allanadles, en lo  
futuro, el camino que les trazó vuestro  
Hijo. Bendecid su infancia y su  
juventud, bendecid su edad madu-  
ra, bendecid su vejez. Bendecid, oh  
luz de nuestros ojos, oh reflejo pu-  
rísimo de la divina Esencia, á nues-  
tros parientes, á nuestros amigos, á  
nuestros domésticos. Bendecid nues-  
tras moradas, salvad á nuestras fa-  
milias.

Dios te salve, María, etc,

SÉPTIMA.

Por el remedio de todas nues-  
tras necesidades.

Oh dulce Madre del Amor hermo-  
so y de la santa esperanza, encanto  
de nuestra vida, rocío de fuego que  
incendia nuestras almas, lluvia di-  
vina que refresca nuestros áridos

corazones, antorcha resplandecien-  
te que disipa las nieblas de nuestro  
entendimiento, guía de nuestro ca-  
mino, fuerza de nuestra debilidad,  
saludable bálsamo de nuestras he-  
ridas. Vos, Inmaculada Virgen, que  
enjugais con cariñosa mano las lá-  
grimas que sin cesar derraman nues-  
tros ojos; que poneis término, con  
solo vuestra presencia, á los suspi-  
ros que exhalan nuestras almas an-  
gustiadas; que cambiáis en inefa-  
bles delicias nuestros infortunios;  
que aliviáis nuestros dolores, rom-  
peis nuestras cadenas, y sois la úni-  
ca esperanza de salvación en medio  
de las encrespadas olas del mundo.  
Vos, oh Madre, sostén de los que  
vacilan, puerto seguro de los que  
navegan, bendecida por todas las  
generaciones y santuario de todas  
las virtudes, escuchad nuestras ple-  
garias, tened piedad de nuestros ge-  
midos, recibid nuestros lamentos,  
compadeceos de nosotros movida  
por nuestras lágrimas. Mirad, con

vuestros dulces ojos, nuestro cautiverio y nuestro desamparo. Extinguid los ardores de nuestra concupiscencia; calmad, en nuestras almas, las tempestades violentas que levantan nuestras pasiones; purificad nuestros labios, para que dignamente os invoquen; haced que nuestros ojos se fijen solamente en la claridad apacible de vuestra virginal pureza; que nuestros piés únicamente recorran el dichoso camino de los mandamientos del Señor; santificad nuestras manos para que hagan obras de misericordia, y puras, puedan levantarse hacia el cielo; abrid nuestros oídos para que dócilmente reciban la palabra encerrada en los Libros santos, más dulce que la miel y más deliciosa que el panal fabricado por las abejas. Dadnos tiempo para hacer penitencia; libradnos de la muerte repentina é imprevista; rectificad nuestras conciencias. Mostradnos, oh fuente inagotable de bondad,

mar siempre lleno de los dones y de las gracias del cielo, vuestras antiguas y siempre nuevas misericordias. Acordad á los enfermos, salud; á los navegantes, tranquilidad; á los cautivos, redención; á los afligidos, consuelo, y á los pobres, socorro. Preservad nuestros campos de la esterilidad, y á la tierra de temblores é inundaciones. Recibid, oh Madre, nuestros votos y vuestras alabanzas. En este dia, que consagramos á vuestro culto, no desprecieis nuestras plegarias. Abrid vuestras entrañas de misericordia, y desciendan sobre nosotros las bendiciones y las gracias. Oh hermoso paraíso de las más inefables delicias, árbol de la vida, arca preciosa que contiene el maná del cielo, gloria de los Profetas, corona de los Apóstoles, honor de los Mártires, gozo de los Santos, concierto de todas las jerarquías, modelo de todas las vírgenes, Reina concebida sin mancha, más resplandeciente

que el sol, no nos abandoneis. Salvad á la Iglesia, salvad al Papa, salvad al mundo.

### HIMNO.

Salve, Madre Inmaculada  
Del Salvador prometido;  
Vaso de celeste gracia;  
De gloria, vaso escogido.

Antes de toda existencia,  
Vaso por Dios reservado;  
Por la mano de su ciencia  
Desde entonces cincelado.

Salve, Madre; flor que brotas  
De entre espinas, sin espina;  
De la zarza punzadora,  
Flor de gracia, flor divina.

Nosotros somos la zarza,  
Somos ¡oh flor peregrina!  
Los heridos en el alma,  
Del pecado por la espina.

Mas á Tí, Madre, no llegan  
Esos cardos punzadores,  
Y te levantas serena  
Como el lirio entre las flores.

Cáliz de perfume blando;  
De aromas masa excelente;  
Puerta cerrada al pecado;  
Del jardín del cielo, fuente.

Tú superas en fragancia,  
Madre del Creador inmenso,  
Al cinamomo, á la mirra,  
Al bálsamo y al incienso.

Salve, gloria de las Vírgenes,  
De los hombres mediadora;  
Salve, Madre, que á luz diste  
La Salud reparadora.

Salve, rosa de paciencia,  
Suave mirto de templanza,  
Olorosísimo nardo  
De celestial esperanza.

Tú de humildad hondo valle;  
Tierra vírgen, cuyo seno,  
Inaccesible al arado,  
Dió fruto de vida pleno.

Flor del campo, hermoso lirio,  
De oscuro valle, que exhalas,  
Como perfume divino,  
Al Redentor de las almas.

Tú de los cielos paraíso,  
Arbol de Líbano excelso,

Que, sin incisión esparces  
La dulzura del incienso.

Tú la plenitud resumes  
De la celeste hermosura,  
La plenitud del perfume,  
Del candor y la dulzura.

De Salomón bello trono,  
Al que ningún trono iguala;  
Ni por lo rico del oro,  
Ni del arte por las galas.

De tu amor y tu decoro  
Los misterios prefigura,  
Por su brillantéz, el oro;  
El marfil, por su blancura.

Llevas, oh Madre, en tu diestra,  
La palma de tu victoria;  
Sin igual acá en la tierra,  
Sin semejante en la gloria.

Honra del género humano,  
Virgen que en tu alma atesoras  
Las virtudes de las almas,  
Sobresaliendo entre todas.

Al Angel y á las criaturas  
Oscurece tu belleza;  
Como la aurora á la luna,  
Y la luna á las estrellas.

Es tu virginal pureza  
Hermosa luz sin eclipse;  
Como el amor que te incendia,  
Fuego que jamás se extingue.

Salve, Madre de clemencia,  
Que bendices y perdonas;  
Santuario de luz, que habitan  
Las tres Divinas Personas.

Pero Santuario que ofreces  
Más dulce, especial morada,  
A la Majestad del Verbo  
Encarnado en tus entrañas.

Oh del mar hermosa estrella,  
Criatura especial, María,  
Que estás radiante en los cielos  
Sobre toda jerarquía.

Desde esa altura suprema  
Donde está tu trono fijo,  
Colócanos, Virgen bella,  
Bajo el amparo de tu Hijo.

Así, Madre, no se temen,  
A la sombra de ese abrigo,  
Ni las engañosas redes,  
Ni el terror del enemigo.

Destinados en el mundo  
Para continuo combate,

Combatiremos seguros  
 Siendo Tú nuestro baluarte.  
 Cedan, Virgen soberana,  
 A la fuerza de tu brazo,  
 La fuerza del enemigo,  
 Y á tu previsión, sus lazos.  
 ¡Oh Jesús! Verbo del Padre,  
 De los hombres dulce anparo;  
 De tu dulcísima Madre  
 Guarda siempre á los esclavos.  
 Rompe, Jesús, las cadenas  
 Del pecador que á Tí clama;  
 Con la sangre de tus venas  
 A todos los hombres salva.  
 En nuestra alma redimida  
 Imprime tu semejanza;  
 Tu Pasión que es nuestra vida,  
 Y tu Cruz, nuestra esperanza.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida, dignísimo arzobispo de Méjico, se ha dignado conceder ochenta días de indulgencia á cada una de las oraciones que anteceden, como también al Himno.

NOTA.—Al insertar Augusto Ni-

colás el himno que antecede en su obra intitulada: *Nuevos estudios filosóficos sobre el Cristianismo* se expresa así: “¿Cómo sacrificar la secuencia *Salve, Mater Salvatoris*, ese encantador collar de perlas de Adam de San Víctor, una de las joyas más graciosas de la colección litúrgica de María, que valió, se dice, á su autor, y se concibe, el milagroso agradecimiento de la Reina del cielo?” Estas solas frases revelan el mérito y la hermosura de ese himno, que diariamente debe brotar de los labios católicos, en honor de María; y á la vez justifican el motivo de su traducción del latín, en que fué escrito, al hermoso idioma castellano.

ORACIÓN.

Dios te salve, augusta Reina de la paz, Santísima Madre de Dios; por el Sacratísimo Corazón de Jesús, tu Hijo, haz que se aplaque su

ira y que reine en paz sobre nosotros. Acuérdate, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir, que abandones al que invoca tu socorro. Yo, animado con esta confianza, vengo á Tí, á Tí ocurro. No quieras, oh Madre del Verbo, despreciar mis palabras; sino óyelas propicia, y escúchalas; oh elemento, oh piadosa, oh dulce Virgen María.

N. S. P. el señor Pío IX, por su decreto fecha 22 de Septiembre de 1846, concedió perpetuamente 300 dias de indulgencia siempre que se rece la oración que antecede, con devoto y conrito corazón. A los que acostumbran rezarla diariamente, les concedió una indulgencia plenaria cada mes, siempre que estén conritos, confesados, alimentados con la sagrada Comunión y oren por el Sumo Pontífice, en una iglesia ó público oratorio.

## NOVENA

### De la Inmaculada Concepción

#### DE MARIA SANTISIMA,

TRADUCIDA DEL ITALIANO.

ESTA NOVENA PUEDE COMENZARSE EL

29 DE NOVIEMBRE.

Por la señal de la santa Cruz, etc.

Ven, oh Santo Espíritu!

Ven, oh dulce fuego!

Llena de tus dones

A tus fieles siervos.

ira y que reine en paz sobre nosotros. Acuérdate, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir, que abandones al que invoca tu socorro. Yo, animado con esta confianza, vengo á Tí, á Tí ocurro. No quieras, oh Madre del Verbo, despreciar mis palabras; sino óyelas propicia, y escúchalas; oh elemento, oh piadosa, oh dulce Virgen María.

N. S. P. el señor Pío IX, por su decreto fecha 22 de Septiembre de 1846, concedió perpetuamente 300 dias de indulgencia siempre que se rece la oración que antecede, con devoto y contrito corazón. A los que acostumbran rezarla diariamente, les concedió una indulgencia plenaria cada mes, siempre que estén contritos, confesados, alimentados con la sagrada Comunión y oren por el Sumo Pontífice, en una iglesia ó público oratorio.

## NOVENA

### De la Inmaculada Concepción

#### DE MARIA SANTISIMA,

TRADUCIDA DEL ITALIANO.

ESTA NOVENA PUEDE COMENZARSE EL

29 DE NOVIEMBRE.

Por la señal de la santa Cruz, etc.

Ven, oh Santo Espíritu!

Ven, oh dulce fuego!

Llena de tus dones

A tus fieles siervos.

V. Envía Señor á tu Espíritu Santo.

R. Y se renovará la faz del universo.

OREMOS.

¡Oh Dios, que has enseñado á los corazones de los fieles ilustrándolos con la luz de tu Espíritu Santo, concédenos que aprendamos lo que debemos saber, y que gocemos siempre de los consuelos de este mismo divino Espíritu: por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN PREPARATORIA

PARA TODOS LOS DIAS DE LA NOVENA.

Virgen Purísima, concebida sin pecado, hermosa y sin mancha desde el primer instante de tu ser: Niña gloriosa y llena de gracia, Madre de mi Dios, Reina de los ánge-

les y de los hombres; postrado humildemente en tu presencia, te ofrezco mis homenajes de respeto como á Madre de Dios mi Salvador, que, siendo Dios, me ha enseñado con su amor, su respeto y sumisión hacia tí, los honores y homenajes que yo debo tributarte. Te suplico te dignes recibir el que te ofrezco en esta novena. Tu eres el dulce y seguro asilo de los pecadores penitentes, y por lo mismo recorro á tí; eres la Madre de misericordia, y no podrás menos de moverte á compasión de mis miserias; eres después de Jesucristo toda mi esperanza, y sabrás por lo mismo recibir con agrado la tierna confianza que en tí tengo. Hazme, Señora, digno de llamarme hijo tuyo, para que pueda decirte confiado: *Muéstrame que eres mi Madre.*

Se reza después de la oración preparatoria, nueve veces el *Ave María* y un *Gloria Patri*.



ORACIÓN PARA EL PRIMER DIA DE LA  
NOVENA.

Heme aquí á tus piés ¡oh Virgen Inmaculada! me regocijo infinitamente contigo, porque fuiste, desde la eternidad, escojida para Madre del Verbo Eterno y preservada de la culpa original. Bendigo á la Santísima Trinidad y le doy gracias por haberte enriquecido con este singular privilegio en tu Concepción, y te suplico con todo mi corazón, te dignes alcanzarme la gracia de vencer los funestos efectos que en mí produjo el pecado original. ¡Oh Madre mia! dignate hacer que yo los venza, para que nunca deje de amar á mi Dios. Amén.

*Se rezan las letanias de nuestra Señora, concluyendo del modo siguiente:*

V. En tu concepción ¡oh Virgen! Inmaculada fuiste.

R. Ruega por nosotros al Padre cuyo Hijo á la luz diste.

OREMOS:

¡Oh Dios! que por la Concepción Inmaculada de la Virgen, preparaste á tu Hijo una digna habitación; nosotros te suplicamos que pues la preservaste de toda mancha en virtud de la muerte de tu mismo Hijo, nos concedas por su intercesión aparecer limpios en tu divina presencia.

¡Oh Dios! que rijes y gobiernas á todos los fieles, dignate mirar propicio á tu Siervo el Sumo Pontífice, á quien, como á Pastor universal has encomendado el cuidado de tu Iglesia: concédele te suplicamos, que con su palabra y ejemplo te agrade, á fin de que él y su grey consigan la vida eterna.

¡Oh Dios! Refugio y fortaleza nuestra y autor de toda piedad, escucha las piadosas súplicas de tu Iglesia

y concédenos, que eficazmente consigamos lo que te pedimos con fidelidad. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

V. Nos cum prole pia.

R. Benedicat virgo María

SEGUNDO DIA DE LA NOVENA.

*Todo como el primer dia á excepción de la siguiente:*

ORACIÓN.

¡Oh azucena candidísima de pureza, Virgen Inmaculada! yo te doy mil parabienes porque desde el instante primero de tu Concepción, Dios te colmó de gracia, confiriéndote además el uso perfecto de la razón. Adoro á la Santísima Trinidad y le doy gracias por haberte concedido tan sublimes dones, y me confundo en tu presencia al verme tan escaso de gracias. Tú, que tan plenamente fuiste enriquecida con

celestiales gracias, dignate hacer á mi alma participante de ellas y de los tesoros inmensos de tu Concepción Inmaculada.

*Se concluye todos los dias con las letanías verso y oraciones, como en la página 142.*

DIA TERCERO.

*Todo como el primer dia á excepción de la siguiente:*

ORACIÓN.

¡Oh María! mística rosa de pureza, mi alma se regocija contigo porque triunfaste de la infernal serpiente en tu Concepción Inmaculada. Con toda mi alma alabo y bendigo y doy gracias á la Santísima Trinidad que te concedió un privilegio tan singular, y te ruego me alcances la gracia de tener el valor necesario para vencer las asechanzas

del enemigo infernal, para que mi alma no se manche jamás con el pecado. Ayúdame ¡oh Señora! y haz, que, seguro con tu protección, triunfe de todos los enemigos de nuestra eterna salvación. Amén.

*Las letanías etc. como en la página 142.*

DIA CUARTO.

*Todo como el primer día á excepción de la siguiente:*

ORACIÓN.

¡Oh espejo tersísimo de pureza! Virgen Inmaculada María; yo sumamente me alegro y te felicito porque desde el momento de tu Concepción purísima fuiste adornada con las mas sublimes y perfectas virtudes, y á la vez con los dones del Espíritu Santo. Alabo y bendigo á la Santísima Trinidad por ha-

berte favorecido con tan grandes privilegios, y te suplico Madre amorosísima, que me alcances la gracia de practicar la virtud, para hacerme digno de los dones y gracias del Espíritu Santo. Amén.

*Las letanías etc. como á página 142.*

DIA QUINTO.

*Todo como el primer día, á excepción de la siguiente:*

ORACIÓN.

¡Oh María! Luna resplandeciente de pureza; mi alma se llena de regocijo porque en tu Concepción Inmaculada, fuiste el principio de la salud del género humano, y causa de la alegría de todo el mundo. Mi alma bendice y alaba á la Trinidad Santísima, que se dignó elevarte á tan grande altura. Te ruego ¡Se-

ñora! te dignes alcanzarme la gracia de saber aprovecharme de la Pasión y muerte de tu Hijo Jesús, á fin de que no sea inútil para mí, la sangre que derramó en la cruz, sino que, viviendo santamente, vaya después de mi muerte á bendecirlo por toda la eternidad en el Cielo. Amén.

*Las letanías etc. como á página 142.*

DIA SEXTO.

*Todo como el primer dia, á excepción de la siguiente:*

ORACIÓN.

¡Oh brillantísima estrella de pureza, Inmaculada María, mi alma se llena de regocijo al considerar que tu Concepción purísima fué un motivo de un inmenso gozo para todos los ángeles del Paraiso. Bendigo

á la Santísima Trinidad y le doy infinitas gracias por haberte enriquecido con tan grandes privilegios. ¡Haz oh dulce y tierna Madre! que llegue el dia en que, unido á los ángeles del cielo, cante tus alabanzas por toda la eternidad. Amén.

*Las letanías etc. como á página 142.*

DIA SÉPTIMO.

*Todo como el primer dia á excepción de la siguiente:*

ORACION.

¡Oh bella y deliciosa aurora de pureza! Inmaculada María, mi alma se llena de gozo y de admiracion al ver que desde el momento mismo en que has sido concebida, fuiste á la vez confirmada en gracia. Alabo y bendigo á la Santísima Trinidad

que á tí sola ha distinguido con tan singular privilegio. Alcánzame, dulce y amorosa Madre, que aborrezca el pecado sobre todo lo aborrecible, de modo, que muera yo antes que volver á cometerlo. Amén.

*Las letanías etc. como á página 142.*

DIA OCTAVO.

*Todo como el primer día á excepción de la siguiente:*

ORACIÓN.

¡Oh Sol hermosísimo de pureza! Inmaculada María. Lleno de alegría con toda el alma, yo te felicito porque en tu Concepción purísima, te concedió el Omnipotente una gracia mayor y mucho más abundante que la que tuvieron todos los ángeles y Santos en el colmo de sus méritos. Doy gracias infinitas á la Santísima Trinidad, y lleno de admiración contemplo la magnificen-

cia con que te dispensó este incomparable privilegio. ¡Haz oh amantísima Madre! que yo sepa corresponder á la gracia y no abuse jamás de ella, para que desde este mismo instante agradezca este grande beneficio de Dios y sepa aprovecharme de él. Amén

*Las letanías etc. como á página 142.*

DIA NOVENO.

*Todo como el primer día á excepción de la siguiente:*

ORACIÓN.

¡Oh luz hermosísima de santidad y dechado singular de pureza! Inmaculada María siempre Virgen y gran Madre de Dios, que apenas concebida adoraste á tu Criador profundamente y le diste humildes gracias porque por tu medio, en vez de

la antigua maldición, iba á descender la bendición del cielo sobre los desgraciados hijos de Adán; haz, oh Madre y Señora de los corazones, que también el mio se encienda todo en amor de Dios, para que después de esta vida, goce de la divina presencia en el Paraíso, en donde pueda tributarle los mas ardientes homenajes de mi gratitud por los privilegios tan singulares que te ha concedido, y tenga la dicha de verte coronada de gloria. Amén.

*Las letanías etc. como á página 142.*

### Canción.

ESTRIBILLO.

*Tu Concepción triunfante,  
Doncella venturosa,  
Tu Concepción hermosa  
Mi voz ensalzará.*

*¡O cándida azucena  
De virginal portento,*

Y en el primer momento  
Unica pura flor!

¡O Esposa deseada  
Del Dueño en los Cantares,  
Consuelo á los pesares  
Del corazón de Adán!

¡O bienhechora estrella  
En puerto y mar propicia,  
Del Sol de la justicia  
Vestida en gloria y luz!

¡O antorcha mas luciente  
Que el astro al medio dia,  
Torrente de alegría  
Para placer de Dios!

Vendrás ¡oh portentosa!  
Los cielos alegrando;  
Los valles agraciando  
La frente mostrarás.

Ya plácidos reflejos  
De tu esplendor alcanzas,  
Y el iris de esperanzas  
Ya el orbe alegre ve.

Da pronto, dulce Aurora,  
Para nacer el vuelo,  
Y unidos tierra y cielo  
Coronas te pondrán.

## Nota.

*El Sumo Pontífice Pio VII concedió á los que en público ó en privado practicaren estos piadosos ejercicios: 300 dias de Indulgencia por cada uno de los dias de la novena; y además Indulgencia plenaria á los que, habiéndolos practicado todos los nueve dias, se confesaren y comulgaren el dia de la fiesta respectiva, ó en cualquiera otro de la infraoctava, é hicieren oración al Señor y á la Santísima Virgen, según las intenciones de los Sumos Pontífices.*

## ORACION.

DEL P. ZUCCHI

## A la Santísima Virgen.

¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!  
Yo me ofrezco todo á Vos, y para probaros mi devoción, os consagro en este dia mis ojos, mis oidos, mi lengua, mi corazón, todo mi sér. Y pues que asi soy todo vuestro, oh mi buena Madre, guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

*La Santidad de Pio IX, por decreto de 5 de Agosto de 1851, concedió 100 dias de indulgencia por cada vez que rece por mañana y tarde esta devota oración, precedida de*

## Nota.

*El Sumo Pontífice Pio VII concedió á los que en público ó en privado practicaren estos piadosos ejercicios: 300 dias de Indulgencia por cada uno de los dias de la novena; y además Indulgencia plenaria á los que, habiéndolos practicado todos los nueve dias, se confesaren y comulgaren el dia de la fiesta respectiva, ó en cualquiera otro de la infraoctava, é hicieren oración al Señor y á la Santísima Virgen, según las intenciones de los Sumos Pontífices.*

## ORACION.

DEL P. ZUCCHI

## A la Santísima Virgen.

¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!  
Yo me ofrezco todo á Vos, y para probaros mi devoción, os consagro en este dia mis ojos, mis oidos, mi lengua, mi corazón, todo mi sér. Y pues que asi soy todo vuestro, oh mi buena Madre, guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

*La Santidad de Pio IX, por decreto de 5 de Agosto de 1851, concedió 100 dias de indulgencia por cada vez que rece por mañana y tarde esta devota oración, precedida de*



una Ave María. *El que la rece todos los dias, ganará indulgencia plenaria una vez al mes, si, recibidos los santos Sacramentos, visita una Iglesia, y ruega por las intenciones de Su Santidad. Estas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio.*

JACULATORIA PARA CUALQUIERA  
TENTACIÓN.

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

*100 dias de indulgencia. (Pío IX, en el decreto antes citado.)*

EFICACIA PRODIGIOSA DE ESTA  
ORACIÓN.

En la vida del Padre Zucchi se refieren muchísimos casos que confirman la virtud y eficacia de esta devoción tan fácil y breve.

I. Viajando un mozo noble llegó á Roma, y oyó por dicha suya, predicar al P. Zucchi. Acabado el sermón se fué tras él, y postrándose á sus piés le declaró el mal estado de su alma. Hallábase dominado de una costumbre de pecar, y aunque deseaba mudar de vida, no tenía fuerzas para romper la pesada cadena. Dícele el Padre: *No tengas cuidado, la gracia del Señor te ayudará. Basta que te confieses siempre que vuelvas á caer en ese pecado. Si quieres, ven con migo, que yo te recibiré con los brazos abiertos.* Alentado el mozo con estas caritativas razones se volvió á confesar muchas veces con el Padre, pero sin dar muestras de convertirse, ni dejar aquel hábito; hasta que un dia le dijo el buen confesor: *Yo te quiero poner especialmente bajo la protección de María Santísima. Si tú la tomas por Señora y Madre, y la quieres honrar y servir como fiel siervo, y amar con filial ternura*

como hijo cariñoso, yo te prometo que ella te alcanzará los auxilios que necesitas para salir de la esclavitud del demonio. En prueba de que tomas á la Virgen por Señora y Madre, no exijo de tí mas, sino que le reces todas las mañanas al levantarte, y todas las noches antes de acostarte, una Ave María y esta oración: ¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! etc., y beses tres veces el suelo. Si entre dia te tienta el demonio para que vuelvas á cometer ese pecado, di al instante: ¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

Quedó muy consolado aquel pobre pecador, viendo que tenía remedio su espiritual dolencia; ofreció ejecutar puntualmente cuanto el Padre le había aconsejado, y desde aquella misma noche empezó á cumplir su palabra. Mas debiendo partir de Roma, fué á despedirse del

Padre, y le volvió á prometer que no dejaría de rezar aquella oración y el Ave María al levantarse y al acostarse. No supo más de él el Padre, hasta que volviendo el mozo á pasar por la ciudad de Roma, fué corriendo á buscar á su Padre espiritual y se confesó con él, pero tan trocado, que el Siervo de Dios no le conocía. El Padre al referir este caso solía decir: *Me parecía estar oyendo confesar á un santo.* Admirado de tan extraña mudanza, le preguntó ¿cómo se había obrado en él tan gran prodigio? “¡Oh Padre de mi alma, le contestó el penitente; debo mi enmienda y mi salvación á aquella breve plegaria que Vd. me enseñó, y que no he dejado de rezar ni siquiera un dia; lo mismo que la otra jaculatoria para el momento de la tentación. Yo invocaba á María Santísima por la mañana y por la noche: acudía á ella siempre que el demonio me acosaba, ó cuando se revelaba la

carne contra mí, y gracias á su poderoso amparo, nõ he vuelto á caer."

2. Refiriendo este suceso en un sermón el mismo Padre, se resolvió á emplear este remedio uno do los que le estaban oyendo predicar. Apartándose de su amigo, que le había arrastrado á cometer abominables crímenes, empezó á rezar todas las mañanas y todas las noches la susodicha oración, y no tardó en llegar á ser tan virtuoso como había sido criminal. A los seis meses le armó el demonio un lazo, en que le habría cogido si no hubiera sido por el auxilio de María. So pretexto de convertir á su antiguo amigo, le proponía el demonio que volviese á su casa, y reanudase su amistad. Seducido el jóven inexperto con la apariencia de bien que en aquello veía, sube las escaleras, acércase á la puerta, coge el pestillo, pero en aquel instante una voz interior le dice: *No entres*. Y acordándose de la jaculatoria, y de lo

que oyó al Padre Zucchi, exclama: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra*. Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando siente que le cojen por la mano, le sacan de aquel peligro, y le conducen á su propia casa, sin ver ni saber quién le había hecho este beneficio.

3. Fué á predicar en un pueblo el Padre Zucchi, donde vivía cierta señora, la cual tenía un hijo tierno en los años, pero encallecido en los vicios. Fuese llorando al Padre, y le dijo la pena que oprimía su maternal corazón. *Envieme Vd. á su hijo*, le respondió el Siervo de Dios. Ella fué corriendo, y se lo dijo al muchacho. Satisfecho este de que quisiera verle un hombre tan célebre, se presentó al instante, y quedó preso en las redes amorosas de aquel caritativo cazador de las almas, prometiéndole rezar todos los

días la oración á la Virgen, y la jaculatoria en las tentaciones. Pasado algún tiempo, volviendo el Padre al mismo pueblo, aquella buena señora se le echó á los piés llorando de alegría y le dijo: "Dios se lo pague á Vd., Padre mio; yo no sé como mostrarle mi reconocimiento. Mi hijo era un demonio, y Vd., con su oracioncita á la Virgen, le ha trocado en un santo y en un ángel del cielo."

4. Un oficial de alma noble y generosa, pero de corazón corrompido, oyó casualmente un día al Padre Zúccchi aconsejar la práctica de una devoción tan breve y tan fácil. Y dijo entre sí. "Esta oración me gustó; no parece sino que la han hecho para militares. Es cortita; toda sustancia y fervor." Movido de estas razones empezó á rezarla, y dentro de poco tiempo, con asombro suyo, se vió libre de aquella infame pasión.

Por Octubre de 1846 un sábio y

virtuoso sacerdote escribió á un ilustre Prelado del Piamonte lo siguiente: "Excelentísimo é Ilustrísimo Señor: Cinco años ha que aconsejo á todos los que acuden á mí, que recen á la Virgen una oración que encontré en las obras del célebre historiador el Padre Bártoli. No hay palabras para referir las gracias que se han conseguido por medio de tan breve y sencilla devoción, y lo bien que paga Nuestra Señora á los que constantes le tributan este pequeñísimo homenaje de filial devoción. Haga V. E. que se imprima en gran número, y se dé á los jóvenes de ambos sexos que el Señor ha confiado á su cuidado y solícitud pastoral, y V. E. verá bien presto los buenos efectos que produce. No temo quedar por embustero."

Con el tiempo se reimprimió también en Francia, y repartiéndola, es increíble el bien que produjo, y cuántos jóvenes trajo á verdadero

arrepentimiento, y á que recobrasen por intercesión de la Virgen la joya inestimable de la castidad, que hacía mucho tiempo habían perdido. Los Padres de la Compañía de Jesús, y todos los que se dedican á la educación de la juventud, pueden atestiguar de qué manera se complace todavía Nuestra Señora en bendecir esta plegaria.

Los siguientes casos, sucedidos en Francia, demuestran que la oración y jaculatoria susodichas, no han perdido un punto de su prodigiosa eficacia. Oigámoslos de boca del mismo que los presenci6:

1. Un niño de quince años que todavía conservaba la inocencia bautismal, fué puesto por sus padres en cierto colegio á donde yo iba con frecuencia. Mantúvose en tan feliz estado en aquella casa, hasta que por desgracia se juntó con uno de sus compañeros, verdadero ministro del demonio, y uno de aquellos amigos cuya pérvida a-

mistad es más perjudicial que el odio del infierno. Los funestos efectos se notaron muy luego, de modo que apenas le conocían sus maestros y discípulos. Perdida su acostumbrada alegría, se apoderó de su alma un humor melancólico. Disgustado del estudio, olvidado de sus ejercicios de piedad, y hasta de la Confesión y Comunión, que eran ántes todas sus delicias, buscaba alivio en las disipaciones y pasatiempos mas peligrosos. Algunas veces, no hallando consuelo, y acosado de crueles remordimientos, deseó romper aquella infame cadena, quiso hacer algun esfuerzo, pero su indigno compañero se lo disuadió, y aquel corazón tan noble tuvo que soportar por espacio de más de dos años el yugo pesadísimo de una pasión degradante. Por último, hicieron ejercicios espirituales todos los alumnos, y en aquellos dias la gracia del Señor le dió luz y fuerza para salir de tan infeliz cautiverio. Mu-

chas fueron las tentaciones del enemigo, y de su misma naturaleza mal inclinada y acostumbrada al vicio; pero no fué vencido ni durante los ejercicios ni en todo el mes siguiente. ¡Pero todavía le guardaban nuevas derrotas! Confiado en sus propias fuerzas, pensó que ya no volvería á perder el tesoro que había recuperado. Fué dejando poco á poco la frecuencia de Sacramentos que entabló después de los ejercicios; no acudía como en los días pasados al Señor en las tentaciones; y bien revelaba su rostro el infelíz estado de su alma. Un día que le hallé solo en un sitio retirado, discurriendo sobre los medios de escaparse del colegio, para entregarse á una vida licenciosa, conociendo su mal intento, procuré sosegarle, aconsejándole que todos los días al levantarse y al acostarse rezase de rodillas la oración: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!* añadiendo una *Ave María*, y besando

el suelo. Al oír que había remedio, y tan fácil, renació en aquel corazón abatido la esperanza. Fué á confesarse luego, y empezó desde aquella noche á practicar la devoción del Padre Zucchi, repitiendo la jaculatoria cuantas veces sentía alguna tentación. Sin embargo, como se descuidase dos ó tres veces en acudir á María, con harto sentimiento y daño suyo aprendió que solamente de su amparo podía esperar fuerza para resistir y vencer á tan porfiado enemigo. Pero permaneciendo fiel y constante en invocarla, logró completa victoria y ya enteramente libre de aquella cadena, entró y persevera en cierta Congregación consagrada á la educación de la juventud. *¡Qué feliz era yo en otro tiempo!* me decía una vez. *¡Y qué tesoro tan grande perdí!* *Ahora que lo conozco, me quiero dedicar á preservar á otros de la desgracia en que yo caí, esperando*

que el Señor me conceda otra vez aquella joya que antes poseía.

2. Había en un colegio, dice el mismo que presencié el caso, cierto alumno de unos diez y seis años de edad, cuya modestia y jovialidad, unidas á una observancia exactísima, le recomendaban como modelo á todos sus compañeros. Sobre todo, brillaba por su virginal candor; bastaba mirarle á la cara para convencerse de que la culpa mortal no afeaba la pureza de su hermosa alma. Habiendo oído el jóven predicar contra el escándalo, y declarar la responsabilidad que pesa sobre el que pervierte á otro, vino á mí deshaciéndose en lágrimas, ponderando cuánto le había asustado aquella plática; y después que procuré sosegarle, me refirió toda su vida en estos términos: Padre mio, yo, hasta la edad de once años, fui muy modesto y recatado, mientras no me había apartado del lado de mi madre, mas poco antes de venir

aquí, estando en el campo, otro de mas edad me hizo cometer un pecado, y desde aquel punto se acabó para mí toda felicidad, alegría y sosiego. Pero mi mayor desgracia fué que yo empecé á pervertir á otros de mi edad. Cuando entré en el colegio, tenía ya la costumbre de cometer graves pecados, y estaba persuadido de que no era posible enmendarme, y me avergonzaba de mí mismo. Reparaba que había entre los compañeros algunos que se distinguían por su modestia, que eran los Congregantes, y yo deseaba ser como ellos. No sabiendo ellos que yo fuese tan malo, me instaban para que entrase en la Congregación. Por aquel tiempo leí una oración que empieza así: *¡Oh Señora, mia! ¡Oh Madre mia!* con la narración de algunas conversiones que por rezarla habían tenido lugar. Animado y lleno de esperanzas, empecé á practicar aquella devoción diariamente, me confesé, y creció

tanto con esto el horror al pecado, que no volví á cometer casi ninguno. Llegado el día de mi primera Comunión, ya me encontraba del todo libre, ó si nó, entonces me convertí enteramente: pedí ser admitido en la Congregación, y lo conseguí. Pensaba muchas veces en los niños á quienes había inducido á aquellos pecados, y pedía al Señor por ellos. Mas ¡ay! ¡jamás creí que fuese tan grande el daño que les causé!—Interrumpile, preguntándole si todavía padecía algunas tentaciones.—Sí, Padre, y frecuentes y recias, y algunas veces gran tristeza, pero al instante rezo aquella jaculatoria que está en el mismo papeleto de la otra oración, y después procuro distraerme, y cantar, y el demonio luego huye y me deja.—Y lo mas raro es, que no solo él se ha enmendado, sino que trata de entrar en una religión que se emplea en la educación de la juventud, *para sal-*

*var, dice, mas almas que las que pervirtió.*

3. Hace algunos años se hallaba en un colegio otro muchacho, también de diez y seis años, cuya habitual tristeza inspiraba á sus maestros grandes temores. No tomaba parte en los juegos de sus compañeros, ó si alguna vez por capricho empezaba á jugar con gran ahinco, luego lo dejaba, y se volvía á su triste apatía. El mirar sombrío, la risa forzada, la repugnancia á tratar con los demás, hubieran confirmado las siniestras sospechas que algunos concebían de él, si no fuera que por otra parte era bien visto de todos, y frecuentaba los santos Sacramentos. Cierta día muy solemne, en que todos los niños comulgaron, mientras que estábamos hablando de sobrecena, de la felicidad de aquellas almas inocentes, me llaman; voy y no conociendo porque estaba oscuro, dije: “¿Quién me busca?—Un servidor de Vd., me



dijo con voz trémula y apagada.— Bueno. ¿Qué se te ofrece á estas horas?—¡Ay, Padre mio! soy el más desgraciado del mundo!” Pensando yo que hubiese tenido alguna mala noticia, le volví á preguntar: “¿Ha sucedido alguna desgracia en tu casa? ¿Ha muerto alguno de tu familia?”—“Nó, Padre; es una cosa todavía peor.” Entonces caí en la cuenta, reapareciendo en mi fantasía todos los temores y sospechas que había procurado desvanecer. Me lo llevé á un patio, donde quedándome con él á solas, advertí que estaba temblando, y que la respiración comprimida revelaba la angustia del alma. “Hijo, le dije, quizá tienes veneno dentro del corazón. Si es así no hallarás alivio hasta que lo vomites. Ya me entiendes. ¿Quieres que te llame un confesor?—Todavía no, Padre.—Pues dime, ¿porqué estás tan triste?—Hace tres años que cometo sacrilegios.—Hijo, mira no sean aprensiones ó escrúpulos.—¡Ay, Pa-

dre, harta verdad es! Voy á contárselo á Vd. todo. . . . Hace tres años cometí un pecado, y cuando me fuí á confesar, me dió tal vergüenza, que no me atreví á decirlo al confesor, y de este modo recibí la absolución, y fuí á comulgar. Desde entonces no he tenido un momento de alegría; nada me daba gusto; cualquiera cosa, por pequeña que fuese, me irritaba. Así seguí confesándome y comulgando sin manifestar aquel pecado, ni otros que cometía, hasta llegar á ser como un demonio. Luego, cuando tenía que irme á confesar, no hacía exámen de conciencia, sino decía al confesor lo primero que me venía á la boca. En este estado comulgaba, pero como asustado, temiendo que el Señor me castigase. Cuando vino el P. N. á darnos los ejercicios, me resolví á confesar aquel pecado; pero estando á sus piés para decirselo, no tuve valor, y lo volví á callar. Durante aquel año

fuí todavía peor. Al siguiente me resolví á confesarlo al P. N. cuando vino á darnos los ejercicios, pero el demonio me tenía preso y cerrada la boca, y tampoco se lo dije. Ayer tarde me fuí á confesar sin haber examinado mi conciencia, pero con mas temor que nunca! Hoy por la mañana fuí á comulgar temblando, pareciéndome que Dios me iba á castigar. Cuando recibí la sagrada Forma, sentí como si con una espada me atravesaran el corazón. Todo el dia he estado temeroso. Triste, sin sosiego, no podía sufrir que estuviesen contentos los demás. He comido bárbaramente para distraer la melancolía, pero todo sigue agobiándome. Al oscurecer era tal mi tristeza, que pudiendo estar dentro de casa, aburrido salí á dar una vuelta fuera de la ciudad, y me parecía que el enemigo me acompañaba y empujaba para que me precipitara por los derrumbaderos que están á uno y otro lado del camino...

hasta que me vi impulsado á desahogarme con Vd., Padre mio. . . .” Mientras me decía todo esto, estaba temblando de piés á cabeza, y apenas podía respirar. Yo le animé haciéndole admirar la gran misericordia de Dios, que precisamente le traía á verdadero conocimiento en un dia en que tanto le ha habia ofendido, y llevándole á la capilla, postrados ambos rezamos delante de la imagen de Nuestra Señora una *Ave María*, derramando él torrentes de lágrimas. Dejele allí, y fuí á buscar á un confesor que no le conociese. Al instante se confesó con él, y salió de allí loco de contento, diciendo: “Todo lo he confesado, todo lo he confesado. ¡Oh, qué bueno es Dios, qué bueno és!” Reparó después todas las Comuniones sacrílegas con una sumamente fervorosa, y empezó una vida del todo nueva. Durante los tres meses que faltaban para cumplirse el curso, iba todas las tardes á los piés de la

Madre de misericordia á darle gracias por su conversión, que había sido para él como un segundo nacimiento. Desde entonces hasta concluir sus estudios, fué uno de los mejores alumnos del colegio, y hoy se encuentra dedicado á la salvación

Después de haberse convertido, deseando yo saber los caminos secretos por donde la gracia del Señor había obrado aquel prodigio, le pregunté: "Y tú ¿qué hacías para que Dios te llamase al arrepentimiento de tus culpas, y por medio de este al perdón?—Nada más que pecar y mas pecar.—¿Pero no rezabas algo en tu casa, ni siquiera el Rosario con tus padres y hermanos?—Sí, Padre; pero como lo hacía porque me obligaban, lo rezaba distraído y corriendo.—A lo ménos oírías Misa todos los días, como se acostumbra en el colegio.—Sí, Padre, pero en vez de rezar, leía en el calendario, y contaba cuántos días faltaban para acabar el curso, ó pa-

ra tal ó cual fiesta, ó estaba echando planes para divertirme ó para ofender á Dios.—¿Y cuando oías algún sermón ó plática?—Me enfurecía contra el predicador, porque sus palabras me llenaban de remordimientos, y procuraba no atender, ni aun oír lo que decía.—¿Pero no acudías alguna vez á la Virgen, no le rezabas algo por tu propia voluntad?—Únicamente aquella oración que empieza así: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!*"

AUTOR Ó PROPAGADOR DE ESTA  
DEVOCIÓN.

El P. Nicolás Zucchi, de la Compañía de Jesús, nació en Parma el 6 de Diciembre de 1586, de padres nobles, y tan piadosos, que de ocho hijos que tuvieron consagraron al Señor siete en el estado religioso. Sobre todos ellos descollaba en Nicolás desde sus mas tiernos años *la devoción á la Santísima Virgen*; pe-

ro tan fervorosa y extraordinaria, que siendo de solo doce años escribió con sangre sacada de sus venas una escritura ó pacto perpetuo de perpetua consagración, y entera donación de sí mismo á Nuestra Señora. Y es, según se cree, la misma oración que antecede: *¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía!* etc. Aceptó María Inmaculada la sencilla y cordial oferta del niño, como después lo atestiguó él mismo, siendo ya sacerdote y religioso, por estas palabras: *Confieso que soy deudor á la Virgen María, á quien me ofrecí desde la infancia, de la gracia de no haber sido jamás manchada mi alma con ningún pecado deshonesto.*

En 1602 fué admitido en el noviciado de la Compañía de Jesús de la ciudad de Padua, asegurando que esta gracia incomparable de la devoción religiosa se la debía á la Santísima Virgen.

Concluidos los estudios, le destinaron á enseñar filosofía y teolo-

gía. El cargo de la enseñanza, á pesar del esmero con que atendía al aprovechamiento de sus discípulos, no era bastante campo para ocupar su celo; así es que sabía encontrar tiempo para visitar á los presos y á los enfermos, y, sobre todo, para enseñar la doctrina á los niños en las calles y plazas.

El deseo del martirio le impulsó á pretender que le enviasen á las Indias, pero los Superiores le destinaron á Roma, donde le tuvo siempre fijo la divina Providencia.

Descubrieron los Superiores en el P. Nicolás Zucchi el dón extraordinario y admirable de predicar con elocuencia irresistible, sin tener que estudiar, ni hacer antes ninguna especie de preparación. Los Superiores, que conocieron esta gracia del Señor, soltaron las riendas á su ferviente celo, y con este motivo predicó, por espacio de muchos años, más de treinta y cuatro veces á la semana, no solo á gente rústica, si-

no también á sacerdotes y religiosos, á nobles y literatos, oyéndole con gusto y admiración los mismos Cardenales, y hasta el Sumo Pontífice Alejandro VII, de quien fué predicador.

Murió el P. Zucchi en Roma á 21 de Mayo de 1670, y en seguida el Señor honró á su siervo con muchos milagros que obró en su sepulcro.

### Aprobación de esta Oración.

DECRETO DE PIO IX.

Habiendo expuesto con toda humildad el Muy Reverendo Padre Prepósito General de la Compañía de Jesús, que algunos religiosos de la misma Compañía, dedicades á la educación de los jóvenes en lo que toca á la piedad y al adelanto en los estudios, confiaban ponerlos á cubierto de las asechanzas del enemigo, y particularmente de las que se dirigen contra la castidad, si lo-

graban inducirlos á recurrir á la Santísima Virgen, particularmente en los peligros y tentaciones: añadiendo, que sabían con experiencia que para esto es medio eficazísimo rezar mañana y noche aquella oración que empieza: *¡Oh Señora mía!* *¡Oh Madre mía!* y en las tentaciones la otra breve jaculatoria: *¡Oh Señora mía!* *¡Oh Madre mía!*, y habiendo suplicado á su Santidad el mismo Padre que abriese benígnamente el tesoro de la Iglesia para animar á los fieles á practicar esta devoción, nuestro Santísimo Padre Pio IX concedió 100 dias de indulgencia, que se podrán ganar una vez al dia, á todos los que, después de decir una *Ave Maria*, rezaren con el corazón contrito dicha oración por la mañana y por la noche. Además, á los que rezaren esto todos los dias del mes, concedió Su Santidad indulgencia plenaria en uno de ellos en que, habiéndose confesado y comulgado, visitaren una iglesia ú

oratorio público, y por algún espacio de tiempo orasen allí á Dios según la intención del Sumo Pontífice. Por último, concedió 40 dias de indulgencia por cada vez que se repita en las tentaciones, con el corazón contrito, la jaculatoria susodicha. Todas estas indulgencias son perpetuas, y aplicables á las benditas almas del purgatorio, y para ganarlas puede decirse la oración y la jaculatoria en cualquier idioma, con tal que sea fiel la traducción. Así lo decretó Su Santidad en su audiencia de 5 de Agosto de 1857.

## NOTICIA

De la aparición de Nuestra Señora

DE

**LOURDES.**

Lourdes es una pequeña ciudad de Francia, en el departamento de los Altos Pirineos.

Cerca de esta ciudad, en las orillas del rio Gave, se encuentra una roca abierta en su base por tres escavaciones irregulares que forman unas grutas que llaman Masabiel, que en el dialecto del país quiere decir: Rocas Viejas.

oratorio público, y por algún espacio de tiempo orasen allí á Dios según la intención del Sumo Pontífice. Por último, concedió 40 dias de indulgencia por cada vez que se repita en las tentaciones, con el corazón contrito, la jaculatoria susodicha. Todas estas indulgencias son perpetuas, y aplicables á las benditas almas del purgatorio, y para ganarlas puede decirse la oración y la jaculatoria en cualquier idioma, con tal que sea fiel la traducción. Así lo decretó Su Santidad en su audiencia de 5 de Agosto de 1857.

## NOTICIA

De la aparición de Nuestra Señora

DE

**LOURDES.**

Lourdes es una pequeña ciudad de Francia, en el departamento de los Altos Pirineos.

Cerca de esta ciudad, en las orillas del rio Gave, se encuentra una roca abierta en su base por tres escavaciones irregulares que forman unas grutas que llaman Masabiel, que en el dialecto del país quiere decir: Rocas Viejas.

Antes del día 11 de Febrero de 1858, no había en los alrededores de la ciudad lugar mas desierto y solitario que este. En una de esas grutas, cierta jóven de Lourdes, de catorce años de edad, llamada Bernarda Soubirous, pobre é ignorante, tuvo las siguientes visiones.

La Santísima Virgen María se le apareció varias veces en el lugar mas árido de la gruta. Durante una de sus apariciones brotó una fuente milagrosa, cuya agua ha obrado después un gran número de prodigiosas curaciones.

Multitud de personas venían á buscar en esta agua el remedio de sus males. Después de una quincena celebrada en honor de María, Bernarda había vuelto varias veces á la gruta sin oír la voz interior que la llamaba irresistiblemente. Esa voz la volvió á oír el día 25 de Marzo, fiesta de la Anunciación, y no fué engañada. María se le apareció de nuevo. ¡Oh Señora! le dijo

ella, dignaos tener la bondad de decirme quién sois y cuál es vuestro nombre. A estas palabras, la Señora parecía brillar con mayor resplandor, como si su alegría fuese en aumento. Bernarda repitió tres veces la misma pregunta.

Entonces oyó esta respuesta:

YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN. Toda hermosa y sin ninguna mancha. Ese es mi nombre, hija mia. Esa es mi gloria. . . Ese es el privilegio que me llena de felicidad. Inmaculada. . . es decir, siempre pura, siempre unida á Dios tres veces Santo: por la inocencia yo soy el jardín cerrado, en donde todo es de Dios, donde todo se eleva hacia Dios, en donde todo atrae las bendiciones de Dios.

Soy la Fuente Sellada, cuyas aguas cristalinas saltan hasta el cielo y descienden en lluvias de misericordias y gracias sobre la tierra.

Si quieres acercarte á mí, huye del mundo y de sus alegrías co-



rrompidas. Si quieres recibir las gracias, cuyo canal purísimo soy yo, ten abierto continuamente tu corazón á mi amor con una confianza de hija. Si quieres parecerte á mí, guarda y cultiva en tí el hermoso lirio de la inocencia, con la vigilancia y la oración.

Te he repetido tres veces esta palabra misteriosa, ¡penitencia! y sábelo hija mia, aunque Purísima, hice penitencia. Sabe, pues, que solo la penitencia es la que guarda y vuelve la inocencia.

¡Oh Madre mia! replica la Pastora; ¡Oh Inmaculada, oh Purísima, Santa y virginal María.....! si supieran quien sois, ¡cuántos corazones serían arrancados del poder de Satanás, cuántas almas atraídas por vuestra hermosura se unirían á Vos para siempre!

Mostraos, pues, al mundo perdido en las tinieblas del pecado. ¡Oh resplandeciente Estrella de la mañana! curad nuestros ojos, abridlos

á la luz divina, y que su influencia purifique lo que está manchado, y vivifique lo que está muerto, y haga renacer en todos los corazones el puro y Santo amor de Dios por las lágrimas dulces de la penitencia.

PRÁCTICA.—Unir sus oraciones á las de la Archicofradía de la Felicitación en Lourdes.

## VISITA

### A Nuestra Señora de Lourdes.

Bendita seais, Virgen Purísima, que os habeis dignado aparecer, hasta diez y ocho veces toda resplandeciente de luz, de dulzura y de bondad en la gruta de Lourdes, y decir á la humilde y sencilla niña que os contemplaba extasiada:

YO SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN.

Bendita seais por los favores ex-

traordinarios que no cesais de dispensar á quien os invoca confiado.

Por vuestro corazón de madre, oh María, y por la gloria que os ha dado la San Iglesia, os rogamos pidais por el Soberano Pontífice, por la misma Iglesia, y por nuestra patria, y que hagais realizar las esperanzas de paz y de felicidad que hizo nacer la declaración dogmática de vuestra Inmaculada Concepción.

*Se podrá rezar el Rosario, por ser la devoción recomendada por la misma Santísima Virgen, en su aparición; ó en su defecto cinco Ave Marías.*

### ORACION

Ó CONSAGRACIÓN QUE LOS PADRES DE  
FAMILIA HACEN DE SUS HIJOS Á

**Nuestra Señora de Lourdes.**

¡Oh Virgen Purísima! Yo os ofrezco y consagro especialmente á los

hijos que Dios me ha dado, rogandoos que os digneis conservar Vos misma su inocencia. No permitais, Señora, que las pasiones, sofoquen en ellos la voz de la razón y de la conciencia. Querría mejor, como la reina Blanca, verlos muertos, antes que verlos en peligro de perder la corona de la inmortalidad. Iluminadlos, para que conozcan su vocación, y después de haberlos ayudado á seguirla y á cumplir con las obligaciones que ella les imponga, haced, Señora, que vuestra protección los sostenga contra las tentaciones, y les haga perseverar en la virtud. Dignaos también alcanzarnos á todos las gracias necesarias para la salvación, y especialmente la perseverancia final, y sed Vos misma la que en la hora de nuestra muerte nos abra las puertas del Cielo. Así sea. *Una salve.*

**VISITA**  
**A MARIA SANTISIMA.**

Teniendo á la vista una imagen de la Purísima Concepción, se le hará una visita para interesarla en nuestro favor, y que nos conceda cuanto le pidamos. Mirando su Imagen con los ojos del cuerpo, con los del alma contemplemos su hermosura y grandeza en los Cielos.

DIGAMOS CON DEVOCIÓN Y HUMILDAD.

¡MARÍA! Qué nombre tan encantador y divino! ¡¡¡MARIA!!! Oye benigna mi voz, aunque indigna, por

ser voz de un pecador, pero pecador que desea amarte, desea alabarte, y que todas las criaturas del cielo y de la tierra te alaben y te amen. María, niña Hermosa, Virgen Pura, Cándida Paloma, Blanca Azucena, Brillante Lirio, Fragante Rosa, Cielo Divino, Alegría de los Cielos, Dulzura de mi corazón, Encanto de mi alma. ¿Quién te crió tan admirable? ¿Quién te formó tan bella? Ah! la Omnipotencia del Padre derramó sobre Tí, su Hija predilecta, todas las perfecciones y las gracias que la hicieron la mas perfecta entre las hijas de Adán. La sabiduría del hijo prodigo á Tí, su Madre, los privilegios mas singulares, la pureza mas grande y sublime, el amor mas generoso y tierno, y por eso todos te llaman Madre del Hermoso Amor. El Espíritu Divino infundió en Tí, su casta Esposa, la caridad mas ardiente, sus caricias y dones mas preciosos, y cuando vió su obra perfecta y bien aca-

bada, El mismo se complace y te dice: "¡Qué hermosa eres, Amada mía, Paloma mía, no hay en Tí la menor mancha...!" ¡Oh María! Dios ha criado en mí un corazón para amar lo bello, lo hermoso: y ¿dónde encontraré después de Dios, Belleza mas Hermosa, Hermosura mas Bella! ¡María! ¡María! Alegría de mi corazón, miel de mi boca, melodía armoniosa de mis oídos ¡qué dulce es tu memoria para los que te aman! ¡qué suave tu nombre para los que te invocan! Y si tan dulce es tu memoria y tan suave tu nombre ¿qué serás Tú misma? ¡Qué sentirá mi corazón, mi espíritu y todo mi ser cuando te vea y te contemple allá en la gloria! María robadora de corazones, Tú te has robado el mio; dime: ¿dónde lo has colocado? ¡Ah ya lo veo, está dentro del tuyo: te lo robaste y lo pusiste en tu seno amoroso. Ya no lo quiero; pero si me lo vuelves, que sea santificado, purificado, inflama-

do, abrasado, embriagado de amor. Así creo que lo harás porque eres Madre del Hermoso Amor.

Madre de mi vida, Vida de mi alma, acuérdate de mí, soy tu hijo aunque ingrato. Mira que vivo entre peligros y riesgos, y por eso muy expuesto á perderme. En Tí solo he puesto toda mi confianza para vivir bien, morir santamente y salir con bien del juicio que me espera por mis muchos y grandes pecados. María Madre mia, dame tu bendición y toma mi corazón.

Tres Ave Marías para concluir, repitiendo al fin de cada una:

Inmaculada y divina María, hacédme humilde y casto.

**La Santidad á poca costa.**

I. Todos quisiéramos ser buenos, y por lo mismo no hay personas que abiertamente quieran ser malas; así como todos quisieran saber, y á nadie le gusta pasar por ignorante. Pero la ciencia y la santidad no se heredan; hay que procurárselas á fuerza de trabajo.

Quedamos, por consiguiente, en que querrían ser buenos; pero en realidad no lo quieren ser los que no ponen los medios, sino que se dejan llevar de la corriente de sus vicios, no negando á sus pasiones los deleites que reclaman, por más que estén prohibidos.

II. De los que buscan la santidad, los hay que mezclan lo sagrado y lo profano, lo bueno y lo malo,

encendiendo una vela á San Miguel y otra al que está á sus piés.

Salen del teatro para ir al día siguiente á comulgar, dejan el devocionario para leer la novela medio inmoral y con ribetes de impía; se suscriben á periódicos que se permiten la chanza irreligiosa, y que dán con preferencia cabida en sus columnas á las noticias, falsas ó verdaderas, en que hacen mal papel los ministros del altar, ó las personas que pasan por religiosas.

Estos tales quieren gozar de Dios y del mundo, y lo cierto es que ni gozan de lleno de la paz de la virtud, ni del bullicio del mundo.

Con Dios no se juega: á Dios no se engaña. Es nuestro Criador; cuanto somos y tenemos á Él se lo debemos, y quiere todo nuestro corazón, no á medias. Tenemos que ser, ó del bando de Dios ó del de Lucifer.

III. Es muy frecuente encontrar no pocas personas, sobre todo mu-

jeros, que quieren, al parecer de veras, santificarse; pero, ó no aciertan con el verdadero camino, ó pierden en él mucho tiempo miserablemente.

Todo su afán es rezar mucho, asistir á todos los sermones, no perder novena ninguna, pero todo esto con poco aprovechamiento espiritual. Son personas que no dan escándalos, que visten modestamente, pero voluntariosas, que no modifican su carácter, y quedan siempre con las mismas imperfecciones. No hacen grandes pecados, pero tampoco grandes actos de virtud.

Se equivoca el mundo cuando dice que esa clase de gente es la peor, pero también es verdad que pudiera ser mucho mejor.

IV. Pues entonces ¿en qué consiste la vida de perfección? ¿En hacer cosas extraordinarias? ¿Está reñida la santidad con las prácticas de virtud que frecuentan esa clase de personas? De ningún modo.

¿Qué hizo el Salvador durante la principal parte de su vida, antes de exponer su ley y confirmarla con milagros? Lo que todos, pero bien hecho, con vida, con espíritu. La misma obra bien hecha se diferencía de la mal hecha, ó no tan bien, en pequeñeces, en cosas al parecer insignificantes, á veces inapreciables á los ojos del cuerpo, y estimadas y premiadas solo por Dios.

En Jesucristo, el hablar, el andar, el trabajar y otras obras por el estilo, aunque quisiéramos prescindir por un momento de que eran de valor infinito porque eran obras del Hombre Dios, tenían grande valor y mérito por la perfección con que estaban hechas.

Esa perfección tiene dos partes. Hacer las obras con pureza de intención y sin faltas.

Hacer las obras, virtuosas de suyo, por vanidad, para ser vistos y alabados, por gusto natural, por costumbre, sin que tome en ellas a-

penas parte el corazón, es hacer obras sin espíritu ni vida para el cielo. Rezar sin fijarse en la significación de las palabras, estar en la iglesia, pero teniendo voluntariamente el corazón fuera de ella, son obras en todo ó en gran parte vacías de merecimiento; más que virtudes, serán las más de las veces apariencia de ella. Otras cosas peores se pueden hacer, pero también otras mucho mejores.

✱ Háganse por dar honra y gloria á Dios, para hacerle gracias por los beneficios recibidos de su liberal mano, para pedirle nuevos favores, y satisfacer por los pecados, para aliviar en sus padecimientos á las benditas almas del purgatorio, ó librarlas de las penas, ó por otros fines como estos; procuremos que al movimiento de los labios y á la pronunciación de las palabras se quite al afecto del corazón; pensemos lo que decimos y hacemos, en el Señor á quien lo dirigimos, en los

bienes que deseamos alcanzar de este modo; y las obras se diferenciarán de las anteriores como lo vivo de lo pintado, lo real de lo imaginario.

Las oraciones hechas con este espíritu llegan al cielo, y mueven á Dios á concedernos inestimables mercedes. Hechas sin fervor, sin atención, poco derecho pueden tener á que Dios las acoja favorablemente.

Formemos por la mañana intención de hacerlas de este modo; renovémosla entre día, sobre todo al empezar las principales acciones; examinemos de cuando en cuando cuál es el móvil que nos hace practicarlas; qué intención tenemos en ellas; pidamos al Señor luz para conocer el bien y fuerza para ponerlo en ejecución, y nuestras obras serán aceptas á Dios, y viviremos días llenos, no vacíos de merecimientos.

V. Llegamos á la parte, si no la más importante, aunque lo es mu-

chísimo, á lo menos la que prácticamente ofrece mayor dificultad, esto es, al ejercicio de las que llama San Francisco de Sales *pequeñas virtudes*, que realzan las obras buenas al propio tiempo que las libran de muchos defectos é imperfecciones.

Llámanse pequeñas estas virtudes, porque versan sobre objetos pequeños, como una palabra ó gesto, una mirada ó acto de atención, ó cosas semejantes; pero si se atiende al principio de donde provienen, y al fin á que tienden, son en realidad grandes y sublimes, porque elevan á muy grande santidad.

Perdonar con indulgencia los defectos ajenos, aun á las personas que no harán otro tanto con nosotros; disimular en los otros, como quien no las ve, las faltas manifiestas propias del genio, en vez de descubrir las que están ocultas; apropiarse por la compasión las penas de los desdichados para hacerlas mas llevade-

ras, y mostrar alegría al saber los sucesos prósperos de los otros, para aumentarlos; admitir facilmente y aprobar las ideas buenas de los compañeros ó amigos, y aun de los extraños, aplaudiendo sin envidia su talento; prevenir con solitud las necesidades ajenas, para evitar á los otros la pena y la humillación de pedirnos un favor; tener un corazón noble y generoso que, si hace poco, se ve que estaría dispuesto á hacer aun más en provecho ajeno; guardar afabilidad y ánimo tranquilo oyendo, sin dar muestras de enfado, á los importunos; instruir á los ignorantes sin humillarlos; guardar atenciones y ser afable sin afectación, si no con cordialidad y sinceridad cristiana: todos estos y otros actos semejantes pasan muchas veces sin que nadie los advierta, y con todo suponen y procuran mucha perfección.

La afabilidad y condescendencia, la sencillez y mansedumbre, la ama-



bilidad y dulzura cristiana en las miradas y palabras, en las acciones y aun en los gestos, son virtudes muy preciosas que hacen de las obras más vulgares é insignificantes un riquísimo manantial de merecimientos.

VI. Estas virtudes son necesarias á todo el que vive en sociedad para procurar y fomentar la paz y buena armonía, evitando las causas de disgusto. De la falta de estas pequeñas virtudes vienen frecuentemente grandes turbaciones, desavenencias y aun enemistades en las familias, pueblos y naciones.

Una persona muy entendida ponía por virtud muy principal, que supone otras muchas, la de *hacerse cargo*.

Tienen además la ventaja de que no están expuestas á la vanidad como otras virtudes ruidosas y de ostentación. Las más de las veces se practican sin que las advierta sino Dios, que las ha de premiar.

Las obras extraordinarias ocurren rara vez ó nunca; éstas son de todos los dias, y se puede decir que de todos los momentos, las más de las veces sin tener que buscarlas. Algunas virtudes no se pueden practicar estando enfermos ó careciendo de riquezas; las *pequeñas virtudes* son para todos, y para todas las edades, sexos y condiciones de la vida.

Hagamos con este espíritu los ejercicios de devoción y todas las obras ordinarias; examinémonos frecuentemente y con sinceridad, mirando qué defectos afean nuestras acciones para quitarlos; y en el trato con los de casa y con los de fuera tengamos presente aquella gran virtud social y religiosa de *hacerse cargo* de todo, mirando á las circunstancias, disimulando los defectos ajenos, conllevando á los demás; que también á nosotros nos tendrán que sufrir no poco, y disimularnos no pequeños defectos.

383  
✠  
JHS.

Examen de la Conciencia.

---

I. Su importancia es tan evidente y conocida de todos, que no se hallará en la historia de la Iglesia un varón ilustre en santidad, que no se haya valido de él, como de arma invencible y necesaria para combatir contra los funestísimos enemigos de nuestra alma, mundo, demonio y carne; ni se encontrará una persona de mediana prudencia, que en las vicisitudes y negocios de este mundo, no se valga de medios semejantes al examen de la conciencia para salir bien de ellos. El que teme la asechanza traidora de un enemigo, vive alerta: el que en el

comercio maneja grandes capitales, para no exponerse á sufrir ruinoso quiebra y aun para aumentarlos, examina frecuentemente sus cuentas: el que está dedicado al cultivo de los campos, los visita y registra cuidadosamente para exterminar las espinas y abrojos que pudieran dañar y aun sofocar las plantas fructuosas.

Ahora bien, si para librarse de los enemigos del cuerpo y evitar la ruina de los bienes de fortuna y procurar su aumento, se pone tanto cuidado y se emplea tan exquisita diligencia, ¿qué cuidado y diligencia será excesiva para librarnos de los enemigos del alma y aumentar los eternos é inefables bienes de gracia y gloria? ¿A qué estado de impotencia y enervación vendría á parar nuestra alma si no vigiláramos cuidadosamente sobre los afectos desordenados que continuamente brotan en nuestro corazón?

Pues todo esto lo conseguimos con

el examen: por medio de él conocemos los lazos que por todas partes nos tiende el mundo con sus máximas y ejemplos corruptores; por medio de él vivimos alerta para que los desordenados apetitos de la carne no crezcan y se desarrollen en nuestro corazón; por medio de él, en fin, oímos las más tenues pisadas del demonio, y podemos evitar que poco á poco cause nuestra ruina espiritual y eterna. En el examen de la conciencia vemos lo que somos y lo que debemos ser: y así como al mirarse uno al espejo y verse el rostro sucio procurará al punto lavarse, así también quien se mire en el espejo de su conciencia á menudo, no podrá sufrir que su alma esté cada vez más sucia y afeada con las culpas.

Dos clases hay de examen de conciencia, uno general y otro particular. En esta hojita sólo hablaremos del general, valiéndonos de la forma y aun de las mismas palabras que

usa San Ignacio en su admirabilísimo libro de los ejercicios.

II. *Modo de hacer el examen general, que contiene en sí cinco puntos:*

1.º *“El primer punto es dar gracias á Dios Nuestro Señor por los beneficios recibidos.”*

Muchos é inestimables sobre toda ponderación son estos beneficios: el de la creación, con el cual Dios, dándonos un alma, en la que resplandece su imagen y semejanza, nos sacó del no ser al estado de señores del mundo; el de la conservación, con el que continuamente está reproduciendo la obra maravillosa de la creación; el de la providencia, con el cual atiende con el amor y prudencia del más solícito padre al remedio de todas nuestra necesidades de cuerpo y alma; el de la redención, en el que en cierto modo anonada su infinita grandeza para hacerse nuestro hermano, nuestra víctima, nuestro maestro y nuestro acabado modelo de perfección; el

de la santificación, con el que tantas y tantas veces hemos sido rescatados del poder del demonio y fortalecidos con gracias copiosísimas por medio de los sacramentos. Si es justo, justísimo que agradezcamos á Dios todos estos beneficios generales y otros muchos particulares que nos ha dispensado, ¿cuándo mejor podremos cumplir este deber, que cuando vamos á examinarnos de nuestro modo de corresponder á la infinita bondad y misericordia de Dios? Más nos avergonzaremos de nuestras faltas cuando las veamos comparadas con la deuda de gratitud que tenemos contraída con Dios.

No es necesario que todos los dias se recuerden todos estos beneficios, sino que también puede distribuirse la consideración de cada clase de ellos por los dias de la semana

2.º „*El segundo (punto) pedir gracia para conocer los pecados y lanzarlos.*”

3.º *“El tercero, demandar cuenta al alma desde la hora que se levantó hasta el examen presente, de hora en hora, ó de tiempo en tiempo: y primero del pensamiento, y después de la palabra, y después de la obra.”*

4.º *“El cuarto pedir perdón á Dios nuestro Señor de las faltas.”*

Cuando uno no tiene costumbre de hacer el acto de contrición perfecta, conviene que empiece por los actos de contrición, deteniéndose en considerar la fealdad del pecado, los tormentos de los condenados y la felicidad de los bienaventurados; y viendo que con sus pecados se degrada, y se expone á sufrir los tormentos del infierno y á perder la inefable dicha de los justos, fácilmente se exitará á dolor de atrición y se dispondrá á la contrición perfecta. El que todos los dias se duele así de sus culpas, estará lejos del peligro de hacer confesiones sacrílegas por falta de dolor.

De los pecados veniales puede

también tomarse el dolor por los motivos dichos, porque disponiendo el alma para el pecado mortal, la disponen para sufrir aquellos daños. El pecado venial además es ofensa de Dios, es desobediencia é ingratitude que debilita y entibia la amistad con Dios, y priva al que lo comete deliberadamente de la especial providencia y de las gracias extraordinarias con que Dios protege á los justos; afea el alma, la debilita para el bien, la enerva bajo el peso de los malos hábitos, engendrados y desarrollados por la frecuencia de las mismas faltas, y por último, es causa de que en la otra vida por algún tiempo permanezca el alma privada de la visión beatífica y retenida en los tenebrosos calabozos del purgatorio, sufriendo el terrible y espantoso tormento del fuego. Todos estos motivos justos y aun cada uno en particular bien considerado, bastan para exci-

tar en nuestras almas vivísimo dolor de las culpas cometidas.

5º *“El quinto proponer enmienda con su gracia. Pater noster.”*

En el propósito de la enmienda deben notarse, primero: que no debe versar sólo sobre las culpas, sino también sobre las ocasiones que á ellas conducen, como son las diversiones peligrosas, las malas lecturas y compañías, etc.; y finalmente, que el propósito sea acerca de los casos particulares que ocurren cada día; porque siendo en esos en los que se falta, á ellos debe aplicarse el remedio: los propósitos generales no son tan eficaces como los particulares. Hechos los propósitos, conviene pedir á Dios gracias para cumplirlos.

Conviene también que para disponerse al examen se empiece por ponerse en la presencia de Dios, como se hace para la oración.

**SALVE.**

Salve, Señora,  
 Reina y dulzura,  
 Gloria y ventura  
 Del serafín,  
 Misericordia  
 Paz y bonanza,  
 Firme esperanza  
 Del infeliz.

A tí los hijos  
 De Eva llorosa  
 Dan voz ansiosa  
 Del corazón.  
 A tí del valle  
 Donde gemimos,  
 A tí decimos  
 Nuestro dolor.

Dulce abogada,  
 Suspiros damos,  
 De tí esperamos  
 Gracia y soláz.  
 Vuelve á nosotros

Esos fulgentes  
 Ojos clementes  
 De tu piedad.

Y cuando el alma  
 Rompa el encierro  
 De este destierro  
 Tan opresor,  
 Al rico fruto  
 De tu amoroso  
 Vientre dichoso  
 Preséntanos.

O cara Madre  
 Del Rey, del Santo,  
 Eleva en tanto  
 Plegaria y dí:  
 Que sus promesas  
 Por tí queremos  
 Y alcanzaremos  
 Gloria sin fin.

✠  
JHS.

Cánticos de las Santas Misiones.

AL PRINCIPIO.

Coro.

*A Misión os llama  
Errantes ovejas,  
Vuestra tierna Madre  
La Pastora excelsa.*

I.

Divina Pastora  
Dulce amada prenda,  
Dirige los pasos  
De estas tus ovejas.

II.

No crucen, Señora,  
Errantes, las selvas,  
Del ambriento lobo  
No sean la presa.

215

III.

¡Oh dulce Pastora,  
Madre la mas tierna;  
Libra á tu rebaño  
De enemigas fieras,

IV.

Oye sus balidos  
Alivia sus penas;  
Ábreles piadosa,  
Del redil las puertas!

V.

Al Pastor Divino,  
Oh Pastora excelsa,  
Haz que presurosas  
Para siempre vuelvan.

VI.

Vuelven al aprisco  
Tristes, macilentas,  
Por haber pasado  
Venenosas yerbas.

VII.

Mas ya arrepentidas  
Y en llanto deshechas,  
Buscan en tus brazos  
La esperanza eterna.

## DESPUÉS DE LA PLÁTICA DOCTRINA

*Salve, Virgen bella,  
Pastora agradable,  
De los pecadores  
Amorosa Madre.*

## I.

Salve, te saludan  
El hombre y el angel,  
El cielo y la tierra,  
Los rios y mares.

## II.

Salve, Madre nuestra,  
Luna incomparable,  
Incorrupto cedro,  
Palma hermosa, salve.

## III.

Salve misteriosa  
Zarza inexplicable;  
Que en divino fuego  
Exhalas volcanes.

## IV.

Salve Pastorcita,  
De entrañas amables,  
Por quien las ovejas  
De Jesús renacen.

## ULTIMA PROCESIÓN.

*Perdón, oh Dios mio,  
Perdón, indulgencia,  
Perdón y clemencia,  
Perdón y piedad.*

## I.

Pequé, ya mi alma  
Su culpa confiesa;  
Mil veces me pesa  
De tanta maldad.

## II.

Mil veces me pesa  
De haber mi pecado  
Tu pecho rasgado,  
Oh suma bondad.

## III.

Yo fuí quien del duro  
Madero inclemente,  
Te puso pendiente  
Con vil impiedad.

## IV.

Por mí en el tormento  
Tu sangre vertiste,  
Y prendas me diste  
De inmensa bondad.



V.

Mi rostro cubierto  
De llanto lo indica,  
Mi lengua publica  
Tan triste verdad.

VI. △

Mas ya arrepentido  
Te busco lloroso,  
Oh Padre amoroso,  
De mí tén piedad.

VII.

Tu amor, Jesús mio,  
Será ya mi anhelo,  
Amantes del cielo,  
Su amor ensalza.

VIII.

Mi humilde plegaria  
Traspase las nubes,  
Oh ardientes querubes  
Mis votos llevad.

## DESPEDIDA Á LA VIRGEN.

*Adiós, Reina del cielo,  
Madre del Salvador,  
Adiós, Madre adorada  
Adiós, adiós, adiós.*

I.

De tu divino rostro,  
La belleza al dejar,  
Permíteme que vuelva  
Tus plantas á besar.

II.

Mas dejarte, oh María,  
No acierta el corazón,  
Te lo entrego, Señora,  
Dame tu bendición.

III.

Adiós, oh Madre Virgen  
Mas pura que la luz,  
Jamás, jamás, me olvides,  
Delante de Jesús.

IV.

Adiós, Hija del Padre,  
Madre del Hijo, Adiós,  
Del Espíritu Santo,  
Oh casta Esposa, adiós.

V.

Tu bendición de Madre  
 Descienda sobre mí,  
 Y á Jesús para siempre  
 Ensalzaré y á Tí.

VI.

Para siempre, en tu dulce  
 Regazo maternal,  
 Viva extasiada el alma,  
 Y en tierno amor filial.

VII.

Adiós, del cielo encanto,  
 Del universo amor,  
 Abrasa el alma mia,  
 En tu gloria y amor.

## DESPEDIDA

AL

Sagrado Corazón de Jesús.

**Coro.**

*Adiós, Jesús querido,  
 Adiós Corazón Santo,  
 Del alma dulce encanto,  
 Dame tu bendición.*

I.

Adiós, Corazón Santo,  
 Límpida dulce fuente,  
 Do bulle mansamente  
 Virtud y amable paz.

II.

Adiós, amante pecho,  
 Fragua donde se inflama  
 Mística suave llama,  
 De regalado amor.

III.

Adiós, Pastor divino,  
 Que por el valle sales  
 A pastos eternos  
 La grey llevando en pós.

## IV.

Cuitado, solo y triste,  
No, mi Jesús, me dejes;  
No, mi Jesús, te alejes;  
Llévame en pós de Tí.

## V.

Llévame que en las olas  
De aqueste mar turbado,  
Seré de Tí alejado,  
Un náufrago infelíz.

## AL CORAZÓN DIVINO.

*Corazón santo,  
Fuente de amor,  
Consuela el llanto  
Del pecador.*

## I.

Jesús del alma,  
Dueño amoroso,  
Padre piadoso,  
Dios de bondad.

Yo herí tu pecho  
Con mi pecado  
Lloro humillado  
Mi iniquidad!

## II.

Jesús amable,  
Jesús piadoso,  
Dueño amoroso,  
Dios de bondad.  
Vengo á tus plantas  
Si Tú me dejas,  
Humildes quejas  
A presentar.

## III.

Divino pecho,  
Donde se inflama  
La dulce llama  
De caridad.

Tu sangre pura  
Borre del mio,  
Perverso y frío,  
Tanta maldad.

## IV.

En él arroja  
Divino fuego

Y todo luego,  
Se inflamará.  
Que si lo abrasa  
Tu amor ardiente,  
Eternamente  
Tuyo será.

## V.

Corazón dulce,  
Manso y clemente,  
Divina fuente  
De santidad.  
Tú eres la prenda  
De mi victoria;  
Tú eres mi gloria,  
Mi eterna paz.

## VI.

Mi vida toda  
¡Ay! tuya sea,  
Tu amor posea  
Todo mi ser.  
Que si te amo  
Con amor tierno,  
Nunca el infierno  
Me ha de vencer.

## VII.

Tú solo puedes  
Omnipotente  
Mi sed ardiente  
Refrigerar.  
Aquí Bien mio  
Aquí el postrero  
Suspiro quiero  
Por tí exhalar.

## OTRO CORO.

*Corazón Santo,  
Tú reinarás,  
Tú nuestro encanto  
Siempre serás.*

## A MARÍA SANTÍSIMA

*¡Oh María  
Madre mía!  
¡Oh consuelo del mortal!  
Amparadme y guiadme  
A la patria celestial.*

I.

Con el angel, de María  
Las grandezas celebrad,  
Transportados de alegría  
Sus finezas publicad.

II.

Salve, júbilo del cielo,  
Del Excelso dulce imán;  
Salve, hechizo de este suelo  
Triunfadora de Satán.

III.

Quien á tí ferviente clama  
Halla alivio en el pesar,  
Pues tu nombre luz derrama  
Gozo y bálsamo sin par.

IV.

De sus gracias Tesorera  
Te ha nombrado el Redentor,  
Con tal Madre medianera,  
Nada temas, pecador.

V.

Pues te llamo con fé viva,  
Muestra, oh Madre, tu bondad:  
A mí vuelve compasiva  
Esos ojos de piedad.

VI.

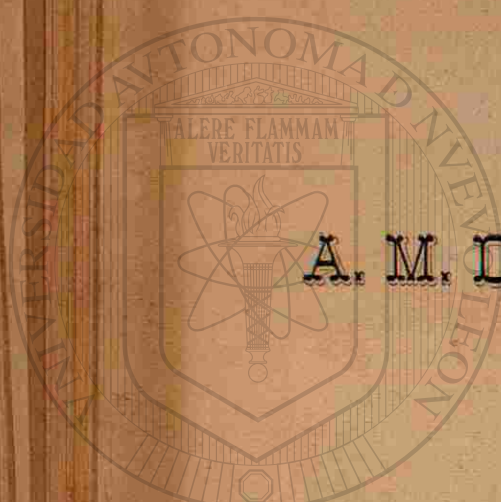
Jardín halle de dulzuras  
En mi pecho el Hacedor;  
En él broten flores puras,  
Frutos de su santo amor.

VII.

Hijo fiel quisiera amarte  
Y por Tí solo vivir,  
Y por premio de ensalzarte  
Ensalzándote morir.

VIII.

Del Eterno las riquezas  
Por Tí logre disfrutar,  
Y Contigo sus finezas  
Mil y mil siglos cantar.



**HOMENAJE**

A LA

**INMACULADA CONCEPCION**

DE LA

**SANTISIMA VIRGEN MARIA.**

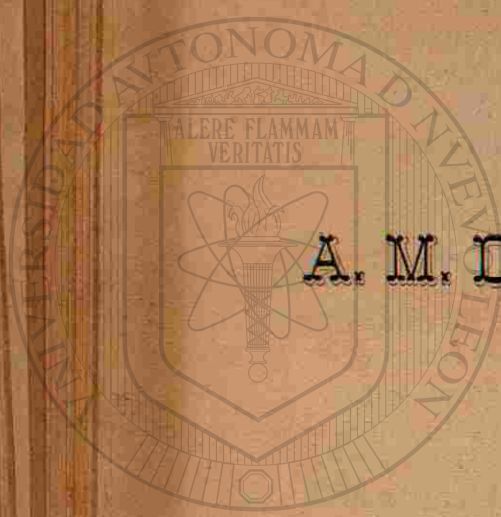
—  
Ove noticia de las solemnidades con que en la capital del orbe católico ha sido celebrada la definición dogmática de este misterio, con una instrucción muy importante y oportuna sobre el mismo piadoso objeto.

**CUARTA EDICION.**

MEJICO: 1855.

Imprenta de Tomás S. Gardida (responsable),  
calle de San Juan de Letran n.º 3.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**HOMENAJE**

A LA

**INMACULADA CONCEPCION**

DE LA

**SANTISIMA VIRGEN MARIA.**

—  
Ove noticia de las solemnidades con que en la capital del orbe católico ha sido celebrada la definición dogmática de este misterio, con una instrucción muy importante y oportuna sobre el mismo piadoso objeto.

**CUARTA EDICION.**

MEJICO: 1855.

Imprenta de Tomás S. Gardida (responsable),  
calle de San Juan de Letran n.º 3.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habiendo cumplido con los requisitos de la ley de imprenta sobre la propiedad literaria, nadie podrá reimprimir la presente obra sin permiso de su editor

Tomás S. Garduño

INTRODUCCION.

Tenemos la satisfaccion de publicar la traduccion de los documentos que hemos recibido hasta hoy relativos á la gran solemnidad que acaba de celebrarse en Roma: por ellos damos primeramente conocimiento de los actos mas importantes que han preparado la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion de la Augusta Madre de Dios; después insertamos un extracto de las noticias de la solemnidad con que se ha celebrado este acto en la capital del mundo cristiano; por último, damos uno de los escritos



mas notables que últimamente se han publicado sobre el mismo asunto.

No dudamos que el pueblo mejicano, tan afecto y tan devoto á la Madre de Dios, de quien ha recibido tantas pruebas de cariño, leerá con gusto los apuntes que le presentamos, y nosotros por nuestra parte nos gloriamos en contribuir con este grano de arena á la construccion del gran edificio que se prepara á la Madre de Dios y de los mejicanos.

## EXPOSICION

DE LOS ACTOS DE N. S. P. EL SR. PIO IX RELATIVOS  
AL ASUNTO DE LA INMACULADA CONCEPCION  
DE LA VÍRGEN MADRE DE DIOS.<sup>1</sup>

Nadie ignora que todo el universo católico ha profesado siempre una admirable piedad hácia la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios y que desde la mas remota antigüedad se han dirigido, particularmente por parte de los obispos, á la santa Sede apostólica numerosas peticiones para que esta misma concepcion de la santísima Virgen fuese definida como dogma de fe católica.

1 Este documento fué publicado en Roma en idioma latino por orden del soberano pontífice, con el título de *Narratio actorum sanctissimi domini nostri Pii IX Pont. Max. super argumento de immaculato deipara virginis conceptu.*

mas notables que últimamente se han publicado sobre el mismo asunto.

No dudamos que el pueblo mejicano, tan afecto y tan devoto á la Madre de Dios, de quien ha recibido tantas pruebas de cariño, leerá con gusto los apuntes que le presentamos, y nosotros por nuestra parte nos gloriamos en contribuir con este grano de arena á la construccion del gran edificio que se prepara á la Madre de Dios y de los mejicanos.

## EXPOSICION

DE LOS ACTOS DE N. S. P. EL SR. PIO IX RELATIVOS  
AL ASUNTO DE LA INMACULADA CONCEPCION  
DE LA VÍRGEN MADRE DE DIOS.<sup>1</sup>

Nadie ignora que todo el universo católico ha profesado siempre una admirable piedad hácia la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios y que desde la mas remota antigüedad se han dirigido, particularmente por parte de los obispos, á la santa Sede apostólica numerosas peticiones para que esta misma concepcion de la santísima Virgen fuese definida como dogma de fe católica.

1 Este documento fué publicado en Roma en idioma latino por orden del soberano pontífice, con el título de *Narratio actorum sanctissimi domini nostri Pii IX Pont. Max. super argumento de immaculato deipara virginis conceptu.*

Por esta razon su santidad nuestro Sr. el papa Pio IX, movido de las repetidas súplicas que le fueron hechas, animado además por su singular veneracion y amor á la Madre de Dios, confió desde el principio de su pontificado á eminentes teólogos elegidos entre el clero secular y regular, el encargo de estudiar con el mayor cuidado la cuestion relativa á la Inmaculada Concepcion de la Virgen, y de exponer por escrito su opinion. Instituyó además para el mismo objeto una congregacion particular de cardenales de la santa iglesia romana.

Obligado después, por sucesos bien conocidos, á alejarse de su silla, dirigió á todos los obispos del mundo católico cartas encíclicas datadas en Gaeta el 2 de febrero de 1849 pidiéndoles que lo mas pronto posible hiciesen saber del modo mas claro y expícito cuál era la piedad de sus fieles hácia la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios; cuál era, sobre todo, el deseo y los sentimientos de los mismos obispos, teniendo cuidado de ordenar preces públicas á Dios, á fin de que se dignase derramar la luz de su santo Espíritu.

Los teólogos consultores antedichos pusieron por escrito sus conclusiones por las cuales, desarrollando la santa Escritura, los testimonios de los Padres, la tradicion, los actos notables de la Igle-

sia y de los soberanos Pontífices sobre este objeto la liturgia y la declaracion tan conocida del concilio de Trento en el decreto relativo al pecado original, unánimes opinaron que segun estos documentos la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios podia ser definida y que esta definicion era oportuna.

Sin embargo, el soberano Pontífice, conociendo perfectamente, en su insigne sabiduria, la gravedad del asunto y deseando ardentemente proceder con toda la madurez posible, juzgó que no debia omitir ningun cuidado ni consejo para que esta misma cuestion fuese examinada bajo todas sus fases, con la mayor prolijidad. Por lo cual, después de su vuelta á la ciudad estableció una *comision especial* compuesta de algunos de los mismos teólogos, nombrando presidente de ella al cardenal Rafael Fornari, de ilustre memoria. Esta *comision especial* tuvo muchas sesiones bajo la presidencia del mismo cardenal durante los años de 1852 y 1853, en cuyo tiempo desempeñó con la asiduidad y eficacia mas decidida el encargo que se le habia confiado; pues pesó exactamente todos los argumentos sacados principalmente de las divinas Escrituras, de los testimonios de la tradicion, de los Padres, de los escritores sagrados y de la liturgia eclesiástica, propios para demostrar

la inmaculada concepcion de la Virgen Madre de Dios y resolver todas las dificultades. Arregló en seguida un resumen de su trabajo plena y unánimemente aprobado por el mismo cardenal presidente y por los otros teólogos de la *comision especial*, donde están demostradas la posibilidad y la oportunidad de la definicion de la Inmaculada Concepcion de la santisima Virgen. Este resumen fué por orden del soberano Pontífice, sometido al exámen de todos los teólogos consultores quienes, en una sesion celebrada al efecto, bajo la presidencia del susodicho cardenal, le dieron su aprobacion.

Se pidió asimismo el parecer de un consejo particular de cardenales que, en número de 21, reunidos en asamblea, después de un exámen profundo de todas las cosas, juzgaron ser en su opinion posible y oportuno, definir la inmaculada concepcion de la gloriosísima Virgen.

Sin embargo, cosa de 603 respuestas de obispos llegaron poco á poco, segun la distancia de los paises. Por orden del soberano Pontífice estas mismas respuestas fueron impresas en nueve volúmenes con un apéndice, á excepcion de las de los arzobispos de Colonia, Guatemala, Turin, Milan, Cesarea, Erlau, Calocza y Bacya; y de los obispos de Roseau, Autun, Chalons, Macon, Na-

múr, Salusa, Tornay, Fogaras, Eperia, Veisemburgo, Cashau, Alba-Real ó Estutveisemburgo, Temesvar, Cinco-Iglesias, Vesprim, Neosolium, Vacia, Zips, Rosnavia, Sabaria y Frejus; porque las letras de estos prelados no llegaron al soberano Pontífice sino hasta después de la publicacion de los nueve volúmenes y del apéndice: sin embargo, serán publicadas con la mayor brevedad.

Resulta de estas respuestas que cerca de 546 obispos, no solo confirman su singular piedad, la de su clero y sus fieles hácia la Inmaculada Concepcion de la bienaventurada Virgen, sino que estos mismos obispos hacen al soberano Pontífice ardientes y reiteradas súplicas para que se digne definir lo mas pronto posible, por su poder supremo y juicio de la sede apostólica, la Inmaculada Concepcion de la misma Virgen.

Cosa de 56 obispos han manifestado de diversas maneras, una opinion diferente de la de los otros 546 colegas en el episcopado. Cuatro ó cinco opinan contra la definicion, aunque protestan su devocion, la de su clero y fieles hácia la Concepcion de la Madre de Dios, y profesan al mismo tiempo, en excelentes términos, que recibirán con el mayor respeto y creerán con el fondo de su corazon todo lo que la Sede apostólica juzgare deber definir

sobre este punto. Los otros, bien que favorables á la Inmaculada Concepcion de la bienaventurada Virgen y á su definicion, han manifestado diversas opiniones ora sobre la oportunidad ora sobre la naturaleza de la definicion de que se trata. Algunos en efecto, tomando en consideracion principalmente los lugares que habitan, temian que esta definicion fuese para los herejes y los incrédulos motivo de calumniar y acriminar á la Iglesia, como si proclamase nuevos dogmas; otros pensaron que esta definicion debia hacerse de una manera indirecta, sin llevar ninguna censura, á fin de que los partidarios de la opinion contraria no incurriesen en la nota de herejia; otros por último se abstuvieron de decir su propia opinion. Sin embargo, estos tambien confirman su devocion especial y la de sus fieles hácia la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, declarando tambien que ellos tendrán la mas grande sumision á todo lo que la Sede apostólica juzgue que deba decidir.

De la exposicion sumaria de los hechos cada cual podrá comprender fácilmente qué cuidado, qué madurez ha querido poner el soberano Pontífice en el exámen de este asunto, así como la unanimidad y la eficacia que el católico episcopado ha manifestado por la definicion de la Concepcion

Inmaculada de la bienaventurada Virgen María y la piedad ardiente que los fieles del mundo entero profesan por la Inmaculada Concepcion de la misma Madre y Señora nuestra.

Tampoco debemos pasar en silencio que en los nueve volúmenes y el apéndice que contienen las respuestas de los obispos, tambien se han insertado, por orden del soberano Pontífice, no solamente algunas cartas por las cuales varias estimables congregaciones de sacerdotes, ilustres familias religiosas y otros fieles solicitan con empeño la definicion de que se trata, sino asimismo varias disertaciones compuestas en diversos idiomas en que los mas graves argumentos ponen en luz y demuestran la inmaculada concepcion de la Madre de Dios.

## RELACION

DE LA FIESTA CELEBRADA EN ROMA EL DIA 8 DE  
 DICIEMBRE DE 1854 EN HONOR DE LA INMACULADA  
 CONCEPCION DE MARÍA SANTISIMA, TRADUCIDA DEL  
 FRANCÉS POR UN SACERDOTE AFECTO Á AQUEL MI-  
 NISTRO Y ANTIGUO CAPELLAN DE UN SEMINARIO DE-  
 DICADO AL MISMO.

## NOTICIAS DE ROMA.

El 21 de junio del año 431, toda la ciudad de  
 Éfeso ofrecía el espectáculo de la mas activa an-  
 siedad: mas de doscientos obispos presididos por  
 el grande san Cirilo de Alejandría, legado del so-  
 berano Pontífice romano, se hallaban reunidos en  
 la iglesia de Santa María, y el objeto de esta so-  
 lemne asamblea era examinar y condenar los er-

rores enseñados por Nestorio, en particular, su  
 creencia relativa á la maternidad de la santísima  
 Virgen, á la cual rehusaba el título de verdadera  
 Madre de Dios; título tan extraordinariamente ca-  
 ro al pueblo cristiano, que su corazon se sintió  
 profundamente herido por aquel error. Por esto  
 los habitantes de la ciudad de Éfeso, agolpados  
 en derredor de la asamblea episcopal, esperaban  
 con impaciencia el resultado de sus deliberaciones.  
 La sesion duró desde la mañana hasta la puesta  
 del sol, pero nada fué capaz de cansar la inquie-  
 tud piadosa de los fieles. Los unos, en el santua-  
 rio de la familia, pedían con fervor que se conde-  
 nase al herejarca Nestorio y se conservase á Ma-  
 ría la posesion del título de Madre de Dios; los otros,  
 rodeando la iglesia donde los obispos estaban reu-  
 nidos, esperaban su salida para conocer mas pron-  
 to su fallo.

Se acabó por fin la sesion, y cuando se supo que  
 el concilio habia decidido que María debia ser lla-  
 mada Madre de Dios, y que habia pronunciado  
 anatema contra todo el que se atreviese á pensar  
 lo contrario, todo el pueblo hizo resonar una in-  
 mensa aclamacion de alegría y presentó el espec-  
 táculo de la mas completa emocion, haciendo in-  
 mediatamente lugar la tristeza al regocijo mas pu-  
 ro y mas vivo. Toda la ciudad se iluminó y ata-

vió espontáneamente con sus adornos de fiestas, encendiéronse hogueras en las plazas públicas, y los obispos fueron acompañados á sus domicilios por una multitud loca de contento, llevando hachas encendidas en las manos y sembrando los pasos de los padres del concilio de perfumes y de flores. He ahí el prodigio que produjeron en el siglo V en una gran ciudad la fe del pueblo cristiano y su amor á María.

Roma acaba de presenciarse un espectáculo que en nada cede al que acabamos de recordar. El siglo XIX ha producido una fiesta que no honra menos que aquella la fe y piedad de sus hijos hacia la Reina de los cielos. El número de obispos congregados en Roma el 8 de diciembre de 1854 fué el mismo que en Éfeso: el objeto de su reunion fué tambien la proclamacion de uno de las mas gloriosos privilegios de María, de aquel que es el fundamento de todos los demás, de aquel sin el cual no le hubiese sin duda sido conferido por el Altísimo el título mismo de Madre de Dios. ¿Cómo hubiese Dios escogido por madre una criatura que hubiese podido por un solo instante ser esclava de Satanás é hija del pecado? El título, cuya posesion ha sido asegurada á la Reina de las vírgenes, no menos amado por el pueblo cristiano que el de Madre de Dios, era desde la cuna de la

Iglesia, el objeto de la creencia universal, y todos los siglos venian suspirando por el oráculo que proclamase su irrefragable verdad. Del mismo modo que en Éfeso el pueblo cristiano de hoy estaba entregado á la expectacion y ansiedad, pidiendo á Dios que fuesen escuchados sus votos, y María fuese proclamada sin mancha, sin tacha, inmaculada en su concepcion. Pero mas dichoso que el papa san Celestino, Pio IX pudo presidir por sí mismo la asamblea de sus hermanos los cardenales, los patriarcas, los arzobispos y obispos de toda la tierra, y no tuvo que excomulgar á uno de sus hermanos en el episcopado, porque el orgulloso Nestorio no tuvo émulo en la augusta asamblea de Roma. La gloria de María no tuvo de quien defenderse, y en esta brillante victoria obtenida por la Reina de los cielos no ha habido otro enemigo vencido sino la impiedad: el infierno únicamente se ha estremecido, pero la Iglesia toda ha aplaudido, y el dogma proclamado el 8 de diciembre en la basilica del príncipe de los apóstoles por el Vicario de Jesucristo, lo habian de ante mano proclamado las voces de todos los obispos, los ruegos y las ardientes súplicas de todos los fieles hijos de la iglesia universal.

Describamos pues, en cuanto sea posible, una fiesta que tantos santos han deseado, que tantos

siglos han pedido con sus votos, que tantos pontífices han ansiado dar á la Iglesia, y que el Señor, por su infinita misericordia, ha querido reservar á nuestros malhadados tiempos como su esperanza y remedio.

La fiesta de Roma es la fiesta del mundo entero. El agosto jefe de la Iglesia la preside; 200 obispos venidos á ella de todos los ángulos de la tierra, hasta de las lejanas regiones de la China, de los desiertos de América, de las islas mas retiradas del Océano, forman la corte del Vicario de Jesucristo y le rodean como una brillante corona: 200 ó 300 prelados de todas las órdenes, de todos los títulos, de todos los hábitos le sirven de cortejo de honor. ¡Cuán hermoso es ver bajar por la gran escalera de Constantino esta magnífica, esta incomparable procesion! ¡Qué variedad! ¡Qué riqueza de ornamentos sagrados! Seis cardenales-obispos, 37 cardenales-presbíteros, 11 cardenales-diáconos, un patriarca del Oriente, 42 arzobispos, 100 obispos, de todos los ritos, de todos los países del mundo, marchan en dos majestuosas filas, revestidos de capa pluvial y la mitra puesta. El Vicario de Jesucristo les sigue rodeado de todo el esplendor de los ornamentos pontificales..... En el canto de las letanías de todos los santos, comenzado en la capilla Sixtina, continúa á través de la

sala regia, de la escalera de Constantino, del peristilo y de la gran nave de la basilica. Una inmensa muchedumbre se agolpa y apresura para ver la marcha de los pastores de la Iglesia y recibir la bendicion de su supremo jefe que se adelanta recogido, orando, con la alegría en los labios y los ojos. La procesion se detiene delante de la capilla del Santísimo Sacramento, y después de haber adorado á Dios oculto en el tabernáculo, el papa concluye el canto de las letanías con las preces acostumbradas. En seguida el cortejo, resplandeciente de tiaras y de mitras preciosas, con la cruz y candeleros de oro, con los relicarios, flores y luces, se vuelve á poner en marcha hácia el altar de la Confesion, y al pasar por delante de la antigua estatua del primer papa, de aquel que recibió del mismo Jesucristo el gobierno de la santa Iglesia, de Pedro, el pescador de Galilea, hecho pontífice soberano, Vicario de Jesucristo, jefe de la Iglesia universal; este primer papa, sobre cuya cabeza descansa la triple corona, de cuyos hombros pende la capa de oro, y en cuyo dedo brilla el anillo del pescador, parece inclinarse para saludar á su 259º sucesor, al papa Pio IX, gloriosamente reinante, heredero de su autoridad y de sus virtudes. El colegio de los Santos Apóstoles se refleja y reconoce en los 200 obispos que siguen



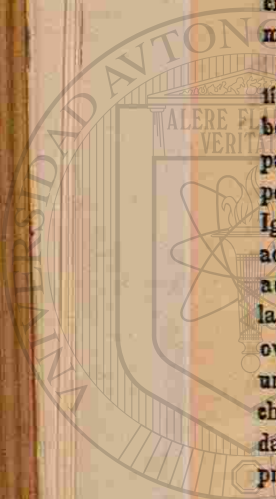
cielos han pedido con sus votos que tantas noni-

á su supremo pastor, y el clero y los fieles que llaman la inmensa basílica son la fiel imagen de la Iglesia primitiva, pues del mismo modo se reunieron los apóstoles en Jerusalem bajo de la presidencia de Pedro y el Espíritu Santo se hallaba en medio de ellos.

Una vez sentado en su trono el soberano Pontífice, vienen por turno á prestarle obediencia, besarle el pié ó la mano en que brilla el anillo pastoral los cardenales, los arzobispos, los obispos y los preladados, en representacion de toda la Iglesia que viene á venerar á su augusto jefe, á aquel de quien dimana toda jurisdiccion y toda autoridad espiritual, á aquel que se sienta en la cátedra de san Pedro, y que apacienta á las ovejas y á los corderos. La China le ha enviado uno de sus vicarios apostólicos; la América á muchos de sus arzobispos y obispos; las islas perdidas en el fondo de la Oceanía tienen allí sus representantes. La Europa ha deputado á este congreso á la mayor parte de sus pastores. Roma cuenta en él 60 obispos, 30 de los cuales son príncipes de la Iglesia; los Estados pontificios, la Francia, el Austria, España, Portugal, las dos Sicilias, el Piamonte, Bélgica, Baviera, todas las potencias católicas se hallan en él, confundidas en el mismo amor y respeto. La Inglaterra luterana, la Pro-

esia evangélica, la Holanda calvinista tienen allí los jefes de su jóven jerarquía. Los imperios, los reinos, las repúblicas se dan en aquel congreso la mano; y cuando estos 200 obispos han ocupado sus asientos, y se ve detrás de ellos un número infinito de preladados inferiores, de generales de las órdenes, de presbíteros, de religiosos y de fieles con el soberano Pontífice á la cabeza; ¿no puede con razon asegurarse que la Iglesia universal se halla aquí presente?

El canto de tercia se ha concluido, la ceremonia de la obediencia queda terminada, y, si nos es permitido emplear este lenguaje, la asamblea ha tomado aquel aspecto que se admira en las pinturas y grabados antiguos en donde se representan las reuniones del concilio de Trento y de las otras grandes juntas de la santa Iglesia católica; pero con aquella majestad además, con aquel carácter mayor de grandiosidad que imprime la presencia del augusto y supremo pastor. El santo sacrificio va á principiar, y el gran sacerdote de la ley universal se adelanta hácia el altar para inmolar la víctima adorable. No nos proponemos describir la hermosura de las ceremonias, la armoniosa melodía de los cantos consagrados por los siglos, y todos aquellos ritos tan grandes y tan es-



UNIVERSIDAD AVTON

LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

...ales han pedido con sus votos que tantos ponti-

pléndidos que exaltan á una santa funcion celebrada por el pontífice supremo: este cuadro no conduciría muy lejos, y tenemos prisa de llegar al momento solemne, á la lectura del decreto, en cuyo honor se ha desplegado esta gran pompa, han venido de tan lejos los obispos, y que debe asegurarse á María el mas glorioso de sus privilegios, é mas puro de sus misterios.

El evangelio acaba de cantarse en las dos lenguas consagradas por la santa liturgia y en los dos ritos prescritos para la misa papal. Ha llegado el momento con tanta impaciencia esperado en la hora marcada desde la eternidad en los decretos de la misericordia del Altísimo; todos los ojos se vuelven hácia el trono del supremo pontífice: un solemne silencio se establece en la inmensa asamblea; todos los corazones se levantan hácia el cielo.... La iglesia universal disputa al trono del Vicario de Jesucristo á cinco de sus pastores para suplicarle, que satisfaga en fin la devocion del pueblo cristiano, y que defina como artículo de fe católica la creencia universal en la Concepcion immaculada de María. S. Ema. el cardenal decano del Sacro colegio acompañado del patriarca de Alejandría, del arzobispo griego, de un arzobispo y un obispo latinos, tiene la mision de elevar al trono pontifical la expresion del voto de la Iglesia

y de presentarle sus urgentes súplicas. Puestos todos al pié del trono, el cardenal Machi dirige al soberano pontífice en latin las siguientes palabras:

“ Lo que de largo tiempo, oh beatísimo Padre, ardientemente desea y con llenos votos pide la iglesia católica, es, que sea definida por vuestro supremo é infalible juicio la Inmaculada Concepcion de la santísima Virgen María Madre de Dios, por cuyo medio se le acrecienten las alabanzas, la gloria y la veneracion; Nos, á nombre del sacro colegio de los cardenales, de los obispos del orbe católico y de todos los fieles, humilde y encarecidamente pedimos que en esta solemnidad de la Concepcion se cumplan los votos universales.

“ Por lo que, en medio de la augusta accion del incruento sacrificio, en este templo consagrado al Príncipe de los apóstoles, y en una congregacion tan solemne del Sacro colegio, de los obispos y del pueblo, dignaos, oh beatísimo Padre, levantar vuestra apostólica voz y pronunciar el decreto dogmático de la Inmaculada Concepcion de María, por el cual habrá gozo en el cielo, y grande regocijo en la tierra.”

El Vicario de Jesucristo escucha atento una súplica tan grata á su corazon y tan conforme con los votos de su propia piedad; pero declara, que

para el acierto es preciso invocar una vez mas las luces del Espíritu Santo y consultar la divina voluntad. Póstrase de rodillas sin abandonar su trono, prostérnase á su ejemplo toda la Iglesia, entona el *Veni Creator*, y le acompañan en el canto de este himno sagrado el clero y la inmensa muchedumbre de los fieles. Una súplica ardiente y unánime se escapa de todos los labios, se difunde por la vasta basílica, y se eleva toda poderosa hácia el trono de Dios. Concluido el himno, el Vicario de Jesucristo se levanta y canta la oración en seguida, en presencia de toda la iglesia católica, representada por 50 cardenales, por un patriarca, por 42 arzobispos y por 100 obispos; por dos mil trescientos prelados inferiores, por muchos millares de sacerdotes y religiosos de todos los ritos, de todas las regiones, de todas las órdenes y de todas las clases y de todos los países; la mitra puesta y en la actitud de doctor supremo, encargado de interpretar las sentencias y tradiciones y de pronunciar los oráculos de la fe, después de invocar á la santísima Trinidad y á los apóstoles san Pedro y san Pablo; comienza la lectura del decreto con aquella voz grave, sonora, dulce y majestuosa que da á sus palabras un hechizo indefinible. En él el sumo Pontífice ha definido:

“Ser dogma de fe que la bienaventurada Virgen María en el primer instante de su concepción, por privilegio singular y gracia de Dios, en virtud de los méritos de Jesucristo, salvador del género humano, fué preservada y exenta de toda mancha de la culpa original.”

En el momento en que su santidad llega á este paraje del decreto que se refiere á la inmaculada concepción, su voz se entenece, las lágrimas asoman á sus ojos, y cuando pronuncia las palabras sacramentales *definimus, decretamus et confirmamus*, su emoción, sus sollozos le cortan la palabra, y se ve precisado á suspender la lectura y á enjugar el torrente de lágrimas que corre por sus mejillas, emoción de que participan todos los concurrentes. Sin embargo, se le ve hacer un esfuerzo supremo para dominar su agitación, y emprende entonces de nuevo la lectura con aquella voz firme y llena de autoridad que cumple al juez de la fe. Su corazón sube á sus labios y su voz es tan animada y llena de movimiento, que ya no se distingue si lee ó si predica: se conoce que el padre de la cristiandad, el hijo apasionado á María, el pastor supremo de la Iglesia y el juez infalible de la fe hablan á la vez, ó por mejor decir, que el Espíritu divino es quien habla por su boca y quien mezcla con el oráculo de doctor de la verdad los

sentimientos de un corazón tiernamente afecto á María. Su conmoción principia de nuevo, cuando después de haber declarado que la creencia en la inmaculada Concepción ha sido en todos tiempos la creencia de la Iglesia católica y que por consiguiente debe ser profesada por todos sus hijos; después de establecer las penas que incurrirían aquellos que fuesen tan temerarios que la contradijesen, vuelve á hablar de las gracias que él mismo reconoce haber recibido de la santísima Madre de Dios, de las esperanzas que funda en su protección para alivio de los males de la sociedad y de la Iglesia, y de la felicidad que experimenta en realzar la gloria de aquella á quien él ha amado siempre y de quien dimanar todos los bienes y todos los dones que descienden de lo alto.

Mas ¿de qué sirve prolongar un análisis fundado en recuerdos que podrían ser infieles, y que además va á ser inútil, pues que no tardaremos en recibir el texto del decreto? Pero ¿quién podría dejar de admirar la manera fuerte y suave al mismo tiempo con que el Vicario de Jesucristo ha proclamado el oráculo infalible que asegura en la frente de nuestra Reina y Señora el glorioso diadema de una concepción inmaculada? ¡Oh! ¡cuán hermoso se ostentaba Pío IX. derramando lágrimas de ternura cuando coronaba á su muy amada

la ostentaban renitiendo sin dudar en su corazón el

Madre! ¡Oh lágrimas preciosas que los ángeles han recogido y brillarán como diamantes en la corona que la Reina de los ángeles tiene reservada al Pontífice que le ha dado gloria tan magnífica! ¡Cuán bellos aparecían aquellos cardenales, aquellos arzobispos, aquellos obispos escuchando con amor el decreto que proclama la grandeza de María, recogiendo con respeto las palabras que caían de los sagrados labios del Pontífice supremo, palabras que ellos van á repetir por todo el universo, entre los infieles de la Union, entre los salvajes de la América y de las lejanas islas, entre todos los pueblos, todos los imperios, todos los ángulos del mundo habitado! ¡Oh senado augusto de la iglesia católica! ¡Cuán dichoso eras de asistir á una fiesta tan grandiosa! ¡Cuán superabundantemente recompensadas quedaron las fatigas de vuestros largos viajes, de vuestros largos trabajos con el lustre añadido en este día al diadema de la Reina de la Iglesia! ¡Dichosos serán vuestros fieles pueblos cuando recojan de vuestros labios las palabras que vosotros habeis recogido de los labios infalibles del Pastor supremo, y cuando les digais: Nosotros estábamos allí, nosotros lo hemos visto, nosotros lo hemos oido! ¡Esta corona que brilla en la frente de nuestra Madre, nosotros hemos ayudado á colocarla! ¡Cuán bello aparecía todo

aquel clero de todas las clases inferiores de la jerarquía, uniéndose á sus obispos para saludar al decreto y aprestándose á ir á proclamarlo hasta en los lugares mas remotos, en las misiones mas lejanas, tanto en las cátedras de las grandes ciudades como en las de las mas humildes aldeas! Y vosotros, fieles de toda clase, de todo sexo, de toda condicion, que llenábais la inmensa iglesia del Príncipe de los apóstoles, ¿habeis visto jamás una expresion mas alta de la unidad católica? ¡Oh! ¡Cuán bella, cuán agradable era al Señor esta asamblea innumerable donde no latia sino un corazón por el amor de María, donde no se abria sino una boca, por de pronto para implorar las luses del Espíritu Santo, en union con el Santo Padre, los obispos y el clero; y en seguida, para dar gracias á Dios y saludar á María coronada con la diadema de la Inmaculada Concepcion! Y á la verdad, ahí se ve uno de los caracteres mas tiernos y mas católicos de esta admirable fiesta. Apenas sale de los labios del Vicario de Jesucristo la invocacion del Espíritu de luz y de amor, cuando ya se halla en todos los labios, y se diria que una sola voz, una voz compuesta de cincuenta mil voces, se eleva hácia el cielo. Del mismo modo, entonando apenas el *Te Deum* por el pontífice supremo, difúndese por toda la basilica, y preséntase como un

le sostienen renitiendo sin duda en su corazón el

himno infinito de accion de gracias y de reconocimiento, como una aclamacion universal al glorioso privilegio de María. Súplica ardiente, unánime que las salvas de artillería y los vuelos de las campanas de la ciudad llevaron al cielo y depositaron al pié del trono de la Virgen inmaculada.

Pero ¿no habrá un signo material que simbolice esta brillante corona que la palabra del Vicario de Jesucristo acaba de colocar en la cabeza bendita de nuestra Reina y Señora? ¿un signo que trasmita su memoria á las generaciones venideras? Pio IX ha pensado ya en ello. Una corona del mas puro oro, adornada con las piedras mas preciosas, coronará la cabeza de la Inmaculada Virgen, á quien el arte del mosaico ha representado *in æternum* de ante mano sobre el altar mayor de la capilla de los canónigos. Después del *Te Deum* es bendecida por el Papa esta brillante diadema en el altar mismo de la Confesion, y el Soberano Pontífice, precedido de su magnífico é imponente acompañamiento, va en procesion á presentar á nuestra Señora este don ofrecido por la piedad del insigne cabildo de san Pedro, y con sus manos consagradas lo coloca en la frente de la augusta Soberana del cielo y de la tierra, de la gloriosa Reina de la Iglesia, en preséncia, no solo de toda la corte de la Iglesia militante, sino tambien de

toda la corte de la Iglesia triunfante; porque no se puede dudar que los ángeles asistiesen á una fiesta en que, aquella que fué saludada por ellos diez y ocho siglos y medio há con estas palabras: *Ave Maria gratia plena*, lo es hoy tambien por estas otras: *Ave Maria, sine labe originali concepta*; doble salutacion, que en realidad no es mas que una sola, pues que la segunda no es sino el desenlace y complemento de la primera. Reinad pues para siempre, ¡oh gloriosa Princesa! ¡oh Madre muy amada! doblemente coronada en el cielo por vuestro Hijo, que es Dios, en la tierra por el Vicario de vuestro Hijo, que es el papa Pio IX, por la Iglesia universal y por todo el pueblo cristiano.

Podríamos desde ahora dejar la basílica de San Pedro, en donde la ceremonia que se acaba de efectuar ha sido, por decirlo así, transmitida á la posteridad en un signo visible que no perecerá jamás; pero antes es preciso referir dos ó tres incidentes que afectaron extraordinariamente á las pocas personas que los presenciaron: ¿veis esa silla de mano que á las ocho y media de la mañana se avanza hácia la confesion llevada por los sirvientes mismos del santo padre, vestidos de un traje encarnado y resplandeciente? Ellos marchan con precaucion y respeto, y esto es porque llevan

le sostienen renitiendo sin duda en su corazon el á la fiesta á un santo y sabio obispo, llamado por el santo padre, sorprendido en el camino por la enfermedad, y que se ha empeñado en arrostrar las fatigas de un largo camino y los peligros de una mar agitada, y que, con tal de ir á Roma para colocar su piedra en la diadema de la Reina de los cielos, y oír proclamar el dogma deseado con sus mas ardientes deseos, por sus mas fervientes súplicas, por sus votos de doctor y de obispo; no teme ya ni á las tempestades, ni aun siquiera á los amagos mismos de la muerte. Oye salir de la boca infalible de Pedro, hablando por Pio IX, este oráculo deseado, y con esto se retira contento y gozoso: ya puede morir, pues que ha visto sobre la tierra el triunfo de su amadisima Madre; tambien él ha ganado su batalla, pues que ha necesitado un valor no menos heróico que el de aquel general á quien no ha mucho saludara con sus elogios y sentimientos el universo entero. Al salir de la iglesia le halla y le significa su alegría de verle uno de sus parroquianos: "y yo tambien, responde el docto y piadoso prelado, yo tambien me siento contento, porque he visto lo que tanto deseaba, y he venido á morir aquí."—¡Oh! no, ilustrisimo señor, le respondieron, porque la santisima Virgen os sanará! . . . —"Si María concebida sin pecado quiere curarme, yo volveré á mi dióce-

sis para publicar allí su poder y su bondad; pero yo puedo morir bien aquí; no sería malo morir aquí."

Nuestros lectores han adivinado ya quién era este obispo de los antiguos tiempos; un obispo francés, el santo y valeroso obispo de Mans, que prefirió exponerse al peligro de morir en la mar ó en algunos de los caminos de Francia ó Italia, á faltar al llamamiento del soberano pontífice, á la citada por la misma santísima Virgen. Y he ahí cómo saben nuestros obispos amar á María y trabajar y sufrir por su gloria.

Y ¿quién es ese anciano venerable, vestido de blanco, que marcha sostenido por dos personas, y va á sentarse en medio del senado de los cardenales? Abrumado por los años, y arrastrándose apenas, ¿qué viene á hacer en esta asamblea? Es un príncipe de la Iglesia, amado de los pobres, porque es su providencia á pesar de ser pobre él mismo; el amigo de Gregorio XVI, el ornamento del Sacro colegio por sus virtudes; es el cardenal Bianchi, que ha querido ir con el mayor trabajo á la fiesta, oír la lectura del decreto que colma sus deseos, asistir al triunfo de la Reina de la Iglesia, y después de haber oído proclamar por el Vicario de Jesuérsto el dogma tan caro á su corazón piadoso de cardenal, retirarse, apoyado en los brazos que

lo sostienen, repitiendo sin duda en su corazón el cántico del santo viejo que acababa de ver al Salvador: *Nunc dimittis servum tuum.*

Después, mientras el soberano pontífice se desnuda de sus ornamentos sagrados, he ahí venir dos religiosos, dos superiores de la grande y santa familia del seráfico san Francisco, el general de los conventuales y el general de los observantes. Trae el uno en sus manos una rama de lises de oro; la del otro es de las mismas flores de plata; preséntanlas al santo padre, y le ruegan las reciba como un débil homenaje de gratitud de parte de la religion franciscana, por la nueva gloria que acaba de dar á la madre de los cristianos, á la especial patrona de su antiguo instituto, por la consagracion definitiva é infalible impresa á una creencia que ha sido siempre el mas caro patrimonio de sus doctores, de sus escuelas y de los muchos santos y bienaventurados que aquella ha dado á la Iglesia triunfante. Este tributo de amor es ofrecido con lágrimas por los piadosos hijos de san Francisco, y con lágrimas tambien lo recibe el soberano pontífice.

Pero no hay verdadera belleza en las fiestas de la iglesia católica si el pueblo no forma su principal ornamento. Hemos hablado de los príncipes de la Iglesia y de todas las clases del clero; hemos

visto á todos los órdenes de la santa jerarquía rivalizar en amor y celo; mas el pueblo, los fieles, ¿qué parte toman en esta fiesta? ¿No es á él á quien pertenece imprimirle su verdadero carácter? ¿Se han conmovido por ventura sus entrañas? ¿Es en realidad una creencia popular, universal la que va á definirse? ¿Los hijos de la Iglesia desean en efecto tanto como se pondera ver decretarle á María el título de Inmaculada en su concepcion? ¡Ah! La respuesta á esta cuestion está dada ya, ella se presenta aquí palpitando.

Ved ese inmenso gentio que desde las siete de la mañana se dirige á la antigua basílica del Príncipe de los Apóstoles, que llena sus vastas naves y hasta las capillas de ordinario tan solitarias, que se aglomera y renueva incesantemente.

Parécese á un flujo y refluo continuo. Las anchurosas puertas de la basílica no bastan á esos millares de fieles que las invaden y embarazan 30,000 personas segun los mejores jueces, se ven reunidas á un mismo tiempo en la Iglesia, y si se tiene en cuenta la muchedumbre que entra y sale incesantemente en ella desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde, no baja de 70,000 el número de las que han tomado parte en la fiesta. Pero ¿qué recogimiento! ¿qué devocion la de tan gran muchedumbre! ¿Qué aspecto de satis-

faccion y alegria! ¡cuán cordiales son sus plegarias! El *Veni Creator*, el *Te Deum* ¡cómo les conmueven y les agitan! ¡Con qué ternura, con qué se cantan estos himnos de invocacion y alabanza! ¡Y cómo llena las demás iglesias de la santa Ciudad el resto de la poblacion! ¡Qué tal se agita y apresura para preparar la iluminacion que debe trasformar la noche de este hermoso dia en un cielo sembrado de estrellas! ¡Cómo se prosterna y saluda á la Virgen sin tacha y sin mancha al sonido de las campanas que anuncian la consagracion de tan grande acto! ¡Qué de cánticos sagrados se le dirigen en este instante de los conventos, de las familias, del secreto de los corazones!.....

Después llega la noche, y entonces es cuando estalla, cuando brilla con todo su esplendor la fe, la alegria del pueblo. Toda la ciudad se convierte en un templo elevado á María. Desde la víspera por la tarde, á pesar del agua, á pesar de la tempestad, millones de luces saludan á la aurora del dia pronto á aparecer; mas la noche de la fiesta, la ciudad es literalmente una ciudad de fuego; no se ve un balcon, una ventana, una buharda que no tengan sus lamparillas.

Las grandes arterias de la ciudad, el Corso, la Via papal, Ripetta son como rios luminosos; las plazas públicas, los monumentos, las iglesias sos-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



tienen edificios de fuego. El Capitolio centellea, y las orquestas á cielo raso, saludan á nombre del pueblo romano, el triunfo de la Reina de los cielos, Reina tambien de la Iglesia y de Roma. Por todas partes no se ven mas que transparentes, imágenes de María, inscripciones en honor suyo; en todas partes se lee la divisa: *María sine labe originali concepta*. Una inmensa muchedumbre recorre en todas direcciones la ciudad; toda la población está en la calle, en las plazas, y sobre todo en San Pedro, cuya cúpula levanta en el aire una diadema centellante.

Díriase que una Providencia especial ha velado para dar á esta iluminación, cuya magnitud y hermosura son conocidas, un brillo inusitado. Una negra nube, la única que habia en el cielo, que parecia quedar allí para recordar la lluvia, la tempestad de la víspera y de toda la noche precedente, formaba detrás de la cúpula un fondo sombrío y negro sobre el cual se destacaba admirablemente esta corona de fuego que la Eterna ciudad ofrecia á la Reina del universo. ¡Oh noche mas bella que el día! ¡Oh pabellones de luces encendidas para alumbrar la fiesta de nuestra Madre! ¡Oh Reina de los cielos! ¡qué mas bella corona puede ofrecer la tierra?

.....

Tal ha sido la fiesta del 8 de diciembre en Roma, ó por decir mejor, tal ha sido una parte, la mas débil acaso de esta fiesta, que no perecerá jamás. Por lo demás, esto no es mas que el primer día; el principio de las fiestas. El 10, otra solemnidad atraía hácia San Pablo *extramuros*, á toda la ciudad Santa; el papa, asistido de los 200 obispos y de todo el clero, debia consagrar la basilica del Apóstol de los gentiles, cuya dedicacion se hallará por este medio ligada con el triunfo de la Reina de los cielos. En la noche de ese mismo día la academia de los *Arcades* debia celebrar en el Capitolio en la gran sala del senado, una sesion solemne, en la cual el cardenal Wiseman debió pronunciar un discurso en honor del misterio recientemente definido; y para el día siguiente 11, la academia de la Inmaculada Concepcion habia anunciado otra sesion no menos brillante en la Iglesia misma de los Santos Apóstoles con el objeto de festejar el glorioso privilegio, cuyo nombre lleva, y cuya creencia ha siempre profesado. En casi todas las iglesias se hacen triduos. En una palabra, esto es una fiesta sin fin. ¿Y seria posible cansarse de cantar las glorias, de celebrar la victoria de la grande Reina de la tierra y de los cielos? De ningún modo, esta fiesta comenzada en Roma, se continuará en todo el mundo.

La campana de San Pedro comunicará su movimiento á las campanas de todo el globo, y hasta en los desiertos del Nuevo Mundo, y en los países mas remotos del antiguo, se repetirá, saludará y aclamará la palabra del soberano pontífice. En todas partes será celebrada y glorificada la Concepcion Inmaculada. Al pensar en esto, ¿quién dejará de esperar que se derramen sobre el mundo y la Iglesia los grandes bienes que los santos han pronosticado para la época que viese proclamarse el incomparable privilegio de María? ¿Quién podrá menos de creer que nuestra madre nos recompense con beneficios, los homenajes que nosotros le tributamos? ¿Quién podrá dudar que el aumento de gloria que acaba de recibir no sea para nosotros la prenda de un presente mejor y de un mas próspero porvenir? Tal ha sido la esperanza de los santos, tal la de Pio IX, de este pontífice santo, de este ángel de la Iglesia, cuyo pontificado será de hoy mas en adelante glorioso entre todos los que han anticipado el reino de María que han exaltado sus privilegios y excelencias.

Como memoria de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion, Pio IX ha obsequiado

á cada uno de sus hermanos del Sacro Colegio y del episcopado católico con una medalla bendita formada de un oro que la Australia habia enviado como tributo á la Reina de las Virgenes, y un grabado conmemorativo de la proclamacion del 8 de diciembre. La medalla es muy bonita, aunque de un módulo pequeño: tiene de un lado la imagen de la Virgen inmaculada, y del otro la inscripcion siguiente: *Deiparæ Virgini sine labe conceptæ. Pius IX pont. max. ex auri australia primitis sibi oblati eudi jussit VI. id. dec. MDCCCLIV;* y en el exergo se lee: *Honorificentia populi tui.* El grabado no es menos hermoso: ha sido hecho en Roma y representa tambien á la Virgen inmaculada. Con la medalla y el grabado, cada uno de los cardenales, arzobispos y obispos ha recibido tambien un elenco que tiene por título las palabras siguientes:

CARDINALES S. E. R.  
Patriarche, Archiepiscopi et Episcopi  
in Basilica Vaticana  
adstantes  
Pio IX. Pont. Maxo  
Dogmaticam Definitionem  
de Conceptione Immaculata  
Deiparæ Virginis Mariæ  
Pronuncianti  
inter Missarum Solemnia  
die VIII Decembris An. MDCCCLIV.

El papa ha donado á la iglesia de San Pedro un cáliz de oro enriquecido con brillantes quitados á la silla de montar que le habia mandado de regalo el sultan.—La corona de oro con que ha sido decorado el cuadro de la Virgen ha sido donada por el cardenal Antonelli.—El soberano Pontífice para perpetuar la memoria de la proclamacion de la Inmaculada Concepcion, ha mandado que se levante una columna sobrepuesta de una estatua de María en la plaza de España, delante del colegio de la Propaganda: á este monumento se consagrará la magnífica columna de mármol que tiempo há está depositada detrás del palacio del patio de Inocencio. La ejecucion de la estatua y del monumento será confiada al escultor Obisi cuyo diseño está ya aprobado.

## REFLEXIONES

Á PROPÓSITO DE LA DEFINICION DOGMÁTICA DE LA  
INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTISIMA  
VIRGEN, POR EL PROFESOR FRANCISCO  
COSTA, SACERDOTE ROMANO.

Como las clases inferiores de la sociedad y aun muchas personas de cierta educacion pueden no tener las nociones teológicas necesarias ó útiles para conocer en las circunstancias presentes, me he decidido, á invitacion de un amigo docto y piadoso, á publicar una instruccion breve y clara para el uso del pueblo cristiano, á fin de que aprecie mejor el beneficio que recibe y que se regocije de él segun la voluntad de Dios y la intencion de la santa Iglesia. Dividiré en cinco puntos principales lo que tengo que decir: expondré primero la

El papa ha donado á la iglesia de San Pedro un cáliz de oro enriquecido con brillantes quitados á la silla de montar que le habia mandado de regalo el sultan.—La corona de oro con que ha sido decorado el cuadro de la Virgen ha sido donada por el cardenal Antonelli.—El soberano Pontífice para perpetuar la memoria de la proclamacion de la Inmaculada Concepcion, ha mandado que se levante una columna sobrepuesta de una estatua de María en la plaza de España, delante del colegio de la Propaganda: á este monumento se consagrará la magnífica columna de mármol que tiempo há está depositada detrás del palacio del patio de Inocencio. La ejecucion de la estatua y del monumento será confiada al escultor Obisi cuyo diseño está ya aprobado.

## REFLEXIONES

Á PROPÓSITO DE LA DEFINICION DOGMÁTICA DE LA  
INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTISIMA  
VIRGEN, POR EL PROFESOR FRANCISCO  
COSTA, SACERDOTE ROMANO.

Como las clases inferiores de la sociedad y aun muchas personas de cierta educacion pueden no tener las nociones teológicas necesarias ó útiles para conocer en las circunstancias presentes, me he decidido, á invitacion de un amigo docto y piadoso, á publicar una instruccion breve y clara para el uso del pueblo cristiano, á fin de que aprecie mejor el beneficio que recibe y que se regocije de él segun la voluntad de Dios y la intencion de la santa Iglesia. Dividiré en cinco puntos principales lo que tengo que decir: expondré primero la

doctrina sobre la Inmaculada Concepcion de la Virgen; segundo, la conducta que ha observado siempre la Iglesia respecto de esta doctrina; tercero, lo que se le agrega hoy; cuarto, el fin con que se hace esto; quinto, los deberes que impone á los cristianos la decision del Vaticano.

### ARTÍCULO I.

#### DOCTRINA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

§ I.—*Lo que se entiende por esta Concepcion Inmaculada.*

No es dable definir la Inmaculada Concepcion mejor que citando las palabras del papa Alejandro VII en la bula *Sollicitudo* de 8 de octubre 1661. Cuando los fieles, dice este pontifice, honran la Concepcion de Maria, es su intencion rendir homenaje á la gracia especialisima por la cual, en consideracion de los méritos de Jesucristo, Dios preservó y puso al abrigo de la mancha del pecado original al alma de la bienaventurada Virgen desde el primer instante de su creacion y de su

union á su cuerpo. Lo cual significa que el alma de Maria fué unida á su cuerpo en el seno de su madre, después de creada en estado de gracia y santificada por el Espiritu Santo. Este es el sentido en que se dice inmaculada la concepcion de la Virgen, contrario á lo que sucede á los otros hijos de Adan que son todos concebidos con la mancha del pecado de su padre, llamada por este motivo pecado original, y privados por consiguiente de la gracia santificante que les restituye el bautismo y por la cual adquieren el ser de hijos adoptivos de Dios y herederos del paraíso.

§ II.—*Lo que no debe confundirse con la Inmaculada Concepcion.*

Es necesario no confundir con la inmaculada concepcion de Maria ni su eterna virginidad ni el privilegio que tuvo de ser preservada durante su vida mortal de todo pecado, aun de la menor culpa venial, ni la santificacion antes del nacimiento. Que la virginidad y la preservacion de todo pecado actual sean distintas de la concepcion inmaculada, es evidente de sí mismo, y tampoco es difícil comprender que ser exento y totalmente preservado del pecado original, ó ser purificado de él por la santificacion en el seno materno, son cosas muy

diferentes. Esta última gracia es harto inferior á la otra en la cual se halla como lo menos lo está en lo mas. Todo el mundo sabe, en efecto, que san Juan Bautista fué santificado en el seno de su madre, y que por eso se honra solemnemente su natiuidad; mas no por eso ha ocurrido nunca á nadie la idea de venerar su concepcion como veneramos la de la santísima Virgen. San Juan Bautista fué santificado antes de nacer, pero no había dejado de ser concebido con la mancha del pecado original. Por lo demás, los términos de que nos servimos para designar estos dos privilegios expresan suficientemente su diferencia: ser santificado en el seno de su madre es ser *libertado*, por un efecto de la gracia habitual, del pecado original antes de venir al mundo; no es haber sido *preservado* de él como se entiende cuando se habla de la concepcion inmaculada.

## ARTICULO II.

CONDUCTA QUE HA SEGUIDO SIEMPRE LA IGLESIA  
CON RESPECTO Á LA DOCTRINA ARRIBA EXPUESTA.

§ I.—*La Iglesia ha protegido y favorecido la doctrina de la Inmaculada Concepcion.*

Los artículos de fe propiamente dichos son ciertas verdades primeras reveladas de Dios, las cuales comprenden una multitud de otras verdades secundarias que están contenidas en ellas como el germen ó aun la planta entera está contenida en la simiente. Acontece de ahí que mientras mas se meditan mas se hallan secundas en consecuencias importantes, entre las cuales se encuentran algunas cuyo alcance todo no han apreciado ciertos entendimientos en los primeros tiempos ó aun que no han percibido absolutamente. Y por eso, la Iglesia que es la depositaria fiel é intérprete infalible de la revelacion divina, porque siempre está asistida del Espíritu Santo, debe segun las exigencias diversas de las circunstancias de tiempo, personas y lugares, definir como dogmas de fe católica esas verdades secundarias contenidas en el depósito de la Revelacion. Ese es su derecho y

su encomienda; atestigua toda la historia eclesiástica este hecho.

Para cefirnos á un solo ejemplo, citaremos el artículo del Símbolo de los Apóstoles, en el cual se dice que Jesucristo ha nacido de la vírgen María y que ha sido concebido por la operacion del Espíritu Santo. Ahora bien, Jesucristo siendo Dios, era bien evidente que la Madre de Jesucristo es Madre de Dios. Esta consecuencia brota tan invencible y naturalmente de las premisas, que todo fiel la sacaba por sí y la proclamaba sin titubear; encontrábase por otra parte confirmada por este hecho, que en los divinos oficios es llamada *Deipara*, es decir precisamente Madre de Dios. Sin embargo, hubo en el siglo quinto unos sectarios que distinguiendo dos personas en Jesucristo osaron rehusar á María el título de Madre de Dios, no dejándole mas que el de Madre de Cristo. Error tan grave exigía una condenacion solemne, y esta condenacion fué pronunciada en el concilio de Éfeso en 431. Así fué cómo tuvo efecto la definición dogmática de la maternidad divina de María.

Otra consecuencia fácil de deducir del mismo artículo del Símbolo es que la virginidad de María debe entenderse en el sentido mas favorable á la grandeza de la dignidad y que por consiguiente

debe sostenerse que ha sido perpetua. La Iglesia lo creía así en efecto; y sin embargo, no definió esta gloriosa prerogativa de la Virgen sino cuando tuvo una razon para hacerlo, lo que aconteció aun antes que le fuese dada ocasion de definir la maternidad divina, pero siempre en el siglo cuarto en el concilio reunido en Roma en 390 por el Papa Sirices, quien condenó la impiedad de Joviniano y de sus partidarios, cuya audacia iba hasta negar la perpetuidad de la virginidad de la Madre de Dios.

Una tercera consecuencia, evidente tambien, aunque mas lejana, es que la perfecta integridad de la Virgen ha debido ser unida á una santidad tan privilegiada, que excluye hasta esas leves culpas veniales en que caen hasta las almas mas puras. Ahora bien, la creencia en este privilegio particularísimo, grabada en el alma de los fieles desde los primeros siglos y formulada desde entonces por los santos Padres, se desarrolló y creció á medida que la Iglesia la profesaba de una manera mas expresa y mas brillante, y sin embargo no fué definida sino en el siglo decimosexto, cuando el concilio de Trento creyó oportuno hacerlo, aunque nadie pensase á la sazón atacar esa verdad.

Se ve por estos tres ejemplos cómo la Iglesia,

según la oportunidad, propone á creer á los fieles, como dogmas de fe las verdades contenidas en el depósito de de la Revelacion. La perpetuidad de la virginidad de María no fué declarada y definida sino en el siglo cuarto; su maternidad divina hasta el quinto; su privilegio de haber sido exenta de todo pecado actual, hasta el decimosexto; ¿qué católico osaría por eso pretender que estas verdades no estaban, antes de las tres épocas precitadas, comprendidas en el depósito de la Revelacion, y que la Iglesia definiéndolas ha hecho arbitrariamente dogmas nuevos?

Lo que ha sucedido respecto de las tres prerogativas de que acabamos de hablar, es decir la perpetua virginidad, la maternidad divina y la exención de todo pecado actual, que han sido declaradas y definidas como dogmas de fe en diversas épocas, deseábamos ardientemente verlo renovar hoy en favor de una cuarta prerogativa, la preservacion del pecado original, contenida, ella tambien, en esa santidad sublime que implica la dignidad de Madre de Dios. Del artículo del Símbolo de los Apóstoles que hemos citado antes se deduce, en efecto, como consecuencia, este privilegio de la concepcion inmaculada; no se puede concebir la union en la misma persona, de dos cosas tan contrarias, á saber, la dignidad mas pura

de Madre del Hijo único de Dios, y la abyeccion de una criatura sumergida, aun por un momento, en la servidumbre del pecado. Así seria sin embargo si su alma, en el instante que fué creada y unida á su cuerpo, no hubiese sido, por una gracia especialísima de Dios, de quien debia ser Madre, preservada de la mancha del pecado original.

Esta doctrina sobre la Inmaculada Concepcion de la santísima Virgen fué para los fieles un motivo de honrar con culto particular este sublime privilegio concedido á la Madre de Dios. Este culto que viene desde la mas remota antigüedad, estaba reconocido por la Iglesia, y el asentimiento es de mucho peso, si se considera que venerando á la Virgen por esta causa especial, los fieles admitian implícitamente una excepcion en su favor del dogma de la trasmision del pecado de Adán á toda su posteridad. Es necesario pues concluir que si la Iglesia no elevó la voz, era conforme á su doctrina este culto. Por lo demás, ella misma ha aprobado en virtud de actos positivos la fiesta, el oficio y la misa en honor de la admirable concepcion de la Virgen inmaculada, como se ve en la bula *Cum praeexcelsa* de Sixto V; san Pio fué mas léjos aun, insertando un oficio y una misa semejantes en el breviario y el misal romano. Inocencio XII enriqueció la fiesta con una octava, Clemen-



te XI mandó que fuese de precepto la fiesta, Benedicto XIV, haciéndola mas solemne todavía instituyó por perpetuidad la capilla papal del 8 de diciembre.

Mientras la Iglesia no pronunciaba su oráculo definitivo sobre el privilegio de que se trata, algunos doctos personajes dominados por la idea de que tal privilegio no puede conciliarse con la voluntad divina que condena á todos los hijos de Adán á llevar el pecado de su padre, han creído que les era lícito profesar sobre este punto un sentimiento contrario al de casi todos los fieles cristianos. La controversia á que ha dado origen semejante opinion ha tenido su utilidad; pero lejos de disminuir el culto de la Inmaculada Concepcion le ha acrecido poniendo mas clara la verdad de la doctrina en que se apoya y convidando á la cátedra apostólica á manifestar sus sentimientos de una manera mas espléndida. Con la prudencia sobrehumana que caracteriza sus resoluciones, la santa Sede usó de consideraciones para con los oponentes, por respeto á su piedad y por motivo de su oposicion; pero al mismo tiempo permitió á conocer cuánto los desaprobaba, concediendo privilegios cada dia mas extensos y mas señalados á los defensores de la piadosa creencia y culto que esta inspira. Luego, cuando hacían

se demasiado viva la controversia, pudo ser para los fieles una causa de escándalo, los soberanos pontífices impusieron la ley de un silencio absoluto á quienquiera que pretendiese aun combatir la creencia comun. Todos estos actos hicieron mejor comprender cuál era el sentir de la Iglesia y atestiguaron de una manera mas clara que realmente admite en favor de la Madre de Dios una excepcion de la ley de la trasmision del pecado de Adán. Así viéronse las oposiciones debilitarse y disminuir poco á poco, hasta extinguirse en breve completamente. De esta suerte la piadosa creencia en esta excepcion gloriosa ha triunfado de la manera mas brillante.

§ II.—*La Iglesia, en nuestro tiempo, ha profesado explícitamente la doctrina de la Inmaculada Concepcion.*

Los grandes favores concedidos por la santa Sede á esta doctrina indicaban ya suficientemente que ella misma la profesaba; pues no se venera religiosamente sino lo que es santo. Ahora bien, la Iglesia veneraba la concepcion de la Virgen por la fiesta que bajo este título celebraba. Sin embargo, no era llegado el momento para ella de explicarse de una manera mas explicita; pero en

estos últimos tiempos, solicitando los fieles con mas instancias el permiso de dar formalmente el título de *inmaculada* á la concepcion de la Virgen en los officios divinos y en la liturgia y de agregar á las letanias *Regina sine labe originali concepta*, los soberanos pontífices después de haber otorgado esta gracia á tal cual congregacion religiosa, á tal cual diócesis, á tal cual reino, concluyeron por otorgarla hasta á Roma y á todos cuantos la pidieron. Esta concesion tiene tal importancia, que no da cabida á la mas leve duda sobre el punto de saber si la iglesia católica profesa la doctrina de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios.

Debemos hacer observar aquí que el agregado de la voz *inmaculada* no es mas que un modo mas explicito de profesar la piadosa doctrina, pues honrando la concepcion de Maria, se honra, como queda dicho antes y como expresamente lo tenia ya declarado el papa Alejandro VII, el privilegio en virtud del cual el alma de la santísima Virgen fué preservada de la mancha del pecado original en el primer instante en que fué creada y unida al cuerpo, lo que vale decir que se honra la concepcion inmaculada.

## ARTÍCULO III.

LO QUE SE INTENTA AÑADIR HOY Á ESTA DOCTRINA.

§ I.—*Lo que faltaba y lo que realmente deseaban los fieles para la mayor gloria de la Inmaculada Concepcion.*

Faltaba hacer por el privilegio de que se trata lo que se ha hecho por las otras prerogativas de la Virgen; la Iglesia, después de haberlas profesado, las ha ido alternativamente definiendo dogmáticamente. Y he ahí verdaderamente lo que desde hace tanto tiempo y hoy mas que nunca deseaban los fieles, y pedian con instancia. Este último privilegio es demasiado bello, demasiado glorioso, demasiado importante, y los cristianos tienen por él una devocion demasiado grande para que permaneciese por mas tiempo inferior á los otros, que la Iglesia ha elevado al honor de verdades de fe católica imponiéndolos por sus decretos universales, de tal suerte que ya no es permitido á nadie entre los fieles tener sobre ellos la menor duda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ II.—*La Iglesia ha revestido su profesion de la doctrina de la Inmaculada Concepcion con el carácter mas solemne; una definicion dogmática.*

Los fieles de toda la cristiandad, en estos últimos tiempos, habian renovado y multiplicado sus súplicas pidiendo que la doctrina de la Inmaculada Concepcion fuese definitivamente declarada dogmática, es decir elevada á la categoría de las verdades de fe. Movido de estas súplicas universales, el jefe supremo de la Iglesia, el papa Pío IX se dirigió al episcopado católico para tener la expresion de su dictámen. Las respuestas de muchos centenares de obispos remitidas de todos los países del mundo, rinden testimonio de la devocion del clero y de los pueblos por la Reina de los ángeles y aun piden con instancia la declaracion dogmática.

El santo Padre, después de haber, en su enciclica de 1° de agosto 1854, ordenando preces públicas en toda la cristiandad por las intenciones que especifica, aprovechó la ocasion de recomendar, conforme á las órdenes que ya tenia dadas en 1849, que se dirigiesen al Señor las preces mas fervientes, á fin de que derramase sobre su

ario la luz del Espíritu Santo y le hiciese la gracia de dar, lo mas prontamente posible, sobre la Inmaculada Concepcion de la santísima Virgen, la decision mas propia á procurar la mayor honra de la Virgen nuestra amadísima Madre.

Hay una dificultad que embaraza á ciertas personas y por la cual, sin embargo, es necesario no dejarse perturbar. La Iglesia, dicese, no procede de ordinario á las declaraciones dogmáticas sino con motivo de alguna nueva herejía; ahora bien, en estos momentos no hay herejía que ataque á la Inmaculada Concepcion y no debiera apartarse en esta ocasion la Iglesia de una regla que parece haber seguido siempre. Mas todo este razonamiento estriba en un supuesto falso: la Iglesia juzga y define dogmáticamente, no solo cuando cree necesaria una definicion sino tambien cuando la conceptúa útil. El caso de *necesidad* se presenta casi siempre cuando unas herejías nuevas toman un vuelo que se hace preciso cortar, y este caso, como lo ve todo el mundo, es el mas frecuente, pudiera decirse el mas ordinario. Pero el caso de utilidad, de *oportunidad* ocurre tambien, aunque con menos frecuencia, y ya dejamos citado un ejemplo en la definicion por la cual el concilio de Trento proclamó el privilegio que ha puesto á la santísima Virgen al abrigo de todo pe-

estado actual, aun el mas leve, privilegio que nadie pensaba entonces combatir. Pudiéranse recordar muchos ejemplos semejantes; baste mencionar aquí la bula *Benedictus Deus* del papa Benedicto XII fecha en Avignon, el 29 de febrero 1338, bula que, sobre la cuestion de saber si las almas de los bienaventurados gozan de la vision intuitiva antes del dia de la resurreccion, definió dogmáticamente la opinion afirmativa. No va pues fuera de razon el que hoy tambien se haga una definicion dogmática sobre el asunto que tratamos, conceptuándola oportuna, aunque ninguna herejia la haya provocado ó parezca provocarla. Por lo demás, á la santa Sede es á la que toca juzgar de su conveniencia.

#### ARTÍCULO IV.

DEL FIN QUE SE PROPONE LA IGLESIA CON ESTA DEFINICION DOGMÁTICA.

§ I.— *Uno de los fines que ciertamente se propone la Iglesia es aumentar la gloria de María.*

Cualquiera que no es enteramente extraño á las cosas de la religion no puede ignorar el celo que siempre ha animado á la Iglesia por proce-

rar la gloria de la Madre de Dios y propagar su culto entre los fieles. Nadie puede dudar tampoco que uno de los principales motivos que tenga la santa Sede para definir dogmáticamente el último de los cuatro grandes privilegios de María, hoy que se presentó la ocasion, sea precisamente el de acrecer la devocion que por ella tienen los cristianos.

§ II.— *Otro fin que se propone la Iglesia, es la utilidad particular de cada uno de los fieles.*

El deseo ardiente que han dado á conocer los católicos de todas clases por esta definicion es un garante que permite esperar que ella acrecerá su devocion á la santísima Virgen, lo que no puede menos de serles muy provechoso. Todavía hay mas. Otra ventaja de esta definicion será añadir á la creencia general el mérito de la fe. El culto de la inmaculada concepcion está fundado, es verdad, en la autoridad suprema de la Iglesia, que le ha permitido primero, favorecido después y aprobado por último y profesado ella misma; pero estos hechos, por graves que sean, no tienen la trascendencia y el valor de una definicion dogmática explicita. La creencia en la verdad que testifican no tiene pues el mérito que es propio á

estado actual, aun el mas leve, privilegio que nadie pensaba entonces combatir. Pudiéranse recordar muchos ejemplos semejantes; baste mencionar aquí la bula *Benedictus Deus* del papa Benedicto XII fecha en Avignon, el 29 de febrero 1338, bula que, sobre la cuestion de saber si las almas de los bienaventurados gozan de la vision intuitiva antes del dia de la resurreccion, definió dogmáticamente la opinion afirmativa. No va pues fuera de razon el que hoy tambien se haga una definicion dogmática sobre el asunto que tratamos, conceptuándola oportuna, aunque ninguna herejía la haya provocado ó parezca provocarla. Por lo demás, á la santa Sede es á la que toca juzgar de su conveniencia.

#### ARTÍCULO IV.

DEL FIN QUE SE PROPONE LA IGLESIA CON ESTA DEFINICION DOGMÁTICA.

§ I.— *Uno de los fines que ciertamente se propone la Iglesia es aumentar la gloria de María.*

Cualquiera que no es enteramente extraño á las cosas de la religion no puede ignorar el celo que siempre ha animado á la Iglesia por proce-

rar la gloria de la Madre de Dios y propagar su culto entre los fieles. Nadie puede dudar tampoco que uno de los principales motivos que tenga la santa Sede para definir dogmáticamente el último de los cuatro grandes privilegios de María, hoy que se presentó la ocasion, sea precisamente el de acrecer la devocion que por ella tienen los cristianos.

§ II.— *Otro fin que se propone la Iglesia, es la utilidad particular de cada uno de los fieles.*

El deseo ardiente que han dado á conocer los católicos de todas clases por esta definicion es un garante que permite esperar que ella acrecerá su devocion á la santísima Virgen, lo que no puede menos de serles muy provechoso. Todavía hay mas. Otra ventaja de esta definicion será añadir á la creencia general el mérito de la fe. El culto de la inmaculada concepcion está fundado, es verdad, en la autoridad suprema de la Iglesia, que le ha permitido primero, favorecido después y aprobado por último y profesado ella misma; pero estos hechos, por graves que sean, no tienen la trascendencia y el valor de una definicion dogmática explicita. La creencia en la verdad que testifican no tiene pues el mérito que es propio á

aquella cuyo objeto es un artículo de fe expresamente formulado y definido; pero una vez dado el decreto dogmático es ya de fe, gracias á esta definición, que Dios ha revelado este privilegio y en razon de esta revelacion, el privilegio mismo viene á ser de fe. Y entonces nuestra creencia no solamente es muy cierta, sino que además tiene el mérito que por su naturaleza misma alcanza el asentimiento y la sumision absoluta de un espíritu dócil á la palabra de Dios. Tal es el mérito y tales son las ventajas que la Iglesia nos procura.

§ III. — *Entre los fines que se propone la Iglesia en su definicion dogmática, el bien de la Iglesia misma no es ciertamente el último.*

La Iglesia, siempre atacada por la incredulidad ó la herejía ha salido siempre triunfante de la lid; y al atribuir á Dios el honor de sus victorias, tambien ha rendido homenaje á la santísima Virgen, protectora y abogada suya, á cuya intercesion ha reconocido que debia tantos beneficios. Por eso, en el ardor de su reconocimiento, le dirige estas magnificas palabras: *Cunctas hæreses tu sola interemisti in universo mundo.* "Sola tú has destruido en todo el universo todas las herejías."

Ahora bien, hoy el error tiene puesta á la sociedad en el declive de su ruina, y parece irrevocablemente perdida si no busca su salud en la fe católica; ¿por qué no esperaríamos que si, de nuestra parte ponemos el colmo á las glorias de María, la Virgen por la suya, se digne apartarnos del abismo por el poder de su intercesion y glorificar así la Iglesia que ha hecho todos sus esfuerzos por glorificarla? En todo caso, temeridad muy grande seria el no prometerse un bien universal de esta definicion dogmática.

Así, además de la gloria de Dios, tres otros fines particulares é igualmente importantes magnifican el decreto que erige en dogma á la Inmaculada Concepcion.

#### ARTÍCULO V.

DE LOS DEBERES Y DE LAS OBLIGACIONES QUE IMPONE Á TODO CATÓLICO LA DEFINICION DOGMÁTICA DE LA INMACULADA CONCEPCION.

§ I. — *El primer deber es un acto de fe divina sobre la verdad de la Inmaculada Concepcion de la santísima Virgen.*

Aunque el católico no esté obligado á conocer y creer expresamente sino las mas necesarias de

entre las verdades y aunque respecto de las otras le baste tener la fe *implicita* en todo lo que cree y enseña la Iglesia, debe hacer *explicita* su fe sobre estos mismos puntos.

La cosa es evidente, y es lo que practica todo buen cristiano, de otra suerte creeria, como hace profesion de ejecutarlo, todo lo que cree y enseña la Iglesia, y al mismo tiempo no creeria tal punto particular que sabe es creído y enseñado por ella contradiccion tan impia como absurda. Así, cuando del mundo católico es conocida la definicion solemnemente de la verdad de que aquí tratamos, todos están obligados á creerla con una fe divina; todos repetimos, desde el pontífice que ha dado el decreto hasta el último lego que reciba noticia de él.

Bueno es recordar en esta ocasion que para saber que Dios ha hablado por la boca de la Iglesia bástale al fiel saber que la Iglesia ha hablado realmente en nombre de Dios, lo que hace ella siempre que da una decision dogmática. Es necesario no poner en olvido este punto esencial de la fe, á saber que la Iglesia en sus definiciones dogmáticas, está siempre asistida del Espíritu Santo, de suerte tal que aunque los hombres que la componen estén sujetos á engañarse en muchas otras cosas, porque obran simplemente entonces como hombres, todo error es imposible.

cuando la Iglesia define lo que se debe creer, porque entonces obra como la columna y el sosten de la verdad, como la depositaria é intérprete infalible de la Revelacion. No puede ningun fiel dudar de ella como no sea dudando de la divinidad de la Iglesia, de la divinidad de la religion cristiana.

¡Cuán consolatorio no debe ser para el corazon católico el saber que Dios nos habla hoy todavía por medio de la Iglesia y nos ilumina así con una luz nueva, para confusion de esa sabiduria mundana, que en el orgullo de sus pretensas luces se constituye enemiga de la fe y que sin embargo no hace mas que poner ambiciosamente cuestion sobre cuestion, para recaer en breve en la mas cruel incertidumbre sobre las cosas mismas que mas importa saber!

§ II.— *El segundo deber es profesar exteriormente esta fe interna, cuantas veces lo exija la necesidad de descubrirla ante el prójimo.*

Este deber es inherente á la profesion de cristiano: *Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem*, dice el Apóstol. La fe interna es el fundamento de nuestra justificacion ante Dios, pero tambien necesitamos para salvarnos, confesar esta fe ante los hombres. Es nece-

ario que el cristiano muestre ese valor sin el cual desagradaría, á un tiempo á Dios, de quien se avergonzaria, y á los hombres que cubrirían de desprecio tamaña cobardía.

No es fuera de propósito esta recomendacion pues bien que no se trata aquí de una verdad incomprendible, sino solo de un privilegio de la santísima Virgen, los impíos, ignorantes ó aparentando serlo, así de la infalibilidad de la Iglesia como de las verdaderas nociones de ella, ora sobre la concepcion inmaculada ora sobre el pecado original ora sobre las otras verdades, no dejarán de tomar asunto de la definicion presente para sus razonamientos sofisticos, sus sátiras y sus burlas. Ya se sabe de ante mano: tratárase de una cosa mundana, el mundo, para servirnos de las palabras del Salvador, se complaceria en lo que de él viene; *quod suum erat diligeret*; entonces hallaria que la Iglesia hace una obra digna de ella y de su mision. Las alabanzas, las felicitaciones, los aplausos le lloverian de todas partes. Pero como el mundo, es decir los amigos de las cosas de este mundo, no hallan nada que les pertenezca en lo que se ha hecho en honra de la santísima Virgen, como en ello tienen por el contrario, mucho que perder, atento á que todo lo que puede acrecer la religion y revivir la fé que los condena

es una espina en el corazon de ellos, debemos esperar verlos levantarse contra la decision de la Iglesia con todas las armas suyas. Mas esa guerra no servirá sino á probar que la santa Sede cumple una obra verdaderamente gloriosa. Los gritos y las quejas del enemigo dan suficientemente la medida del golpe que ha recibido. Ofrecese pues al cristiano una hermosa ocasion de merecer: manifieste, frente á frente de los enemigos de la religion, sin vacilar ni titubear, su docilidad y sumision, rehusándose á prestar oido á las seducciones de los malvados, quienes se darán fácilmente á conocer con su sola conducta en el asunto presente. Entre los malvados en tales ocasiones, es preciso contar tambien esas gentes dobles que imbuidas en un espíritu mundano creen ostentar inteligencia apoyando con sus sonrisas las burlas de los impíos contra la fe católica.

No se deje, pues, el fiel espantar de esa vieja costumbre de los hombres del mal, de burlar á los buenos y las cosas buenas; muy natural es que exprese su lengua lo que tienen en el corazon. Agradezca, sí, la gracia que Dios le ha hecho uniéndole á su Iglesia cuyo imperio es tan grande, tan extenso y está tan lleno de gloria, aun á los ojos del mundo, que hasta los mismos mundanos ambicio-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



arian la honra de pertenecerle si pudiesen renunciar sus desórdenes y sus pasiones.

§ III.—*El tercer deber es regocijarse en el fondo del corazón de las nuevas glorias de la santísima Virgen y del lustre que reflejará sobre la Iglesia.*

Todo cristiano está obligado á profesar sumo respeto, suma gratitud, sumo amor á la Virgen Madre de Dios. Todo hijo está además naturalmente inclinado á regocijarse de la exaltación de su madre, y la Madre de Dios es también la Madre de todos los cristianos. De suerte que nada llegaría á tocar en demasía el júbilo de ellos al ver una cuarta y mas preciosa joya añadida á la corona de gloria que ciñe la cabeza de la Virgen en virtud del acto que la declara concebida sin mancha del pecado original. Y pues que la Iglesia adquiere ella misma una nueva gloria en virtud de la sumisión sincera de tantos millones de católicos de toda edad, de todo sexo, de toda condición, de todo país, doblando respetuosamente los frentes ante su oráculo, á la faz de un mundo rompido que no cesa de repetir que ha sonado la hora postrera, todo cristiano, reverente á la Iglesia como á su madre, debe regocijarse también en este nuevo triunfo.

## EJERCICIO

EN HONOR DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA SANTÍSIMA, PARA TODOS LOS SÁBADOS DEL AÑO, EL CUAL PUEDE REZARSE TAMBIEN EL DÍA 8 DE CADA MES.

*Después de hecha la señal de la cruz y el acto de contrición, se rezará lo siguiente:*

¡Oh María! jardín cerrado, fuente sellada; las plantas que haceis producir en él forman como un paraíso de delicias: vuestras manos destilaron mirra, y los cielos se hicieron melifluos cuando la mano del Señor os creó destinándoos para madre de un Dios tan grande.

Yo os saludo, ¡oh Madre santa! que habeis dado á luz al Rey que gobierna el cielo y la tierra por todos los siglos de los siglos.

Vos habeis sido glorificada, porque el Todopoderoso os ha colmado de favores.

*Se rezarán siete Ave Marías en reverencia de los siete gozos de Nuestra Señora, la letanía Lauretana, y después las siguientes*

## ORACIONES.

Yo os saludo, María, santísima madre de Dios, Reina del cielo, puerta del paraíso, Señora del

mundo, madre y protectora especial de los mejicanos. Vos sois la Virgen purísima y singular, vos habeis sido concebida sin pecado original, y por consiguiente, libre de toda tacha: alcanzadme por vuestros ruegos que viva pura, piadosa y santamente rogado á Jesús, vuestro Hijo amado, por la nación mejicana. Libradme de toda clase de males, y hacédme la gracia de que todas mis acciones, por vuestra proteccion y misericordia, se encaminen á obtener el paraíso celestial, el cual espero alcanzar con vuestra ayuda é intercesion. Amen.

Dignaos recibir, Señor, ya que sois el autor de la misma benignidad, las súplicas de todos los que se interesan con alegría por el honor de vuestra Madre, que fué la habitacion en que tomásteis carne humana, á fin de que, así como ella mediante vuestra gracia apareció al momento limpia de toda culpa, así tambien libres aquellos de pecado, puedan con vuestro auxilio daros las debidas gracias por el beneficio tan grande que concedisteis á vuestra madre. Amen.

V. Ruega por nosotros, purísima Madre de Dios,

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

FIN

## CARTA APOSTOLICA

de nuestro santísimo señor Pio, papa por la divina Providencia, noveno del nombre, sobre la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Madre de Dios.

PIO OBISPO

SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS.

*Para perpetua memoria.*

Dios, que es inefable, cuyas vias son la misericordia y la verdad, cuya voluntad es la omnipotencia misma, cuya sabiduría alcanza desde el uno hasta el otro extremo irresistiblemente y dispone con dulzura todas las cosas, viendo en su prescencia de toda eternidad, la ruina lamentable de todo el género humano, consecuencia de la trasgresion de Adán, y habiendo en el misterio oculto desde el origen de los siglos, decretado que por el

mundo, madre y protectora especial de los mejicanos. Vos sois la Virgen purísima y singular, vos habeis sido concebida sin pecado original, y por consiguiente, libre de toda tacha: alcanzadme por vuestros ruegos que viva pura, piadosa y santamente rogad á Jesús, vuestro Hijo amado, por la nación mejicana. Libradme de toda clase de males, y hacédme la gracia de que todas mis acciones, por vuestra proteccion y misericordia, se encaminen á obtener el paraíso celestial, el cual espero alcanzar con vuestra ayuda é intercesion. Amen.

Dignaos recibir, Señor, ya que sois el autor de la misma benignidad, las súplicas de todos los que se interesan con alegría por el honor de vuestra Madre, que fué la habitacion en que tomásteis carne humana, á fin de que, así como ella mediante vuestra gracia apareció al momento limpia de toda culpa, así tambien libres aquellos de pecado, puedan con vuestro auxilio daros las debidas gracias por el beneficio tan grande que concedisteis á vuestra madre. Amen.

V. Ruega por nosotros, purísima Madre de Dios,

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

**FIN**

## CARTA APOSTOLICA

de nuestro santísimo señor Pio, papa por la divina Providencia, noveno del nombre, sobre la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Madre de Dios.

**PIO OBISPO**

**SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS.**

*Para perpetua memoria.*

Dios, que es inefable, cuyas vias son la misericordia y la verdad, cuya voluntad es la omnipotencia misma, cuya sabiduría alcanza desde el uno hasta el otro extremo irresistiblemente y dispone con dulzura todas las cosas, viendo en su prescencia de toda eternidad, la ruina lamentable de todo el género humano, consecuencia de la trasgresion de Adán, y habiendo en el misterio oculto desde el origen de los siglos, decretado que por el

sacramento mas misterioso aun de la encarnacion del Verbo, completaria la obra primitiva de su bondad, a fin de que el hombre impelido en el mal por la perfidia de la iniquidad diabólica, no pereciese contra el designio de su misericordia, y que lo que debia caer en el primer Adan fuese levantado en el segundo por una felicidad mayor que este infortunio, eligió y preparó desde el principio y antes de los siglos, una Madre á su Hijo único para que de ella hecho carne naciese en la feliz plenitud de los tiempos, y le amó entre todas las criaturas con amor tal, que puso en ella sola, por una soberana predileccion, todas sus complacencias Elevándola incomparablemente por encima de todos los espíritus angélicos y de los santos toda colmóla de la copia de abundancia de los celestiales dones tomados de dentro del tesoro de la divinidad, de tan maravillosa manera, que siempre y enteramente pura de toda mancha del pecado, toda bella y toda perfecta, tenia en si la plenitud de inocencia y de santidad la mayor que concebida se pueda después de Dios y tal que, salvo Dios nadie puede comprenderla. Y ciertamente, de todo punto conveniente era que brillase ella siempre con los esplendores de la santidad mas perfecta, y que enteramente exenta de la mancha de la culpa original, alcanzase el triunfo mas

completo sobre la antigua serpiente, esta madre tan venerable á quien Dios Padre ha querido dar su hijo único, engendrado de su corazon, igual á él y á quien como á sí propio ama, y darle de suerte tal que es naturalmente uno solo mismo y comun Hijo de Dios Padre y de la Virgen, Ella á quien el Hijo mismo ha elegido para ser sustancialmente su Madre, Ella de quien el Espíritu Santo ha querido que por su operacion fuese concebido y naciese Aquel de quien él mismo procede.

Esta inocencia original de la augusta Virgen tan perfectamente en armonía con su admirable santidad y con la dignidad sublime de Madre de Dios, la Iglesia católica, que siempre enseñada por el Espíritu Santo, es la columna y el apoyo de la verdad, obrando como maestra de la doctrina divinamente recibida y contenida en el depósito de la revelacion celestial, no ha cesado jamás de explicarla, proponerla y favorecerla mas y mas cada dia por todas las vias y por todos los actos mas espléndidos. Esta doctrina, en vigor desde los tiempos mas antiguos, profundamente grabada en las almas de los fieles y propagada de una manera maravillosa en todo el universo católico por la solieitud y los esfuerzos de los sagrados pontifices, esta doctrina, la Iglesia misma la ha en efecto muy claramente enseñado cuando no ha titu-

beado en proponer la Concepcion de la Virgen á la veneracion y al culto público de los fieles. Por este acto solemne Ella la ha presentado para ser honrada como extraordinaria, admirable, plenamente diferente de los principios del resto de los hombres y enteramente santa, pues la Iglesia no celebra con dias de fiesta sino lo que es santo. Y es por lo qual ella acostumbra á emplear ora en los officios eclesiásticos, ora en la liturgia sagrada los terminos mismos de las divinas Escrituras hablando de la Sabiduria increada y representando sus orígenes eternos y á hacer su aplicacion á los principios de esta Virgen, que por un solo y mismo decreto, fueron determinados con la encarnacion de la Sabiduria divina.

Todas estas cosas conocidas por todas partes de los fieles, muestran suficientemente con qué cuidado la iglesia romana, madre y maestra de todas las iglesias, se ha aplicado á propagar esta doctrina de la Inmaculada Concepcion de la Virgen; mas esta Iglesia, centro de la verdad y de la unidad católica en la qual sola la religion ha sido inviolablemente guardada y de la qual es necesario que todas las otras iglesias tomen la tradicion de la fe, tiene una dignidad y una autoridad tales que conviene recordar en detalle sus actos. Jamás tuvo empeño mayor que sostener, proteger, promover y defender por las vias mas notables la Inmacula-

da Concepcion de la Virgen, su culto y su doctrina. Esto es lo que atestiguan y proclaman tantos actos solemnes de los pontífices romanos Nuestros predecesores, á quienes, en la persona del príncipe de los apóstoles, nuestro Señor Jesucristo ha divinamente confiado él mismo el cargo y el poder supremo de apacentar los corderos y las ovejas, de confirmar á sus hermanos, de regir y gobernar la iglesia universal.

Nuestros predecesores, en efecto, se gloriaron de instituir en la iglesia romana, en virtud de su autoridad apostólica, la fiesta de la Concepcion con un officio y una misa propios, en que la prerogativa de la exencion de la mançilla hereditaria era confirmada de la manera mas clara y manifiesta. Se dedicaron además á aumentar el esplendor de esta fiesta y á propagar por todos los medios el culto instituido, ya enriqueciéndole con indulgencias, ya autorizando las ciudades, provincias y reinos á ponerse bajo el patrocinio de la Madre de Dios, honrada bajo el título de la Inmaculada Concepcion, ya aprobando cofradías, congregaciones, comunidades religiosas instituidas en honor de la Concepcion Inmaculada, ya estimulando con sus alabanzas la piedad de los que erigian monasterios, hospitales, altares, templos bajo este título, ó que se ligaban bajo la fe del jura-

mento á defender enérgicamente la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios. Sobre todo se regocijaron de mandar que la fiesta de la Concepcion fuese celebrada en toda la Iglesia como la de la Natividad, y luego que se celebrase con octava en la iglesia universal, después que fuese puesta en la categoria de las fiestas de precepto y santamente observada por todas partes, en fin, que cada año, el dia consagrado á la Concepcion de la Virgen hubiese capilla pontifical en nuestra basilica patriarcal liberiana. Deseosos de inculcar cada dia mas profundamente en las almas de los fieles esta doctrina de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, y excitar su piedad en honrar y venerar á la Virgen concebida sin pecado, con sumo júbilo permitieron proclamar la Concepcion Inmaculada de la Virgen en las letanías lauretanas y en el prefacio mismo de la misa, como para fundar la ley de la creencia por la ley de la oracion. Por lo que hace á Nos, caminando sobre las huellas de tan crecido número de Nuestros predecesores, no solamente hemos recibido y aprobado lo que ellos tan sabia y tan piadosamente han establecido sino aun mas, acordándonos de la institucion de Sixto IV, hemos revestido de la sancion de Nuestra autoridad un oficio propio de la Inmaculada Concepcion, y con sumo consuelo de

Nuestra alma hemos otorgado su uso á la iglesia universal.

Las cosas que pertenecen al culto se ligan estrechamente y por un vínculo íntimo con el objeto mismo del culto, y no pueden mantenerse determinadas y fijas, si ese objeto permanece en un estado de ambigüedad y duda. Por lo cual, Nuestros predecesores los romanos pontífices al dedicarse asiduamente á aumentar el culto de la Concepcion, se aplicaron con solicitud á declarar é inculcar el objeto y doctrina de él. Enseñaron pues clara y abiertamente que la fiesta tenia por objeto la Concepcion de la Virgen y proscribieron, como falsa y contraria al espíritu de la Iglesia, la opinion de los que pensaban y afirmaban que no es la Concepcion sino la Santificacion lo que honra la Iglesia. No creyeron deber obrar con mas atenciones respecto de aquellos que para socabar la doctrina de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, habian imaginado una distincion entre el primero y el segundo instante de la Concepcion, diciendo que la Iglesia, en verdad, celebra la Concepcion, pero que no entiende honrarla en su primer instante ó momento. Nuestros predecesores, en efecto, miraron como deber suyo el proteger y propagar con el mayor celo, no solo la fiesta de la Concepcion de la bienaventurada Virgen sino tam-

bien la doctrina de que la Concepcion, desde el primer instante, es el verdadero objeto de este culto. De ahí estas palabras de todo punto decisivas por las cuales Nuestro predecesor, Alejandro VII declaró la verdadera intencion de la Iglesia: "Antigua y piadosa creencia de los fieles cristianos es que el alma de la bienaventurada Virgen María, desde el primer instante de su creacion y de su union al cuerpo, fué por gracia y privilegio especial de Dios, y en vista de los méritos de Jesucristo, su Hijo, redentor del género humano, preservada y exenta del pecado original, y es el sentido en que honran y celebran con solemnidad la festividad de su Concepcion."<sup>1</sup>

Nuestros predecesores se aplicaron sobre todo con celoso afán y vigilancia extrema á mantener inviolable y á cubierto de todo ataque la doctrina de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios. No solo no sufrieron jamás que esta doctrina fuese de ninguna suerte censurada y ultrajada; sino que avanzando mucho mas, proclamaron por medio de formales y reiteradas declaraciones que la doctrina en virtud de la cual Nos confesamos la Inmaculada Concepcion de la Virgen es

<sup>1</sup> Alejandro VII, Const. *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*. Diciembre 8 de 1661.

en armonía completa con el culto eclesiástico, y que esta doctrina antigua y universal, tal como la iglesia romana la entiende, defiende y propaga, es digna bajo todos respectos de ser promulgada en la Sagrada liturgia misma, y en las solemnidades de la oracion. No contentos con eso, para que esta doctrina de la Concepcion Inmaculada de la Virgen permaneciese inviolable, vedaron, bajo penas severas, sostener, ya en lo público, ya en lo privado, la doctrina contraria, queriendo aniquilar esta última con golpes repetidos que le dieron. Y porque esas declaraciones patentes y reiteradas no pareciesen vanas, revistieronlas de una sancion. Nuestro predecesor Alejandro VII, que acabamos de citar, ha recordado todas estas cosas en estos términos:

"Considerando que la santa iglesia romana celebra solemnemente la fiesta de la Concepcion de María sin mancha y siempre Virgen y que en otro tiempo habia ordenado un oficio propio sobre este misterio, segun la piadosa y devota disposicion de Nuestro predecesor Sixto IV; queriendo á nuestra vez favorecer esta loable devocion, así como la fiesta y el culto que es la expresion suya, el cual jamás ha cambiado en la iglesia romana desde que fué instituido, y deseoso, al ejemplo de los romanos pontífices Nues-

" tros predecesores, de proteger y favorecer esta  
 " piedad y devocion que consisten en honrar y  
 " celebrar á la bienaventurada Virgen como ha-  
 " biendo sido, por la accion del Espiritu Santo,  
 " preservada del pecado original; en fin, para con-  
 " servar el rebaño de Cristo en la unidad de espí-  
 " ritu y en el vínculo de la paz, para extinguir  
 " las disensiones y extirpar los escándalos; á ins-  
 " tancias y por las súplicas de los obispos infra-  
 " critos unidos á los capítulos de sus iglesias, así  
 " como á instancias y por las súplicas del rey Fe-  
 " lipe y de sus reinos, renovamos Nos las consti-  
 " tuciones y decretos que los romanos pontífices  
 " Nuestros predecesores, y especialmenre Sixto IV,  
 " Paulo V y Gregorio XV han dado en favor del  
 " sentimiento que afirma que la bienaventurada  
 " Virgen María, en su creacion y en su union con  
 " el cuerpo, ha sido proveida de la gracia del Es-  
 " piritu Santo y preservada del pecado original,  
 " y asimismo en favor de la fiesta y del culto de  
 " la Concepcion de la propia Virgen, Madre de  
 " Dios, los que le son ofrecidos, como arriba que-  
 " da dicho, en el sentido de esta doctrina, y Nos  
 " mandamos que sean guardadas dichas constitu-  
 " ciones y decretos bajo las penas y censuras allí  
 " especificadas.

" Á mas, en quanto á todos y cada uno de aque-

" llos que miran á interpretar esas constituciones  
 " y decretos de manera de disminuir el favor que  
 " de ellos resulta para la doctrina de que se trata,  
 " y para la fiesta ó el culto rendido en el sentido  
 " de esta doctrina ó que se esfuerzan por poner  
 " en discusion esta doctrina ó este culto ó por  
 " convertirle en el objeto de sus ataques, sea di-  
 " recta, sea indirectamente, aun bajo el pretexto  
 " de examinar si esta doctrina puede ser definida,  
 " de comentar ó interpretar la sagrada Escritura,  
 " ó los santos Padres, ó los Doctores; todos aque-  
 " llos, en una palabra, que tuvieren la audacia  
 " por cualquier motivo sea el que fuere y de cual-  
 " quier modo que sea, de hablar, predicar, tratar  
 " ó disputar contra ella, por escrito ó de viva voz,  
 " determinando esto ú aquello, afirmando, hacien-  
 " do valer argumentos ó dejando sin solucion los  
 " argumentos alegados, ó cualquiera que pueda  
 " ser el medio empleado en la misma mira; en  
 " quanto á todos esos, á mas de las penas y censu-  
 " ras contenidas en las Constituciones de Sixto IV,  
 " á las cuales entendemos someterlos y por las  
 " presentes los sometemos, queremos que por ese  
 " solo hecho y sin otra declaracion, sean privados  
 " de la facultad de predicar, de leer en público ó  
 " enseñar é interpretar, así como de toda voz ac-  
 " tiva ó pasiva en toda eleccion: ipso facto, pues,



“y sin otra declaracion, quedarán á perpetuidad  
 “inhabilitados de predicar, leer en público, enen-  
 “fiar é interpretar, y no podrán ser absueltos ó  
 “dispensados de estas penas sino por Nos mismo  
 “y por los sucesores de Nos; y entendemos so-  
 “meterlos asimismo á las otras penas que Nos ó  
 “los romanos pontífices Nuestros sucesores pue-  
 “dan imponerles, como Nos los sometemos á ellas  
 “por las presentes, renovando las Constituciones  
 “ó decretos arriba recordados de Paulo V y de  
 “Gregorio XV.

“En quanto á los libros en que la doctrina su-  
 “sodicha, la fiesta ó el culto rendido en el sentido  
 “de esta doctrina, se hallase puesta en duda, ó  
 “en que, de cualquiera manera, fuese escrito algo  
 “contra ella, ó que contuviesen discursos, disputas  
 “ó tratados destinados á combatirla, prohibimos  
 “todos los que han sido publicados posteriormen-  
 “te al decreto citado de Paulo V, ó que en lo fu-  
 “turo fuesen publicados, y eso bajo las penas y  
 “censuras especificadas en el índice de los libros  
 “prohibidos, y Nos mandamos y queremos que  
 “sean tenidos y considerados como expresamente  
 “prohibidos ipso facto y sin otra declaracion.”

Todo el mundo sabe con qué celo esta doctrina  
 de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Ma-  
 dre de Dios ha sido profesada, sostenida y defen-

dida por las órdenes religiosas mas ilustres, por  
 las academias de teología mas célebres y por los  
 doctores mas versados en la sagrada ciencia. To-  
 do el mundo sabe asimismo cuán celosos han sido  
 siempre los obispos y hasta en las asambleas ca-  
 tólicas, en declarar abierta y públicamente que  
 la santísima Madre de Dios, la Virgen María, por  
 los méritos del Señor y Redentor Jesucristo, no  
 ha sido nunca sometida al pecado original, sino  
 que ha sido enteramente preservada de la man-  
 cilla original y así redimida de un modo mas ad-  
 mirable. Únese á todas estas autoridades la au-  
 toridad mas grave y elevada, la del concilio de  
 Trento: al formar el decreto dogmático sobre el  
 pecado original, donde, conforme con los testimo-  
 nios de las santas Escrituras, de los santos Padres  
 y de los mas acreditados concilios, sentó y definió  
 que todos los hombres nacen amancillados con la  
 culpa original, el concilio tiene declarado solemne-  
 mente que no entraba en su intencion el compren-  
 der en este decreto y en esta generalidad de su de-  
 finicion la bienaventurada é inmaculada Virgen  
 María, Madre de Dios. Por esta declaracion, los  
 Padres de Trento han mostrado, quanto los tiem-  
 pos y las circunstancias lo hacian oportuno, que  
 la bienaventurada Virgen María ha sido exenta  
 de la mancha original, y han expresado así clara-

"y sin otra declaracion quedará..."

mente que nada, en las letras divinas, nada en la tradicion ni en la autoridad de los Padres puede ser válidamente alegado, que en manera alguna vulnere esta grande prerogativa de la Virgen.

Y nada es mas verdadero; monumentos célebres hay en la venerable antigüedad, así de la iglesia oriental como de la iglesia occidental, que prueban en efecto con evidencia que esta doctrina de la Inmaculada Concepcion de la beatísima Virgen María, que ha sido de una manera tan espléndida explicada, declarada y confirmada cada dia mas, que se ha propagado de un modo maravilloso entre todos los pueblos y todas las naciones del mundo católico, con el firme asenso de la Iglesia por su enseñanza, su celo, su ciencia y su sabiduría, ha sido siempre profesada en la Iglesia, como recibida de mano en mano de nuestros padres y revestida del carácter de doctrina revelada. Pues la iglesia de Cristo, vigilante custodio y protectora de los dogmas que le están confiados, no cambia en ellos ni disminuye ni añade nada; tratando sí con atencion escrupulosa, con fidelidad y sabiduría las cosas antiguas, si algunas hay, que la antigüedad haya diseñado y que la fe de los Padres haya indicado, se esmera en desatarlas, en ponerlas á la luz, de tal suerte que esos antiguos dogmas de la doctrina celestial adquieran la vista,

el esplendor, la limpieza, guardando siempre la plenitud, integridad y propiedad suyas y se desarrollen, pero solamente en su propia naturaleza, es decir conservando la identidad del dogma, del sentido, de la doctrina.

Los padres y los escritores de la Iglesia, instruidos por los oráculos celestiales, nada han anhelado mas en los libros que han compuesto para explicar las Escrituras, para defender los dogmas, para doctrinar á los fieles que celebrar á competencia y exaltar de mil maneras admirables la soberana santidad de la Virgen, su dignidad, su integridad de toda mancha del pecado y la espléndida victoria suya sobre el cruel enemigo del linaje humano. Por lo cual, cuando refieren las palabras por las que Dios, en los principios del mundo, anunciando los remedios preparados en su misericordia para regenerar á los mortales, confundió la audacia de la serpiente seductora y despertó maravillosamente la esperanza de nuestra raza diciendo: "Yo pondré la enemistad entre tí y la mujer, ente tu raza y la suya," los Padres enseñan que por este oráculo ha sido clara y abiertamente anunciado el misericordioso Redentor del género humano, el Cristo Jesús, Hijo único de Dios, y que su bienaventurada madre la Virgen María tambien está designada en él, que la ene-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

is de  
no so-  
ni si-

deci-  
rtifi-  
atro-  
over  
eseo

El,

es  
he  
ue  
ha-

er-  
n-  
o,  
u-  
o,

be  
a

®

mistad del Hijo y de la Madre contra el demonio está igual y formalmente expresada. Por lo cual de la misma manera que Cristo mediador de Dios y de los hombres, habiendo tomado la humana naturaleza, borra el sello de la sentencia que era contra nosotros y triunfante le clava en la cruz, así mismo la santísima Virgen, unida á él por medio de un vínculo estrecho é indisoluble, con él y por él ejerciendo hostilidades eternas contra la venenosa serpiente y triunfando plenamente de este enemigo, ha quebrantado su cabeza con su planta inmaculada.

Este triunfo único y glorioso de la Virgen, su inocencia eximia, la pureza y santidad suyas, su integridad preservada de toda mancha del pecado, su inefable riqueza de todas las gracias celestes, de todas las virtudes y privilegios todos, la grandeza suya, los mismos Padres lo han visto figurado, ora en aquella arca de Noé, que establecida de orden de Dios, escapó completamente sana y salva del comun naufragio del mundo entero; ora en aquella escala que Jacob vió levantarse de la tierra al cielo, por cuyos escalones los ángeles de Dios subían y bajaban, mientras que el mismo Dios se apoyaba sobre su cúspide; ora en aquella zarza que Moisés vió ardiendo en el lugar santo, y que en medio de las llamas que

chispeaban léjos de consumirse ó de tener la dimi-  
nucion mas leve, reverdecia maravillosamente y se cuajaba de flores; ora en aquella torre inexpugnable frente á frente del enemigo á que están suspendidos mil escudos y la armadura completa de los fuertes; ora en aquel verjel cerrado que no puede violarse y donde ningun ardid puede introducir la corrupcion; ora en aquella esplendorosa ciudad de Dios que tiene sus cimientos sobre las montañas santas; ora en aquel augustísimo templo de Dios que brillante de divinos esplendores está lleno de la gloria del Señor; ora en una multitud de otros símbolos de la misma naturaleza por los cuales, segun la tradicion de los Padres, la dignidad sublime de la madre de Dios, su inocencia sin mancha y su santidad preservada de todo menoscabo, habian sido admirablemente representadas y predichas.

Para describir este mismo conjunto, ó por hablar así, esta totalidad de los dones divinos y esta integridad original de la Virgen, de quien es nacido Jesús, estos mismos Padres, sirviéndose de las palabras de los profetas, han celebrado á la augusta Virgen misma como la paloma pura, la Jerusalem santa, el trono sublime de Dios, el arca de santificacion y la casa que se ha fabricado la sabiduría eterna, como aquella reina que colmada

" y sin otra declaracion. quedarán f

18

82

de delicias y apoyada á su bienamado, salió de la boca del Altísimo toda perfecta, toda hermosa, toda querida de Dios. Y en su corazon y su espíritu considerando que la bienaventurada Virgen María ha sido en nombre de Dios y por orden suya llamada llena de gracia por el ángel Gabriel cuando le anunció su incomparable dignidad de Madre de Dios, los Padres y los escritores eclesiásticos han enseñado que por medio de esta singular y solemne salutacion, de que otro exemplar no hay, está declarado que la Madre de Dios es el asiento de todas las divinas gracias, que ella ha sido ataviada de todos los dones del Espíritu Santo, aun mas, que es como el tesoro infinito y el inagotable abismo de estos dones, de suerte que nunca le ha alcanzado la maldicion, y que participando, con su Hijo, de la bendicion eterna, ha merecido oír de la boca de Isabel, inspirada por el santo espíritu: *Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.*

Por lo mismo es el dictámen de ellos, no menos claramente expresado que unánime, que la gloriosa Virgen, en quien Aquel que es poderoso ha hecho cosas grandes, ha brillado con tal esplendor con todos los dones celestiales, con plenitud de gracia é inocencia tales, que ha sido como un milagro inefable de Dios ó mas bien el cúmulo de

todos los milagros, y en una palabra digna Madre de Dios, y que aproximada á Dios cuanto cabe en la naturaleza creada y mas que todas las criaturas, se eleva á una altura que no pueden alcanzar las alabanzas ni de los hombres ni de los ángeles. Para dar fe de este estado de inocencia y justicia en que la Madre de Dios ha sido creada, no solamente la han comparado frecuentemente con Eva, virgen, inocente y pura, antes de caer en las emboscadas mortales de la astuta sierpe, sino que la han puesto en línea mas alta que ella, hallando mil maneras admirables de expresar esta superioridad. Eva, en efecto, obedeciendo miserablemente á la serpiente, perdió la inocencia original y se hizo su esclava; mas la bienaventurada Virgen, aumentando sin cesar sus dones de origen, léjos de dar jamás oído á la serpiente, destruyó enteramente, por la divina virtud que habia recibido, su fuerza y poder.

Por lo cual jamás han cesado ellos de llamar á la Madre de Dios, azucena entre las espinas, tierra enteramente intacta, virginal, sin mancha, inmaculada, siempre bendita y libre de todo contagio del pecado, de que ha sido formado el nuevo Adán, paraíso todo brillante, todo grato, todo perfecto de inocencia, inmortalidad y delicias, fundado por Dios mismo y defendido contra todas las

emboscadas de la venenosa sierpe; leño incorruptible que el gusano del pecado jamás ha roído; fuente siempre clara, sellada por la virtud del Espíritu Santo; templo divino; tesoro de inmortalidad, sola y única hija no de la muerte sino de la vida; vástago de gracia y no de ira, que por una especial providencia de Dios, elevándose lozana de una raíz infecta y corrupta, ha florecido siempre fuera de la órbita de lo establecido y comun. Y como si estas cosas, á pesar de su esplendor, no fuesen suficientes, han declarado ellos, con palabras expresas y precisas que cuando se trata del pecado, no puede de modo ninguno referirse á la santa Virgen María, á quien ha sido dada una superabundancia de gracias para vencerle enteramente. Han profesado que la gloriosísima Virgen ha sido la reparadora de su raza y un venero de vida para el humano linaje; que estaba elegida antes de los siglos; que el Omnipotente se la tenia preparada; que Dios la tenia predicha cuando dijo á la serpiente: "Yo pondré enemistades entre tí y la mujer;" y que ella es, sin poner duda alguna, la que ha quebrantado la venenosa cabeza de esa misma serpiente. Por lo cual han afirmado que esta bienaventurada Virgen habia sido, por gracia, exenta de toda mancha del pecado y pura de todo contagio, así del cuerpo como del alma y de la inteligencia; que siempre en comunicacion con

Dios y unida á Él por medio de una alianza eterna, no ha sido nunca en las tinieblas sino siempre en la luz, y que por eso es, por la gracia original que era en ella, y no por el estado de su cuerpo, por lo que ha sido una morada digna de Cristo.

Á todo lo que acabamos de decir es menester agregar las magníficas palabras por las que hablando de la concepcion de la Virgen, los Padres han rendido este testimonio de que la naturaleza, confesándose vencida por la gracia, se habia detenido trémula y en la impotencia de seguir su marcha; pues debia hacerse que la vírgen Madre de Dios no fuese concebida de Ana sino después que hubiese fructificado la gracia; esta concepcion, en efecto, era la de la mujer primogénita de quien debia ser concebido el primogénito de todas las creaciones. Han declarado que la carne de la Virgen tomada de Adan no habia recibido las mancillas de Adan, que así la bienaventurada Virgen ha sido templo creado por Dios mismo, formado por el Espíritu Santo, enriquecido realmente de púrpura y de cuanto el oro modelado por este nuevo Beselel puede dar de brillo, que es necesario con justo título honrarla como la obra maestra propia de la divinidad, como sustraída á los dardos inflamados del espíritu maligno, como una naturaleza de todo punto hermosa y sin mancha alguna, der-

ramando sobre el mundo, en el momento de su concepcion immaculada, todos los fulgores de una brillante aurora. No convenia, en efecto, que ese vaso de eleccion fuese empañado con las manchas ordinarias, pues demasiado diferente de todos los demás, venido ha de la naturaleza y no de la culpa; aun mas, era de todo punto conveniente que así como el Hijo único ha tenido por Padre en los cielos á aquel que los serafines proclaman tres veces santo, tuviese tambien en la tierra una Madre que jamás hubiese sido privada del esplendor de la santidad. Y esta doctrina habia tomado tantas creces en los entendimientos y pensamientos de nuestro padres, que habia hecho adoptar entre ellos este lenguaje particularísimo y tan asombroso, por el cual acostumbraban á llamar á la Madre de Dios: immaculada, é immaculada bajo todos aspectos,—inocente y la inocencia misma,—íntegra y de una integridad perfecta,—santa y exenta de toda mancha de pecado, purísima, castísima, la norma misma de la pureza y de la inocencia,—mas hermosa que la hermosura, de una gracia superior á toda especie de hechizo,—mas santa que la santidad, la sola santa,—purísima de alma y cuerpo, Virgen que ha superado toda castidad y toda virginidad,—la sola que haya sido hecha toda entera el tabernáculo de todas las gracias del Espíritu Santo,—

Aquella que inferior á solo Dios es superior á todas las criaturas, que por naturaleza es más hermosa, más perfecta, mas santa que los querubines y los serafines, que todo el ejército de los ángeles, y de quien ni en la tierra ni en los cielos ninguna lengua puede dignamente celebrar las alabanzas. Este lenguaje, nadie lo ignora, ha pasado muy naturalmente á los monumentos de la santa liturgia y á los oficios eclesiásticos; hállasele allí por dondequiera, y reina y domina en ellos: la Madre de Dios se encuentra en ellos invocada y alabada como la sola paloma de hermosura, exenta de corrupcion; como la rosa siempre en la lozania de su flor, como entera y perfectamente pura, siempre immaculada y feliz siempre, y es celebrada en ellos como la inocencia que no ha tenido menoscabo, como otra Eva que ha engendrado Emanuel.

No hay pues de qué admirarse si esta doctrina de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Madre de Dios, consignada en las divinas Escrituras, á juicio de los Padres, que la han trasmitido por sus testimonios tan expresos y numerosos, doctrina que expresan y ensalzan tantos monumentos ilustres de la venerable antigüedad y que la Iglesia ha propuesto y confirmado por medio del juicio mas grave, no hay de qué admirarse si esta doctrina ha

excitado tanta piedad, sentimientos religiosos y amor tanto entre los pastores mismos de la Iglesia y entre los pueblos fieles, que se han gloriado de profesarla de una manera cada dia mas espléndida, y que nada les es mas grato y mas caro que el honrar, venerar, invocar y celebrar por todas partes, con devocion ardiente, á la Madre de Dios concebida sin mancha original. Así, desde los antiguos tiempos, los Pontífices, los miembros del clero, las órdenes religiosas, los emperadores mismos y los reyes han pedido con instancia á esta silla apostólica que defina la Inmaculada Concepcion de la santísima Madre de Dios como dogma de la fe católica. Estas peticiones han sido renovadas en nuestros dias; han sido dirigidas sobre todo á nuestro predecesor Gregorio XVI, de feliz memoria, y á nos mismo, ora por los obispos, ora por el clero secular, ora por las órdenes religiosas, por los soberanos y los pueblos fieles.

Asimismo, conociendo perfectamente todas estas cosas, hallando en ellas por Nos mismo los motivos del mayor júbilo y haciéndolas el objeto de un serio exámen, apenas fuimos, á pesar de Nuestra indignidad, traído, por los designios misteriosos de la divina Providencia, á esta cátedra sublime de Pedro, para empuñar el gobernalle de toda la Iglesia, cuando en el sentimiento de veneracion, de

piedad, y amor de que desde Nuestra infancia fuimos penetrado hácia la santísima Virgen, Madre de Dios, hemos apreciado infinitamente todo lo que aun podia desear la Iglesia para mas honrar á la bienaventurada Virgen y dar un nuevo lustre á sus prerogativas. Empero, queriendo llevar en eso toda la madurez posible, constituimos una congregacion particular formada de varios de Nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa iglesia romana, distinguidos por su piedad, la ciencia y prudencia suyas en las cosas divinas; elegimos además, así entre el clero secular como entre el clero regular, hombres profundamente versados en ciencias teológicas, á fin de que todo lo que concierne á la Inmaculada Concepcion de la Virgen fuese examinado por ellos con el mayor cuidado y nos expusiesen su propio sentir. Y aunque el recibo de las demandas que Nos habian sido dirigidas de definir en fin la Inmaculada Concepcion de la Virgen Nos patentizase cuál era en este punto el sentir de la mayor parte de los pastores de la Iglesia, enviamos á todos nuestros venerables hermanos los obispos del mundo católico, una carta encíclica dada en Gaeta el 2 de febrero 1849, para pedirles que dirigiesen á Dios sus oraciones y Nos hiciesen después saber por escrito cuál era la piedad y devocion de sus fieles respec-

to de la Concepcion Inmaculada de la Madre de Dios, y sobre todo lo que pensaban ellos mismos de la definicion que se trataba de hacer, cuál era sobre este punto su deseo, á fin de pronunciar Nuestro juicio supremo con toda la posible solemnidad.

No ha sido sin duda un débil consuelo para Nos cuando nos han llegado las respuestas de Nuestros venerables hermanos. Empleando en escribirnos la solicitud de una alegría y de una dicha inexplicable, no solamente Nos han confirmado de nuevo sus piadosos sentimientos y el pensamiento que los animan á ellos particularmente y á su clero y al pueblo fiel respecto de la Concepcion Inmaculada de la bienaventurada Virgen, sino aun han solicitado de Nos por medio de un voto comun que la Inmaculada Concepcion de la Virgen fuese definida por el juicio supremo de Nuestra autoridad. No menos alegría sentimos cuando Nuestros venerables hermanos los cardenales de la S. E. R. que componian la congregacion especial de que tenemos hablado y los teólogos consultores elegidos por Nos, después de haber examinado maduramente todas las cosas, Nos pidieron con el mismo celo y la propia solicitud esta definicion de la Concepcion Inmaculada de la Madre de Dios.

Siguiendo las huellas gloriosas de Nuestros pre-

decesores y deseando proceder conforme á las reglas establecidas, hemos después convocado y tenido un consistorio, en que después de haber hablado á Nuestros venerables hermanos los cardenales de la santa iglesia romana, hemos tenido el supremo júbilo de oirlos pedirnos que nos sirviésemos emitir una definicion dogmática acerca de la Inmaculada Concepcion de la Virgen Madre de Dios.

Llenos de confianza en Dios y persuadidos de que el momento oportuno era llegado de definir la Inmaculada Concepcion de la santísima Virgen Madre de Dios, que atestiguan é iluminan maravillosamente los oráculos divinos, la venerable tradicion, el sentir permanente de la Iglesia, el acuerdo admirable de los pastores católicos y de los fieles, los actos insignes y las constituciones de Nuestros predecesores; después de examinado todo con el mayor cuidado y ofrecido á Dios preces asiduas y fervientes, Nos ha parecido que no debiamos diferir mas el sancionar y definir por Nuestro juicio supremo la Inmaculada Concepcion de la Virgen y el satisfacer asi los piadosísimos deseos del mundo católico y Nuestra propia devocion hácia la santísima Virgen á efecto de honorificar mas y mas en Ella á su hijo único nuestro Señor Jesucristo, pues que cuanta honra y alabanza se tributa á la Madre redunda en gloria del Hijo.



Por lo cual, no habiendo cesado jamás de ofrecer, en la humildad y el ayuno, nuestras preces particulares y las preces públicas de la Iglesia, á Dios Padre por su Hijo para que fuese dignado dirigir y fortificar nuestra alma por medio de la virtud del Espíritu Santo, después de haber implorado de nuevo la asistencia de toda la corte celestial y llamado con Nuestros gemidos al Espíritu consolador, procediendo hoy bajo su inspiracion para honra de la santa é indivisible Trinidad, para glorificacion de la Virgen Madre de Dios, para la exaltacion de la fe católica y para el aumento de la religion cristiana, por la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y por la Nuestra, declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina segun la cual la bienaventurada Virgen María, fué desde el primer instante de su concepcion, por una gracia y un privilegio especial de Dios omnipotente, en vista de los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, preservada y exenta de toda mancha de la culpa original, es revelada de Dios y por tanto debe ser creida firme y constantemente por todos los fieles. Si pues algunos, lo que Dios no quiera, tuviesen la presuncion de pensar en su corazon de otra suerte de como por Nos ha sido definido, tengan entendido y sabida

que condenados por su propio juicio han naufragado fuera de la fe y se han apartado de la unidad de la Iglesia; y á mas, que si por la palabra ó por lo escrito ó por cualquiera otra via exterior, osasen expresar esos sentimientos de su corazon, incurririan ipso facto en las penas de derecho.

¡Nuestros labios se abren en el júbilo, y en la alegría habla nuestra lengua! Rendimos y jamás cesaremos de rendir las mas humildes y servientes acciones de gracias á Cristo Jesús nuestro Señor, quien á pesar de nuestra indignidad nos ha hecho el singular favor de ofrecer y de ordenar este honor, esta gloria y esta alabanza á su santísima Madre. Y descansamos con una confianza entera y absoluta en la certeza de Nuestras esperanzas: la bienaventurada Virgen que toda hermosa é inmaculada ha quebrantado la cabeza venenosa de la cruel serpiente y ha traído la salvacion al mundo; que es la alabanza de los profetas y de los apóstoles, la honra de los mártires, el júbilo y la corona de todos los santos; que, refugio seguro y auxiliadora invencible de todo el que está en peligro, mediadora y conciliadora omnipotente de la tierra para con su Hijo único, gloria, esplendor y salvaguardia de la santa Iglesia, ha destruido siempre todas las herejías; que ha extirpado las mayores calamidades y los males de toda especie

de los pueblos fieles y las naciones y que nos ha librado á nosotros mismos de los peligros sin cuento de que estábamos acometidos, la bienaventurada Virgen hará por su poderoso patrocinio que removidos todos los obstáculos, vencidos todos los errores, la santa iglesia católica, nuestra madre, se fortifique y florezca cada dia mas entre todos los pueblos y en todas las regiones, que reine de uno á otro mar, de las riberas del rio á los extremos de la tierra, que disfrute plenamente de la paz, de la tranquilidad, de la libertad, para que los reos alcancen el perdon, los enfermos el remedio, fuerza de alma los débiles, consuelo los afligidos, y auxilio los que están en peligro; á fin de que todos los que yerran, viendo disiparse las tinieblas de su entendimiento, vuelvan al sendero de la verdad y de la justicia y no haya mas de un rebaño y un pastor.

Oigan nuestras palabras todos Nuestros amados hijos de la iglesia católica; perseveren, y con un ardor aun mas vivo de piedad, de religion y amor, honrando, invocando y orando á la bienaventurada Virgen María Madre de Dios, concebida sin mancha original, y acudan con entera confianza á esta dulce Madre de gracia y de misericordia en todos los peligros, las angustias, necesidades, temores y tribulaciones suyos. Nada hay que temer; jamás

hay motivos de desesperar cuando se camina bajo la conducta, los auspicios, el patrocinio y la proteccion de Aquella que teniendo para nosotros un corazon de madre, y encomendándose del negocio de nuestra salvacion, extiende su solicitud á todo el género humano. Establecida por el Señor Reina del cielo y de la tierra, exaltada sobre todos los coros de los ángeles y todos los órdenes de los santos, sentada á la diestra de su Hijo único nuestro Señor Jesucristo, sus súplicas maternales tienen una fuerza omnipotente; lo que quiere ella, lo alcanza; no puede pedir en vano.

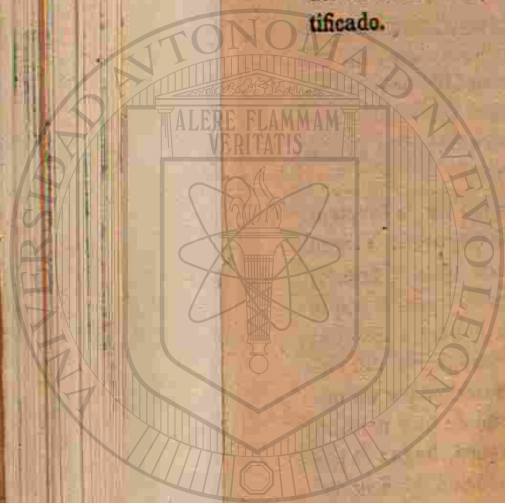
En fin, para que esta definicion de la Inmaculada Concepcion de la bienaventurada Virgen María llegue al conocimiento de toda la Iglesia, hemos querido publicar esta carta apostólica que conservará perpetuamente la memoria de ella; mandando que las copias ó ejemplares, aun impresos, de esta carta, estando suscritos por un notario público ó provistos del sello de una persona constituida en dignidad eclesiástica, hagan fe para todos, como si fuese producido el original mismo.

No sea pues lícito á ningun hombre infringir este texto de nuestra declaracion, decision y definicion ó por una audacia temeraria contradecirle y á él oponerse. Si hay quien no teme cometer ese

atentado, sepa que incurrirá en la indignación de Dios omnipotente y de sus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

Dado en Roma, en San Pedro, el año de la encarnación de Nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y cuatro, el seis de los idus de diciembre del año MDCCLIV, el noveno año de Nuestro pontificado.

PIO IX, PAPA.



## BREVE CATECISMO

DE LA

### Concepcion Inmaculada de María,

sacado del Eserutinio Teológico,  
que sobre el sentir de la Iglesia Católica,  
y del angélico Doctor  
Santo Tomás, hizo sobre tan  
sublime misterio, el Ilmo. Sr. Dr. y Maestro  
D. José M. de Jesus Diez de Sollano  
y Dávalos, dignísimo primer  
Obispo de Leon.

Por el Presb.

Nazario Bautista

CURA DE S. LUIS DE LA PAZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON.-1885.

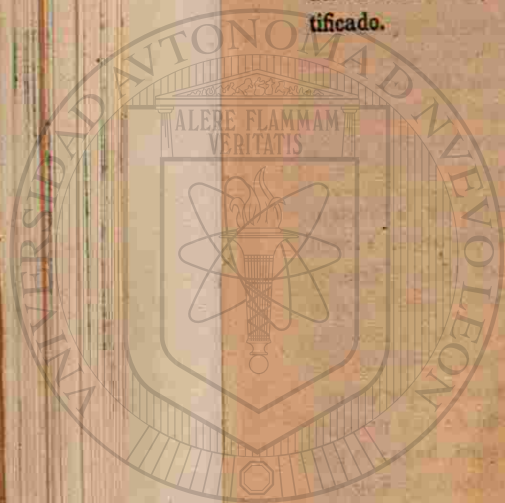
IMPRENTA DE JESUS VILLALPANDO,

*Escuela de Artes.*

atentado, sepa que incurrirá en la indignación de Dios omnipotente y de sus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

Dado en Roma, en San Pedro, el año de la encarnación de Nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y cuatro, el seis de los idus de diciembre del año MDCCLIV, el noveno año de Nuestro pontificado.

PIO IX, PAPA.



## BREVE CATECISMO

DE LA

### Concepcion Inmaculada de María,

sacado del Eserutinio Teológico,  
que sobre el sentir de la Iglesia Católica,  
y del angélico Doctor  
Santo Tomás, hizo sobre tan  
sublime misterio, el Ilmo. Sr. Dr. y Maestro  
D. José M. de Jesus Diez de Sollano  
y Dávalos, dignísimo primer  
Obispo de Leon.

Por el Presb.

Nazario Bautista

CURA DE S. LUIS DE LA PAZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON.-1885.

IMPRENTA DE JESUS VILLALPANDO,

*Escuela de Artes.*

Es propiedad del autor, y no se puede  
reimprimir sin su permiso.

ILMO. SEÑOR.

Nuevamente he leído con alguna mayor atención, la sapientísima "Theológica disquisitio" que el Ilmo. Señor Sollano difunto, formó sobre el sentir de la Santa Iglesia y del Angélico Doctor Santo Tomás, acerca del sublime misterio de la Concepcion Inmaculada de María.

De su lectura resultó en mí el pensamiento y deseo de formar un breve catecismo, que es el que acompaño; pero que en verdad nada es, en comparacion de la materia tan sublime y elevada de que se ocupa; y sí muy á propósito, para descubrir mi impotencia é incapacidad.

Dos ideas, pues, Ilmo. Señor, me han hecho ponerme en evidencia, ante la notoria ilustracion de V. S. I., que de alguna manera podrán disculpar mi atrevimiento. Una de ellas es, el silencio que en testimonio de su fé, y de sus creencias católicas, guarda un sin número de personas, atacadas por los protestantes y multitud de perversos, que no vacilan vomitar gravísimos insultos contra las glorias y prerogativas de María, y muy especialmente, contra su sér inmaculado, por no tener algo á la mano, con que combatir tan grave desacato.

La otra es, perpetuar por este medio en la memoria de muchas personas, que el Ilmo. Señor Sollano, tocó tan dignamente, en los últimos dias de su vida, la piedra fundamental de las glorias y excelencias de la Santísima Virgen María, que era el objeto de su amor y de todas sus delicias.

La superior aprobacion de V. S. I., si así fuere conveniente, para que este pequeño trabajo vea la luz pública; será para mí, de la mayor satisfaccion; porque veré que tendrá ser mi pequenísimo contingente en el campo dilatado de nuestras creencias católicas, y como una oportunidad de consagrar este pequeño tributo de gratitud á la memoria imperecedera de mi esclarecido bienhechor, el Ilmo. Sr. Sollano.

cado.

Dios nuestro Señor, se digne conservar por muchos años la muy estimada vida de V. S. I.—Curato de San Luis de la Paz, Julio 12 de 1885.—Ilmo. Señor.—*Nazario Bautista.*

Leon, Julio 18 de 1885.—Pase á la censura del Sr. Presb. D. Ponciano Perez. Así el Sr. Gobernador de esta Sagrada Mitra lo decretó y firmó.—M. f. *Dr. Zúñiga.*—*Jesus M. Aguirre, Srio.*

SR. GOBERNADOR:

En cumplimiento del precedente decreto, teniendo en mis manos y repasando las bellísimas páginas del bellísimo, sutilísimo y profundísimo Opúsculo á que se refiere la anterior *Solicitud*, he examinado con la atención que me ha sido posible el "Breve Catecismo de la Concepcion Inmaculada de María" escrito por el Sr. Presb. D. Nazario Bautista; y, á pesar de que ciertos puntos sublimes de la Teología, no pueden ser formulados por el lenguaje vulgar sin peligro para el dogma, he visto con satisfacción que no hay en él alguna proposición ó frase opuesta á la pureza de la fé ó santidad de la moral; por lo que juzgo, salvo el juicio superior de V. S., que no hay inconveniente para que se dé la licencia que para su publicacion solicita el ilustrado y piadoso autor.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Leon, Julio 28 de 1885.—*Ponciano Perez.*

Leon, Agosto 4 de 1885.—Concedemos Nuestra licencia para que se imprima el cuadernito de que se habla en la *solicitud* que antecede, con calidad de que no vea la luz pública sin que primero sea cotejado el impreso con el original por el Sr. Presb. D. Ponciano Perez á quien nombramos censor del citado cuaderno. Lo decretó y firmó el Ilmo. Sr. Obispo.—M. f. El Obispo.—*Francisco de Sales Ginori, Pro-Srio.*

P. ¿Qué festividad celebra anualmente la Sta. Iglesia católica el día ocho de Diciembre?

R. La Concepcion Inmaculada de María.

P. ¿Cuál es la doctrina de la Santa Iglesia acerca de tan sublime misterio?

R. "Que el alma de la Sma. Virgen María, en el primer instante de su creacion é infusion en el cuerpo, fué preservada de la mancha de la culpa original, por gracia especial y privilegio de Dios, en vista de los méritos de Jesucristo su Hijo, Redentor del género humano."

P. ¿Cómo se sostiene hoy, esta doctrina de la Santa Iglesia?

R. No como una creencia piadosa, sino como uno de los dogmas de nuestra fé.

P. ¿Podremos pensar en las razones que sostienen tan sublime verdad?

R. Sí, teniendo siempre á la vista que es uno de los dogmas de nuestra fé.

P. ¿El cuerpo de la Sma. Virgen María se formó en un instante, y en ese mismo instante se crió y se le infundió el alma por Dios?

R. No, porque esto tuvo lugar solo en Jesucristo Señor Nuestro, por virtud y gracia del Espíritu Santo; mas en la Sma. Virgen María, hubo espacio de tiempo en la formacion de su cuerpo y la creacion é infusion de su alma.

P. ¿Cuál de los dos es sujeto de disposicion para contraer la culpa original; el cuerpo que se forma primero, ó el alma que despues se cria é infunde por Dios?

R. El cuerpo, porque este se forma por la transmision de la carne humana manchada por el pecado.

P. ¿Y el alma es tambien capaz de contraer la culpa original?

R. Sí lo es, no porque esté manchada en su naturaleza, sino porque ha de unirse á un cuerpo ya manchado.

P. ¿Se podrá libertar alguna alma de la culpa original, cuando Dios la cria para unirla al cuerpo?

R. Segun la ley comun, ninguna.

P. ¿Cómo se verificó entónces esta excepcion en el alma de la Sma. Virgen María?

R. Porque en el mismo instante en que Dios la crió, la llenó de su gracia y la infundió en el cuerpo.

P. ¿Esta gracia que recibió el alma de María en el primer instante de su creacion é infusion en el cuerpo, que nombre tiene?

R. Preservativa de la culpa original, y *redentiva*.

P. ¿Por qué se llama gracia preservativa?

R. Porque sin ella, el alma de María, en el instante de unirse al cuerpo, habria contraido la culpa original por mancha de la generacion.

P. ¿Por qué se llama gracia redentiva?

R. Porque por ella, el alma de María fué redimida de un modo superior á los demás hombres.

P. ¿Todos los hombres son con verdad redimidos, porque nacen hijos de ira por el pecado original; pero el alma de María que no lo tuvo y cómo fué entónces redimida?

R. Porque una cosa es la necesidad de incurrir en culpa original, y otra, que de hecho se incurra en ella.

P. El alma de María por la gracia no incurrió de hecho en culpa original ¿pero habia la necesidad de incurrir en ella?

R. Sin duda alguna.

P. ¿De dónde resulta la necesidad de contraer la culpa original?

R. Del cuerpo mismo, manchado por la generacion comun en todos los hombres.

P. ¿Fué suficiente al alma de María la necesidad de incurrir en culpa original para ser por la gracia verdaderamente redimida?

R. Sí, fué bastante sola esa necesidad.

P. ¿De qué manera, y por qué razones?

R. Porque la redencion es de dos modos: uno, que libra de la culpa despues de cometida, y otro, que preserva de cometerla.

P. ¿Cuál de estos dos modos de redencion tuvo lugar en el alma de María?

R. Solo el segundo, de preservacion de culpa original.

P. ¿Quién defiende esta doctrina?

R. San Agustin que dice: "á tu gracia debo el perdon de las culpas en que incurri, y á tu misma gracia debo el perdon de aquellas culpas que no cometí."

P. ¿Quién otro está por esta misma verdad?

R. Santo Tomás cuando expone: que librarse del mal, ó ser absuelto del peligro de incurrir en el mal, solo conviene al que se precipitó ó está en peligro de precipitarse en el pecado.

P. ¿Basta solo estar necesariamente expuesto á caer en el pecado, para ser alguno capaz de una verdadera redencion?

R. Si basta, y así fué como se verificó por la gracia en el alma Purísima de María una verdadera redencion.

P. ¿En virtud de quién se concedió al alma de María tanta justicia y santidad?

R. En virtud de los méritos anticipados de Je-

su Cristo Señor Nuestro y aplicación que se hizo por Dios, de su pasión y de su muerte.

P. ¿De dónde le vino á la Sma. Virgen María tanto privilegio y gracia?

R. De que estaba destinada para ser, como es, verdadera Madre de Dios.

P. ¿Por qué la Sma. Virgen María, es verdadera Madre de Dios?

R. Porque es Madre de Jesucristo Señor Ntro. que es el Hijo eterno de Dios.

P. ¿Por qué la Sma. Virgen María es Madre de Jesucristo Señor Ntro?

R. Porque de la carne y sangre de la Sma. Virgen María se formó, por virtud del Espíritu Santo, el cuerpo adorable de Jesucristo, y como este mismo cuerpo lo ofreció á su padre para redimir á todos los hombres; por eso la Sma. Virgen María quedó comprendida de un modo excelentísimo, en la redención de todos los mortales.

P. ¿Podremos decir que Ntro. Señor Jesucristo y la Sma. Virgen María tuvieron carne humana descendiente de Adán?

R. Con distinción. Jesucristo tomó carne humana descendiente de Adán en el seno purísimo de María, por virtud y gracia del Espíritu Santo; y la Sma. Virgen tuvo carne humana descendiente de Adán, por la generación común á todos los hombres.

P. ¿Es pues la Sma. Virgen María verdadera hija de Adán?

R. Sí, según la carne; pero su alma fué libre de culpa original por gracia y privilegio singular de Dios.

## ¡MAYO PARA TODOS!

¿Queréis saber cómo podemos dedicarnos todos al bello ejercicio del *Mes de María*?

Pues oídlo, que para todos hay flores del alma que recoger y ofrecer á María en este bendito mes.

*Hay el Mes de María de las personas ocupadas.* A no pocos oiréis decir que no celebran las flores de Mayo porque no tienen tiempo para eso, no se lo consienten mil ocupaciones.... Ilusión de la pereza ó excusa de la desgana, y nada más. ¡Si no es cuestión de tiempo, sino de voluntad! Con dirigir breve súplica á María al levantarse por la mañana; con ofrecer á gloria suya cuanto en el día se haga; con guardar algún mayor cuidado en evitar las faltas habituales; con entremezclarle tal cual pensamiento piadoso á la cotidiana labor; con rezar al concluir el día los diezces del santo Rosario á esta intención, ¡cuán hermoso Mes de María no se puede practicar! ¡Cuán grato á la divina Señora! Ni cinco minutos de más habremos gastado al fin del mes en haber hecho esto en todos los días de él; y desde la fábrica lo podemos hacer, desde la tienda, desde el escritorio, viajando, en todas partes.

*El Mes de María de los afligidos.* ¡Qué oloroso jardín de flores es la tribulación cristianamente sufrida, para ofrecerle de ellas preciado ramillete á la Reina de los cielos! No hay terreno que más bellas las produzca que el que ara y cava por su propia mano el Señor



con el hierro de las aflicciones y fecundiza con el rocío de nuestras lágrimas. Espinas le parecen al desconsolado mortal sus penas vistas desde aquí; pero se engaña en eso; son las más hermosas flores vistas desde el cielo. Abrazar, pues, con más ardor la cruz; repetir los actos y protestas de conformidad al querer divino; callar ante el genio duro, ante la sinrazon, ante la lengua maldiciente ó envidiosa, ante la persecucion injusta, es presentar al altar de María las flores que más ella ama, las que la hicieron en vida Madre de dolores y en el cielo Reina de los Mártires.

*El Mes de María de los enfermos.* Hasta éstos, hasta los pobres enfermos pueden cosechar flores en abundancia en el lecho de su triste enfermedad. Estoy por decir que en ninguna parte pueden cogerse más olorosas. Una imágen de María (siquiera una estampa) colocada en la pared frontera de la cama; unas frecuentes miradas á esta imágen material, acompañadas de filial suspiro del alma al original viviente que está en los cielos; unos brevísimos rezos de versículos ó jaculatorias que á penas hagan mover los labios del paciente, pero que de seguro moverán á compasion las tiernas entrañas de María; todo eso, y alguna mayor paciencia en la enfermedad, algun mayor silencio en la hora del dolor, alguna mayor resolucion en tomar por Dios los medicamentos, alguna exigencia menos para con los encargados del penoso cuidado.... ¡oh, qué aprovechado Mes! ¡oh, qué florido y granado Mes!

*El Mes de María de los que no saben.* Personas hay que no conocen letras, y en su inocente sencillez se les figura no han de ser aceptas á Dios y á la Virgen sus pobres oraciones, porque no saben dirigir las en el estilo elegante y galano de los sermones y devocionarios. ¡Pobres almas, tal vez las más gratas al cielo! No se sirve á Dios con muchas letras, por más que ellas sean en sí muy buenas, sino con mucho amor. No las frases solamente elocuentes penetran las nubes, sino las que lanza encendidas en su fragua la fervorosa devocion. No envidieis tanto á los que saben; bueno es saber, pero es esto mayor responsabilidad. El Rosario, por ejemplo, devotamente practicado, os basta para hablar y regalarnos con Dios. Con él hay de sobra para el Mes de María. ¡Qué más flores de Mayo que las rosas de este florido rosal!

*El mes de María más económico de todos.* A quien todo esto pareciere todavía demasiado, voy á proponerle una forma de Mes de María, extraña, inverosímil, económica sobre toda ponderacion. Consiste en no añadir cosa nueva á lo que durante el año se hace, ni una *Ave María* más, ni una jaculatoria más, haciendo solamente lo de siempre, lo de cada dia, lo comun y habitual. Ponerle, eso sí, una condicion que no gasta tiempo, ni cuesta dinero. Esta condicion es sacarle á eso viejo el lustre de nuevo, renovándolo bien. Rezar lo mismo, meditar lo mismo, pero con nueva exactitud, con nuevo esmero, con nueva limpieza de pajas y telarañas, que son nuestros cotidianos defectos. El pobre tan pobre, que no tiene más que un traje, saca el dia festivo el mismo que usa los días de labor; pero le quita el polvo de la semana, para siquiera con el aseo honrar la solemnidad.

dad. ¿Otra cosa no podeis hacer? Haced sencillamente esto, y la Virgen os lo agradecerá. ¿Puede darse cosa más fácil y más económica? Si, señor; pues aún puede darse, y lo voy á decir en conclusion.

*El Mes de María negativo.* Si, señor, se puede hacer el Mes de María aún más económicamente, no haciendo algo, sino dejando de hacer. ¡Vaya una ocurrencia! Pues, sí, señor. Muy sencillo. ¿Vais durante el año al teatro? No os alabo la costumbre, pero si no os sentís con fuerzas para dejarla, no vayais por lo menos estas semanas de Mayo, en honra de la Madre de Dios. ¿Os regalais mucho en la mesa? No pido que ayuneis como Cartujos, pero privad vuestro paladar de alguna golosina ó salsa, en honra de María. ¿Vestis con cierto lujo? Una cinta menos, un color menos alegre, un aire más modesto y más *beato* en vuestro traje, puede ser todo esto una flor de Mayo de exquisito valor. Y si lo que ahorráis del teatro, de la mesa y de la modista lo llevais á la casa del pobre, ¡ay, qué flor más linda habréis añadido á ese ramillete de piadosas economías! Ni los Angeles del cielo pueden enseñar Mes de María tan fácil.... ni de más fabulosa baratura.

Sigan discurrendo mis buenos lectores por lo que les he indicado hasta aquí, y verán luego cuántos modos muy fáciles, facilísimos, se pueden encontrar de practicar bien el Mes de María.

¡Todos, pues, á él! ¡Todos al Mes de María!

F. S. y S.

A. M. D. G.

Reimpreso por J. V. A. A.

## LA PUERTA DEL CIELO

ó

La Devoción á Nuestra Señora

## LA VIRGEN MARIA.

✠  
JHS.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

GUANAJUATO. ®

Imprenta y Papelería de Emillo López Vaal.

Plaza Mayor, núm. 4.

1890.

dad. ¿Otra cosa no podeis hacer? Haced sencillamente esto, y la Virgen os lo agradecerá. ¿Puede darse cosa más fácil y más económica? Si, señor; pues aún puede darse, y lo voy á decir en conclusion.

*El Mes de María negativo.* Si, señor, se puede hacer el Mes de María aún más económicamente, no haciendo algo, sino dejando de hacer. ¡Vaya una ocurrencia! Pues, sí, señor. Muy sencillo. ¿Vais durante el año al teatro? No os alabo la costumbre, pero si no os sentís con fuerzas para dejarla, no vayais por lo menos estas semanas de Mayo, en honra de la Madre de Dios. ¿Os regalais mucho en la mesa? No pido que ayuneis como Cartujos, pero privad vuestro paladar de alguna golosina ó salsa, en honra de María. ¿Vestis con cierto lujo? Una cinta menos, un color menos alegre, un aire más modesto y más *beato* en vuestro traje, puede ser todo esto una flor de Mayo de exquisito valor. Y si lo que ahorráis del teatro, de la mesa y de la modista lo llevais á la casa del pobre, ¡ay, qué flor más linda habréis añadido á ese ramillete de piadosas economías! Ni los Angeles del cielo pueden enseñar Mes de María tan fácil.... ni de más fabulosa baratura.

Sigan discurrendo mis buenos lectores por lo que les he indicado hasta aquí, y verán luego cuántos modos muy fáciles, facilísimos, se pueden encontrar de practicar bien el Mes de María.

¡Todos, pues, á él! ¡Todos al Mes de María!

F. S. y S.

A. M. D. G.

Reimpreso por J. V. A. A.

## LA PUERTA DEL CIELO

La Devoción á Nuestra Señora

## LA VIRGEN MARIA.

†  
JHS.

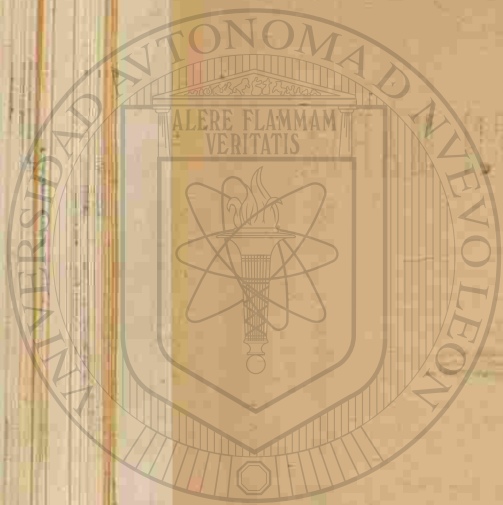
Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

GUANAJUATO. ®

Imprenta y Papelería de Emillo López Vaal.

Plaza Mayor, núm. 4.

1890.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Y GUSTAREIS

COMPENDIO

DE LAS VIRTUDES

DE NUESTRA VIRGEN

POR

San Ambrosio.



¡OH MARIA,

Mostrad que sois nuestra Madre!

LA VERDADERA FELICIDAD.

IMITADLA.

**María era**

Virgen de cuerpo y alma,  
Humilde de corazón.  
Grave en sus palabras,  
Prudente en sus consejos,  
Aplicada al trabajo,  
Circunspecta en sus conver-  
saciones,  
Amiga de la lectura piadosa.

MARIA SOBRESALIA

En fé  
En pudor,  
En piedad,  
En silencio.

MARIA NUNCA

Disgustó á sus padres,  
ni despreció á los inferiores,  
ni hizo burla de los débiles,  
ni recibió mal á los pobres.

**María tenía por regla:**

No buscar en todo sino  
á Dios,  
Vivir recogida,  
No causar molestia á nadie,  
Hacer bien á todo el mundo,  
Honrar á los mayores,  
No envidiar á los iguales,  
Huir la vanagloria,  
Amar la virtud,  
Seguir en todo la recta razón.

**María guardaba la mayor modestia**

En el andar,  
En el hablar,  
En el semblante,

En sus entretenimientos,  
En su mirar,  
En todas sus acciones.

MARIA ESTUVO DADA ENTERAMENTE Á DIOS.

Imitada, para que ella os ame.

**Devoción á Nuestra Señora.**

DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN,  
Y DE LAS  
COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

Lo primero, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Virgen Nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar después de su Hijo, ponderando en cada razón lo que puedo y debo hacer por ella.

La primera razón es porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y Santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así, es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y

MARIA SOBRESALIA

En fé  
En pudor,  
En piedad,  
En silencio.

MARIA NUNCA

Disgustó á sus padres,  
ni despreció á los inferiores,  
ni hizo burla de los débiles,  
ni recibió mal á los pobres.

**María tenía por regla:**

No buscar en todo sino  
á Dios,  
Vivir recogida,  
No causar molestia á nadie,  
Hacer bien á todo el mundo,  
Honrar á los mayores,  
No envidiar á los iguales,  
Huir la vanagloria,  
Amar la virtud,  
Seguir en todo la recta razón.

**María guardaba la mayor modestia**

En el andar,  
En el hablar,  
En el semblante,

En sus entretenimientos,  
En su mirar,  
En todas sus acciones.

MARIA ESTUVO DADA ENTERAMENTE Á DIOS.

Imitadla, para que ella os ame.

**Devoción á Nuestra Señora.**

DE LOS BIENES QUE CON ELLA NOS VIENEN,  
Y DE LAS  
COSAS EN QUE SE HA DE MOSTRAR.

Lo *primero*, se han de considerar las muchas razones que tenemos para amar y servir á la Virgen Nuestra Señora con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar después de su Hijo, ponderando en cada razón lo que puedo y debo hacer por ella.

La primera razón es porque la Santísima Trinidad ama á esta Señora más que á todos los ángeles y Santos juntos, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos; y así, es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios, y

amando más á la que por su mayor santidad merece ser más amada.

De donde sacaré varios afectos de gozo espiritual y de complacencia en los bienes de la Virgen, gozándome de que sea tan amada de Dios, y de que haya hallado gracia delante de Él: gozándome también de su santidad y de todas las virtudes que tiene, dando gracias á Dios porque se las dió, y suplicando á la misma Virgen me alcance parte de ellas, para que yo también tenga la dicha de ser amado de Dios, y halle gracia en su presencia.

La segunda razón es por ser Madre del mismo Dios, y Madre de nuestro Salvador; el cual, por el grande amor que le tiene, quiere que todos la amen y sirvan, como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se le hace; porque si dijo de los pobres: "Lo que hicisteis por uno de estos pequeñuelos, por Mí lo hicisteis", cuánto más dirá: "lo que

hicisteis en servicio de mi Madre, por Mí lo hicisteis." Luego si amo de veras á Cristo por lo mucho que le debo, tengo también de amar, no solamente á su Eterno Padre, con quien es un mismo Dios, sino también á su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor.

La tercera razón es porque es Madre nuestra, y nos ama entrañablemente, y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor; pues es propio de hijos amar á sus madres, que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el discípulo amado de Cristo, en oyéndole decir aquellas palabras que le dijo en la Cruz: *Ve ahí á tu Madre*, luego la tomó por suya, y la amó con especial amor, también yo tengo de tomarla por mía, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre.

La cuarta razón es por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan

á amarla como á suprema bienhechora mía, después de Dios. Porque, lo primero, ora continuamente por nosotros, mucho mejor que Jeremías oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo.

Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que, no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos le pidan algo, representa á Dios sus necesidades, como en las bodas de Caná de Galiléa pidió vino para los convidados, movida de sola compasión, y, como dijo San Agustín: "Como es mejor que todos los santos, así es más solícita de nuestro bien que todos ellos."

Lo tercero, es grandemente poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza, por lo cual dice San Anselmo: "que algunas veces somos oídos más presto invocando el nombre de la Virgen que invocando el nombre de su Hijo: no

porque el Hijo no sea incomparablemente más poderoso y misericordioso que su madre, sino porque como también es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene á su misericordia, dilatando el oírnos por nuestros pecados; mas la Virgen, como no es juez, sino abogada, acógese á sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca á la Divina Justicia y hace que con presteza nos socorra".

De donde saca lo que dice el mismo Santo, que la devoción cordial con la Virgen es señal de predestinación, porque con gran solícitud procura esta Señora para sus devotos, como explican los Santos, todos los medios de su predestinación, hasta que alcanzan su fin y los lleva consigo á la gloria. Además, acude al remedio de todos nuestros peligros y necesidades con tanta certeza y generosidad, que se atrevió á decir San Bernardo: "Virgen bienaventurada, cese de alabar tu mise-



ricordia quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad"; como quien dice: todos han de alabar tus misericordias, porque todos los que acuden á ti hallan remedio en sus necesidades.

Con todas estas razones bien consideradas, tengo de encender en mi alma el fuego de la devoción con la Virgen Nuestra Señora, suplicando á su Hijo me comunique este amor con su Madre, y á la misma Madre que me le alcance. ¡Oh Madre amantísima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la casa de Jacob el amado, echando raíces en los escogidos para el cielo! Con todo mi corazón deseo amaros, serviros como á Madre, é imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme en esa casa de Jacob, donde morais; echad raíces en mi corazón para que cumpla mi deseo, ocupándome con gran solicitud en vuestro servicio.

Lo *segundo*, se ha de considerar

la devoción que el Espíritu Santo ha inspirado á toda la Iglesia universal con la Virgen Nuestra Señora, señalando algunas cosas excelentes en que la muestra; las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo á la inspiración y deseo del Espíritu Santo.

Lo primero, lo muestra en adorarla y venerarla con una adoración menor que la que se da á Dios, pero mayor que se da á todos los demás Santos, y por excelencia se llama hiperdulia; y en razón de esto le atribuye algunos renombres propios de sólo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en ella. Y así vemos que la llama Madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra; llámala puerta del cielo, y pídele lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas á los culpados, dar lumbre á los ciegos, y quitar de nosotros todos los males, y mostrarnos á Je-

sús, fruto bendito de su vientre. Todo lo cual hace la Virgen, alcanzándolo de Nuestro Señor con sus oraciones; y con este afecto tengo de honrar á esta Señora, y usar las palabras de la Iglesia con el espíritu y ternura que ella las dice.

Lo segundo, muestra esta devoción, en que por divina inspiración dedica muchos y suntuosos templos á honra de la Virgen, con imágenes muy devotas, exhortando á visitarlas, confirmando Nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace por su respeto; y para este fin, también instituye Congregaciones y Religiones consagradas al servicio de la Virgen, la cual las toma debajo de su amparo, haciéndoles extraordinarios favores, así en general como en particular, á los que con especialidad se dedican á servirla sin aceptar personas; por que cualquiera que le sirve, halla gracia y favor en sus ojos, y yo le

hallaré si de veras me ofreciere á su servicio.

Lo tercero, muestra esta devoción en la frecuente memoria y recurso que tiene á ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y casi cada mes una, y en algunos dos y tres, y cada semana dedica el sábado á su honra con particular oficio y Misa; y para cada día ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y antes de comenzar el oficio mayor, siempre se dice la salutación del *Ave María*, y se acaba con alguna antífona de la Virgen, y con sonido de campana nos avisa cada día, á boca de noche, que todos la saludemos con el *Ave María*, y en algunas partes se hace tres veces: al amanecer, al mediodía y al anochecer.

Y, finalmente, aprueba y exhorta el uso del rosario en honra suya, haciendo un salterio de ciento cincuenta *Ave Marias*, que responde

al salterio de los ciento cincuenta salmos de David, con quince *Padre nuestros*, á cada diez *Ave Marias* el suyo, como quien para un poco en las quince gradas de este divino templo; y responden á los quince salmos del *Canticum graduum*, para glorificar con esta música á la que siempre subió por los grados de todas las virtudes.

Y para quien no pueda rezar tanto cada dia, también aprueba la corona de sesenta y tres *Ave Marias*, en memoria de otros tantos años como vivió en esta vida, concediendo grandes indulgencias á los que rezaren estos rosarios, para provocarnos al ejercicio de ellos, acudiendo Nuestro Señor á confirmar esta devoción con grandes milagros, por el amor que tiene á su Madre y por el que desea que todos la tengamos. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues tanto deseais que honremos á vuestra Madre Santísima, inspiradme con eficacia esta devoción, ayudándome á

ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita.

(P. LA PUENTE: *Meditaciones.*)

## JACULATORIA

A LA

## SMA. VIRGEN MARIA.

Bendita sea tu pureza,  
Y eternamente lo sea,  
Pues todo un Dios se recrea  
En tan graciosa belleza,  
A tí, celestial Princesa,  
Virgen sagrada María,  
Ofrezco desde este día  
Alma, vida y corazón:  
Mírame con compasión,  
No me dejes, Madre mia.

## Otra.

Quisiera, Virgen María,  
 Madre mia muy amada,  
 Tener mi alma abrasada  
 En vuestro amor noche y día.  
 ¡O dulce Señora mia!  
 ¿Quién tuviera tal fervor,  
 Que aventajara en ardor  
 A los Serafines todos,  
 Amándoos de cuantos modos  
 Inventó el mas puro amor?

—  
 A los jóvenes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
 ALERE FLAMMA VERITATIS  
 DIRECTORIO DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

GUIA DE LA VIDA CRISTIANA.

Mira, joven, que te aviso  
 Que á Dios sirvas y le ames,  
 Que guardes sus mandamientos  
 Y de ellos nunca te apartes.  
 Que aborrezcas el pecado,  
 El mayor mal de los males,  
 Por el cual en fuego eterno  
 Infinitas almas arden.

Es el pecado mortal  
 Una mancha tan notable,  
 Que, para borrarle, dió  
 Jesús su preciosa sangre.  
 Teme á Dios como á Señor  
 Amale como á tu padre,  
 Mira que siempre te mira  
 Y conoce tus maldades.  
 Si alguna vez le ofendieres,  
 Procura luego aplacarle,  
 Borrando en la confesión  
 Lo que contra Dios pecaste.  
 Confiesa todas tus culpas,  
 Y ningún pecado calles,  
 Porque el confesor no puede  
 Manifestarlos á nadie.  
 No te detenga el temor,  
 Ni la vergüenza te ataje,  
 Que es horrendo sacrilegio  
 Callar un pecado grave.  
 Es enojar mucho á Dios,  
 Y es desdicha lamentable,  
 Que donde tantos se salvaron,  
 Tú llegues á condenarte.  
 Si larga vida deseas,  
 Sirve y respeta á tus padres

Y procura no ofenderlos,  
 Y en lo bueno gusto darles.  
 Obedece al Sacerdote;  
 Cumple lo que te mandare,  
 Y su corrección recibe  
 Sin alterar el semblante.  
 Huye malas compañías,  
 Que tantos estragos hacen,  
 No sigas los *pecadores*,  
 Ni con ellos te *acompañes*;  
 Que quien se arrima al carbón  
 Ya ves *qué tiznado sale*;  
 Pues más manchado saldrás  
 Si á los *malos* te *arrimares*.  
 Huye el ocio que es la *puerta*  
 De los vicios detestables;  
 Y aborrece como peste  
 Todas deshonestidades.  
 Cobra afición al estudio,  
 Ocupación tan loable,  
 Que adorna el entendimiento  
 Y mejora voluntades.  
 Huye de toda mentira,  
 Porque al mentiroso nadie  
 Dá crédito á lo que dice  
 Aun cuando diga verdades.

Huye la ocasión si quieres,  
 De todo vicio apartarte;  
 Porque es la leña en que suele  
 Aqueste fuego cebarse.  
 Nunca expongas tu dinero  
 Del juego entre los azares;  
 Que á muchos el juego pierde  
 Por mas que en el juego ganen.  
 Sin necesidad no jures,  
 Que es atrevimiento grande  
 Perder el respeto á Dios,  
 Y á su nombre venerable.  
 Tén devoción á la Virgen,  
 Que es de pecadores Madre,  
 Y *Amparo* de cuantos viven  
 En aqueste triste *valle*.  
 Cada día su *Rosario*  
 Rezarás ante su imagen,  
 Y pídele que socorra  
 Todas tus necesidades.  
 Oye misa cada día,  
 Y frecuente el confesarte,  
 Que siempre se muestra sucia  
*Casa que tarde se barre*.  
 Ama siempre estos consejos  
 Tan dulces y tan amables,

Y aborrece los del mundo  
 Más venenosos que el áspid.  
 Y advierte que si los guardas  
 Tendrás á Dios de tu parte,  
 Pues te dará buena muerte,  
 Y los bienes celestiales.

## ORACION.

DEL P. ZUCCHI

### A la Santísima Virgen.

¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!  
 Yo me ofrezco todo á Vos, y para  
 probaros mi devoción, os consagro  
 en este dia mis ojos, mis oídos, mi  
 lengua, mi corazón, todo mi sér. Y  
 pues que así soy todo vuestro, oh  
 mi buena Madre, guardadme y de-  
 fendedme como cosa y propiedad  
 vuestra.

*La Santidad de Pio IX, por de-  
 creto de 5 de Agosto de 1851, conce-  
 dió 100 días de indulgencia por ca-  
 da vez que se rece por mañana y tar-  
 de esta devota oración, precedida de*

Y aborrece los del mundo  
 Más venenosos que el áspid.  
 Y advierte que si los guardas  
 Tendrás á Dios de tu parte,  
 Pues te dará buena muerte,  
 Y los bienes celestiales.

## ORACION.

DEL P. ZUCCHI

### A la Santísima Virgen.

¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!  
 Yo me ofrezco todo á Vos, y para  
 probaros mi devoción, os consagro  
 en este dia mis ojos, mis oídos, mi  
 lengua, mi corazón, todo mi sér. Y  
 pues que así soy todo vuestro, oh  
 mi buena Madre, guardadme y de-  
 fendedme como cosa y propiedad  
 vuestra.

*La Santidad de Pio IX, por de-  
 creto de 5 de Agosto de 1851, conce-  
 dió 100 días de indulgencia por ca-  
 da vez que se rece por mañana y tar-  
 de esta devota oración, precedida de*

una Ave María. *El que la rece todos los dias, ganará indulgencia plenaria una vez al mes, si, recibidos los santos Sacramentos, visita una Iglesia, y ruega por las intenciones de su Santidad. Estas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio.*

JACULATORIA PARA CUALQUIERA  
TENTACIÓN.

¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía!  
Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

*40 dias de indulgencia cada vez.  
(Pío IX, en el decreto antes citado.)*

EFICACIA PRODIGIOSA DE ESTA  
ORACIÓN.

En la vida del Padre Zucchi se refieren muchísimos casos que confirman la virtud y eficacia de esta devoción tan fácil y breve.

I. Viajando un mozo noble llegó á Roma, y oyó por dicha suya, predicar al P. Zucchi. Acabado el sermón se fué tras él, y postrándose á sus piés le declaró el mal estado de su alma. Hallábase dominado de una costumbre de pecar, y aunque deseaba mudar de vida, no tenía fuerzas para romper la pesada cadena. Dícele el Padre: *No tengas cuidado, la gracia del Señor te ayudará. Basta que te confieses siempre que vuelvas á caer en ese pecado. Si quieres, ven con migo, que yo te recibiré con los brazos abiertos.* Alentado el mozo con estas caritativas razones se volvió á confesar muchas veces con el Padre, pero sin dar muestras de convertir se, ni dejar aquel hábito; hasta que un dia le dijo el buen confesor: *Yo te quiero poner especialmente bajo la protección de María Santísima. Si tú la tomas por Señora y Madre, y la quieres honrar y servir como fiel siervo, y amar con filial ternura*



como hijo cariñoso, yo te prometo que ella te alcanzará los auxilios que necesitas para salir de la esclavitud del demonio. En prueba de que tomas á la Virgen por Señora y Madre, no exijo de tí mas, sino que le reces todas las mañanas al levantarte, y todas las noches antes de acostarte, una Ave María y esta oración: ¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! etc., y beses tres veces el suelo. Si entre dia te tienta el demonio para que vuelvas á cometer ese pecado, dí al instante: ¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

Quedó muy consolado aquel pobre pecador, viendo que tenía remedio su espiritual dolencia; ofreció ejecutar puntualmente cuanto el Padre le había aconsejado, y desde aquella misma noche empezó á cumplir su palabra. Mas debiendo partir de Roma, fué á despedirse del

Padre, y le volvió á prometer que no dejaría de rezar aquella oración y el Ave María al levantarse y al acostarse. No supo más de él el Padre, hasta que volviendo el mozo á pasar por la ciudad de Roma, fué corriendo á buscar á su Padre espiritual y se confesó con él, pero tan trocado, que el Siervo de Dios no le conocía. El Padre al referir este caso solía decir: *Me parecía estar oyendo confesar á un santo.* Admirado de tan extraña mudanza, le preguntó cómo se había obrado en él tan gran prodigio? “¡Oh Padre de mi alma, le contestó el penitente; debo mi enmienda y mi salvación á aquella breve plegaria que Vd. me enseñó, y que no he dejado de rezar ni siquiera un dia; lo mismo que la otra jaculatoria para el momento de la tentación. Yo invocaba á María Santísima por la mañana y por la noche: acudía á ella siempre que el demonio me acosaba, ó cuando se revelaba la

carne contra mí, y gracias á su poderoso amparo, no he vuelto á caer."

2. Refiriendo este suceso en un sermón el mismo Padre, se resolvió á emplear este remedio uno de los que le estaban oyendo predicar. Apartándose de su amigo, que le había arrastrado á cometer abominables crímenes, empezó á rezar todas las mañanas y todas las noches la susodicha oración, y no tardó en llegar á ser tan virtuoso como había sido criminal. A los seis meses le armó el demonio un lazo, en que le habría cogido si no hubiera sido por el auxilio de María. So pretexto de convertir á su antiguo amigo, le proponía el demonio que volviese á su casa, y reanudase su amistad. Seducido el joven inexperto con la apariencia de bien que en aquello veía, sube las escaleras, acércase á la puerta, coge el pestillo, pero en aquel instante una voz interior le dice: *No entres.* Y acordándose de la jaculatoria, y de lo

que oyó al Padre Zucchi, exclama: *¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.* Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando siente que le cojen por la mano, le sacan de aquel peligro, y le conducen á su propia casa, sin ver ni saber quién le había hecho este beneficio.

3. Fué á predicar en un pueblo el Padre Zucchi, donde vivía cierta señora, la cual tenía un hijo tierno en los años, pero encallecido en los vicios. Fuese llorando al Padre, y le dijo la pena que oprimía su maternal corazón. *Envieme Vd. á su hijo,* le respondió el Siervo de Dios. Ella fué corriendo, y se lo dijo al muchacho. Satisfecho este de que quisiera verle un hombre tan célebre, se presentó al instante, y quedó preso en las redes amorosas de aquel caritativo cazador de las almas, prometiéndole rezar todos los

días la oración á la Virgen, y la jacularia en las tentaciones. Pasado algún tiempo, volviendo el Padre al mismo pueblo, aquella buena señora se le echó á los piés llorando de alegría y le dijo: "Dios se lo pague á Vd., Padre mio; yo no sé como mostrarle mi reconocimiento. Mi hijo era un demonio, y Vd., con su oracioncita á la Virgen, le ha trocado en un santo y en un ángel del cielo."

4. Un oficial de alma noble y generosa, pero de corazón corrompido, oyó casualmente un dia al Padre Zucchi aconsejar la práctica de una devoción tan breve y tan fácil. Y dijo entre sí: "Esta oración me gustó; no parece sino que la han hecho para militares. Es cortita; toda sustancia y fervor." Movido de estas razones empezó á rezarla, y dentro de poco tiempo, con asombro suyo, se vió libre de aquella infame pasión.

Por Octubre de 1846 un sabio y

virtuoso sacerdote escribió á un ilustre Prelado del Piamonte lo siguiente: "Excelentísimo é Ilustrísimo Señor: Cinco años ha que aconsejo á todos los que acuden á mí, que recen á la Virgen una oración que encontré en las obras del célebre historiador el Padre Bártoli. No hay palabras para referir las gracias que se han conseguido por medio de tan breve y sencilla devoción, y lo bien que paga Nuestra Señora á los que constantes le tributan este pequeñísimo homenaje de filial devoción. Haga V. E. que se imprima en gran número, y se dé á los jóvenes de ambos sexos que el Señor ha confiado á su cuidado y solicitud pastoral, y V. E. verá bien presto los buenos efectos que produce. No temo quedar por embustero."

Con el tiempo se reimprimió también en Francia, y repartiéndola, es increíble el bien que produjo, y cuántos jóvenes trajo á verdadero

arrepentimiento, y á que recobrasen por intercesión de la Virgen la joya inestimable de la castidad, que hacía mucho tiempo habían perdido. Los Padres de la Compañía de Jesús, y todos los que se dedican á la educación de la juventud, pueden atestiguar de qué manera se complace todavía Nuestra Señora en bendecir esta plegaria.

Los siguientes casos, sucedidos en Francia, demuestran que la oración y jaculatoria susodichas, no han perdido un punto de su prodigiosa eficacia. Oigámoslos de boca del mismo que los presenci6:

1. Un niño de quince años que todavía conservaba la inocencia bautismal, fué puesto por sus padres en cierto colegio á donde yo iba con frecuencia. Mantúvose en tan feliz estado en aquella casa, hasta que por desgracia se juntó con uno de sus compañeros, verdadero ministro del demonio, y uno de aquellos amigos cuya pérfida

amistad es más perjudicial que el odio del infierno. Los funestos efectos se notaron muy luego, de modo que apenas le conocían sus maestros y condiscípulos. Perdida su acostumbrada alegría, se apoderó de su alma un humor melancólico. Disgustado del estudio, olvidado de sus ejercicios de piedad, y hasta de la Confesión y Comunión, que eran antes todas sus delicias, buscaba alivio en las disipaciones y pasatiempos mas peligrosos. Algunas veces, no hallando consuelo, y acosado de crueles remordimientos, deseó romper aquella infame cadena, quiso hacer algún esfuerzo; pero su indigno compañero se lo disuadió, y aquel corazón tan noble tuvo que soportar por espacio de más de dos años el yugo pesadísimo de una pasión degradante. Por último, hicieron ejercicios espirituales todos los alumnos, y en aquellos dias la gracia del Señor le dió luz y fuerza para salir de tan infeliz cautiverio.

Muchas fueron las tentaciones del enemigo, y de su misma naturaleza mal inclinada y acostumbrada al vicio; pero no fué vencido ni durante los ejercicios ni en todo el mes siguiente. ¡Pero todavía le guardaban nuevas derrotas! Confiado en sus propias fuerzas, pensó que ya no volvería á perder el tesoro que había recuperado. Fué dejando poco á poco la frecuencia de Sacramentos que entabló después de los ejercicios; no acudía como en los días pasados al Señor en las tentaciones; y bien revelaba su rostro el infeliz estado de su alma. Un día que le hallé solo en un sitio retirado, discurriendo sobre los medios de escaparse del colegio, para entregarse á á una vida licenciosa, conociendo su mal intento, procuré sosegarle, aconsejándole que todos los días al levantarse y al acostarse rezase de rodillas la oración: *¡Oh Señora mia! ¡Oh Madre mia!* añadiendo una *Ave María*, y besando

el suelo. Al oír que había remedio, y tan fácil, renació en aquel corazón abatido la esperanza. Fué á confesarse luego, y empezó desde aquella noche á practicar la devoción del Padre Zucchi, repitiendo la jaculatoria cuantas veces sentía alguna tentación. Sin embargo, como se descuidase dos ó tres veces en acudir á María, con harto sentimiento y daño suyo aprendió que solamente de su amparo podía esperar fuerza para resistir y vencer á tan porfiado enemigo. Pero permaneciendo fiel y constante en invocarla, logró completa victoria, y ya enteramente libre de aquella cadena, entró y persevera en cierta Congregación consagrada á la educación de la juventud. *¡Qué feliz era yo en otro tiempo!* me decía una vez *¡Y qué tesoro tan grande perdí!* *Ahora que lo conozco, me quiero dedicar á preservar á otros de la desgracia en que yo caí, esperando*

que el Señor me conceda otra vez aquella joya que antes poseía.

2. Había en un colegio, dice el mismo, que presencié el caso, cierto alumno de unos diez y seis años de edad, cuya modestia y jovialidad, unidas á una observancia exactísima, le recomendaban como modelo á todos sus compañeros. Sobre todo, brillaba por su virginal candor; bastaba mirarle á la cara para convencerse de que la culpa mortal no afeaba la pureza de su hermosa alma. Habiendo oído el joven predicar contra el escándalo, y declarar la responsabilidad que pesa sobre el que pervierte á otro, vino á mí deshaciéndose en lágrimas, ponderando cuánto le había asustado aquella plática; y después que procuré sosegarle, me refirió toda su vida en estos términos: Padre mio, yo, hasta la edad de once años, fui muy modesto y recatado, mientras no me había apartado del lado de mi madre, mas poco antes de venir

aquí, estando en el campo, otro de mas edad me hizo cometer un pecado, y desde aquel punto se acabó para mí toda felicidad, alegría y sosiego. Pero mi mayor desgracia fué que yo empecé á pervertir á otros de mi edad. Cuando entré en el colegio, tenía ya la costumbre de cometer graves pecados, y estaba persuadido de que no era posible enmendarme, y me avergonzaba de mí mismo. Reparaba que había entre los compañeros algunos que se distinguían por su modestia, que eran los congregantes, y yo deseaba ser como ellos. No sabiendo ellos que yo fuese tan malo, me instaban para que entrase en la Congregación. Por aquel tiempo leí una oración que empieza así: *¡Oh Señora, mia! ¡Oh Madre mia!* con la narración de algunas conversiones que por rezarla habían tenido lugar. Animado y lleno de esperanzas, empecé á practicar aquella devoción diariamente, me confesé, y creció

tanto con esto el horror al pecado, que no volví á cometer casi ninguno. Llegado el dia de mi primera Comuación, ya me encontraba del todo libre, ó si nó, entonces me convertí enteramente; pedí ser admitido en la Congregación, y lo conseguí. Pensaba muchas veces en los niños á quienes había inducido á aquellos pecados, y pedía al Señor por ellos. Mas ¡ay! ¡jamás creí que fuese tan grande el daño que les causé!—Interrumpile, preguntándole si todavía padecía algunas tentaciones.—Sí, Padre, y frecuentes y recias, y algunas veces gran tristeza, pero al instante rezo aquella jaculatoria que está en el mismo papelito de la otra oración, y después procuro distraerme, y cantar, y el demonio luego huye y me deja.—Y lo mas raro es, que no solo él se ha enmendado, sino que trata de entrar en una religión que se emplea en la educación de la juventud, para sal-

*var, dice, mas almas que las que pervirtió.*

3. Hace algunos años se hallaba en un colegio otro muchacho, también de diez y seis años, cuya habitual tristeza inspiraba á sus maestros grandes temores. No tomaba parte en los juegos de sus compañeros, ó si alguna vez por capricho empezaba á jugar con gran ahinco, luego lo dejaba, y se volvía á su triste apatía. El mirar sombrío, la risa forzada, la repugnancia á tratar con los demás, hubieran confirmado las siniestras sospechas que algunos concebían de él, si no fuera que por otra parte era bien visto de todos, y frecuentaba los santos Sacramentos. Cierta dia muy solemne, en que todos los niños comulgaron, mientras que estábamos hablando de sobreceña, de la felicidad de aquellas almas inocentes, me llaman; voy, y no conociendo porque estaba oscuro, dije: “¿Quién me busca?—Un servidor de Vd., me

dijo con voz trémula y apagada.— Bueno. ¿Qué se te ofrece á estas horas?—¡Ay, Padre mio! soy el más desgraciado del mundo!” Pensando yo que hubiese tenido alguna mala noticia, le volví á preguntar: “¿Ha sucedido alguna desgracia en tu casa? ¿Ha muerto alguno de tu familia?”—“Nó, Padre; es una cosa todavía peor.” Entonces caí en la cuenta, reapareciendo en mi fantasía todos los temores y sospechas que había procurado desvanecer. Me lo llevé á un patio, donde quedándome con él á solas, advertí que estaba temblando, y que la respiración comprimida revelaba la angustia del alma. “Hijo, le dije, quizá tienes veneno dentro del corazón. Si es así no hallarás alivio hasta que lo vomites. Ya me entiendes. ¿Quieres que te llame un confesor?—Todavía no, Padre.—Pues dime, ¿porqué estás tan triste?—Hace tres años que cometó sacrilegios.—Hijo, mira no sean aprensiones ó escrúpulos.—¡Ay, Pa-

dre, harta verdad es! Voy á contárselo á Vd. todo... Hace tres años cometí un pecado, y cuando me fuí á confesar, me dió tal vergüenza, que no me atreví á decírselo al confesor, y de este modo recibí la absolución, y fuí á comulgar. Desde entonces no he tenido un momento de alegría; nada me daba gusto; cualquiera cosa, por pequeña que fuese, me irritaba. Así seguí confesándome y comulgando sin manifestar aquel pecado, ni otros que cometía, hasta llegar á ser como un demonio. Luego, cuando tenía que irme á confesar, no hacía examen de conciencia, sino decía al confesor lo primero que me venía á la boca. En este estado comulgaba, pero como asustado, temiendo que el Señor me castigase. Cuando vino el P. N. á darnos los ejercicios, me resolví á confesar aquel pecado; pero estando á sus piés para decírselo, no tuve valor, y lo volví á callar. Durante aquel año



fui todavía peor. Al siguiente me resolví á confesarlo al P. N. cuando vino á darnos los ejercicios, pero el demonio me tenía preso y cerrada la boca, y tampoco se lo dije. Ayer tarde me fui á confesar sin haber examinado mi conciencia, pero con mas temor que nunca! Hoy por la mañana fui á comulgar temblando, pareciéndome que Dios me iba á castigar. Cuando recibí la sagrada Forma, sentí como si con una espada me atravesaran el corazón. Todo el dia he estado temeroso. Triste, sin sosiego, no podía sufrir que estuviesen contentos los demás. He comido bárbaramente para distraer la melancolía, pero todo sigue agobiándome. Al oscurecer era tal mi tristeza, que pudiendo estar dentro de casa, aburrido salí á dar una vuelta fuera de la ciudad, y me parecía que el enemigo me acompañaba y empujaba para que me precipitara por los derrumbaderos que están á uno y otro lado del camino.

hasta que me ví impulsado á desahogarme con Vd., Padre mio. . . .” Mientras me decía todo esto, estaba temblando de piés á cabeza, y apenas podía respirar. Yo le animé haciéndole admirar la gran misericordia de Dios, que precisamente le traía á verdadero conocimiento, en un dia en que tanto le había ofendido, y llevándole á la capilla, postrados ambos rezamos delante de la imagen de Nuestra Señora una *Ave María*, derramando él torrentes de lágrimas. Dejele allí, y fui á buscar á un confesor que no le conociese. Al instante se confesó con él, y salió de allí loco de contento, diciendo: “Todo lo he confesado, todo lo he confesado. ¡Oh, qué bueno es Dios, qué bueno és!” Reparó después todas las comuniones sacrílegas con una sumamente fervorosa, y empezó una vida del todo nueva. Durante los tres meses que faltaban para cumplirse el curso, iba todas las tardes á los piés de la

Madre de misericordia á darle gracias por su conversión, que había sido para él como un segundo nacimiento. Desde entonces hasta concluir sus estudios, fué uno de los mejores alumnos del colegio, y hoy se encuentra dedicado á la salvación.

Después de haberse convertido, deseando yo saber los caminos secretos por donde la gracia del Señor había obrado aquel prodigio, le pregunté: "Y tú ¿qué hacías para que Dios te llamase al arrepentimiento de tus culpas, y por medio de este al perdón?—Nada más que pecar y más pecar.—¿Pero no rezabas algo en tu casa, ni siquiera el Rosario con tus padres y hermanos?"

—Sí, Padre: pero como lo hacía por que me obligaban, lo rezaba distraído y corriendo.—A lo menos oírías Misa todos los días, como se acostumbra en el colegio.—Sí, Padre, pero en vez de rezar, leía en el calendario, y contaba cuántos días faltaban para acabar el curso, ó pa-

ra tal ó cual fiesta, ó estaba echando planes para divertirme ó para ofender á Dios.—¿Y cuando oías algún sermón ó plática?—Me enfurecía contra el predicador, porque sus palabras me llenaban de remordimientos, y procuraba no atender, ni aun oír lo que decía.—¿Pero no acudías alguna vez á la Virgen, no le rezabas algo por tu propia voluntad?—Únicamente aquella oración que empieza así: *¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía!*"

AUTOR Ó PROPAGADOR DE ESTA  
DEVOCIÓN.

El P. Nicolás Zucchi, de la Compañía de Jesús, nació en Parma el 6 de Diciembre de 1586, de padres nobles, y tan piadosos, que de ocho hijos que tuvieron consagraron al Señor siete en el estado religioso. Sobre todos ellos descollaba en Nicolás desde sus mas tiernos años *la devoción á la Santísima Virgen*; pe-

ro tan fervorosa y extraordinaria, que siendo de solo doce años, escribió con sangre sacada de sus venas una escritura ó pacto perpetuo de perpetua consagración, y entera donación de sí mismo á Nuestra Señora. Y es, según se cree, la misma oración que antecede: *¡Oh Señora mía! ¡Oh Madre mía!* etc. Aceptó María Inmaculada la sencilla y cordial oferta del niño, como después lo atestiguó él mismo, siendo ya sacerdote y religioso, por estas palabras: *Confieso que soy deudor á la Virgen María, á quien me ofrecí desde la infancia, de la gracia de no haber sido jamás manchada mi alma con ningún pecado deshonesto.*

En 1602 fué admitido en el noviciado en la Compañía de Jesús de la ciudad de Padua, asegurando que esta gracia incomparable de la devoción religiosa se la debía á la Santísima Virgen.

Concluidos los estudios, le destinaron á enseñar filosofía y teolo-

gía. El cargo de la enseñanza, á pesar del esmero con que atendía al aprovechamiento de sus discípulos, no era bastante campo para ocupar su celo; así es que sabía encontrar tiempo para visitar á los presos y á los enfermos, y, sobre todo, para enseñar la doctrina á los niños en las calles y plazas.

El deseo del martirio le impulsó á pretender que le enviasen á las Indias, pero los Superiores le destinaron á Roma, donde le tuvo siempre fijo la divina Providencia.

Descubrieron los Superiores en el P. Nicolás Zucchi el dón extraordinario y admirable de predicar con elocuencia irresistible, sin tener que estudiar, ni hacer antes ninguna especie de preparación. Los Superiores, que conocieron esta gracia del Señor, soltaron las riendas á su ferviente celo, y con este motivo predicó, por espacio de muchos años más de treinta y cuatro veces á la semana, no solo á gente rústica, si-

no también á sacerdotes y religiosos, á nobles y literatos, oyéndole con gusto y admiración los mismos Cardenales, y hasta el Sumo Pontífice Alejandro VII, de quien fué predicador.

Murió el P. Zucchi en Roma á 21 de Mayo de 1670, y en seguida el Señor honró á su siervo con muchos milagros que obró en su sepulcro.

### Aprobación de esta Oración.

DECRETO DE PIO IX.

Habiendo expuesto con toda humildad el Muy Reverendo Padre Prepósito General de la Compañía de Jesús, que algunos religiosos de la misma Compañía, dedicados á la educación de los jóvenes en lo que toca á la piedad y al adelanto en los estudios, confiaban ponerlos á cubierto de las asechanzas del enemigo, y particularmente de las que

se dirigen contra la castidad, si lo-  
graban inducirlos á recurrir á la  
Santísima Virgen, particularmente  
en los peligros y tentaciones: añadiendo, que sabían con experiencia  
que para esto es medio eficazísimo  
rezar mañana y noche aquella ora-  
ción que empieza: *¡Oh Señora mía!*  
*¡Oh Madre mía!* y en las tentacio-  
ciones la otra breve jaculatoria: *¡Oh*  
*Señora mía!* *¡Oh Madre mía!*, y ha-  
biendo suplicado á su Santidad el  
mismo Padre, que abriese benigna-  
mente el tesoro de la Iglesia para  
animar á los fieles á practicar esta de-  
voción, nuestro Santísimo Padre Pio  
IX concedió 100 días de indulgencia,  
que se podrán ganar una vez al día,  
á todos los que, después de decir  
una *Ave María*, rezaren con el cora-  
zón contrito dicha oración por la  
mañana y por la noche. Además,  
á los que rezaren esto todos los días  
del mes, concedió Su Santidad, in-  
dulgencia plenaria en uno de ellos  
en que, habiéndose confesado y co-

mulgado, visitaren una Iglesia ú oratorio público, y por algún espacio de tiempo orasen allí á Dios según la intención del Sumo Pontífice. Por último, concedió 40 dias de indulgencia por cada vez que se repita en las tentaciones, con el corazón contrito, la jaculatoria susodicha. Todas estas indulgencias son perpetuas, y aplicables á las benditas almas del purgatorio, y para ganarlas puede decirse la oración y la jaculatoria en cualquier idioma, con tal que sea fiel la traducción. Así lo decretó Su Santidad en su audiencia de 5 de Agosto de 1851.

## Eficaz Oración á San Luis Gonzaga.

PARA ALCANZAR LA CASTIDAD.

¡Oh Luis Santo, adornado de angélicas costumbres! Yo indigno devoto vuestro, os encomiendo la castidad de mi alma y de mi cuerpo, para que os dignéis encomendarme al Cordero Inmaculado, Cristo Jesús, y á su purísima Madre Virgen de Vírgenes, guardándome de todo pecado. No permitáis ángel mío, que yo manche mi alma con la *menor impureza*; antes bien, cuando me viereis en la tentación ó peligro de pecar, alejad de mi *corazón todos los pensamientos y afectos impuros*; despertad en mí la memoria de la *eternidad* y de *Jesús Crucifi-*

mulgado, visitaren una Iglesia ú oratorio público, y por algún espacio de tiempo orasen allí á Dios según la intención del Sumo Pontífice. Por último, concedió 40 dias de indulgencia por cada vez que se repita en las tentaciones, con el corazón contrito, la jaculatoria susodicha. Todas estas indulgencias son perpetuas, y aplicables á las benditas almas del purgatorio, y para ganarlas puede decirse la oración y la jaculatoria en cualquier idioma, con tal que sea fiel la traducción. Así lo decretó Su Santidad en su audiencia de 5 de Agosto de 1851.

## Eficaz Oración á San Luis Gonzaga.

PARA ALCANZAR LA CASTIDAD.

¡Oh Luis Santo, adornado de angélicas costumbres! Yo indigno devoto vuestro, os encomiendo la castidad de mi alma y de mi cuerpo, para que os dignéis encomendarme al Cordero Inmaculado, Cristo Jesús, y á su purísima Madre Virgen de Vírgenes, guardándome de todo pecado. No permitáis ángel mío, que yo manche mi alma con la *menor impureza*; antes bien, cuando me viereis en la tentación ó peligro de pecar, alejad de mi *corazón todos los pensamientos y afectos impuros*; despertad en mí la memoria de la *eternidad* y de *Jesús Crucifi-*

*cado; imprimid hondamente en mi corazón un profundo sentimiento de temor santo de Dios, y abrasadme en su divino amor, para que así, siendo imitador vuestro en la tierra, merezca gozar de Dios en vuestra compañía en la gloria. Amén.*

(100 días de indulgencia por S. S. Pío VIII)

## RECUERDO.

Mira, que te mira Dios;  
Mira, que te está mirando;  
Mira, que te has de morir;  
Mira que no sabes cuando.

## SALVE.

Salve, Señora,  
Reina y dulzura,  
Gloria y ventura  
Del serafín,  
Misericordia  
Paz y bonanza,  
Firme esperanza  
Del infeliz.

A tí los hijos  
De Eva llorosa  
Dan voz ansiosa  
Del corazón,  
A tí del valle  
Donde gemimos,  
A tí decimos  
Nuestro dolor.

Dulce abogada,  
Suspiros damos,  
De tí esperamos  
Gracia y solaz.  
Vuelve á nosotros

Esos fulgentes  
Ojos clementes  
De tu piedad.

Y cuando el alma  
Rompa el encierro  
De este destierro  
Tan opresor,  
Al rico fruto  
De tu amoroso  
Vientre dichoso  
Preséntanos.

¡Oh cara Madre  
Del Rey, del Santo,  
Eleva en tanto  
Plegaria y dí;  
Que sus promesas  
Por tí queremos  
Y alcanzaremos  
Gloria sin fin!

✠  
JHS.

Cánticos de las Santas Misiones.

AL PRINCIPIO.

Coro.

*A Misión os llama  
Errantes ovejas,  
Vuestra tierna Madre  
La Pastora excelsa.*

I.

Divina Pastora.  
Dulce amada prenda,  
Dirige los pasos  
De estas tus ovejas.

II

No crucen, Señora,  
Errantes, las selvas,  
Del ambriente lobo  
No sean la presa.



## III.

¡Oh dulce Pastora,  
Madre la mas tierna;  
Libra á tu rebaño  
De enemigas fieras.

## IV.

Oye sus balidos  
Alivia sus penas;  
Ábreles piadosa,  
Del redil las puertas.

## V.

Al Pastor Divino,  
Oh Pastora excelsa,  
Haz que presurosas  
Para siempre vuelvan.

## VI.

Vuelven al aprisco  
Tristes, macilentas.  
Por haber pastado  
Venenosas yerbas:

## VII.

Mas ya arrepentidas  
Y en llanto deshechas,  
Buscan en tus brazos  
La esperanza eterna.

## DESPUÉS DE LA PLÁTICA DOCTRINAL.

*Salve, Virgen bella,  
Pastora agradable,  
De los pecadores  
Amorosa Madre.*

## I.

Salve, te saludan  
El hombre y el ángel,  
El cielo y la tierra,  
Los rios y mares.

## II.

Salve, Madre nuestra,  
Luna incomparable,  
Incorrupto cedro,  
Palma hermosa, salve.

## III.

Salve misteriosa  
Zarza inexplicable;  
Que en divino fuego  
Exhalas volcanes.

## IV.

Salve Pastorcita,  
De entrañas amables.  
Por quien las ovejas  
De Jesús renacen.

## ULTIMA PROCESIÓN.

*Perdón, oh Dios mio,  
Perdón, indulgencia,  
Perdón y clemencia,  
Perdón y piedad.*

I.

Pequé, ya mi alma  
Su culpa confiesa;  
Mil veces me pesa  
De tanta maldad.

II.

Mil veces me pesa  
De haber mi pecado  
Tu pecho rasgado,  
Oh suma bondad.

III.

Yo fui quien del duro  
Madero inclemente,  
Te puso pendiente  
Con vil impiedad.

IV.

Por mí en el tormento  
Tu sangre vertiste,  
Y prendas me diste  
De inmensa bondad.

V.

Mi rostro cubierto  
De llanto lo indica,  
Mi lengua publica  
Tan triste verdad.

VI.

Mas ya arrepentido  
Te busco lloroso,  
Oh Padre amoroso,  
De mí tén piedad.

VII.

Tu amor, Jesús mio,  
Será ya mi anhelo,  
Amantes del cielo,  
Su amor ensalza.

VIII.

Mi humilde plegaria  
Traspase las nubes,  
Oh ardientes querubes  
Mis votos llevad.

## DESPEDIDA A LA VIRGEN.

*Adiós, Reina del cielo,  
Madre del Salvador,  
Adiós, Madre adorada  
Adiós, adiós, adiós.*

## I.

De tu divino rostro,  
La belleza al dejar,  
Permíteme que vuelva  
Tus plantas á besar.

## II.

Mas dejarte, oh María,  
No acierta el corazón,  
Te lo entrego, Señora,  
Dame tu bendición.

## III.

Adiós, oh Madre Virgen  
Mas pura que la luz,  
Jamás, jamás, me olvides,  
Delante de Jesús.

## IV.

Adiós, Hija del Padre,  
Madre del Hijo, adiós,  
Del Espíritu Santo,  
Oh casta Esposa, adiós.

## V.

Tu bendición de Madre  
Desienda sobre mí,  
Y á Jesús para siempre  
Ensalzaré y á Tí,

## VI.

Para siempre, en tu dulce  
Regazó maternal,  
Viva extasiada el alma,  
Y en tierno amor filial.

## VII.

Adiós, del cielo encanto,  
Del universo amor,  
Abrasa el alma mia,  
En tu gloria y amor.

## DESPEDIDA

AL

Sagrado Corazón de Jesús.

## COTO.

*Adiós, Jesús querido,  
Adiós Corazón Santo,  
Del alma dulce encanto,  
Dame tu bendición.*

I.

*Adiós, Corazón Santo,  
Límpida dulce fuente.  
Do bulle mansamente  
Virtud y amable paz.*

II.

*Adiós, amante pecho.  
Fragua donde se inflama  
Mística suave llama,  
De regalado amor.*

III.

*Adiós, Pastor divino,  
Que por el valle sales  
A pastos eternos  
La grey llevando en pós.*

IV.

*Cuitado, solo y triste,  
No, mi Jesús, me dejes;  
No, mi Jesús, te alejes;  
Llévame en pós de Tí.*

V.

*Llévame que en las olas  
De aqueste mar turbado,  
Seré de Tí alejado,  
Un náufrago infeliz.*

## AL CORAZÓN DIVINO.

*Corazón santo,  
Fuente de amor,  
Consuela el llanto  
Del pecador.*

I.

*Jesús del alma,  
Dueño amoroso,  
Padre piadoso,  
Dios de bondad.*

Yo herí tu pecho  
 Con mi pecado  
 Lloro humillado  
 Mi iniquidad!

## II.

Jesús amable,  
 Jesús piadoso,  
 Dueño amoroso,  
 Dios de bondad.

Vengo á tus plantas  
 Si tú me dejas,  
 Humildes quejas  
 A presentar.

## III.

Divino pecho,  
 Donde se inflama  
 La dulce llama  
 De caridad.

Tu sangre pura  
 Borre del mio,  
 Perverso y frio,  
 Tanta maldad.

## IV.

En él arroja  
 Divino fuego

Y todo luego,  
 Se inflamará.  
 Que si lo abrasa  
 Tu amor ardiente,  
 Eternamente  
 Tuyo será.

## V.

Corazón dulce,  
 Manso y clemente,  
 Divina fuente  
 De santidad.

Tú eres la prenda  
 De mi victoria;  
 Tú eres mi gloria,  
 Mi eterna paz.

## VI.

Mi vida toda  
 ¡Ay! tuya sea,  
 Tu amor posea,  
 Todo mi ser.

Que si te amo  
 Con amor tierno,  
 Nunca el infierno  
 Me ha de vencer.

## VII

Tú solo puedes  
 Omnipotente  
 Mi sed ardiente  
 Refrigerar,  
 Aquí, bien mio,  
 Aquí el postrero  
 Suspiro quiero  
 Por tí exhalar.

## OTRO CORO.

*Corazón Santo,  
 Tú reinarás,  
 Tú nuestro encanto  
 Siempre serás.*

## A MARÍA SANTÍSIMA.

*¡Oh María  
 Madre mia!  
 ¡Oh consuelo del mortal!  
 Amparadme y guiadme  
 A la patria celestial.*

## I.

Con el ángel. de María  
 Las grandezas celebrad,  
 Trasportados de alegría  
 Sus finezas publicad.

## II.

Salve, júbilo del cielo,  
 Del Excelso dulce imán;  
 Salve, hechizo de este suelo  
 Triunfadora de Satán.

## III.

Quien á Tí ferviente clama  
 Halla alivio en el pesar,  
 Pues tu nombre luz derrama  
 Gozo y bálsamo sin par.

## IV.

De sus gracias Tesorera  
Te ha nombrado el Redentor,  
Con tal Madre medianera,  
Nada temas, pecador.

## V.

Pues te llamo con fé viva,  
Muestra, oh Madre, tu bondad,  
A mí yuelve compasiva  
Esos ojos de piedad.

## VI.

Jardín halle de dulzuras  
En mi pecho el Hacedor:  
En él broten flores puras,  
Frutos de su santo amor.

## VII.

Hijo fiel quisiera amarte  
Y por Tí solo vivir,  
Y por premio de ensalzarte  
Ensalzándote morir.

## VIII.

Del Eterno las riquezas  
Por Tí logre disfrutar,  
Y Contigo sus finezas  
Mil y mil siglos cantar.

## CONSEJO.

En la doctrina Cristiana  
Tienes trazado el camino,  
Que te conduce al destino  
De la Gloria Soberana.  
Esta ciencia sobre humana,  
Entre todas la primera  
Debes saber, de manera  
Que llegues á conocer  
Al gran Dios que te dió el ser,  
Y el sumo Bien que te espera.

## Examen de Conciencia.

## ORACIÓN.

Dadme gracia, Vos, Dios mio,  
Para conocer mis faltas,  
Confesarlas con dolor  
Y nunca ya renovarlas.

## IV.

De sus gracias Tesorera  
Te ha nombrado el Redentor,  
Con tal Madre medianera,  
Nada temas, pecador.

## V.

Pues te llamo con fé viva,  
Muestra, oh Madre, tu bondad,  
A mí yuelve compasiva  
Esos ojos de piedad.

## VI.

Jardín halle de dulzuras  
En mi pecho el Hacedor:  
En él broten flores puras,  
Frutos de su santo amor.

## VII.

Hijo fiel quisiera amarte  
Y por Tí solo vivir,  
Y por premio de ensalzarte  
Ensalzándote morir.

## VIII.

Del Eterno las riquezas  
Por Tí logre disfrutar,  
Y Contigo sus finezas  
Mil y mil siglos cantar.

## CONSEJO.

En la doctrina Cristiana  
Tienes trazado el camino,  
Que te conduce al destino  
De la Gloria Soberana.  
Esta ciencia sobre humana,  
Entre todas la primera  
Debes saber, de manera  
Que llegues á conocer  
Al gran Dios que te dió el ser,  
Y el sumo Bien que te espera.

## Examen de Conciencia.

## ORACIÓN.

Dadme gracia, Vos, Dios mio,  
Para conocer mis faltas,  
Confesarlas con dolor  
Y nunca ya renovarlas.



## PREÁMBULO.

Quiero recordar el día  
De mi confesión pasada;  
Si nada callé, y cumplí  
La penitencia mandada.

## PRIMER MANDAMIENTO.

Quiero saber si á mi Dios  
Le olvidé por cosas vanas,  
Debiendo reverenciarlo,  
Y amarlo con toda mi alma.  
Si alguna vez he faltado  
A la fé y á la esperanza,  
Si dejé mis oraciones  
De la noche y la mañana.  
Si ante mis ojos he puesto  
Lecturas envenenadas,  
Y dí oídos al impío  
Que niega las cosas santas.

## SEGUNDO.

Si con palabras no limpias  
Está mi lengua manchada.

O con juramentos vanos,  
O con blasfemias nefandas

## TERCERO.

Si en los Domingos y fiestas  
Falté á la Misa sin causa,  
O asistí sin devoción  
A las funciones sagradas.  
Si he trabajado en los días  
En que los fieles descansan,  
Y faltado en los ayunos  
A lo que la Iglesia manda.

## CUARTO.

Si he sido desobediente,  
No haciendo de buena gana  
Las órdenes, que mis padres  
O superiores me daban.  
Si no respeté al anciano  
Venerable por sus canas,  
Ni al Sacerdote que tiene  
Misión alta y sobrehumana.

## QUINTO.

Si algún mal he deseado  
 Movido de la venganza,  
 O al hermano provoqué  
 Maltratándole con saña.  
 Si faltó la caridad  
 En mi alma despiadada,  
 Y al triste negué consuelos,  
 Y socorro á la desgracia.  
 Si he pervertido al amigo  
 Siendo mi ejemplo la causa,  
 Y las buenas compañías  
 Hé dejado por las *malas*.

## SEXTO Y NOVENO.

Si cometí con deseos,  
 Con hechos ó con palabras,  
 Feas deshonestidades  
 Que avergüenzan y quemanchan.

## SÉPTIMO Y DÉCIMO.

Si hurté lo que no era mio  
 En mi casa ó en la extraña.

Sin hacer, como debía,  
 Restitución inmediata.

## OCTAVO.

Si he faltado á la verdad  
 Con la mentira que engaña,  
 Y del prógimo hablé mal  
 Perjudicando su fama.

## VARIOS VICIOS.

Si me vició el corazón  
 La *soberbia* y la *jactancia*,  
 Y la *envidia* miserable  
 Devoró mi pobre alma.  
 Si el estudio me fastidia,  
 Y toda labor me cansa,  
 Y enoja al Señor mi vida  
*Perezosa* y *holgazana*.

## CONCLUSIÓN.

¡Oh Jesús! el alma mia  
 Llora lágrimas amargas  
 Al ver cuán ingrato he sido,  
 Y que mis culpas son tantas.

LEYES DEL VERDADERO  
AMOR DE DIOS.

Cuando el amor ejecuta  
Obras de su obligación,  
Si flaquea, si descansa,  
Si desmaya, no es amor.

Cuando el amor está orando  
En amorosa atención,  
Si se cansa, si se entibia,  
Si se inquieta, no es amor.

Cuando en sequedad padece  
Tormento de una opresión,  
Si fluctúa, si no es firme,  
Si se queja, no es amor.

Cuando el Amado se ausenta  
Y le deja en aflicción,  
Si se acobarda y se rinde,  
Si desiste, no es amor.

Cuando la piedad divina  
Dilata su petición,  
Si no cree, si no espera,  
Si no insiste, no es amor.

Cuando tiene de sí mismo  
Oculta satisfacción,  
De que ama, de que adora,  
De que sirve, no es amor.

Cuando en adversa fortuna  
Y en toda tribulación,  
No es humilde, no es afable,  
No es alegre, no es amor.

Cuando favores recibe  
En una y otra porción,  
Si los busca, si los quiere,  
Si le llenan, no es amor.

Cuando siente en el afecto  
Una viva inflamación,  
Si no enciende, si no arde,  
Si no abraza, no es amor.

Cuando esta llama divina  
Arde allá en el corazón,

Si no limpia, si no pule,  
Si no adorna, no es amor.

Cuando al Amado contempla  
Abrazado en la afición,  
Si no enlaza, si no une,  
Si no junta, no es amor.

¿Quieres pues, alma saber  
Si tienes amor á Dios?  
Obra y padece, conforme,  
Que cuanto más, más amor.

Sufre la *cruz* de tu estado  
Con paciencia y con valor,  
*Resignada, igual, gozosa,*  
Que cuanto más, más amor.

Sigue con la *cruz* á Cristo,  
Procura su imitación,  
*Fervorosa, ardiente y fina,*  
Que cuanto más, más amor.

A. M. D. G.

MARÍA

ESTRELLA DEL MAR

6

CONVERSION, PENSAMIENTOS Y AFECTOS

DE

D. Luis María de Conciliis,

JUEZ DE LA G. C. CIVIL DE NAPOLES.

Obra traducida al francés de la tercera edición italiana y precedida  
de una introducción

POR MONSEÑOR GAUME

PROTONOTARIO APOSTOLICO.

TRADUCIDA AL CASTELLANO  
DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

POR M. A. BEJARANO.

MÉXICO.—1882.

ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA.

PORTAL DEL ÁGUILA DE ORO, NUM. 2,  
JUNTO Á LA GRAN SOCIEDAD.

Si no limpia, si no pule,  
Si no adorna, no es amor.

Cuando al Amado contempla  
Abrazado en la afición,  
Si no enlaza, si no une,  
Si no junta, no es amor.

¿Quieres pues, alma saber  
Si tienes amor á Dios?  
Obra y padece, conforme,  
Que cuanto más, más amor.

Sufre la *cruz* de tu estado  
Con paciencia y con valor,  
*Resignada, igual, gozosa,*  
Que cuanto más, más amor.

Sigue con la *cruz* á Cristo,  
Procura su imitación,  
*Fervorosa, ardiente y fina,*  
Que cuanto más, más amor.

A. M. D. G.

MARÍA

ESTRELLA DEL MAR

6

CONVERSION, PENSAMIENTOS Y AFECTOS

DE

D. Luis María de Conciliis,

JUEZ DE LA G. C. CIVIL DE NAPOLES.

Obra traducida al francés de la tercera edición italiana y precedida  
de una introducción

POR MONSEÑOR GAUME

PROTONOTARIO APOSTOLICO.

TRADUCIDA AL CASTELLANO  
DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

POR M. A. BEJARANO.

MÉXICO.—1882.

ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA.

PORTAL DEL ÁGUILA DE ORO, NUM. 2,  
JUNTO Á LA GRAN SOCIEDAD.

## A LA VÍRGEN.

Si antes de nacer el hombre  
 Pudiera escogerse madre,  
 Es seguro que buscara  
 A la mujer más amable,  
 Más tierna, más indulgente,  
 Más cariñosa y süave;  
 ¿Pues cómo á tí, Vírgen Santa,  
 No te hiciera Dios tan grande,  
 Tan casta, tan limpia y pura,  
 Tan bella y tan admirable,  
 Cuando ya desde un principio  
 Antes de siglos y edades,  
 El Señor te preparaba  
 Para ser su Augusta Madre?  
 Te formaba el Verbo Eterno  
 En el seno inescrutable  
 De su saber infinito  
 Para vestirse de carne,  
 Previendo que á la miseria  
 De ser nuestro semejante,  
 Lo obligaria en el tiempo  
 El hombre torpe y culpable.  
 Por eso el Señor ¡oh Vírgen!  
 Te llenó de sus bondades  
 Vistiéndote de virtudes  
 Y de dotes celestiales;  
 Por eso puso á tus plantas  
 Todas las legiones de ángeles,  
 Coronándote de estrellas  
 Y de luceros brillantes.

Por eso puso en tus manos  
 De sus tesoros las llaves;  
 De sus tesoros, que guardan  
 Riquezas innumerables;  
 Te dió su misericordia,  
 Su caridad inefable,  
 Su amor, amor infinito,  
 Para el humano linage.  
 Amor por el cual, Señora,  
 Despues de darnos su sangre  
 Que redimió nuestra culpa,  
 Nos dejó su misma Madre,  
 Para que como á hijos suyos  
 Nos viese y nos amparase.  
 Con una Madre tan rica,  
 Tan poderosa y tan grande,  
 ¿Quién podrá temer miserias?  
 ¿Quién tendrá necesidades?  
 Te dejó para que fueras  
 Socorro de miserables,  
 Refugio de pecadores,  
 Alivio de nuestros males;  
 Para que fueras el puerto  
 De nuestras náufragas naves;  
 Para que fueras la Estrella  
 De este mar de tempestades.

M. A. Bejarano.

## UNA PALABRA DE MONSEÑOR GAUME

EN LA SEGUNDA EDICION FRANCESA.

La vista de los supremos peligros que nos amenazan, así como la doble certidumbre de que solo el arrepentimiento nacional puede salvar al mundo, y de que este arrepentimiento, si llega á tener efecto, será debido á la Madre de misericordia, nos han determinado á dar hoy, á pesar de lo difícil de las circunstancias, una nueva edicion popular de *MARÍA, ESTRELLA DEL MAR*.

Agotado hace ya tiempo y reclamado por un gran número de personas; este opúsculo, *como no conocemos ningun otro*, es el grito de angustia del náufrago luchando en medio de las olas. Sepamos hacerlo oír nosotros mismos y tengamos buena esperanza.

La compasiva Reina del cielo, nuestra Madre y nuestra Hermana, nos tenderá la mano, nos sacará del abismo y nos salvará.

## MONSEÑOR GAUME,

TRADUCTOR FRANCES,

### A LOS HOMBRES DE ESTE SIGLO.

Aquí teneis á un hombre ilustre por su nacimiento, ilustre por sus talentos y más ilustre aún por las iniquidades de su vida. Hijo del siglo pasado, nació como nosotros en un suelo sacudido profundamente hasta sus cimientos. Su cuna, como la nuestra, fué mecida por las tempestades; sus primeros pasos se ensayaron entre ruinas. La dulce voz de una madre piadosa resonó un instante en su corazón; pero muy pronto los ecos no llevaron á su oído sino el grito salvaje de la impiedad, el ruido lejano del cañon que derribaba los tronos, el lúgubre sonido del hacha que hacia caer las cabezas y el del martillo que demolia los templos.

Como el bajel sin piloto y sin lastre que arrojan los vientos desencadenados, como el fogoso corcel estimulado por el habitante del desierto, el hijo impetuoso de la bella Italia se arrojó con los ojos cerrados en el inmenso torbellino que arrebatava en confusa mezcla los cetros y las tiaras, las reputaciones y las fortunas, las creencias y las costumbres. Se abandonó sin luchar á la rápida corriente del río. Habia en sus lábios cánticos alegres; rosas cortadas en las riberas fugitivas del torrente adornaban su cabeza. Adorador del placer bajo todos sus nombres y bajo todas sus formas, no rehusaba á su dios sino lo que no podia darle; y así se pasó la primavera de su vida.

Cuando vino el otoño estaba léjos de las costas, en este mar del mundo siempre proceloso, siempre amenazante

y tan fecundo en naufragios. ¿Quién podrá decir todos los escollos que tocó, todas las corrientes que lo arrastraron? El mismo, incapaz de expresarlo, se contenta con decirnos, que: su navegacion no fué más que un naufragio. (1) Inocencia, piedad, virtud, pureza de costumbres, herencia sagrada de la casa paterna, todo pereció. Sumergido en ese océano de crímenes, lucha en vano, sus fuerzas debilitadas lo abandonan, su valor se acaba y no vé más que el instante fatal en que el abismo de la eternidad vá á abrirse y á cerrarse, y á contar una víctima más. (2)

En este momento supremo fué cuando la *Estrella de la Mañana* hizo penetrar hasta él uno de sus dulces rayos; y á su vista, un grito espontáneo, un grito de alarma, el grito de un hombre, en fin, herido, lastimado, caído al fondo de un abismo, se escapa de su pecho oprimido..... ¡Ay de mí.....! [3] Se acuerda de su Madre, se acuerda de María, le ruega que lo salve, y..... María lo salva. [4]

Y es la historia de su naufragio, la historia de su salvacion, la historia de su corazón, de su reconocimiento, de su dolor, de su alegría, de su confusion, de su amor, de su felicidad, la que se refiere á sí mismo, la que refiere á su familia, la que refiere á María, la que quisiera referir á todas las generaciones. (5)

Pero qué digo? la refiere, no; la suspira, la canta, la llora, la hace revelar á todas las voces de su alma. Voz del remordimiento, voz de la confianza infantil, voz del temor,

(1) Vado col pensiero riandando gli scorsi anni miei e veggio... Ahime infelice che veggio! Veggio ch'essi non furono, se non una serie funesta di vizj e di colpe. (Pág. 24.)

(2) Afflito da un diluvio di mali, et già sul bordo d'orribili precipizj, che minacciavano d'ingojarmi, etc. [Pág. 3.]

[3] Oimè! *Esta es la primera palabra de su libro.*

[4] Mi volsi a voi, come alla stella del mattino; v'impegnai a salvarmi, e voi mi salvaste. [Págs. 3 y 4.]

[5] Ho scritto per me, ho scritto per la mia famiglia... per attestare in faccia a tutto il mondo le misericordie senza numero a me profuse dalla mano benefica di Maria Ss., e per consegnare, per quanto e in me, alla eternità un perpetuo monumento di mia riconoscenza. (Págs. 11 y 12.)



voz de la piedad filial, voz del dolor, voz de la dicha, voz del amor, voz del hombre que escapa de la tumba, indefinible armonía que desgarrá, que acaricia, que conmueve todas las fibras del corazón; este es su libro.

Y este libro, tal como no conocemos ningún otro, es el que publicamos hoy en nuestra lengua y lo dirigimos á nuestros contemporáneos, á los hombres de la generación formada.

Nacidos en el seno de las tempestades, alimentados en los campamentos, sorprendidos desde la infancia y arrebatados por la rápida sucesión de acontecimientos gigantes, ya levantados á lo alto de la fortuna, ya caídos en el abismo del olvido, ya víctimas de las pasiones de otro, ya víctimas de nuestras propias pasiones, nosotros no tuvimos, no pudimos tener como las generaciones precedentes, hijas de la paz, esos socorros poderosos de la educación religiosa y de la fe, que, semejantes á un doble parapeto, resguardan al peregrino de la vida de los precipicios sembrados en el camino. ¿Habrá que admirarse, pues, de que háyamos caído?

El nombre de Dios, ese nombre sagrado que entreabre y ensancha el corazón naciente, como el astro de la mañana entreabre y ensancha la naturaleza toda, no llegó á nuestros oídos sino al rumor acusador del sarcasmo y de la injuria. ¿Habrá que admirar que no lo háyamos amado?

Sin embargo, el hombre es amor; su corazón necesita de alimento. Si no lo buscamos en el cielo lo buscamos en la tierra; por lo mismo, no hay que extrañar que hayamos mendigado sucesivamente la felicidad en todo lo quearnos rodea. ¡Vanas peticiones! Todas las criaturas nos han despedido. ¡Ay! ninguna de ellas fué bastante rica para darnos la limosna.

Algunos, tomando aversión al mundo, se han concentrado en sí mismos, diciéndose: *Yo seré mi dios, en mí encontraré la felicidad*; y han adorado sus pensamientos, los desvarios de su imaginación y todas las inclinaciones de su corazón. Mas hé aquí que un fuego súbito, el fuego devorador de la duda ha consumido en un instante al altar y al sacerdote y al dios; y se ha oído el grito siniestro

de la desesperación, y el suelo se ha cubierto de tumbas sangrientas sobre las que se ha leído esta palabra grabada con la punta de un puñal: *¡Suicidio!*

Otros han emprendido camino contrario. Temiendo habitar en sí mismos, como se teme habitar en un lugar funesto, han huido lejos de sí, han cerrado la puerta de su alma y han arrojado la llave. Luego, como alegres convidados, han venido á sentarse al banquete de la vida. Han dicho al oro: *tú eres mi dios*; negocios para tener oro, placeres para gozar del oro; hé aquí su símbolo y su ley, hé aquí sus pensamientos del día y sus sueños de la noche.

Sin embargo, del centro de sus fiestas se han escapado suspiros; de sus palacios dorados han salido voces lastimeras, imprecaciones, gritos de rabia y de dolor. Yo he entrado y los he visto. Su rostro estaba pálido y su frente recelosa, sus ojos melancólicos y tristes, y su palabra seca y dura; sus labios carecían de la sonrisa amable; y al rededor de ellos, como el buitre cruel al rededor de su presa, revoloteaban los negros pesares, los tédios, los fastidios, las enfermedades tempranas; pedían á su oro el descanso, y se arrojaban para encontrarlo al seno de sus placeres y de sus negocios, y habríase dicho que caían en camas de espinas ó sobre carbones encendidos; tanto así era lo que se agitaban y lo que maldecían la vida.

Lástima grande es ver tantas nobles almas, víctimas tristes de las ilusiones del tiempo. Al verlas, yo sentí todo lo que se siente al ver sufrir á un amigo; porque las amo y ví que sufren mucho, y un pensamiento aumentaba mi pena. ¡Ay! me decía, no son ellas solas; cuántas otras almas, no menos nobles, no menos amadas, sufren ignoradas y solitarias!

¡Almas infortunadas! compañeras de mi peregrinación por este valle de lágrimas, quien quiera que seáis, os compadezco mucho, porque vuestros sufrimientos son grandes. Si este librito que os dirijo, llega á vuestras manos, no lo desdeñéis. Os hablará de un hombre que ha pasado por todos vuestros dolores, y su lectura os hará bien. ¡Hay tanta simpatía entre los desgraciados!

Os hablará de una Madre..... de una Madre; el único

bras de los Padres, de los Dioses Testamentos, y de los...

objeto tal vez entre todos los de vuestra afeccion, que no habrá perdido su brillo; el único cuyo recuerdo hará todavía, de vez en cuando, palpar de dicha vuestro corazón enfermo y correr de vuestros ojos lágrimas dulces. Os hablará de una madre..... y de qué Madre! De esa Madre de mirada clemente, de poder infinito, (1) de bondad sin límites, á la que nadie invocó jamas en vano, que estrecha igualmente entre sus brazos á Dios y al hombre, y que á los dos los llama MIS HIJOS.

Dejad, pues, almas dolientes, penetrar hasta vosotras este mensajero de esperanza; tiene pocas cosas que deciros, pero estas pocas cosas pueden volver á vuestra frente la serenidad, á vuestro corazón la paz, la paz que buscáis en vano. Por favor, hombres de este siglo, un momento, entre tantos momentos de que no sabeis qué hacer; una mirada, una mirada siquiera para el cielo, entre tantas como perdeis sobre la tierra.

En otro tiempo oíste con atencion aquella voz melancólica y dulce que, escapándose del fondo de un calabozo, os refirió los sufrimientos de un pobre prisionero. (2) Vuestras entrañas se conmovieron, y sus dolores, sin embargo, no eran los vuestros.

Hoy es la voz de otro hijo de esa graciosa Italia, la que escapándose del abismo, os refiere angustias á las cuales no sois extraños. Es la voz de uno de vuestros compañeros de desgracia: vuestros dolores fueron los suyos, su felicidad puede ser tambien la vuestra: él os dirá cómo. Vuestro oído no será sordo, ni vuestro corazón frío, porque hablándoos de él os habla de vosotros; hablándoos de su Madre, os habla de la vuestra, porque habla de MARIA.

(1) Omnipotentia supplex.

(2) Silvio Pellico.

## ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Si se leyese este librito con la intencion de enriquecerse con alguno de esos conocimientos brillantes que adornan el espíritu humano, ó con el designio de aprender en él cosas, si no enteramente nuevas, á lo menos poco conocidas, se caería en un error, en uno y en otro caso. Me conozco bien, sé que la instruccion me falta mas que á ninguno otro. No he escrito tampoco con el deseo de figurar entre esos hombres, que por sus obras merecen bien de la sociedad y han recibido, con justo título, honores y aplausos.

Yo he escrito para mí, he escrito para mi familia.

Para mí he escrito, por dos razones: es la primera: para compensar, ¡si puede en esto haber compensacion! la pérdida y el abuso que hice en mi juventud, de mis talentos y de mi tiempo, escribiendo obras inútiles y profanas; es la segunda: para atestiguar á la faz del mundo entero las misericordias sin número que ha derramado sobre mí la mano bienhechora de María; y para dejar, en cuanto me sea posible, á las generaciones futuras, un monumento eterno de mi reconocimiento.

¡Qué hábiles somos en engañarnos! una razon de modestia mas especiosa que sólida, me habia determinado hasta aquí á suprimir absolutamente mi nombre y á dejar ignorado el autor de esta obra; pero felizmente me ha venido la idea de que bajo el velo de la modestia, podia muy bien ocultarse un lazo de ese fatal respeto humano que, minando sordamente las mas bellas disposiciones de corazón y corrompiendo las mas hermosas obras de la gracia, tratara de sorprenderme y de arrebatar así el honor y la gloria que yo debo á mi Soberana Bienhechora.

En efecto, apenas sometí mi proyecto á la infalible pie-

dra de toque de la meditacion, cuando conocí claramente que para ser entera la gratitud, no debía tener límites ni reserva; y que el reconocimiento no sería mas que una degradante injusticia si dejase oculto á aquel que fué el objeto del beneficio; porque todo el mundo sabe que el beneficio tiene mas ó menos precio, segun las diversas cualidades del sugeto á quien se dirige.

Advertí, pues, y advertí á tiempo, que me habia engañado, porque ese no era sino un reconocimiento á medias, y así mi pretendida gratitud no tendria sino el nombre y las apariencias de esta virtud, sin tener su realidad. Descubrir el lazo, cambiar de idea, y retractar mi primera, mi ilusoria resolucion, fué asunto de un momento.

He escrito para mi familia, porque estoy persuadido de que las palabras, los consejos, y mas que todo, los ejemplos de un padre, ejercen siempre un imperio secreto en el corazon de sus hijos. Podrán olvidarlos, desatenderlos, hasta despreciarlos en algun momento de fiebre y de delirio; pero, tarde ó temprano, se acuerdan de la ternura paternal, y este solo recuerdo bastará para reanimar, para vivificar las buenas semillas esparcidas por una mano amiga en el campo de su corazon.

Agregad, que tener diariamente en sus manos y bajo sus ojos estas hojas, será para ellos tener á su padre siempre presente y contemplarlo siempre vivo en el hogar doméstico; leer, á lo menos, de vez en cuando, un renglon, una página, será para ellos hablar con su padre, conversar con él, oír su voz, que reproducida y fija en caracteres durables y permanentes, estará menos expuesta á desvanecerse en el aire.

Ademas de eso, ¿no debo esperar nada del favor, de la bondad, de la proteccion de Aquella que me inspiró la intencion de revelar al mundo el triunfo de su misericordia, sobre el corazon mas rebelde que hubo nunca, que ha dirigido el plan de esta obra, ayudado su trabajo, solicitado su entera ejecucion, librándome muchas veces de graves y peligrosas enfermedades? Yo lo reconozco; esas enfermedades fueron otras tantas advertencias que me hizo para que saliera de la negligencia incivil á que me habia abandona-

do, y acabase la obra que le tenia prometida hacia ya tanto tiempo. La buena Señora sabrá bien el modo, en provecho de mi familia, de dar á las mudas palabras de un padre, el mismo vigor y la misma fuerza que tuvieron en otro tiempo las trompetas de Israel para derribar con su sonido victorioso las murallas de Jericó.

Por último, habiendo escrito con un fin muy personal, enteramente de familia y hasta cierto punto doméstico, lo he hecho bajo el solo dictado del corazon; he escrito sin preparacion, sin intencion y sin estudio. A medida que mi corazon, recogíendose en sí mismo, hacia la suma de sus deudas para con la poderosa Madre de Dios, dictaba á mi pluma todos esos diversos afectos de dolor y de gozo, de confusion y de reconocimiento, de temor y de confianza, de esperanza y de amor, que ora dilatándolo, ora estrechándolo y oprimiéndolo, lo ponian, puedo decir, en un feliz estado de sitio. Entonces, en medio de éxtasis deliciosos, se sentia como trasportado fuera de mi pecho, por una dulce violencia, y obligado á hablar, á gritar, á publicar todo lo que experimentaba.

He debido, no obstante, imitar aquí la industria del labrador, que queriendo regar una tierra árida, privada del rocío del cielo, va á sacar agua á los pozos de sus vecinos. Lo mismo yo, para calentar, para regar mi corazon desecado y marchito por los ardores de las pasiones y de los crímenes, he traído á mi memoria las máximas de los antiguos Padres de la Iglesia, en órden á la Augusta Virgen María; sus expresiones, sus palabras, sus consejos; sobre todo he recordado las bellas figuras, bajo las cuales nuestros libros santos pintan á esta divina Virgen.

Yo habia aprendido todo esto en otro tiempo, parte de la boca de los ministros del altar y parte en mis propias lecturas; por eso cuando lo he recordado, he citado sus palabras, sin omitir las que no he recordado de quién son, y que me ha sido enteramente imposible indicar los lugares de donde están sacadas.

Debo, sin embargo, decir en verdad, que esta obra no es mas que una coleccion y como un tejido de las palabras de los Padres, de los dos Testamentos, y de las in-

terpretaciones que los Padres mismos les han dado. Mi corazon no ha hablado sino ese lenguaje inspirado, superabundante de la mas dulce y tierna unción, y mi mano no ha tenido otra tarea mas que escribirlo. La prueba mas segura y cierta de lo que digo, es precisamente la repetición que se nota de tiempo en tiempo, de los mismos pensamientos y de las mismas expresiones de los Santos doctores. Cada cual sabe cuánto y con qué gusto, el corazon se repliega para retener en él aquellas ideas que le han hecho una impresión mas viva, y mi mano no debía echar á perder una obra que es toda entera obra del corazon.

Ojalá, nada mas, y esta obra, redunde en gloria de mi Augusta Madre, en provecho mio y de mi familia, y de todos aquellos que, ó por acaso, ó por un hábito de piedad, ó por un movimiento de curiosidad, ó aun por espíritu de crítica, la tomen un dia en sus manos.

## A LA REINA DEL CIELO

Y DE LA TIERRA.

EL AUTOR.

Aquí teneis, Augusta Madre de Dios, aquí teneis, por fin, este débil tributo de respeto y de alabanza, que os prometí hace ya tantos años, cuando rodeado de un diluvio de males, y ya en el borde de horribles abismos, en los que me hundia por momentos, volví hácia Vos mis ojos, rogandoos que me salvárais, y me salvásteis.

Pero estas pocas líneas que he consagrado á vuestra gloria, cuántas acusaciones y reproches encierran contra mí! Un resto de vida, gastada menos por los años que por el crimen: un corazon insulso, insípido, que perdió su vigor y lozanía en los locos amores del siglo, una inteligencia entorpecida por el ruido asordador y por el pesado fardo de ciencias vanas y nocivas, una memoria débil, lánguida y casi apagada, un cuerpo pesado, incapaz de los mas fáciles ejercicios de la virtud..... hé aquí el don que os he reservado, hé aquí el sacrificio que os ofrezco; hé aquí lo que os traigo en cambio de tantos bellos años, miseráblemente perdidos; de talentos en otro tiempo brillantes, néciamente envilecidos, de afectos ardientes, vergonzosamente degradados; de pensamientos vivos espontáneamente corrompidos; de deseos ardientes culpablemente desviados de su curso.

En vista de este cuadro fiel, de estas confesiones que expresan la verdad, temo con grande razon que estos mismos renglones, léjos de presentaros el homenaje de mi reconocimiento, os proporcionen, al contrario, los documen-

tos de mi proceso. Pero un proceso recopilado únicamente en la amargura del corazón, y puesto voluntariamente en vuestras manos por el culpable mismo, no puede provocar sino una sentencia favorable y no de condenación.

¿Cuántos testigos dignos de fé, por su dignidad y por su número, no acusaban á la israelita adúltera? Además, las pruebas del crimen eran irrecusables, la ley severa, la sentencia fácil de pronunciar; la condenación á muerte hubiera sido de toda justicia. Pero ella puso todas esas pruebas en manos de vuestro Hijo, juez escogido por los acusadores mismos. Pesadas con toda la severidad de la ley en la balanza de su misericordia, y agregando á ellas la confusión que la infeliz supo hacer servir en expiación de su crimen, uno de los mayores que puede cometer la humanidad, no pudieron obtener otra cosa que su entera absolución.

¿Qué mas podré decir? Amo benéfico, y liberal dispensador de sus dones; quiso dar á los obreros ociosos la misma recompensa que á los laboriosos y activos, sin embargo de que los unos habian empleado apenas las últimas horas del día en trabajar en su viña, mientras que los otros habian soportado todo el peso del día y del calor. Qué modelo para Vos, Señora; que habeis sido criada á su imágen, pero no como las otras criaturas, que se le parecen tan imperfectamente, sino para pareceros á él hasta la admiración. (1) Y para mí, ¿qué motivo tan poderoso para esperar la misma suerte!

Siguiendo el ejemplo de vuestro divino Hijo, dignaos aceptar, Virgen augusta, este ligero y tardío trabajo, resto miserable de mis largos y deplorables ocios; que las faltas horribles cuyo recuerdo he delineado, y cuya prueba invencible está en la confesión misma del culpable, sean anonadadas y consumidas en el horno ardiente de vuestra inextinguible caridad; horno sagrado, siete veces mas encendido por la confusión que experimento y por la confianza que me anima.

Dignaos, sobre todo, aceptarlo, para que en vuestras

(1) S. Thom opusc. de Charit.

manos venga á ser, para mi propia familia, el dichoso instrumento de su amor, de su reconocimiento, y de su devoción hácia Vos; la arma victoriosa de todas las seducciones del siglo; el dulce consuelo de todos los males de la vida y el guía fiel á la venturosa eternidad. Tal es, bien lo sabeis, el objeto de este diminuto y pobre trabajo. Tal es mi intención, dignaos secundarla.

Pero para referir todas mis obligaciones respecto de Vos, y todas vuestras bondades para conmigo, ni esta pequeña obrita, ni cien volúmenes más que yo consagrara á la honra vuestra, podrian bastar; por eso os presento otro libro, que os será mas agradable; libro parlante y vivo, escrito todo entero por dentro y por fuera, *scriptus intus et foris*; y este libro soy yo: yo, que en mi alma y en mi cuerpo, en mis potencias y en mis sentidos, llevo escritos los innumerables rasgos de vuestros favores y de vuestras misericordias. Pero este libro mismo será un libro mudo y como cerrado con siete sellos, si Vos no os dignais abrirlo.

Abridlo, y entonces á los ojos de cada quien, y sobre todo á los ojos de mi amada familia, todos estos rasgos serán revelados y conocidos de tal suerte, que el mundo entero podrá leer en ellos las gracias inmensas de que me habeis colmado. Abridlo, y entonces, encantados y, me atreveré á decirlo, santamente seducidos, todos se animarán á amaros, á serviros y á esperar en Vos.

Estos son los votos de mi corazón que hoy os consagro solemnemente. ¡Puedan estos votos, como un incienso de olor agradable, subir hasta ese trono de misericordia, en el que estais sentada como Reina, á la derecha de vuestro Hijo el Rey de los reyes! ¡Puedan, acogidos y benditos por Vos, volver á descender sobre mí, sobre toda mi familia, sobre todos los infortunados pecadores, mis semejantes, como rocío de gracias y de bendiciones celestiales! (1)

(1) Incensum istud a te benedictum ascendat ad te, Domine et descendat super nos misericordia tua.

## MARIA

## ESTRELLA DEL MAR.

## EL REMORDIMIENTO.

¡Ay de mí!..... qué horrible, qué espantosa voz resue-  
na como trueno de rayo en el fondo de mi corazón! qué  
remordimiento desgarró mi alma! En vano intento sofo-  
carlo, en vano me esfuerzo por amortiguarlo. He peca-  
do..... el horror de mi crimen me sigue por todas partes.  
Es un puñal que me penetra el corazón; es un gusano que  
envenena todos mis placeres. Que duerma ó que vele,  
la funesta memoria de mi pecado me acompaña siempre,  
derramando igualmente el fastidio en mis días y el terror  
en mis noches.

El menor viento que sopla al rededor de mí con mas  
fuerza que de ordinario me entristece y me espanta; la  
sombra que aparece súbita á mi vista me turba y me agi-  
ta; todo objeto desconocido que hiera mis miradas me lle-  
na de un horror secreto. Donde quiera que esté, donde  
quiera que vaya, me parece siempre ver á los elementos  
conjurados en mi ruina y prestos á vengar el ultraje á su  
Criador.

¡Ay de mí!..... qué terrible situación la mía! Todos  
los placeres me fastidian, todas las satisfacciones me dis-  
gustan; la soledad me atormenta, la sociedad me agobia.  
¿En donde estás, paz de mis primeros años? ¿Calma dulce  
del alma, deliciosa tranquilidad, en dónde estás? Cain fratri-  
cida, impío; débil imagen para pintar mi estado; débil pa-  
ra manifestar la diferencia que hay entre un solo crimen  
de que este desgraciado fué culpable y los crímenes infi-  
nitos y mas graves de que se halla cargada mi cabeza.

¿En qué piensas, qué vas á hacer, oh desgraciado co-  
razon mio? Vivir así en medio de las angustias, es morir á  
cada instante y morir sin cesar de sufrir. ¿Pero hácia dón-  
de convertir mis ojos, á quién he de ocurrir, si todo es  
desdén, todo rigor, todo venganza para mí; porque Dios  
está todo en todas las cosas y este Dios está irritado? Me  
parece ver la espada vengadora de su justicia suspendida  
sobre mi cabeza; veo el arco tendido, el golpe pronto, y  
las flechas vibrantes de su cólera al punto de derribarme  
al abismo sin fondo de la eterna desgracia. (1)

Los santos habitantes de la venturosa Sion, aquellos  
mismos que con particular esmero vigilaban en mi guar-  
da y cuidado, cansados de mis continuas rebeldías, se re-  
husan con justa razon á protegerme ya; el ángel del Señor,  
que me fué dado para compañero y guía, encargado de  
llevarme entre sus brazos é impedir que mis piés vacilasen  
en el camino ó tropezasen contra la piedra, [2] este espí-  
ritu noble, ¡ay! á quien he obligado tantas veces á ser el  
espectador de mis iniquidades, me mira hoy con ojo ame-  
nazador, mas bien dispuesto á abandonarme que á socor-  
rermé todavía.

¿Qué haré yo, pues, ¡desgraciado de mí! si el cielo y la  
tierra se han reunido para perderme? ¿A dónde huir? ¿A  
dónde ocultarme, que me pueda sustraer á las miradas  
de un Dios irritado, que lleno de justa indignacion y ex-  
traño para lo de adelante á los sentimientos de clemencia,  
amenaza anonadarme bajo los golpes de su brazo formi-  
dable?

Si corro á refugiarme en las nubes, allí reside el Omni-  
potente con el rayo en la mano; si desciendo á sepultar-  
me en las mas profundas entrañas de la tierra, allí lo en-  
cuentro; si me hundo en las undívas cavernas del Océa-  
no, allí está El; y si me retiro dentro de mí mismo, lo veo  
como en todas partes. ¿A dónde, pues, á dónde no está

(1) Arcum suum tetendit et paravit illum, sagittas suas ardentibus effecit. (Ps. VII, 13.)

(2) Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis. In manibus portabunt te ne forte offendas ad lapidem pedem tuum (Ps. XC., 12.)

ese terrible juez, que como dice San Agustin, en donde no  
está por su gracia, está presente todo entero por su jus-  
ticia? (1)

¿Pero no tengo una Madre, la más dulce, la mas com-  
placiente de todas las madres, la única á quien es permi-  
tido llevar la mano á la espada de la cólera divina y de-  
tener sus terribles golpes? ¿Por qué, pues, no recurrir á  
ella? ¿Por qué no arrojarme á sus piés? Ella sola, dice el  
mismo San Agustin, ella sola se ocupa realmente de nues-  
tro bien. (2) Inútil sería nuestra súplica á todos los otros  
santos del cielo, si ella no le prestase su apoyo; (3) todo  
lo que ellos pueden con ella, ella lo puede sola. [4]

San Bernardo me lo asegura, ella nada tiene de ame-  
nazador, nada de terrible, nada de severo; al contrario, es  
toda buena, toda amable, ofrece á todos la leche de su  
misericordia y la lana impenetrable de su proteccion, con-  
tra la cual se amortiguan todos los rayos de la divina jus-  
ticia. (5)

Ella es, añade Ruperto, Madre igualmente del juez y  
del culpable, y siendo madre de ambos, no puede sufrir  
que sus dos hijos vivan en la discordia; esfuerzos, súplicas,  
representaciones, todo lo pone en juego para reconcili-  
arlos. (6)

Ánimo, pues, corazón mio, ánimo; despues de todo, no  
es esta la primera prueba que tengo de su bondad. Bien  
puedo decir que jamás la invoqué en vano; mas, puedo  
agregar que me ha socorrido en todos mis peligros, aun  
sin haberla implorado. ¿Pues si me ayudó cuando yo huía  
y me apartaba de ella, cómo no lo hará, cuando arrepén-

(1) Ubi non adest per gratiam, adest per vindictam. (S. August.)

(2) Unam, ac te solam pro nobis in celo fatemur esse sollicitam. (S. August.)

(3) Frustra alios sanetos oraret, quem ista non adjuvaret. (S. Anton.)

(4) Quod possunt omnes isti tecum, tu sola sine illis omnibus potes. (S. August.)

(5) Nihil durum in ea, nihil terribile. Tota suavis est, omnibus offerens lac et lanam. (S. Bern.)

(6) Tu mater iudicis, tu mater rei; cum sis mater utriusque, discordias inter tuos filios nequis sustinere. (Rupert.)

4  
tido y desengañado vengo en su busca, cuando la reclamo y la invoco, y le suplico que me proteja?

¡Ah! esta confianza misma, ¿no es ella la que la inspira? Sí, esta confianza misma es una dulce voz que ella hace resonar en el fondo de mi corazón. Me levantaré, pues, sí, me levantaré y saldré al instante del horrible abismo de vileza en que me hallo sumergido; yo iré, correré, volaré con los brazos abiertos á arrojar me en el seno de mi Madre, en ese seno consagrado para siempre en que se selló la grande alianza entre el cielo y la tierra; donde fué desarmada la justicia vengadora del Dios del rayo; donde el Eterno nació para dar nacimiento á la salvacion de todos; donde el grande, el divino Eliséo se redujo para arrancar de los brazos de la muerte no á un niño sino al Universo.

Fuera de ese seno, no hay ningun lugar de refugio. Allí el prisionero halla la libertad, el enfermo la salud, el afligido el consuelo, el desterrado la patria, el pecador el perdón. Allí iré, pues, á reposar tranquilo, allí fijaré mi morada hasta mi último suspiro.

¿Qué madre olvidó jamás á su Hijo hasta el punto de no sentir ya ni la menor ternura por esa parte de sus propias entrañas? Y aun cuando pudiera existir una madre semejante, estoy seguro de que la mía no me ha olvidado (1) La buena y tierna madre mía, me recibirá, sin duda, me abrazará y me ayudará á salvarme. Claro me lo dice un no sé qué de dulce que siento en mi corazón; no, no es un movimiento ordinario el que me atrae hácia ella con una fuerza tan poderosa y tan grata. Adelante, nada de demoras, todo instante de retardo es una nueva pérdida para mí.

(1) Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui. Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. (Isa. XLIX, 15.)

## LA CONFESION.

Yo he pecado, ¡oh Reina del cielo y de la tierra! he pecado sin freno, y mi pecado fué grande. Bien lo sé, mis faltas sobrepujan en número á las arenas del mar; están fijadas en mi corazón, distintamente veo delante de mis ojos las innumerables iniquidades de mi vida. Lo confieso sinceramente á la faz de los ángeles y de los hombres; pequé, y acompaño esta confesion con la vergüenza mas profunda y con todo el rubor de mi frente.

Sin embargo, tengo razon en no declararme culpable mas que de un solo pecado. Ciertamente, que no es á Vos, ¡oh grande Reina! á quien yo me atreveria á mentir; no tengo la intencion, amable Protectora mía, de ocultaros á Vos las llagas de mi corazón. Recorro con la mente mis años trascurridos, y qué veo..... ¡ay! desventurado, ¿qué veo? veo que no fueron otra cosa sino una larga sucesion de vicios y de crímenes. Examino mi vida entera y no la encuentro llena sino de iniquidades.

Pero si he pecado perpetuamente y sin interrupcion, no he hecho mas que prolongar mi primer pecado; familiar del crimen, he venido á ser la imagen misma del crimen. He dicho, pues, la verdad, si, cuando me he declarado culpable de un solo pecado, y cuando he dicho y sostenido que mi pecado fué grande. ¡Oh, qué oprobio! ¡oh, qué ignominia!

Pero no es justo, excelsa Soberana, no es justo que yo me conforme con una confesion abreviada de mis culpas como si quisiese ocultar el horror de ellas. Léjos de esto quiero que el cielo y la tierra, los pueblos y las naciones conozcan á fondo mi malicia, quiero dejar una memoria eterna de mi perfidia para expiar, por una eterna vergüenza, el orgulloso descaro de mis rebeldías. ¿Quién sabe sa ante el terrible cuadro de mi deplorable situacion, y á la

(\*) novissima, et contremiseo. (S. Bern.)



trágica relacion de mis desgracias, el corazon de mi Madre llegue á enternecerse? Lo espero, á lo menos, y mi esperanza no será vana.

¡Ay de mí!..... engendrado en el pecado por un padre de polvo y de lodo, nací hijo infortunado de maldicion y de ódio; pero apenas hube nacido, ¡qué prodigioso cambio se obró en mi condicion! Mi Padre celestial, por un impulso de caridad, me adoptó por su hijo, y vertiendo sobre mí todos los tesoros de su sangre, me hizo y me declaró á la faz del universo entero, hijo de bendicion y de gracia.

Entonces todavía no conocia yo á mi magnífico bienhechor. Era incapaz de ofrecerle el sacrificio de alabanza que le debia con tanta razon por favor tan señalado, favor tanto mas grande cuanto era mas gratuito y voluntario. Pero ¡ay! aun sin estar mi razon bastante desarrollada para bendecirlo, armaba contra él mi brazo débil, y antes de conocerlo, ya comencé á ofenderlo y á ultrajarlo.

Renuncié ¡insensato! renuncié á su adopcion; repudié la rica herencia que me habia adquirido al precio de tantas fatigas; arrojé ¡ay! arrojé lejos de mí aquella blanca túnica de inocencia de que me habia revestido el día dichoso de mi adopcion, angélica vestidura por la cual, haciéndome á sus ojos tan hermoso y tan amable, encontraba sus delicias en estar conmigo. (1) Tal fué, sí, tal fué el primero, el deplorable paso que me hizo bien pronto caer al fondo del mas horrible abismo.

Niño todavía, aprendí á pecar, á ultrajar á Dios, aunque á esta edad, debo repetirlo para mi mayor confusion, aunque á esta edad tan tierna no hubiera aprendido á conocerlo. ¡Imprudente! acerqué á mis lábios la copa emponzoñada de Babilonia y la apuré hasta las heces. Yo creia encontrar en ella la felicidad y la vida, y bebí desgraciadamente el infortunio y la muerte. Fuí mas lejos; á medida que avanzaba en edad, avanzaba tambien con paso rápido en la ancha vía de la licencia y del pecado. Vide

(1) Deliciae meae esse eum filiis hominum. [Prov. VIII, 31.]

tima, presa, juguete de mis pasiones, sin freno ni vergüenza, los mas terribles gritos del remordimiento, eterno compañero del crimen, fueron impotentes para detenerme.

Venido á ser el hombre de deseos mas perversos y corrompidos, doblé servilmente mi cabeza orgullosa, al tiránico yugo de mi sublevada concupiscencia. Con la sangre el pecado circulaba por mis venas, y luego, insinuándose poco á poco hasta la médula de mis huesos, la desecó enteramente y vine á quedar duro como el mármol. Así, familiarizado con los crímenes y los vicios, bebí sin rubor y á grandes tragos la iniquidad, como el agua; y ni las mas grandes amenazas pudieron espantarme, ni atraerme tampoco las promesas mas magníficas.

¿Qué diré mas? Mi corazon no era ya sino un verdadero sepulcro de horror, [1], y los cuidados mas exquisitos é ingeniosos para ocultar su vergüenza, bajo las apariencias engañosas que inventa la molicie, que ministra la moda, y que prodiga el lujo, no pudieron ya formar una puerta capaz de cerrar la entrada, ni de impedir su olor pestilencial.

Mis ojos, mi boca, mis oidos fueron los principales órganos por donde se introducía incesantemente una nueva corrupcion y por donde se exhalaba sin cesar un olor de muerte, olor funesto sabe Dios para cuántos otros!

Ah! permitid que aplicándome á mí con mucha más razon que él lo hizo, los sentimientos y las palabras del angélico San Bernardo, proclame con toda verdad que al repasar las faltas de mis primeros años, confuso y estupefacto me ruborizo; que al recordar las de edad mas avanzada, quebrantado por el dolor y la compuncion, vierto lágrimas amargas, y que, en fin, á la vista de las de mis últimos años, palidezco y tiemblo y me estremezco todo. [2]

Ay! qué espantosa nube se extiende delante de mis ojos! ¡qué horror, qué miedo pesa sobre mi corazon! ¡Ay!

(1) Sepulcrum patens est guttur eorum. (Ps. V, 2.)

(2) Video prima, et erubescio; video media, et ingemisco; video novissima, et contremisco. (S. Bern.)

¡Ay de mí! ¿qué he hecho? ¡Ay de mí! ¿qué he hecho al pecar?..... Pero qué hareis, Vos, ahora, Vos, la mas grande de las criaturas, la mas bella de las obras que han salido de las manos de Dios; ¿qué hareis, Vos, ahora? Abogada de los miserables, Refugio de los pecadores, Esperanza de los desesperados, Omnipotente Reparadora del universo, ¿qué hareis? Yo, Señora, he hecho lo que sabia hacer; Reina grande, augusta Virgen, haced Vos, ahora, lo que Vos sabeis hacer.

Para un abismo de males y de miserias, se necesita un abismo de compasion y de misericordias. Abrid, pues, en favor de un desgraciado como yo, abrid cuan grande es el abismo de vuestra clemencia, y seré librado de la muerte, que me tiene como al esclavo, de la cadena. Así será verificado aquel oráculo del profeta: Un abismo atrae á otro abismo. [1]

No me basta, ¡oh María! una sola misericordia, necesito muchas, innumerables, y todas extraordinarias. A Vos os toca juzgarlo, acordármelas no puede costaros mas que un acto de esa vuestra voluntad, á la que Dios mismo no resiste nunca.

Obrad este prodigio, ¡oh insigne Tesorera de todas las gracias! obradlo en gloria de Dios, que no os ha hecho tan grande sino para el alivio de los miserables. De Vos lo aguardo, á Vos lo pido, de Vos lo espero, de Vos lo quiero; y solo podriais rehusarlo cuando sea cierto que vuestra compasion se ha extinguido ó que habeis dejado de ser para con Jesus vuestro Hijo y nuestro Hermano, el grande, el solo, el único refugio de los pecadores.

DIRECCIÓN GENERAL

(1) Abyssus Abyssum invocat. (Ps. XLI, 8.)

## LA VUELTA.

Hé aquí, ¡oh poderosa Madre de Dios! hé aquí á vuestros piés á un traidor, á un pérfido, á un ingrato. Es el bárbaro que ha hecho correr la sangre de vuestro Hijo inocente delante de vuestros ojos; es el infiel que ha tenido el valor de abandonaros; es el esclavo fugitivo y rebelde que no ha cesado de cerrar el oído á vuestra voz: hélo aquí, en fin, hélo aquí de vuelta, en vuestra presencia se halla; está delante de Vos. ¿Qué ocasion mas favorable podeis esperar para vengaros? Está en vuestras manos, es tiempo de hacerle sentir el merecido rigor de vuestra justa cólera.

Podeis perderlo, podeis arrojarlo, podeis anonadarlo aún, si así quereis. Bien poco es arrojarlo y despreciarlo, haced mas bien estallar sobre él el rayo de vuestra indignacion, quitad del mundo un mónstruo que no tiene igual sobre la tierra, condenadlo, bien lo merece, á esa prision, mansion eterna de la muerte y del horror. [1]

Pero ¡qué digo, insensato! ¡En Vos, rigor! En Vos, venganza! ¿Acaso es este el empleo que Dios os ha dado, este es el ministerio á que estais destinada? ¿Seria, pues, falso lo que la Iglesia universal va repitiendo de siglo en siglo, que sois la Abogada y el Refugio de los desvalidos? ¿Seria, pues, falso lo que predicán en alta voz todos los Padres de la verdad? [2] ¿Seria, pues, falso que sois la Medianera de la paz entre Dios y los hombres, la Esperanza de los desesperados, el Asilo de los pecadores, la Omnipotente Reconciliadora de los desgraciados hijos de un padre culpable?

(1) Ubi umbra mortis et sempiternus horror inhabitat. (Job X, 22.)

(2) An falso aut inaniter vocat te omnis Ecclesia sanctorum advocatam suam et miserorum refugium?

Escuchad, excelsa Reina: este mónstruo de infidelidad, este traidor, este ingrato que os ha ofendido tan cruelmente, este sér indigno, soy yo, y á pesar de todo, soy vuestro hijo: vuestro hijo, me habeis concebido en aquel momento afortunado en que consentisteis en la encarnacion del Verbo eterno; vuestro hijo, me habeis engendrado en las angustias al pié de la cruz. ¡Ah! mi tierna, mi amabilísima Madre, si para justificar vuestra cólera me recordais mis perfidias, yo, para justificar mis súplicas, os recuerdo el Calvario.

Allí, sobre esa montaña adorable, fué pagada la deuda inmensa de mis iniquidades, allí fué desgarrada le cédula de mis obligaciones; allí fué borrada la fatal sentencia de muerte ya publicada contra mí. Sobre esa montaña fué atado el nudo de paz y de alianza entre el cielo y la tierra; allí, en fin, fué sellado por la sangre del Hombre Dios, el gran testamento de reconciliacion y de gracia que me da derecho á la herencia de mi hermano el primer nacido; y Vos, sí, Vos misma, fuisteis la cooperadora de esta grande obra, digna solamente de un Dios.

Pero si recuerdos tan tiernos y vivos no pueden despertar en Vos la compasion hácia un desgraciado, que os conmuevan, á lo menos, las últimas palabras de vuestro Hijo en la cruz. Él, Madre mia, despues de treinta y tres años de fatigas; despues de haber bebido hasta las heces el amargo cáliz de mis iniquidades presentes desde entonces á su pensamiento; Él mismo, sustituyéndome en su lugar por un exceso inaudito de caridad, me dió á Vos por hijo y os dió á mí por madre.

Este acto solemne de su voluntad, al cual quiso que estuviese presente, á fin de declararos públicamente á la faz del universo entero ejecutora de sus disposiciones; este acto solo fué el único recuerdo que os dejó por escrito en su grande testamento; ese fué tambien el empleo á que le plugo destinaros y que Vos aceptasteis de buena voluntad. ¿Cómo despues de esto, permaneceriais inflexible á este rasgo de caridad sin ejemplo? y ¿cómo rehusarias llenar las altas funciones que os fueron encomendadas?

Piedad, Madre mia, piedad del mas miserable de los

pecadores; él ha costado la sangre y la muerte de vuestro Hijo, y esta sangre y esta muerte serian enteramente perdidas para mí si yo me pierdo, y me perderé ciertamente si Vos no me ayudais. Acordadme, pues, vuestra proteccion, vuestro apoyo, vuestro socorro, y mi salvacion se asegura, y yo recomensaré con alabanzas eternas todas mis pasadas ingratitudes.

Pido mucho, es verdad, ya lo sé, bien lo veo. ¿Qué, será demasiado para vuestro corazon? ¿La inmensa misericordia de que necesito, podrá invadir y ofender los imprescriptibles derechos de la justicia? No, al contrario; llamo por garante al ilustre Crisólogo; su palabra me da valor y me reanima.

Las virtudes, dice, tienen esto de propio, es á saber: que se tienen todas, de suerte que si aislais una, una sola, destruis todas las demas. Si pues la justicia y la misericordia son dos virtudes distintas, son hermanas, y está en su naturaleza ser inseparables. Por esto es que en Dios mismo, eterna fuente de todas las virtudes verdaderas, la misericordia no está sin la justicia ni la justicia sin la misericordia.

De aquí es, concluye este gran Doctor, que una equidad sin bondad degenera en rigor, y una justicia sin misericordia llega á ser crueldad [1.] ¿Querriais, Vos, Augusta Virgen, ser rigorosa y cruel conmigo? y aun cuando vuestra voluntad quisiera, ¿lo podria, acaso, vuestro dulce corazon? ¿Tendria valor para ello?

MA DE NUEVO LEÓN<sup>®</sup>  
DE BIBLIOTECAS

(1) *Penes Deum neque pietas sine justitia. Virtutes si separatæ fuerint, dilabuntur; æquitas sine bonitate sævitia est, et justitia sine pietate erudititas.* (S. Petr. Chrysol.)

## EL DOLOR.

Si pudiera yo, á lo menos, ver á mi corazon estallar de dolor dentro del pecho; este pérfido corazon que ha violado todos los derechos, burlado todas las leyes; pisoteado todos los deberes! Si pudieran mis ojos verter arroyos de lágrimas, y que estas lágrimas fueran mi pan de dia y de noche [1]. Pudiera mi alma consumirse, exhalarse en gemidos y en suspiros; pudiera yo morir de dolor!

Pero ¡ay! á qué triste condicion me ha reducido el pecado! Pronto fui para arrojarme al precipicio, y estoy como encadenado cuando se trata de salir de él; fui fácil para disipar la herencia de mi padre, y soy lento é inerte para recoger los restos; fui omnipotente para cometer un mal infinito, y soy la debilidad y el apocamiento mismo para detestarlo; fui, para decirlo en una palabra, grande para pecar, y soy menos que nada para llorar mi pecado.

El halago de la iniquidad bastó para hacerme beber hasta la embriaguez, en la copa de la muerte; y ahora los dulces y poderosos atractivos de la gracia bastan apenas para sacarme de mi letárgico entorpecimiento. Es en mi tan poderoso el encanto del vicio, que apenas, apenas siento el imperio victorioso de esa gracia que sin violentar la voluntad, la acaricia con tal dulzura, (2) que suaviza por medio de sus secretos toques, los corazones mas duros y triunfa de los mas obstinados.

¡Dios mio! á qué estado tan deplorable estoy reducido! ¿Qué partido, pues, qué esperanza me queda, sino arrojarme en los brazos de mi Madre, abrazarme fuertemente de sus piés sagrados, besarlos con toda la efusion de mi alma, regarlos con mis lágrimas, y suplicarle, con sollozos y gemidos, que tenga piedad de un desgraciado?

Con solo que ella permita que me postre á sus plantas,

(1) Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte. (Ps. XLI, 4.)

(2) Non cogendo, sed oblectando. (S. Aug.)

recau, madre mia, piedad del mas miserable de los

se ganó mi causa. ¿Cómo podria ser que no se despertara toda la ternura de su corazon maternal en vista de una miseria tan grande? Fui bárbaro, pérfido, perjuro, ingrato, mas de lo que nadie se puede imaginar, ¿pero seria posible que mis ingratitudes pudiesen luchar con su misericordia, y no solo luchar, sino vencerla y sobrepujarla?

No, esto es conocer muy poco á mi buena Madre. Si yo no sé disculparme por mis lágrimas, su tierno corazon mismo sabrá encontrar las razones mas ingeniosas para compadecerme. Así, pues, ¡oh bellissima Madre, Madre querida; amada Madre, amable, amabilísima Madre, yo recurro á Vos, yo os invoco é imploro, y estoy seguro de que no solamente no me rechazais, sino que por el contrario, os sentís dichosa de verme correr bajo las alas de vuestra proteccion; Vos sois, en efecto, esa Montaña de la casa del Señor, predicha por el profeta, preparada desde el origen de los siglos, elevada en la plenitud de los tiempos sobre la cima de los mas altos montes, y adonde todas las naciones deben acudir. [1].

Vos estais elevada mas alto que las otras montañas, porque así como sobrepujais en grandeza y en dignidad á los ángeles y á los Santos, así tambien los sobrepujais en compasion y en clemencia. Por esto ocurren á Vos todos los pueblos para obtener con abundancia la misericordia y la gracia. Vos sois esa Ciudad fortificada de que habla San Jeremías, á donde todos los desvalidos deben ocurrir y permanecer tranquilos, porque les basta aproximarse á Vos para ser socorridos.

Vuestro corazon compasivo sabrá adivinar sus miserias, mucho mejor de lo que ellos sean capaces de explicarlas; en fin, Vos sois el sublime, el augusto Trono que cantó David, y que Dios mismo se ha preparado desde el principio de las edades para derramar en él á manos llenas los tesoros inagotables de su misericordia.

Verificada, Virgen Augusta, los oráculos de los profetas, realizad las sombras y figuras bajo las cuales os han seña-

(1) Et erit mons domus Domini in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes. (Isa. II, 2.)

daturum se nobis. (Luc. I, 73.)

lado á los siglos futuros, y consolad la esperanza del mas miserable entre todos los miserables, que animado por sus promesas implora á vuestros piés compasion, gracia, misericordia.

¿Seriais inexorable para mí solo, cuando sois dulce y clemente para todos los otros? ¿Lo seriais, Vos, cuya misericordia no falta jamas á nadie; Vos, cuya benignidad sin igual y sin ejemplo no rechazó jamas á un pecador por grande que fuese, desde el punto en que acude á vuestra proteccion y amparo? (1)

Hace ya mucho tiempo, os diré, siguiendo el pensamiento del santo obispo de Turin, hace ya mucho tiempo que mi pobre alma yace enferma, lánguida y medio muerta en el lecho infecto de este miserable cuerpo, encadenada por los sentidos, que arrastrando ese mísero lecho, ya para un lado, ya para el otro, la maltratan con violencia.

Qué os costaria renovar hoy el milagro de la piscina probática! Hacedlo, pues, ¡oh la mas bella de todas las vírgenes! Mandad á esta alma ya espirante, que recuperando sus primeras fuerzas, se levante de su lecho y en lugar de ser arrastrada en él, lo cargue generosamente y marche llena de vida por el camino de la justicia.

Si lo ordenais, esta dichosa revolucion será cumplida ciertamente. De ella es, segun el juicio del mismo pontifice, de la que habla el profeta. Entonces se dirá que en la enfermedad mortal de mi alma, Vos, volteando su lecho, habeis restablecido el órden, sometiendo otra vez al yugo este cuerpo de muerte con todos los sentidos, sus ministros, y reparando al espíritu en su primitivo imperio. (2)

(1) Tu cujus misericordia nulli unquam defuit; cujus benignissima humanitas nullum deprecantem, quantumque peccatorem, unquam despexit. (S. Bern.)

(2) In hoc plane completa est prophetica illa sententia: unversum stratum ejus versasti in infirmitate ejus; ut versa vice portaret lectum, in quo fuerat paulo ante portatus, et anima illius qua vesiculo corporis ferebatur, postea corpus suum ipsa utilius circumferret. (S. Max.)

riegaui, madre mia, piedad del mas miserable de los

## EL GEMIDO.

Santísima Madre de Dios, Refugio de los miserables Consuelo de los afligidos, Reina de la misericordia, poderosa Abogada de los pecadores, dignaos fijar vuestros clementísimos ojos sobre un desventurado que pide gracia; escuchad los gemidos y los suspiros de la criatura mas miserable que existe sobre la tierra; tended la mano á un pobre ciego que se ha precipitado en el profundo abismo de todos los males.

Desde lo alto de ese trono resplandeciente y sublime donde os hallais sentada, Reina de los Angeles y de los hombres, dignaos mirar un instante hácia acá abajo, hácia este valle de lágrimas y de dolores. ¡Oh, qué patético espectáculo de piedad y de compasion se presentará á vuestros ojos! á esos ojos que gustan de contemplar el infortunio, solamente para socorrer á los infortunados!

Pero antes de descubrirnos mis llagas, permitid que os llame con el dulce nombre de Madre! nombre de amor y de dulzura que anima y refuerza mi confianza; nombre amable y querido que me recuerda que soy vuestro hijo, y que opone á mis iniquidades toda la ternura de vuestro corazon. La confianza en este nombre es la que me da valor para repetir en pocas palabras, la lúgubre y funesta relacion de todos los males que sufro. ¡Ah! mi tierna, mi amabilísima Madre!

Bien puedo decir que desde el primer momento de mi fatal desercion, vine á ser un cúmulo de iniquidades que muy pronto sobrepasaron al número de mis cabellos. Apenas hube dado, insensato, el primer paso que me alejó de Vos, cuando mis enemigos furiosos, viéndome solo y sin defensa, cayeron sobre mí y me arrebataron en un instante los ricos tesoros que mi Padre me habia dado.

Quedéme entonces en completa desnudez, golpeado, lastimado y expuesto á toda clase de insultos; vine á ser

datum se nobis. (Luc. 1, 13.)

el juguete y la burla de mis pasiones desenfrenadas, y me encontré, casi sin advertirlo, sumergido en el pantano de la mas vergonzosa degradacion: mis ojos se velaron de una espesa nube.

No entreviendo ya ningun rayo de luz, me ví obligado, como los habitantes de Sodoma, á marchar á tientas, en medio de las brillantes claridades del medio dia. Mi corazon vino á ser una sentina apestada de toda suerte de abominaciones, y mi voluntad no conoció ya otros bienes mas que los groseros de la mas furiosa concupiscencia; en un abrir y cerrar de ojos me encontré cubierto todo de la horrible lepra del pecado; y aun cuando tuviese todavía la apariencia de la vida, estaba realmente muerto. (1)

¡Oh! funesto, deplorable momento que me hizo perder todos mis bienes; ¡oh! cruel, insoportable, espantoso recuerdo que me llena de horror, y que me pone delante de los ojos toda la vergüenza de mi prevaricacion! ¿Qué haré yo, infortunado de mí, quién me librará de mí mismo? Solo á Vos, ¡oh grande Consoladora de los afligidos! Refugio de los miserables! solo á Vos corresponde obrar este prodigio que os cubrirá de una gloria inmortal.

¡Que la vista de mis desgracias conmueva vuestras entrañas! Madre mia, tened piedad de mis males. No hay en mi carne vestigio de salud, mis huesos no encuentran reposo á causa de los recuerdos de mi locura.

¿Pero haber llegado á ser tan despreciable, y haberlo llegado á ser por culpa mia, es acaso una razon para desesperar de vuestro socorro? No, este seria un ultraje que no recibireis de mí, y será quizás el único que yo no os haya hecho. Aun cuando sean mis pecados más numerosos y graves que todos los pecados del mundo, vuestra misericordia será siempre mayor que ellos, y mi esperanza no estará nunca fuera del alcance de vuestra misericordia.

Ni Cain ni Júdas se perdieron á causa de la enormidad de sus crímenes; los perdió su desconfianza. (2) Arrojad-

(1) Nomen habes quod vivas, et mortuus es. (Apoc. III, 1.)

(2) Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear. (Gen. IV, 13.)

recuau, madre mia, piedad del mas miserable de los

me, rechazadme de vuestra presencia, si así os agrada; yo diré siempre que teneis razon. Llegad, hasta herirme de muerte, si así lo teneis á bien, no cesaré de esperar en vuestra misericordia. Os miraré siempre como mi única esperanza, mi consuelo, mi asilo seguro; y veré si en la balanza de vuestro corazon pesan mas mis iniquidades que mi confianza.

Me abandono, pues, en vuestros brazos, Madre mia, y á Vos, únicamente á Vos, someto la decision de mi suerte. Decidid; pero antes de todo, acordaos bien, que si soy pecador y grandísimo pecador, para llamar á los pecadores y no á los justos, el Verbo eterno se dignó descender á la tierra; (1) acordaos que si las llagas que me devoran son gangrenosas y profundas, los enfermos y no los sanos son los que tienen necesidad de médico y medicinas. [2] Acordaos, en fin, que la misericordia es el sentimiento mas caro al corazon de vuestro divino Hijo, que para hacerse misericordioso y compasivo hácia los miserables, se abatió hasta hacerse nuestro semejante. [3]

Acordaos que la misericordia tiene el primer rango entre las obras de la Sabiduría y de la Omnipotencia divinas; (4) en una palabra, que todas las vías de nuestro buen Dios no son sino misericordia y verdad, [5] misericordia para socorrer á los desgraciados, verdad para hacer firme é inmutable la certidumbre de su divino auxilio, segun las promesas juradas á Abraham, patriarca de los creyentes. [6]

Presentes estos recuerdos, decidid, Augusta Virgen, decidid de mi suerte; pronunciad mi sentencia: contento estoy de que sea pronunciada por la que no ha de poder olvidarse de que es mi madre.

(1) Non veni vocare justos, sep peccatores. (Luc. V, 32.)

(2) Sani non indigent medico, sed male habentes. (Id-ibid, 31.)

(3) Debit per omnia fratribus similari, ut misericors feret. (Heb. II, 17.)

(4) Et misericordia ejus super omnia opera ejus. (Ps. CIX, 9.)

(5) Universæ viæ Domini misericordia et veritas. (Ps. XXII, 10.)

(6) Jusjurandum quod juravit ad Abraham, patrem nostrum, daturum se nobis. (Luc. I, 73.)

## LA MISERICORDIA.

Héme aquí ¡oh poderosa Madre de Dios! héme aquí de vuelta á vuestros piés! ¡Insensato que fuí el hechizo engañoso de una felicidad imaginaria me extravió, me sedujo, y me hizo vagar largo tiempo en los vastos campos del libertinaje y del error. Al primer pensamiento que mi inteligencia ciega concibió de este imprudente designio, Vos tuvisteis cuidado de hacer brillar á mis ojos un rayo de luz sobrenatural y divina á fin de disipar el prestigio; pero mi voluntad perversa cerró los ojos para no ver mi ruina.

Después, herida de demencia, se puso á caminar á tientas en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Desde el primer paso que di por el sendero fascinador de la concupiscencia, corristeis hácia mí, preguntándome á gritos, que por qué me alejaba de Vos, que por qué os volteaba las espaldas.

Pero semejante al áspid, que enroscando su cola se tapa con ella las orejas para hacerse insensible á encantos importunos, me hice sordo á vuestra voz. No hice caso ninguno de vuestros gemidos, y los ví llevar, indiferente y desvergonzado, por el sople ligero del viento fugitivo.

Así es como corriendo precipitadamente hácia el abismo, tropecé y caí. Mi caída os dió lástima, é inmediatamente ocurristeis para tenderme la mano y levantarme. Viéndome entrar en mi deplorable carrera, redoblasteis vuestras caricias para obligarme á seguiros.

Pero, hijo desnaturalizado, os desprecié, me burlé de Vos. Con desdén rehusé vuestros socorros; y vuestros solícitos cuidados fueron un motivo mas para alejarme de Vos. ¡Ay! cuando pienso en esto, mi corazón se parte, y un miedo glacial penetra mis huesos. Bebiendo ya en la copa impla de Babilonia, cuyo veneno turbó mi razón y

consolador de vuestra gloria. Si esto no basta sin embar-

mi corazón, me abandoné sin reserva á la tiránica violencia de esa ley de los miembros que me hizo esclavo de la dura ley del pecado. [1]

Así, furioso y frenético, ya no presté oído sino á la voz engañosa de mi enemigo. Tan luego como me vió solo y alejado de mi madre, saltó sobre mí, y desplegando su bravura contra una paja seca y estéril, extendió su mano rapaz y me robó, arrebatándome todos los preciosos tesoros que mi Padre me había dado, y luego, cruel, me dejó solo, herido, pobre y desnudo.

Entonces fué cuando mi corazón comenzó á reprocharme mi ingratitud. Dirigí sobre mí una mirada atenta, y la desoladora miseria en que me ví sumergido me llenó de vergüenza y de horror. ¡Oh Madre, mi buena Madre! comencé á gritar entonces: pero los sollozos y las lágrimas apagaron la voz en mis labios, y no pude proferir otra cosa sino el solo nombre, el nombre consolador de Madre.

A estos gemidos, convertisteis hácia mí vuestras miradas; y aunque las sucias pieles de Esau, de que yo estaba cubierto me hubiesen cambiado de tal modo que yo mismo tenía trabajo en reconocerme; al solo sonido de mi voz, reconocisteis que yo era vuestro hijo Jacob. [2]

Entonces, ¡oh tierno espectáculo! volasteis hácia mí con los brazos abiertos para abrazarme; y yo, con la vergüenza en el alma, el pesar en la frente y los ojos en tierra, corrí á arrojarme en vuestros brazos maternos. Os lanzasteis á mi cuello, yo caí á vuestros piés y los abracé, y Vos en el gozo de volverme á ver, y yo en el dolor de haberos tratado tan indignamente, permanecemos mudos: Vos no podiais decir otra cosa, sino *Hijo mio!* y yo no podía decir otra cosa, sino *Madre mia!*

Héme aquí, pues, ¡oh Madre! hé aquí que vuelvo á vuestro lado para no separarme ya. Mi culpable é insensato alejamiento me cuesta muy caro; he aprendido á mi costa

(1) Sentio in me aliam legem, captivantem me sub lege peccati. (Rom. VII, 22.)

(2) Vox quidem, vox Jacob est, manus autem, manus sunt Esau. (Gen. XXVII, 22.)

á conocer las consecuencias de la desobediencia. En lo adelante permaneceré siempre con Vos; teniendoo fuerte- mente de la mano; sin Vos, no daré ya ni un solo paso.

Pero, Madre, me da vergüenza estar á vuestro lado, así tan pobre y tan desnudo. ¿No veis que me cubre este vestido inmundo de pieles de animal? Es el triste manto de confusion y de oprobio que nos ha sido trasmitido por nuestra primera y culpable madre; es la herencia de nuestros primeros padres, sucio y manchado todavía más por mis propias iniquidades. (1)

Si alguno me ve en este estado, me atribuirá sin duda la culpa; pero, sin embargo, ¿qué dirá de Vos? Un vestido tan sucio y asqueroso, permitid que os lo diga, podría suscitar la idea, indigna de Vos, de que no queréis ó no tenéis otra cosa con que cubrir al mas desgraciado de vuestros hijos, cuya vista causa lástima.

Pero no, San Bernardo me dice, que ni la voluntad ni el poder os faltan. [2] Pues si podeis, Madre, queredlo; quered lo que podeis. Que vuestro poder mismo, añadiré con San Bernardo, sea para Vos un motivo de quererlo. Cubridme, Madre, con esa doble y rica vestidura que hace el adorno de vuestros servidores. [3]

Revestidme del amor de Jesucristo y del vuestro; es todo lo que os pido por lo pronto. ¡Y qué cambio os prometo! Me iré por todas partes luciendo mi hermoso traje, de suerte que tantos otros tan miserables como yo, al verme vestido tan ricamente, querrán obtener la misma felicidad, y se apresurarán á ser admitidos á vuestro lado, para aumentar así el número de vuestros servidores.

Y bien, grande Reina, ¿os parece bien lo que os digo? Pensad en mi proyecto y vereis que es propio y digno extender vuestro imperio, y hacer mas patente todavía el

(1) Vides hanc tunicam pelliceam quæ nos circumdedit? Tunica Eve, parentis nostræ, quam ad nos olim misera illa transmisit, et supervestivit carnem filiorum suorum, sicut diplode, confusionis suæ. (S. Bern.)

[2] Nec facultas, nec voluntas illi deesse potest.

(3) Omnes domestici ejus vestiti sunt duplicibus. (Prov. XXXI. 21.)

esplendor de vuestra gloria. Si esto no basta, sin embargo, para enterneceros, acordaos, como dice San Agustin, que jamas se ha oido decir hasta ahora que ningun pecador que recurriese á vuestro patrocinio haya sido desamparado. (1) ¿Querrias, acaso, dar en mí el primer ejemplo?

(1) Memorare, o piissima virgo Maria, non esse auditum a sæculo quemquam ad tua præsidia confugientem esse derelictum. (S. Aug.)

(3) Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. (S. LXXXVI, 3.)



## LA ESPERANZA.

¿Qué me dices, corazón mío; se ha apaciguado mi Madre, se ha calmado? Tú solo, que has sido tantas veces colmado de sus caricias; tú solo puedes asegurármelo. Pero ¡ay! no respondes, te callas; te obstinas en guardar un cruel silencio. La sequedad, la tibieza, la frialdad en que vives, me anuncian claramente que mi Madre no se ha reconciliado todavía conmigo.

Pero no; no puedo abandonarme á este triste pensamiento. ¿Quién sabe? Estoy tentado de decirlo, quizás finge ser severa, estando enternecida. Este es el estilo, este es el ingenioso artificio de todas las madres, aun de las mas tiernas: aparentan rehusar cuando quieren conceder lo todo, y lo hacen para excitar á sus queridos hijos á que supliquen, porque la súplica todo lo obtiene.

La madre cuyos pechos están llenos de leche, nada desea tanto como descargarlos en la boca de su querido niño, y sin embargo, rara vez lo hace, si éste no se lo pide con sus lágrimas; estas lágrimas son el dulce alimento de su ternura.

Y si así obra ordinariamente la naturaleza en todas las madres, ¿puede creerse que la gracia obre de otro modo en el corazón de Aquella que por tantos títulos, mas nobles y sagrados, ha venido á ser mi madre? Quizás, ¡Augusta Reina! estais haciendo conmigo una cosa semejante. Esta es á lo menos mi confianza, y ella basta para llenarme de valor y de consuelo. ¡Qué sé yo!..... mi confianza, tal vez no será vana.

Pero, bien me equivocó, ó no, no esperéis que yo cese de piar como un polluelo al rededor vuestro, hasta que me abrais las alas de vuestra clemencia y me recibais con bondad. Continúad, pues, continuad en mostraros enojada conmigo, vuestro severo continente no me inquieta para nada. Estoy á la puerta de vuestro corazón, y llamo y

toco y empujo sin cansarme. Soy un mendigo que pide limosna, soy un afligido que pide consuelo, soy un peregrino que pide un abrigo.

Pero hé aquí, mi buena Madre, que comienzo á sentir los prodigiosos efectos de vuestra ternura! Me conozco bien á mí mismo y sé todo lo que tengo de ligero é inconstante, por lo cual, esta confianza, esta constancia, esta importunidad en rogaros, no puede ser, de seguro, producto de esta tierra infecunda é inculta; ella me viene de Vos sin duda ninguna. Ciertamente, Vos cuyo imperio sobre los corazones es á la vez tan poderoso y tan dulce, sois quien debe habérmela inspirado.

Os diré hoy como San Anselmo decia en otra vez á vuestro Hijo: "¡Oh, Vos que me dais el valor para pedir, dadme lo que os pido; Vos que me inspirais el deseo de buscar, haced que encuentre lo que busco; Vos que me concedéis la fuerza para llamar, abrid á este pobre que llama. (1)

¿A quién dareis, continúo con el mismo Santo, á quién dareis, si no dais nada á aquel que os pide? ¿Quién hallará nunca lo que busca, si el que busca es engañado en su esperanza? ¿A quién se abrirá la puerta de vuestra compasion, si la cerrais al que llama?

Acordaos, buena Señora, que vuestro Hijo ha derramado sobre Vos el aceite del gozo y de la alegría, de preferencia á todas las otras hijas de Sion, (2) y ya sabeis que el aceite es el símbolo de la compasion y de la misericordia. Así, vuestro Hijo, que es la caridad por esencia, no ha derramado sobre Vos el aceite sino á fin de llenaros de una bondad tal que pudieseis consolar á todos los afligidos que recurriesen á Vos.

Si os pido compasion, os pido lo que se os ha dado para mí. No vayais á decirme que mis pecados son muy

(1) Ecce peto, quero, pulso: qui me facis petere, fac et accipere; das querere, da invenire; doces pulsare, aperi pulsanti. Quis invenit, si querens frustratur; cui aperis, si pulsanti claudis; quid das non oranti, si amorem tuum negas roganti? (S. Anselm.)

(2) Unxit te Deus tuus oleo lætitiæ præ consortibus tuis. (Ps. XLIV, 8.)

(3) Gloriosa dicta sunt de te, CIVILES DEI. (Ps. LXXXV, 3.)

grandes y mis miserias infinitas; porque yo os respondo que la clemencia presupone el delito, y la compasion la miseria; pues es imposible ser clemente sino para con el culpable, imposible ser compasivo sino para con el desgraciado.

Si por esa razon rehusaseis socorrerme, ¿qué se diria de Vos? Se diria que vuestra misericordia se dejaba vencer por mis miserias; se diria que vuestra clemencia era mas débil que mis iniquidades; se diria, en una palabra, que la Madre de un Dios, no ha podido ó no ha querido ayudar á un infortunado, porque estaba mas que ninguno agobiado de calamidades y desdichas.

Decir que no podeis ó que no quereis, seria cosa igualmente injuriosa á vuestro poder y á vuestra bondad. Sin embargo, permitidme esta confesion, me agradaria mas oír decir que no podiais, que no que dijeran que no queriais socorrer á los desgraciados. No poder, cuando se quiere, no quita nada á la dignidad del rango, ni á la magnanimidad del alma; pero no querer cuando se puede, denotaria una dureza de corazon que seria para Vos mucho mas injuriosa de lo que es vuestro poder honorable y magnífico.

Yo no puedo sufrir el oír hablar así de mi Madre, á quien todos los siglos celebran á porfia como la mas tierna, la mas clemente, la mas liberal de todas las madres. Ea, pues, ¡oh grande Reina! muevaos al menos vuestro honor mismo, si no os han conmovido mis miserias. Haced conocer al universo que cuando se trata de tender la mano á los desgraciados que os invocan, lo quereis y lo podeis todo, [1] rica igualmente de poder y de compasion.

Ni lo uno ni lo otro seria digno de la Madre de un Dios, si uno y otro no participasen del Infinito de que estais tan cerca. ¡Oh, cuando os contemplo, Virgen augusta, os pierdo enteramente de vista, y en vuestro lugar no veo mas que misericordia y clemencia! [2]

(1) Nec facultas, nec voluntas illi deesse potest. (S. Bern.)

(2) Cum te, Domina, aspicio nihil, nisi misericordiam video. (S. Bonav.)

¿Y esto por qué? Porque el Dios que os ha elevado á la dignidad incomparable de Madre de su Hijo único, no lo ha hecho sino para preparar en Vos una caritativa protectora de todos los desgraciados; y haciendooos lo que sois, os ha dado el cuidado de compadecerlos y ayudarlos. He aquí, pues, el poderoso motivo, para que de mi parte os pida resueltamente misericordia y compasion, y para que de la vuestra no podais rehusármela!

Ahora, Madre mia, permitidme una inocente confianza. Me parece que os he reducido al punto de no poder decirme que no. O me admitís con ternura, pecador, impío, sacrilego, malvado como soy, ú os oponéis á los misericordiosos designios de un Dios, á quien estais tan obligada, y traicionais los deberes del cargo que se os confió.

¿Qué decís? ¿Tendreis algo que replicar? ¿ó habrá tal vez razones mejores, ó mas poderosas que poder daros? Sobre este punto, os dejo en libertad de decidir.

¡Oh! cuán dulce violencia no deben ejercer en vuestro corazon el deseo de un Dios y la miseria de un hijo, y de un hijo pobre, herido, desgraciado, abandonado de todo el mundo y privado de todo socorro. Os lo he dicho todo, Madre mia, mi corazon desolado no puede sugerirme ya nada mejor para enterneceros.

Una sola cosa me resta, Madre mia, y es la de repetir, con el grande Agustin, y lo repetiré cien veces, y lo repetiré á cada instante y hasta mi último suspiro: que es inaudito en la historia de los siglos que jamas un pecador, ni uno solo, os haya encontrado dura é inflexible á sus ruegos, innaccesible á sus gemidos y á su confianza. [1] ¿Permitireis que yo sea el solo, el único ejemplo de lo contrario? Veremos si teneis valor para ello.

Pero sabedlo, Madre, aun en esta extraña suposicion, y aun cuando S. Bernardo, vuestro valido y predilecto, me autorice para no hablar jamas de vuestras misericordias, en caso de ser abandonado, (2) sin embargo, aun-

(1) Memorare, o piissima virgo Maria, non esse auditum á saeculo quemquam ad tua currentem praesidia esse derelictum. (S. Aug.)

(2) Sileat misericordiam tuam, Virgo beata, qui te in suis necessitatibus invocantem meminert defuisse. (S. Bern.)

que él lo diga, yo no cesaré nunca, no me cansaré jamás de llamaros, de reconoceros y de proclamaros Madre y Reina de misericordia, Trono de gracia, Propiciatorio de clemencia y de caridad para todos, comun á todos, incomparable, inmenso, universal.



### LA PERSEVERANCIA.

Hablad, grande Reina, hablad, que vuestro siervo os escucha. Hablad, en fin, y que yo oiga de vuestros labios la decision de mi suerte. Espero con impaciencia é inquietud vuestra respuesta; pero esperándola, me estoy á las puertas de vuestra misericordia. Por favor, abridme, ¡oh gran Señora! abrid á un pobre mendigo. La noche lo ha sorprendido hace ya mucho tiempo, y se ha extraviado. ¡Desventurado! yo he vagado en la oscuridad sin percibir ningun rayo de luz, y todas las bestias feroces que salen hambrientas al abrigo de las tinieblas, han amenazado devorarme. [1]

Abridme, ¡oh la mas bella de todas las hijas de Sion! ved que el frio invierno de mis pasiones me ha helado todo, y el aquilon furioso de mi concupiscencia ha entorpecido todos mis miembros. Mi cabeza destila un rocío gélido, y mis cabellos están helados por la escarcha de la noche. [2] Ábrid de lástima, ¡oh piadosísima Señora! abrid; el que llama es vuestro siervo, es vuestro hijo; reconocedlo en la voz.

Es aquel que Vos disteis á luz un dia entre los mas crueles dolores, allá en la cumbre del Gólgota; es aquel que fué otra vez el objeto de todas vuestras caricias. Abrid, hermana mia, porque lo sois, puesto que descendéis del mismo Padre, y que estais aún revestida de la misma carne que yo; abrid, porque ya no puedo mas, y dignaos, en fin, introducirme á vuestra mansion, donde todo respira el gozo y la alegría.

Vos sois aquella hermosa ciudad de Dios, de la que todo el mundo dice cosas admirables y magníficas. [3] ¡Oh!

(1) Facta est nox, in ipsa pertransibunt omnes bestię sylvę. (Ps. CIII, 20.)

(2) Caput meum plenum est rore, et cincinni mei guttis noctium. (Cant. v. 2.)

(3) Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. (Ps. LXXXVI, 3.)

si quisieseis introducir en esa hermosa ciudad á un miserable, á un ingrato, á un indigno como yo, veriais aumentar la magnificencia de ella, su brillo, su esplendor y su gloria. ¿Permanecerá acaso cerrada para mí la puerta de esa Arca maravillosa, que construida en otro tiempo por Noé, no era mas que vuestra figura, y la sombra de lo que Vos sois?

Acordaos, grande Reina, que la familia privilegiada del buen patriarca, no fué la única recogida en el arca, y salvada del diluvio; hubo tambien séres y animales de toda especie. Bella imagen para los siglos futuros de lo que debia verificarse en Vos; elocuente profecía que hacia entender que en Vos, Arca viva del Señor, fabricada no por la mano de los hombres, sino por la Sabiduría increada, no serian los justos los únicos recibidos, sino ademas y sobre todo, los pecadores, y los pecadores de toda especie.

Sin embargo, por expresiva, por conforme que sea á su modelo, la imagen es siempre opaca delante del objeto que representa. Así, en el Arca de Noé, no entró sino un par de cada especie de animales inmundos, mientras que no solo á dos pecadores de cada especie, sino á todos sin distincion y sin reserva ninguna, se ha acordado el derecho de ser recibidos en Vos, Arca maravillosa, Arca viva del gran Testamento de reconciliacion y de gracia.

He aquí por qué ¡oh Reina mia! segun las reflexiones de los Padres de la Iglesia, cuando el discípulo muy amado os vió coronada de brillantes estrellas, (1) oyó al amigo de vuestro corazon prometeros solemnemente, prodigándoos los dulces nombres de amiga, de paloma y de esposa, otra corona de leones y de leopardos. [2]

¡Qué enorme diferencia entre una corona de estrellas y una corona de mónstruos! ¿Qué clase de regalo hace el más rico y el más tierno de los amigos á su más tierna amiga? Sin embargo, excelsa Reina, estas dos coronas son igualmente magníficas, igualmente grandiosas.

(1) Et in capite ejus corona stellarum duodecim. (Apoc. XII, 1.)

(2) Veni, amica mea, columba mea, veni, coronaberis... de cubilibus leonum, de montibus pardorum. (Cant. IV, 8.)

A Vos, en calidad de Reina del cielo, conviene perfectamente una corona de estrellas, compuesta, no de los astros materiales que brillan en el firmamento, sino de ángeles, de serafines, de las almas más santas y virginales que brillando en la Jerusalem celestial con diferentes grados de gloria, hacen vuestra diadema mas rica y mas hermosa.

Pero á Vos tambien, en calidad de Reina de la misericordia, conviene, todavia mejor, una corona de béstias feroces y de mónstruos, es decir, de pecadores y de impios. Recogidos y salvados por Vos, forman al rededor de vuestra cabeza la más rica diadema, la más resplandeciente corona, aumentando así el esplendor de vuestra gloria, á proporcion de sus antiguas manchas y de sus antiguas miserias.

Ofreciendoos una corona semejante, vuestro divino Hijo no tuvo otro designio sino el de participar con Vos la gloria de su imperio. Llevó en triunfo al pecado, encadenándolo en su cruz como el trofeo de sus victorias; y llevando Vos sobre vuestra frente una corona de pecadores hareis mas brillante el esplendor de sus triunfos, y en vuestras conquistas le presentareis mas agradables frutos de sus propias victorias.

Todavia paso mas adelante ¡oh Reina y Señora mia! Si no me alucina el amor de mi causa, me atreveré á decir que esta corona os hace mas honor que ninguna otra; hé aquí la razon: salvando á un pecador, aprovechais la Sangre preciosa de vuestro Hijo y le asegurais la gloria que se propuso adquirir por la grande obra de la redencion.

Y en efecto, ¿cuál seria la ventaja, cuál seria la utilidad de la sangre del Hombre-Dios, de esa sangre que puedo llamar mia, pues que se derramó por mí, pues que ha sido ofrecida por mí en holocausto al Padre Eterno, y ha sido dada á mí liberalmente en las aguas de la regeneracion; cuál, repito, seria la utilidad de esa sangre adorable, si yo permaneciese esclavo de mi corrupcion y víctima futura de la muerte eterna? (1)

(1) (Qua utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem? (Ps. XXIX, 10.)

Después de todas estas reflexiones, podriais ¡oh Madre! no digo ya rehusar, pero ni diferir un instante el abrirme las puertas de vuestra clemencia, recibirme en vuestro seno y prodigarme todas las caricias de vuestro amor? No, esto no es posible; sería rehusar la más brillante corona que puede ofreceros vuestro Bien Amado.

Así es, que, á despecho de mis iniquidades que querian arrojarme al espantoso abismo de la desesperacion, siento, reconozco, veo que mi corazon espera en Vos. Y vuestro S. Bernardo me asegura que esperar en Vos basta para abrir los tesoros de vuestra compasion, y que el óleo de la misericordia que mana incesantemente de Vos ¡oh magnífico Olivo de los campos! no puede ser recibido sino en los vasos de la confianza. (1)

¿Pero quizás mi esperanza es temeraria, quizás me hago ilusiones? Ah! no, cuando se espera en Vos, no puede haber exceso en la esperanza. ¿No es, acaso, vuestra clemencia más grande que todos los pecados del mundo?

Respondedme Vos misma, Reina mia, habladme; que vuestra voz resuena dulcemente en mi alma. Otras veces he tenido la felicidad de oirla, y sé muy bien que es dulce y suave. [2] Ah! si pudiera oirla todavía, siquiera una vez sola!

Me acuerdo perfectamente que vuestros lábios son como un panal de miel, y que sobre vuestra lengua no hay mas que miel y leche. (3) Al dulce sonido de vuestra voz, á una sola palabra de vuestros lábios, vereis un prodigio. No trataré de deciros si será igual ó superior al que obrasteis en otro tiempo en la venturosa casa de Isabel. Me vereis en el mismo instante libre y suelto de mis pesadas cadenas; vereis á este corazon de bronce, ablandarse y fundirse como la cera ante el fuego, como el vuestro á la voz de vuestro Bien Amado.

(1) Sola nimirum spes apud te miserationis locum obtinet, nec oleum misericordiae, nisi in vase fiducia, ponis. (S. Bern.)

(2) Sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis (Cant. II, 14.)

(3) Mel et lac sub lingua ejus..... favus distillans labia sua. (Ibid. IV, 11.)

¿Pero qué me pasa? En tanto que os ruego é imploro, siento mi corazon inundado de una paz desconocida, de una alegría extraordinaria, de un gozo sin igual. ¡Ah! es el dichoso presagio de los favores que pido, es un seguro mensagero de las gracias que aguardo; mejor dicho, es vuestra dulce voz que me atrae y me encanta. ¡Desgraciado! me ha costado trabajo reconocerla, ¡tanto tiempo hacía que no la habia oído!

Reina mia, Hermana mia, mi buena Madre, habeis vencido; la victoria es vuestra. Llevadme ahora en triunfo, como un trofeo de vuestras inmensas, de vuestras inefables, de vuestras inagotables misericordias. Yo soy la perla mas rica y el adorno mas brillante de vuestra corona.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

### EL PROPOSITO.

Decidme, Reina y Señora, ¿estais apaciguada? ¿Puedo esperar haber entrado en vuestras gracias y mercedes? ¿Estais contenta de mis promesas? Pero, qué digo, imprudente, qué indiscreta pregunta se ha escapado de mi boca! ¿Apaciguaros mis promesas! Temo, temblando, que mis promesas no sean precisamente las que despierten vuestra indignacion y griten ahora venganza contra mí.

Me acuerdo de mis numerosos juramentos de amor y de fidelidad; recuerdo mis numerosas protestas de obediencia y de afecto, y recuerdo tambien, con amargura de mi alma, vuestras maternales acogidas. ¿Qué no os he dicho? ¿Cuánto no os he prometido? ¿Qué expresiones, qué artificios no he empleado para obligaros á socorrerme en mis peligros, en mis aflicciones, en mis adversidades!

Yo suspiraba, rogaba, os llamaba mi esperanza, mi consuelo, mi único refugio; no tenia en los labios otros nombres mas que los de *Madre* y de *Hijo*, para excitar en Vos la ternura y la compasion. ¡Ay! y todas mis promesas eran falsas, y mis juramentos engañosos, y mis protestas vanas y mis palabras mentirosas!

Todo esto no era mas que mentiras disfrazadas para salir de los peligros en que me encontraba. ¡Cuánto os engañé, Madre mia! Despues de tantos juramentos, mil y mil veces repetidos, hice lo que Laban, buscaba mis antiguos ídolos y me quejaba de la mano que me los habia quitado.

Apenas habiais apaciguado la tempestad de que acababais de recogerme, apenas habiais cerrado el ántro donde yo me encaminaba, semejante al animal inmundito volvia rápidamente á reincidir en mis culpas, haciéndome sin rubor, infiel y perjuro. Así como los nueve leprosos ingratos, no me tomaba la molestia de besar vuestra mano

bondadosa, por un signo exterior de reconocimiento; pero ¿qué digo? mas culpable que ellos volvia contra mi Bienhechora misma sus propios beneficios. ¡Oh, cuán pérfido y cuán ingrato fui!

Aparentaba ser dócil, obediente, piadoso, para robaros las riquezas de vuestra gracia, para arrancar de algun modo de vuestras manos vuestros preciosos dones, haciendo de ellos inmediatamente un sacrilego menosprecio. Fingia el lenguaje, la voz, la dulzura de Jacob, y ocultaba las manos sucias y rapaces de Esáu.

Es verdad que yo me acusaba á vuestros piés de todas mis faltas; pero me acusaba con la lengua profana de Baltasar, y no con el corazon humilde de David. A todos estos recuerdos mi sangre se hiela en mis venas, y no sé qué horrible sacudimiento agita mis huesos y mis fibras!

Sin embargo, ¿os asombrareis, quizás, de que yo haya podido cometer faltas tan graves, caer en desórdenes tan execrables? Pues qué, ¿podiais esperar otra cosa de un miserable, que mas que hombre, es un gusano de la tierra, concebido en la iniquidad y nacido al pecado antes de nacer al mundo? No puedo ya deciros mas de lo que os digo.

Un abismo tal de miserias y de desgracias, lejos de excitar vuestra indignacion y vuestra cólera, no debe, por el contrario, despertar en vuestro corazon sino compasion y clemencia. Diré mas: no conozco mejor medio, augusta Virgen, de hacerme digno de vuestra piedad, que el de presentaros este inmenso fardo de crímenes debajo del cual sucumbo. No conozco mejor medio de hacer brillar todo el esplendor de vuestras misericordias, que el de oponerles la alta montaña de mis ingraticudes.

¿Qué tendria de particular, ¡oh mi divina Rebeca! que fueseis rica, liberal y oficiosa, solo para los servidores fieles de Abraham? Esta seria una bondad que no tendria nada de extraordinario ni de notable. Pero ser benéfica y buena aun respecto de sus camellos, sí es verdaderamente un rasgo de bondad y de grandeza de alma, solo digno de la esposa del celeste Isaac, y propio exclusivamente de la ilustre Madre del divino Jacob. Este es el carácter de ca-

ridad que os hace reconocer entre todas las criaturas del cielo y de la tierra, por la augusta Reina de la Misericordia.

Ahora, decidnos, y es vuestro muy amado San Bernardo el que lo pregunta, decidnos, Princesa insigne: ¿cuáles son los súbditos de vuestro imperio, que es un imperio de misericordia, sino los miserables? Yo soy, pues, continuando su lenguaje, el mas miserable de todos los pecadores; por lo tanto, soy el mas noble y el primero de vuestros súbditos. (1)

Hé aquí lo que me da derecho á vuestras gracias, y este derecho es sagrado; hé aquí lo que me da acción á vuestra clemencia, y esta acción es legítima; en una palabra, hé aquí el gran título que yo produzco para provocar vuestra compasión. Y siendo tan justa como misericordiosa no podeis negarme lo que me pertenece por un título tan auténtico. ¡Olvidad, pues, ¡oh mi tierna, mi amabilísima Madre! olvidad para siempre mis infidelidades, y reconciliaos conmigo. Fui perjuro, pérfido, ingrato, pero os prometo que no lo seré ya.

Bien sé yo que soy muy débil para cumplir lo que prometo. Si se ve privado de un apoyo firme, el enfermo á quien han debilitado largos padecimientos, consumido numerosas recaídas, vacila á cada paso, se desvanece y cae. Conducidme, pues, ¡oh poderosa Madre, oh Soberana Reparadora del Universo! sostenedme con vuestro brazo, iluminadme con vuestras luces, y entonces me vereis correr rápidamente por las vías de la justicia, sin daros el menor disgusto; es la única condicion que pongo á mis promesas, y esta condicion depende absolutamente de Vos.

Dignaos aceptarla, amabilísima Madre. Entonces me vereis cumplir con constancia y lealtad todo lo que os he prometido, y aun todo lo que la viva confianza de que estoy animado me hace prometer en este momento.

(1) Tu Regina misericordiae, et qui subditi misericordiae, nisi miseri? Et ego peccatorum miserrimus, subditorum maximus. [S. Bern.]

gratos, no me tomaba la molestia de besar vuestra mano

Que si hasta ahora he sido variable y cambiante como la luna, (1) no imitando á este astro sino en la pérdida y no en el recobro de su luz, [2] prometo en este momento, segun la expresion del Profeta, ser inmutable como el sol. [3] Pero para esto necesito de Vos; bien sé que poniendo mi confianza en Vos, seré como la montaña de Sion, firme, sólida y para siempre inquebrantable. [4]

(1) Stultus sicut luna mutatur. [Ecli. XXVII, 12.]

[2] Illa enim cito ad plenitudinem redit, tu ad sapientiam nec sero converteris. [S. Max.]

(3) Sapiens permanebit cum sole. (Ps. LXXI, 5.)

(4) Qui confidunt in Domino sicut mons Sion qui habitat in Jerusalem. (Ps. CXXIV, 1.)

## LA RECONCILIACION.

Paz, paz, ¡oh grande Reina! mi corazon no puede ya vivir en discordia con Vos. Ya he experimentado mucho los trágicos efectos de mi rebeldía; soy muy desgraciado, bien castigado estoy con el solo recuerdo de mi perfidia, origen fatal de todos mis males. ¡Insensato! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Y cómo he tenido valor de hacerlo?

Razon teneis de estar enojada conmigo. No lo contradigo, teneis razon, y vuestra cólera es tanto mas justa cuanto mi maldad es mas inexcusable. Pero que os baste, Augusta Princesa, la pena que sufro, la vergüenza que me cubre y el rubor que enrojece mi frente. Es tan grande, tan manifiesto, tan público el oprobio que me rodea, que me parece leer en los ojos de todas las criaturas el ódio, la abominacion y el desprecio.

¡Oh! cuán menos digno de lástima seria si pudiera sustraerme á las miradas de todos los hombres. Tiemblo, me muero de vergüenza solo de presentarme en público. La mirada de cada uno me da miedo. Me parece que todo el mundo me señala con el dedo, y que se dicen los unos á los otros: *Hè ahí al ingrato!*

Sí, lo confieso, tal es mi estado; y este estado tan lamentable es el justo castigo de mi ingratitude. ¿Y queríais ¡oh mi Reina! ¡oh mi Madre! que á tantos sufrimientos, se uniese todavía el de veros enojada? ¡Desdichado de mí! Este seria el colmo de mis desgracias.

Conforme sufriria las injurias de todos los hombres, y los ultrajes de todas las criaturas, porque todos tienen razon en aborrecerme; pero no puedo sufrir que Vos continuéis irritada conmigo, Vos en quien descansan todas mis esperanzas, Vos á quien yo pertenezco tanto mas especialmente cuanto es mayor la gravedad de mis pecados.

Hagamos, pues, la paz para de una vez, tierna Madre

gratos, no me tomaba la molestia de besar vuestra mano

mia, hagamos la paz. ¿Cómo podreis rehusaros á una peticion tan dulce, tan suave y tan grata, cuando todo en Vos expresa esa disposicion pacífica, cuando la manifestais Vos misma?

Desde el momento en que vuestro divino Hijo se anunció como el Príncipe y el Rey de la paz, (1) Vos fuisteis proclamada la Reina, porque lo que pertenece al hijo, debe con justo título pertenecer á la Madre. [2] Vos sois el apacible Arco-iris de reconciliacion, formado expresamente por el Criador mismo, para acordarse al veros de la paz concluida con el género humano. (3)

Sois ademas, la hermosa Paloma, enviada por el divino Noé, despues del desastre del diluvio, para llevar á los afligidos la oliva de la paz.

Pero sobre todo, sois el admirable Lazo de los dos Testamentos. En Vos encontró su complemento y su fin la antigua alianza promulgada en tiempos pasados al ruido de los truenos y á la luz de los relámpagos, como que era una ley de temor y de justicia, y en Vos tomó nacimiento tambien el Testamento nuevo mas rico y mas perfecto que el primero.

Testamento anunciado á la tierra entre los armoniosos conciertos de la milicia celeste, dichoso presagio de ventura y de paz. (4)

Testamento que respira desde el principio hasta el fin el espíritu de dulzura y de caridad del divino Testador, que invitaba á los desgraciados á ir hácia él para encontrar alivio, (5) que declaraba no haber venido para condenar al mundo, sino para salvarlo, (6) que arreglaba el

(1) Pater futuri sæculi, princeps pacis. (Isa. IX, 6.)

(2) Decet enim Dei matrem ea quæ filii sunt, possidere. (S. Joan. Damasc.)

(3) Arcum meum ponam in nubibus; videbo illum, et recordabor fæderis sempiterni. (Gen. IX, 13.)

(4) Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis. (Luc. II, 14.)

(5) Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. (Matth. XI, 28.)

(6) Non enim veni ut judicem mundum, sed ut salvificem mundum. (Joan XII, 47.)



celo indiscreto de sus discípulos á la medida de la mansedumbre de su corazón. (1)

Testamento que confirmó por el sacramento de la paz, cuando traspasando todas las leyes de la naturaleza, y todos los límites del amor, hacia de su cuerpo un alimento y de su sangre una bebida, para la remision general de todos los pecados. (2)

Testamento que selló con el sello de la paz, cuando imploraba la clemencia de su Padre en favor de sus propios verdugos, cuando daba la investidura del reino de los cielos á un ladrón que espiraba en un patíbulo, y que por última prenda de su caridad y su ternura dejaba á los apóstoles y á todos sus discípulos el don precioso de la paz. (3)

Testamento, en fin, que en medio de los prodigios, de los fuegos y de las llamas divinas del Cenáculo, fué abierto y publicado por ministros de reconciliacion y de paz, encargados de evangelizar á las naciones en la unidad y en la paz, (4) y anunciado constantemente en la sucesion de los siglos con los deseos previos de la gracia y de la paz.

Si en Vos, pues, Augusta Reina, todo respira y anuncia la paz, yo os suplico que hagamos la paz nosotros dos. ¿Y cómo lo rehusaríais, si Vos misma os habeis comparado á un olivo plantado en medio de los campos? [5] La comparacion es justa y cierta. Sois el hermoso Olivo, símbolo de la paz, porque ofreceis la paz y el reposo á todo aquel que viniere á sentarse á vuestra sombra. Vos sois, ademas, el Olivo plantado en medio de los campos, y no encerrado en los muros de un jardín, para manifestar que

(1) Discite a me quia mitis sum, et humilis corde. (Matth. XI, 29.)

(2) Hic calix novum testamentum est in meo sanguine. . . . qui effundetur in remissionem peccatorum. (I Cov. XI, 25.)

(3) Pacem meam do vobis; pacem meam relinquo vobis. (Joan XIV, 27.)

(4) Beati pedes evangelizantium pacem. (Rom. X, 15.)

(5) Gratia vobis et pax á Deo patre nostro et Domino Jesu Christo. (Así comenzaba San Pablo todas sus admirables Epístolas.)

gratos, no me tomaba la molestia de besar vuestra mano

cada cual puede, sea justo ó pecador, aproximarse á Vos con toda libertad, sin temor de que nadie se lo impida ni lo rechace.

¿Qué mas diré? Otro dia os alababais con vuestro muy Amado de ser bella como las tiendas de Salomon, y no podiais encontrar comparacion mas adecuada ni mas ingeniosa. No os pareceis á las tiendas de David, porque en ellas se trataba de guerra y de justos rigores, y el rigor no es asunto vuestro.

Os pareceis, al contrario, á las tiendas pacíficas de Salomon, porque en ellas solo se trataba de paz, y la paz es propiamente lo que os conviene. A la sombra de este bello olivo he resuelto buscar un abrigo: en el circuito de sus magníficos pabellones he resuelto buscar un refugio.

Recibidme, pues, Augusta Reina, acogedme. Madre mia, apaciguad vuestra cólera, calmad vuestra ira, y tened á bien no mirarme ya con ojos amenazadores y severos. En lo de adelante yo permaneceré siempre á vuestro lado, os admiraré, os respetaré, os amaré mucho, mucho.

Nada de tibiezas, nada de discordia entre nosotros: Vos sereis mi Señora y yo vuestro siervo; Vos sereis mi Reina y yo vuestro súbdito; Vos sereis mi buena Madre y yo vuestro hijo respetuoso. No daré sin Vos un solo paso, no abriré la boca si no me lo mandais, no formaré un solo pensamiento que no sea para Vos. En una palabra, sereis el árbitro de mi corazón y de todas mis afecciones.

Hé aquí todo lo que os prometo, y desde este instante hago el juramento de mis promesas á vuestros piés sagrados. He hecho, pues, de mi parte, todo lo que he podido hacer; ahora haced Vos de la vuestra aquello que sabeis hacer. Emplead vuestra misericordia para que ya no sea perjuero; bendecid mis promesas, y concededme vuestro poderoso socorro para que pueda cumplirlas.

### LA CONFIANZA.

¡Bien lo decia yo, Augusta Reina mía, no me he engañado! Me habeis acogido, habeis cubierto mi desnudez con vuestro manto; en fin, me veo vestido con vuestra rica librea. ¿No estoy así mas hermoso á vuestros ojos? ¿No estais contenta de verme? ¿No estais satisfecha de verme cerca de Vos?

Sin embargo, no váyais á creer que esto solo me baste ni me satisfaga. Es verdad que me habeis dado mucho; pero todo eso es muy poca cosa en comparacion de lo que podeis darme y de lo que yo trato de obtener.

Todas las legislaciones dan derecho á los hijos sobre todos los bienes de su Madre; y de este derecho pretendo yo tambien aprovecharme. Hagamos, pues, entre nosotros una especie de cuenta por mayor, y veamos si tengo razon.

Desde el momento en que fuisteis elevada á la incomparable dignidad de Madre de Dios, fuisteis puesta en posesion de todos los tesoros del cielo para ser la señora absoluta de ellos. ¿Y quién podrá concebir lo que has llegado á ser de grande, de rica y de poderosa? Y siendo así, debéis convenir conmigo en que por mas que deis á vuestros hijos, os queda todavía mucho que dar; porque vuestros tesoros no consisten en moneda, sino en minas, y en minas inagotables.

Y bien, permitidme que os lo diga, estos tesoros son para Vos cosa supérflua. Mejor dicho, sea cual fuere la profusion con que los distribuyais á nosotros desgraciados, no sois por eso menos rica, y permitidme que añada todavía, que esos tesoros se os han dado con la condicion de dar parte de ellos sobre todo á los miserables que recurren á Vos.

¡Oh, qué hermosa idea me acaban de inspirar vuestras grandezas! Hasta hoy, os habia oido llamar Virgen pro-

dentísima; pero no sabia por qué. Ahora veo que este nombre os corresponde y como él os distingue no solamente de las vírgenes locas, sino aun de las vírgenes prudentes.

Aquellas se olvidaron de tener sus lámparas encendidas; estas se proveyeron de aceite, pero nada mas del necesario para ellas solas. De aquí es que las primeras fueron llamadas locas, y las segundas prudentes.

Pero Vos, á diferencia de unas y de otras, habeis merecido el nombre de prudentísima, por haberos provisto de aceite en tan grande abundancia, que habeis tenido no solamente el necesario para vuestro uso, sino para dar, y dar con largueza, á todos lo que necesitan.

¿Ahora, cuál es ese aceite de que estais tan rica, sino la plenitud de todos los tesoros del cielo? Con razon se ha dicho de Vos: Un gran número de hijas de Sion han acumulado grandes riquezas, pero Vos sola las habeis infinitamente sobrepujado á todas. (1) ¡Qué alegre estoy, y cuán contento de ver á mi Madre tan rica!

¿Y qué decís de mis pretensiones, Reina mía? ¿No tengo derecho como todos vuestros otros hijos, á participar de vuestros inmensos tesoros? No vayais á recordarme mi ingratitud, pues bien presente la tengo; pero esa misma ingratitud, léjos de desanimarme, me da nueva confianza, y me sugiere nuevas razones para probaros que estais obligada á socorrerme aun de preferencia á aquellos de vuestros hijos, que os fueron siempre sumisos y obedientes.

Ay! ¡cuánto he sufrido desde el momento fatal en que os abandoné. ¡Pudiera yo borrar este dia del número de mis dias! Semejante al buho aborrecí la luz; he deseado la sombría noche para abandonarme á todas las obras de las tinieblas; he errado largo tiempo sin vestidos y sin pan; he sido atormentado por una sed cruel y sin cesar reproducida; en fin, me he muerto de hambre. Todo esto os parecerá un ligero castigo de mi perfidia; pero, sin embargo, en esto precisamente apoyo mis pretensiones.

(1) Multa: filia: congregaverunt divitias; tu supergressa es universas. (Prov. XXXI, 29.)

De nada sirven las riquezas á los que están en la abundancia, sino á aquellos que las necesitan, y para esto se os ha colmado de ellas. Mucho celebro poder citaros á Vos misma, en testimonio de esta verdad, porque Vos fuisteis muy bien me acuerdo, la que en los sublimes elogios que dirigisteis á vuestro eterno Bienhechor, le rendiais solemnemente acciones de gracias por haber llenado de bienes á los pobres y dejado á los ricos sin darles cosa alguna. (1)

Pues si haber usado de generosidad con los miserables os pareció una obra digna de Dios, cómo rehusaríais ser generosa conmigo, que me encuentro en la mas grande necesidad? Hay mas, un número inmenso de personas de todas edades y condiciones rodeaba continuamente al divino Maestro; y la necesidad extrema de la multitud que lo habia seguido al desierto y que no tenia con qué reparar sus fuerzas, fué bastante para obtener de su corazon el asombroso milagro de la multiplicacion de los panes, símbolo y figura de este pan sagrado que en nuestros días y hasta á nuestra vista se multiplica para el sostén de la vida de la gracia, imposible sin él.

Ademas, fué la extrema indigencia de Pedro, que lo puso en la imposibilidad de pagar el tributo, la que arrancó del Soberano Maestro y Señor de la naturaleza un milagro único en su género. Y no es esto todavía todo, pues que falta de pasto y agotada de fuerzas la única oveja extraviada, determinó el buen Pastor prodigarle mas cuidados y caricias que á las otras noventa y nueve que no habian dejado el aprisco.

Los festines suntuosos y los mas ricos vestidos, no fueron dados por el tierno padre de familia sino al hijo desobediente, ingrato y moribundo de hambre, mientras que el hermano mayor, siempre obediente y sumiso, no tuvo parte en ellos. ¿Seria posible encontrar ejemplos mas propios y terminantes?

Pues si todo esto demuestra hasta la evidencia que la pobreza, la miseria, lo necesidad conmovieron siempre el

(1) Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes. [Luc. I, 53.]

corazon paternal del Señor, hasta hacerlo obrar milagros para socorrer á los desgraciados; cómo podria darse que mis necesidades no moviesen al corazon de mi Madre hasta el punto de hacerla liberal y generosa conmigo? Vuestros hijos fieles no experimentaron nunca necesidades, bien ricos son ellos; pero no sucede así conmigo. A mí, que por mis locuras me veo reducido á la miseria, debeis de preferencia todos vuestros tesoros.

¿Qué mas diré todavía? Os oigo proclamar por todo el universo Reina de misericordia, y cuáles son, os preguntaré con vuestro amadísimo Bernardo, los súbditos de vuestro imperio, sino los miserables? Pues si el pecado es la mas grande de todas las miserias, yo, que soy el último de los pecadores, soy, por lo mismo, el primero de vuestros súbditos: pero concluyamos.

¿Queréis saber netamente lo que pretendo obtener de Vos? Pretendo obtener todo lo que necesito para despedir á mi miseria; pretendo hacerme rico; que me acordeis vuestra gracia, vuestros socorros, vuestros favores; que me admitais á vuestra confianza, que me hagais partícipe de vuestras maternales solitudes; pretendo, en fin, no solamente que me acojais, sino que me hagais toda clase de beneficios.

¿Qué os parecen mis peticiones, querriais concedérmelas? Ah! sí, estoy seguro de que no solo lo quereis, sino que lo deseais ardientemente. Vuestro silencio es impotente para ocultarme los secretos movimientos de vuestro corazon; los leo en vuestro rostro. Dadme al momento todo esto, y os diré desde luego cuál es el fondo de mi pensamiento y el objeto mas elevado de mis pretensiones.

## LA MEDIACION.

Dispuesto estoy, ¡oh Soberana mía! á explicaros lo que he querido deciros. Es verdad que habeis sido conmovida por mis desgracias y enternecida por mis gemidos y no habeis desdenado recibirme; pero, ¿qué quereis? esto no basta; mi alma está aun triste, no me siento capaz de gozo; en una palabra, mi corazon está enfermo todavía.

Me acuerdo de mi Padre, de aquel Padre tierno que encontraba sus delicias en mí, y la memoria de haberlo abandonado tan locamente me hace morir de pesar. Yo mismo no alcanzo á comprender cómo tuve valor de hacerla. Y precisamente ahora mas que nunca, ahora que vuestras bondades recuerdan las tuyas á mi corazon, es cuando siento que muero si no tengo la felicidad de verlo. Nunca habrá ya paz para mí, si no logro postrarme á su presencia.

Pero el recuerdo siempre vivo de mis iniquidades me retrae, y me hace ver como una temeridad orgullosa, lo que en otro cualquiera no seria sino una confianza filial. Mis sentimientos contrarios me atormentan y me desconciertan.

Es verdad, que sé que la bondad de mi Padre sobrepasa toda medida y que los tesoros de su misericordia son infinitos, (1) sé que las llamas de su caridad no han podido ser extinguidas por las aguas de mis iniquidades, (2) y sé tambien que por amor mio ha derramado sus riquezas con una liberalidad sin ejemplo.

Desde hace mucho tiempo que me son conocidas sus bondades, pero la autoridad paterna me da miedo: la ma-

(1) *Cujus misericordiae non est numerus et bonitatis infinitus est thesaurus.*

(2) *Aquae multae non potuerunt extinguere caritatem.* (Cant. VIII, 7.)

gestad de su rostro me confunde; el trueno de su voz me espanta y me hace palidecer, y no me atrevo á ponerme en su presencia con el innumerable cortejo de mis ingrati- tudes.

Sin embargo, quiero verlo á toda costa; cada momento de retardo me hace experimentar las angustias de la muerte. ¿Quién mejor que vos podrá, amabilísima Madre, presentarme á él? Ciertamente, á vos no puede ser difícil disponerlo á favor mio. Una sola palabra que le digais, bastará para apaciguarlo y hacerlo olvidar los ultrages que le hice. Hay en vuestros lábios tanta gracia, que esto solo ha bastado para mereceros las bendiciones eternas. (1) Vuestra lengua es como una tabla sobre la cual está escrita una ley de clemencia universal. (2)

Sobre las tablas dadas antiguamente á Moises, el dedo divino no habia grabado sino una ley de temor y de rigor; el universo suspiraba todavía por una ley de indulgencia y de amor. En la plenitud de los tiempos, sus votos fueron satisfechos; la ley, tan largo tiempo deseada, fué proclamada por el Príncipe de la paz, Mediador divino entre el cielo y la tierra, y con su propia mano la escribió sobre vuestra lengua en caracteres tan durables como la eternidad.

¿Y esto para qué? Para que todo el mundo comprendiese que la sublimidad de vuestro rango, la grandeza incomparable de vuestra dignidad que pone á vuestras plantas todas las criaturas, y no deja mas alto que vos sino á Dios solo, en nada menoscaba vuestra ternura para con nosotros. Además de esto, al consagraros Reina del universo y Mediadora para con el Mediador, Dios os ha dado el poder de hacer valer en favor nuestro esa ley de misericordia y de gracia, de que el Salvador de los hombres fué el benéfico autor, y vuestra lengua la dichosa mensajera.

Decidle, pues, os lo suplico, decidle con el gran patriarca de Israel, que sois mi hermana para que por esta con-

(1) *Difusa est gratia in labiis tuis; propterea benedixit te Deus in æternum.* (Ps. XLIV, 3.)

(2) *Lex clementiae in lingua ejus* [Prov. XXXI, 26.]

(2) *Et ideo non invenimus...*

sideracion me trate bien. (1) Yo bien sé que no se debe dar á los perros el pan de los hijos; pero sé tambien que se dan á los perros las migajas que caen de la mesa de sus amos. (2)

Vuestro Hijo es un amo muy rico, su mesa es espléndida. Pero, en fin, no habéis solamente al amo; hablad al Padre; no ha podido olvidarse de este nombre, ni despojarse de este carácter. Yo confieso que no merezco ser tratado como un hijo; pero decidle si quiera que me asigne un lugar entre sus criados (3) pues ellos tambien viven en la abundancia.

¿No habeis oido cómo entre los elogios que hace de vuestra hermosura, no se cansa de alabar la dulzura de vuestra voz? Diríase que vuestra voz sola cautiva todas sus afecciones. Es verdad que sois la más bella de todas las hijas de Sion; pero parece olvidar todos vuestros otros atractivos, para fijarse en vuestra voz, que ansía siempre escuchar en medio de los jardines aromosos que forman vuestra celestial morada.

Llega hasta imponer silencio á todos sus otros amigos, para que la escuchen como El y admiren su dulzura. [4] Hablad, pues, ¡oh bella Esther! hablad en mi favor, porque Vos sola habeis hallado gracia á los ojos del Divino Asuero. Hablad, Gran Reina, os diré con el piadoso S. Bernardo, hablad, que vuestro Hijo os escucha. (5)

Decidle que siendo su Madre sois tambien la mia, y que para ser mi Madre os escogió para serlo suya; decidle que estais encargada de mi causa; esto bastará para hacerme favorable como juez, tanto más cuanto que el juez

(1) Dic. obsecro, quod soror mea sis, ut bene sit mihi propter te (Gen. XXII, 6)

(2) Sed et catelli edunt de micois quæ cadunt de mensa dominorum suorum. (Matth. XV, 27.)

(3) Jam non sum dignus vocari filius tuus; fac me sicut unum de mercenariis tuis... quanti mercenarii in domo Patris mei abundant panibus. (Luc. XV, 17.)

(4) Quæ habitas in hortis, amici auscultant, fac me audire vocem tuam...., sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis est mihi. (Cant. VIII, 13.)

(5) Loquere, Domina, quia audit Filius tuus. (1 Reg. III, 9)

es así mismo Padre. Decidle, en fin, todo lo que sabeis decirle, y mi causa será ganada, y vendrán sobre mí, no solo todos los beneficios que deseo, pero otros á los que ni si quiera puedo ni me atrevo á aspirar.

Cruxa por mi mente una idea que juzgo oportuno decir, porque me parece de lo mas á propósito para fortificar todas las que os llevo manifestadas. ¿Quereis patrocinar mi causa con buen éxito? ¿Quereis seriamente mover el corazon de mi Padre, de ese Padre á quien tanto deseo volver á ver?

En cuanto considereis conveniente presentarme á El, dirigidle este discurso, os ruego que le digais:

“Este infortunado á quien veis aquí delante de Vos, es mi hijo y el vuestro. El pobre habia muerto, y yo lo he sacado del sepulcro: se habia perdido, y he logrado que mis cuidados y mis pesquisas y mis desvelos, me lo hayan al fin devuelto. (1)

“Pero la larga noche del sepulcro en que estuvo encerrado, y las sendas erizadas de guijarros y espinas por donde se extravió, lo han puesto, así como lo veis, lánguido, débil y enfermo. Yo bien sé que todavía lo amais, y aquí os lo traigo; os traigo y os presento á este pobre enfermo, á quien amais.” [2]

Luego os callareis y lo mirareis de frente. A esta mirada, á estas palabras, ¿cuáles, Madre mia, cuáles pensais que puedan ser los movimientos de su corazon? ¡Ah! sin duda ninguna lo vereis regocijarse, lo vereis llorar de gozo. ¿Y cómo no habia de ser así, cuando por la misma razon lloró al dirigirse á la tumba de Lázaro?

Los sabios insensatos que lo rodeaban entonces y que no veian en El sino á un débil mortal, y no al Señor Omnipotente de la vida y de la muerte, se imaginaban que sus lágrimas eran las lágrimas de una ternura impotente, como las de un hombre ordinario. Sin embargo, si hubieran fijado su

(1) Hic filius meus mortuus erat, et revixit: perierat, et inventus est. [Luc. XV, 24.]

(2) Ecce quem amas infirmatur. [Joan. XI, 3.]

atencion en que poco tiempo antes habia dicho á sus discípulos, que léjos de afligirse, se alegraba de la muerte de su amigo, hubieran comprendido muy bien que no era el dolor de la muerte de Lázaro lo que hacia correr sus lágrimas, sino al contrario, el placer y la alegría que le causaba el volverlo á la vida, aunque muerto hacia ya cuatro dias y ya presa de la corrupcion. (1)

¿Y si tal fué la emocion que experimentó al aproximarse á aquel sepulcro en que la muerte retenia imperiosamente su presa; si tal fué su enternecimiento al escuchar la humilde y respetuosa relacion que las hermanas de su amigo difunto le hicieron de este triste y lúgubre suceso; si tal fué, en fin, su compasion por un amigo; cómo podria su corazon no palpar en su pecho de alegría, volviendo á ver, no ya al amigo sino al hijo; viéndolo resucitado despues de haber sabido su muerte; y sobre todo, viéndolo presentado por Vos, que sois para él incomparablemente más que las hermanas de Lázaro?

Hay mas en esto todavía: queria hacer salir á su amigo del sepulcro, queria consolar á la pobre Martha, que fué la primera que corrió á su encuentro; y sin embargo, no lo hizo sino despues de haber preguntado por María, su hermana, y quiso precisamente que esta estuviese cerca de él. (2)

¿Seria esto, acaso, por casualidad, y sin motivo? Nó, no es así como obra la Sabiduría divina. Quiso que esta otra hermana estuviese cerca de él, porque llevando vuestro hermoso nombre, le presentaba en su nombre mismo, en su nombre solo, el más bello titulo de recomendacion para obtener el prodigio.

En efecto, como lo atestigua el ilustre Crisólogo, sin María, es decir, sin Vos, ni la muerte podia ser puesta en fuga, ni recobrada la vida. [3] En fin, Señora, si en el primer momento en que yo fuere presentado, lo veis que

(1) Domine jam fœtet; quatruiduanus est enim. [Joan XI, 39.]

(2) Magister adest, et vocat te. [Joan XI, 28.]

(3) Veniat Maria, veniat materni nominis bajula..... quia sine Maria nec fugari mors poterat, nec vita poterat reparari. (S. Petr. Chrysol.)

se conturba, no se debilita vuestro celo; pues esa turbacion no será por causa mia, sino por el contrario, provenirá del sentimiento de que todos los otros pecadores no ocurran á Vos, como yo lo hice, para ser arrebatados al imperio de la muerte.

Cierto es que se conturbó ante el sepulcro de Lázaro; pero no fué por arrepentimiento de haberlo resucitado, sino por la indignacion que le causaba la dureza de corazon de aquellos judíos que estaban viendo y no veian, que estaban oyendo y nada oian. [1]

¿Y cómo dudar que tales deben de ser respecto de mí los afectos de su corazon, cuando es cierto que Lázaro no era sino la imágen de mí mismo? Lázaro, sepultado hacia cuatro dias, me representaba en la habitud del pecado, enteramente muerto para la gracia; y Lázaro, resucitado, me representaba tal como yo estoy ahora, recobrado á la vida de la gracia, por vuestra caridad, todopoderosa.

Vamos, pues, mi dulce Madre; vamos, pues, hacia aquel que es vuestro Hijo y es mi Padre. Todos estos recuerdos han reanimado mi valor; estoy seguro de que no me rechazará. A Vos jamas os rehusa nada; todo lo podeis sobre su corazon. Presentado por Vos, protegido por Vos, no seré solamente acogido, sino que llegará á amarme, y sus divinas gracias y las vuestras, me volverán á la felicidad.



(1) Ut videntes non videant, et audientes non intelligant. (Luc. VIII, 10.)

(2) EL UNO NON INTELLIGIT, ET AUDIENTES NON INTELLIGANT.

## EL DESENCANTO.

¡Desgraciado de mí! He vivido hasta hoy con los habitantes de Cédar, con los hijos de la maldición y de las tinieblas, he contraído sus manchas y he perdido toda mi pureza nativa. ¡Cuán largo ha sido el tiempo que he vivido con ellos! (1) Rodeado de tan deplorables compañeros, he recorrido los caminos y las plazas públicas, las ciudades y las aldeas, ávido de encontrar la felicidad y la paz, y no las he encontrado. (2) A menudo yo las llamaba con la voz poderosa de mis pasiones, pero fué siempre en vano. Me lisongeaba de encontrarlas en el lecho de la molición y del placer; pero no es allí donde moran. Por otra parte, ¿qué podía yo esperar de aquellas pesquisas hechas en las más densas tinieblas, sino caídas continuas y fatigas inútiles? (3)

Yo mandaba á todos mis sentidos, péfidos exploradores de mi corazón corrompido y ministros infieles de mi depravada voluntad, que me dijeran á dónde estaba la felicidad. Pero, en vez de obedecerme, me llenaron de golpes, me hicieron profundas heridas, me despojaron, en fin, del precioso manto de la modestia y del pudor, único resto de mi patrimonio, y me dejaron en una desnudez completa. (4)

Yo sentía, ¡oh Virgen! sentía dentro de mi pecho un corazón dulce y tierno, que me parecía hecho expresa-

(1) *Habitavi cum habitantibus Cedar; multum incola fuit anima mea. (Ps. CXIX, 5.)*

(2) *Per vicos et plateas quærebam quem diligit anima mea; quæsi illum, et non inveni. (Cant. III, 2.)*

(3) *In lectulo meo per noctem quæsi quem diligit anima mea; quæsi illum et non inventi. (Cant. III, 1.)*

(4) *Invenierunt me custodes, qui circummeunt civitatem, et vulneraverunt me: tulerunt pallium meum mihi custodes murorum. (Cant. V, 7.)*

mente para amar, y así era en efecto; pero el objeto..... ¡ah! en esto era en lo que me engañaba.

Me veía rodeado de mil bellezas, que derramadas en la naturaleza por una mano superior, debían gradualmente levantarme hasta su benéfico Autor; pero deseoso de apurarlas mas bien que de poseerlas, me lanzaba sobre ellas, como San Agustín lo dice de sí mismo, como un desorden vivo. (1)

Amaba las figuras y las sombras en lugar de amar la realidad, y mi locura llegó á tanto, que en esas mismas sombras amaba lo que tenían de menos amable, de mas frágil, y lo diré de una vez, de mas despreciable á mis ojos, acostumbrados á alimentarse de manchas y de impurezas. Así es como creyéndome rico de felicidad, me encontré poseedor de vanas quimeras, propias para inflamar mis deseos é impotentes para satisfacerlos.

En medio de aquel fuego impuro, ví desvanecerse lo que mas amaba; y despues, cayendo de deseo en deseo, me encontré hecho el eterno juguete de la ilusion y la víctima de un malestar siempre creciente.

Mi corazón, sí, mi corazón mismo, sumido como estaba en los vicios que el mundo llama placeres, no cesaba de repetirme que no estaba contento, que no le satisfacía todo aquello que yo me esmeraba en presentarle como mas raro y exquisito. ¡Ah! tenía razón. Llevando en sí mismo la imágen del verdadero Bien, no podía, no debía seguramente saciarse con mentiras y fantasmas vanos.

Sin embargo, me hice sordo á sus clamores, y pasé muchos años en la locura y en la ilusion; pero suspirando siempre por la felicidad; la deseaba, tenía sed de ella, y me consumía buscándola en el polvo y en el fango. Pero siempre desgraciado en mi busca, no la encontraba nunca, porque la buscaba mal. (2) ¿Cómo encontrarla, en efecto, llevando la guía infiel de mis pasiones y de mis sentidos, entre el tumulto y el ruido de una concupiscencia rebelde y siempre lisongeada? ¿Cómo encontrarla ale-

(1) *In ea formosa, quæ fecisti, iruebam deformis.*

(2) *Et ideo non inveniebam, quia male quærebam.*

jándome mas y mas de ese Bien, que es el único bien verdadero y fuera del cual no hay bien ninguno?

¡Insensato! diré yo con mas razon que San Agustin, insensato! Buscaba fuera de mí, lo que tenia dentro de mí mismo. El verdadero bien estaba conmigo, pero yo no estaba con él; y lo que me tenia separado de él, eran precisamente esas mismas cosas que no pueden existir sino en él y por él!

Mas, cómo encontrar ese Bien al que está esencialmente adherida la felicidad que yo buscaba, cómo encontrarlo sin Vos, ¡oh brillante Estrella de la mañana, colocada en el firmamento para guiar á los viajeros extraviados en las sombras de la muerte? Uno solo de vuestros rayos bastó para detenerme, como á otro Saulo, en mi funesta carrera, y para dirigir mis pasos hácia el camino de la paz.

A la luz de ese divino rayo, reconocí ese Bien, que es el principio eterno y la fuente inagotable de todo otro bien. ¡Cómo he podido, exclamé entonces, sorprendido de mi locura; cómo he podido errar vagabundo hasta hoy lejos de vos y de la verdad! ¡Cuán ciego he sido! Yo miraba como necios é insensatos á aquellos que, lejos de las pompas del mundo, viven retirados en la caverna de la muralla, en las aberturas de la piedra angular, que es Jesucristo, y terminan sus dias sin ese ruido engañoso de profanos aplausos, fugitivo concierto dado á los grandes del siglo. [1]

A Vos, Madre Santísima, únicamente á Vos soy deudor de mi nuevo estado. Sois Vos quien me ha hecho reconocer de nuevo mi alta dignidad como hijo de la luz y como hijo vuestro. Habiendo llegado á ser esto mismo el dia solemne de mi consagracion en las aguas del bautismo, unido á mi divino Gefe, fui desde entonces miembro de sus miembros, carne de sus carnes, y hueso de sus huesos; y por lo mismo vuestro hijo adoptivo.

Gracias, pues, gracias inmortales os sean dadas por el

[1] Ergo erravimus a via veritatis. Vitam illorum aestimabamus insania, et finem illorum sine honore. [Sap. v. 6.]

Hablad, pues, Augusta Reina: vuestro siervo os escu-

cielo y por la tierra; que todas las naciones cumplan vuestros oráculos y os proclamen eternamente bienaventurada: (1) bienaventurada por haber creído en las palabras del ángel, á diferencia de Eva, que dió crédito al espíritu de mentira y de tinieblas; bienaventurada por haber dado á luz la bendicion y la vida para todas las naciones; bienaventurada, en fin, por haber llevado en vuestro seno y alimentado con vuestra leche al Salvador, al Redentor, al Mediador del género humano, á la verdadera luz que alumbró al mundo, al Camino, á la Verdad y á la Vida, delante del que doblan igualmente la rodilla el cielo, la tierra y el infierno.

Que á su nombre tres veces Santo sea dada toda gloria durante los siglos sin fin, por todos los bienes que nos han venido de él, con él y por él; pero sobre todo por la dignidad sublime, á la que os ha predestinado en sus decretos eternos, ¡oh la más augusta de todas las Vírgenes!

Que sea bendito, bendito eternamente por todos los favores de que os ha colmado; por todos esos tesoros de gracia de que os ha hecho dueña y dispensadora absoluta, á fin de que fueseis para todos nosotros, pobres hijos de Adán, tristes herederos de su culpa, el conducto de todas las gracias que nos mereció su misericordia, y que nos merece todavía la voz clemente de sus llagas, siempre por eso subsistentes en su gloriosa humanidad.

(1) Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes. (Luc. 18.)



### LA PAZ DEL CORAZON.

¡Oh grande Reina! cuán hermosos y agradables son vuestros tabernáculos! Todo respira en ellos magnificencia y grandeza; todo es en ellos calma, tranquilidad y reposo: allí la concupiscencia pierde sus aguijones, la carne vencida permanece sujeta al espíritu; allí las pasiones no tienen impetuosidad; allí, para decirlo de una vez, no tiene acceso el pecado.

En efecto, qué se nos ha querido decir al anunciarnos que sus muros están contruidos con piedras preciosas, sus puertas formadas con perlas escogidas, su pavimento de oro purísimo, sus artesonados de oloroso ciprés y todo el maderamen de cedro incorruptible?

¿Qué se nos ha querido decir, repito, con semejante descripción, si no es que en vuestros tabernáculos no habrá jamás ni corrupción ni mácula?

¡Cuán bellos son, pues, vuestros tabernáculos, ¡oh Virgen Augusta! y cuán apetecibles! En ellos quiero yo habitar hasta mi último suspiro, en ellos descansaré en el seno de la paz. Allí os manifestais satisfecha y radiante de toda la gloria de vuestro Hijo, allí os sentais á su mesa espléndida como Reina y Señora, en medio de vuestros hijos dóciles, que colocados al rededor como un plantío de olivos tiernos, la hacen mas hermosa y mas alegre. En cuanto á mí, yo me estaré parado, semejante al pobre perro, esperando, á lo menos, algunas migajas. (1)

Ya que soy indigno de recoger la miel que destila de vuestros lábios y de recibir la leche que brota de vuestra

[1] Saturare gloria Filii tui; tu jam ad mensam, Domina, non sub mensa catelli. [S. Bern.] Filii tui sicut novellæ ollivarum in circuitu mensæ tuæ. [Ps. CXXVII, 3.]

Hablad, pues, Augusta Reina; vuestro siervo os escu-

lengua, [1] reanimaré, á lo menos, mis fuerzas y mis alegrías, con el olor vivificante de vuestros vestidos. (2)

Así es como secundando el deseo que expresais en los Sagrados Cánticos, evitaré turbar la calma y el reposo de vuestro Muy Amado, hasta el dia feliz en que, pasando á una nueva vida, vea desvanecerse para siempre las sombras del error y de la ignorancia. (3)

¡Cuán deliciosa es esta mansion: es aquel jardin cerrado que riega la inagotable fuente de la gracia, de la que vuestro Muy Amado solo tiene la llave y que embellecen flores y plantas ricas de todas las virtudes. [4] Nunca el aquilon frio y devastador del pecado sopla en ese venturoso asilo. Al rededor murmulla el viento saludable y ligero del medio dia, y su dulce aliento, calentando el espíritu y el corazon de sus afortunados habitantes, hace exhalar de ellos con abundancia los suaves perfumes del fervor y de la virtud. [5]

Introducido yo, gracias á vuestra misericordia, en este Santuario de caridad, llevado á él de cierta manera casi á fuerza por vuestra mano dulce y poderosa, no puedo, no sé, no quiero hacer otra cosa sino publicar hasta mi último suspiro los inmensos favores de que me habeis colmado, ¡oh Vos, Hija predilecta de la gracia! la sola llena siempre de gracia, porque con Vos estuvo siempre el Autor mismo de la gracia.

Ahora comprendo con cuánta razon os podeis gloriar de haber estado poseida de él sin interrupcion, desde el principio de sus soberanos designios. [6] ¿Pero de qué principio quereis hablar?

[1] Favus distillans labia tua; mel et lac sub lingua tua. [Cant. IV, 11.]

[2] Odor vestimentorum, sicut odor thuris. (Ibid.)

[3] Adjuro vos, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectum, donec aspiret dies et fugiant umbræ. [Cant. 11, 7.]

[4] Hortus conclusus soror mea; hortus conclusus, fons signatus. [Cant. IV, 12.]

[5] Surge, aquilo; veni, auster, et perfa hortum meum, te fiant aromata illius. (Id. *ibid.*, 16.)

[6] Possedit me ab initio viarum suarum. (Prov. VIII, 22.)

Principio de que no se encuentra origen en el tiempo; principio al que no se puede designar ningun principio; principio cuyo principio se pierde en los insondables abismos de la eternidad de ese Dios mismo, que no ha tenido principio ni tendrá fin; principio del que está escrito: Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios.

Desde ese principio, pues, que no está circunscrito por el tiempo ni determinado por ningun origen, fuisteis, Augusta Reina, colocada á la cabeza de los designios del Señor, y de qué designios? de esos designios de compasion y de clemencia que en las entrañas de su misericordia tenia preparados, á fin de enviar á su pueblo infortunado, sentado en las sombras de la muerte, la ciencia de la salud y la remision de los pecados.

Pero aquí, oh Reina mia! permitidme exponeros respetuosamente mis dudas. Si fuisteis siempre llena de gracia, y lo fuisteis así porque el Autor de la gracia os poseyó desde antes del nacimiento de los siglos, ¿cómo el arcángel Gabriel pudo afirmar y deciros que habiais encontrado la gracia? (1)

Para encontrar una cosa, dice vuestro piadoso San Bernardo, es preciso, ó haberla perdido, ó que no se la haya poseído siempre. Y si Vos no habeis perdido la gracia jamas, ni habeis estado privada nunca de ella, cómo es que la habeis encontrado? ¿En lugar de exaltarlas, habrá querido Gabriel disminuir vuestras grandezas? ¿Podria haber contradiccion en los sentimientos y las palabras, cuando es uno solo y mismo Espíritu el que dicta las palabras é inspira los sentimientos?

Hablad, Augusta Reina, os ruego que expliqueis al mas miserable de vuestros siervos, la verdad que ocultan estas palabras de la Verdad misma. Mi razon se confunde por la sublimidad del misterio, pero no duda de la verdad del oráculo. Estoy cierto de que habeis encontrado la gracia y lo estoy igualmente de que habeis estado siempre llena de gracia.

[1] Ave, gratia plena..., ne timeas, María, invenisti gratiam. [Luc. I, 30.]

Hablad, pues, Augusta Reina; vuestro siervo os escucha. Abrid el océano de vuestra luz á mis ojos enfermos y débiles, desacostumbrados á mirar tan alto. ¡Ah! ya comprendo. Es verdad que estuvisteis siempre llena de gracia, y tambien es verdad que la habeis encontrado, porque la que habeis encontrado es muy diferente de la que habeis poseído siempre. Esta fué una gracia de un orden superior á todas aquellas que Dios dispensó nunca á los ángeles y á los hombres, pues que estaba destinada á hacerlos concebir y dar á luz, permaneciendo siempre vírgen, al Verbo eterno del Padre. Tal es la gracia singular de que fuisteis llena en el seno mismo de la eternidad.

Porque, lo mismo que antes del origen de los siglos, la encarnacion del Verbo fué resuelta, fuisteis tambien desde entonces predestinada para ser la Madre del Verbo hecho carne. Hé aquí por qué en los Santos Cánticos sois con tanta frecuencia llamada con el nombre de hermana, porque habeis nacido con él, y para decirlo así, de un solo alumbramiento en el pensamiento divino.

Tal es la gracia de que fuisteis prevenida y poseída aun antes de la creacion de la luz. Esta fué vuestra gracia propia, incomunicable á toda otra criatura; gracia que os hizo merecedora de ser la Madre de Aquel que la verdad siempre fecunda del Padre engendró en el esplendor de los Santos.

En cuanto á la gracia que habeis encontrado, fué grande, sin duda, pero muy inferior á la primera. Participais de ella con los ángeles y los hombres. Estos la perdieron, y la perdieron miserablemente. Por lo que hace á Vos, la habeis encontrado, no para guardarla ávidamente, pues no teneis esa necesidad, siendo tan rica de aquella otra gracia, que os aproxima tan cerca de la Divinidad. (1) La habeis encontrado para levantar las ruinas de la celeste Sion, para derramarla de nuevo sobre nuestro primero y desgraciadísimo padre, así como sobre todos sus infortunados hijos. Que ocurran, pues, á Vos, los pecado-

(1) Finis divinitatis propinquius attingit. [S. Thom.]

res, los miserables, los desgraciados, y que os digan con aquella confianza que les inspira el piadoso San Bernardo: Dadnos, ¡oh Reina excelsa! dadnos nuestro haber: dadnos lo que perdimos, de una manera tan miserable, y que Vos habeis hallado tan felizmente. [1]

Bendita seais, Virgen Augusta, por todos los siglos, de que habeis sido la Reparadora. Bendita seais, ¡oh Vos llena de gracia! ¡oh Vos que habeis felizmente encontrado la gracia! bendita seais entre todas las mujeres, por haber sido sola entre todas ellas, preservada de la comun maldicion y destinada á reparar la falta de otra mujer, madre de la muerte, como Vos lo sois de la vida.

Si el origen de nuestros males fué un *Eva*, el origen de nuestra felicidad fué un *Ave*, salido por la primera vez de la boca de un ángel, honrado en otro tiempo por los hombres, y mas tarde honrando él mismo á una mujer. Así, la misma palabra que nos trajo la maldicion, sirvió en un orden inverso, para traernos la bendicion: esa palabra por la cual fué escrito el decreto de muerte, por una dichosa inversion ha producido la sentencia de vida.

¡Oh Reina y Madre mia! séaos agradable purificar mis lábios, no ya con un carbon del tabernáculo, sino con un globo entero de fuego, para que os dirija en el nombre del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, de los siglos y de la eternidad, el mismo cántico de bendicion y de alabanzas que el pueblo de Bethulia dirigió en otro tiempo á la triunfante Judith.

¡Oh Vos, gloria de la celestial Jerusalem, abierta de nuevo á nuestros primeros padres y á su desgraciada posteridad! ¡Oh, Vos, alegría de Israel, libre ya del pesado yugo de la servidumbre, y llamado á las delicias de la verdadera tierra prometida! ¡Oh Vos, honor del pueblo fiel, antes cubierto del oprobio de sus abuelos y ya vuelto por Vos á la gloria de su sublime destino! (2)

Admitidme á la participacion de esa gracia que habeis

(1) Redde nobis rem nostram.

(2) Tu, gloria Jerusalem; tu lætitia Israel; tu honorificentia populi nostri. [Judith XV, 10.]

encontrado; apagad mi sed en esa agua viva, que se os ha concedido sacar con abundancia del pozo inagotable del verdadero Jacob, para que mi sed de bienes terrenales se extinga para siempre. Sin vuestro socorro, esas aguas saludables no estarian á mi alcance, porque ese pozo es muy profundo. [1] Libradme, en fin, de este cuerpo de muerte, para que os alabe y os bendiga en el tiempo y en la eternidad. [2]

(1) Et puteus altus est.... Domine, da mihi hanc aquam ut non sitiam. (Joan. IV, II.)

(2) Quis me liberabit de corpore mortis hujus? (Rom. VII, 24.)

## LAS DULZURAS DE LA GRACIA.

¡Cuán bella sois, oh Reina mia amabilísima, cuán bella sois! Vuestros ojos son los de la paloma, (1) á causa de la pureza de vuestro corazón, de la inocencia de vuestros afectos, de la sencillez de vuestros pensamientos y la perfecta santidad de vuestra vida. Por eso dijo vuestro Hijo divino que el ojo es la lámpara y guía de todas nuestras acciones; castas y santas si nuestros ojos, es decir, los ojos de nuestra fe y de nuestra caridad, son sanos y puros. [2]

Y si los ojos de la paloma son bastante hermosos para representar los vuestros, vuestros ojos á su turno son más bellos todavía; porque Vos sois la bella Paloma encerrada en la abertura de la piedra, en la hendedura de la muralla, siempre concentrada, siempre abismada en la contemplación de las bondades inefables y de las humillaciones del Hombre Dios, única y verdadera piedra angular del edificio de nuestra salvación, que en las amables cavidades de sus llagas ofrece á las almas puras la paz y la ventura. (3)

Son hermosos vuestros ojos porque sois aquella dulce y benéfica Paloma, enviada por el divino Noé despues del diluvio de males que habia sumergido al género humano, para llevar la pacífica oliva de la reconciliación. Tan bellos son que vuestro Bien Amado mismo, arrebatado de su hermosura, os hizo decir, en un acceso de su amor in-

(1) *Quam pulchra es, amica mea! quam pulchra es! oculi tui columbarum.* (Cant. I, 14.)

(2) *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit; si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit.* (Math. VI, 22.)

(3) *Columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae.*— (Cant. XVII, 14.)

finito, los volviessis á otra parte, porque le habian hecho una impresion tan poderosa, que del seno siempre fecundo de su divino Padre lo habian atraido hácia el vuestro. (1)

Pero, sobre todo, son hermosos vuestros ojos porque se asemejan á las fuentes de Hesebon, situadas, no en un lugar estrecho, reservado y solitario, sino en el lugar mas abierto y accesible al concurso del pueblo. (2)

De esas fuentes límpidas y siempre llenas haceis manar incesantemente las aguas de la devoción y de la misericordia, sobre todos nosotros, pobres, enfermos y miserables hijos de Adán; aguas saludables que tienen la propiedad sobrenatural de apagar para siempre la sed del que las bebe y de comunicarle la vida de la eternidad. [3]

Vuestra cabeza es como el Carmelo, (4) aquella montaña tan deliciosa y rica en toda clase de bienes, que Dios mismo halló mas detestable la ingratitud de su pueblo por haber olvidado el favor singular de tenerla en posesión. Así decia por boca de su Profeta: Os he hecho dueños de la tierra del Carmelo para que comais sus frutos y obtengais sus deliciosas producciones. (5)

Vuestra cabeza se asemeja al Carmelo, en el sentido de que vuestros pensamientos y proyectos se dirigen constantemente hácia el lado de nuestras necesidades y miserias, fecundos siempre en los medios de socorrernos, ya para impedirnos caer, ya para levantarnos despues de la caída; para fortificar nuestra debilidad, animar nuestra pusilanimidad, curar nuestras enfermedades, y aún, si hemos muerto á la gracia, para llamarnos á una nueva vida.

(1) *Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt.*— (Cant. VI, 4.) (*Un Padre de la Iglesia explica así estas palabras: Unde avolare? nimirum de sinu Patris in sinum Matris.*)

(2) *Oculi tui sicut piscinae in Hesebon, quae sunt in porta filiae multitudinis.* (Cant. VII, 4.)

(3) *Omnis qui bibit ex aqua quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum... sed... fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam.* (Joan. IV, 14.)

(4) *Caput tuum sicut Carmelus.* (Cant. VII, 5.)

(5) *Et induxi vos in terram Carmeli, ut comedatis fructum ejus, et optima illius. et ingressi contaminasti terram meam.* (Jerem. XI, 7.)

¿Y vuestros cabellos? ¡Cuán hermosos deben ser vuestros cabellos, pues que bastó uno solo para herir el corazón de vuestro Esposo! (1) Símbolo y figura patente de vuestra humildad tan justamente comparada al cabello. Así como no hay nada más débil ni más delgado que un cabello, (2) no se podía imaginar una humildad más profunda y más perfecta que la vuestra, cópia fiel de la de vuestro divino Hijo.

El se abatió hasta el anonadamiento de sí mismo, revistiendo la forma de esclavo siendo Dios; y Vos, descendisteis hasta el anonadamiento de Vos misma, declarándoos su humilde sierva, cuando erais su Madre. Vuestro amadísimo S. Bernardo afirma con razón, que si tuvisteis tantos atractivos para el celeste Esposo porque erais Virgen, no fuisteis digna de concebir al Verbo encarnado sino porque erais humilde. (3)

Vuestras mejillas se parecen á la granada. (4) Su tierno color figura el pudor virginal de que fuisteis el modelo y la madre. La estrecha union de sus granos representa la templanza que inspirais y que nos une estrechamente á nuestro divino Gefe, sin dejarnos correr hácia las criaturas. Las ingeniosas separaciones que los dividen, nos muestran vuestras atenciones y cuidados para toda clase de personas; porque Vos acogeis con la misma dulcedumbre y ternura á los sábios y á los ignorantes, á los ricos y á los pobres, á los grandes y á los pequeños, á los justos y á los pecadores.

En fin, la prodigiosa multitud de sus granos, encerrados y ocultos bajo una ligera corteza, revela las innumerables virtudes que embellecen vuestra grande alma; (5) virtudes tan grandes y tan numerosas, que vuestro Bien Amado mismo, impotente por decirlo así para enumerarlas en el

(1) Vulnerasti cor meum, sponsa: vulnerasti cor meum in uno erime colli tui. [Cant. IV, 9.]

(2) Quid uno crini gracilius? (Rich. de S. Laur.)

(3) Quæ si ex virginitate placuit, tamen ex humilitate concepit.

(4) Sicut fragmen mali punici, ita genæ tuæ, absque eo, quod intrinsecus latet. (Cant. IV, 3.)

(5) Todas estas explicaciones son de los Padres de la Iglesia.

hermoso retrato que de Vos hizo un día, se apresura frecuentemente y en abreviado nos dice, que en las bellezas exteriores de que hace el elogio, no están de ningún modo comprendidos los atractivos interiores que os hacen á sus ojos mas bella y más querida. (1)

Tal vez por esto y queriendo corresponderle y celebrar sus alabanzas con motivo de las gracias inmensas de que os habia colmado, os hallasteis incapaz de comprender todo el número y la estension de ellas, y en compendio nos decis que el Todopoderoso ha hecho en vos y para vos cosas grandes y maravillosas; (2) y que ha desplegado para hacerlas toda la fuerza de su brazo, mientras que el cielo y la tierra y los abismos son solo la obra de sus dedos. (3)

Vuestros lábios son como un liston de púrpura. Símbolo de la sangre del Cordero sin mancha, este color comunica á vuestros lábios el poder de detener los golpes de la divina justicia y de apagar los rayos de su cólera. (4) Este signo fué, imperfectamente representado por la sangre del Cordero figurativo, el que contuvo en otro tiempo la espada homicida del ángel exterminador, y á este signo tambien en la destrucción de Jericó debió su salvacion la familia de Rahab; exceptuada del comun castigo, porque se vió flotar en su ventana aquel liston triunfal.

Pero vuestros lábios son ademas como un cordon de púrpura, porque animados por esa caridad ardiente que figura el color de la púrpura, son cordones y lazos todopoderosos para cautivar y para atraer los corazones mas duros y mas ingratos.

Sin embargo, vuestros labios, ¡oh la mas bella y perfecta Obra de las manos del Criador! vuestros lábios no son bellos sino á medias cuando los teneis cerrados. Su hermosura no aparece toda entera sino cuando se abren pa-

(1) Absque eo, quod intrinsecus latet. (Cant. IV, 1.)

(2) Fecit mihi magna qui potens est. Fecit potentiam in brachio suo. (Luc. I, 51.)

(3) Et opera digitorum tuorum sunt cæli. (Ps. VIII, 4.)

(4) Sicut vitta coccinea labia tua. (Cant. IV, 5.)

ra hablar. Por eso vuestro Bien Amado describiendo sus encantos, no se limita á decir que son rojos como la púrpura, sino que añade inmediatamente que vuestra palabra es dulce y suave. [1] Quiere decir que este color tan agradable á sus ojos brilla con todo su esplendor en cuanto habláis, y que vuestra voz no le es tan querida sino porque sale de esos lábios purpureos.

Hablad, pues, augusta Vírgen, hablad á mi corazón para que enagenado y suspenso por tan dulce armonía, esté cerrado para siempre á toda otra voz estraña. Hablad tambien por mí á vuestro divino Hijo; vuestra palabra le será siempre agradable, y el gozo que le causareis lo hará para mí propicio.

Cuán bella sois ¡castísima esposa del mas casto de todos los Esposos! cuán bella sois; vuestro cuello es semejante á la torre de David, fortificada por todas partes y protegida de broqueles impenetrables (2) Así como el cuello está hecho para unir los miembros á la cabeza y para transmitirles los espíritus vitales que de esta emanan; destinada vos á unirnos en calidad de miembros á nuestro Augusto Gefé y á comunicarnos su espíritu, sois como el cuello de este cuerpo místico.

Sois tambien como una torre fortificada, inexpugnable, viva, que dominando todas sus partes, vela de dia y de noche en su defensa: torre provista de todas las armas de los valientes, para darlas á los que carecen de ellas, revisiéndolos del invencible escudo de la fé, de la impenetrable coraza de la caridad y del casco brillante de la esperanza; torre del marfil mas puro sin nudos y sin manchas; torre del Líbano que mira siempre en contra de Damasco, esta capital del rey de Siria, que en todos tiempos fué el enemigo irreconciliable de vuestro pueblo escogido; torre siempre presta á defender á los miembros místicos del Salvador, continuamente atacados por el implacable prin-

(1) Et eloquium tuum dulce. (Cant. IV, 5.)

(2) Sicut turris David collum tuum, quæ ædificata est cum propugnaculis; mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium. (Cant. IV, 4.)

cipe de las tinieblas y por sus satélites visibles é invisibles, mas crueles y mas perversos que él (1.)

No solo protegeis á estos miembros queridos, como una torre inexpugnable, sino que sois ademas vos sola como un ejército entero formado en batalla, siempre lista á desplegar vuestras fuerzas formidables, á combatir y á triunfar por nosotros [2].

¡Qué nuevo y gracioso espectáculo me presentan vuestras manos! ellas son como un torno. (3) Este es el rasgo que las designa en los Cánticos sagrados, y ¡qué misterio tan consolador encierra! Facilidad, prontitud, viveza, hermosura, he aquí lo que distingue el arte y el trabajo del tornero.

Ninguna comparacion mas propia para explicarnos la facilidad, la rapidez, la prontitud de vuestras manos para dispensarnos sin cesar favores y socorros de todo género, así como para colmarnos de las riquezas de que vuestro Hijo os ha hecho, sin restriccion y sin reserva, la señora y el árbitro.

Hechas á torno, vuestras manos son de oro macizo, símbolo el mas expresivo de la caridad que las conduce. Los jacintos de que están llenas figuran las gracias que derraman sobre nosotros. (4)

¿Y qué diré de vuestro seno, de ese templo vivo de la Divinidad; de ese trono de misericordia y de gracia; de ese santuario vivo en el cual fué formada la indecible union de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, en el cual fué sellado el gran testamento de reconciliación entre Dios y el hombre?

Es como un monton de trigo acumulado (5) Bien diferente, en efecto, de la antigua Rebeca, en cuya gloria está escrito que encerraba dos pueblos en su seno, [6] vos

(1) Collum tuum sicut turris eburnea... sicut turris Libani, quæ respicit contra Damascum. (Cant. I, 9.)

(2) Terribilis sicut castrorum acies ordinata. (Cant. VI, 3.)

(3) Et manus illius tornatiles. (Ibid V, 14.)

(4) Manus illius tornatiles aureæ plenæ hyacinthis (Ibid.)

(5) Venter tuus sicut acervus tritici. [Cant. VII, 2.]

(6) Duæ gentes in utero tuo. [Gen. XXV, 23.]

llevais en el vuestro no dos pueblos solamente, sino la inmensa multitud de los escogidos, marcados desde antes del origen de los siglos, con el gran sello de la predestinacion.

Vos sois tambien la amable aurora, mensajera, afortunada del nuevo dia. (1) De vuestro seno se levanta sobre nuestro horizonte el sol verdadero, deseado tantos siglos antes por los patriarcas, anunciado por los profetas y esperado por todos los justos de la antigua alianza.

Sois bella como la luna (2); porque fuisteis creada para alumbrar la noche profunda que envolvia al género humano, y para dirigir en las vias de salvacion á los pecadores que caminan bamboleando en las sombras del vicio y del error.

Sois ademas como la luna, porque así como este astro es la mas perfecta imagen del sol, sois vos la imagen mas parecida del Sol eterno que no conoce ni levante ni ocaso. En fin, os parecéis á la luna en que así como este astro concurre con el sol á todas las producciones del reino vegetal en la naturaleza, así Vos cooperais á la salvacion de todos con el Salvador universal del género humano.

Admirable comparacion á la que no quitan nada de su belleza ni las palabras de San Juan que nos pinta á este astro como abatido, degradado y hollado por vuestros piés, ni las del Sábío, que lo compara al insensato. San Agustin nos revela el misterio. La luna no es el mas bello de todos los astros, sino cuando manda á la noche y ordena sus sombras.

Y bien, desde el primer instante de vuestra concepcion hasta el de la encarnacion y el del nacimiento del Hombre Dios, vos representasteis á la luna enviando á la tierra los rayos refringidos del sol, pero en el dia afortunado de vuestra exaltacion, fuisteis toda investida del eterno Sol, y pusisteis la luna bajo vuestros piés, haciendo desaparecer las sombras, y las figuras, y las ceremonias, y los ritos, y los símbolos.

[1] Quasi aurora consurgens. (Cant. VI, 9.)

[2] Pulchra ut luna (Cant. VI, 9.)

Por eso el Sábío refiriendo á este feliz suceso la promesa dirigida á nuestros primeros padres, de aquella mujer que debia aplastar con su pié la cabeza de la serpiente enemiga, del ángel decaído de su sabiduría original y vuelto loco y príncipe de toda locura, lo compara justamente á la luna, á causa de sus variaciones y de sus transformaciones insidiosas. Esta luna es la que habeis hollado, y la que continuais hollando á vuestras plantas!

Sois, en fin, escogida como el sol [1]; así como el verdadero sol fué vuestro Bien Amado, escogido entre mil (2), así Vos fuisteis la única escogida, la sola bendita entre todas las mujeres (3) ¿Qué puedo agregar? Baste decir que toda sois bella, sin tacha ni mancilla; que Vos sola sois tan bella como toda la celestial Jerusalem, tan bella como el Paraiso entero. [4.]

En efecto, las gracias, las virtudes, las bellezas de los querubines y de los serafines, de los apóstoles y de los doctores, de los confesores y de los mártires, de los inocentes y de las vírgenes, todo, en fin, está reunido y junto en vos sola. Por eso el esposo de los Cánticos compara con toda justicia, vuestras solas bellezas á todas las bellezas de la Jerusalem celeste. ¡Volveos, pues, oh hermosa Sulamita, volveos hácia la tierra, á fin de que aquí abajo podamos contemplar vuestra hermosura! (5)

(1) Electa ut sol. (Cant. IX, 6.)

(2) Dilectus meus electus ex millibus (Ibid. V, 10.)

(3) Benedicta in inter mulieres. (Luc. I, 42.)

(4) Pulchra es, amica mea, suavis et decora, sicut Jerusalem. (Cant. VI, 3.)

(5) Revertere, revertere, Sulamitis, revertere ut inteamur te. (Cant. VI, 12.)

### LOS ATRACTIVOS DE LA GRACIA.

¡Volveos, oh bella Sulamita, volveos hácia la tierra á fin de que nosotros podamos contemplar vuestra hermosura! ¿Cómo reprimir por mas tiempo los impulsos de mi corazon? ¿Cómo ahogar su voz y obligarlo á guardar todavía un silencio respetuoso y tímido? No, el tiempo de callar ha pasado; no podria vivir si me callase mas. Permitted, oh Reina, oh Madre, permitid que hable libremente.

Arrobado por vuestra belleza, encantado por vuestra bondad, lo diré sin rodeos, estoy de vos enamorado. Vuestra imágen está siempre presente á mi pensamiento, está grabada en mi corazon. Vuestro dulce nombre viene á cada instante á colocarse en mis lábios; vos sola, sola, sois el noble objeto, el fin, el alimento delicioso de todas mis afecciones.

Yo os amo, ¡oh la mas tierna de las madres! Os quiero bien, os quiero mucho, amabilísima madre mia. No os sorprenda que la mas vil de las criaturas se atreva á decirlos que os ama. ¿Se puede acaso llevar un corazon en el pecho y no arder en amor vuestro? ¿Se puede pensar en vos y quedar impasible y frio? ¿Se puede pronunciar vuestro nombre sin sentirse en un oceano de las mas castas delicias?

Bien sé que no soy digno de amar á la Reina de los ángeles, á la Reina del universo, á la augusta Madre de Dios; pero teneis títulos para el amor de todas las criaturas, sean las que fueren; así pues tambien para el mio, por mas que yo no sea mas que un gusano de la tierra y no un hombre, sino el oprobio de los hombres y la escoria del pueblo. (1)

(1) Ego autem sum vermis, et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis. (Ps. XXI, 70.)

¿Quereis saber lo que me causa pena, pena profunda? Os lo diré con franqueza. Mi único pesar es haber comenzado á amaros tan tarde, ¡oh Belleza tan antigua para otros mas dichosos y tan nueva para mí, que no os he conocido al principio y os he amado demasiado tarde! (1)

¡Maldito sea para siempre el tiempo en que no os he amado! yo detesto los dias en que mi corazon amó á todo otro objeto que no fuisteis vos. ¡Pudiera borrarlos del número de mis dias! Dígnese vuestra mano caritativa desgarrar su historia y hacer desaparecer para siempre el recuerdo de ellos.

Si el amor de un miserable como yo no puede honraros, á lo menos no me impidais que diga que: Yo os amo! No pretendo hacer de mi amor para con vos un mérito: ¿que mérito, en efecto? Tiene mas atractivos que los que se necesitan para cautivar el amor de las criaturas, la que ha sabido arrebatarse de amor el corazon de un Dios: ¿Cómo pensar en hacer un mérito de amarla?

Así yo os ruego, y á esto se limita mi súplica, que no me rechaceis como muy atrevido y presuntuoso. Deberiais dejar de ser tan bella y tan buena, si pudierais considerar temerario un amor inspirado, provocado, ordenado por el irresistible imperio de la belleza, de la bondad y de la clemencia. Esto bastará para justificarme, pero si no, podria añadir aun mil razones á las que no podriais resistir ni tendriais qué responder.

Explicando el maravilloso cuadro que ha trazado de vos el pincel divino, he hecho sobresalir en él, es cierto, los rasgos mas hermosos y mas admirables ¡oh bella y santa Ciudad de Dios! (2); pero no he dicho todavía lo que hace vuestro retrato mas bello y mas glorioso para el inmortal obrero, que reunió tantos colores, y tan variados y tan ricos, para embelleceros.

Fijaos bien en lo que voy á decirlos. Para haceros bella ha agotado su poder, su sabiduría y su bondad á tal

(1) Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi; vñ tempori illi in quo non amavi te. (S. Aug.)

(2) Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. (Ps. LXXXVI. 3.)



extremo, que siendo como es todopoderoso, quedó impotente para hacer una criatura mas bella que vos: (1) y despues de haber hecho tanto, no encontró otro medio de acabar este magnífico cuadro que revestiros toda entera de sí mismo, haciéndose él mismo vuestro vestido, vuestro manto y vuestro precioso ornamento.

Entonces fué cuando lleno de complacencia en sí mismo por esta noble y prodigiosa invencion de su amor, mostró su obra é hizo ver al cielo una mujer revestida del sol; ofreciendo así á las miradas de los ángeles y de los hombres un prodigio verdaderamente grande, porque era enteramente nuevo y sobrepujaba á todos los otros (2.)

Prodigio tanto mas sorprendente quanto que aquel sol de que fuisteis revestida en los cielos, es el mismo que descendió á vuestro seno. Aunque templando los vivos rayos de su gloria, os cubrió, os envolvió de tal modo con su inmensa luz, que Vos misma no os reconociais, (3) y por esto Gabriel tuvo que reanimar vuestro valor, advirtiendoo del dichoso cambio que de sierva os habia hecho la Madre de Dios. (4) ¡Cambio sublime! obra, no de los dedos, sino de la omnipotencia de aquel á quien la creacion del universo no le costó mas que una palabra! (5)

Ahora comprendo por qué él mismo hacia sus delicias del perfume de vuestros vestidos y lo comparaba al incienso de olor mas agradable. (6) El incienso representa á la Divinidad, porque entre todos los perfumes mas exquisitos y suaves, es el único que se ofrece á Dios. Revestida, rodeada toda entera de la Divinidad, vuestros vestidos no podian exhalar otro olor sino el del incienso.

¿Y qué puedo hacer yo, ¡oh mi soberana Bienhechora! qué puedo hacer yo, miserable, al veros tan rica, tan es-

(1) Este pensamiento es del seráfico doctor S. Buenaventura.

(2) Signum magnum apparuit in celo: mulier amicta sole. (Apoc. XII, 1).

(3) Victus altissimi obumbrabit tibi. (Un intérprete explica así estas palabras: Obumbrabit te tibi.) (Luc. 1, 35.)

(4) Ne timeas, Maria, quod enim nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei. (Luc. 1, 35.)

(5) Dixit, et facta sunt. (Ps XXXII, 9.)

(6) Odor vestimentorum tuo rumsicut odor thuris. (Cant. IV, 11.)

pléndidamente vestida? El sol que nos alumbra, y que no es tan bello sino porque es la mas viva imágen del Sol eterno, verdadera luz del mundo; ese sol no es mas que un inmenso globo de fuego. Por eso en ciertas partes de Africa, expuestas á todo el ardor de sus rayos, inflama no solo á los bosques sino á la misma tierra.

¿Cómo, pues, me sería posible, veros sin arder en amor vuestro, puesto que el sol que forma vuestro vestido, es el amor mismo, la caridad por esencia, y su calor es tal, segun el antiguo y verídico oráculo del Profeta, que nadie puede librarse de él? (1)

Permitid, entonces, que deje á mi corazon hablar con entera libertad y que os diga francamente: Os amo, os amo, os amo, amable, amabilísima Madre, Madre bellísima, Madre tierna, Madre de gracia y de misericordia, Madre de caridad y de amor! Todo mi pesar es no tener mas que un solo corazon, un corazon tan pobre y tan miserable, que no puede amaros mas.

Pero aun cuando tuviera todos los corazones de todos los hombres que han sido, que son y serán hasta la consumacion de los siglos; aun cuando tuviera los corazones de todas las criaturas posibles que pudieran salir de las manos de Dios, ni aun así podria llegar á amaros tanto como Vos lo mereceis.

Penetrado estoy de esta verdad, y tanto mas debo de estarlo, cuando todas las criaturas serian incapaces de amar dignamente á la que ha podido inflamar de amor al mismo Dios! ¿Y qué, será vano mi amor, por ser tan poco proporcionado? No, no.

Aun cuando no lograra agradaros, á pesar de todos los esfuerzos que hago para amaros bien; aun cuando no lograra obtener de Vos la gracia de amaros mas; aun cuando no lograra obtener de Vos que me compadecieseis, porque no sé, porque no puedo, porque no alcanzo á amaros mas tiernamente; aun así yo habré hecho mi felicidad, amandoos, pues que habré satisfecho los deseos de mi corazon: lo habré tranquilizado. Hallará en lo sucesivo la

(1) Nec est qui se abscondat a calore ejus. (Ps. XVIII, 7.)

felicidad en haber saciado esta hambre de amor que lo devora.

Ahora, pensad como querais de mi pobre, de mi miserable amor: llamadlo atrevido, temerario, audaz; pensad como querais; yo no cesaré de repetir que: Os amo, os amo, os amo; que os amaré siempre y no cesaré de amaros nunca.



## LOS SOCORROS DE LA GRACIA.

¡Gran Señora, qué miseria es la mía! Mientras que mis labios se esfuerzan en expresar los deseos de mi corazón, y este se empeña en secundar las palabras de mis labios, advierto que esta masa de lodo que lo detiene prisionero, carga sobre él como un pesado fardo, lo arrastra hacia la tierra, sin permitirle levantarse, y en esto conozco que os amo todavía muy poco.

¿Y cómo disimularlo? ¿Si el amor tiene el secreto y el mágico poder de aproximar al que ama con el objeto amado; de aproximarle tan cerca, que pueda estudiar sus cualidades, contemplar sus encantos, copiar sus virtudes, imitar sus ejemplos, y hacer comunes sus deseos y sus voluntades, cómo puedo decir con verdad que os amo, siendo así que una diferencia infinita separa nuestras maneras de ser y de obrar?

De vuestras innumerables virtudes no hay ninguna que yo imite, ninguna que yo practique. Y aun temo que en este punto mi corazón se engañe cruelmente, haciéndose falsas ilusiones, y que seduciendo á mi lengua la haga el intérprete de sus mismos engaños.

¿Pero qué hacer? ¿Cómo se levantará este pobre corazón encima de su cáscara de barro llena de infección y de miseria, deplorables restos de su primer origen, restos mas deplorables aun de sus propios desvaríos? ¿Cómo se levantará hasta Vos, que estais sentada tan alto á la derecha misma de Dios, él á quien las pasiones y los sentidos coligados para humillarlo lo tienen fijo y adherido á este limo de donde fué sacado?

Si yo tuviese la fortuna de David, que llegó á merecer las complacencias de Dios; si como él yo hubiera merecido ser llamado por Dios un hombre segun su corazón, (1)

(1) Inveni virum juxta cor meum. (I Reg. XIII, 14.)

in domum tuam. (Psalm. LXX, 6.)

podría, á su ejemplo, desear tener las alas de la paloma, (1) para escaparme de los lazos de mis inseparables y perpétuos enemigos, y trasportarme hasta Vos de un vuelo rápido y ligero, para que á la reverberacion de aquel horno de caridad que arde en vuestro seno siete veces mas ardiente que el de los serafines mismos, yo pudiese reanimar mis entumecidas fuerzas, fundir el hielo de mi corazon, de manera de poder amaros tanto como quisiera, tanto como digo que os amo, tanto como Vos mereceis ser amada.

Pero un vuelo corto, tal como el de la paloma, un vuelo tranquilo y lento, sin agitacion y sin ruido, podia solo convenir á un hombre así como David. Formado segun el corazon de Dios, no tenia necesidad de débiles esfuerzos para aproximarse, para trasportarse á él enteramente. Pero á mí, que mas que hombre soy un gusano, no me bastaria ni tener las alas fuertes y poderosas de aquellas dos grandes águilas descritas por Ezequiel. (2)

¿Cómo haré, pues, miserable de mí, para decir la verdad cuando digo que os amo? ¡Ah, mi tierna Madre! el solo, el único medio de obrar este prodigio, porque lo es, es atraerme hácia Vos, por la potencia de vuestro brazo, brazo todo poderoso al que nada puede resistir, ante el cual desaparecen todos los obstáculos.

¿No es acaso de Vos, mas bien que del patriarca Jacob, de quien puede decirse que habeis luchado con Dios mismo, y con tanto éxito que del seno de su Padre lo habeis hecho descender al vuestro?

¿Cómo entonces no sereis mas poderosa tratándose de una hoja seca y árida como yo soy, (3) juguete del menor viento, para sacarme del lodo original que me retiene, levantarme encima de todas las cosas creadas, aproxi-

(1) Quis dabit mihi pennas sicut columbæ et volabo. (Ps. LVI, 7.)

(2) Et ecce aquila grandis magnarum alarum, longo membrorum ductu, plena plumis... et facta est aquila grandis, magnis alis, multisque plumis. (Ezech. XVII, 8.)

(3) Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra homines prævalebis. (Gen. XXXIII, 28.)

dor, siempre rico en misericordia, los rodea (1) á su gusto.

marme á Vos, hacerme contemplar vuestra belleza arrobadora, embriagarme con las delicias de vuestro corazon, y hacerme imitar vuestras virtudes y vuestros ejemplos?

Atraedme, atraedme; á Vos os toca; y no creais que hablando así y excitandoos á atraerme, desmienta mis protestas de amor, ni mi deseo ardiente de amaros mucho y amaros siempre. Ya sé que la necesidad de ser atraído importa implícitamente la idea de repulsa ó de resistencia de la parte de aquel que tiene necesidad de ser atraído; pero esto no es siempre verdadero.

Vuestro amadísimo San Bernardo lo dice y no se engaña. ¿Hay acaso algun desgraciado febricitante que no desee con ansia el baño, que segun él debe apagar el fuego que lo consume? ¿Se puede dar un paralítico apremiado por el hambre que no suspire por el alimento que debe reparar sus fuerzas? Y uno y otro serian igualmente víctimas de sus propios deseos, si manos amigas y compasivas no viniesen á conducirlos al baño y á la mesa.

Aquel paralítico de los alrededores de Galilea, ¿no deseaba ser curado? ¿pero cómo ir por sí mismo al Médico universal, igualmente poderoso en palabras que en obras? Era preciso que la caridad de sus vecinos lo llevase y lo presentase tendido sobre su lecho, al que no solamente le devolvió la salud sino que le perdonó sus pecados. (1)

Aquel otro infortunado, despojado por los ladrones y abandonado en el camino, cubierto de heridas y medio muerto, ¿no desearia que alguno viniese á socorrerlo, á vendar sus llagas y á librarlo de nuevos peligros? Y sus votos habrian sido inútiles si un caritativo Samaritano, movido de compasion, no lo hubiera colocado en su cabalgadura y conducido á la hostería.

En fin, como última prueba, voy á apelar á Vos misma. Ardiendo en el deseo de poseer á vuestro Muy Amado y de ser poseida por él, corristeis á él generosamente, olvidando á la vez á vuestro pueblo, á la casa de vuestro pa-

(1) Videns Jesus fidem illorum, dixit paralytico: Confide, fili, remittuntur tibi peccata tua.... Surge, tolle lectum tuum, et vade in domum tuam. (Math. IX, 2.)

dre y á vuestra propia familia. (1) ¿Quién sería capaz de decir la rapidez de vuestra carrera? ¿Quién sería capaz de decir vuestra prisa, vuestro empeño y diligencia?

Diligencia tan grande y tan activa, que encerrada todavía en el seno de vuestra Madre, comenzasteis á correr desde el primer instante en que comenzasteis á existir: diligencia tal, que ni las vigilijs del día, ni el sueño de la noche, pudieron retardar ni suspender un momento vuestra carrera. [2]

Corriendo así, de esta manera, es como habeis obligado, solicitado y determinado á vuestro Muy Amado á tenderos la mano y atraeros hácia sí. (3) Sin esto, cómo hubierais podido esperar reunirnos á él, que corria también como un gigante para acabar de recorrer el inmenso espacio, el camino interminable que lo separaba de Vos? (4)

Vuestros gemidos no fueron inútiles; os atrajo la fuerza de su brazo omnipotente, y con tanta felicidad, que no solamente pudisteis reuniros á él, sino que, encenderlo de amor, herir su corazón y conducirlo prisionero en vuestro seno, fué para Vos la obra de un instante. Razon tuvisteis entonces en decir que él os amaba tanto como Vos lo amabais á él. [5] Expresion tan prodigiosa, que vuestro San Bernardo, después de haberla pesado, no ha podido excusarse de decir, que Vos os lisongeais inmensamente ó sois inmensamente amada. (6)

Pues bien, si Vos que sois hija de Adán, es verdad; pero que, sin embargo, no sois heredera de su culpa; si Vos

(1) Obliviscere populum tuum, et domum patris tui. (Ps. XLIV, 11.)

(2) Es opinion de los teólogos, que desde el seno de su Madre Maria tuvo el uso perfecto de su razon, y que no estuvo un solo instante en el periodo de su vida, sin aumentar sus méritos, aun durante su sueño.

(3) Trahe me; post te curremus in odorem unguentorum tuorum. (Cant. I, 3.)

(4) Exultavit ut gigas ad currendam viam; a summo caelo egressio ejus. (Ps. XVIII, 6.)

(5) Dilectus meus mihi, et ego illi. [Cant. II, 16.]

(6) Deus enim dicit: Dilectus meus mihi; et ego illi; aut sponsa in immensum gloriatur, aut sponsa in immensum diligitur.

do. siempre rico en misericordia los rodea (1) á su gusto

en favor de la que se hizo una excepcion singular en el decreto general formulado contra todos sus descendientes (1); si Vos, en fin, que siendo virgen y sin mancha, fuisteis la grande obra de la encarnacion del Verbo (2); si á pesar de todas estas ventajas, tuvisteis necesidad de correr á él, para que os atrajese con su mano todopoderosa y os ayudase á terminar vuestra carrera: qué tiene de asombroso que yo, miserable criatura, cargado del peso de mis vicios, mucho mas que del de mi cuerpo, haya protestado tanto que os amo, afirmado tanto que no deseo otra cosa sino amaros mas y siempre y á vos sola; y que al mismo tiempo haya confesado que todo esto era inútil, que nada podria hacer de lo que decia, si vos misma no me tendiais la mano para atraerme del abismo de mis miserias; si no me atraiais hasta vos por la fuerza de vuestro brazo omnipotente?

Por favor, mi buena Madre, por favor, no os detengais en mis protestas; no os contenteis con mis solos deseos; atraedme; sin esto las unas y las otras serán siempre inútiles y sin efecto. Atraedme, os lo repito, ¡oh amable soberana de los corazones! y aproximadme lo mas cerca de vos.

Atraedme de la manera que gustéis, ya con las pesadas cadenas de Adán, ya por las aguas de la tribulacion, ya por el fuego de las penas de la vida, ya por los dulces encantos del amor y de la gracia. (3) Socorrido, ayudado, atraído por vos, os amaré verdaderamente, os amaré siempre, os amaré con un amor digno de vos, no amaré mas que á vos sola, y entónces podré decir con verdad: Os amo, os amo, os amo.

[1] Non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est. (Así hablaba Asnero á su Estlier.) (Esth. XV, 13.)

(2) Maria, mater Dei, solum opus Incarnationis Dei mei. (S. Ildefonso.)

(3) In vinculis Adam traham eos in funiculis charitatis (Osee, II, 4.)

## LA SUPLICA.

Hasta aquí, bellísima Vírgen y amabilísima Madre, no he hecho mas que manifestaros mis miserias, y abogar por mi causa en el gran tribunal de vuestra misericordia infinita; pero si á esto me limitase, seria culpable de prevaricato ante Vos y ante los hombres.

Consagrado por el augusto Sacramento, símbolo de la íntima y casta union de Cristo con la Iglesia, su esposa, he llegado á ser la cabeza de una numerosa familia, y no debo solamente pensar en mi provecho, como si hubiera nacido para mí solo. La ley de la naturaleza, esa ley primordial, que no siendo sino una emanacion de la voluntad divina, está grabada con caracteres imborrables en el corazon de todos los seres racionales; la dulce ley de caridad que regula su imperio segun las relaciones que establecen entre los hombres los lazos de la sangre y de la condicion, del estado y de la profesion, de la religion y de la patria; en fin, la ley de la sociedad civil, que viendo á los hijos como una sola persona con su padre, los considera como copropietarios de los bienes paternos: todas estas leyes me imponen el sagrado deber de proveer al bien de mis hijos, y sobre todo de aquella que por una consagracion solemne, obrada al pié de los altares de Dios vivo, estándome unida para criarlos y educarlos, ha venido á ser por esto, mas verdaderamente todavia, mi cooperadora y compañera (1) Ademas, sacada de las costillas del viejo Adan está formada del propio barro que yo, frágil como lo soy yo mismo.

Por esto es que fiel á las obligaciones contraidas, y observador exacto de todas las leyes divinas y humanas, os ruego y suplico, dulcísima Reina, que veais con ojos de misericordia á mi familia entera, que la bendigais, que la

[1] *Faciemus ei adiutorium simile sibi.* [Gen. II, 18.]

79  
dor. siempre rico en misericordia los rodea (1) á su gusto

defendais de los numerosos asaltos del enemigo comun, siendo para ella un asilo seguro: semejante á aquella torre del Líbano fortificada por todas partes y protegida por mil escudos impenetrables suspendidos en sus murallas.

Que mis hijos aprendan desde temprano á reconocer en vos á su Madre, á respetaros, á amaros, y á poner en vuestras manos sus negocios y sus ocupaciones, su estado y su vida. Nacidos como yo en el pecado, é hijos de un padre pecador, que encuentren en su ejemplo y en sus palabras el mas fuerte, el mas poderoso motivo para no abandonar jamas vuestra devocion, signo dichoso, prenda segura de predestinacion.

Tal es la herencia que al declinar de mis dias, me he esforzado en procurarles. Es la única que deseo transmitirles, porque es la única que los gusanos no roen, ni consume el moho. Será la única, en fin, que podrá hacerlos felices en el tiempo de su destierro, con tal solamente de que os dignéis regular su administracion.

Reuniendo, pues, todas las fuerzas de mi alma y todos los afectos de mi corazon, os los recomiendo á todos, porque todos me son muy queridos, igualmente queridos, y con ellos os recomiendo tambien á la amada compañera de mis dias, que dividió conmigo todos los sucesos de mi vida, prósperos y adversos. En los dias tempestuosos de la adversidad, me siguió, con resignacion y constancia, á las escarpadas montañas de la mirra; y en los serenos dias de la prosperidad fué tambien conmigo, modesta y moderada, á las agradables colinas del incienso.

Con su palabra y ejemplo, ha trabajado tambien como yo, en el cultivo de vuestra pequeña viña: ha velado de dia y de noche para arrojar de ella á los zorros devastadores. Si se ha prometido una vida eterna á cualquiera que haga conocer á los otros vuestras gracias y vuestras grandezas, segun los oráculos del Espíritu Santo, que os son aplicados por la Iglesia, [1] ella no ha hecho otra cosa mas que inspirar desde temprano á sus tiernos hijos.

[1] *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.* (Ecclesi. XXVI, 31.)

verdadera devocion hácia Vos, ¡oh Reina mía! y tenerlos unidos á Vos. ¿No tiene entonces toda especie de derecho á la felicidad prometida?

Os recomiendo igualmente á los hijos y á la madre: conservadlos en la unidad y en la paz: pido para ellos la unidad, como vuestro divino Hijo mismo la pedia á su Padre para todos sus apóstoles. [1] Unidad en la fé de nuestra divina religion y en la sumision á las doctrinas de la Iglesia, que es su depositaria; paz del espíritu, paz del corazon, paz de la conciencia; rico patrimonio de aquellos que os aman con Dios (2) á Vos que sois su verdadera Madre, sin haber dejado de ser vírgen; porque un Dios no podia nacer sino de una Vírgen, y una vírgen no podía dar á luz sino á un Dios.

Que mis tiernos hijos vivan, pues, unidos entre sí por los dulces lazos de la caridad, (3) que se amen los unos á los otros con el mismo amor con que el Padre ama al Hijo, y que el Hijo, en calidad de gefe, comunicó á sus miembros por vuestro medio, porque Vos sois el cuello de este cuerpo místico. Así os designa él mismo en los santos Cánticos. Habeis sido establecida para transmitir á los miembros de este cuerpo el espíritu de su augusta cabeza.

Que no sean, reina mía, como la higuera estéril, condenada por el mayordomo á caer bajo el golpe del hacha, para que deje de ocupar un terreno destinado á producir fruto. (4) Que sean al contrario, por vuestros caritativos cuidados, como otros tantos sarmientos constantemente adheridos á su cepa inmortal, (5) siempre cubiertos de hojas, de flores y de frutos.

Si acontece que tengan necesidad de ser podados, ya para ser librados de alguna enfermedad, ya para prepararlos á producir frutos mas abundantes, que el divino Viña-

(1) Ut sint unum sicut et nos unum sumus. (Joan. XXII, 11.)

(2) Pax multa diligentibus Deum. (Ps. CXVIII, 265.)

(3) Hoc est præceptum meum ut diligatis invicem. (Joan. XV, 19.)

(4) Succide eam; ut quid enim terram occupat. (Luc. XIII, 7.)

(5) Ego sum vitis, vos palmites. (Joan. XV, 5.)

dor, siempre rico en misericordia, los pode (1) á su gusto; pero que lo haga por vuestra mano, para que vuestra ternura maternal suavice el dolor de la operacion.

En fin, con las manos juntas os suplico, ¡oh Vírgen bellísima! os ruego que los preserveis de la corrupcion del mundo, y sobre todo de la espantosa peste de esas falsas doctrinas que derrama por todas partes la culpable filosofía de nuestro desgraciado siglo.

No por pediros que los libreis del funesto contagio, quiero decir que abrevieis sus dias y los retireis prontamente del mundo, no; lejos de esto, os pido que conserveis sus dias y se los hagais prósperos. Os ruego únicamente que los preserveis del pecado, el solo mal, el mas grande de todos los males: cruel aguijon de la muerte, bastaría para precipitarlos, por una caducidad precoz, á las sombras del sepulcro. (2)

Y no concluyen con esto ni mis votos, ni mis súplicas. Un corazon tímido, encogido y reservado corresponderia muy mal á esa liberalidad sin límites, á ese poder infinito de que me habeis dado tantas pruebas. Por lo tanto, no os ruego solamente por ellos, sino tambien por sus hijos y por los hijos de sus hijos. (3)

Que instruidos en la fé de los misterios y en los preceptos de la ley divina, ignoren siempre á los dioses extrangeros, y adoren en espíritu y en verdad al único Dios verdadero, al Dios tres veces santo, y á Jesucristo, su Hijo, enviado del cielo para la redencion de los hombres. (4)

Que os honren á Vos, que habeis sido escogida para participar su glorioso ministerio, para cooperar con él á la grande obra de su misericordia, Redentora con el Redentor y Mediadora con el Mediador de Dios y los hombres.

(1) Omnem palmitem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. (Joan. XV, 2.)

(2) Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo. (Joan. XVII, 15.)

(3) Non pro eis autem rogo tantum, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me. (Joan. XVII, 9.)

(4) Ut cognoscat te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum (Joan. XVII, 9.)

Guardadlos, tiernísima Madre, como á las niñas de vuestros ojos; protegedlos con la sombra de vuestras alas, (1) y bendicidlos con esa bendicion fecunda, especial y proporcionada al estado de cada uno de ellos. No puede quedarme ya sino muy poco tiempo para conducirlos y cuidarlos; ya pronto no estaré á su lado, y se quedarán expuestos á los peligros de esta tierra corrompida (2).

Mi esperanza, toda mi esperanza está en los méritos infinitos de mi divino Redentor, y en vuestra intercesion, poderosa Medianera del universo. Espero que al salir de este largo destierro y de esta prision de cieno, me tendereis una mano piadosa para conducirme á la verdadera tierra prometida y á la region de los vivos.

Par favor, ¡oh tierna Madre! emplead todos vuestros cuidados en conducirlos allá, donde espero estaré yo. (3) ¡Cómo podria ver á ninguno de ellos, alejado, separado de mí para siempre! Os los recomiendo, os los confio, los pongo en vuestras manos, y mas que en vuestras manos, en vuestro seno y en vuestro corazon. Antes que yo, os los confió vuestro divino Hijo, cuando los disteis á luz como su madre al pié de la cruz entre las mas crueles angustias. Colocado sobre aquel trono de caridad y de misericordia, Legislador supremo y tierno padre de familia, expidió y promulgó con su propia boca el decreto público y solemne que os los dió por hijos. (4)

Así fué como declaró á un tiempo mismo, que ellos eran vuestra preciosa sucesion, y que os hacia heredera universal de su amor para con ellos, y á ellos herederos de su amor para con vos. (5) Por este título estais obligada á protegerlos y á guardarlos. / Bajo vuestra proteccion y salva-

(1) Custodi nos, Domine, ut pupillam oculi; sub umbra alarum tuarum protege nos. (Ps. XVI, 28.)

(2) Benedicat te Dominus benedictionibus propriis, etc. [Gen. XLIX, 28.]

(3) Jam non sum in mundo. [Joan. XVII, 11.] Volo ut ubi sum ego, et ille sint mecum. [Joan. XVII, 24.]

(4) Mulier, ecce filius tuus. [Joan. XIX, 26.]

(5) Quos dedisti mihi, custodivi, et nemo ex eis perit [Joan. XVII, 12.]

guardia entrarán un dia en la venturosa patria donde espero precederlos. Entónces podreis gloriaros de repetir á vuestro Hijo, las mismas palabras que él dirjia á su divino Padre: Hé aquí á los que me habeis confiado; los he guardado y ninguno de ellos ha perecido.

ANL



MA DE NUEVO LEÓN



DE BIBLIOTECAS

## EL TESTAMENTO.

Avanzado en edad, y declinando mis dias rápidamente, una voz secreta me advierte que la escena de este mundo está ya próxima á terminar para mí; otro grito me dice tambien en el fondo de mi corazon que ponga orden en los negocios de mi casa. (1) No hay, pues, que perder tiempo. ¿Qué sé yo si esa voz, si ese grito no son el anuncio de la próxima llegada del Amo soberano que despues de su viaje de muchos años, pasados con la rapidez del relámpago, viene á pedirme cuenta de los bienes cuya administracion me confió? ¡Qué temeroso momento!

Cuenta terrible, en la cual puede suceder que su infinito discernimiento no admita en favor mio, ni aun las buenas obras que yo haya hecho (2) ¡Qué digo! puede ser que las que yo repunte como mas perfectas y brillantes, no sean á sus ojos, siguiendo la expresion del gran Crisóstomo, sino como telas de araña insuficientes para compensar, no digo ya para sobrepujar á las malas.

Esperando, sin embargo, que conduciéndose como acreedor generoso, me perdonará todas mis deudas y romperá mis obligaciones, me apresuro á escribir mi testamento, para que sirva de instruccion y de regla á mi amada familia.

Antes de todo, á imitacion de mi Señor adorable, y con toda la plenitud de mi voluntad, suscribo la sentencia de muerte pronunciada en mi contra. ¿Podria acaso rehusarla, yo, pecador, cuando él se dignó aceptarla, él, que es la inocencia misma? Ademas, ¿cómo podria ser la existencia el don mas precioso del Criador, si no fuera el medio de llegar á él? ¿de qué me serviria la vida si habia de ser un obstáculo perpetuo para la posesion de los bienes,

[1] Dispone domui tuæ [Isa. XXXVIII, 1.]

[2] Omnes justitiæ ejus non recordabuntur. [Ezech. XVIII, 24.]

que el autor mismo de todo bien reserva á aquellos que lo temen y lo aman?

¿De qué servirian los dias, los años, los siglos y la eternidad misma, si todo esto no hiciera mas que perpetuar nuestro destierro, y tenernos siempre separados de nuestro Principio y nuestro Fin?

Así es, que no solamente acepto la muerte por obedecer á la voluntad suprema del Arbitro de mi vida; sino que quisiera tener el espíritu y el corazon de Pablo, para desear con ansia salir de la prision de este cuerpo de muerte, á fin de reunirme á él y vivir en él eternamente. (1)

Ahora, volviendo á vosotros, tiernos y queridos hijos mios, os compadezco antes de todo por la desgracia que tenéis de ser los vástagos de un árbol silvestre y malo. Cuánto mas virtuosos no seriais si vuestro padre lo hubiera sido, si á lo menos en este momento fuera mas virtuoso.

Sin embargo, mi único deseo es indemnizaros de todas las pérdidas que habeis tenido por culpa mia, é indemnizaros con usura: pero para conseguirlo sed dóciles á las palabras, á las recomendaciones, á los últimos acentos de vuestro tierno padre que no quiere mas que vuestra felicidad.

Hijos mios, temed á Dios, temed sus terribles é impenetrables juicios; temedlos porque son justos; temedlos porque son verdaderos y no tienen necesidad de razones extrañas para ser justificados. La eterna Razon de donde derivan demuestra bastante que son justos en sí mismos. (2.)

Sus juicios, decia el Profeta, son como las montañas cuya cima se oculta en las nubes, ó como los valles cuya profundidad no puede sondear el ojo. Temedle, porque es él, él solo quien juzgará, quien condenará tal vez las obras en apariencia mas santas (3); es él solo quien puede condenar á penas eternas. (4)

[1] Quis me liberabit de corpore mortis hujus? [Rom. VII, 24.]

[2] Judicia Domini vera, justificata in semetipsa [Ps. XVIII, 10.]

[3] Ego justitias judicabo. [Id. LXXIV, 3.]

[4] Qui habet potestatem mittere in gehennam. [Luc. XII, 5.]



¿Sin el temor de Dios, de qué os serviría la gloria, aun la mas resplandeciente, que puede rodear al literato ó al sábio? ¿Sin el temor de Dios, de qué os servirían los papeles mas brillantes que pudierais representar, los aplausos mas lisonjeros que pudierais obtener en el teatro engañador del mundo, los empleos, las dignidades, los honores que llegarais á alcanzar?

No es sino en el temor de Dios donde se encuentra el gérmen fecundo y el principio de la verdadera sabiduría, y sólo ella es la luz que alumbrando los ojos de vuestro espíritu, os hará distinguir lo verdadero de lo falso, lo real de lo aparente, y os hará ver con la luz del medio día las mentiras y los errores de esa filosofía tan presuntuosa y tan néciamente aplaudida.

Que la ley del Señor esté siempre profundamente grabada en vuestro corazon, para que sea la regla de vuestras costumbres y de vuestra conducta. Ella es dulce, es deliciosa y suave y cómo no serlo, cuando es una ley de gracia y de amor? La Sabiduría encarnada nos lo enseñó ella misma, cuando la víspera de dejar á sus apóstoles, les dijo que su único precepto, su único mandamiento, su única ley, era el amor. (1)

¿Pues quién podría ser extraño ó desconocido á un sentimiento que se hace lugar hasta en el corazon de los tigres? ¿Tendria el mundo acaso atractivos tan poderosos, que pudieran hacerle amar de preferencia á nuestro buen Dios, á nuestro tierno Padre, á nuestro generoso bienhechor?

Con la fuerza todopoderosa que os comunicará esta ley os venceréis á vosotros mismos, y triunfareis del infierno entero. Por eso el Angel del Gran Consejo, queriendo inducirnos á la observancia y á la práctica de esta ley, nos asegura que su yugo es suave y su fardo ligero. (2)

Os parecerá, quizás, que hay una contradicción en estas frases: ¿siendo yugo, cómo puede ser suave? y ¿siendo fardo, cómo puede ser ligero? Pero las palabras de la Ver-

[1] Hoc est præceptum meum ut diligatis invicem. [Joan XV, 17.]

[2] Jugum meum suave est, et onus meum leve. [Matth. XI, 30.]

Quiero, y en este caso me revisto de todo el poder le-

dad por esencia, no podrian ser sino las de la verdad misma: antes perecerán el cielo y la tierra que una sola de sus palabras falte de exactitud y de verdad (1). Fijad vuestra atención; es un yugo en tanto que sirve para cautivar vuestras pasiones; es un peso en tanto que sirve para reprimirlas. ¿Y refrenadas y reprimidas vuestras pasiones, no os hallareis, acaso, mas ágiles y expeditos para correr, para volar como David por el camino de los mandamientos? y entónces ¿estos mismos mandamientos no serán para vosotros blandos, dulces y suaves?

Hijos míos, consiento en que no os atengais á mis palabras, haced la experiencia por vosotros mismos, y vereis cuán dulce es el Señor. (2) Quiero únicamente hacerlos observar que es tan bueno, tan excesivamente bueno, que al ofrecerlos la plenitud de sus tesoros, no os los ofrece á cambio de maceraciones, de cilicios, de soledad, de ayunos, de disciplinas, de los tormentos y de la muerte. Muy léjos de eso, se ofrece él mismo, él que es el bien soberano, al solo precio de nuestro amor.

¿Pero hasta donde llegas ¡oh locura humana! Es tan difícil acaso amar en correspondencia á aquel que nos amó primero? Pues qué ¿no es una de las necesidades innatas en el corazon del hombre, querer bien á cualquiera que nos quiere? ¿Este sentimiento, esta necesidad de la naturaleza, admitirá una excepcion solo respecto á Dios? ¿ó será quizás un sacrificio muy costoso no amar á las criaturas por amar al Criador?

¿No basta tener una sombra de razon para comprender que esto es sencillamente, desatender los efectos para dirigirse rectamente á la causa, desdeñar las copias para fijarse en el modelo, despreciar las sombras para alcanzar la realidad?

Sin embargo, instruido por mi propia experiencia, preveo los obstáculos que se os presentarán para impedirlos en

[1] Cælum et terram transibunt, verba autem mea non præteribunt. [Matth. XXIV, 35.]

[2] Gustate et videte quoniam suavis est Dominus. [Ps. XXXIII, 9.]

trar en la senda que os señalo. Rodeados de esta masa inmensa de corrupcion de que cada uno de nosotros lleva desgraciadamente una porcion en sí mismo, sucede que somos tentados á cada instante por esa concupiscencia que ha venido á sernos personal. (1)

Por otra parte, las seductoras impresiones de los sentidos son muy fuertes y muy vivas, para dejarnos siempre bajo el encanto delicioso de los placeres puros del espíritu; por eso mis exhortaciones, mis palabras, mis últimos acentos, llevan por único objeto aproximarnos á Aquel que es espíritu y vida.

¿Qué hareis, pues, en ese formidable campo de batalla en que la carne con todos sus desordenados apetitos hará perseverantes esfuerzos para triunfar de los suaves y modestos atractivos del espíritu? ¿Qué hareis, tiernos y amadísimos hijos míos? Animo! valor! teneis en las manos las armas vencedoras, la victoria es vuestra. Triunfareis sin duda si marchais con paso firme por la senda que voy á señalaros.

Debeis, ante todo, penetraros profundamente de esta gran verdad, á saber: que la gracia es omnipotente, que con la gracia se alcanza todo, mientras que esperar hacer el menor bien con nuestras solas fuerzas, es una necedad, una demencia. Y para obtener esa gracia no hay mas que un medio, recurrir á Aquella que ha encontrado felizmente la gracia, á la tesorera exclusiva de la gracia, á la generosa dispensadora de la gracia, á la omnipotente Madre de Dios y Madre nuestra, á María.

Ella es la estrella de la mañana, cuya luz guia nuestros pasos en las tinieblas del mundo.

Ella es la Aurora, feliz mensajera de ese verdadero Sol de justicia que, siempre pródigo de sus dones, derrama igualmente la luz sobre los justos y los pecadores. (2)

Ella es ese real Acueducto por donde corren á mares todos los favores y todas las bendiciones del Cielo.

[1] Unusquisque tentatur a concupiscentia sua. [Jacob. I, 14.]

[2] Qui solem suum oriri facit super bonos et malos. [Matth. V, 45.]

Quiero, y en este caso me revisto de todo el poder le-

Es la puerta de la celestial Jerusalem por la cual se entra á los tabernáculos eternos: puerta de oro macizo como la llama la Iglesia y que hizo Dios así para provecho de todo el género humano herido de anatema; puerta oriental que Ezequiel entrevió en la lontananza de los siglos, y por la que pasó Dios sin haberla vuelto á abrir jamas despues.

Esa es, queridos hijos míos, esa es la ruta de la felicidad en el tiempo y en la eternidad. (1) En vuestros trabajos, en vuestras dudas, en vuestros peligros, mirad á la Estrella, llamad á María. [2] Que María esté siempre en vuestro corazon y en vuestros lábios. [3] Escogedla por vuestra Madre, miradla como á vuestra Madre, amadla como á vuestra Madre, obedecedla como á vuestra Madre.

Para decirlo todo en una palabra, estad siempre llenos de devocion para con María, y la mas dichosa experiencia os enseñará que la carne con sus incentivos, el mundo con sus vanidades, el infierno mismo con todas sus seducciones, no solo no tendrán ningun imperio sobre vuestro corazon, sino que servirán mas bien para haceros mas fuertes para combatirlos.

No creais que haya exageracion en mis palabras: la gracia no hace progresos sino donde encuentra obstáculos que vencer, por eso es que en el cielo no es susceptible de crecimiento. Vuestras primeras victorias os darán un valor nuevo, un nuevo vigor que os ayudará para conseguir las segundas; pero las segundas, todavia mas que las primeras, no os serán acordadas, sino por el intermedio y la proteccion de la augusta María; porque como lo canta la Iglesia, ella sola es la que triunfa de todos los errores y de todas las asechanzas del mundo. [4]

Así, pues, con tal de que seais hijos fieles, estad seguros de vencer siempre en la guerra de vuestras pasiones, y hasta notareis como el grande obispo de Hipona, que

[1] Hæc est via, ambulate in ea. [Isa. XXX, 21.]

[2] Respice stellam, voca Mariam.

[3] In rebus dubiis, in angustiis, in periculis, Mariam cogita, Mariam invoca; non recedat ab ore, non recedat á corde.

[4] Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.

vuestras pasiones vienen á ser para vosotros lo que son las alas para los ángeles, es decir, que en lugar de hacerlos mas pesados, servirán á levantarlos como á ellos encima de la region de los sentidos.

¿Cuál prueba mas fuerte y menos sospechosa de esta verdad podré presentaros que á mí mismo? Sin duda, que yo no trataré de engañaros. Pues bien, yo, si, yo mismo soy el trofeo de la proteccion de esta buena Madre. Sin ella, seria todavia el juguete y la víctima de mis pasiones, sin ella, me hubiera sido imposible alcanzar el triunfo.

Pero apenas me diriji hácia esta Madre tierna, apenas me aproximé á ella, apenas comencé á invocarla, cuando todo cambió: todo me fué ya agradable y fácil, y á medida que me he ido colocando mas cerca de ella he encontrado mas suave el camino de este valle de miserias.

¿Qué mas puedo decir? Apelo á vosotros mismos y á los numerosos testigos que tenéis á la vista: todas las gracias, todos los favores, todas las bendiciones derramadas sobre nuestra familia, nos han venido en los dias consagrados á María, en sus novenas y en sus fiestas.

¿Seriais tan poco sensatos y tan injustos que atribuyerais una série de sucesos tan uniforme y tan constante, mas bien á las absurdas combinaciones del acaso, que á la señalada proteccion de nuestra Augusta Madre? ¿Seriais tan inconsecuentes y tan faltos de razon para honrar así á un ser quimérico, á un nombre vano, rehusando el legítimo tributo de reconocimiento á Aquella que quiso hacer su mano visible para nosotros por tantas señales evidentes de su caridad?

A María, pues, no cesaré de repetirlo, á María en todos los dias de vuestra existencia, desgraciados ó prósperos, en la tempestad ó en la calma, en los sufrimientos ó en los placeres, en las enfermedades ó en la salud, en la guerra con las pasiones ó en la victoria; á María consagrad vuestros corazones y vuestros afectos, á María recomendad vuestros negocios, á María confiad vuestras esperanzas, vuestras empresas y toda vuestra conducta.

Ella es la planta bendita que ha producido el fruto de vida, y nadie puede gustar ese fruto sin acercarse á esa

planta. Sin duda que Jesucristo, Pontífice venerable, eterno, Santo y sin mancha, es el solo autor y la fuente de las gracias; pero no podreis obtenerlas sino pidiéndolas por la mediacion de María. (1)

Para honrar á su Madre, ha querido, en los sublimes designios de su amor y de su sabiduría, que todas las gracias, todos los dones, todos los tesoros de su misericordia, nos viniesen por las manos de María. (2) El mismo quiso darnos la prueba para enseñanza de los desgraciados hijos de Adán. Revestido de nuestra miserable humanidad, no quiso poner la mano en esas obras prodigiosas que debian testificar su union hipostática con la Divinidad, sino á ruego y por intercesion de su Madre.

La primera vez que quiso derogar las leyes ordinarias de la gracia, fué cuando quiso santificar al Precursor, encerrado todavia en el seno maternal; y la primera vez que trató de derogar las leyes de la naturaleza, fué cuando quiso hacer suceder las delicias y la abundancia á la necesidad inopinada y mortificante de los esposos de Caná.

Tales fueron los primeros milagros de su vida mortal; y el órgano, el instrumento que llevó la gracia santificante al Precursor, fué la voz de María, así como fué su súplica la que apresuró el momento señalado por el Padre eterno, para mandar á los elementos y obrar un prodigio en favor de aquellos felices esposos.

¿Tendré necesidad de otros argumentos y de otras pruebas para persuadiros de una verdad autorizada por el ejemplo mismo del Hombre Dios, sostenida por la práctica invariable y constante de la Iglesia católica, inculcada por el concierto unánime de todos los Padres, y en fin confirmada por la experiencia de todos los tiempos, de todos los pueblos, de nosotros mismos y de nuestra propia familia?

[1] Nulla gratia descendit de cœlo ad terram, nisi transeat per manus Mariæ. Quæramus gratiam, et per Mariam quæramus] S. Bern.]

[2] Hæc est voluntas ejus qui totum nos habere voluit per Mariam.

Hijos míos, sé muy bien que no tengo la fortuna de ser otro Pablo, [1] para darme como un modelo en esta escuela de amor á María; así como él se daba sobre el testimonio cierto de su conciencia, á los habitantes de Corinto, para imitar á Jesucristo.

Sin embargo, abundando en deseos de llenar los deberes y las obligaciones de un buen padre de familia, os dejo lo que he podido recoger de mejor y de mas rico en todo el curso de mi vida; os dejo la devoción á la Virgen Santa, devoción verdadera, filial, constante; esa devoción que os he recomendado tan á menudo, que os he recordado en todas ocasiones y que he practicado constantemente con vosotros: devoción que vuestra buena madre, tierna compañera de mi vida, os ha vertido en la sangre y hecho mamar con la leche, por decirlo así, cuando en la primera aurora de vuestra existencia tuvo la inspiración de condecoraros á todos con ese noble escapulario consagrado á los dolores de la bella y amabilísima Reina; devoción, en fin, en la que por una piadosa industria de vuestros padres, fuisteis iniciados sin saberlo, en el día de vuestra regeneración; porque al nombre propio de cada uno de vosotros hicimos siempre añadir el de María.

¡Oh, qué tesoro os dejo! Es de tal naturaleza, que no puede ser consumido ni disminuido por el uso, como sucede á todos los tesoros del mundo; al contrario, mientras mas se usa, más aumenta y crece. Este es el grande, el solo, el único bien verdadero que os dejo, tiernos hijos míos: os lo dejo á título de legado universal, con plena propiedad y usufructo, sin restricción, ni reserva, ni condición ninguna. Gozadlo según vuestra voluntad; gozadlo con todo el lujo posible; gozadlo en toda la fuerza de la palabra.

No os impongo mas que una condición; pero quiero que la cumplais á la letra, severa y exactamente, sin admitir ninguna de esas interpretaciones, que el amor propio pudiera inventar para debilitar su fuerza ó eludir sus consecuencias.

[1] Imitatores mei estote sicut et ego Christi. [I. Cor. IV, 16.]

Quiero, y en este caso me revisto de todo el poder legislativo, quiero y mando expresamente que este bien que os dejo, se conserve siempre en nuestra familia.

Quiero, en consecuencia, que goceis de él en comunidad con vuestros hijos, hasta el último día de vuestra vida, que lo gocen ellos también con sus hijos, vuestros nietos, y que á su vez éstos lo trasmitan con las mismas condiciones á todos sus descendientes.

No os admire que os imponga esta ley de perpetuidad, cuando diariamente me veis obligado á condenarla, por razón de mi cargo; pero este es el solo caso en que esa ley no está subordinada á las variaciones de las legislaciones humanas; el solo caso en que no está ni anulada ni contradicha por las leyes en vigor.

Ahora, á vosotros toca saber conservar esta herencia. Esta ley sería menos atacada por nuestros perpétuos enemigos, si fuera menos preciosa: en sus ataques hallaréis la prueba mas convincente de las inmensas ventajas que encierra.

No olvideis nunca los sentimientos, los avisos, los consejos, las órdenes de un padre, que os ama, y que en el momento de dejaros, os deja con el mas vivo deseo de haceros felices. ¿Tendrais valor de contristarme, de turbar mis cenizas y de ultrajar mi memoria para haceros desgraciados? Jamas me atreveré á pensarlo, ni á suponeros nunca enemigos de vosotros mismos é indignos del nombre de hijo.

Espero que no será así; espero que será todo lo contrario, y lo espero de la bondad, de la misericordia, de la protección de mi amabilísima Madre y vuestra, á la que yo nombro por este acto solemne, Ejecutora testamentaria de mi voluntad, y le ruego humildemente se sirva aceptar este cargo.

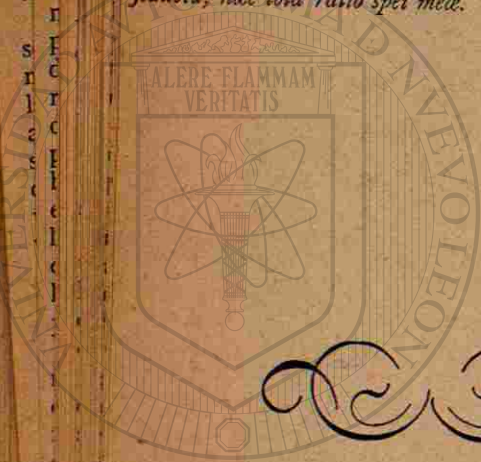
Termino ya, y termino con los afectos y las piadosas palabras de San Bernardo: con él os digo: Hijos míos, María es la Escala por la cual los pecadores llegan de escalon en escalon hasta el Trono del Eterno; escala figurada por la que Jacob vió en sueños; escala tanto mas figurativa, cuando apareciendo en un tiempo en que no

existia ningun comercio entre el cielo y la tierra, debía necesariamente representar á Aquella, que ha restablecido este dichoso comercio; ella es, ademas, el fundamento en que descansa toda mi esperanza.

Dulces, deliciosas, insinuantes palabras del santo doctor, que os repetiré á la letra para que no pierdan nada de su unción y de su gracia. Escuchadlas, meditadlas, y escribidlas con letras de oro en vuestros lábios y en vuestro corazon: *Filioli, hæc peccatorum. scala; hæc maxima mea fiducia; hæc tota ratio spei meæ.*

at  
ci  
su  
de  
g  
sa  
ti

t  
n  
s  
r  
e  
s  
e  
l  
l



*Formada en 1892*

PRACTICAS

EN

## HONOR DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Opúsculo formado por el Presbítero

D. Félix María Martínez.



Con aprobación del Ordinario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MORELIA.—1892.

IMPRENTA Y LIB. DE SAN IGNACIO.

34.—Amapalás—34.

existia ningun comercio entre el cielo y la tierra, debía necesariamente representar á Aquella, que ha restablecido este dichoso comercio; ella es, ademas, el fundamento en que descansa toda mi esperanza.

Dulces, deliciosas, insinuantes palabras del santo doctor, que os repetiré á la letra para que no pierdan nada de su unción y de su gracia. Escuchadlas, meditadlas, y escribidlas con letras de oro en vuestros lábios y en vuestro corazon: *Filioli, hæc peccatorum. scala; hæc maxima mea fiducia; hæc tota ratio spei meæ.*

at  
ci  
su  
de  
g  
sa  
ti

t  
n  
s  
r  
e  
s  
e  
l  
l



*Formada en 1892*

PRACTICAS

EN

## HONOR DE LA SANTISIMA VIRGEN.

Opúsculo formado por el Presbítero

D. Félix María Martínez.



Con aprobación del Ordinario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

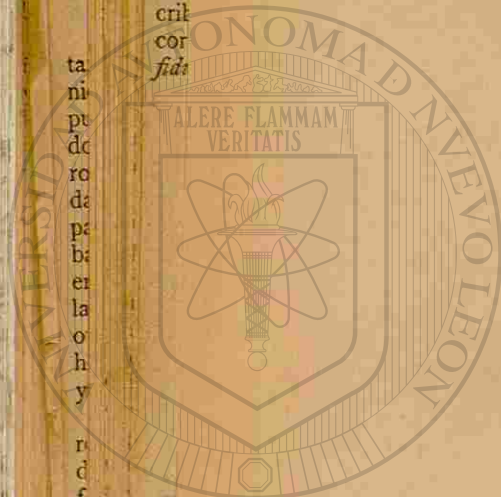
MORELIA.—1892.

IMPRENTA Y LIB. DE SAN IGNACIO.

34.—Amapalás—34.

exis  
nec  
do  
en  
I  
tor,  
su  
cri  
cor  
fide

ta  
ni  
pu  
do  
ro  
da  
pa  
be  
er  
la  
o  
h  
y  
r  
d  
f  
g  
f  
c  
e



---

## AL LECTOR.

---

**T**ROPIEZA la devoción á María Santísima en escollo muy peligroso; porque, tierna de suyo y atractiva, engendra multitud de afectos que por suaves y dulces, agradan al alma, que encontrando allí su placer y su gusto, se persuade fácilmente de haber alcanzado la devoción á María y reposa tranquila sin pasar más adelante.

Muy deplorable es tal error que vuelve inútil y á veces nocivo, este abundante veneno de sobrenaturales bienes.

Preciso es, si se quiere evitarlo, escojer en esos momentos de dichoso fervor, una PRÁCTICA, siquiera sea sencilla, en la que honremos á María todo el tiempo de nuestra vida. Sirve para esto admirablemente el librito de que estas líneas son prólogo, porque en él están coleccionados ejercicios que mu-

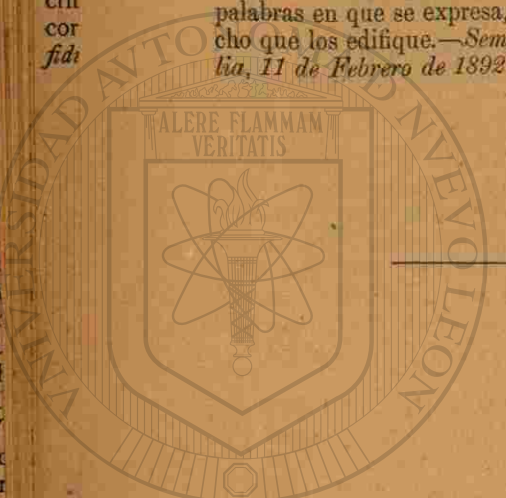
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

exis  
nec  
do  
en  
I  
tor,  
su  
cril  
cor  
fidi

tan  
niel  
pur  
do  
ros,  
dad  
paz  
ba  
en v  
la n  
otra  
ecl  
fa  
Y  
es c  
lepr  
felici  
sp  
fin, c  
co re  
comp  
Y  
cora  
  
(1)  
mea.  
[2]  
quasi  
(3)  
quasi  
(4)  
nerav  
(Cant

chos Santos hicieron en honor de María y que indudablemente agradan á tan buena Madre, como que muchas veces ha obrado prodigios en favor de quienes los practican.

No dudamos, por lo tanto, que será útil á los devotos de María, quienes, si no encuentran en él nada que los conmueva por las palabras en que se expresa, si hallarán mucho que los edifique.—*Seminario de Morelia, 11 de Febrero de 1892.*



## PRACTICAS

EN HONOR DE LA

### SMA. VIRGEN MARIA.

I.

**R**EZAR *todas los días siguiera una parte del Santísimo Rosario.*—El Sumo Pontífice León XIII, considera esta devoción como uno de los medios más eficaces para obtener la conversión del mundo. Así lo creyeron innumerables santos, entre otros, San Francisco de Asís, San Luis IX, Rey de Francia, San Bernardino de Sena, San Ignacio de Loyola, San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka, San Juan Berkman, etc. etc.

La crónica de su Orden, refiere que habiendo sorprendido á San Antonio de Padua un fuerte aguacero en despoblado, y no teniendo con qué abrigarse, colocó sobre la cabeza su rosario, rogando á la Virgen que le defendiese de la lluvia. Apenas acabó su oración, he aquí que el rosario, cual si se hubiese convertido en grande y solidísimo techo, lo cubrió y protegió



exis  
nec  
do  
en  
I  
tor,  
su  
crit  
cor  
fidi

—2—

de tal manera, que llegó á la ciudad sin que le tocase una sola gota de agua.

San Camilo de Lelis juzgaba esta devoción tan propia de cristianos y sobre todo, de sacerdotes, que habiéndole dicho uno de estos, que no tenía rosario, el Santo exclamó: ¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Hé aquí un sacerdote sin rosario, un sacerdote sin rosario!

San Carlos Borromeo le llamaba *la más divina de las devociones*; San Francisco de Sales, *el mejor modo de orar, que ocupa el primer puesto entre las demás oraciones no prescritas ó mandadas*; y San Vicente de Paul aseguraba haber oído decir al mismo Santo, *que si no estuviere obligado á rezar el Oficio Divino, no rezaría otra cosa que el Rosario de la Santísima Virgen.*

La seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús, no sólo acostumbraba rezar diariamente los quince misterios, sino que compendió en breves, pero divinas frases, sus principales virtudes. *El Rosario, escribe la Santa, es un medio admirable para retraer á los fieles de las vanidades del mundo.—Del Rosario tomé yo aquellos dulcísimos y suaves afectos soberanamente eficaces para la unión del alma con Dios.*

El sabio Doctor de la Iglesia, autor de las *Glorias de María*, San Alfonso María de Ligorio, repite en muchas de sus piadosas obratas, que *entre todas las prácticas en honor*

—7—

—3—

*de la Santísima Virgen, ninguna hay más agradable á la Madre de Dios que el Santísimo Rosario.* El mismo Santo en su Teología Moral, recomienda de un modo apremiante á los párrocos que trabajen sin descanso porque todos sus feligreses lo reciten todos los días en familia.—Además, como San Francisco de Sales, se obligó con voto á rezarlo diariamente, y en su venerable ancianidad, habiéndosele debilitado la memoria, quería que los que le rodeaban le recordasen esta obligación. Cierta día, dudando de haberla cumplido, preguntó á uno de sus familiares: y como este respondiese que sí, añadió el Santo estas palabras: *De esta devoción pende mi salud eterna; cuando dudo de haberla cumplido, dudo de mi predestinación.*

II.

*Tener en casa una imagen de la Santísima Virgen y obsequiarla lo mejor que sea posible, á imitación de San Francisco de Paula.*—Cuán agradable sea á esta soberana Señora el culto de sus imágenes, se demuestra por una serie de prodigios, entre otros, el haber restituido la Virgen Santísima San Juan Damasceno, la mano que los iconoclastas le habían cortado por odio á los escritos en que defendió las sagradas imágenes.

III.

*Llevar constantemente consigo una imagen de la Madre de Dios.*—Así lo practicaba Luis XI, rey de Francia. San Carlos Borromeo decretó que á la entrada de todos los templos parroquiales hubiese una imagen de Nuestra Señora, y exortaba á todos en sus visitas pastorales para que siempre llevasen consigo alguna de las imagenes de María, asegurando que de esta suerte serían vencidos los espíritus infernales.—¿Amaremos menos á Nuestra Señora, dice un escritor piadoso, que los amadores del mundo á sus profanas criaturas, cuyos retratos quieren llevar siempre para contemplarlos á todas horas?

IV.

*Andar siempre en presencia de María, á imitación de San Agustín.*—¿Podríamos hallar más grande consuelo en las penalidades y miserias de la vida? ¿No sería este un poderoso estímulo para obrar el bien?

V.

*Saludarla afectuosamente con el Ave María al pasar cerca de una iglesia ó imagen suyas.*—Saludaba San Bernardo de esta ma-

nera la Imagen de la Virgen que está en el monasterio de Affleghem en el Brabante, y un día esta tierna Madre le devolvió el saludo diciéndole: *Dios te salve, Bernardo.*

VI.

*Pedirle su bendición al acostarse y levantarse.*—San Estanislao de Kostka practicaba esta devoción y mereció comulgar dos veces por mano de los ángeles y que María Santísima le pusiese al Niño Jesús en los brazos.

VII.

*Al salir de casa pedir á la Virgen Santísima que dirija nuestros pasos.*—Por este medio consiguió Santo Domingo la conversión de muchos pecadores y que María le asistiese á la hora de la muerte.

VIII.

*Rezar el Angelus aun en público, si es posible, al toque de las Ave Marías.*—Antiguamente se arrodillaban todos al toque de las oraciones; hoy se avergüenzan muchos hasta de descubrirse la cabeza. San Carlos Borromeo no tenía empacho en bajar de la carroza ó del caballo, para rezar en la calle, arrodillándose muchas veces aun sobre el suelo fangoso.

exis  
nec  
do  
en  
tor,  
su  
crit  
cor  
fidi

—2—

—6—

IX.

*Inspirar á todos, pero señaladamente á los hijos, súbditos y domésticos, la devoción á María.*—Predicando un día acerca de las glorias de esta divina Madre, San Alfonso M. de Ligorio, uno de sus más fervorosos hijos, quedó repentinamente arrobado en éxtasis, lleno de hermosura y resplandores el venerable rostro, con la luz celestial que una Imagen de la Virgen reflejaba sobre él—Si propagásemos la devoción á Nuestra Santísima Madre, podríamos asegurar nuestra salvación, según aquellas palabras del Espíritu Santo: *Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt*, los que me glorifican tendrán la vida eterna.—*Eccles. 24. 31.*

X.

*Dar limosna á los pobres en honor de la Virgen, recomendándoles que recen una Ave María.*—Aquel Santo zapatero de quien habla San Gregorio en sus diálogos, llamado Deusdedit, repartía el sábado á los pobres todo lo que ganaba en la semana; por lo cual á una alma devota se le mostró en visión un suntuoso palacio que Dios preparaba en el cielo para este siervo de María, y que no se fabricaba sino en el día del sábado.

—7—

XI.

*Saludar á la Sma. Virgen por su cualidad de Madre de Dios y por las otras relaciones que tiene con la Sma. Trinidad.*—Es una oración corta, un saludo de gran precio por las indulgencias que tiene concedidas; se gana indulgencia plenaria cuantas veces se salude á la Madre de Dios, diciendo: *Dios te salve, Hija de Dios Padre, Dios te salve, Madre de Dios Hijo, Dios te salve Esposa del Espíritu Santo.*

Ave, Filia Dei Patris;  
Ave, Mater Dei Filii;  
Ave, Sponsa Spiritus Sancti.

Esta inscripci6n se haya escrita con letras de oro en la sacristía de la Basílica de Loreto.

XII.

*Visitar y consolar algún enfermo por amor á María.*—Acompañaba San Alonso Rodríguez á un Padre de la Compañía de Jesús en este acto de caridad, y al subir una cuesta muy pesada en el rigor de verano, se le apareció María Santísima y se dignó de enjugarle el sudor que le corría dor el rostro.

XIII.

*Implorar la protección de María con el uso frecuente de oraciones jaculatorias.*—Esta fué devoción favorita de San Francisco Javier, quien trafa siempre en los labios las palabras siguientes: *Mater Dei, memento mei*, Madre de Dios acuérdate de mí.

Usemos principalmente alguna de las jaculatorias aprobadas por la Santa Iglesia, como las que ponemos á continuación:

*Dulce Cor Mariae, esto mea salus.*—Dulce corazón de María, sed mi salvación. (Indulgencia de 300 días, Pio IX, 1860.)

*Benedicta sit sancta et immaculata Conceptio Beatae Virginis Mariae.*—Bendita sea la santa é immaculada concepción de la Bienaventurada Virgen María. (Indulg. 100 días, Pio VI, 1793.)

*In Conceptione tua, Virgo Maria, immaculata fuisti; ora pro nobis Patrem, cujus Filium Jesum de Spiritu Sancto conceptum peperisti.*—En tu Concepción, oh Virgen María, fuiste immaculada, ruega por nosotros al Padre, cuyo hijo Jesús, concebido por el Espíritu Santo, diste á luz. (Indulg. 100 días, Pio VI, 1793.)

*O Maria, quae in hunc mundum sine macula ingressa es, heu! impetra mihi a Deo ut sine culpis ab illo egredi possim.*—Oh María,

que entraste sin mancha á este mundo,éalánczame de Dios que pueda salir de él sin culpas. (Indulg. 100 días, una vez al día, Pio IX, 1863).

XIV.

*Meditar sobre la gloriosa Virgen y Madre de Dios.*—El Padre Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús, renombrado por su piedad y saber, todos los días en que la Santa Iglesia celebra alguna de las festividades de la Virgen Santísima, hacia dos horas de meditación sobre las virtudes de Nuestra Señora. Practicaba este ejercicio antes de la Santa Misa.

XV.

*Decir treinta y cinco veces el Ave María, todos los días de la octava de la Anunciación de María Sma.*—Santa Gertrudis como se lee en las Revelaciones, interrogó á la Virgen Santísima, cual testimonio de amor le sería más agradable en esta fiesta, y nuestra dulcísima Madre le respondió: *Hija, si todos los días de esta octava rezas treinta y cinco veces el Ave María para honrar el número de días que mi querido Hijo descansó en mi seno, que llegan á doscientos veinticuatro, sábete que recibiré con mucho agrado esta devoción, más que si me hicieres toda suerte de servicios, desde el día de su Concepción, has-*

*ta el de su santa Natividad. Y si en aquel tiempo nada pude rehusar cuando se me pedía alguna cosa, mucho menos ahora que tengo tanto poder y valimiento cerca de mi amado Hijo.*"

XVI.

*Compadecerse de los dolores de la Sma. Virgen, y rezar en honor de ellos siete Ave Marías.—Santa Margarita de Cortona alcanzó señaladas mercedes por la compasión que tuvo hacia esta afligida Madre.*

XVII.

*Trabajar en la conversión de alguno.—La misma Virgen Santísima reveló al Padre Cotolengo, de la Compañía, que este es el obsequio que quisiera recibir de todos sus hijos.*

XVIII.

*Leer todos los días algún libro de las grandezas de la Virgen.—Por ejemplo, las Glorias de María por San Alfonso de Ligorio, obra excelente llena de unción y sólida piedad.*

XIX.

*Decir el Ave María cuando diere la hora el reloj.—San Alonso Rodríguez saludaba*

cada hora á María, y de noche, cuando llegaba el tiempo, le despertaban los ángeles para que no dejase su devoción.

XX.

*Ofrecer todos los días la familia, súbditos y domésticos á la Sma. Virgen.—Ofreció un día San José de Calasanz los niños de sus escuelas y apareciósele María con el niño Jesús en los brazos, dando al santo y á sus discípulos su preciosa bendición.*

XXI.

*Socorrer con oraciones y sufragios á las ánimas del purgatorio más devotas de María.—La misma Virgen Santísima reveló á Santa Brígida que este es uno de los obsequios que más le agradan.*

XXII.

*Dar gracias á María, de todos los sucesos prósperos y atribuirlos á su intersección.—San Francisco de Paula atribuía sus milagros á la Virgen Santísima y cuando después de haber hecho alguno, llegaba al convento, llamaba á sus monjes y les decía: "La buena Virgen acaba de hacer un milagro: ha curado un enfermo. Vamos, hermanos míos, al coro para darle gracias entonando la *Salve Regina*."*

*No rehusar nada de lo que racionalmente se nos pida por amor y en nombre de María.*

—El doctísimo Alejandro de Hales había tomado esta resolución y sabiéndolo un religioso de San Francisco, que conocía el mérito de este personaje, le manifestó la convicción en que estaba de que sería en la Orden maravilloso su celo por la gloria de Dios, y le pidió, en nombre y por amor á Nuestra Señora, que se hiciese religioso. El comprendió que tenía obligación de hacerlo, y el religioso obtuvo lo que pretendía.—Alejandro entró por consiguiente á la orden y Dios bendijo de tal manera su resolución, que llenó de bendiciones á su siervo, haciéndolo ilustre en santidad y doctrina.

XXIV.

*Honar las reliquias de la Sma. Virgen.*

—Santa Elena y Santa Pulqueria, Emperatrices, tuvieron singular afición á las reliquias de María, lo mismo que San Germano Patriarca de Constantinopla; mas, como es muy difícil poseer estos tesoros, vamos á indicar á los devotos de María un relicario precioso donde reposan sin duda, las reliquias de la gloriosa Virgen: este es el adorable sacramento del Altar. Porque el sagrado Cuer-

po de Nuestro Señor Jesucristo que adoramos por la fé en el Santísimo Sacramento, fué formado originariamente de la preciosa carne y de la sangre de la Santísima Virgen, como de la única materia persistente y, como sabemos, nuestro Salvador no abandonó jamás esta primera y originaria substancia que recibió de su Santísima Madre: la conserva en el cielo, y por lo mismo, está en el Santísimo Sacramento. En este sentido se pueden entender aquellas palabras de San Agustín: *Caro Christi, Caro Mariae*, la Carne de Cristo es la Carne de María. El mismo Santo Doctor, (sobre el Salmo 98), dice que Nuestro Señor Jesucristo tomó de María su Carne, y que esta misma Carne nos ha dado en alimento para nuestra salud: *De carne Mariae carnem accepit, et ipsam carnem Mariae nobis manducandam ad salutem dedit.*—San Ignacio de Loyola se consolaba dulcemente con esta verdad y solía decir: «Considero que el Hijo y la Madre son realmente una misma carne y una misma sangre, ó al menos, que el Hijo participa de la substancia de la Madre, y por esto, en la santa Mesa recibo no sólo la santísima Carne del Hijo de Dios, sino también la de la Virgen Sma; y el que comulga santamente, se une y se hace una misma carne con Jesús y con María.» ¿No es este por ventura, un dulce pensamiento?

ex  
ne  
do  
en

tor  
su  
cri  
co  
fid

¡L  
tant  
nieb  
pure  
do c  
ros,  
dad  
paz,  
ba c  
en  
la r  
otra  
ec  
y fi  
res  
dej  
feli  
gol  
fin  
co  
co  
co  
me  
q  
q  
n  
(

—14—

Sería por consiguiente una santa y hermosa práctica, visitar algunas veces al Santísimo Sacramento con intención de venerar la preciosa reliquia de la Carne inmaculada de María que se encuentra en nuestro buen Jesús que veneramos sobre los altares.

XXV.

*Honrar á la Madre de Dios de un modo especial el día del sábado.*—San Nicolás Tolentino, Santa Isabel y otros santos, ayunaban todos los sábados á pan y agua. Es innumerable el número de los hijos de María Santísima que ayunan ó practican alguna abstinencia ó devoción en ese día consagrado por la tradición á Nuestra Sma. Madre.

XXVI.

*Ayunar en las vigiliás de las festividades la Sma. Virgen.*—San Carlos Borromeo ayunaba en esos días sin tomar otro alimento que pan y agua, y por estos obsequios á Nuestra Señora mereció grandes favores.

XXVII.

*Adorar á la Santísima Virgen, postrados en tierra.*—San Alberto, religioso del Monasterio de San Crepino, no tenía otro

—17—

—15—

pensamiento que el de honrar todos los días á nuestra Santísima Madre; su corazón no estaba satisfecho hasta que había cumplido gran número de pequeñas devociones que practicaba siempre con fervor; entre otras, la de hacer cincuenta inclinaciones, postrado en tierra y diciendo cada vez una *Ave María*.

XXVIII.

*Recitar las Letanías de la Santísima Virgen.*—A imitación de muchos santos, rezamoslas con recogimiento y fervor, pensando que han sido compuestas de los más bellos elogios de la Reina del Cielo. Ahí se encuentran las figuras más grandiosas y significativas del Antiguo Testamento y lo que han dicho los Santos Padres en alabanza de María.

XXIX.

*Decir el Oficio Parvo de la Sma. Virgen.*—Es un precioso compendio de las grandezas de la Madre de Dios, de sus alabanzas y de las peticiones que debemos hacerle; fué compuesto por San Pedro Damiano hace más de seiscientos años y desde entonces lo usa la Santa Iglesia.—Entre otros santos, podemos citar á San Luis, Rey de Francia, San Carlos Borromeo y San Vicente Ferrer, que tenían costumbre de rezarlo.

exi  
ne  
do  
en  
  
tor  
su  
cri  
con  
fid

¡I  
tant  
nieb  
pure  
do c  
ros,  
dad  
paz,  
ba  
en  
la r  
otra  
ec  
y f  
  
res  
dep  
feli  
gol  
fin  
co  
co  
  
m  
q  
q  
n  
(

—16—

XXX.

*Hablar frecuentemente de María y publicar sus alabanzas.*—Todos los justos que veneramos sobre los altares, y todos aquellos que han merecido la vida eterna, fueron amantísimos de María, porque de otro modo no hubieran alcanzado la felicidad; y por consiguiente, todos ellos, según su estado, condición y circunstancias, han empleado su lengua, su pluma, su espíritu y sus pensamientos, en publicar y cantar los méritos y alabanzas de la Reina del cielo.

XXXI.

*Rezará con atención y fervor el Ave María.*—Después de la Oración Dominical, no hay entre las vocales, otra que más agradable sea á Nuestro Señor y á María Santísima. San Alfonso de Ligorio tenía constumbre de decir que un Ave María bien recitada, vale más que el mundo entero.

Se refiere que la Santísima Virgen llena de hermosura y claridad, aparecióse á Santa Matilde, llevando sobre el pecho la salutación angélica escrita con letras de oro; y dijo á la Santa: "Hija mía, ¿pídeses acaso conocer la oración más agradable que puedes hacerme? Pues sábeta, que es imposible que los morta-

—17—

les encuentren un saludo y oración semejante á la que se me ha enviado del cielo."

XXXII.

*Saludar con algunas invocaciones á María al principiar las oraciones más importantes.*—Así lo practicaron muchos santos, entre otros, Santa Catalina de Suecia, la cual comenzaba todas sus acciones con el *Ave María*, y cuando se le consultaba sobre algún negocio, decía en voz baja la salutación angélica, con tanta cautela, que nadie llegaba á percibirse de ello.

XXXIII.

*Decir tres veces el Ave María, de la manera que la Sma. Virgen lo enseñó á Santa Matilde, para obtener la gracia de bien morir.*—Es necesario, dijo un día la Santa á Nuestra Señora, que me asistais á la hora de mi muerte y me déis valor y fuerza para vencer al enemigo."—"Lo haré así, hija mía, respondió la Madre de Dios, pero deseo que diariamente me ofrezcas tres *Ave Marías* con esta intención, agregando á cada una lo que voy á decirte.

"Después de la primera dirás: "Oh Virgen Santísima, mi Reina y Señora, así como el Eterno Padre os ha comunicado su poder, sedme propicia á la hora de mi muerte y por vuestra fuerza eficaz, retirad lejos de mí las potencias infernales."



“Después de la segunda, harás esta súplica: “Oh Virgen María, mi Reina y Señora, así como el Hijo de Dios ha derramado sobre vuestra alma la luz de la divina Sabiduría de suerte que por vos son iluminados los habitantes del cielo, haced que en la hora de mi muerte, mi espíritu se halle revestido con la luz de la fé y que no lo turben las tinieblas de la ignorancia y del error.

“Después de la tercera, agregó la Virgen Santísima, pedirás mi protección diciendo: “Oh María, mi Reina y Señora, así como el Espíritu Santo, llenando vuestro corazón con la plenitud de su dulzura, ha hecho que sea el más dulce y compasivo de los corazones, derramad también tanta dulzura de caridad sobre el mío, que se sobreponga á todas las amarguras y penalidades de la muerte.”

XXXIV.

*Decir el Ave María como enseñó nuestra Señora á Santa Gertrudis.*—La Madre de Dios dijo á Santa Gertrudis que al pronunciar las palabras, *Dios te salve María*, pidiera consuelos para los que, en aquellos instantes, sufran algunas incomodidades en el cuerpo ó en el espíritu; que al decir, *llena de gracia*, rogara por los pobrecitos que no sienten la felicidad y dulzura de la gracia santificante; que en las palabras *el Señor es contigo*, le suplicara, como á Madre de misericor-

dia, el perdón para los pecadores, que cuando dijera,  *bendita Tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*, suplicase á María su protección y ayuda para los predestinados; y por último, que al pronunciar el dulcísimo Nombre de *JESUS*, pidiera el perfecto conocimiento y verdadero amor de su Hijo Santísimo.

XXXV.

*Rezar la corona de la virtudes de la Sma. Virgen.*—Dios Nuestro Señor inspiró esta práctica á Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora de la Orden de la Visitación—Quería la Santa, por medio de diez Ave Marías y un Padre Nuestro, reverenciar las diez principales virtudes de la Santísima Virgen, á saber: la pureza, la devoción, la prudencia, la sinceridad, la pobreza, la paciencia, la caridad y la conformidad con la voluntad de Dios.

XXXVI.

*Rezar la corona de doce Estrellas en honor de la Sma. Virgen.*—Se compone de tres *Pater Noster*, seguidos de cuatro *Ave Marías*. Los primeros en honor de la Santísima Trinidad, que, habiendo colmado de favores á la Santísima Virgen María, la elevó sobre todas las criaturas. Las doce estrellas, mencionadas en el Apocalipsis de

exis  
nec  
do  
en  
I  
tor,  
su  
cristi  
cor  
fidi

ta  
ni  
pt  
de  
rc  
d:  
pa  
be  
en  
la  
o  
h  
y  
r  
d  
f  
g  
f  
c  
o

San Juan, representan las doce más grandes excelencias y gracias de la Virgen.

Es muy fácil obtener la atención que se requiere para esta corona: al primer Padre Nuestro, se dan gracias á Dios Padre por haber escogido á María por Hija; al segundo, á Dios Hijo, por haberla elegido por Madre; al tercero, á Dios Espíritu Santo, por haberla predestinado para Esposa. En cuanto á la cruz que suele pender de la corona, diremos que algunos acostumbra rezar sobre ella el *Credo*. Puede terminarse después con la *Salve* y la oración *Bajo tu amparo, etc.*

La corona se puede rezar por tres fines: primero, dar gracias á Dios nuestro Señor por los favores que ha concedido á María; segundo, pedir la extirpación de las herejías y conversión del mundo; tercero, impetrar una vida feliz y una santa muerte para aquellos que la rezan todos los días.

XXXVII.

*Tener devoción al Corazón sagrado de María.*—Después del Sagrado Corazón de Jesús no hay otro más digno de nuestro amor que el de nuestra Madre la Santísima Virgen María. Un día de la Anunciación, estando Santa Gertrudis en éxtasis, vió tres arroyuelos que descendían del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y penetraban

con dulce impetuosidad en el Corazón de la Virgen Santísima, retrocediendo después, cada uno á su principio y origen. Y entendió la Santa que por esta visión se le mostraba la grandeza del Corazón de María, por la íntima comunicación y divinas influencias que recibe de la Santísima Trinidad.

XXXVIII.

*Hacer frecuentes actos de amor á María Santísima.*—De esta manera se logra en poco tiempo una devoción verdadera á la Madre de Dios. Mas atendiendo á nuestra flaqueza, deberíamos cada día señalarnos cierto número de actos, y aumentarlo progresivamente; así, lograríamos arraigar el hábito, y presto veríamos llegar una época en la que, todas las palpitaciones de nuestro corazón, todos nuestros actos y pensamientos, estuviesen animados del amor divino.—Para ir á Jesús, no hay otro camino que el amor á María!

XXXIX.

*Hacer frecuentes actos de esperanza y de confianza en la Virgen Santísima.*—Digámosle muchas veces con San Buenaventura: "En tí esperamos, jamás nos abandones." *In te, dulcis María speramus, nos defendas in æternum.* San Juan Berkman solía de-

cir: "Si amo á María, estoy seguro de mi perseverancia y de mi salvación."

XL.

*Pronunciar frecuentemente el dulce nombre de María.*—La Sma. Virgen, hablando un día á Santa Brígida acerca de esta devoción, le dijo: "Los Angeles, por favor de mi amadísimo Hijo, oyendo mi nombre se alegran, bendicen y dan gracias á Dios, que, por una maravilla de su poder, ha unido su divinidad sacrosanta á nuestra pobre humanidad; las almas del Purgatorio al oirlo, reciben refrigerio y descanso; los Angeles de Guarda, se gozan más íntimamente con aquellos que lo pronuncian; los demonios huyen y abandonan su presa, cuando escuchan tan dulce nombre."

XLI.

*Rezar tres salmos de David y un cántico cuyas primeras letras forman el nombre de María.*—El B. Joscio, devotísimo de la Madre de Dios, recibió la inspiración de esta práctica. Rezaba todos los días el *Magnificat*, que es el cántico de la Virgen Santísima, con el salmo 119 que comienza: *Ad Dominum cum tribularer*, después el tercero de Prima, *Retribue servo tuo*, el salmo 225, *In convertendo* y por último el 122,

*Ad te levavi oculos.* El B. Joscio, eligió el dicho cántico y los salmos mencionados, cuyas primeras letras componen el nombre de María. Comenzaba además cada salmo con la salutación angélica y concluía con el versículo, *Post partum Virgo inviolata permansisti, Dei Genitrix intercede pro nobis.* Después la oración *Concede.*

Otros, rezan el *Magnificat*, el *Ave Regina coelorum*, el *Regina coeli*, la oración *Inviolata* y el *Ave maris stella.*

XLII.

*Amar tierna y ardientemente á nuestro divino Salvador Jesucristo, por el amor de su Sma. Madre.*—Esto enseñó la misma Virgen Santísima, en una de sus cariñosas conversaciones, con Santa Brígida.

"Hija mía, le dijo, si me quieres obligar y hacerme un gratísimo obsequio, ama á mi Hijo Jesús por amor á mí; pero ámale sobre todo, por sí mismo, atendiendo á que es el más hermoso, el más amable entre los hijos de los hombres; el más dulce, el más perfecto, el más digno de ser amado, servido y honrado, sobre todo lo que pudieras imaginar."

XLIII.

*Visitar los templos y otros lugares dedicados á la Madre de Dios, siguiendo la*

at  
ci  
su  
do  
g  
sa  
t  
r  
s  
r  
l  
a  
s  
c  
l  
c  
l

exi  
nec  
do  
en  
I  
tor,  
su  
crit  
cor  
fida

*piadosa costumbre de San Carlos Borromeo.*  
—El Santo practicaba esta devoción principalmente los días festivos.—El tiempo que dediquemos en visitar á María en los lugares donde más señaladamente es honrada, nos será sin duda más provechoso y consolador que las horas empleadas en esas otras visitas y reuniones que ponen en peligro la santa tranquilidad del ánimo, y muchas veces, hasta la limpieza de conciencia.

XLIV.

*Privarse del sueño ó acortarlo, si la salud lo permite, en las vigiliás de las festividades de María.*—Sabido es que San Ignacio de Loyola echó los cimientos de su admirable vida y grandes empresas, en aquella memorable noche que pasó en vela delante de Nuestra Señora de Monserrat; ahí recibió del cielo todas las luces y gracias que lo han elevado á tamaña altura delante de Dios y de los hombres.

XLV.

*Tener la devoción de los Gozos de la Santísima Virgen.*—Deseando Santa Matilde ofrecer á María algo que le fuera agradable, le dijo Nuestra Señora: «Hija mía, recuérdame el gozo de mi espíritu cuando el Hijo de Dios se hizo carne en mi seno virginal y la alegría que experimenté en el Nacimiento de mi querido Jesús.»

Santo Tomás, Arzobispo de Cantorbery, rezaba diariamente tres *Ave Marías* en memoria de los siete gozos de la Santísima Virgen, á saber: la Anunciación, la Visita á Santa Isabel su prima, la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, la Adoración de los Magos, el haber encontrado al Niño Jesús en el templo, la Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo.

Nuestra Madre Santísima se apareció cierto día al Santo y le dijo que también debía alegrarse con ella por los gozes eternos del cielo.—Agregó que asistiría á la hora de la muerte á los que así lo hicieran, y les daría ese sumo goce y consuelo con la seguridad de que cuidaría de sus almas para conducir las, ella misma, al reino de Nuestro Señor Jesucristo. Añadió después los puntos siguientes en los que debemos también congratularnos con ella, á saber: 1.º —De que ninguna creatura le aventaja en gloria. 2.º —De que la excelencia de su Virginitad excede á todos los órdenes, así entre los hombres como entre los ángeles. 3.º —De que los inefables resplandores de su hermosísimo rostro, como espléndido sol, iluminan la Jerusalén celestial. 4.º —De que todos los habitantes del cielo la honran y reconocen como dignísima Madre de Dios. 5.º —De la grande influencia sobre las voluntades de su divino Hijo, el cual siempre

exis  
nec  
do  
en  
tor,  
su  
crit  
cor  
fidi

— 26 —

accede á sus peticiones. 6.º — De los medios eficacísimos de que ella dispone para salvar á sus fieles devotos. 7.º — De que su gloria recibe y recibirá aumento en toda la duración de los siglos; y 8.º — De que el honor y gloria que disfruta en los cielos jamás tendrá fin.

¿Quién dudará, después de todo esto, que la devoción de los Gozos es gratisima á nuestra divina Madre?

#### XLVI.

*Reconocer los favores y beneficios recibidos de la Sma. Virgen, á imitación de Santa Gertrudis.*— Sólo en el cielo llegaremos á conocer perfectamente todos los beneficios visibles é invisibles que hemos recibido de la Madre de Dios; pero se puede afirmar que de ella alcanzamos todas las gracias, así del cuerpo como del espíritu, ya que, según el dicho de los Santos Padres, Dios tiene determinado que sólo por medio de María lleguen á nosotros los efectos de su bondad y misericordia.

Sería sin duda una práctica muy agradable á Dios, reconocer con frecuencia este privilegio de María, y determinar siquiera un día del mes, en que recordásemos cada uno de los favores especiales que de ella creemos haber recibido. O bien hacer lo que Jesucristo reveló á Santa Matilde, la

— 29 —

— 27 —

cual, entristecida porque no encontraba modo de manifestar á María Santísima su reconocimiento, oyó estas palabras del divino Salvador: "Hija mía, por todos los favores que has recibido de mi querida Madre, alaba la voluntad con que aceptó y cumplió todas las voluntades de mi Padre, ya en lo que á mí tocaba, ya en lo que á ella concernía; alaba la perfecta fidelidad para hacerme todos los servicios imaginables y sufrir en lo más profundo de su alma, cuantos tormentos yo soportaba en mi cuerpo; glorifícala también por la fidelidad sin ejemplo con que se emplea en ganarme las almas y su asidua solicitud para volverlas á mi redil."

#### XLVII.

*Elegir y reconocer á María por Madre nuestra, á ejemplo de Santa Teresa y de muchos santos.*— En todos los trabajos y dolores de esta vida, apenas habrá recuerdo más consolador, que el de aquella ternura indecible de nuestro buen Jesús, quien, no satisfecho con habernos dado su vida, quiso, en los momentos de consumir el holocausto, ponernos bajo la poderosa protección de María, no ya como súbditos, sino con el dulce carácter de hijos. Por la voluntad de Jesucristo, la Virgen Santísima es nuestra madre. ¿Qué podremos temer

exi  
nec  
do  
en  
tor,  
su  
crl  
cor  
fidi

— 28 —

recordando esta verdad, contenida, según la interpretación unánime de todos los Doctores de la Santa Iglesia, en las mismas palabras del Evangelio?

Imposible es reducir á cortas líneas lo que pudiera expresarse acerca del amor que María nos tiene: por más que no seamos sus hijos por naturaleza, nos ama, según la expresión de un Santo Padre, con más intensidad y eficacia que todas las madres de la tierra á sus propios hijos. Ella, como nuestro Salvador, estaba dispuesta durante su vida mortal, á morir por el deseo de nuestro bien, tantas veces cuantos fueren los que habían de ofender á Dios.

¡Cuánto debemos pues confiar en su protección sabiendo que todo lo puede! Mas, como dice San Pedro Crisólogo, "aquel cuyas obras son contrarias á las de María, prueba por los hechos que no quiere ser su hijo." ¡Y como tener el atrevimiento de llamarse hijos de María, agrega San Ligorio, cuando la conducta observada es para la Virgen Santísima un motivo de disgusto?—Cierta pecador dijo á María: *monstra te esse Matrem*, (muestra que eres Madre), y la Santísima Virgen le contestó: *monstra te esse filium*, (muestra que eres hijo).

Necesario es conformar nuestras acciones con las de María para ser sus verdaderos hijos; mas esto no quiere decir que ella no

— 29 —

ame á los pecadores, ni que les rehusé su poderosísima ayuda desde el momento en que forman la resolución de abandonar el pecado. Por eso San Buenaventura exclamaba lleno de admiración: "Oh María, Vos estrechais con vuestros maternales brazos á los más grandes pecadores, áun aquellos que por sus crímenes son el escarnio del mundo entero, y no reposais hasta haberlos reconciliado con Dios."

No escogimos nosotros ciertamente por Madre á esta Soberana Señora, porque nos la dió Jesucristo; pero ella se complace en que nuestra voluntad la elija y en que le consagremos todo nuestro ser. De aquí es que los santos no la llaman sino con tan dulce nombre y se consagran no una, sino mil veces á su servicio. Hagámoslo así nosotros y recordemos todos los días, al ver la luz, que si tenemos buena voluntad, nada puede dañarnos, porque nos cubre como escudo invulnerable la solicitud maternal de la que ha sido coronada por el mismo Dios como Reina del universo.

XLVIII.

*Recitar el cántico MAGNIFICAT, dictado á María por el Espíritu Santo.*—Es el canto sublime por excelencia, el que aventaja á todos los que contiene la Santa Escritura. Es, según San Ambrosio, el éxtasis de la

humildad de la Virgen y por eso sus acen-  
tos inspirados fueron grata melodía para el  
Corazón de Jesús que recibe siempre con  
suma benignidad las alabanzas de los man-  
sos y humildes. "Los fieles hijos de la  
Iglesia, dice el P. Rafael Pérez, de la Com-  
pañía, lo llevan grabado en la memoria, lo  
repiten de continuo y lo cantan delante del  
Señor, y Él lo escucha, y como encantado  
por su celestial dulzura, parece contener su  
justísimo enojo. Cuando una alma piado-  
sa repite las palabras del *Magnificat*, pone  
ante los ojos de la divina Majestad el con-  
junto de hermosísimas virtudes que ador-  
naban el alma de María al pronunciarlas; re-  
suenan de nuevo aquellas frases que fueron  
tan dulces para Él: traenle á la memoria el  
profundo anonadamiento de su Verbo he-  
cho carne; le representan, en fin, todo quan-  
to es más capaz de moverle en favor de los  
desvalidos hijos de Adán. Por eso nues-  
tros padres nos enseñaron á valernos de es-  
te canto celestial, como de un medio para  
desarmar la cólera de Dios, como de un es-  
cudo para defendernos de su justicia airada  
contra nuestros crímenes."

XLIX.

*Pedir la bendición á la Virgen Santísi-  
ma al acostarse y levantarse, á imitación de  
San Estanislao de Kostka.*—Si hemos ele-

gido á María por Madre nuestra, nada más  
propio y natural que honrarla así, como los  
buenos hijos. ¿Qué podemos temer, por  
otra parte, si damos principio al día y á la  
noche con la maternal bendición de María  
que todo lo puede?

San Estanislao de Kostka fué quizá el  
primero que introdujo esta devoción, prac-  
ticada después por muchos miembros de la  
Compañía de Jesús: se refiere que cuando  
el Santo Joven se hallaba en Roma, todos  
los días, mañana y tarde, se arrodillaba  
vuelto el rostro á la Basílica de Santa Ma-  
ría la Mayor, para saludar á la Virgen San-  
tísima, implorando su bendición y ofrecién-  
dole sus servicios.

¡Ojalá que todos siguieran este ejemplo!  
¡De cuántos males y peligros se librarían  
los que acostumbrasen esta práctica, que no  
ofrece dificultad alguna y apenas requiere  
algunos instantes de atención!

L.

*Meditar sobre la gloriosa Virgen y Ma-  
dre de Dios ó pensar en ella.*—San Ansel-  
mo asegura que después de Dios, el pen-  
amiento de que la Virgen Santísima es Ma-  
dre del Verbo, debe reputarse como el más  
alto y más excelente, como la ocupación  
más propia de un cristiano deseoso de su  
salud eterna. Quienes, en verdad, no ha-

yan olvidado su destino en el mundo, por poco que consideren, advertirán que sin el amor á María nada aprovechan; mas ¿cómo pueden amarla si no la conocen? ¿y cómo la conocerán si no piensan jamás en ella con la atención debida?

Lo que se ama está siempre en la memoria, y pensar en ello es delicia verdadera. Si queremos medir el amor á nuestra Santísima Madre, contemos los instantes que en un día, en una semana ó en un mes, nos hemos ocupado en ella. Cualquiera que fuese el resultado de este examen, sería muy útil para la salvación, proponernos meditar sobre las grandezas de la Virgen Santísima, al menos en sus festividades. Así lo practicaban innumerables santos, entre otros San Juan Damasceno, quien asegura inefable gozo, perpetua paz y tranquilidad áun durante la vida, á los que acostumbran pensar con frecuencia en la Virgen Santísima.



L L L

**BREVES**  
**ENTRETENIMIENTOS**  
EN HONOR DE LA  
**VIRGEN MARIA**

POR EL BEATO  
LEONARDO DE PUERTO MAURICIO,  
DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO.

TRADUCIDOS DEL FRANCES  
POR  
CLARA VARGAS  
PRESIDENTA DE LAS HIJAS DE MARIA  
EN IRAPUATO.

TIPOGRAFIA DE VARGAS.  
IRAPUATO.  
1901.



BREVES  
ENTRETENIMIENTOS

EN HONOR DE LA

VIRGEN MARIA

POR EL BEATO

Leonardo de Puerto Mauricio,

DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO.

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS POR

CLARA VARGAS

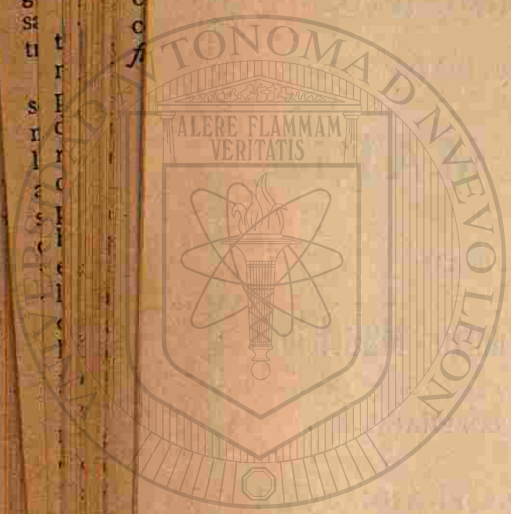
PRESIDENTA DE LAS HIJAS DE MARIA  
EN IRAPUATO. ®

---

TIPOGRAFIA DE VARGAS.  
IRAPUATO.  
1901.

at  
ci  
su  
do  
g  
sa  
tu  
t  
r  
s  
r  
o  
s  
e  
l  
o  
l

e  
n  
d  
e  
t  
s  
c  
o



BREVES ENTRETENIMIENTOS  
EN HONOR DE LA  
SANTISIMA VIRGEN.



Primer entretenimiento.

Del amor de la Santísima Virgen para con nosotros.

La sabiduría inspira la vida á sus hijos.  
(Ecl. C. IV. v. 12.)

I. Hoy que debo por la primera vez hablaros de la Virgen María, mi corazón se siente inundado de un santo gozo; ni tengo, hermanos míos, mayor consuelo que el hablar, con esta lengua terrestre, durante estos días, de la gran reina del cielo.

“Nó; os diré con San Bernardo, nó, nada es tan agradable como el hablar de la gloria de María.” Pero, ¿qué os diré en este primer entretenimiento? Os diré que María nos ama tier-

namente. ¿Qué nueva mejor podríamos anunciarnos? La Madre de Dios, la reina de los angeles, la soberana del cielo, nos ama, á nosotros pobres criaturas, que somos ceniza y polvo. ¡Ah! no puedo dejar de exclamar en el gozo de mi alma: ¡oh madre mía! ¿cómo hemos merecido vuestro amor? ¿qué habéis visto de bueno en nosotros, que os ha inclinado á amarnos? *¿Quién es el hombre para que os acordéis de él?* Y sin embargo, hermanos míos, es bien cierto, la Santísima Virgen nos ama con ternura indecible, ámanos, dice San Pedro Damiano, con un amor que nadie puede vencer; y vais á verlo en el ejemplo siguiente.

II. San Alfonso Rodríguez, devoto servidor de la Virgen María, estaba un día ocupado en presentarle sus homenajes, cuando de repente la vió aparecer frente á sí, hermosísima y resplandeciente de luz; y con un aire celestial le dice: “Alfonso ¿me amas? A ésta pregunta, Alfonso, in-

flamado de amor, levantó las manos y los ojos hacia el cielo, y respondió: “¡Oh cielo! ¡oh tierra! ¡oh mi reina! sí, ¡os amo! y ¿quién no os amará, siendo vos tan bella, tan santa y tan buena? ¡Oh! os amo tanto, que por vos sacrificaría mi sangre, mi vida, mi honor y el mundo entero.”—Pero ¿me amáis del fondo del corazón?—¡Oh corazón mío, habla, tú, pues que mi lengua no halla palabras que expresen lo que siento. ¡Oh mi buena madre! sí, ¡os amo! no me lo preguntéis más; porque me siento desfallecer y morir de amor por vos.—Mas á pesar de esto la Santísima Virgen, no contenta con la segunda respuesta, le preguntó tercera vez: Alfonso ¿me amas? A esta tercera ininterrogación, el devoto servidor de María respondió con sencillez, ó más bien con una temeridad que excusa su tierna afección hacia ella: “sí os amo más de lo que vos me amáis.”—¡Oh! nó, continuó la Santísima Virgen, ¡oh nó, esto no es verdad, mi querido Alfonso, esto no es verdad;

yo os amo mucho más sin comparación que vos y todos los que como vos me aman del fondo del corazón; no hay tanta distancia del cielo á la tierra como la hay de mi amor al vuestro.—¿Lo entendéis, hermanos míos? María nos ama con un amor invencible é insuperable; nos ama más tiernamente que todas las madres juntas á sus hijos; y aun no es decir bastante: ámanos más que todos los santos juntos al mismo Dios porque su amor es indecible.

III. Mas si la Santísima Virgen nos ama tanto, ¿cómo es que nosotros le amamos tan poco? ¿A quién ama ese joven disoluto, esa joven disipada? á un tizón del infierno. ¿A quién ama ese jugador, ese quimerista, ese libertino? ama las orgías, la embriaguez y los festines. ¡Ah! desgraciados, ¿qué será de vosotros, si no amáis á la Virgen María? ¿Quién os socorrerá en vuestras necesidades y os protegerá en el peligro? ¿qué bien podéis esperar sin su auxilio?

Tomemos pues hoy, todos, la resolución de amarla en lo de adelante con un amor sincero; pero para esto, pidámosle desde luego perdón de no haberla amado hasta el presente, y digámosle hiriéndonos el pecho: “¡Oh madre del amor hermoso! conozco ahora cuán ingrato he sido amando más á las criaturas que á vos, y por ello os pido humildemente perdón; aunque no lo merezco, ¡oh gran reina! no obstante lo espero de vos, porque sé cuánto me amáis; quiero en adelante amaros con todo mi corazón; y así os lo prometo, sólo vos seréis mi muy amada, y no alimentaré otras llamas en mi corazón sino las de vuestro purísimo amor.” He aquí hermanos míos, lo que pido de vosotros en estos días; que tengáis una devoción ferviente á la Santísima Virgen, y encendáis en vuestra alma un tierno amor hacia élla. Seréis felices si la amáis. Cada día tendré cuidado de indicaros algunas devociones particulares que podáis prac-

ticar en su honor, á fin de que ganéis su protección. Lo que hoy os propongo es visitar piadosamente todos los días una iglesia ó altar dedicado á la Santísima Virgen. San Bernardino de Sena practicó esta devoción desde su infancia y de ello sacó grandes frutos. ¡Qué provecho sacaréis también vosotros! ¡qué dulces visitas hará María á vuestro corazón y á vuestra alma! *Sic nos tu visita sicut te colimus.*



### Segundo entretenimiento.

Del amor que le debemos á la Santísima Virgen.

Acoge á los que la buscan, y camina delante de ellos en la vía de la justicia.

(*Ecle. C. IV. v. 12.*)

I. Me parece hermanos míos, oír á la Santísima Virgen que me dice al corazón lo que dijo un día á Santa Brígida: “Hija mía, si me amáis, hacedlo de modo que vuestros hijos sean también míos.” Me parece que también á mí me dice: Hijo mío, si me amáis hacedme amar de todos los pueblos á quienes predicáis la palabra de Dios. ¡Ah! si así es, ¿quién me diera una trompeta retumbante, á fin de que animada de mi soplo, se hiciese oír hasta los últimos confines del mundo? Quisiera gritar con toda la fuer-

za de mi voz: "pueblos, despertad de vuestra ilusión, amad á María, si os queréis salvar; amad á María, si queréis asegurar el cielo; felices si escucháis mi voz! Sí, yo os lo digo, amando á María, salvaréis vuestras almas. El amor de María, es el caracter de los predestinados; y el doctor seráfico, San Buenaventura, atestigua que es imposible que un servidor de María se condene." "*Qui digne coluerit Mariam justificabitur.*" Sí; el que es devoto de la Santísima Virgen, está moralmente seguro de su salud eterna, como vais á verlo por el ejemplo siguiente:

II. Un joven que había vivido, como fiel servidor de la Santísima Virgen, habiéndose dejado seducir por las malas compañías, se entregó sin detenerse, al amor profano, manchando su corazón con toda suerte de iniquidades. En fin, un día, cediendo á los remordimientos de su conciencia, se resolvió á salir del cenegal en que se hallaba, y mon-

tando á caballo, se dirigió á un país vecino, para casarse allí. En el camino encontró á una joven hermosísima, que tomó con ademán gracioso su caballo por las riendas y lo detuvo, preguntándole á dónde iba. El joven, admirado del atrevimiento y de la rara belleza de esta mujer, respondió: Voy á buscar una joven de mi condición con quien pueda desposarme.—¿Crees, respondió ella con gracia, que no te pueda agradar?—Ciertamente, dijo el joven—Y ¿porqué pues no me tomas por esposa?—El joven, entre-cortado respondió: Lo haría con mucho gusto, pero no sabiendo quién sois, no puedo tomar por este motivo ninguna determinación.—¡Ah! si me prometes no amar á nadie más que á mí, te lo diré.—Habiéndoselo prometido el joven, le dice ella: Sabe, que habito el paraíso; mis padres son Joaquín y Ana, y soy la Madre de Dios, y he venido del cielo para celebrar contigo una alianza

cestial. —Después le puso en el dedo un anillo de oro, diciéndole: "Yo te tomo por esposo; vuelve á tu casa, anda á encontrar á un sacerdote, haz una buena confesión general, y prepárate para morir, porque te espero en el cielo dentro de quince días, para celebrar nuestras nupcias en presencia de la corte celestial;" y dicho esto, desapareció. El joven volvió á su casa, lleno de gozo, é hizo todo lo que la Santísima Virgen le había dicho. A los quince días, en los momentos de morir, le apareció de nuevo María, y habiendo desposado á esta alma bienaventurada, la llevó con ella al cielo.

III. ¡Oh feliz joven! ¡qué bien hiciste en cambiar el amor de las esposas de la tierra por el de María, pues que por esta alianza celestial ganaste el paraíso en tan poco tiempo!

Y vosotros, desgraciados jóvenes, que os dejáis cautivar por las hermosuras de la tierra, ¿qué provecho sa-

cáis de esos lazos criminales, continuados durante largos años y que os son ocasión de tantos pecados? ¿de qué os servirán á la hora de la muerte, sino de haceros morir réprobos como habéis vivido? Abrid, pues, hoy los ojos, y á ejemplo de este joven, tomad la resolución de renunciar al amor de las criaturas para consagraros enteramente al de María.

Yo seré el primero en hacer este acto generoso. Confieso, ¡oh gran reina del cielo! que no merezco besar las huellas de vuestros pies, porque soy un infeliz pecador; pero viendo con qué ternura amáis á los que os aman, pues que los tenéis, no solamente por vuestros siervos sino aun por esposos, yo me atrevo hoy con santa osadía á ofrecerme á vos en esta calidad, y en señal de amor, os consagro todo mi corazón. Y vosotros, hermanos míos, pedid perdón á la Santísima Virgen, de no haberla amado hasta aquí; decidle,

hiriendoos el pecho: Virgen amable, conozco mi ingratitude, y humildemente os pido perdón; si he sido negligente en amaros, no será así en adelante; quiero por vuestro amor, arrancar de mi corazón todo apego y afección á los criaturas, y amaros con todas las fuerzas de mi alma; no quiero tener ya corazón y amor más que para vos, quiero que el amor con que os haya amado sobre la tierra sea una preparación á aquel con que espero amaros en el cielo por toda la eternidad!

La devoción que os recomiendo hoy, es el inclinar devotamente la cabeza y rezar una *Ave Maria*, cada vez que paséis delante de una imagen de la Santísima Virgen.



### Tercer entretenimiento.

La Santísima Virgen es nuestra Madre en nuestras necesidades.

El que la ama, ama la vida.

*Ecl. C. IV. ver. 13.*

I. Hermanos míos, hoy os diré una cosa muy consoladora para vosotros y para mí, esto es, que la Santísima Virgen es nuestra madre, Sí, la Madre de Dios es también nuestra Madre, porque nuestro divino Redentor nos la ha dado en esta calidad, sobre el Calvario, cuando dirigiéndose á la Santísima Virgen, que estaba á sus pies traspasada de dolor, el Señor le dió á San Juan por hijo, diciéndole: *Mulier, ecce filius tuus*; como si le dijera: veis Madre mía, muero sobre esta cruz; ya no me tendréis por hijo en este mundo, pero en mi lugar os dejo á



Juan mi apóstol muy amado, y en su persona á todos los que he rescatado con mi sangre, amadlos á todos, ayudadles, consoladlos y asistidlos; pues serán vuestros hijos y vos seréis su madre. ¡Oh! hermanos míos, ¿no es una cosa muy dulce y consoladora para vosotros el saber que la Madre de Dios es también la vuestra, madre tiernísima que no quiere mal á nadie; madre llena de bondad, que no deja de hacerles bien á todos al mismo tiempo? El que se encomienda á ella con confianza, la encontrará siempre pronta á socorrerle, como dice Ricardo de San Víctor. Vais á verlo en el ejemplo siguiente:

II. Una pobre viuda tenía dos hijas, y se encontraba sin recursos para proveer á sus necesidades, porque mendigando se habrían expuesto á perder su honor, y el trabajo de sus manos no podía proporcionarles lo necesario para vivir. ¡Pobre madre! ¡pobres hijas! ¿qué harán?

La necesidad las atormenta, la modestia las detiene. Un día, la madre llena de confianza en la Santísima Virgen, llama á sus hijas: vamos á la iglesia les dice, á encomendarnos á la Santísima Virgen María.

Llegando al templo, van á orar delante de una imagen de Nuestra Señora y se encomiendan á ella con confianza; concluida la oración, la madre se aproxima á la imagen y hace acercar á sus hijas; después tomando sus manos, y poniéndolas en las de la Virgen Santísima, le dice: estas niñas ya no son hijas mías, sino vuestras, os las entrego en vuestras manos; tened cuidado de ellas pues sois su madre. Hecho esto, salió de la iglesia con la firme esperanza de ser socorrida por María Inmaculada. Su confianza no fué vana, porque llegando á su casa encontró en ella á un joven el cual le dejó una gran cantidad de dinero y desapareció sin que jamás volviera á saber de él. Figuraos la alegría

de esta pobre madre: con el socorro que le había sido enviado por la Santísima Virgen, pudo vestir convenientemente á sus hijas y salir de la miseria en que estaba. Como los mundanos siempre han sido malvados, comenzaron á murmurar atribuyendo á medios ilícitos el cambio de fortuna que se notaba en esta casa. La pobre madre no se atrevía ya á aparecer en público, y en su desolación acudió de nuevo á la Santísima Virgen. Un día de fiesta, estando en la iglesia con sus hijas, en presencia de todo el pueblo, apareció un ángel de arrebatadora belleza, bajo la forma de un joven, trayendo en las manos dos coronas preciosísimas que puso en la cabeza de las jóvenes, diciéndoles: María la Madre de Dios y vuestra, os envía estas coronas como un testimonio de vuestra pureza virginal, y dicho esto desapareció. Ya os imaginaréis cuál debía ser el gozo de la madre y de las dos hijas y la ad-

miración del pueblo. Todos cantaron las alabanzas de María, que como una buena madre, nos socorre en nuestras necesidades, nos protege contra las calumnias, y nos colma de toda clase de bienes. El dueño del lugar hizo edificar allí un monasterio, en el cual estas dos jóvenes vivieron y murieron santamente.

III. Recurrid todos á esta buena madre, y encontraréis un consuelo en vuestras penas y una fuente de misericordia en vuestras miserias, por muy grandes que sean; con todo, no olvidéis que si la Santísima Virgen es la madre de los pecadores, no lo es de los que rehusan convertirse, sino solamente de los que se arrepienten de sus pecados y tienen un deseo sincero de corregirse. Así lo reveló la Santísima Virgen á Santa Brígida. "Yo soy, le dijo, la madre de los pecadores que quieren volver á Dios." Pues como yo os veo á todos en estos santos días dispuestos á convertirlos, dirigíos á la Santísima

Virgen, y decidle: "¡Oh mi buena madre! la vida que he llevado hasta aquí, me hace indigno, bien lo conozco, de ser vuestro hijo; he pecado mucho, he llenado de amargura vuestro corazón, y no merezco ya el ser amado por vos; pero si he perdido los sentimientos de hijo para con vos, yo sé que sois siempre mi madre, y una madre llena de ternura. Tengo la confianza de que si recurro á vos con sincero arrepentimiento, no me descharéis. Heme aquí, pues, á vuestros pies, ¡oh madre de misericordia! me arrepiento de la vida que he llevado, y pido perdón á vuestro divino Hijo y á vos. Perdonad, ¡oh Virgen santa á este gran pecador; no quiero volver á pecar jamás, quiero ser en lo de adelante un verdadero penitente; sed siempre para mí una madre llena de ternura, y yo seré para vos un verdadero hijo; asistidme como buena madre, á fin de que yo tenga la dicha de salvarme por vuestra intercesión. ¡Ah! herma-

nos míos, cuántas veces habéis afligido el corazón de la Santísima Virgen, nuestra madre! Dirigíos, pues, piadosamente á ella, pidiéndole sinceramente perdón. Perdonadnos, ¡oh María, porque si hasta aquí hemos sido ingratos é infieles para con vos, desde ahora queremos vivir como hijos dóciles y obedientes; dignaos ser nuestra madre, y asistirnos todos los días de nuestra vida, y particularmente á la hora de la muerte, á fin de que podamos bendeciros y daros gracias por toda la eternidad.

La devoción que os aconsejo hoy, es el pedir la bendición á la Santísima Virgen nuestra madre, por la mañana y por la noche, rezando una *Ave María*.



### Cuarto entretenimiento.

La Santísima Virgen cuida de nuestra salvación.

Los que hubiesen velado hacia ella, obtendrán sus favores.

(Ecl. C. IV. v. 13.)

I. Tenéis razón, hermanos míos, de prorrumpir en cantos de alabanzas en honor de María, y de exclamar: ¡oh reina del cielo, océano de gozo, bendita seais en cada momento! Sí, sí, alabadla, bendecidla y honradla; porque ella merece todos vuestros homenajes. ¡Ah! hermanos míos, sin la Santísima Virgen, ¿qué seríamos? no podríamos esperar ningún bien; porque debéis saber que, según San Juan Damasceno, Dios ha entregado en sus manos todas sus misericordias; de suerte que, si María nos faltara, careceríamos de to-

dos los bienes; mientras que teniéndola por nuestra, tenemos á nuestra disposición todos los medios necesarios para salvarnos. En efecto, la Santísima Virgen tiene tanta solícitud por nuestra salud eterna, como no la tiene el hombre más avaro por su dinero, ó el negociante por sus intereses; ella no se ocupa más que en procurarnos los medios de salvarnos; este es el objeto de todos sus pensamientos, de sus deseos y todos sus esfuerzos. "Dice Ricardo de san Víctor, que María, desea, busca y obtiene la salud de todos."

¿Qué no hace la Santísima Virgen por salvar una alma? Vais á verlo en el ejemplo siguiente:

II. Hugo, Marqués de Toscana, tenía muy buen corazón y amaba tiernamente á la Santísima Virgen, le ofrecía cada día flores de hermosas virtudes; pero la más bella era su inocencia ejemplar. ¡Ay! esta inocencia no duró mucho tiempo; las ocasiones, la vivacidad de su

carácter y los malos ejemplos, hicieron que pronto la perdiera y se entregara á todos los desórdenes de la juventud, llegando á ser en poco tiempo el escándalo de toda la Toscana. Pero en medio de sus extravíos, conservaba siempre alguna devoción á la Santísima Virgen; confiando en las oraciones que le hacía, creyó que no estaba del todo perdido, porque aun tenía algo bueno.

Quando su conciencia le reprochaba la vida que llevaba y le gritaba interiormente: Hugo, Hugo, te haz metido en mal camino; decía suspirando: yo ayuno los sábados, rezo el rosario y el oficio de la Santísima Virgen; María Inmaculada vendrá á socorrerme. En efecto, un día que iba al campo, no hallando ni qué comer, se le apareció una joven de rara balleza, con traje de paisana. Era la Santísima Virgen, y le presentó un cesto con frutas muy hermosas. Hugo extendió la mano y tomó una; pero ape-

nas la gustó cuando tuvo que arrojarla; porque estas frutas eran preciosas en lo exterior, pero por dentro no servían ¡Ah! dijo: no tengo valor para comerla. Entonces la Virgen Santísima le respondió con voz grave y seria: "No me gustará jamás tu devoción manchada con tantos crímenes; cambia de vida si me quieres agradar;" y desapareció. Para que comprendiera que con toda su devoción iba para el infierno, un día le hizo ver en una caverna ciertos hombres negros como los etíopes, que sacaban de un horno ardiendo, cabezas, corazones y otros miembros humanos, y los golpeaban sobre un yunque. Hugo los tomó por mágicos, y quiso reprenderlos. Pero uno de ellos se acercó á la entrada de la caverna y le dijo: "No somos mágicos sino demonios, ministros de la justicia divina y así tratamos á los hombres carnales, que Dios pone en nuestras manos. Esperamos dentro de poco á un cier-

to Hugo, Señor de este país; y cuando lo tengamos, harémos que pague sus crímenes sobre este yunque." Hugo al oír esas palabras se retiró, volvió á su casa, reflexionó en la vida que había llevado, y conoció que la devoción que tenía á la Santísima Virgen, le serviría poco, si no dejaba el pecado. Se arrepintió, se confesó, hizo pública penitencia y salió gritando por las calles: Hugo ya no será Hugo, Hugo ya no será Hugo. Después vivió santamente y murió del mismo modo, arrepenido de todos sus desórdenes.

III. He aquí hermanos míos, la solicitud con que María vela por la salud de las almas; ved hasta donde lleva el amor que nos tiene. ¡Oh prodigio de amor! ¡oh ternura inefable del corazón de María! ¿Quién de vosotros será tan negligente, que no acuda con confianza á esta buena Madre? Vosotros que hace tantos años, vivís alejados de Dios; que habeis pronunciado por decirlo

así la sentencia de vuestra reprobación diciendo: "no hay salvación para mí," recurrid á María, arrojaos á sus piés, pedid perdón de haber ultrajado á su divino Hijo; decid con lágrimas en los ojos: He aquí, ¡oh Virgen santa! al mayor pecador que existe; obtenedme de Dios un socorro eficaz, á fin de que ponga en seguridad mi alma. Sí, hermanos míos, María está dispuesta á socorreros; os busca; es toda corazón para vosotros, y quiere á todo precio salvaros; pero también quiere que hagais lo que esté de vuestra parte, tomando la firme resolución de cambiar de vida; que hagais una buena confesión y huyais las ocasiones. Tomadla por abogada, y no dudeis de vuestra salvación. La devoción que os aconsejo hoy, es, rezar todos los días el santo rosario en vuestra casa, con toda la familia, para dar buen ejemplo. Esta preciosa devoción, tan recomendada por santo Domingo, le fué enseñada por la misma Virgen Santísima; y los

sumos Pontífices la han enriquecido con muchísimas indulgencias.



### Quinto entretenimiento.

**Maria, Refugio de pecadores.**

Los que la poseen tendrán la vida por herencia.

*Ecd. C. IV. ver. 14.*

I. Había antiguamente unas ciudades de franquicia ó de refugio, y cualquiera que se refugiaba en ellas se libraba de muchos inconvenientes, y participaba de gran número de bienes; de manera que esas ciudades se poblaban de habitantes fieles.

Gracias al cielo nosotros no tenemos que envidiar á la antigüedad esta ventaja; porque Dios nos ha dado en la ley evangélica, una ciudad de

refugio, una sola, es cierto; pero que excede grandemente á todas las otras; porque es más rica, más fuerte, más hermosa y más segura que aquellas; y el que se refugia en esta se libra de todo mal y asegura todo bien. ¿Cuál es pues, esta ciudad afortunada? El Salmista nos lo vá á decir: *Grandes cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios.* Esta ciudad es la reina del cielo, la Madre de Dios; es María, Refugio de los pecadores, á quien la misma Iglesia invoca con este título. En esta ciudad están siempre abiertas las puertas de la misericordia á fin de que los esclavos encuentren en ella la libertad, los enfermos la salud, los afligidos el consuelo, los pecadores la gracia y los justos la gloria. María acoje, abraza y consuela á todos los que recurren á ella; y si encontrais una sola persona que la haya invocado en sus necesidades sin ser socorrida por ella, consiento en que se dude de su misericordia, dice San Bernardo. Pero,

me direis, hace mucho tiempo que me encomiendo á la Santísima Virgen y le pido una gracia, y hasta ahora nada he obtenido. ¿Qué quereis decir con eso, hermano mío? Escuchad acerca de ello la historia siguiente:

II. Un devoto siervo de la Santísima Virgen, se aplicaba á honrarla de todas maneras, no cesando de orar y pedir algunas gracias. Pero como le parecía que no obtenía ninguna, concluyó por quejarse con nuestra Señora diciéndole: "Todo el mundo publica tu misericordia, por todas partes os llaman Refugio de los pecadores, Señora nuestra, abogada nuestra, consoladora de los afligidos; pero nada de esto habeis sido para mí; pues hace mucho tiempo que os pido, y no he podido obtener de vos ni una sola gracia. Las iglesias están cubiertas de *ex-votos* en vuestro honor; los libros, llenos de milagros obrados por vuestra intercesión, y los santos Padres nos aseguran que el que recurre á vos siempre es oído: sólo yo, des-

graciado y abandonado, no soy digno de recibir de vos el menor favor." Apareciósele la Santísima Virgen llena de hermosura y de gracia, y le dijo: "¿Te quejas de que no escucho tus oraciones y de que no te concedo ninguna gracia? ¡Ingrato! ¿No sabes que los favores de que te he colmado hasta aquí son casi infinitos? Sin mi socorro, ¿cuántas veces hubieras caído en un abismo de iniquidades? ¿Cuántos amigos tuyos han muerto súbitamente y en desgracia? ¿Cuántos de los que no conoces han caído en el infierno? Y si tú no estás en él ¿á quién lo debes? ¿No soy yo, quien de él te ha preservado? Sabe que cuantas veces has orado, te he oído; y si no siempre te concedo lo que me pides, te doy alguna otra cosa más provechosa para tí." Y dicho esto desapareció.

III. ¿Qué decís vos, pecador, que os quejais de no haber recibido jamás ningún favor de la Santísima Virgen? ¡Ingrato! ¿Cuántas veces habrúis su-



cumbido en tal ocasión? ¿Cuánto tiempo ha que estaríais en el infierno si la Virgen Santísima no os hubiera tendido la mano? A ella es á quien debéis el haber escapado de aquella enfermedad peligrosa, el haber resistido aquella tentación tan violenta, y el haber perseverado en el bien hasta ahora; á ella debéis el odio al pecado, el deseo de la virtud y horror al vicio. Aun más, á ella debéis la prosperidad de vuestra casa, de vuestros negocios y de vuestra familia. Todas estas son gracias de la Santísima Virgen, pero gracias que no conoceis. Ved, pues, la obligación que teneis de amarla y servirla, porque os ha preservado de tantos males y os ha colmado de tantos bienes. Y vos, pecador, en vez de darle gracias por tantos favores, todavía os quejais de su indiferencia, y la olvidais como si no fuese vuestra madre. ¡Ingrato! arrojaos á sus pies y pedidle perdón. Y todos vosotros, hermanos míos, desengañaos hoy, y

comprended la necesidad que todos tenemos de buscar un asilo en esta ciudad de refugio, es decir, de encomendarnos á la Santísima Virgen, y de tener confianza en su protección. Verdad infalible es que necesitamos tanto pedir á nuestra madre María cuanto necesitamos obtener de Dios sus gracias, porque su Majestad no concede ninguna sino es por su intercesión. «Dios, dice San Germán, no concede sus dones sino por la Santísima Virgen» Nos es tan importante entrar á esta santa ciudad, como lo es el entrar en el cielo; porque nadie se salva sino por ella. *Nullus est qui saluus fiat nisi per te, o virgo Maria.* Es decir, que sólo por su intercesión nos salvamos.

La devoción que os recomiendo hoy és, que no dejéis jamás de rezar el *Angelus*, en la mañana, á medio día y en la noche, para saludar á la Santísima Virgen, y darle las gracias por haber consentido en ser la Madre de Dios.

## Sexto entretenimiento.

## Los dolores de la Santísima Virgen.

Los que la sirven serán fieles al Dios Santo, y los que la aman serán amados de Dios

Hermanos míos, quiero sacar hoy de vuestros corazones, suspiros y lágrimas de compasión, por las angustias y los dolores de María, nuestra poderosa abogada cerca de Dios. Hasta aquí he procurado insinuaros la devoción hácia ella, como provechosa para vosotros; ahora os la quiero presentar como útil á la Virgen Santísima. Para excitar la compasión en vuestros corazones, me serviré de las palabras de Jeremías, y os diré en nombre de esta Virgen incomparable: *Oh vosotros todos los que pasais por el camino, considerad y ved si hay un dolor semejante al*

*mío.* Sí, hermanos míos, dirigid una mirada á María al pié de la cruz, y decidme si hay en el mundo dolor igual al suyo. Poned de un lado todos los tormentos que han sufrido los mártires, bajo el poder de los tiranos, los solitarios en sus grutas y los penitentes en el desierto; y del otro lado los dolores de María, y veréis que los trabajos, las penas, los tormentos de los penitentes y de los mártires, no son nada en comparación de las angustias del corazón de María. San Bernardo nos lo dice: *Quidquid crudelitatis inflictum est corporibus martyrum leve fuit, aut potius nihil, in comparatione passionis Mariæ.* Estas palabras os sorprenderán quizá, admiraos más bien de que el corazón tan tierno de María haya podido soportar tantos dolores. ¿Queréis saber cuál ha sido el más grande? es vuestra ingratitud; apenas pensáis en sus padecimientos. La Santísima Virgen se quejó de este olvido diciendo á santa Brígida: "Busco algunos que

piensen en mis dolores y me compadezcan, y he encontrado muy pocos.» Pero cuántos favores les reserva María Santísima á estos devotos de sus dolores. Vais á verlo en el ejemplo siguiente:

II. Santa Brígida, en el tercer libro de sus revelaciones, habla de un hombre llamado Nobile, rico de los bienes de la tierra, pero pobre de virtudes, ó más bien sumergido en un abismo de iniquidades, el cual cayó gravemente enfermo y no tuvo ningún cuidado de su salvación eterna. Sabiéndolo la santa, pidió muchas veces al Señor que convirtiera á ese obstinado pecador. Se le apareció Jesucristo y le dijo: «Dí á tu confesor que vaya á ver á ese enfermo y á exhortarlo á la penitencia.» Hizo el confesor lo que se le ordenó; mas el enfermo contestó que gracias á Dios, no tenía necesidad de confesión. Nuestro Señor ordenó de nuevo á santa Brígida que mandara por segunda vez su confesor cerca del

moribundo; pero éste dió la misma respuesta. Entonces Nuestro Señor descubrió á la santa que este desgraciado estaba en poder de siete demonios, y le mandó dijera á su confesor que prometiera de su parte al enfermo el perdón de todos sus pecados, si consentía en hacer una buena confesión. A este tercero y último mensaje, el enfermo se llenó de compunción, y exclamó llorando: «¿Aun puedo obtener el perdón de tantos crímenes?—Sí, hijo mío, la misericordia de Dios es infinitamente más grande que vuestra malicia: no temáis nada, tened confianza.—¡Ah! padre mío, hace sesenta años que no me confieso, y no he sentido ni remordimientos ni deseos de convertirme.—No desesperéis, hijo mío, llorad vuestros pecados, detestad todo comercio con el diablo, y Dios os perdonará.—Ese día se confesó el enfermo, al siguiente comulgó, y murió á los siete días. Entonces Jesucristo se le apareció á santa Brígida, y le

dijo que esta alma estaba en el purgatorio, y que muy pronto subiría al cielo. La santa quedó admirada con esta nueva. ¿Cómo, Señor, le dijo, un hombre que ha vivido tan mal, ha podido tener buena muerte y estará poco tiempo en el purgatorio? —Hija mía, respondió Jesucristo, la devoción á los dolores de mi Madre es la que le ha cerrado las puertas del infierno, y la que le abrirá bien pronto las del paraíso; porque aunque él no la haya amado de corazón, á lo menos tenía costumbre de pensar con frecuencia en sus dolores, y de compadecerse de sus penas; y esto es lo que le ha valido la gracia de convertirse y salvarse.”

III. Ved cuán buena es la Santísima Virgen, y cuán eficaz es esta devoción, pues que ha podido obtener la vida eterna á un pecador tan endurecido. ¿Qué debemos pensar de este ejemplo? ¿Acaso podemos imitar á este hombre en su vida criminal y que bastará pensar después

en los dolores de Nuestra Señora para morir bien? ¡Qué locura! ¿Qué diríais del que se sacara los ojos, con la esperanza de recobrarlos por un milagro, porque se sabe que la Santísima Virgen ha devuelto la vista á muchos ciegos? Este ejemplo debe animarnos á honrar los dolores de María Santísima, á compadecernos de las penas que padeció por nosotros en la pasión de su divino Hijo; porque si nosotros tomamos parte en sus dolores aquí abajo, participaremos de sus gozos en el cielo. Pero lo que me contrista es el ver que gran número de pecadores, no sólo no piensan en los dolores de María, sino que los renuevan cada día; hablo de esos pecadores obstinados, que añadiendo sin cesar nuevos pecados á los que han cometido, crucifican á Nuestro Señor, y con El á su santa Madre. ¡Ah! hermanos míos, reconoced hoy vuestra falta, y prosternaos á los pies de María, pedidle perdón y decidle: Oh Virgen, abismada en el

dolor, ¿por qué tenéis esa espada atravezada en el pecho? A vos os convienen los lirios y las rosas, y no espinas que os traspasen el corazón; que esa espada traspase el mío de dolor de haber ofendido á vuestro divino Hijo. Perdonadme, ¡oh reina de los mártires! Morir mil veces antes que pecar y aumentar con mis pecados vuestros dolores, hacia los cuales quiero tener desde ahora una devoción especial. Sí, hermanos míos, honrad los dolores de María; y obtendréis con ello tres gracias muy preciosas, como la Santísima Virgen lo reveló á san Juan Evangelista: 1.<sup>a</sup> Un acto de contrición antes de morir; 2.<sup>a</sup> la asistencia de la Santísima Virgen en el momento de vuestra muerte, y 3.<sup>a</sup> Una gracia especial que pidiéreis á Dios, por los dolores de María. Sed, pues, sus devotos, honrad sus dolores, y con seguridad obtendréis estas tres gracias.



### Sétimo entretenimiento.

**Del cuidado que tiene la Santísima Virgen de sus fieles siervos, para que ninguno se pierda.**

Con él estoy en la tribulación.  
(*Ede. IV. 18.*)

I. ¡Cosa increíble! el negocio más importante sobre la tierra, que es nuestra salvación eterna, es el más descuidado por la mayor parte de los hombres, y no puede estar en peores manos que las nuestras. ¿Qué hacéis si nó, vosotros, hermanos míos, para salvaros? ¿qué cuidado tomáis para asegurar un negocio de tan alta importancia? ¿No es verdad que todo el empleo de vuestros días es el pensar en el cuerpo, en la familia, en los placeres, en una palabra, en la tierra; y ¿en vuestra alma no pensáis jamás? Preciso ha de ser el

encontrar alguno que piense en ella por vos. Mas ¿quién será? La Santísima Virgen, os guardará entre sus brazos, ella que es la madre del Salvador, será también la madre de vuestra salvación; y no os abandonará hasta que quede asegurada. Amadla pues, servidla, y ganaréis este negocio tan importante; porque, como dice el seráfico doctor san Buenaventura: "Oh bienaventurada Virgen! así como todos los que se alejan de vos, y os desprecian, tienen segura su perdición; así también es imposible que perezca el que se dirige á vos, y á quien os dignáis mirar benignamente." Amad, pues, á la Santísima Virgen, amadla, hermanos míos, y seréis salvos.

II. Arrojando un día el patriarca santo Domingo, á los demonios del cuerpo de un poseso, les preguntó entre otras cosas cuál era el santo á quien temían más en el cielo, y que tuviese más poder sobre ellos aquí en la tierra. Por algún tiempo los

demonios rehusaron responder; pero al fin, obligados por el exorcismo, contestaron: A la madre de Cristo es á la que tememos más que á todos los santos; es la que tiene más poder sobre nosotros, y merece ser honrada más que todos los santos; porque una sola súplica de su parte, un suspiro que ofrezca á Dios, vale más que todas las oraciones y peticiones de todos los santos juntos. Nos vemos forzados á confesar que no podemos nada contra sus fieles siervos y que ninguno de los que perseveran constantemente en su devoción bajarán con nosotros al infierno. Notad bien estas palabras, hermanos míos: ningún siervo fiel de María caerá en el infierno, porque les obtiene á los que la aman y honran, la contrición, la gracia de una buena confesión, el perdón de sus pecados y la salvación. Ya lo habéis oído. los mismos demonios confiesan á pesar suyo que ningún siervo fiel de María caerá en el infierno,

¡Ah! que dulce consuelo para los que aman y sirven á esta gran Reina.

III. ¿Quién de vosotros, hermanos míos; rehusará pues alistarse entre los siervos fieles de María para asegurar el negocio de su salvación eterna? Pero no séais como los que se imaginan que la devoción á la Santísima Virgen consiste sólo en portar siempre el rosario, en rezar algunas veces su Oficio; en ayunar los sábados, y llevar consigo el escapulario de alguna cofradía. Todas estas cosas serán inútiles, si con todo esto vivís en el hábito del pecado mortal, si alimentáis en vuestro corazón el rencor, el odio, ó algún afecto desordenado; en una palabra, si quereis servir á María con intención de ultrajar á su divino Hijo. Estos son falsos devotos de la Santísima Virgen. ¿Sabéis en qué consiste la verdadera devoción á María Inmaculada? En querer lo que ella quiere; ¿pues qué es lo que desea? que dejéis el pecado y os decidais

á cambiar de vida. Si hasta aquí habeis sido sólo falsos devotos de María, ofendiendo á su divino Hijo, pedidle humildemente perdón, y decidle: Hénos aquí prontos á cambiar de vida, para ser vuestros fieles siervos y vuestros verdaderos hijos. Si estais firmes en esta resolución, sed benditos. San Bernardo nos dice que la devoción es como una red, para cojer el corazón. Arrojad, pues, esta red para cojer el corazón de María. Dichoso el que lo lograre y ganare su amor, pues está seguro de obtener con él todos los bienes, y podrá decir con Salomón: *Con ella me han venido todos los bienes.* El mayor de todos los bienes, será la vida eterna, porque esta gran Reina dice á sus devotos: *El que me encontrare hallará la vida.* Que cada uno de vosotros entre en su corazón y procure descubrir en él nuevas industrias y nuevos modos de honrar, amar y servir á María; porque ella nos dice también: *Yo amo á los que me aman.*

Estad ciertos de que si ganais el corazón de la Santísima Virgen, os salvareis, porque vivireis bien, y tendreis una santa muerte.

He aquí ahora la devoción que os aconsejo: todas las veces que oigais el reloj, decid una *Ave Maria* en honor de María Santísima, y tres *Gloria Patri* á la Santísima Trinidad, para darle gracias de haber elevado á María al más alto grado de gloria, haciéndola Madre, Hija y Esposa del Señor.



### Octavo entretenimiento.

María Santísima es nuestra Abogada.

No olvidéis las palabras de mi boca,  
ni te apartes de ellas.

*Prov. C. IV. v. V.*

I. Hermanos míos: el Altísimo nos ha hecho un beneficio muy grande dándonos á la Santísima Virgen, no sólo por madre, sino también por abogada. *Eja ergo advocata nostra.* Bajo de este título nos enseña la santa Iglesia á invocarla cada día. Y si es tan útil para el desgraciado, que sigue un proceso de grande importancia, tener un abogado fiel, que quiera y pueda defenderle, ¿cuánto debe ser nuestro consuelo y seguridad, en el proceso tan importante de nuestra salvación eterna, al tener por abogada en el tribunal de Dios, á la que es á la vez su Madre y la



nuestra? ¡Y qué abogada! basta recurrir á ella con amor y confianza, para que se muestre dispuesta á oír nuestras oraciones y á tomar nuestra causa en sus manos; ¡qué abogada tan poderosa! que puede y tiene voluntad de ayudarnos cerca de Dios. “En efecto, dice san Bernardo, el poder no le falta, pues es la madre del Todopoderoso; no le falta voluntad por que es la madre de la misericordia.” Vais á verlo en el ejemplo siguiente:

II. Un soldado llevaba una vida criminal; mas por fortuna su mujer era temerosa de Dios, y devota de la reina del cielo; con sus consejos obtuvo de él que ayunase los sábados en honor de la Santísima Virgen y que rezase el Ave María, cada vez que viera la imagen de nuestra Señora. Un día que este hombre iba á cometer horribles pecados, al pasar por delante de la iglesia pasó dentro, y viendo en el altar una imagen de la Santísima Virgen, se puso de rodi-

llas para rezar el Ave María; mas apenas empezó cuando vió, ¡oh prodigio! al Niño Jesús vertiendo sangre de sus llagas en el seno de su Madre, ¡Ay de mí! exclamó el soldado movido de compasión ¿quién es el infeliz que ha hecho tanto mal á vuestro divino Hijo?—Eres tú, respondió la Santísima Virgen, y los otros pecadores como tú, que más crueles que los judíos crucificais á mi Hijo cuantas veces pecais—¡Oh madre de misericordia! dijo el soldado arrepentido, rogad por mí á vuestro Hijo divino, y obtenedme el perdón de mis delitos.—Vosotros pecadores, repitió la Santísima Virgen, me llamis madre de misericordia, y con vuestras culpas me haceis madre de miserables.—¡Ah! no digais eso, acordaos que sois abogada de pecadores, y no me abandonéis.—Entonces la Virgen Santísima, volviéndose hacia el niño Jesús, dice: Hijo mío, por el amor que me teneis, perdonad á este miserable pecador, pues que me lo pide con tanto

fervor.—Respondió el niño Jesús, “no os admireis Madre mía si ahora no os concedo lo que me pedís, yo también pedí á mi Padre celestial que me librara de la pasión, y no fuí oído.— ¡Ah! Hijo mío, acordaos del amor con que os alimenté, y perdonad en mi favor á este desgraciado que se recomienda á mí.—No os aflijais, ¡oh Madre mía! si no oigo vuestra súplica; porque yo segunda vez hice oración y no me escuchó mi Padre.—Fruto bendito de mis entrañas, acordaos de las lágrimas que derramé por vos al pie de la cruz; y en recompensa de tanta angustia, dadme este pobre pecador.—Paciencia ¡oh Madre mía! y no os efendais si os rehuso esta gracia, porque la tercera vez que oré á mi Padre, se mostró sordo á mi petición.—La Santísima Virgen no desiste á estas negativas, sino que se levanta, coloca al santo Niño en el altar y se postra frente á él. ¿Qué hacéis Madre mía? le dice—Quiero estar á vuestros, pies, hasta que per-

donéis á este pobre pecador—Entonces respondió el divino Niño: el hijo debe honrar á su madre; perdono, pues, en consideración á vos á este pecador los pecados que ha cometido; que se acerque y lo admito á besar mis llagas. Con mucho consuelo se aproxima el pecador, besa las llagas del Niño Jesús, y conforme iba acercando los labios, se iban cerrando y quedando sanas.

Dió gracias á Jesús y á María, y volviendo á su casa, hizo que su mujer condescendiese á entrar, como él, en la religión, en la cual acabaron santamente sus días.

III. Ved por esta historia si la Santísima Virgen es abogada poderosa cerca de Dios, pues después de tantas negativas, su divino Hijo se ve obligado á concederle lo que pide; ella tiene voluntad de ayudarnos, pues no cesa de orar, hasta que obtiene la gracia que solicita. El deseo que tiene de hacernos bien es tan grande que si no acudimos á ella en nuestras

miserias se mostraría ofendida, “No solamente los que os blasfeman ¡oh Virgen divina! exclama san Buenaventura, sino también los que son negligentes en invocaros, pecan contra vos.” Y sin embargo, ¿cuántas veces hermanos míos, hemos ofendido á María Santísima, no teniendo confianza en ella, ni recurriendo á su protección? Oh Virgen compasión! perdona á estos pobres ciegos que no han puesto su esperanza en vos, que no han conocido la bondad de vuestro corazón, y no han contado con vuestro poder cerca de Dios; no será así en lo de adelante ¡oh María Inmaculada! en vos ponemos nuestra confianza, seréis nuestra abogada, y de vos esperamos todos los bienes. *Eja ergo advocata nostra:* Prometemos dejar el pecado: obtenednos por vuestra fiel intercesión el perdón de nuestras culpas; volved hacia nosotros vuestras miradas compasivas, y obtenednos de vuestro bendito Hijo el perdón de nuestros

pecados. La Santísima Virgen nos alcanzará esta gracia, si nos corregimos; os aconsejo hermanos míos, que ayunéis ó hagais algun obsequio en honor de María Santísima, la víspera de sus festividades, ó á lo menos en sus siete fiestas pincipales.



### Noveno entretenimiento.

**Maria asiste en la muerte á sus siervos fieles.**

No la abandones y ella te guardará  
y conservará.

(Prov. C. IV. v. VI.)

I. *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.* Esta es la oración que decimos cada día á la bienaventurada Virgen María; ¿pero sabemos la gracia que pedimos? Si la supiéramos rezaríamos esta oración con más atención y fervor; pedimos que nos asista durante la vida, pero sobre todo á la hora de la muerte, en ese momento que ha hecho temblar hasta á los santos, en ese momento del que depende toda la eternidad.

¿Habéis pensado seriamente en

esta? ¿habéis considerado lo que es eternidad de gloria ó de ignominia? ¿Vivir siempre con Dios, ó padecer eternamente con los demonios? Por eso le pedimos á la Santísima Virgen, con estas palabras, que se digne ayudarnos en ese momento supremo. Ved, pues, si tendremos razón de suplicarle y de encomendarnos á ella. Virgen Santísima, henos aquí, pobres pecadores, postrados á vuestros pies, rogad por nosotros ahora durante la vida, pero sobre todo á la hora terrible de la muerte. Sí, hermanos míos, María Inmaculada nos asistirá fielmente en la muerte, siempre que nosotros la amemos, la sirvamos y le seamos fieles durante la vida. Oídlo de su misma boca.

II. Un religioso de la orden de San Francisco, llamado Adolfo, que había sido fervoroso siervo de Dios y de la Santísima Virgen, á la hora de la muerte, en aquel momento supremo, temblaba y mostraba excesivo temor. La Santísima Virgen vió

su angustia y vino á socorrerle; reprehendióle con dulces palabras por su falta de confianza y le dijo: Adolfo, pues qué no eres mío? ¿por qué temes morir? ¿no has sido siempre mi siervo fiel? ¿no estás ahora bajo mi protección? ¿qué temes? no sabes que amo con amor inmenso á los que me aman, que les soy fiel, y que jamás abandono en su muerte á los que no me han abandonado durante su vida?"

La misma ternura mostró la Santísima Virgen, con San Juan de Dios, que á la hora de morir tenía tanto temor que temblaba y sudaba copiosamente. Apareció la Virgen Santísima, le enjugó el sudor que caía de su frente, y le consoló y animó con estas dulces palabras: "Juan, hijo, yo no abandono en su muerte á mis siervos fieles." ¿Lo habéis oído hermanos míos? Y si estos ejemplos os parecen de tiempos lejanos, os citaré un hecho reciente, que pasó con un religioso llamado Antonio. Este fiel siervo de Dios y de María, sa-

biendo que iba á morir, llamó á su confesor y le dijo; "Padre mío, moriré en sábado, día dedicado á la Santísima Virgen.—Respondióle el confesor: y tú cómo lo sabes?—Porque la Virgen Santísima se me apareció y me lo ha dicho; y esta noticia feliz me ha causado grande gozo." Pero poco le duró el gusto, porque á la siguiente noche, fue asaltado por los demonios, que bajo las formas más horribles lo amenazaban con la reprobación; el pobre enfermo gritaba, agitándose de un modo extraño, quería precipitarse fuera del lecho y lo habría hecho si no lo hubiesen detenido; pero hacía tanto ruido, que acudieron todos los hermanos del convento y se pusieron á orar por él, y entretanto le oían decir: "nó, yo no he cometido ese pecado, es mentira; ese sí lo cometí, pero he hecho penitencia; sí, es cierto que tomé una fruta sin permiso, pero de ello me confesé." Los demonios hacían esfuerzos para arrastrarle; pero la Santísima

Virgen, de quien había sido tan devoto durante su vida, acudió á socorrerle en ese momento terrible; se le apareció con un aire celestial, puso en fuga á los espíritus infernales; y consoló á su fiel siervo, el cual todos los viernes y los sábados, no hacía otra cosa sino invocar y alabar á María Inmaculada, exhortaba á todos á que le amasen y fuesen sus devotos. El día sábado, al tocar el *Angelus*, entregó dulcemente su alma á Dios.

II. He aquí cómo la Santísima Virgen cumple fielmente sus promesas, y no abandona á sus siervos en la muerte. Quiero haceros unas reflexiones con respecto al último rasgo que os referí. Si el demonio reprochó al moribundo por una fruta tomada sin permiso, ¿qué cargos hará á los que han vivido en pecado mortal? Les recordará otras cosas; confesiones mal hechas y comuniones sacrílegas. Si este religioso por algunos defectos ligeros, se vió sumergido en tales angustias, ¿qué será de

vosotros cuya alma está llena de iniquidades? Pero, me diréis; ¿qué deberemos pues, hacer? Lo que quisiérais haber hecho á la hora de la muerte, hacedlo ahora; ¿no querríais entonces haber llorado vuestros pecados? hacedlo pues, ahora; postraos á los pies de la Santísima Virgen y pedidle perdón; y aun esto no basta; ¿no querríais entonces haber sido fieles siervos de María Inmaculada? Sedlo pues desde ahora; abrazad con fervor esta devoción; hacedlo todo por amor á la Santísima Virgen y estad seguros, de que si le sois fieles durante la vida, no os abandonará en la hora de la muerte, os librará de los asaltos del demonio, y os conseguirá la felicidad eterna.

La devoción que hoy os recomiendo es, que os confeséis y comulguéis en todas las festividades de la Santísima Virgen.



## Décimo entretenimiento.

Beneficios de María para con sus fieles devotos.

I. Los egipcios, viéndose durante la escasez que les afligía, provistos de víveres por la bondad de José, entonces Virey del país, con estos términos expresaron su agradecimiento para con él: *Nuestra felicidad está en vuestras manos*; protestando por estas palabras que lo veían como á su bienhechor y salvador, que en efecto lo fué. ¡Con cuánta más razón podemos los cristianos, dirigir este elogio á la Madre de Dios, pues que ella provee no solo á las necesidades de nuestro cuerpo, como José lo hizo con los egipcios, sino también á la salvación de nuestra alma! En efecto, cuando tantos desgraciados, infieles á la gracia, caen en el infierno,

á los que recurren á ella con confianza les abre las puertas del cielo, y por eso le conviene este elogio tan hermoso: *En vuestras manos está nuestra salvación*. Si nos salvamos, será por vos, á vuestra clemencia deberemos tan preciosa gracia. Cuántos de entre nosotros ya habríamos caído en el infierno sin la intercesión de la Santísima Virgen, cuyo corazón se ha conmovido por alguna oración de nuestra parte. “Para enternecer el corazón purísimo de María, dice Ricardo de San Victor, basta una corta oración hecha devotamente.” Sí, hermanos míos, una breve oración, un pequeño homenaje, presentado con devoción á la Virgen Santísima, es suficiente para convertir á los pecadores más obstinados como luego vais á verlo.

II. Había un gentil-hombre tan ilustre por su nacimiento, como criminal en sus maneras; permitiéndose las acciones más viles y bárbaras, casi siempre estaba en el campo en

un sitio albardado en una roca, ordenó á sus sirvientes robaran y mataran á todos los que pisaran su territorio; de suerte que se había hecho gefe de bandidos, y objeto de terror para toda la ciudad; pero en medio de sus crímenes, no habría dejado ni por todo el oro del mundo, de rezar una *Ave Maria*, todos los días en honor de la Santísima Virgen, y procuraba hacerlo con alguna devoción. Un día sucedió que pasando un santo religioso, cayó en las manos de aquellos infames sicarios; pero como él no tenía que perder no se acobardó, y les dijo lo condujeran á la presencia de su amo, porque tenía que decirle cosas muy interesantes; luego que llegó delante de él le dijo; Señor, tengo que deciros cosas de la más alta importancia; pero quiero que toda vuestra gente esté aquí, por que lo que os voy á confiar, tócales tanto á ellos como á vos.

El gentil-hombre al momento hizo venir á todos sus sirvientes. El

religioso preguntó si no faltaba ninguno, y respondiéndole que nadie faltaba: Perdonad, Señor, dice el religioso, no miro aquí á vuestro camarista. —Es verdad, padre mío; que se le llame y que pronto se presente. El camarista rehusaba venir, y fué preciso llevarlo por la fuerza, y revolviendo la cabeza de un lado á otro parecía atacado de locura. ¿Qué tienes? le pregunta con autoridad el santo religioso, te mando de parte de Dios que declares aquí en presencia de todos, quién eres.—Yo no soy hombre, respondió el camarista, sino demonio.—¿Por qué has estado tanto tiempo en la casa de este señor? —Le he servido durante catorce años, para ver si por mis artificios conseguía que omitiera un solo día cierta *Ave Maria* que tiene costumbre de rezar; por que el día que la hubiera omitido, tenía orden de Dios de ahogarlo, y de llevar su alma conmigo á los infiernos; y dicho esto desapareció. Entonces todos se postraron,



y el gentil-hombre, estalló en sollozos, cambió de vida, dió gracias á la Santísima Virgen, que por haberle rezado una oración tan corta, le había librado de las manos de Satanás.

III. Veis, pues, hermanos míos, como basta una corta oración, hecha con devoción, para conmover á la Santísima Virgen. ¡Oh corazón tierno de María! ¿quién no podrá esperar de vos todos los bienes que desea? Si sois tan liberal para los que os ofenden ¿qué seréis para con vuestros fieles siervos, que rezan cada día el santo rosario, que ayunan los sábados, que llevan consigo el escapulario del Carmen, que os aman y os ofrecen piadosamente sus homenajes? ¡Ah! con estos, Señora, seréis no solamente liberal, sino pródiga de vuestras gracias, y por la más pequeña cosa que hagan en vuestro honor, tendrán una inmensa recompensa en el cielo. Ved pues, hermanos míos, cuánto deben confundirse aquellos de entre vosotros que han sido negli-

gentes en el servicio de la Santísima Virgen. A vosotros, pecadores, me dirijo, que apenas haceis la señal de la cruz por la noche antes de acostaros, que jamás honrais á la Virgen María con alguna plegaria. Pedidle, pues, hoy perdón, postraos á sus pies, y decidle, hiriéndoos el pecho: perdón ¡oh María, madre mía! ¡perdón, perdón! ¡ay! no solo he sido perezoso en serviros, si no también he afligido vuestro dulcísimo Corazón; os prometo que no será así en adelante; por que mi salvación está en vuestras manos y salvais á los que se recomiendan á vos, aquí me arrojo entre vuestros brazos y os suplico aseguréis mi alma.—Sí, hermanos míos, la Santísima Virgen vendrá á socorremos, y os ayudará á salvaros, con tal que la sirvais como merece. Acojed con fervor esta devoción que os recomiendo encarecidamente: todos los días por la mañana y por la noche, rezad tres *Aves Marias*, para honrar la Concepción inmaculada de la

Virgen Santísima, y haced en seguida un acto de contrición, con propósito firme de no volver á pecar; este es un medio eficacísimo para asegurar vuestra salvación; pero tened cuidado de no omitirlo jamás, porque si la omitís, podría muy bien venir á ser causa de vuestra perdición eterna; como acabais de ver que lo hubiera sido del gentil-hombre, si un sólo día hubiera faltada en rezar su *Ave María*. Os recomiendo también, que entre dia os acordéis de la Santísima Virgen, y le digais del fondo del corazón, con firme esperanza que os obtendrá la salvación por su intercesión: ¡Oh Virgen María, madre mía, salvad mi alma!



## Undécimo entretenimiento.

**Maria esperanza nuestra.**

Ella te dará aumento de gracia y hermosa corona ceñirá tu frente.

*Prov. C. IV. v. IV.*

I. Hay una cosa, hermanos míos, que no puedo comprender, y es como cada día llamais á la Virgen Santísima vuestra esperanza y la saludis diciéndole: *vida, dulzura y esperanza nuestra*; y sin embargo, ponéis vuestra confianza en todo, menos en ella; en las ciencias, en las riquezas, en la industria, en los parientes, en los fraudes, en los engaños, en esa amistad culpable, en esa mala compañía, y tal vez hasta en el mismo Satanás; y siempre habéis experimentado visiblemente la vanidad de las esperanzas mundanas, mientras que

Virgen Santísima, y haced en seguida un acto de contrición, con propósito firme de no volver á pecar; este es un medio eficacísimo para asegurar vuestra salvación; pero tened cuidado de no omitirlo jamás, porque si la omitís, podría muy bien venir á ser causa de vuestra perdición eterna; como acabais de ver que lo hubiera sido del gentil-hombre, si un sólo día hubiera faltada en rezar su *Ave María*. Os recomiendo también, que entre dia os acordéis de la Santísima Virgen, y le digais del fondo del corazón, con firme esperanza que os obtendrá la salvación por su intercesión: ¡Oh Virgen María, madre mía, salvad mi alma!



## Undécimo entretenimiento.

**Maria esperanza nuestra.**

Ella te dará aumento de gracia y hermosa corona ceñirá tu frente.

*Prov. C. IV. v. IV.*

I. Hay una cosa, hermanos míos, que no puedo comprender, y es como cada día llamais á la Virgen Santísima vuestra esperanza y la saludais diciéndole: *vida, dulzura y esperanza nuestra*; y sin embargo, ponéis vuestra confianza en todo, menos en ella; en las ciencias, en las riquezas, en la industria, en los parientes, en los fraudes, en los engaños, en esa amistad culpable, en esa mala compañía, y tal vez hasta en el mismo Satanás; y siempre habéis experimentado visiblemente la vanidad de las esperanzas mundanas, mientras que

María Santísima jamás os ha engañado. ¿Quién ha sido desamparado de los que esperan en élla? *¿Quis in eam speravit et confusus est?* Nadie; escuchad la historia que os voy á referir, y conoceréis en quien podemos poner nuestra esperanza.

II. Había un gentil-hombre rico y poderoso, desposado con una dama muy devota de la Santísima Virgen. Este hombre gastó todos sus bienes en liberalidades indiscretas, y llegó á tal grado de miseria, que después de haber dado cuanto tenía, tuvo necesidad de que le dieran á él. Llegó cierta solemnidad, en la cual acostumbraba festejar á sus amigos, y les hacía cuantiosos regalos: confuso y no sabiendo qué hacer, salió fuera de la ciudad á un lugar desierto, para llorar su desgracia y esperar que pasara la fiesta. Entre tanto, se le presenta un hombre de estatura extraordinaria, y le pregunta cuál es la causa de su profunda aflicción. El caballero le descubrió lo que le pa-

saba. “Consuélate, le dice, si quieres obedecerme y hacer todo lo que te diga, te prometo restablecerte en tu primitivo estado, y hacerte más rico y más feliz de lo que eras.—Haré lo que me digas, respondió, con tal que tú cumplas.—Solo una cosa te pido, contestó el otro, que tal día, y á tal hora, me traigas á tu mujer á este lugar. Entretanto, anda á tu casa y busca un lugar subterráneo donde hallarás inmensos tesoros, con los cuales podrás satisfacer todos tus deseos como antes. El caballero vuelve á su casa, y encuentra el tesoro que Satanás le había prometido, y sigue en su antigua vida. Llega el día que fijó el demonio, le dice á su mujer: “Acompáñame á una excursión que tengo que hacer.” La buena señora tenía miedo; pero se encomendó á la Santísima Virgen diciéndole: “en tí Señora pongo mi esperanza, en tí confío, Madre mia;” subió en el caballo y siguió á su marido. En el camino había una

iglesia dedicada á la Virgen Santísima. La señora obtuvo el permiso de entrar para orar de nuevo y suplicarle á María Inmaculada la libra de todos los peligros; se quedó dormida, y la Santísima Virgen tomó su figura, salió de la iglesia y siguió al caballero. Al llegar al bosque, lugar de la cita, se oía á lo lejos al príncipe de las tinieblas que gritaba con un estruendo horrible: "¡Ah, traidor! ¿así me pagas los beneficios? No te he dicho que me traigas á la Madre de Dios, sino á tu mujer, para vengarme con ella de todas las pérdidas que me causa." Entonces María Santísima, le dice al espíritu maligno: "Miserable, ¿por qué has sido tan osado proponiéndote perjudicar á mi sierva? Vuelve al abismo de donde has salido."—Confuso el demonio y dando ahullidos espantosos, desapareció. El gentil-hombre, espantado, se arrojó á los pies de María Inmaculada, lloró su mala conducta, y la Santísima Virgen le orde-

nó que hiciera una buena confesión, que dejara los tesoros que había adquirido por ayuda de Satanás y volviera donde estaba su mujer. Al llegar á su casa los dos esposos, hicieron todo lo que les había dicho la Virgen Santísima; por su intercesión se enriquecieron de un modo lícito y honesto, y vivieron santamente, experimentando de una manera sensible los efectos de la protección de María Santísima, que no abandona jamás á los que ponen en Ella su confianza.

III. Es, pues, en la Santísima Virgen, en quien debemos poner toda nuestra esperanza, como lo hizo esta señora de quien acabo de referir la historia. También nosotros pongamos en María Madre de Dios nuestra confianza, y nos asistirá en todas nuestras necesidades. Si no lo hemos hecho hasta aquí, pidámosle perdón humildemente y digámosle: "Virgen Santísima, cuán frágiles han sido las esperanzas que hemos fundado en

los bienes de este mundo! perdonadnos ¡oh Virgen santa! En lo sucesivo, en vos ponemos toda nuestra confianza. De mi parte os prometo, que vos seréis toda mi esperanza: los bienes que pueda esperar en esta vida y en la otra, deseo obtenerlos por vos, ¡oh Madre mía! ¡vida mía y mi única esperanza! yo sé que podéis socorrerme, y por eso espero siempre en vos, para no ser confundido eternamente. *In te Domine speravi, non confundar in æternum.* Hacedlo así, hermanos míos: esperad, esperad en María Santísima y estad seguros de que seréis salvos y todos la veremos en el cielo. La devoción que hoy os recomiendo es, la de traer siempre una medalla con la imagen de la Virgen María y que recurráis á ella en todas vuestras tentaciones.



## Duodécimo entretenimiento.

### Hermosura de María.

Te mostraré el camino de la sabiduría y te conduciré por los senderos de la equidad.

(Prov. C. IV. v. XI.)

I. Hermanos míos, para hablaros ahora de la Santísima Virgen, desearía tener una lengua celestial. Me dirijo, pues, á vosotros, ¡oh serafines! juntaos, y formad de vuestras lenguas una sola, abrazada en los ardores que os consumen, y preséntmela un instante, para poder mostrar á los que me escuchan, la admirable belleza de María Inmaculada. ¡Ah! ¡Si supiérais cuán hermosa es! Es la obra más perfecta que ha salido de las manos de Dios, quien para darle la perfección que deseaba, al formarla, empleó todo su

poder. ¿Qué son el sol, la luna, las estrellas, los cielos y todo el mundo? ¡Un juego de sus dedos! *Opera digitorum*. Pero la Santísima Virgen es la obra de todo su brazo. *Fecit potentiam in brachio suo*. "Armó el brazo de su poder." La Santísima Trinidad, para crearla, ha empleado todo el poder del Padre, toda la ciencia del Hijo, todo el amor del Espíritu Santo, y no sin razón; porque el Padre Eterno, en ella formó á su Hija, el Hijo á su Madre, y el Espíritu Santo á su Esposa. Figuraos, ¡cuán hermosa debió salir la Virgen María de las manos del Creador! basta saber que san Dionisio Areopagita, la primera vez que la vió, confesó que si la fe no le hubiera enseñado que no era Dios, sino una pura criatura, la hubiera adorado como á la Divinidad. Y si era tan hermosa la Santísima Virgen cuando aun estaba en la tierra, ¡cuánto más lo será ahora en el cielo? ¡Ah! Ella sola forma un paraíso;

porque es toda hermosa: *Tota pulchra est Maria*; hermosa en su cuerpo, hermosa en su alma, hermosa en sus pensamientos, hermosa en sus obras, hermosa en su poder, hermosa en su interior, y hermosa en su exterior.

¿Cómo, pues, una criatura tan amable y tan digna no será el objeto más amado de nuestro corazón? ¿Cómo no encantarnos con sus atractivos y su belleza!

II. Un clérigo, muy devoto de la Santísima Virgen, varias veces oyó referir cosas maravillosas de la hermosura de la Virgen María, y se encantó de tal manera, que concibió deseos ardientes de verla, y no cesaba de pedirle esta gracia. En fin, un angel del cielo vino á decirle que la Santísima Virgen lo iba á complacer, y la vería, si consentía en quedar ciego después de haber gozado de este favor, porque Ella no quería que viera otros objetos creados después de haberla contem-

plado. Al momento contestó el devoto clérigo que con todo gusto consentía en comprar á este precio el favor que solicitaba; que era poco lo que le pedía y que hasta la vida daría por obtener esa gracia tan preciosa.

Así habló en un momento de fervor; pero después, pensando en el porvenir, se dijo á sí mismo: ¿para qué serviré? ¿qué haré para andar y cómo viviré? Haré ésto: veré á mi amada Madre María con un ojo para no quedar enteramente ciego. En efecto, así lo hizo, cuando se le apareció, abrió un ojo y cerró el otro; pero la hermosura de la Virgen soberana le arrebató de tal manera, que para verla mejor abrió el otro ojo. En ese momento desapareció la Santísima Virgen, y perdió el ojo con el que la había visto, quedando inconsolable por no haberla contemplado con los dos ojos. ¡Ay! decía, ¡cuánto he perdido por guardar este ojo! ¿De qué me sirve ver á las

otras criaturas, pues que ni pude ver agusto al más bello objeto del paraíso? Valía más haber quedado completamente ciego, después de haberme saciado con la vista de esta hermosura maravillosa. Dignaos, pues, ¡oh mi dulce Madre! complacer los deseos de mi pobre corazón; mostraos á mí otra vez, y consiento en quedar completamente ciego. La Santísima Virgen se le apareció de nuevo, y no solamente no lo privó del ojo bueno que le quedó, sino que le devolvió el que había perdido, y con amable sonrisa lo bendijo y desapareció.

III. ¡Ah! jóvenes, jóvenes, que corréis tras de las bellezas perecederas de la tierra, abrid hoy los ojos y reconoced vuestra ilusión. Decís que lo que ejerce más imperio sobre vuestro corazón, es la belleza; ¿por qué pues, no amais á la Santísima Virgen, cuya belleza es tan pura, tan santa y tan casta, que durante su vida, movía á compunción y al



mismo tiempo, encantaba á todos los que la veían, de tal manera, que las mujeres y los hombres, aun los más perversos, al verla sentían en su interior tal cambio, que varios días estaban sin pecar? Basta una mirada de María inmaculada á los pecadores para convertirlos. ¡Oh Virgen incomparable! ahora os pido una de esas miradas; que vuestros ojos tan puros y tan santos os dignéis bajarlos sobre los que me escuchan para que cambien sus corazones. Si hasta aquí hemos sido indignos de este favor, mirando con libertad culpable las bellezas de la tierra que son ocasión de tantos pecados, postrémonos á los pies de la Madre de Dios y pidámosle perdón. Virgen Santa, perdonadnos esta libertad culpable; en lo sucesivo todas nuestras delicias serán el miraros y el pensar en vos, para que vuestro amor reine únicamente en nuestros corazones. Hoy os pedimos una gracia, y es que os dignéis favorecernos con una sola de

vuestras miradas, si no durante la vida, á lo menos á la hora de la muerte. ¡Oh mirada bendita! que para nosotros será señal segura del cielo. Pedid, pues, á la Santísima Virgen, hermanos míos, que os mire en ese momento supremo, y la muerte será para vosotros el principio de la vida eterna.

La devoción que hoy os recomiendo, es la modestia y mortificación de los ojos y la precaución de no ver jamás objetos peligrosos, para imitar la modestia de la Santísima Virgen, y sobre todo, en las calles y en la iglesia.



# LA DIVINA MAESTRA

Ó SENCILLAS LECCIONES

QUE LA SANTISIMA VIRGEN  
DA Á UNA ALMA QUE BUSCA Á DIOS

Obrita distribuida en visitas á María Santísima,  
conteniendo en cada visita  
un coloquio entre esta celestial Señora y el alma devota.

EDICIÓN CORREGIDA

POR

UN SACERDOTE DE ESTE ARZOBISPADO



MEXICO

LIBRERIA CATOLICA  
DE JOSÉ I. GLORIA  
San José el Real número 21

LIBRERIA DE  
«LA PROPAGANDA CATÓLICA»  
Escalérillas núm. 17.

1900

# LA DIVINA MAESTRA

6 SENCILLAS LECCIONES

QUE LA SANTISIMA VIRGEN

DA Á UNA ALMA QUE BUSCA Á DIOS



Obrita distribuida en visitas á María Santísima,  
conteniendo en cada visita  
un coloquio entre esta celestial Señora y el alma devota.



EDICIÓN CORRECIDA

POR

UN SACERDOTE DE ESTE ARZOBISPADO



MEXICO

LIBRERÍA CATÓLICA

LIBRERÍA DE

DE JOSÉ I. GLORIA

«LA PROPAGANDA CATÓLICA»

San José el Real número 21

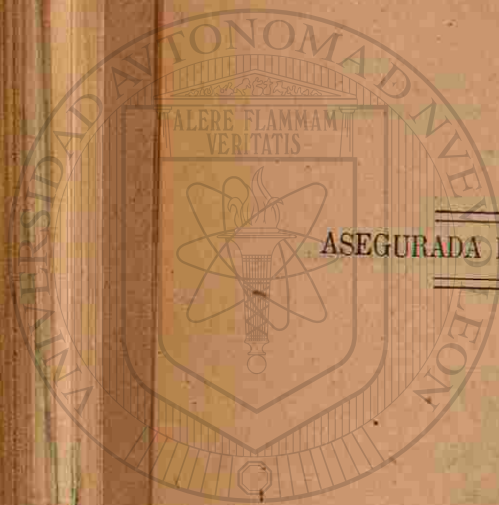
Escalerillas núm. 17.

1900

## INDULGENCIAS.

Con licencia de Nuestro dignísimo Prelado el Illmo. Sr. Arzobispo de esta archidiócesis Dr. D. Próspero María Alarcón, habiéndose dignado su Illma. conceder 80 días de indulgencias á todas las personas que leyeren esta obrita.

Tenia ya concedidas en la primera edición, otros 80 días por el obispo de Valencia, Excmo. é Illmo. Dr. D. Pablo García Abella en el año de 1858 y otros 40 días por el Excmo. é Illmo. Sr. Dr. D. Mariano Barrio y Fernández, Obispo de Murcia, en el año siguiente.



ASEGURADA LA PROPIEDAD.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### Visitas á la Santísima Virgen.

Para que la visita á la Santísima Virgen sea fructuosa, conviene que los fieles se persuadan de la importancia de lo que van á hacer. Van á visitar á la Santísima Virgen y ¿quién es la Santísima Virgen? Es la Reina del cielo y de los ángeles, es la Madre de Dios, es la protectora de los pobrecitos hombres. Considerad la grandeza y hermosura de esta Señora á quien los Angeles tributan veneración y respeto como á su Reina. ¡Oh qué cosa tan estupenda y maravillosa encontraría Dios en el alma de esta hermosa Virgen que habiendo determinado hacerse hombre para redimir al hombre, no tuvo horror de encerrarse en su immaculado se-

no, tomar carne de ella y llamarse su Hijo! Oh María, mi Madre, Vos debéis ser la criatura más sublime y más hermosa que salió de las manos del Señor!

PREPARACIÓN.

Atiende, pues, tú que vas á visitar á la Santísima Virgen: ¿has pensado quién es María? No te asustes por su grandeza, que el amor que te tiene es aún mayor. El amor que salva las distancias, es el que ha unido el cielo con la tierra, el que ha juntado al hombre con Dios; y ya que el hombre no pudo subir al cielo, bajó á la tierra el mismo Dios. Pues este amor es el que hace que María, reina del cielo y de la tierra, Madre de Dios y Esposa del Espíritu Santo, se acomode á tu pequeñez; es el que obliga á la Virgen á oír con gusto tu súplica, á interesarse con su divino Hijo y alcanzar con sus ruegos, lo que tantos años ha, pedías tú inútilmente y en vano esperabas alcanzar. Porque es necesario que sepas, que

nada puede alcanzarse fácilmente de Dios, sin los ruegos de María.

Piensa bien cuanto acabo de decirte y reflexiona que vas á visitar á una gran Reina que aunque exteriormente no está adornada como las reinas de la tierra y rodeada de aquel aparato que ofusca y aturde, es más grande que ellas y tiene en el cielo un trono superior á todos los tronos; y está allí rodeada de ángeles, que esperan mirándola, que pronuncie una palabra para volar á hacer su gusto.

Dale importancia, pues, á esta visita, y si para visitar á una reina de la tierra te adornas y compones el cuerpo y piensas lo que vas á decir y tratas de sosegar tu espíritu agitado ya, al solo pensamiento de que vas ante la reina; piensa bien que vas hablar á María Santísima; compón y adorna tu cuerpo de modestia y sosiega tu espíritu agitado por las pasiones y por las desarregladas costumbres. Como hijo de esta Reina amable, expón tus necesidades con franqueza, como súbdito fiel, oye y recibe con amor las dulces voces que hará sonar en tu corazón;

medita sus palabras y practica sus consejos. Y ten por seguro, que Dios, que está en todas partes, mirará el modo cómo te preparas á visitar á su Madre y no dejará sin premio tus afanes.

Método para visitar á la Sma. Virgen.

AL PRINCIPIAR.

Labios míos cantad de noche y día,  
Las grandes alabanzas de María.  
Señora, á mi favor y amparo atiende  
Y de mis enemigos me defiende.

Gloria sea al Padre Eterno,  
Gloria al Hijo Soberano  
Y por siglos infinitos  
Gloria al Espíritu Santo.

Oye Virgen, mis ruegos y suspiros  
Y llegue mi oración á tus oídos.

Ahora se rezará la Letanía ó la Salve y en-  
guida se leerá y pensará bien una de las si-  
guientes lecciones.

AL CONCLUIR.

Bajo tu amparo nos ponemos, Santa  
Madre de Dios, no desprecies las ple-  
garias que te dirigimos en nuestras  
necesidades, mas libranos de todos los  
peligros ¡oh Virgen gloriosa y ben-  
dita!

## LECCION PRIMERA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, la necesidad y ventajas de una buena confesión.

*El alma devota de María santísima.*— Madre mía, permitid que me postre á vuestros sagrados pies, á hacerlos la visita, que previenen las leyes de vuestra Corte. ¿Quién soy yo para hacerlos la Corte? Madre mía, perdonad; ha habido en mí un momento de atrevido pensar, en que olvidado de quien soy yo, creí hacerlos favor y que ya era yo muy buena cuando así os obsequiaba, perdonad; ¡yo, que aun no me he convertido de veras á Dios! ¡yo que os debo tanto! ¡oh vanidad de mi corazón; . . . . una visita al mes . . . ¡cuán poca cosa es para obsequiar á la Reina de los ángeles y qué poco muestra este obsequio el agradecimiento que la debo! . . . perdonad; no sé cómo buscar excusas á mi orgullo y confesar mi poco cariño. Perdonad, y vedme á vuestros pies humillada.

*La Virgen María.*—Levántate, hija mía, el amor que te tengo suple tus

defectos; levántate y di con franqueza lo que quieres.

*Alma.*—¿Qué diga? ¡Oh Señora cuánta bondad es la vuestra! ¿qué pida? ¿qué cosa soy digna yo de pedir? yo quisiera amaros, quisiera servir á vuestro hijo JESUS, quisiera ser buena, quisiera convertirme de veras á Dios, pero yo conozco que he de mudar mis costumbres, mis ideas, mis palabras ¡ah! ¿cómo puede ser esto?

*La Virgen.*—No te apures, hija mía, que todo es posible con el auxilio de mi hijo JESUS. Empezaremos con método y acabaremos con perfección. ¿Has hecho alguna vez una confesión entera y general de todos tus pecados?

*Alma.*—No, Madre mía.

*La Virgen.*—Pues esto es lo primero. Porque has de saber que mi Hijo aborrece el pecado y yo también, y Él no puede, ni yo tampoco, favorecer á una alma que está en pecado, como no sea el salir de él; inútil es que pidas si estás en pecado; nada que merezca la vida eterna te puedo dar, aunque yo quiera.

*Alma.*—¡Ay Madre mía! yo siento



mucho haberos ofendido y el haber ofendido á Jesús vuestro Hijo, y me acuso de todos mis pecados.. y os ofrezco no volverá cometerlos.

*La Virgen.*—No basta eso, hija querida, pues aunque Jesús ha puesto en mi corazón tesoros de bondad y de misericordia, no me ha dado el poder de absolver los pecados y ha querido desprenderse de él y comunicarlo á los sacerdotes; á ellos pues, es preciso que vayas.

*Alma.*—Pero.....

*La Virgen.*—¿Qué?

*Alma.*—No; nada. . .

*La Virgen.*—Nada, no es posible, pues tu semblante alterado demuestra que ocultas algo. Habla. . .

*Alma.*—Como he visto tantas cosas.. y hay sacerdotes que. . .

*La Virgen.*—Prosigue.

*Alma.*—Que si son malos ¿como me pueden absolver?

*La Virgen.*—Qué disparate dices, hija mía; si un amigo muy rico te envia un dinero por mano de un hombre infame, ¿se tornará falso el dinero? Deja tú que sean malos. ¿Qué te importa?

¿eres acaso su juez? ellos darán estrecha cuenta ante su Dios y serán juzgados severamente del modo como ejercieron su poder soberano; si ellos son malos peor para ellos, son médicos enfermos que tienen facultad de dar la salud á otros y no la tienen para sí, y es que el propio enfermo no se conoce; poca te importa que el médico esté enfermo ó goce de salud, lo que te importa es que su ciencia te pueda curar. Anda pues, y preséntate y recibe de su mano ese tesoro que Dios te envía. Anda confiada, que el poder de absolverte, es un poder recibido de Dios ¿No me crees?

*Alma.*—Y mucho que os creo, Madre y Señora... pero si Vos me permitís... como sois tan amable conmigo, yo voy á desahogar mi pecho y á decir lo que siento.

*La Virgen.*—Habla.

*Alma.*—Paréceme, Madre mía, que pudo Dios perdonarnos sin necesidad de confesar nuestros pecados con un hombre y sin la obligacion de hacerlo secretamente.

*La Virgen.*—Y parécete muy bien,

pues pudo Dios hacerlo de mil maneras, pero es el caso que á Jesus mi amado Hijo, plugo hacerlo de este otro modo y sujetar á los hombres á esta pequeña humillación; razones tendría para hacerlo así y yo siento mucho que no te parezca bien; ¿pero serás tan atrevida, que quieras enmendar la plana de Dios?

*Alma.*—Aparte el Señor tal pensamiento de mí.....

*La Virgen.*—Ya sé que no tuviste tal pensamiento, pues lo que tú pensaste fué, que esto de la confesión era invención humana, no ¿es verdad?

*Alma.*—¡Oh Señora!

*La Virgen.*—No tengas miedo, hija querida, son tantos los ignorantes en esta parte, y tiene el demonio tanto cuidado en embrollar las cosas, que nada extraño. Si quieres convencerte...

*Alma.*—¡Oh Señora! ¿que decís? me basta vuestra palabra.

*La Virgen.*—Bueno será que lo sepas.... Si quieres tomarte la pena de leer en el Evangelio de S. Juan cap. 20 vers. 21 y siguientes.—Allí verás que mi Hijo después de resucitado,

apareció á los discípulos encerrados en el Cenáculo de Jerusalén, y soplando sobre ellos les dijo de esta manera: "Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados les serán perdonados y á los que se los retuviereis, retenidos les serán" Explica, hija mía, como quieras esté pasaje del Santo Evangelio, siempre resultará, que hizo Dios á los sacerdotes jueces de los hombres para perdonarlos ó no. Y ahora llamo yo á tu razon, ¿es posible un juicio recto sin conocimiento de causa? ¿pueden los sacerdotes juzgar de tu alma sin que tú les manifiestes su estado? Los sacerdotes tienen poder para perdonarte; pero porque tengan este poder, ¿tienen la sabiduría de conocer tu interior sin que tú se los manifiestes? En una palabra, sin que tú te confieses y manifiestes con verdad todos tus pecados con las circunstancias que los agravan, ¿pueden los sacerdotes juzgar de ellos para retenerlos ó perdonarlos? y si no retienen ni perdonan los pecados ¿cuándo, ni cómo ejercitan el poder que JESUCRISTO les comunicó?

*Alma.*—¡Oh Madre mía! ¿por qué

me dais estas explicaciones, cuando yo? . . .

*La Virgen.*—¿Te has convencido?

*Alma.*—No veis como lloro. . . . .

*La Virgen.*—Ahora quiero añadirte, que puedes si te place llorar tus pecados y confesarlos á voces en medio de la plaza; más como esto pudiera traer graves inconvenientes, la Iglesia de mi Hijo inspirada por el Espíritu Santo, dispuso la confesión en secreto, entre otras causas, por tu bien; para hacerte más suave su yugo, para que no pierdas tu fama publicando tus maldades, para que, en fin, no dejes de confesarte por la vergüenza de hacerlo. ¿Ves ahora clara la ingratitud de los hombres? ¿ves su gran necedad? ¿que en vez de aprovecharse de un tan gran beneficio, que toda la sangre de sus venas costó á mi Hijo, declaman contra él y llaman carga pesada y yugo intolerable á lo que es dulce piedad? ¡Oh infelices hombres, pedir perdón es preciso si queréis ser perdonados, ¿pues qué vergüenza y temor no sentiríais cargados con vuestros crímenes á la presencia del Altísimo Señor, y

ante sus ángeles puros, si ante ellos hubierais de hacer vuestra confesión? Pues ¿de qué manera más bondadosa pudo portarse Dios, que instituyendo este admirable remedio y sellando con el sigilo sacramental la honra de los pecadores?

*Alma.*—Y si confieso mi pecado ¿está segura mi honra, Madre mía?

*La Virgen.*—¿Porqué lo dudas? ¿No sabes que el confesor que diga una palabra ó manifieste con un signo tu pecado, peca mortalmente? ¿y juzgas por tan relajado un sacerdote que quiera condenarse por una "nonada."

*Alma.*—¡Oh Madre mía! ¡Cuán avergonzada estoy!

*La Virgen.*—¿Por qué hija mía?

*Alma.*—Porque he manifestado ideas tan necias ante vuestra sabiduría.

*La Virgen.*—No quiero que te avergüences, lo que quiero es, que vayas y te confieses bien.

*Alma.*—Sí, lo haré, Madre querida, mas os suplico que pidáis mucho por mí. . . . Tengo tanto!

*La Virgen.*—Vaya. . . fuera preocupaciones; no quiero que mires en el con-

fesor solo un juez, quiero que veas en él un padre, un amigo que te consolara, ¡es tan dulce encontrar un amigo cuando se está en desgracia! ¿Viste un hombre envenenado cuán convulsivo y apurado anda hasta arrojar el veneno? ¿y qué tranquilo después de haberlo arrojado? pues á este modo, el que vive en pecado no puede estar en paz, sufre y se agita hasta encontrar el oído de la amistad en quien descansa. Corre á los pies del confesor que él será tu Dios, y cuando en el seno de la amistad depositado hubieres tus crímenes y fealdades, "Yo te absuelvo" dirá; y en el momento, lo que el labio humano dice, el poder divino obra, y tu alma limpia y hermosa no tendrá que temer. Corre á las pies del confesor, que si te cuesta pena y humillación trabajosa el confesar tus faltas, es pena merecida y más costó á mi Hijo, sin merecerlo, para alcanzar el perdón. Corre á los pies del confesor; más antes óyeme este consejo:— "El negocio de salvarte es el primer negocio, este negocio depende á las veces de un buen confesor, búscale

con gran cuidado, anda mucho y no pares hasta encontrarle y si lo encuentras da á Dios debidas gracias como de haber hallado un tesoro y dobla tu entendimiento á sus consejos, aunque al principio no los entiendas.

Si me amas y quieres servir á mi Hijo, este es el primer paso y más interesante. Pon todo esmero y cuidado y yo te ayudaré.

*Alma.*—Gracias, Madre mía; no olvidaré cuanto os habéis dignado enseñarme. Permitid que os bese los pies.

*La Virgen.*—Anda en paz.

## LECCION SEGUNDA

En que el alma manifiesta haber encontrado la felicidad que ansiaba en la verdadera conversión.

*Alma.*—Ya estoy aquí otra vez, Madre querida, permitid que bese vuestros sagrados pies... Bendita sea la hora en que tuve la dicha de acercarme á este altar; mil veces seais bendita, Señora, ó dulce Madre mía, y vuestros consejos benditos sean también.

*La Virgen.*—Bendito sea el Señor, hija mía, El me inspiró entablar contigo tan dulce conversación, sea todo para honra y gloria suya. ¿Pero cuál es la causa de tu cariñosa exaltación?

*Alma.*—Cómo podéis Vos ignorarlo, ¡oh Madre mía! Seguí vuestros consejos, busqué presurosa un confesor, y cuidadosamente lo escogí. ¿Qué digo? él presentóse á mí como venido del cielo; porque entrando en la iglesia vi rezando con gran modestia un sacerdote, «ese es» me decía una voz en lo más interior, y cuando yo pretendía obedecer á ese llamamiento, acudían

en tropel á mi mente como desesperado ejército las mil y mil falsas razones que en otro tiempo me apartaron de Dios y me hicieron aborrecer los sacerdotes y aun sin querer darles oídos, era tal la violencia de la tentación que hubiera seguramente retrocedido á no venir en auxilio vuestro dulcísimo recuerdo; ¡ah! vuestro semblante cariñoso, vuestra dulce voz, vuestras enérgicas palabras están grabadas para siempre en mi corazón, y serán para mí un bálsamo consolador y un escudo de defensa. Yo acudí á vos y no fué en vano; me oísteis y reanimada mi fe y llena de gran confianza en vuestras promesas acerquéme al sacerdote....

*La Virgen.*—¿Y te has desengañado?

*Alma.*—¡Ay Madre mía, y que ciegos vivimos en este mundo los hombres! Aquel buen sacerdote cuando supo mi deseo, con gran presteza y con acento cariñoso me dijo: «Venid, venid conmigo, donde nadie oiga nuestra conversación» ¡Cuánta caridad! Aquel santo sacerdote había leído en mis ojos la vergüenza que me causaba el decir mis pecados á un hombre, y caritativo y

y prudente buscaba el medio de hacerme dulce el yugo de mi Señor.

*La Virgen.*—¿Ves, hija mía, como no son verdades muchas cosas que se cuentan?

*Alma.*—Estoy bien desengañada, y ahora veo claramente que el sembrador de zizaña ha derramado sobre el pueblo cristiano mil patrañas para apartarle de los ministros del Señor, que son los canales por donde la gracia del Salvador se comunica á las gentes.

*La Virgen.*—Sí, hija mía, el enemigo tiene bien comprendido que para perder á los hombres es necesario apartarlos del Salvador, para lograr esto no hay como desacreditar el sacerdocio.

*Alma.*—Es mucha verdad, Madre querida, ¡y cuántas almas hay perdidas! ¡Oh si yo pudiera hablar á todos y hacerles conocer su engaño! Porque yo sé de cierto y la experiencia me lo dice, que no hay felicidad verdadera sino en el corazón en que mora la gracia de Dios. Si Madre mía, cuando yo amaba al mundo y sus placeres, apare-

cía á los ojos de los hombres alegre y contenta, mas no era verdad, porque la amargura y la tristeza me rodeaban siempre; todos me creían feliz porque era hermosa y rica y me brindaban los placeres, mas yo sabía que no era feliz y conocíalo claramente en el desasosiego con que buscaba siempre más, y en aquel continuo desengaño que amargaba mi vida; muchas veces, cuando cerrado mi aposento me encontraba sola, suspiraba por una felicidad desconocida, y ansiaba unos placeres puros que no eran los que yo disfrutaba; ¿quién me había de decir entonces que aquellos eran suspiros y deseos de la gracia de Dios que no tenía? y cuando angustiado el corazón por la tristeza, hacia brotar de mis ojos una lágrima, sorprendida exclamaba: “¿Qué te falta? ¿qué quieres? no lo sé, contestaba.” Y seguía agitando mi mente en pensamientos de placeres lejanos y sonreía á la vista de futuras dichas. . . . ¡Qué locura Madre mía! la única felicidad del hombre de mundo es la ilusión de placeres lejanos, de futuras dichas que su imaginación agran-

da y que la realidad empequeñece; yo lo sé muy bien esto, porque al recordar los placeres que aquel mismo día había disfrutado, mis mejillas se enrojecían y hubiera muerto de vergüenza si un hombre honrado me hubiera sorprendido. No eran dignos de mí, Madre querida, ¿cómo podía ser feliz?

*La Virgen.*—¿Pero no vivías rodeada de gentes que te amaban?

*Alma.*—Es verdad, ni uno sólo comprendía mis sentimientos, ni mucho menos supo corresponder á ellos. Mas despues de haberme reconciliado con Dios; yo soy feliz; porque la divina gracia que habita en mí me ha enseñado que *soy hijo de Dios*. ¿Cómo puedo ambicionar los honores de la tierra? tengo por herencia el cielo. ¿Quién más rico que yo? La suavidad de la paz me inunda, la alegría de la reconciliación me llena toda; yo soy feliz, porque aunque esté sola, vive conmigo mi Dios, que me comprende y me ama.

*La Virgen.*—Bien, muy bien, hija mía, veo que aprovecharon mis consejos y esto me anima á darte otros nuevos.

*Alma.*—Hablad, Señora.

*La Virgen.*—Oye bien mis palabras y grábalas en tu corazón.

*Alma.*—Bien sabéis ¡oh Reina y Señora mía! que vuestras palabras son para mí un tesoro, que guardo con grande esmero.

*La Virgen.*—Escucha, pues; aquella dichosa alma, que como la tuya ha sabido limpiarse del pecado mortal, vive en posesión del Espíritu de Dios; y desde el día en que entró en tan buen camino y en tan dulce compañía, debe esforzarse en hacer obras dignas de aquél que Dios posee.

*Alma.*—Eso deseo, Madre mía.

*La Virgen.*—Pues, manos á la obra.

*Alma.*—¡Ah! ¡Si yo tuviese otro genio! pero teniendo un genio tan malo como el que tengo.....

*La Virgen.*—¿Qué es lo que dices? Todas las criaturas inteligentes han sido creadas para amar y servir á Dios, cada cual en su esfera, según sus fuerzas y genio; si no llegan á cumplir su fin, no será culpa del genio ni de las tentaciones, ni de otro estorbo del mundo; pues aunque estas cosas hacen mo-

lesto el camino, jamás arredrarán al viajero prudente, que previniendo los ataques se reviste de fortaleza.

*Alma.*—Más ¿dónde, Madre mía, encontrará su fortaleza quien es como yo tan miserable y tan flaca?

*La Virgen.*—En mi hijo Jesús: ¿no has oído decir que San Pablo al sentir la influencia de la divina fortaleza exclamaba entusiasmado: "Todo lo puedo en aquél que me conforta?" Pues Pablo tenía un genio fogoso y antes de convertirse, su genio le arrastró á perseguir á los cristianos; pero mi Hijo Santísimo le rindió en el camino de Damasco y derribándole del caballo, á la vista de la verdad se convirtió y desde aquél momento Pablo mudó el objeto de su genio; él que fogoso era antes, fogoso fué después, pero fogoso en defender la religión que perseguía. ¿Y no has oído hablar de María Magdalena? Su genio enamorado arrastrábala al vicio y llevada de esta fatal propensión, vivía envuelta en las vanidades del mundo; pero mi Hijo tocó su corazón y se convirtió, y sin destruir su genio, mundando sólo el ob-

jeto en que hasta entonces se cebaba, vino tierna á enamorarse del Corazón de Jesús. ¿Ves como el genio nada impide?

*Alma.*—Es verdad, Madre mía.

*La Virgen.*—Pues bien, si tienes el genio amable, enamórate de JESUCRISTO mi Hijo, el mismo que vive escondido por vuestro amor en la *Hostia Consagrada*; y no se quedó allí, ciertamente para estar solo, sino para favoreceros y para ser el objeto de vuestros obsequios y cariños. Conságrate al servicio de los pobres y desconsolados, miembros dolientes de JESUCRISTO; y entiende bien, que cuanto por estos hagas ó padezcas, recíbelo mi Hijo, como hecho á su misma persona. Mas si tu genio es fogoso, emprende con empeño la mortificación de tí misma en verdadera humildad.

*Alma.*—Gracias, Madre mía, gracias; me habeis descubierto un espacioso y bellissimo camino por donde debo andar en busca de lo que quiero, permitid, Señora, que reverente os pida un guía que.....



*La Virgen.*—Yo lo seré para tí...

*Alma.*—Tanta bondad.

*La Virgen.*—Lo que quiero es que sepas aprovecharte. Hasta otro día.

### LECCION TERCERA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, que todas sus luchas interiores son tentación, pero que no tienen por qué temer estando en gracia de Dios.

*Alma.*—Ya estoy aquí, Señora, por la tercera vez, atended á mis humildes súplicas y prestadme vuestros auxilios.

*La Virgen.*—Qué ¿has vuelto á pecar, hija querida?

*Alma.*—Por la misericordia de mi Señor JESUCRISTO y por vuestra eficaz protección, no he sufrido esa tan grave desgracia; pero ¡cuánto padezco, Madre mía!

*La Virgen.*—Habla hija mía, que tengo entrañas de Madre y es mi delicia servir de consuelo á mis devotos.

*Alma.*—¡Oh Madre mía!

*La Virgen.*—¿Qué tienes, hija querida? ¿porqué lloras?

*Alma.*—Estoy llena de horribles pensamientos y un no sé qué de inclinación perversa y tal confusión dentro de mí, que me parece que de un momento á otro si me dejáis, voy á ofen-

*La Virgen.*—Yo lo seré para tí...

*Alma.*—Tanta bondad.

*La Virgen.*—Lo que quiero es que sepas aprovecharte. Hasta otro día.

### LECCION TERCERA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, que todas sus luchas interiores son tentación, pero que no tienen por qué temer estando en gracia de Dios.

*Alma.*—Ya estoy aquí, Señora, por la tercera vez, atended á mis humildes súplicas y prestadme vuestros auxilios.

*La Virgen.*—Qué ¿has vuelto á pecar, hija querida?

*Alma.*—Por la misericordia de mi Señor JESUCRISTO y por vuestra eficaz protección, no he sufrido esa tan grave desgracia; pero ¡cuánto padezco, Madre mía!

*La Virgen.*—Habla hija mía, que tengo entrañas de Madre y es mi delicia servir de consuelo á mis devotos.

*Alma.*—¡Oh Madre mía!

*La Virgen.*—¿Qué tienes, hija querida? ¿porqué lloras?

*Alma.*—Estoy llena de horribles pensamientos y un no sé qué de inclinación perversa y tal confusión dentro de mí, que me parece que de un momento á otro si me dejáis, voy á ofen-

deros y abandonar la santa ley de mi Señor JESUCRISTO.

*La Virgen.*—No tengas miedo, hija querida; que eso mismo está demostrando que el enemigo del hombre no gusta de tu vida, y envidioso de la dicha que disfrutas, trata de confundir y de ofuscar tu entendimiento, agitando tu corazón para hacerte cometer pecados. No tengas miedo, que el demonio no puede nada mientras tú no quieras.

*Alma.*—Es que al mismo tiempo me cercan por todas partes mis amigos y con sus insensatos dichos, tratan de apartarme del camino emprendido por vuestro consejo y del bien comenzado.

*La Virgen.*—¿Y tienes vergüenza de que el mundo sepa tu conversión? ¿No sabes que ese círculo de gente ociosa que ama el vicio y por eso escarnece la virtud, ha de mirar con pena tu verdadera conversión, y ha de tratar de asustarte para que vuelvas atrás? ¿No ves que esos infelices teniendo en tu conversión un eficaz argumento de su malicia y engaño, han de buscar falsas razones, si no para persuadirte á tí,

á lo menos, para quitar los remordimientos de tu conciencia? Déjalos pasar; desprécialos como á los perros pequeños, que no pueden morder; y mirando desdeñosamente sus argumentos y sus burlas como palabras de niños sin malicia, sigue impávida el camino que te conduce á Dios.

*Alma.*—¿Que siga mi camino! Ay, Madre amada, que si no me ayudáis no puedo proseguir; porque no es sólo el mundo y el demonio quien se ha conjurado contra mí, sino yo misma que no tengo paciencia para sufrirme y un tedio espantoso.

*La Virgen.*—Pobrecita hija mía, ven á mis brazos, ven y no tengas miedo, que esas son las agonías de la naturaleza que lucha con la gracia y que se queja porque ya está vencida. ¿Te quieres volver atrás?

*Alma.*—¿Ah, no, Madre mía! antes morir.

*La Virgen.*—Pues en esa firmeza de tu voluntad perseverante, está la demostración de que tus repugnancias y tus tedios y tus pensamientos é inclinaciones malas, son otras tentaciones

que Dios permite para tu bien; para tu bien, sí, porque con ellas aprenderás lo poco que tú vales y lo mucho que necesitas de Dios; y serán para tu alma tesoro escondido, que si te sabes aprovechar, crecerá en tí la gracia y aumentarás tu gloria: ánimo, pues; sé perseverante que yo te ayudaré.

*Alma.*—¡Oh Madre mía! cuánto me consoláis, ya no tengo ningún temor.

*La Virgen.*—¿Y á quién has de temer? Teman en buena hora y con razón han de temer, los que apartados de Dios y en pecado mortal, si cerraran los ojos á esta vida, veríanse en la presencia de un Juez inexorable; pero tú ¿qué tienes que temer? Aquél terrible Juez, es ya para tí el abogado defensor que en presencia del justo Juez, pide la corona de la gloria que con sus méritos y pasión justamente ganó para colocarla gozoso sobre tu humilde sien; porque el que se humilla en la confesión, Dios le exalta en la gloria.

*Alma.*—¡Oh, madre mía! y qué consoladoras son vuestras palabras y qué gozo tan inefable siento dentro de mí!

Yo quiero ser muy buena, yo quiero ser muy buena.

*La Virgen.*—Bien, hija mía, pero has de saber que el ser buena es un gran bien que da mi Hijo á aquellas almas que le buscan; por lo mismo que es don y grande, no lo da de pronto y sin discernimiento, sino aguarda á que el alma lo pida con verdadero deseo; pide pues, con verdadero deseo ser buena y pide constantemente, que Jesús te dará lo que le pidas, porque así lo ha ofrecido y Él no falta á su palabra. Mas si ni aun este deseo sientes en tí, recibe frecuentemente á Jesús sacramentado, que para eso se ha quedado entre vosotros, que él deseará por tí y este deseo será muy agradable á Dios y tú recibirás el fruto.

*Alma.*—Pues es muy fácil ser buena.

*La Virgen.*—Mucho, pues todo consiste, para los que tienen buena voluntad, en creer que Jesús tiene poder para hacer de tí una santa y que tus obras sin su cooperación nada valen. Por lo que tu papel simplemente consiste, en prepararte con verdadera pureza de conciencia á recibir á Jesucristo con

frecuencia sin acongojarte ni aturdirte porque te parezca que no estás bien dispuesta, pues la medida de tu disposición no es la que tú te figuras, sino la que Dios quiere de tí. Y en esto lo mejor es hacer cada uno lo que sepa y pueda, y la gran caridad de mi Hijo Jesús suplirá lo demás. Déjate conducir por mi amor; oye con docilidad y sigue generosamente las inspiraciones que Yo y el ángel de tu guarda daremos á tu corazón, y sin pensarlo serás buena, y gozarás del espíritu de mi Hijo, que es todo paz, dulzura y amor.

*Alma.*—¡Gracias, Madre mía! ¡Oh cuánto tiempo deseaba estar en paz con vuestro divino Hijo y con Vos, y eso que aún no sabía la dulzura que da el amarnos!

*La Virgen.*—¿Tardarás mucho, hija mía?

*Alma.*—No, Madre querida.

*La Virgen.*—A Dios.

## LECCION CUARTA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma que debe entregarse sin reserva al amor santo de Dios.

*Alma.*—Ya estoy aquí otra vez, Madre mía.

*La Virgen.*—Bienvenida, hija mía; ¿has pensado mucho en lo que ayer te dije?

*Alma.*—¡Oh, Señora! vuestras palabras son dulcísimas centellas que penetrándome toda, encienden mi corazón en santos deseos, ¿puedo yo pensar en otra cosa que en poner por obra vuestros consejos?

*La Virgen.*—Me gusta mucho que tomes en consideración lo que te digo, y esto me anima á hacerte participante de mis pensamientos.

*Alma.*—De Vuestros pensamientos?

*La Virgen.*—Sí, hija mía, ahora mismo sentía grande pena considerando la ingratitud y perfidia de aquellas almas que dotadas por el Señor de corazón sensible, cariñoso, complaciente, en vez de levantar á Dios sus alas,

se arrastran por el lodo; y quiero que me digas: ¿No causa lástima grande, que corazones tan bellos, en vez de dirigir sus esfuerzos á la conquista del santo amor, se ocupen en vagatelas y empleen sus cariñosos afectos en criaturas miserables?

*Alma.* — Es verdad, mucha verdad; mas lo peor es que soy yo, Madre querida, una de esas miserables.

*La Virgen.* — Tú, hija mía; pues lo que diría á aquellas quiero decirtelo á ti, ya que Dios te ha dotado de un corazón sensible, busca al Señor y entrégate á su amor, no seas como esas ingratas que viviendo en la tibieza niegan prácticamente á Dios, pues no buscando su amor y gobernándose por sí mismas; piensan substraerse de su justo dominio y providencia. No, hija mía, ten presente siempre á Dios y que te mira en todas partes, y si El te mira para gobernarte con su providencia, ¿será mucho que tú le mires para contemplar sus divinas perfecciones? Medita la pasión de mi Hijo y mira en ella cómo el amor que te tiene es su verdugo, y si amor con amor se paga, ¿có-

mo no te has de encender en el amor divino? Recuerda sus beneficios y agrádecele el cuidado que tiene de ti y de todo lo que te pertenece y acude á El en todas tus necesidades, y si por sus altos decretos permite Dios los reverses de fortuna, las enfermedades, la muerte de parientes, ú otras desgracias, no te muestres desconfiada, ni busques tu consuelo en las criaturas, pues es tanto como decir que *el Amante de las almas* no quiere ó no puede consolarte; levanta tu corazón á Dios que El te consolará y te persuadirá que son estas cosas dispuestas para bien tuyo.

*Alma.* — ¡Oh Madre querida, y cómo ensanchan mi corazón vuestras palabras y cómo me llenáis de gozo! mas perdonadme, yo no me sé persuadir que Dios así me ame, siendo como soy tan grande pecadora!

*La Virgen.* — Aquello ya pasó, hija querida, desde ahora procura con gran empeño darle gusto al Señor, que el Señor no se acordará más de tus pecados. Pues por Isaías nos anuncia, que el soplo de su boca, borra los pecados del hombre humilde, como

arrastra y disipa las nubes un viento seco. No pienses pues, en otra cosa; que en amarle; y si es verdad que aquel que bien ama tiene gran cuidado de no disgustar aunque sea ligeramente al amado, y por eso se priva de su gusto y de su voluntad para evitarle la más insignificante pena, mira bien lo que debes hacer, si quieres tener contento á tu Dios y Señor.

*Alma.*—Yo le consagraré toda mi vida y lejos de mí arrojaré todo pecado y apartada de todas las ocasiones, le ofreceré mi corazón entero; entero, sí, que no quiero amar el mundo, ni las cosas vanas que hay en él, ni acompañarme de gentes disipadas que arrebatan mi corazón á los entretenimientos y llenando mi pensamiento de vagatelas y pequeñeces, le incapacitan para gustar las dulzuras del Amado.

*La Virgen.*—Hazlo así, hija mía, y ten por tuyos los intereses de Dios, y endereza tus acciones á su gloria, y jamás te propongas como fin de tus obras, motivos de interés, de respeto

humano ó vanagloria, antes bien levantando, entre tus ordinarias ocupaciones el pensamiento, haz de obrar conociendo que eres hija de Dios, que te crió para honrarle, y verdaderamente han de ser tus pensamientos, tus palabras y tus obras nobles y levantadas y meritorias, como hija de quien eres; y los motivos para obrar que así lo manda ó lo quiera tu Amado y tu solo temor el disgustarle: y extendiendo tu vista á todas las criaturas del universo, haz de gozarte de verle honrado por ellas y haz de sentir gran pena de verle ofendido y olvidado; de esta manera serás toda de Dios y Él todo tuyo.

*Alma.*—Bendita sea vuestra boca, Madre amada, que si yo practicara lección tan peregrina, pienso que había de ser una santa.

*La Virgen.*—Y santa quiere hacerte el Señor; ¿piensas acaso que se hicieron los santos de otra manera que tú? no, hija querida, de carne y hueso y de espíritu fueron formados como tú y del mismo modo que tú sufrieron

tentaciones y estuvieron sujetos á miserias.

*Alma.*—¡Ay Madre mía! dadme una regla cierta y un modo de purificar mi alma, que os declaro francamente, que quiero andar por el camino de los santos.

*La Virgen.*—Ese arranque me gusta hijita: Yo te enseñaré; mas te declaro que los santos llegaron á aquel grado de perfección, no por los esfuerzos de su propia voluntad, sino por la voluntad de Dios y su gracia, á la que ellos correspondieron generosos: á tí por consiguiente, no te toca saber al grado á que has de llegar, sino hacer prontamente lo que sabes que Dios te pide hoy. Que en estos vuelos del alma, no conviene lanzarse á lo que se vé *mejor*: sino hacer lo que es *bueno* según la voluntad de Dios.

Ahora lo que te conviene, es hacer un exámen delicado de tus defectos naturales y no querer hacerlo todo en un día, ir poco á poco purificando tu alma de estas imperfecciones y seguramente llegarás á ser digna de la divina contemplación.

*Alma.*—¿Y qué debo yo hacer, Señora mía, para lograr lo que decís?

*La Virgen.*—Se ha hecho muy tarde ya, y deseo que vuelvas otro día.

*Alma.*—Dadme vuestra bendición, y hasta mañana.

*La Virgen.*—Tómala en el nombre del Señor.

ANL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECAS



## LECCION QUINTA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, la necesidad y práctica del exámen de sus defectos é imperfecciones.

*Alma.*—Dejadme besar vuestros sagrados pies, ¡oh Madre amada!

*La Virgen.*—Ven á mis brazos, hija mía, porque se pinta en tu semblante hoy la felicidad en que rebosa el alma.

*Alma.*—¿Y quién no será feliz teniendo la dicha que yo tengo? ¿Quién, teniéndoos por Maestra, oyendo vuestras lecciones y siendo ayudada de vuestro poderoso brazo, no se considerará feliz?

*La Virgen.*—Es verdad, hija mía, Dios ha dado á mi corazón tesoros de bondad, y en mi mano está su poder, pero lo que te hace feliz, no es mi amistad, sino la gracia que mora en tí y á la que debes atribuir tus santas aspiraciones y deseos.

*Alma.*—Lo creo firmemente, Madre mía, porque Vos lo decís, pero ¿cómo

puede desconocerse que por vuestros cuidados pude alcanzar la gracia?

*La Virgen.*—No te lo quiero negar; mas es preciso que entiendas, que esos que tu llamas mis amorosos cuidados, no son sino frutos del Espíritu Santo, que mora en mí. Resulta al fin de todo, que solo Dios bondadoso es el autor de tu bien. A Dios, pues, todas las gracias, todas las bendiciones y alabanzas.

*Alma.*—¡Oh qué buena sois, Madre amorosa, de todo sacais partido para enseñarme!

*La Virgen.*—¿Y en qué ha estado ocupado tu pensamiento desde la última vez que hablamos?

*Alma.*—Mi pensamiento solo se ha ocupado en recordar y sacar consecuencias de vuestras amorosas exhortaciones, y puesto que quiero ser toda de Dios, mi solo deseo es acertar en el modo de hacer ese exámen de que me hablabais ayer.

*La Virgen.*—Sí, hija mía, el primer paso del alma para el bien, despues de quitadas las ataduras del pecado, es el exámen de tí misma, lo que eres

en tu interior, lo que eres en tus pensamientos, en tus inclinaciones, en tus afectos y deseos; para que viendo en tí lo que hay del espíritu del mal, lo vayas desarraigando poco á poco, y conociendo lo mucho que te falta del espíritu de Dios, te empeñes en su conquista.

*Alma.*—Pero qué me decís, Madre querida, yo que tan torpe soy: ¿podré entender esas cosas?

*La Virgen.*—Hija, no te desanimes; pues como te dije ayer, no lo hace mejor el que quiere y sabe, sino aquel á quien Dios ayuda: busca á Dios con verdad, que él dará á tu espíritu luz divina con que verás en un momento más verdades, que las que en toda tu vida pudieras alcanzar con tus estudios; busca á Dios con verdad, que él dará á tu corazón tal consuelo, que halles desabridas las conversaciones de las gentes, sus diversiones y placeres sean para tí vagatelas y miserias, y sus empeños de interés ó de honor como sueños é ilusiones de un demente; y para que vengamos á la práctica yo te daré una regla sencilla y pondré

ante tus ojos una serie de defectos nacidos de las pasiones que debes desarraigar.

La regla es ésta: ¿has visto un jardinero que tiene en sus jardines arcos y columnas que formó de los árboles? no descansa para guiarlos; y ya formadas las figuras, siempre vigilante recorre con las tijeras en la mano, las calles del jardín, cortando las ramitas que sobresalen. Pues así has de ser tú; entra en tu corazón, jardín de Dios, mira tus pasiones, es decir, tus inclinaciones ó tus repugnancias; estos son los árboles, no los vas á arrancar, sino á dirigir y gobernar de tal manera, que en vez de servir al diablo, sirvan á Dios; pasa la vista por los defectos que ahora en una lista te daré y escoge el que conozcas que más sobresale en tí, y armada con las tijeras de la mortificación, corta esa ramita y otra y otra, hasta que hayas formado en tí, la imagen de Dios.

*Alma.*—¿Ay Madre mía! me gusta esa teoría ¿pero en la práctica?

*La Virgen.*—Es muy sencillo: Escoges uno de los defectos y ha de ser

aquel que más sobresale en tí y principalmente el que más ven los demás; y al levantarte ofreces al Señor no cometerlo y después anotas con una rayita ó un puntito las veces que lo has cometido y á la noche escoges aquel ramillete de defectos lo presentas al Señor como frutos de tu jardín. "Señor, le dices, mirad lo que soy, miradme, y con vuestra amorosa vista quedaré purificada, mañana seré mejor,"—y te duermes tranquila, sabiendo que has sido perdonada. Cuando ya no caes en este defecto ó has disminuido con tu cuidado la frecuencia de las caídas, tomas otro defecto y haces lo mismo.

*Alma.*—Pues esto es muy sencillo; mas si me lo permitís, se me ocurre una dificultad que...

*La Virgen.*—Puedes decirla.

*Alma.*—Que muchos de esos defectos serán pecados y tendré que confesarlos.

*La Virgen.*—Yo no trato de pecados hija mía, aquí se trata de defectos, que nacen del mal hábito de la tentación ó de la inclinación perversa, que

se cometen muchas veces sin voluntad y con poca advertencia, pero que impiden mucho bien y son la causa de nuestros pecados.

*Alma.*—Pero muchas veces ¿no es verdad que serán pecados?

*La Virgen.*—Sí, hija mía, pues cuando son con advertencia y mala intención y la voluntad plenamente los quiere, pueden llegar á ser hasta pecados mortales.

*Alma.*—Ya lo comprendo, Madre mía; dadme si gustáis la lista de los defectos.

*La Virgen.*—Tómala, hija mía, y con ella mi bendición.

*Alma.*—Hasta mañana, Madre querida.

#### AMOR DE DIOS.

Lee con reflexión la lección anterior.

#### AMOR DEL PRÓJIMO POR DIOS.

1º Si acostumbras mirar en las criaturas un retrato de Dios y una hechura de sus manos.

2º Si sufres las molestias, los capri-

chos y las rarezas de las personas con quienes vives.

3º Si eres con todos servicial, solícita por consolarles en sus penas, cuidadosa en proveer á sus necesidades, atenta en aconsejarles cuanto es conveniente; pronta, en fin, para ejercer los oficios de amistad hasta con los extraños y enemigos.

NO ES AMAR AL PRÓJIMO.

1º Si les amas solo por sus buenas cualidades, por los servicios que te han prestado ó porque te da gusto amarles.

2º Si ridiculizas sus palabras ó acciones, les haces burla ó no quieres hacer su gusto pudiendo.

3º Si metes chismes ó hablas mal de él ó le avergüenzas descubriendo sus faltas, sospechando ligeramente ó no defendiéndolo.

4º Si no les das limosna, ó les das mal consejo, ó eres pesado en la conversación, les alabas sin motivo, les desprecias ó estás mirando si estan bien ó mal vestidos.

5º Si desperdicias algo de otro, te guardas las sobras, no economizas, ó escaseas la comida, empleas á los sirvientes más tiempo del que se debe, ó eres mezquino no pagando bien.

MODESTIA.

1º Si guardas contigo mucha decencia en todas tus acciones aunque estés sola.

2º Si tocas á otra persona, ó la miras cuando se desnuda ó viste.

3º Si lees algún libro, ó miras pintura poco decente, ó fijas la vista en persona de otro sexo con intención, ú oyes cantares ó conversaciones peligrosas.

4º Si hablas largamente á solas con persona de otro sexo sin fundado motivo, ó das lugar á tentaciones por falta de precaución.

5º Si comes ó bebes demasiado, te sientas en postura que pueda inspirar malos pensamientos, ó tienes poca precaución en cubrir los brazos y pecho con la mayor decencia.

6º Si usas trajes que llaman la aten-

ción, ó te adornas y compones más de lo que permiten tu clase y circunstancias; ó por el contrario andas con el vestido desaliñado roto ó asqueroso.

## MORTIFICACION.

1º Si eres muy delicada en sufrir el frío, el calor, los dolores de tus enfermedades y demás.

2º Si buscas el regalo y la comodidad del cuerpo, te quejas de la cama dura ó de otra cosa que te da ocasión de padecer algo por Dios.

3º Si hablas palabras inútiles y buscas satisfacer la curiosidad y tienes pereza para levantarte, aplicarte al trabajo y otras cosas semejantes.

4º Si pierdes el tiempo en visitas y conversaciones inútiles, preguntas y sabes lo que no te importa y descuidas aprender las cosas necesarias para tu salvación y el cumplimiento de tus obligaciones.

5º Si no toleras los defectos de tus sirvientes ó la arrogancia de tus amos ó padres que te manden.

6º Si no olvidas la injuria recibida,

te quejas á Dios de que te abandona, y ponderas tus trabajos, hablando de ellos demasiado.

7º Si reprendes sin justa causa ó lo haces con voces descompasadas, no queriendo de cólera hacer alguna cosa ó comer y concibes deseos de venganza.

## HUMILDAD.

1º Si has formado de tí ó de tus cosas un juicio aventajado, persuadiéndote que lo que tú haces es mejor que lo que hacen los demás, y creyendo que se ocupan de tí y hacen mucho caso de tus cosas.

2º Si quieres salirte siempre con la tuya, y disputas sin razón ó con tenacidad.

3º Si pones medios para que te estimen, citándote por ejemplo, aparentando más de lo que eres, alabándote y buscando el que te alaben.

4º Si sientes que en la virtud, en la riqueza ó en otras cosas, sean los otros estimados y te avergüenzas del vestido pobre ó de otras cosas semejantes.

## LECCION SEXTA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, que para volar á Dios son necesarias la comunión y oración.

*Alma.* — Madre mía, aquí tenéis á vuestra hija, no os acordáis de mí?

*La Virgen.* — Si recuerdo... ¿eres tú una alma que olvidada de mi Hijo, andaba desolada buscando la felicidad en la mentira?

*Alma.* — Sí, Madre mía: Yo la que triste y desconsolada vivía en el mundo sin conocerlo, la que en el oropel de los intereses, en el afán de los amores, en el ruido de las tertulias y en los aplausos del siglo, buscaba engañada la tranquilidad y goce del alma y la verdadera felicidad...

*La Virgen.* — Pobrecita... Ya recuerdo... Y tuve lástima de ti y te llamé.

*Alma.* — Y yo corrí buscando la dulce voz que me llamaba y á vuestros piés postrada lloré... ¡ay Madre mía! ¡qué buena sois!

*La Virgen.* — ¿Y qué has hecho desde entonces?

*Alma.* — Me he dado á pensar en lo que más importa.

*La Virgen.* — ¡En lo que más importa!... ¿Y qué es lo que más importa?

*Alma.* — ¿Que vos me digáis eso? mejor lo sabéis que yo.

*La Virgen.* — Es decir ¿que ya no quieres para nada el mundo ni las cosas que hay en él y te has dado á buscar con empeño el cielo?

*Alma.* — Yo no lo sé, Madre querida. Pero al pensar mis pecados y sentir el horror de su malicia, caí de pronto envuelta, y así como arrastrada en un lago de fuego, horrible lodazal de inmundos animales, y al verme allí arrojada, asustéme y lloré, y mi lloro conmovió el corazón de una hermosa Señora, que cariñosamente me mostró una ciudad... miré y ví... ¡Qué preciosas!... Las luces, el mismo Dios. Los aires, marcas apacibles del espíritu del Señor. Los ríos, cristales de purezas donde reverberan los rayos de la divinidad. Los adornos, colgaduras de matices de espíritus celestiales.

Las músicas son éxtasis que añaden nueva armonía al tropel tan sin confusión de los demás deleites.

*La Virgen.*—Bien, hija mía, bien.

*Alma.*—Pues por huir de ese lago, y llegar á esa ciudad, ¿no es verdad, Madre mía, que se puede hacer algún sacrificio?

*La Virgen.*—Y mucho, hija querida, aunque costase la vida.

*Alma.*—Pues buscar con empeño el cielo, es, pienso yo, hacer este sacrificio.

*La Virgen.*—Y has pensado acertadamente. . . Veo tus buenas disposiciones, y me das gusto, mas quisiera verte dar vuelos, pues es lástima que camine pesadamente con piés, quien puede volar ligeramente con alas.

*Alma.*—¿Que queréis decir con esto, Madre mía?

*La Virgen.*—Que quien puede amar á Dios sin interés, no debe ya buscarle por el temor del infierno y el placer de la gloria.

*Alma.*—Tenéis razón, mucho más generoso es eso, y ya lo presentia mi corazón, que aunque el temor del in-

fierno es bueno y el interés de la gloria excite, no era eso lo mejor. Pero ¿quién me enseñara otro camino?

*La Virgen.*—Yo.

*Alma.*—Hablad, Madre mía, que ya os escucho.

*La Virgen.*—¿Has visto un niño en los brazos de su madre? Camina el niño cuanto su madre anda. Pues así tambien tú. Camina con mi Hijo y volarás á Dios.

*Alma.*—No lo entiendo, Madre mía.

*La Virgen.*—Oye las palabras de mi Hijo y Señor, y lo entenderás. "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos, aquél que está en mí y yo en él, este dará mucho fruto, porque sin mí nada podeis; así como los sarmientos apartados de la vid no dan fruto, ni vosotros apartados de mí; si permanecierais juntos conmigo y guardarais mis palabras, todo lo que quisierais, si lo pedis, se hará."

*Alma.*—Luego todo está en unirme á Jesús.

*La Virgen.*—Lo has acertado.

*Alma.*—¿Y como lo haré?

*La Virgen.*—Muy fácil te es, con la

comunión y la oración, con estos dos medios se elevará tu entendimiento hasta la unión con Dios; así se transformará la voluntad humana en la divina, y hará al verdadero amante dejar de ser hombre viviendo en carne, y vivir hecho Dios por participación.

*Alma.*—¡Ay! Madre mía, eso es lo que busca mi corazón.

*La Virgen.*—Animate, pues, que yo te ayudaré y sabe que ese santo deseo no lo tuvieras si el Señor bondadoso no te llamara ya.

*Alma.*—¿Y cómo caminaré?

*La Virgen.*—Espera, espera, que para andar por este camino que te hará una misma cosa con el espíritu de Dios, es menester dejar primero los embarazos y groserías que estorban tan espiritual unión. Y pues has de tener vida de Dios, desnudarte es preciso de los afectos humanos. Y no oír, ni ver, ni querer criaturas, ni gustar de cosas de la tierra, ni entender ni atender más que á Dios ó por Dios, ni esperar de otro ni otra cosa que á Dios y de Dios. Y violentando suavemente las potencias y los sentidos mal acostumbrados

á lo terreno, irlos acostumbrando á lo espiritual y divino,

*Alma.*—¡Ay! ¡cuánto me ha de costar!

*La Virgen.*—No tengas miedo, acude á mi, que yo seré tu maestra. Medita lo que te he dicho y vuelve después.

*Alma.*—Dadme vuestra bendición.

*La Virgen.*—Tómala en el nombre del Señor.



## LECCION SEPTIMA

En que la santísima Virgen enseña al alma las ventajas de la Comunión.

*Alma.*—Perdonad, Madre querida que tan temprano moleste vuestra atención soberana.

*La Virgen.*—Yo te lo permito con mucho gusto, hija mía; más ¿cuál es la causa de esa prisa que hoy demuestras y el deseo que se pinta en tu semblante de oír mis explicaciones?

*Alma.*—¡Oh Señora! cuando padecían hambre en el desierto los israelitas, clamaban muy temprano á las puertas de las tiendas de Moisés: ¿cómo queréis que yo descanse habiéndome prometido el pan divino y celestial del alma?

*La Virgen.*—Cuánto me alegra, hija mía, verte hambrienta de Dios y deseosa de comulgar! tus santos deseos contrastan admirablemente con ese general descuido y criminal tibieza en que viven los hombres, apartados de este dulce banquete, ¿quién creyera que hubiese pobre necesitado que por

no querer recibir el pan, quedase muerto de hambre? ¿quién podría imaginar que el enfermo á quien se ofrece la salud, neciamente la despreciara? Esas son las almas que pobres y necesitadas del celestial consuelo y de la divina fortaleza para saber vencer sus enemigos, se aprestan á la batalla sin armas y sin víveres; esas son las almas tibias y enfermas, que ardiendo en pasiones no ven en la Eucaristía el remedio de su flaqueza, las armas para vencer en la lucha, la medicina que da á el alma el consuelo y la salud. ¡Oh Jesus de mi vida, en esto han parado tus finezas! así es correspondido el encendido y abrasado amor de tu pecho pagado por los hombres con vil desprecio, no queriéndote recibir sino una vez en el año! estimando en más los intereses terrenos y los humanos consuelos, que el recibir de balde, inmensos tesoros de gracias celestiales y el suavísimo consuelo de albergarte en sus pechos! ¡Oh desgraciados! y cómo temo que vengáis á ser leña seca para arder en eternas llamas! Decidme, desventurados: ¿qué os ha hecho Jesus sa-

cramentado para que así huyáis y le volváis las espaldas? Si estáis muchas veces enfermos, ¿no va mi Hijo muchas veces á visitaros á vuestras casas? Pues ¿por qué, miserables, estando buenos no venís á la suya á buscarle? Aprended siquiera de los perros que no abandonan la casa donde les dan el pan, pues ¿por qué vosotros no buscáis á un Dios que se os franquea, ni hacéis caso del Pan de los ángeles, que en la mesa eucarística se os ofrece? Perdonadme, hija mía, que no es á tí á quien tan sentida queja dirijo.

*Alma.*—Proseguid, Madre mía, proseguid, porque yo soy una de esas ingratas, yo quien en otros tiempos, para disculpar mi falta de amor á Jesús sacramentado, solía decir: que la Iglesia solo una vez al año nos manda comulgar.

*La Virgen.*—¿Una vez al año! ¿que ciega vivías! ¿cuán enemiga de tu dicha! y ¿cuán engañada del demonio! una vez al año manda solo la Iglesia, ¿qué necedad! óyeme estas razones: una madre que tiene un hijo muy enfermo é inapetente, anda cuidadosa y con

ruegos é instancias “hijo mío, le dice, á lo menos este bocadito,” y ¿quién será tan necio en pensar que esta madre cariñosa no quiere que coma sino aquel bocado? ¿quién se persuadirá que aquel bocado le basta?

*Alma.*—¿Oh Madre mía! claro se ve que no, la madre se contenta con aquel bocado, para alentarle á tomar otros muchos.

*La Virgen.*—Pues así puntualmente lo hace nuestra Madre la Iglesia con el desganado hijo: lo ve postrado en la cama de sus vicios, amante de los bienes de la tierra, é inapetente y descuidado de los eternos. «Comulga á lo menos una vez al año, hijo mío,» le dice; mas su deseo es que todos los días comiera con provecho este dulce y celestial manjar, porque, hija mía, los fieles en los primitivos siglos comulgaban todos cada día; después del tercer siglo, aun era costumbre el comulgar cuatro días á la semana.

*Alma.*—Pues según eso, Madre amada, viven muy lejos de Dios la mayor parte de los cristianos.

*La Virgen.*—Ese es mi dolor, hija querida.

*Alma.*—¡Ay! ¡ay! que me temo les venga á suceder como á la matraca; que no se oye sino una vez al año, por la Semana Santa, mas como es de palo, viene á parar en el fuego; así estos infelices que solo por Semana Santa piensan en comulgar, temo y paréceme con razón que han de parar en el infierno.

*La Virgen.*—Ruega mucho por ellos, hija mía, ruega mucho, porque así como el frecuentar el sacramento augusto y tenerle afición, es una señal bastante cierta de la futura gloria, pues comienzan ya en el destierro á gozarse de Dios, así es señal de condenación el no tenerle afición ni recibirle, pues empiezan ya apartándose de Dios.

*Alma.*—¡Oh qué terrible es eso, Madre y Señora! yo me decido á comulgar con frecuencia. ¿Qué he de hacer, Madre mía?

*La Virgen.*—Hija querida, de no frecuentar la comunión están tan perdidas las costumbres, tan arraigados los vicios, tan comunes los escándalos, tan

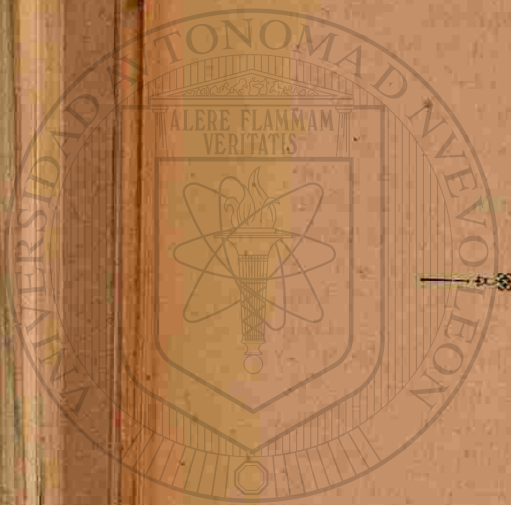
despoblada la casa de Dios y tan lleno el infierno. Comulga, hija mía, que la comunión contiene y encierra riquezas inmensas en cuya comparación los tesoros del mundo son arena despreciable; y si para el cuerpo que es el esclavo, quieres la camisa limpia, la comida más gustosa, el vestido más rico y la mejor casa; y si caes enfermo abandonas los negocios y empleos y gastas los intereses, para que consigas la salud, ¿qué debes hacer por la pobrecita alma que es la señora? ¿Cómo tendrás valor para negarla el sustento Eucarístico que le conserva la vida? Da, pues, de mano, al enemigo infernal que con oculta astucia busca tu perdición, poniéndote dificultades inútiles y advirtiéndote cosillas y excusas con falso brillo y título de obligación fingida. Comulga con frecuencia, hija mía, si quieres tu salvación.

*Alma.*—¡Oh, sí, Madre querida! sí, yo me someto; básteme oírlo de vuestra preciosa boca; más permitidme que os pida nuevamente ¿qué es lo que debo hacer?

*La Virgen.*—Dejemos esa explicación para otro día si te parece.

*Alma.*—¡Oh Señora!

*La Virgen.*—Toma mi bendición.



## LECCION OCTAVA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma á disipar los temores de comulgar con frecuencia.

*La Virgen.*—Bienvenida, hija mía, ven aquí Junto á mí, y celebraremos las dulzuras de la comunión; porque aunque oyeras las músicas celestiales y tuvieras la dicha de aplicar tus labios á las sagradas llagas de mi Hijo y en tí se imprimieran y recibieras mil favores de mi mano, todo es nada si lo comparas con la dicha de comulgar una vez, porque como acontece al deshacerse en el fuego dos pedacitos de cera que con la más íntima unión ya no se pueden separar; así Jesús y el alma dichosa que le recibe dignamente únense por el amor de tal manera, que el alma está en Dios y Dios en ella por participación.

*Alma.*—¡Oh Madre mía, cuán encendida estoy en el santo deseo de comulgar; toda la noche estoy pensando en ello; ¿pero no es un atrevimiento, en mí, Madre querida? eso de comulgar

con gran frecuencia es cosa buena para las almas virtuosas, más para mí que soy mala y que apenas entiendo como debo hacerlo una sola vez . . . .

*La Virgen.*—Qué es lo que dices, hija mía; comulga con frecuencia para aprender á ser buena; este es manjar de sanos y de enfermos; de enfermos, para verse sanos y de sanos para no enfermar; y si no sabes, comulga con frecuencia y aprenderás: ¿has visto alguno que aprenda un oficio sin ejercitarlo? No seas como aquellos, que no quieren frecuentar la comunión so pretexto de que tienen muchas obligaciones y negocios á que atender, pues yo te digo: que los que no tienen muchos negocios deben comulgar con frecuencia porque tienen para ello comodidad, y los que tienen negocios porque de ello tienen mucha necesidad.

*Alma.*—¡Oh no, Madre, yo sí que tengo tiempo, y mi confesor me lo permite; pero no es eso, es que no sé disponerme y unas veces se me figura que el confesor no me entiende ó no me sé explicar, y tengo más pecados de los que creo tener, y acaso sin sa-

berlo haré una comunión sacrilega en que sea más la pérdida que la ganancia.

*La Virgen.*—No, hija mía, esos son antojos de un espíritu cobarde que no ha comprendido el amor que mi Hijo tiene á las almas, ó ilusiones del enemigo que tiene grande interés en que la comunión no se frecuente; no tengas miedo, hijita, si no sientes conciencia del pecado mortal, llégate á comulgar y pide á tu confesor que te permita gustar con frecuencia ese dulce y sabroso manjar, porque á fuerza de adorar y comer la hermosura, la bondad y la pureza misma que se encuentra encerrada en este augusto Sacramento como en su fuente, te volverás toda hermosa, toda bondadosa y pura. Y en cuanto á que no te veas libre de faltas é imperfecciones, ¡oh hija mía! ni los santos se vieron libres; el servir á Dios sin imperfecciones es cosa de regiones altas; cuando vengas conmigo á gozar de la patria celestial, entonces verás que aquí se sirve á Dios sin imperfección; pero mientras te encuentres en el destierro, por muy lige-

ramente que pises, algún polvo se ha de levantar, y por más limpio y aseado que ande el molinero, algún polvo de harina se le ha de pegar. Y en fin, si recelas llegarte á comulgar por el tropel de batallas que te combaten, y por las peleas que has de sostener con tus iniquidades y tentaciones, haz un esfuerzo sobre tí y llégate á recibir devota á JESÚS sacramentado, sabiendo que mayor mérito logra el alma sufriendo y resistiendo tales combates, que si envuelta en suavidad y dulzura y en admirable quietud le recibiera; que seguramente no habría cosa que más alentase al enemigo que ver que con sus sugerencias lograba que dejases la comunión.

*Alma.*—Estoy altamente satisfecha y convencida, Madre amada, y os doy palabra de frecuentar la comunión, más si no temiera molestaros....

*La Virgen.*—Habla, hija mía.

*Alma.*—Yo quisiera una regla para saber la frecuencia con que debo....

*La Virgen.*—¡Oh hija mía! tu regla es tu confesor, más para que en esto sepas á que atenerte, observa en primer lu-

gar: que son enemigos de Cristo los que te persuaden y te apartan de la frecuencia de la comunión; así lo dijo el Señor á Santa Gertrudis, "Hija mía, siendo mis delicias estar con los hijos de los hombres, cualquiera que á alguno que no está en pecado mortal le persuade con palabras ó de alguna manera le aparta de recibirme, ese me impide y me quita mis delicias y mi regalo. Segundo que uno de los principales frutos de está frecuencia, como lo dice el Concilio de Trento, es librar á las almas de las culpas cotidianas y preservarlas de las caídas en el pecado mortal; y así se vé en las que la frecuentan, que ó no caen en pecado mortal, ó si caen, pronto se levantan

Supuesto esto, tu primera regla y principal ha de ser comulgar con toda la frecuencia que puedas y te permitan tus ocupaciones, con consejo de un prudente confesor, sin hacer caso del que dirán y persuadiéndote que será agradable á Dios lo que te acerca y te transforma en él.

Segunda. Que los dias que no comulgues y antes de comulgar sea tu prepa-

ración encenderte en deseos, porque á medida de tu deseo será lleno tu corazón. Y para que sepas le que valen esos deseos, quiero referirte lo que aconteció á una sierva mía llamada Agustina, que dirigia Santo Tomás de Villanueva: habia de ir de un lugar á otro y levantábase temprano para poder recibir á Jesús todos los días; un Jueves Santo que llegó á la iglesia despues que el Señor fué colocado en el monumento y no era posible recibirlo, fué tal la pena de no poder satisfacer sus ardientes deseos y tales sus lágrimas y gemidos, que Jesús, el enamorado de las almas, no pudiendo resistir la fuerza que hacían á su amable corazón tales deseos, mandó á sus ángeles y aparecieron ante su sierva dos manos que la traían visiblemente su consuelo y semejante á este milagro es el de mi querido hijo San Estanislao de Koska, porque entrando alegre en una Iglesia por recibir á Jesús y viendo que era de protestantes en que no hay Sacramento, fué tal su pena y sus lágrimas y tan grande su deseo, que en el camino diéronle la comunión los ángeles. Y para que veas lo que intere-

sa aun el solo mirar con ternura y devoción á Jesús sacramentado; oye lo que reveló el Señor á Santa Gertrudis: Que cuantas veces se mira el Sacramento con amor, ó con fervor se desea recibir, otras tantas se aumenta la gracia, y por consiguiente el mérito á que corresponderá un grado de gloria y felicidad en el cielo. Entra, pues, dentro de ti, hija mía, y segun estas reglas, consulta á tu confesor la frecuencia que te conviene.

*Alma.*—Sí; lo haré, Madre querida y no pararé hasta que pueda comulgar todos los días.

*La Virgen.*—Ese es el deseo de la Santa Iglesia de Dios, expresado en el Concilio de Trento, y ese es el mayor consuelo que puedes dar á mi Hijo. "Vive de tal manera que seas digna de comulgar cada día."

## LECCION NONA.

En que la santísima Virgen enseña al alma los frutos de la vida de oración.

*Alma.*—Ya estoy aquí á tus plantas, Madre mía.

*La Virgen.*—Mucho madrugas hoy, hija querida.

*Alma.*—¡Ay Madre mía! ¿se puede descansada dormir cuando se ama?

*La Virgen.*—¡Conque tan encendida estás en el divino amor!

*Alma.*—¡Oh! mucho, mucho....

*La Virgen.*—Cuidadito no vayas ya á presumir. ¿Sabes lo que pasó al Icaro de la fábula? diéronle alas y como tan dulce es volar, subió... se remonó hasta las nubes, mas como las alas eran de cera, el sol las derritió, y e-pobre Icaro cayó al suelo y se mató.

*Alma.*—¡Ay Madre mía! me habéis asustado ¿será posible que yo vuelva á ofender á mi Dios, y matar mi alma por la presunción?

*La Virgen.*—No tanto quise decir, hija querida, sino que como hace poco

eras gran pecadora segun decías y yo te vi llorar y exclamabas en tu dolor que no eras digna.....

*Alma.*—Es verdad, es verdad ¡oh Señora! perdonadme, no supe lo que me dije, pero es tanta la alegría en que el alma envuelta vive cuando trata con su Dios... y como Vos misma me enseñásteis.....

*La Virgen.*—¿Qué es lo que yo te enseñé?

*Alma.*—Que el verdadero amante cuando trata á su Dios en la oración y cuando se alimenta del divino manjar que se da en la comunión viene á dejar de ser hombre viviendo en carne y á vivir hecho Dios por participación.

*La Virgen.*—Es verdad; mas ¿no recuerdas lo que añadí?

*Alma.*—¡Oh si Madre mía! ninguna palabra vuestra se me ha olvidado; Vos me enseñásteis que para gozar de tan divina unión, era preciso desnudarse del hombre viejo y vestirse de Dios.

*La Virgen.*—Cabalmente, ¿y lo has practicado?



*Alma.*—¿No sabéis Vos la transformación que en mí se ha hecho? Ya sé yo, Madre mía, que es obra vuestra, que es la divina gracia quien mudó mi corazón, ¿pero puedo yo negar que soy otra?

*La Virgen.*—No hija mía, ni pienses que es humildad negarlo.

*Alma.*—Si me permitierais una comparación que se me ocurre.

*La Virgen.*—Habla, hija mía.

*Alma.*—Antes de conoceros y de servir á mi Dios, era yo semejante á un príncipe, que criado en el campo al lado de unos pastores, ignorando su noble origen, comía, cantaba y hablaba, trabajaba y dormía, como lo hace un pastor; mas habiéndole revelado su ilustre nacimiento ¿no fuera necesidad seguir del mismo modo trabajando y comiendo por la sola razón de estar acostumbrado? y ¿quién se lo permitiría? y aunque costase trabajo mudar de costumbres; ¿qué penas no arrastraría? ¿y qué dulces serían sus penas? ¿No es esta mi historia, Madre amada? antes era del mundo, ahora ya soy de Dios, Vos me habéis ense-

ñado la vida del cristiano que es vida de oración, y en ella he aprendido que no soy del mundo sino de Dios ¿cómo puedo tener los mismos pensamientos y obrar del mismo modo? Antes estimaba en mucho las cosas que son del mundo, ahora no debo estimar en algo, sino las cosas que son de Dios; antes mis pensamientos se reducían á ver cómo en este mundo podría pasarlo más divertida y cómodamente, ahora, no pienso sino en el cielo, y los tesoros y goces que allá me esperan, y este mundo tengo por tan poco y juzgo por tan grande necesidad estimar sus cosas, que me inspiran gran lástima esos hombres infelices que desalados corren tras los placeres é intereses. Cuando yo vivía sumida en esas miserias como ellos, mis palabras eran tales cuales la pasión del momento las dictaba: cualquier suceso que contradecía mis empeños era un motivo para perder la paz, agitada como la hoja del árbol que diversos vientos combaten, ya súbitamente me arrebatava hasta las nubes, ya desgraciada me arrastraba por los

suelos, sumida en la desesperación ó en la tristeza; mas hoy, Madre querida, la oración es mi consuelo, la comunión mi alimento, y la gracia del Señor derrama en mí tan suave paz, que yo temo no sea esto ya la paga que el Señor ofrece á los que en este mundo le sirven.

*La Virgen.*—No tengas ese temor, hija querida, porque da Dios á los que le sirven, el ciento por uno, que son esos bienes espirituales que enumeras y valen en comparación de los bienes de este mundo que despreciaste como ciento por uno y da también la patria celestial; esta es la que poseerás, hija mía, en recompensa del amor con que sirves al Señor.

*Alma.*—Mucho estimo la gloria, Madre amada, porque es la posesión de mi Dios por toda la eternidad, mas si esa gloria que espero no esperara, os aseguro que con el mismo fervor le serviría, pues es digno mi Dios de ser servido por solo ser quien es y más que suficiente recompensa es á mi ver, el merecer servirle y gozar de su consolación. ¿Quién no se anima á servir á

un Dios tan amable que da por recompensa de mezquinos servicios, la paz del corazón? Si, Madre mía, cuando la gente del mundo dice que tiene paz, no dice la verdad; yo por mí sé decir que mis deseos eran un confuso tropel de exigencias apasionadas, que armaban guerra sin tregua á la paz de mi corazón; la moda, pedía gastos que el interés me negaba; la diversion, exigía mortificaciones que la comodidad no podia sufrir; mas hoy, Madre querida. ¿Cuáles son mis pensamientos y mis deseos? Vos los sabéis; yo no pienso sino en agradar á mi Dios á quien he hecho dueño de mis afectos; mi Dios exige desprendimiento del mundo y yo no se ver en los intereses, en las diversiones, en los honores y alabanzas, sino peligros y tropiezos y entretenimientos deniños: mi Dios exige la mortificación de mis pasiones, y mi consuelo mayor es poder ofrecerle alguna cosa que dé pena á mi cuerpo y contradiga mi propia voluntad; y es tanta la consolación que en ello siento, que bien veo ser verdad, que su yugo es suave y su carga ligera; mis deseos y pensamientos,

en fin, nose extienden mas allá del día presente y cuando al acabar la semana me confieso, paréceme que renazco y vuelvo á nueva vida y empiezo otra vez renovada á servir á mi Dios con gran fervor; y de esta manera siempre alegre y feliz, paso la vida sin pena alguna y envuelta en suave paz.

*La Virgen.*—Bien, hija mía, bien. ¿Ves cuál es el fruto de la vida devota? ¡Oh si lo entendieran las gentes del mundo y cuántos sacrificios hicieran por confesar y comulgar á menudo y cómo correrían ansiosos de gozar tanta dicha!

*Alma.*—Si lo entendieran y gustaran, Madre amada, el mundo sería la antecámara del cielo y por la gracia, convertido en paraíso de deleites espirituales.

*La Virgen.*—Ve por el mundo, pues, y predica esa doctrina y atrae los corazones al yugo santo de Dios.

*Alma.*—Sí, lo haré, Madre querida, dadme vuestro permiso y bendición.

*La Virgen.*—Tómala en el nombre del Señor.

## LECCION DECIMA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, el camino de fe, en que el alma debe vivir.

*Alma.*—Gracias á Dios que beso vuestras plantas, Madre mía.

*La Virgen.*—Gracias al bondadoso Dios, hija querida; llegué á pensar que no gustabas de volver á ver mi cara.

*Alma.*—Reñidme, Madre mía, reñidme que tenéis mucha razón ¡oh cuánto he padecido! Y cuánta violencia hubo que hacer al corazón inquieto.....

*La Virgen.*—¿Qué es eso que te pasa?.....

*Alma.*—Yo no lo sé, Señora, mi corazón padece y goza á un mismo tiempo, no sé explicarme, os tengo por mi Madre, os amo tiernamente, sé que sois bondadosa y sin embargo tiemblo en vuestra presencia y hasta llegar aquí he padecido tormentos indecibles.

*La Virgen.*—Pero, ¿por qué?

*Alma.*—Pensaba que me habiais de reñir, que me teniais justamente aborrecida, que mis muchos pecados me hacian merecedora del infierno y.....

en fin, nose extienden mas allá del día presente y cuando al acabar la semana me confieso, paréceme que renazco y vuelvo á nueva vida y empiezo otra vez renovada á servir á mi Dios con gran fervor; y de esta manera siempre alegre y feliz, paso la vida sin pena alguna y envuelta en suave paz.

*La Virgen.*—Bien, hija mía, bien. ¿Ves cuál es el fruto de la vida devota? ¡Oh si lo entendieran las gentes del mundo y cuántos sacrificios hicieran por confesar y comulgar á menudo y cómo correrían ansiosos de gozar tanta dicha!

*Alma.*—Si lo entendieran y gustaran, Madre amada, el mundo sería la antecámara del cielo y por la gracia, convertido en paraíso de deleites espirituales.

*La Virgen.*—Ve por el mundo, pues, y predica esa doctrina y atrae los corazones al yugo santo de Dios.

*Alma.*—Sí, lo haré, Madre querida, dadme vuestro permiso y bendición.

*La Virgen.*—Tómala en el nombre del Señor.

## LECCION DECIMA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, el camino de fe, en que el alma debe vivir.

*Alma.*—Gracias á Dios que beso vuestras plantas, Madre mía.

*La Virgen.*—Gracias al bondadoso Dios, hija querida; llegué á pensar que no gustabas de volver á ver mi cara.

*Alma.*—Reñidme, Madre mía, reñidme que tenéis mucha razón ¡oh cuánto he padecido! Y cuánta violencia hubo que hacer al corazón inquieto.....

*La Virgen.*—¿Qué es eso que te pasa?.....

*Alma.*—Yo no lo sé, Señora, mi corazón padece y goza á un mismo tiempo, no sé explicarme, os tengo por mi Madre, os amo tiernamente, sé que sois bondadosa y sin embargo tiemblo en vuestra presencia y hasta llegar aquí he padecido tormentos indecibles.

*La Virgen.*—Pero, ¿por qué?

*Alma.*—Pensaba que me habiais de reñir, que me teniais justamente aborrecida, que mis muchos pecados me hacian merecedora del infierno y....

*La Virgen.*—Pero, hija mía, ¿no conoces que es tentación?

*Alma.*—Ahora lo veo, y por eso gozando tiemblo al mismo tiempo de la pasada lucha: ¡Ay Madre mía!

*La Virgen.*—Vamos, hagamos paces y cuéntame tus penas; ya temo que el demonio urdió su tela para engañarte.

*Alma.*—Sí, sí, hagamos paces; ¡es tan dulce vivir al lado vuestro! ¡Oh! ¿quién podrá temer? ya han desaparecido ante vuestra bondad todas mis penas, ya mis temores cual sombras vanas se han disipado, ¡qué buena sois!

*La Virgen.*—Sigue, hija mía, gústame mucho esa gran confianza.

*Alma.*—Yo me ausenté de Vos y pronto, pronto, puse en las obras mano y sus lecciones fueron mi norte; desvelada dormía, y despertaba temprano; ¿puede, Madre querida, descansada dormir quien mucho ama? . . . . Y levantaba mi espíritu al Señor, dábale gracias y hacía exámen y pedía perdón de mis pecados; vestíame con modestia y puesta en la presencia del Señor invocaba vuestro dulce nombre y los santos ángeles acudían presuro-

... sos á ayudarme para hacer mi oración. ¿Quién sois Vos y quién soy yo? preguntaba al Señor, Vos el Dios Todopoderoso, el amante esposo mío, el que quiso venir á este mundo en carne, y yo, criatura vil, polvo desconocido, tierra manchada de culpas é indigna de misericordia.. Y veíame entonces, Madre mía, tan profundamente humillada que mi único consuelo era llorar mis pecados y quedar bañada en lágrimas. Y otras veces, volviendo mis ojos veía el Calvario, y entre dolorosos y profundos suspiros exclamada: ¡Tu majestad, Señor, tan abatida y tu delicadeza mi bien tan maltratada! ¡hay mi Señor! Que si el ser de Dios tuviera para saciar tu corazón, lo entregaría; ¿Tú por mi amor señor tanta bajeza y yo por alcanzar la rica perla de tu divino Espíritu ni una migaja? ¡Oh mi bien y mi Redentor y lo que te cuestó y lo mal con que te pago. Y postrada junto al Señor, recibía su sangre en mi alma, como deseando guardarla en ella; y suplicábale encarecidamente me hiciera pura y digna de ser relicario de tan inestimable joya. Y muchas veces

quedaba herida de amor sin más discurso ¡ay Madre mía! ¡y qué dulzura tan sin acibar y qué consuelo tan sin medida! los días y las noches volando andaban cual si no fueran! pero ¡ay! ¡ay! pasó.....y como un sueño hermoso cruza la mente loca, ligeramente pasa por mí su dulcísima memoria; ni concebir siquiera puedo que sea yo la misma que entonces era.

*La Virgen.*—Pobrecita, ¿conque todo desapareció?

*Alma.*—Cosa fuera de no acabar si contara el número y extensión de mis felicidades, como son ahora indecibles mis congojas. Ya todo se acabó, yo soy *nada, nada, nada*... Estoy turbada, me he vuelto tímida, vivo desconsolada; cuanto me deleitaba me seco; ni atención ni discurso; ni me mueve, ni me entenece ni me enamora cosa alguna; las penitencias me ponen miedo, el recogimiento horror, las horas son siglos, ya veis que no exagero al decir que soy *nada, nada, nada*. ¡Válgame Dios cuál estoy! ¿dónde se ha ido mi devoción? ¿Qué se han hecho mis propósitos? Yo tengo por cierto que

si Dios no hace un milagro en mí, yo he de verme en camino del infierno. Haced cuenta ¡oh Madre mía! que corría á todo correr un caballo, generoso y lozano, y sin saber cómo se metió en una sala donde repentinamente le cerraron las ventanas y quedó totalmente á obscuras, así estoy yo; porque corría por el camino de la virtud ayudada de las fuerzas de la consolación, y de pronto sin acertar á saber por qué, me encuentro sumida en la obscuridad de la mente y la dureza del corazón.

*La Virgen.*—Pobrecita, cuánta lastima me causa tu penar; mucho te importa atender á mis razones si quieres salir del laberinto en que te veo. ¿Me quieres mucha, hija mía?

*Alma.*—¡Oh Madre!

*La Virgen.*—Tus lágrimas me lo están diciendo todo, ten confianza y oye-me: todos aquellos afectos que tuviste y en cuya posesión también te hallabas, aunque buenos, pues eran dones de Dios, son semejantes al caramelito que al niño da su madre para animarlo á la obediencia y enamorarle del traba-

jo; mas cuando la madre logró su fin, quita al niño los dulces, para que obre ya como hombre y para evitar que estas golosinas ensucien su estómago é impidan digerir sólidos alimentos. Así Dios, hija mía, te regaló llamándote para enseñarte á no huir, y hoy te arrebató esas dulzuras y consolaciones para en enseñarte á vivir en fe que es la verdadera vida del cristiano en este mundo, y para curarte de ciertas imperfecciones en el uso de esos regalos.

*Alma.*—¡Oh Madre mía!

*La Virgen.*—Ya comprendo, hija mía, es un desengaño para tí; mas es preciso que lo sufras. ¿Qué pensabas? cuando con tanta dulzura se desprendían de tus ojos ardientes lágrimas, cuando deseabas lo áspero, cuando gustabas de lo amargo, ¿imaginabas ya haber llegado á lo más alto de la virtud? Entra dentro de tí, y quizá observarás que en aquellos ejercicios y penalidades buscabas tu interés, pues todo ello era muy conforme á tu querer; quizá, quizá, teníaste por mejor que aquellos que no reciben semejan-

tes consuelos, alimentábase de la satisfacción que el alma siente de verse favorecida; y todo esto en buen romance, ¿sabes, cómo se llama? *Soberbia espiritual*; el deseo de más consolación *Gula*; el ansia de ser tenida por mejor *Vanagloria*; y el sentimiento de no ser tenida por buena *Envidia*: Si, hija mía, estas imperfecciones y defectos, son los que pretende Dios curar en tí haciendo que reuencies á todo para encontrar á Dios.

*Alma.*—¡Ay, Madre querida! Yo confieso que es verdad; todo eso hay en mí, y había llegado á pensar que Dios tenía-me destinada para grandes cosas, cuando así á los principios me regalaba, ó que yo había hecho en realidad grandes sacrificios del corazón, cuando tan agrada-do estaba el Señor de mí. ¡Oh vanidad! Oh soberbia ¡pobre de mí en qué laberinto me he metido!

*La Virgen.*—No tengas miedo, hija querida, saldrás de ese laberinto cuando te hallares tan renunciada y conforme que estés contenta en vivir sin consuelo como hallarte con él;

cuando te empeñes en vivir, no según los sentimientos, sino según las máximas de la fe; cuando al determinarte á obrar no consultes si te gusta lo que vas á hacer, sino si es del agrado de Dios; este es el camino derecho, alto y seguro de la fe, la fe hija mía, que es una luz que alumbrando el alma oscurece los sentidos; la fe es un don de Dios y cuanto más á ciegas se da el conocimiento, más claramente se va alumbrando el alma. Este es el camino que un día ofrecí enseñarte y gustosa te acompaño por él, si me sigues obediente.

*Alma.*—¡Oh Madre mía! ¿puedo encontrar Mentor más entendido ó poderosa mano que me guíe mejor en mi camino, que la Madre del Salvador? Habla, Señora, que vuestra sierva escucha.

*La Virgen.*—Oyeme pues, atenta: aquellas palabras que me dijiste yo soy *nada, nada, nada*; esas son la verdad; si no lo sientes así, aun no te conoces, ni conoces quién es Dios; pide con fervor este conocimiento del cual depende el que vivas en la verdad.

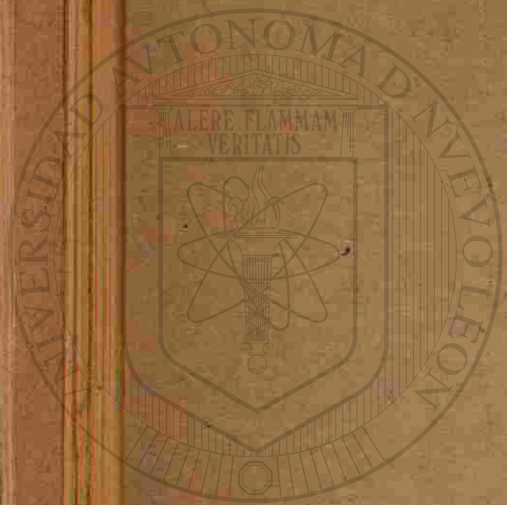
Aquellas otras que dijiste: *Si Dios no me tiene de su mano yo hé de verme en camino del infierno*, es otra verdad de fe que si no la tienes siempre delante no darás paso derecho. Lo del caballo á quien le cerraron las ventanas es tu remedio; pues quedándote á oscuras de tus dircursos, dejándote llevar de tu Esposo, seguirás sus pasos, y como son pasos del Espíritu, mira bien que no los puede entender quien los quiera andar con sus piés, ni puede errar quien cerrados los ojos y demás sentidos se echa en brazos de Dios fiándose de él.

Este es el camino del cielo.

Si quieres andar por él, pondera las palabras que has dicho: que tú eres nada, nada, nada, y lo puedes todo en Dios.

Y la Virgen desapareció y quedó el alma enamorada y divinamente instruida en el servicio de Dios.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CATECISMO PRACTICO  
DEL ESCAPULARIO

DE

NUESTRA SEÑORA

**DEL CARMEN,**

FORMADO

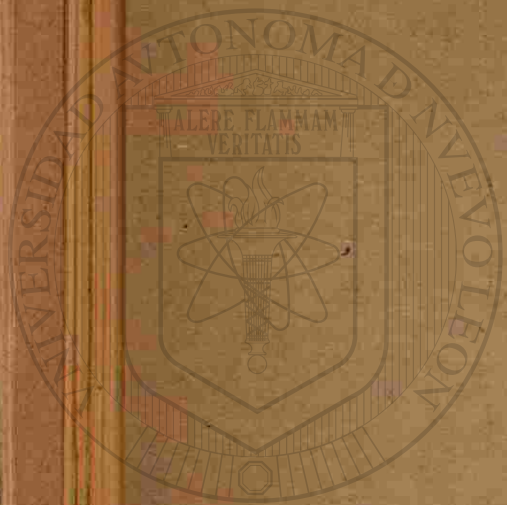
con

DECISIONES AUTÉNTICAS Y AUTORIZADAS.

*por Gabino Chátez, Pbro.*



IRAPUATO: 1888.  
Imprenta de Vicente Cervantes,  
*frente al Jardín, núm. 3.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CATECISMO PRACTICO  
DEL ESCAPULARIO

DE

NUESTRA SEÑORA

**DEL CARMEN,**

FORMADO

con

DECISIONES AUTÉNTICAS Y AUTORIZADAS.

*por Gabino Chátez, Pbro.*



IRAPUATO: 1888.  
Imprenta de Vicente Cervantes,  
*frente al Jardín, núm. 3.*

*Tomada razón*

CATECISMO PRACTICO  
DEL ESCAPULARIO

DE

NUESTRA SEÑORA

DEL CARMEN.

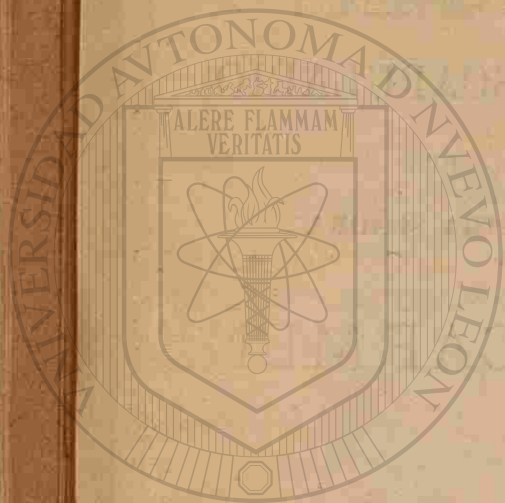


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IRAPUATO.

Imprenta de Vicente Cervantes,  
frente al Jardín, núm. 3.  
1888.



*Un sello en blanco que dice:—Gobierno  
ecco. del Arzobispado de México.—México  
Junio 13 de 1888.—Visto el parecer del R. P.  
Fr. José María de Jesús, á cuya revision y cen-  
sura pasó el Opúsculo titulado "Catecismo prác-  
tico del Escapulario de Nuestra Señora del Carmen,"  
damos nuestra licencia para que se imprima;  
con calidad de que antes de que se dé á luz, sea  
cotejado por el mismo R. P. Censor, y de que  
se inserte esta licencia. Lo decretó y firmó el  
Sr. Provisor y Vicario general Gobernador de  
la Mitra.—DÍAZ.—Una rúbrica.—LUIS G. TOR-  
NEL.—Pro. Srio.—Una rúbrica.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL D

## I.

### DEFINICION DEL ESCAPULARIO Y SU EXPLICACION.

P. ¿Qué es el Escapulario de nuestra Señora del Cármen?

R. Una pieza que consta de dos cuadros de algun tejido de lana, de color gris, leonado ó negro, unidos entre sí por dos cintas ó cuerdas de cualquier color y materia, cuya pieza se lleva de dia y de noche de manera que caiga uno de los cuadros sobre el pecho y otro sobre las espaldas.

P. ¿Porqué esa pieza se llama Escapulario?

R. Del latin *scapula*, que significa espaldas porque cuelga sobre ellas.

P. ¿Porqué decís que los cuadros deben ser de lana?

R. Porque de lana son los hábitos religiosos que abrevia y representa. Y preguntada la S. Congregacion de Indulgencias si para los Escapularios necesaria y exclusivamente se ha de usar materia de lana, ó si puede ser de algodón, respondió que precisamente debe ser de lana. (20 de Julio de 1868 á lo 1º)

P. ¿Porqué explicáis que de algun tejido: qué significa esa expresion?

R. De ninguna manera, pues el delegado

R. Porque tambien se preguntó con la misma fecha, si debia ser tejido, ó podria ser hecho el escapulario de gancho, malla, punto de agujas,, etc. y se respondió, que ha de ser tejido propiamente dicho y no de otro modo. Mas el Consultor añadió, que no es preciso que sea paño ó pañete, sino que puede ser saya, ú otro tejido cualquiera que sea de lana. (A lo 2º)

P. Explicad lo del color gris, leonado ó negro.

R. Explico y digo: que habiendo habido muy vivas y largas discusiones acerca del color del escapulario, la S. Congregacion de Indulgencias las dirimió contestando: que el color carmelita no es necesario para la validez de la admision, con tal que se haga uso de otro semejante, ó del negro. (12 de Febrero de 1840.) Y nombramos esos colores gris, leonado ó negro, porque así respondió el General de los Carmelitas en 12 de Agosto de 1846.

P. Porque decís que los cuadros estar unidos por cuerda ó cinta de cualquier color y materia?

R. Porque no forman esos vinculos parte del escapulario, sino solo sostienen sus piezas; y así el mismo General, en sus Respuestas á varias dudas, dice que el Escapulario puede estar unido de ambas piezas por medio de una cuerda ó cinta. Y lo mismo pasa con los otros

escapularios de la Pasion, de la Inmaculada Concepcion, etc. pues basta la materia y el color en los cuadros, y no en las cintas que los unen. (A lo 9º)

P. ¿Porqué decís que el Escapulario se ha traer de dia y de noche?

R. Porque la Santisima Virgen prometió que se libraria del infierno quien muera con dicho Escapulario; y como de dia y de noche podemos morir, preciso es traerlo siempre. Y además, el tiempo que no se trae se pierden las indulgencias y gracias anexas, á no ser que fuere corto. Así el Padre General en su Respuesta, (A lo 20º)

P. ¿Porqué explicais que debe caer un cuadro sobre el pecho, y otro sobre la espalda?

R. Porque la S. Congregacion de Indulgencias decidió: que no vale el llevarlo consigo en el bolsillo, ni en el cinto, ni por entre un hombro y bajo del otro brazo, sino que ha de pender hácia el pecho y la espalda como el hábito religioso que abrevia y representa. (12 de Febrero de 1840.)

## II.

### NUEVAS DUDAS Y MAYORES ACLARACIONES.

P. ¿Acerca de los cuadros de lana desearia saber si por mayor elegancia no podrian cambiarse en la forma redonda, ó estrellada?

R. De ninguna manera, pues el delegado

R. La S. Congregacion responde sobre esto que no se hagan innovaciones, y el Consultor nota que la pieza del hábito religioso á que el escapulario corresponde, siempre ha terminado en ángulos rectos. Por lo cual no se admiten elegancias de esa clase. (18 de Agosto de 1868, á lo 5º)

P. ¿Puede ponerse la cruz ó la imágen de la Virgen María sobre los cuadros del Escapulario?

R. No hay necesidad de poner nada absolutamente; pero la S. Congregacion de Indulgencias resolvió que si se puede con tal que no tapen el cuadro, y que se pueda ver el color. Y esto aunque los símbolos no sean de lana. Y nota el consultor que en el hábito religioso no se ponen signos ningunos. (A lo 3.º y á lo 4.º)

P. Deseo mucho saber si con las mismas cintas se pueden colgar dos ó mas escapularios, ó coser uno contra otro para llevarlos con mas facilidad?

R. La S. Congregacion de Indulgencias permitió llevar con unas solas cintas varios escapularios, siendo íntegros los cuadros y del debido color, y muchas personas así los usan; pero llamamos la atencion á la siguiente disposicion que por muy moderna todavia no es conocida entre nosotros, y por su importancia traducimos íntegra. “Desde principios de este siglo, comenzó á acostumbrarse dar á un mismo tiempo cuatro escapularios: el de la Santísima

Trinidad, el del Carmelo, el de la Inmaculada Concepcion y el de los Dolores de María, á los que últimamente se añadía el quinto, de la Pasion. La facultad de bendecir é imponer estos escapularios, concedida primero á algun instituto religioso, principalmente en tiempo de misiones, despues se estendió á sacerdotes seculares, aun fuera de mision. Y aunque ésta práctica haya servido para facilitar la recepcion de dichos escapularios, fué, empero, ocasion para que se dismuyese el principal honor que daban los fieles al escapulario carmelitano, y para que se entibiara su fervor y devocion hácia el mismo. Mas la gran recomendacion que le viene de la nobleza de su origen, de su venerable antigüedad, de su estendidísima propagacion, de sus saludables efectos y los milagros que por él se han obrado, parecen exigir alguna honrosa distincion en el rito de su recepcion, y que no se dé mesclado con los otros como uno de tantos, sino distintamente, como la Virgen Santísima en primitiva institucion lo dió á San Simon Stok como marca y señal propia de su Orden. De aquí resultaria indudablemente que se guarde íntegra la singular y constante devocion en todo el orbe hácia este sacro mariano Escapulario, que como por antonmásia así se llama, y que se funda en los especiales favores, gracias y privilegios que la piadosísima Virgen prometió á los que portasen devotamente esta señal de su predileccion. Considerando aten-

R. De ninguna manera, pues el delegado

tamente estas cosas el actual Vicario de la Orden Carmelitana de la antigua observancia, el Rmo. P. Angel Savini y deseando fomentar el honor y la devocion al santo escapulario de la B. M. V. del Monte Carmelo, y accediendo á las instancias de los frailes de su Orden, propone á esta S. Congregacion de Indulgencias y SS. Reliquias, la discusion de la duda siguiente: "Si acaso sea conveniente, por causa de honor y devocion, bendecir é imponer el escapulario de la B. M. V. del Monte Carmelo, mas bien separado y distintamente, que en globo y mezclado con los otros? Los PP. respondieron (en 26 de Marzo de 1887) *afirmativamente*; y que se consulte al Santo Padre para que revoque los privilegios perpetuos concedidos á los Ordenes religiosas de imponer este escapulario mezclado con los otros. Y el Sr. Leon XIII en audiencia del 27 de Abril del mismo año, aprobó ésta respuesta y decretó que los que tengan ese indulto solo lo disfruten por 10 años, transcurridos los cuales, no vuelva á concederse." Ahora bien, de no poderse dar el escapulario carmelitano junto con los otros por honor y devocion, parece seguirse que tampoco se debe llevar mezclado con ellos en el cuello. De otro modo daria el resultado de confundirlo con ellos, y disminuir su aprecio entre los fieles, que es lo que se trata de evitar.

P. Acerca del modo de portarlo, pregunto: ¿és preciso que vaya adherido á la piel?

R. La S. Congregacion de Indulgencias, respondió que no es preciso que toque físicamente al cuerpo; sino que basta que se lleve sobre los vestidos. (26 de Julio de 1855.)

P. ¿Y se podrá llevar ostensiblemente sobre los vestidos exteriores?

R. Esta es cuestion de prudencia: en nuestros tiempos en que ésta manifestacion de signos religiosos atrae las burlas de los impíos y aun persecuciones á la Iglesia, no parece conveniente el hacerlo. Salvo especialísimas circunstancias que no pueden especificársé.

P. ¿Y cuando hay que cambiar el Escapulario, necesita bendicion el nuevo que lo sustituya?

R. Se ha decidido que no hay necesidad de bendecirlo, porque el primero bendice á los otros. (27 de Marzo de 1855.)

### III.

#### ACLARACIONES ACERCA DE LA BENDICION

#### E IMPOSICION.

P. ¿Quién puede imponer el Escapulario?

R. Los religiosos carmelitas y los sacerdotes facultados para ello por el Provincial ó General de los mismos.

P. ¿Y el que está facultado, puede facultar á otro?

R. De ninguna manera, pues el delegado



no puede delegar; y así se decidió á 22 de Agosto de 1842.

P. ¿Y en donde se puede recibir el escapulario?

R. Se resolvió que en cualquier lugar decente, como en la sacristía, y mejor en la Iglesia ú oratorio; y el enfermo, en su lecho, sea en su casa ó en el hospital. (*Resp. del Gen. A lo 6° y 7°*)

P. ¿Y el que ha dejado por negligencia el Escapulario, y no lo porta hace mucho tiempo, necesita nueva imposición?

R. No la necesita, sino solo tomar de nuevo el Escapulario bendito. (*Ibid. A lo 23°*)

P. ¿Y el que lo dejó por desprecio é impiedad?

R. Aunque hay opiniones de que entonces habria necesidad de nueva imposición, no consta, y la respuesta anterior es general y no excluye este caso.

P. ¿Y cuando al imponer el Escapulario á gran número de personas, faltan piezas: podrán recibirse á los que falten con los escapularios ya recibidos por otros?

R. Si pueden recibirse de ese modo, con tal que despues, los que carecen de Escapulario, tomen alguno precisamente bendito. (*20 de Junio de 1868 á lo 1°*)

P. ¿Es preciso tener el Escapulario en la mano durante la bendición?

R. El General en sus Respuestas, dice que no hay tal precision (*A lo 15°*)

P. ¿Puede un seglar repartir escapularios benditos por quien tenga facultad, quedando de este modo los que los toman incorporados en la Cofradía?

R. El Obispo de Santa Fé, en Nuevo México hizo esta misma pregunta; el caso se discutió mucho y se respondió negativamente; y el Sr. Pio IX confirmó la respuesta á 18 de Setiembre de 1862. El Consultor de la S. Congregacion de Indulgencias advirtió que bien podrian repartirseles escapularios á los fieles dispersos, que ya los hubieren recibido antes, de sacerdote autorizado. Pero en el caso propuesto sería gravísimo abuso.

P. ¿Y los infantes podrán ser recibidos?

R. Consultada sobre este punto la S. Congregacion de Indulgencias, respondió: que bien pueden ser inscritos los niños aun acabados de bautizar, y que, cuando sean capaces, pueden lucrar las indulgencias correspondientes. (*27 de Agosto de 1864.*)

#### CONDICIONES ESENCIALES PARA LA

#### VALIDEZ DE LA ADMISION.

P. ¿Cuántas condiciones se necesitan esencialmente para ser recibido en la Cofradía?

R. Solamente tres: la bendicion, la imposicion y la inscripcion. (24 de Agosto de 1844)

P. ¿Cuál es la bendicion?

R. La del Escapulario hecha la primera vez por quien tenga facultad; pues en lo sucesivo ya dijimos que no se necesita bendecirlo.

P. ¿Cuál es la imposicion?

R. La ceremonia de poner el sacerdote por si mismo el Escapulario al cuello de quien lo recibe; pues no basta recibirlo el fiel en las manos y ponerse él solo. (*Resp. del General, A lo 17º*)

¿Cuál es la inscripcion?

R. El anotar el nombre del que se recibe, por escrito, para enviarlo á la Cofradía mas cercana. Y nótese bien que aunque el Sr. Gregorio XVI en 30 de Abril de 1838, por indulto especial eximió del cargo de inscribir en el catálogo los nombres de los cofrades, y en este sentido se han dado varias respuestas; pero el Sr. Leon XIII, rogado para que extendiese este indulto á otras Cofradías, lo rehusó; y haciéndose á la S. Congragacion de Indulgencias esta pregunta: ¿Si acaso conviene estender á otras cofradías, el indulto del Sr. Gregorio XVI por el cual se eximen los sacerdotes de inscribir los nombres de los fieles que reciben el Escapulario del Carmen? Respondió en 26 de Marzo de 1887: "*Negativamente; y aun conviene suplicar al Santo Padre que revoque el indulto gregoriano.*" Y en 27 de Abril del

mismo año, el Sumo Pontífice ratificó el parecer de los Cardenales, y *revocó* el indulto del Sr. Gregorio XVI. De suerte que en la actualidad, la inscripcion es de todo punto esencial. Y es muy necesario el tenerlo presente.

V.

REQUISITOS PARA GANAR LAS  
INDULGENCIAS.

P. ¿Qué se necesita para lucrar las indulgencias anexas al Escapulario?

R. No hay que confundirlas con la gracia Sabatina que es cosa diversa, y necesita especiales condiciones. Para ganar las indulgencias concedidas al Escapulario, definió la S. Congregacion de Indulgencias, que no se necesita ni guardar abstinencia ninguna los miércoles, ni recitar siete Padres Nuestros y Ave Marías; sino solo las oraciones y obras prescritas por los Sumos Pontífices, así como el llevar continuamente el Escapulario pendiente del cuello, cubriendo con una parte el pecho y con la otra las espaldas. (12 de Febrero de 1840.)

P. ¿Me parece extraño que nada se necesite sino llevar el Escapulario.

R. Pues no obstante, nada es mas cierto; las otras condiciones se requieren para ganar la gracia Sabatina, no para ser cofrade, ni para

ganar las indulgencias pontificias, y así lo enseña tambien el General en el número 27 de sus Respuestas.

VI.

REQUISITOS

PARA LA GRACIA SABATINA.

P. ¿A qué se llama gracia Sabatina?

R. A la promesa que hizo la Virgen María al Papa Juan XXII, de librar del Purgatorio en el Sábado despues de su muerte, á las almas de los cofrades del Escapulario que llenasen ciertas condiciones.

P. ¿Cuáles son, pues, estas condiciones?

R. La primera, portar continuamente el Escapulario; la segunda rezar cada dia el Oficio parvo de la Virgen María, la tercera, guardar castidad conforme á su estado. (*Resp. del P. General. A lo 29º*)

P. ¿Pues y los ayunos y abstinencia tan celebrados?

R. Los que no sepan leer, en lugar del Oficio, cumplirán con los ayunos mandados por la Iglesia, y guardarán abstinencia los miércoles y sábados. Pero nótese que solo obliga esto, á falta del Oficio. (*Resp. A lo 29º*)

P. ¿Y el que ni sabe leer ni puede guardar ayunos ni abstinencia?

R. Dice la S. Congregacion de Indulgencias que: "habiendo grave impedimento, no estan obligados los fieles, ni á los ayunos, ni á rezar el Oficio, ni á las abstinencias de miércoles y sábados; que se les aconseje, someterse al juicio de un confesor docto y prudente que les imponga una conmutacion." (12 de Agosto de 1840) Nótese que no manda, sino solo aconseja el pedir la conmutacion; pero que habla del caso de grave impedimento, que entre nosotros por la debilidad y poca salud, existe muy á menudo. En rigor, pues, no es necesaria en este caso la conmutacion.

P. ¿Y los siete Padres nuestros y Ave Marías?

R. Son piadosas costumbres, ó conmutaciones particulares, pero no requisitos esenciales. Lo mismo digo de las novenas, procesiones, rezo del Oficio en comun, etc. son actos piadosos que deben promoverse; pero nunca son de la sustancia de la Cofradía, ni requisitos para gozar de sus privilegios.

P. ¿Y las limosnas ó jornales, son indispensables para lucrar las indulgencias?

R. Las limosnas son indispensables para sostener el culto, decorar los altares, celebrar las fiestas de la Virgen María, etc., y así los fieles harán muy bien en proporcionarlas; pero de ninguna manera, ni en esta Cofradía, ni en las otras, son necesarias para lucrar las indulgencias. La Iglesia tiene gran cuidado de apartar

toda sospecha de lucro en materia de indulgencias; y por eso ha definido varias veces, que todo objeto indulgenciado que se dé por dinero, aun cuando sea por su justo precio, y aun por limosna, por el mismo hecho pierda para siempre todas sus indulgencias, lo cual deben tener bien entendido los fieles para no engañarse ó ser engañados. (2 de Octubre de 1840 y 12 de Julio de 1847.)

VII.

ACLARACIONES SOBRE LOS REQUISITOS  
PARA LA GRACIA SABATINA.

P. ¿Quién estableció las tres condiciones para ganar la gracia Sabatina?

R. La misma Virgen Santísima, como lo refiere el Papa Juan XXII en su Bula llamada tambien Sabatina. Y por esto ningun sacerdote está facultado, cuando no hay necesidad, para conmutar estas condiciones, prescribiendo v. gr. el Rosario ó corona en vez del Oficio.

P. ¿Y qué oficio debe rezarse, y cómo? ¿Bastará repartirlo en tres dias?

R. La Virgen María habló del rezo de las horas canónicas, y á ellas pertenece el Oficio mayor, con el cual cumplen los que le rezan, y tambien el Oficio parvo. Está definido que debe ser el del rito romano: que se ha de rezar cada dia, y que ha de ser todo entero, ménos

los Maitines, de los cuales se reza solo el nocturno correspondiente. (El Sr. Pio IX en audiencia tenida ante el Cardenal Prefecto, en 18 de Agosto de 1868, Respuestas á lo 1º, 2º, 3º y 4º)

P. ¿Y en cuanto á la castidad, cómo debe observarse?

R. Cada uno conforme á su estado, conyugal, vidual ó virginal, como lo explicó la misma Virgen María; pero esto no es por voto, ni obligacion especial, sino como una resolucion ó simple promesa. Ni tampoco estorba el pasar al estado del matrimonio. Y así se enseña en unas instrucciones que se transcriben en el Suplemento de los decretos auténticos de la S. Congregacion de ritos en la palabra *Scapulare*.

P. ¿Y de los ayunos y abstinencias qué me decís?

R. Que en cuanto á ayunos no impone ninguno nuevo, sino solo se recomienda guardar los prescritos por la Iglesia. En cuanto á abstinencias, el P. Mauré en su "Cristiano instruido en la naturaleza y uso de las indulgencias" habla de miércoles, viérnes y sábado; pero la Santísima Virgen solo mandó la del primero y último dia, y no la del viérnes. Este autor y otros, incluyen el viérnes porque es de abstinencia en aquellas regiones; pero

en la nuestra estamos dispensados de ella. Tambien se excluye de la abstinencia el dia de la Natividad de Nuestro Señor cuando cae en miércoles ó en sábado, y en la misma Bula se expresa esa escepcion.

P. ¿Y el sacerdote que está facultado para imponer los escapularios, puede conmutar estas obras en caso de necesidad?

R. Segun el tenor de sus facultades. Ordinariamente se le faculta para ello, y aun puede hacer esta conmutacion fuera del confesionario. (22 de Junio de 1842)

P. ¿Y cuando hay grave inconveniente, obliga la conmutacion?

R. La S. Congregacion de Indulgencias dice *consulendi*, que se debe aconsejar; y no sabemos porqué el P. Maurel en su obra citada, aduciendo el decreto, traduce: "se debe obligar" á los fieles á que se sometan en este caso á un confesor docto y prudente á fin de obtener alguna conmutacion. "Cualquiera vé la diferencia que hay entre *obligar y aconsejar*.

P. ¿Y no hay que rectificar á este autor que tanto anda en manos de los fieles en alguna otra parte?

R. Sí, y en un punto muy interesante. Dice que la inscripcion en la Cofradía no es ya necesaria; pero que es conveniente y consolador el hacerse anotar en los registros. Es-

te autor se apoya, como todos los que hasta aquí han enseñado lo mismo, en el indulto del Sr. Gregorio XVI; pero ya hemos dicho que este indulto ha sido revocado el año pasado por el Sr. Leon XIII.

P. ¿Y los que seben leer ¿no podrán por sí mismos conmutarse el rezo del Oficio en los ayunos y abstinencias?

R. El P. General, en sus Respuestas, contesta, que no es libre el fiel para cambiar á su arbitrio lo que la Santísima Virgen ha impuesto; por lo cual se ha de exhortar á los fieles á que observen al pié de la letra lo prescrito. (A lo 31.)

## VIII.

### PRIVILEGIOS DE LOS COFRADES.

P. ¿Puede uno ser y llamarse cofrade donde no está establecida la Cofradía?

R. Aunque el Sr. Leon XIII decretó que no pueden recibirse los ausentes en las Cofradías; pero se explicó despues que esto se entiende de las Cofradías locales encerradas en ciertos límites; no de aquellas que están establecidas en la Iglesia universal como la del Carmelo; y así los que reciben el Escapulario son y se llaman cofrades, aunque no haya erigida en su lugar cofradía, iglesia ni altar de la Virgen del Cármen, y entonces ganarán las indul-

gencias visitando sus Parroquias respectivas.  
(17 de Diciembre de 1870, á lo 2º)

P. ¿Cuáles son los privilegios de dichos co-  
frades?

R. 1.º Entrar á la parte en todas las buenas obras y bienes espirituales de la religion del Cármen, 2.º contar con la proteccion especial de la Virgen María; 3.º ser libertados de las llamas eternas; 4.º salir cuanto antes del Purgatorio, principalmente en dia sábado; 5.º lucrar copiosísimas indulgencias.

P. ¿Podreis mencionar las principales?

R. Plenaria el dia de la admision; plenaria en artículo de muerte, que puede aplicar cualquier sacerdote aprobado, á falta de encargado especial, segun última declaracion de la S. Congregacion de Indulgencias en 27 de Abril de 1887; plenaria un domingo cada mes asistiendo á la procesion de la Cofradía; plenaria en las siete fiestas principales de la Santísima Virgen y en las fiestas de los santos de la Orden. Las plenarias de Nuestra Señora del Cármen, y santa Teresa se pueden ganar en cualquier dia de su octava.

P. ¿Es de todo punto cierto el privilegio sabatino?

R. El sabio Pontífice Benedicto XIV, tratando de la fiesta de Nuestra Señora del Cármen, dice que es cierto y que no se puede dudar de él; el doctísimo Raynaud en un libro erudito, que se titula: "El Escapulario ilustrado

y defendido," lo demuestra y defiende, y finalmente, los Padres Carmelitas han sido autorizados por la Santa Sede para predicarlo. Así, sería suma temeridad é impiedad el dudarle. Si alguno no gana esa gracia, será por que no cumplió exactamente las condiciones, en especial la guarda de la púreza; si bien arrepintiéndose de las culpas se recobran los derechos perdidos.

P. ¿Y las leyes que deben guardar los co-  
frades obligan en conciencia?

R. Son leyes de amor y gratitud que no obligan á pecado; excepto las que tambien son prescritas por Dios y por la Iglesia como la castidad y los ayunos. No obstante, el que las omite, pierde las gracias anexas, y si es mucha su negligencia, puede llegar á culpa venial contra el cuidado debido de su salvacion. *Así el General en el número 26 de sus Respuestas.*

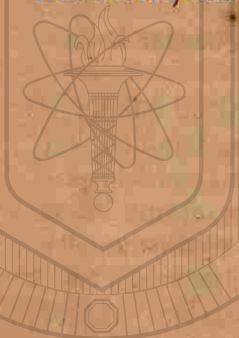
P. ¿Qué consecuencias podemos sacar de todo lo dicho?

R. Que el que no toma el Escapulario, desprecia un medio facilísimo para salvarse, y es por lo ménos un nécio; que el que lo toma y no guarda sus leyes es un ingrato; y el que tomándolo, es exacto en su cumplimiento, es verdaderamente dichoso y tendrá que alegrarse eternamente de su diligencia.

P. ¿Y qué podemos advertir en tantas decisiones y decretos de la Iglesia?

R. Que esta buena Madre tiende constan-

temente á facilitar á los fieles la adquisicion de este tesoro, contentándose con lo estrictamente necesario, favoreciendo la libertad contra exigencias demasiadas, y derramando con liberalidad sus gracias sobre este medio tan sencillo, tan fácil y tan eficaz de salvacion. Y para nuestro objeto, basta lo dicho. Que el Escapulario virginal de María, nos salve á tí y á mí, querido lector, son mis deseos.



FIN.

# APARICION,

REVELACIONES Y MILAGROS

## DE LA VIRGEN SANTISIMA

EN UN MONTE DE LOS ALPES

LLAMADO

## LA SALETA,

EL DIA 19 DE SETIEMBRE DE 1846.

POR

D. FLORENCIO SANZ.

*Opera Dei revelare et confiteri honorificum est. (TOB, XII, 7.)*

Hay honor en descubrir y publicar las obras de Dios.

Con las licencias ordinarias.

SAN LUIS POTOSI. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Reimpreso por Silverio Maria Velez.

1874.

temente á facilitar á los fieles la adquisicion de este tesoro, contentándose con lo estrictamente necesario, favoreciendo la libertad contra exigencias demasiadas, y derramando con liberalidad sus gracias sobre este medio tan sencillo, tan fácil y tan eficaz de salvacion. Y para nuestro objeto, basta lo dicho. Que el Escapulario virginal de María, nos salve á tí y á mí, querido lector, son mis deseos.



FIN.

# APARICION,

REVELACIONES Y MILAGROS

## DE LA VIRGEN SANTISIMA

EN UN MONTE DE LOS ALPES

LLAMADO

### LA SALETA,

EL DIA 19 DE SETIEMBRE DE 1846.

POR

D. FLORENCIO SANZ.

*Opera Dei revelare et confiteri honorificum est. (TOB, XII, 7.)*

Hay honor en descubrir y publicar las obras de Dios.

Con las licencias ordinarias.

SAN LUIS POTOSI. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Reimpreso por Silverio Maria Velez.

1874.





Virgen Santísima de La Saleta.

## INTRODUCCION.

---

"No os inquieteis de nada; no lloreis: el remedio existe, y Dios no tardará en manifestar de nuevo la superioridad de su espíritu sobre la sabiduría y la malicia del mundo: la Religión está siempre viva, y siempre tiene el poder de los milagros."

Esto escribía, en el año de 1830, desde Sevilla, á sus amigos de Francia el MARQUES DE CUSTINI, dulcemente conmovido por las tiernas impresiones que todos los dias recibia su corazon al contemplar su viaje de tres años por España, la fé, las costumbres, la sencillez, la religiosidad y la abnegacion de los españoles. Escribia no como uno de tantos viajeros franceses que, pasando rápidamente de un extremo al otro de la Península, hablan de todo, y todo lo ridiculizan y condenan, porque, dominados del orgullo; como dice el mismo marques, "los franceses principian sus viajes despreciando todo lo que no es frances, y esta es la causa porque juzgan tan pronto y conocen tan mal las naciones extranjeras." Escribia en fin, como un hombre imparcial que viaja por gusto, y sin mas objeto que observar, estudiar y comparar.

Pero si el marques repitiera hoy su viaje, ¿podria formar de la España el mismo juicio que formó en 1830 y espresarse en aquellos términos? Nos parece que bien se puede responder negativamente, porque un período de treinta y dos años ha cambiado casi toda la generacion de entónces; y si bien la gran mayoría de los españoles conserva la fé de sus abuelos, tambien es verdad que no hay clase alguna en la sociedad actual en que no hayan tenido entrada y tomado una estension espantosa el egoismo, la codicia, la indiferencia religiosa y la relajacion de las costumbres. Notaria todo esto, y veria el escándalo con que se blasfema en las familias y en las calles de las ciudades y aldeas. Veria á la obscenidad pasearse públicamente, ostentando su impunidad y su descaro, é insultando á todos los instintos del pudor. Veria la profanacion escandalosa que se hace del dia festivo hasta por hombres que, preciándose de buenos cristianos por la exterioridad de pertenecer á escuelas y asociaciones piadosas, dan todos los dias de fiesta testimonios inequívocos de que tienen puesto su corazon y su interes en el taller y en la tienda de compra y venta, no en la obediencia á su Dios ni en la obligacion en que están de dar buen ejemplo santificando ese dia, que no es suyo. Observaria la burla que se hace del ayuno y la vigilia, y diria lo que ha dicho el Soberano Pontífice Pio IX: "Dos grandes azotes amenazan: "yo menos tengo que temer de la impiedad declarada que de la indiferencia religiosa y del respeto humano." Al frente de este cuadro desgarrador, que tendria á la vista, imploraria el marques para la España lo que imploran el Episcopado y las almas buenas; pediria á Dios que la socorriese con

un prodigio como aquel con que socorrió á la Francia, en el año de 1846.

No hay duda que si los españoles fuéramos socorridos por la Divina Misericordia con una aparicion de la santísima Virgen Maria como la que tuvo lugar aquel año en un monte llamado LA SALETA, tendria el milagro en España iguales ó mayores resultados que aquellos que tuvo y sigue teniendo en Francia y en otros puntos de Europa; mas, ya que no merezamos tanto favor, al menos, que tampoco será necesario si nos aplicamos á corregir los males por los medios que Dios ha puesto en nuestras manos.

Estimúlenos á ello esa milagrosa aparicion, su objeto y consecuencias: contemplemos los prodigios del acontecimiento entónces y desde entónces, y temamos los castigos que se anunciaron por la boca de la Reina de los Ángeles cuando, desentendiéndose de casi todos los pecados horribles que se cometen en el mundo, dijo que los que mas han cargado el brazo de su Hijo, próximo á caer sobre nosotros, son la blasfemia, la profanacion del dia festivo, único que se reservó para sí, y la violacion del ayuno y la vigilia.

Temamos, sí, porque nuestra situacion sobre estos crímenes no es mas lisonjera que lo era la de Francia cuando allí tuvo lugar el grande acontecimiento: no olvidemos que hablando la Virgen de su PUEBLO, lo hizo de todo el Catolicismo, y acudamos á la Religion, pues ella, como dijo el marques de Custini, siempre tiene el poder de los milagros, y hará el de reconciliarnos con su Divino Fundador.

Para conseguir el estímulo ya indicado extractaré en este libro todo lo que hay de mas notable en los muchos que se han publicado en frances por señores

Obispos, canónigos y personas elevadas en ciencia y rango, y las opiniones del Soberano Pontífice y Cardenales; pues todos reconocen la verdad de la milagrosa aparición y sus prodigiosas consecuencias. Todos creen que dos niños ignorantes no han podido hablar sin estar ocupados del espíritu de Dios, como han hablado, ya juntos, ya separados, ante autoridades civiles y eclesiásticas, ante Obispos y personas respetables, en los momentos inmediatos á la aparición, en los cuatro años siguientes á ella, y siempre, y finalmente hacerse superiores á todas las promesas, á todas las amenazas, á todas las invenciones, interrogatorios y diligencias puestas en juego, muchas con amañó meditado, ya para ver si se les encontraba en contradicción consigo mismos, ya para que no hablasen de lo que la Virgen les mandó hablar, y ya para que revalasen lo que les encargó tener en secreto.

Vengan los incrédulos, vengan los indiferentes á ver Obispos y autoridades que se confiesan vencidos ante dos pastorcitos sin educación de ninguna clase, ordinarios en sus modales, distraídos y revoltosos, particularmente el uno, como todos los de once años de edad, que de todo hablan como niños, y al tocarles cualquiera cosa relativa á la aparición se muestran sabios como los Santos Doctores, firmes como los mártires y respetuosos como los hombres mejor educados.

Lean todos, contemplan los hechos que vamos á referir, tomados de documentos auténticos, y reconocerán indudablemente que también hay milagros en nuestros días, y que se cuentan á cientos los prodigios de la aparición, porque prodigio es cuanto dejamos dicho de los niños; prodigio las peregrina-

ciones anuales de miles de franceses, alemanes, suizos é italianos al monte de La Saleta; prodigio el levantamiento casi instantáneo de dos conventos, una grande Iglesia y otros edificios consagrados á la piedad de los fieles en aquel paraje árido y solitario, conocido solamente de los habitantes del pueblo inmediato hasta el año de 1846, y hecho desde entonces memorable para toda la Europa; prodigio el cambio de conducta y de costumbres de las poblaciones de todo el distrito; prodigio el horror á la blasfemia y á la infracción de los preceptos de la Iglesia, y prodigios las infinitas curaciones debidas al agua que desde el día de la aparición mana la inolvidable fuente de La Saleta. Esta es mi creencia y la de cuantos han visitado, escrito ó meditado los sucesos de La Saleta; pues aunque la incredulidad, como era natural, ha tenido escritores en Francia que han ridiculizado en periódicos impíos el milagro de la aparición y los prodigios que le han sucedido, aquellos escritos han sido destruidos con hechos públicos, con otros escritos defensores de la verdad, y por confesiones públicas de infinitos personajes que han hecho el viaje como incrédulos y han vuelto confesores á muchas naciones de Europa.

Pero la lectura debe tener mas extensión que la del conocimiento de los hechos por mera curiosidad. La misión de la Virgen Santísima nos toca á todos, y contra todos está preparado el castigo, porque si bien no todos blasfemamos ni faltamos á los preceptos de la Iglesia, el número de los que lo hacen, cualquiera que sea la nación y la conducta indiferente de las autoridades, constituye pueblo. En el otro mundo no se castigan los pecados de los pueblos, sino de los individuos; aquí en la tierra es en

VIII.

donde los pueblos son castigados como tales, y de un castigo general no están exceptuados los hombres buenos. Dios permite muchas veces, para sus altos y ocultos fines, que tambien padezca el inocente. Así, pues, ya que desde las cimas de los Alpes nos habla la Reina de los ángeles, no séamos sordos á los acentos de su voz maternal.



## APARICION.

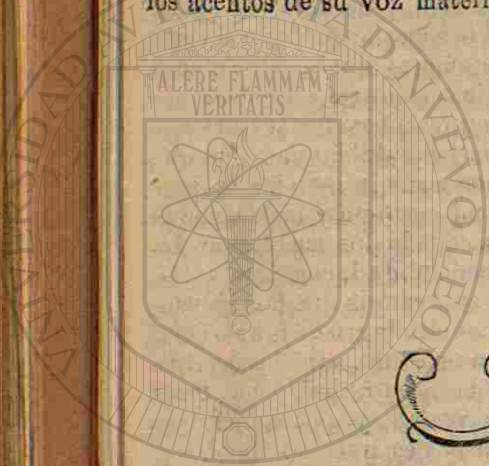
I.

DESCRIPCION DEL TERRITORIO. APARICION Y REVELACIONES.

En la parte de los *Alpes* correspondiente al territorio francés hay un distrito municipal que se llama *el canton de Corps*, y pertenece al obispado de Grenoble en el departamento del *Isère*. De este distrito es el lugar de *La Saleta*, que dista legua y media muy larga de la villa de Corps, subiendo á los Alpes, y el nombre lo toma de una gran montaña que lo tiene. La aldea de La Saleta está en medio de aquellos, y su poblacion, compuesta de unos ochocientos habitantes, se halla dispersa en diez barrios muy próximos unos de otros: el mas lejano, siempre subiendo, es el de *Los Ablandines*. A una legua en direccion á la cima de los Alpes, marchando sobre precipicios, se encuentra una meseta ó llanura, llamada *Sous-les-Buis*, cerrada por tres montañas cuyos picos se elevan de cuatro á seis mil piés sobre el nivel del mar, la llanura está cubierta de buenas yerbas, y no hay en ella árbol ninguno; casi tampoco se encuentran piedras. En ella hay un pequeño barranco, por el cual descende un arroyuelo, llamado *Sezia*, y cerca del arroyo se encuentra una fuen-

VIII.

donde los pueblos son castigados como tales, y de un castigo general no están esceptuados los hombres buenos. Dios permite muchas veces, para sus altos y ocultos fines, que tambien padezca el inocente. Así, pues, ya que desde las cimas de los Alpes nos habla la Reina de los ángeles, no séamos sordos á los acentos de su voz maternal.



## APARICION.

I.

DESCRIPCION DEL TERRITORIO. APARICION Y REVELACIONES.

En la parte de los *Alpes* correspondiente al territorio francés hay un distrito municipal que se llama *el canton de Corps*, y pertenece al obispado de Grenoble en el departamento del *Isère*. De este distrito es el lugar de *La Saleta*, que dista legua y media muy larga de la villa de Corps, subiendo á los Alpes, y el nombre lo toma de una gran montaña que lo tiene. La aldea de La Saleta está en medio de aquellos, y su poblacion, compuesta de unos ochocientos habitantes, se halla dispersa en diez barrios muy próximos unos de otros: el mas lejano, siempre subiendo, es el de *Los Ablandines*. A una legua en direccion á la cima de los Alpes, marchando sobre precipicios, se encuentra una meseta ó llanura, llamada *Sous-les-Buis*, cerrada por tres montañas cuyos picos se elevan de cuatro á seis mil piés sobre el nivel del mar, la llanura está cubierta de buenas yerbas, y no hay en ella árbol ninguno; casi tampoco se encuentran piedras. En ella hay un pequeño barranco, por el cual descende un arroyuelo, llamado *Sezia*, y cerca del arroyo se encuentra una fuen-

te que al tiempo del acontecimiento estaba seca como en todos los veranos, pues solamente manaba en los inviernos.

El 13 de Setiembre del año de 1546, Pedro Selma, vecino del barrio de Los Ablandines, fué á la villa de Corps con motivo de haber enfermado el pastor que tenia, y suplicó al carretero Giraud, amigo suyo, que le dejase por algunos dias su hijo *Maximino*, de edad de once años, para que le cuidase los ganados, y habiendo accedido á ello, entró Maximino en la casa de Selma, en Los Ablandines, al día siguiente 14 de Setiembre.

En el mismo barrio, y en casa de otro vecino llamado Bautista Fra, servia en ese tiempo de pastora *Melania Mathieu*, jóven de quinze años menos tres meses, hija, como Maximino, de padres muy pobres, y aunque esta y Maximino fueron en aquellos dias á los montes con las vacas de sus amos, no se conocian ni se habian hablado, pues no hacia mas que cuatro que Maximino existia en el barrio.

El 19 del citado mes, por casualidad ó por disposicion de la Divina Providencia, llegaron á juntarse Maximino y Melania en la fuente seca; se dijeron sus nombres, y hablaron lo que es comun en tales ocasiones. Era dicho día Sábado, víspera de la festividad de Nuestra Señora de los Dolores, que la Iglesia celebra en el tercer Domingo de aquel mes. Luego de reunidos oyeron la campana de la parroquia de La Saleta que anunciaba el *Angelus*, y conociendo que eran las doce, comieron su pequeña provision, y subiendo por la orilla del arroyo, fueron á beber á otra fuente, llamada de los *Hombres*. Satisfecha su necesidad, bajaron, pasaron el arroyo, dejaron sus zurrones en el suelo cerca de la fuente seca, descendieron un poco mas, y sintiéndose con sueño, cosa que nunca les habia sucedido en aquellas horas, se durmieron un poco, separado el uno del otro. Oigamos ahora sus palabras literales, tal como sien pre han salido de sus lábios.

*Narracion de Melania.*

“Nos hemos dormido, despues me he despertado la primera, y no he visto mis vacas; he despertado á Maximino.—Maximino: le he dicho: ven pronto, y vamos á ver nuestras vacas.—Hemos pasado el arroyo, hemos subido de frente, y hemos visto en el otro lado nuestras vacas echadas; no estaban lejos. Yo he empezado á bajar la primera, y cuando estaba á cinco ó seis pasos antes de llegar al arroyo, he visto una claridad como el sol, todavía mas brillante, y he dicho á Maximino:—Ven pronto á ver una claridad allá.—Y Maximino ha bajado y me ha dicho:—¿En dónde está?—Yo le he mostrado con el dedo hácia la fuente, y él se ha detenido cuando la ha visto. Entónces hemos visto una Señora en la claridad; estaba sentada y con la cabeza entre las manos; hemos tenido miedo; yo he dejado caer mi palo, y entónces me ha dicho Maximino.—Cógelo; si ella nos hace alguna cosa, yo le daré un buen golpe.—Luego esta Señora se ha puesto en pié, ha cruzado los brazos y nos ha dicho.

“Avanzad, hijos míos, no temais; yo estoy aquí para contaros una gran novedad.”

“Entónces nosotros hemos pasado el arroyo; ella ha avanzado hasta el paraje en que nos habíamos dormido, y estando ella entre nosotros dos, nos ha dicho llorando todo el tiempo que nos hablaba (yo he visto bien correr sus lágrimas):

“Si mi pueblo no quiere someterse, yo me veo forzada á dejar caer la mano de mi Hijo. Es tan fuerte y tan pesada, que ya no puedo sostenerla. ¡Cuánto tiempo há que sufro por vosotros, si quiero que mi Hijo no os abandone, estoy encargada de rogarle sin cesar, y vosotros no haceis caso de él. Mucho teneis que orar; mucho bien que hacer; jamás podreis recompensar las penas que paso por vosotros.

“Os he dado seis dias para trabajar, no me he reservado mas que el sétimo y no quieren concedérmelo: esto es lo que hace tan pesada la mano de mi Hijo.

“Los que conducen carros no saben jurar sin poner en ello el nombre de mi Hijo. Estas son las dos cosas que cargan tanto la mano de mi Hijo.

“Si la cosecha se pierde, es por causa vuestra: ya os lo hice ver en el año pasado por la pérdida de las patatas; pero vosotros no hicisteis caso de ello; al contrario: cuando las ibais encontrando podridas, jurábais y poníais el nombre de mi Hijo. La pérdida va á continuar, pues este año por Navidad no habrá ninguna.”

“Yo no comprendia bien lo que queria decir *patatas*; iba á preguntarlo á Maximino, pero la Señora nos ha dicho en *patois*:

“Ay, hijos míos, no me entendeis! Voy á decíroslo de otro modo. Si las trufas (*patatas*) se pudren, es por causa vuestra: os lo hice ver el año pasado; pero vosotros no habeis querido hacer caso de ello: al contrario, cuando encontrábais trufas podridas, jurábais poniendo el nombre de mi Hijo; van á continuar perdiéndose, pues este año por Navidad no habra ninguna.

“Si teneis trigo, no lo sembréis; todo lo que sembráreis lo comerán los sapos, y si viene algo, caerá en polvo cuando lo batais.

“Vendrá una hambre grande; antes que llegue el hambre, los niños menores de siete años serán acometidos de convulsiones, y con ellas morirán en los brazos de los que los tengan; los demás harán penitencia por el hambre. Las nueces serán malas y las uvas se pudrirán. Si ellos se convierten, las piedras y las rocas se cambiarán en montones de trigo, y las patatas se sembrarán por sí mismas en lo ancho de las tierras. ¿Haceis bien, hijos míos, vuestra oracion?”

“Los dos le hemos respondido:—*Casi nada, Señora.*

“Es, pues, preciso hacerla, hijos míos, por la mañana y por la noche. Cuando no podais hacerlo mejor, rezad solamente un Padre nuestro y una Ave María, y cuando tengais tiempo, rezad mas.

No van á misa, mas que algunas mujeres de edad avanzada, las otras trabajan el Domingo durante todo el verano, y en el invierno van cuando no saben qué hacer; los mozos no van á misa sino para burlarse de la Religion. En la cuaresma se va como perros á la carnicería.

“No has visto, hijo mio, trigo perdido?”

“Maximino ha respondido:—*No, Señora.*—Yo no sabia á cual de los dos ha hecho la pregunta, y he respondido tambien:—*No, Señora,* no he visto todavía. Y dirigiéndose la Señora á Maximino, le ha dicho:

“Tú debes haberlo visto una vez con tu padre, hácia la tierra de Coin. El dueño de la pieza dijo á tu padre que fuese á ver su trigo perdido; tú estabas allí y fuisteis los dos; tú tomaste dos, ó tres espigas, las estregaste en tus manos, y cayó todo en polvo; despues os volvísteis. Cuando todavía os faltaba media hora para llegar á Corps, tu padre te dió un pedazo de pan, y te dijo:—Toma, hijo mio; come pan todavía este año; no sé quien lo comerá en el que viene si el trigo está como este.”

“Maximino ha respondido:—*¡Ay, Señora! Sí; ahora me acuerdo de ello; hace poco que no me acordaba.*—Despues de esto la Señora nos ha dicho en frances:

“Pues bien, hijos míos: vosotros hareis saber todo esto á mi pueblo.”

“Ella ha pasado el arroyo, y ha vuelto á decirnos:—*Pues bien, hijos míos, vosotros hareis saber todo esto á mi pueblo.*

“Despues ella ha subido hasta el paraje á donde nosotros habiamos ido para ver las vacas. No tocaba la yerba; andaba sobre ella: la he seguido con Maximino; yo he pasado delante de la Señora, y Maximino un poco al costado á dos ó tres pasos; y luego esta hermosa Señora se ha levantado un poco en alto (Melania hace una señal elevando la mano para marcar como un metro desde el suelo), luego ella ha mirado al cielo, luego á la

“tierra, y luego no he visto la cabeza, luego no he visto  
 “los brazos, y luego tampoco los piés; no he visto mas que  
 “una claridad en el aire; despues la claridad ha desapare-  
 “cido, y he dicho á Maximino.—*Quizá es una gran Santa.*  
 “—Y Maximino me ha dicho:—*Si hubiésemos sabido que*  
 “*era una gran Santa, le hubiésemos dicho que nos llevase*  
 “*con ella.*—Y yo he dicho:—*¡Ay si estuviese ahí todavía!*  
 “—Entóncas Maximino ha lanzado la mano para coger un  
 “poco de la claridad, pero ya no habia nada. Yo he di-  
 “cho:—No quiere dejarse ver para que no véamos por don-  
 “de va.—En seguida hemos ido á cuidar nuestras vacas.”

Aquí concluye la primera y constante narracion de Me-  
 lania, y sigue la de Maximino, que no discrepa en nada,  
 á menos que no sea en algunas palabras, lo cual sucede  
 hoy mismo entre nosotros, pues cuando dos ó mas perso-  
 nas ven simultáneamente una cosa, no todas emplean des-  
 pues unas mismas palabras para contarla ó referirlas á otras.  
 En el Evangelio se ven tambien diferencias de esta clase.

#### Narracion de Maximino.

“Despues de haber dado de beber á nuestras vacas y co-  
 “mido, nos hemos dormido á un lado del arroyo, cerca de  
 “una fuentecita seca. Despues Melania se ha despertado  
 “la primera, y me ha despertado para ir á buscar nuestras  
 “vacas. Hemos ido á ver nuestras vacas, y las hemos vis-  
 “to echadas al otro lado. Luego, bajando, ha visto Me-  
 “lania una gran claridad hácia la fuente, y me ha dicho:  
 “—*Maximino, ven á ver esta claridad.*—He ido hácia Me-  
 “lania, y luego hemos visto la claridad abrirse, y dentro  
 “una Señora sentada así (el niño se sienta, pone los codos  
 “sobre las rodillas y la cara entre las manos). Hemos te-  
 “nido miedo, y Melania ha dicho.—*¡Ay, Dios mio!*—ha  
 “dejado caer su palo, y yo la he dicho:—*Cógelo: yo tengo*  
 “*el mio; si nos hace alguna cosa, yo le daré un buen palazo*  
 “(al decir esto se sonrie Maximino).—Y la Señora se ha  
 “levantado, ha cruzado los brazos, y nos ha dicho:

“Avanzad, hijos míos; no tengais miedo: yo estoy aquí para  
 “contaros una gran novedad.”

“Y nosotros no hemos tenido mas miedo; luego hemos  
 “pasado el arroyo, la Señora se ha avanzado hácia nosotros  
 “algunos pasos del sitio en que habia estado sentada, y  
 “nos ha dicho:

“Si mi pueblo no quiere someterse, yo me veo forzada á dejar  
 “caer el brazo de mi Hijo. Es tan fuerte y tan pesado, que ya  
 “no puedo sostenerlo. ¡Cuanto tiempo há que sufro por vosotros!  
 “Si quiero que mi Hijo no os abandone, estoy encargada de ro-  
 “garle sin cesar por vosotros, que no haceis caso de ello.

“He dado seis dias para trabajar, me he reservado el sétimo, y  
 “no se quiere concedérmelo, esto es lo que hace tan pesado el  
 “brazo de mi Hijo. Ademas, los que conducen carros no saben  
 “jurar sin poner en ello el nombre de mi Hijo. Estas son las dos  
 “cosas que cargan tanto el brazo de mi Hijo.

“Si la cosecha se pierde, no es por otra cosa que por causa  
 “vuestra. Ya os lo hice ver en el año último por la de las pata-  
 “tas; pero vosotros no habeis hecho caso de ello; al contrario, cuan-  
 “do las encontrábais podridas, jurábais y poniais el nombre de mi  
 “Hijo; van á continuar pudriéndose, y por Navidad no habrá nin-  
 “guna.

“Melania no comprendia bien, y empezaba á preguntar-  
 “me qué era esto, en seguida la Señora ha dicho.

“¡Ay, hijos míos; vosotros no entendeis el francés! Esperad:  
 “voy á deciroslo de otro modo.”

“Y nos ha dicho en *patois*.

“Si la cosecha se pierde, no es mas que por causa vuestra: ya  
 “os lo hice ver el año pasado por las patatas, y vosotros no hicis-  
 “teis caso de ello; al contrario, cuando las encontrabais podridas  
 “jurábais poniendo el nombre de mi Hijo; van á continuar, pues  
 “por Navidad ya no habrá.

“El que tiene trigo que no le s'embre, pues los sapos lo come-  
 “rán, y si vienen de él algunas plantas caerán en polvo al gol-



“pearlas. Ya á venir una gran hambre: antes que el hambre venga los niños menores de siete años serán atacados de convulsiones, y morirán entre los brazos de las personas que los tengan, y los grandes harán su penitencia por el hambre. Si ellos se convierten, las piedras y las rocas se cambiarán en montones de trigo, y las patatas se encontrarán sembradas por sí mismas en las tierras.”

“Después ella nos ha dicho:

“¿Hacéis bien vuestra oración, hijos míos?”

“Los dos le hemos respondido:—*¡Ay! No, Señora; casi nada.* Ella nos ha dicho:

“¡Ay, hijos míos! Es preciso hacerla por la mañana y por la noche. Cuando no tengáis tiempo, decid solamente un Padre nuestro y una Ave María, y cuando tengáis tiempo, decid más.

“No van á misa más que algunas mujeres un poco avanzadas en edad, y las otras trabajan todo el verano y ellos van á misa en el invierno nada más que para burlarse de la Religión. En la Cuaresma van á la carnicería como perros.”

“En seguida ella ha dicho:

“No habéis visto nunca trigo perdido, hijos míos?”

“Yo le he respondido:—*No, Señora; no hemos visto jamás.* Entonces ella me ha dicho:

“Pues tú, hijo mío, debes haberlo visto una vez hácia la tierra de Coim con tu padre. El hombre de la pieza dijo á tu padre:

—Ven á ver mi trigo perdido: Tú fuiste allí, y tomando dos ó tres espigas en la mano, las frotaste y todo cayó en polvo. Después, al volveros, cuando no estábais más que á media hora de distancia de Corps, tu padre te dió un pedazo de pan, diciéndote:—Toma, hijo mío; come este pan, que yo no sé quién comerá pan este año que viene.”

“Yo le he respondido:—*Es verdad, Señora; no me acordaba de ello.* Después ella nos ha dicho en frances:

“Pues bien, hijos míos: vosotros hareis saber todo esto á mi pueblo.”

“Luego ella ha pasado, y á dos pasos del arroyo, sin volverse hacia nosotros, nos ha dicho otra vez:

“Pues bien, hijos míos: vosotros hareis saber todo esto á mi pueblo.”

“Luego ella ha subido unos quince pasos deslizándose por encima de la yerba, como si estuviera suspendida en el aire y alguno la empujase; sus piés no tocaban más que las puntas de las yerbas. La hemos seguido á la altura. Melania ha pasado por delante de la Señora, y yo al costado, á dos ó tres pasos de distancia.

“Antes de desaparecer esta hermosa Señora, se ha elevado como esto (Maximino estiendo el brazo y marca una elevación como metro y medio del suelo), ha estado así suspendida en el aire un momento, y luego nosotros no hemos visto la cabeza, luego no hemos visto los brazos, y luego no hemos visto el resto del cuerpo: parecía retirarse. Después ha quedado una gran claridad, que yo quería coger con la mano y las flores que ella tenía en sus piés; pero ya no había allí nada. Después nosotros estábamos contentos, hemos hablado de todo lo que hemos visto, y hemos ido á cuidar de nuestras vacas.”

Como Maximino habló de flores en los piés, se creyó en las primeras indagaciones de la aparición que sería bueno hacer algunas preguntas á Melania, y se le hicieron las siguientes:

PREGUNTA: ¿No te ha dicho la Señora otra cosa?

RESPUESTA: No, señor.

P. ¿No te ha dicho algun secreto?

R. Sí, señor; pero me ha prohibido decirlo.

P. ¿De que te ha hablado?

R. Si os digo de qué, comprenderéis luego lo que es.

P. ¿Cuándo te ha dado el secreto?

R. Después de haber hablado de las nueces y de las uvas; pero antes que me lo diese me parecía que hablaba con Maximino, y yo no oía nada,

P. Te ha dicho el secreto en francés?

R. Me lo ha dicho en *patois*.

P. ¿Cómo estaba vestida?

R. Tenia zapatos blancos con rosas enderredor; (1) las habia de todos colores, medias amarillas; un delantal amarillo; un vestido blanco lleno de perlas; (2) una capa; (3) un rodacuello blanco con rosas enderredor; (4) una gorra un poco inclinada hacia delante con una corona de rosa enderredor (5). Tenia una cadenita, de la que pendia una cruz con su Cristo: á la derecha de la cruz habia unas tenazas, y á la izquierda un martillo; de las estremidades de la cruz colgaba una gran cadena como las rosas que habia en su rodacuello (6). Tenia la cara blanca, prolongada: yo no podia mirarla mucho tiempo, porque nos deslumbraba.

A Maximino le preguntaron tambien cuándo la Señora le habia dado el secreto, y contestó:

(1) En una narracion muy circunstanciada que hemos visto despues dice: que en los zapatos tenia tambien hebillas de oro cuadradas, que llegaban hasta la punta del pié, con un lazo amarillo en medio.

(2) Y lantejuelas.

(3) Sin duda que en la traduccion, llama capa, á la esclavina ó pañuelo que tenia con las puntas atadas por detras, pues otra version espresa terminantemente que no tenia capa.

(4) Debajo de este rodacuello que es el pañuelo que tenia cruzado por delante sin cerrar, se le veia una camisola muy blanca, y que ajustaba perfectamente al cuello.

(5) Esta gorra era un velo, colocada como la que vulgarmente llamamos falla, y le caia sobre los hombros y la espalda. La corona era de flores de todos colores, y de ella salian hacia arriba, ramitas verdes y de perlas y de rayos de luz, y de esto se formaba una especie de diadema muy hermosa.

A Melania pareció lo que ha descrito hasta aquí respecto al traje de la Señora, pero habiéndole enseñado despues telas de los mismos colores, flores, etc., para que señalase las que se parecian al vestido de la Señora, no encontró ninguna, y lo mismo sucedió en cuanto á la gorra, de modo que los examinadores convinieron en que la gorra era una aureola, y los vestidos y demas, luces celestiales que figuraban vestido.

(6) Esta cadena pendia de las estremidades del pié de la Cruz, pero se cubria con los brazos de la Sma. Virgen, que tenia cruzados delante del pecho metidas las manos dentro de sus anchas mangas. La Cruz, martillo, tenazas y cadena, eran de oro muy brillante.

“Despues que ella ha dicho: Las uvas se podrirán y las nueces serán malas. Entonces la Señora me ha dicho una cosa en francés, diciéndome: No dirás esto, ni esto, ni esto. Ella ha estado un momento en silencio, y me pareció que hablaba á Melania.”

Estas son las narraciones que los dos niños hicieron á sus amos en la noche del día de la aparicion: en la mañana siguiente al cura párroco y al alcalde del pueblo; despues á los Obispos, autoridades y otros, constantemente.

Dejaremos aquí el hilo de la historia de los hechos para dar noticia de las objeciones puestas á lo dicho por la Virgen, á fin de que quede con la claridad que le aleja de toda censura racional; despues volveremos á seguirlo.

## II.

## OBJECIONES PUESTAS AL DICHO DE LA VIRGEN.

Como nada hay en el mundo, especialmente en nuestros dias, que carezca de incrédulos si son favores que la misericordia de Dios dispensa á sus criaturas, se quiso ridiculizar y negar el milagro de la aparicion, suponiendo que si fuera cierto la Virgen Santísima se habria conducido de otro modo; es decir, que segun estos críticos sin criterio ó ignorantes en las Sagradas Escrituras, la Virgen debió conducirse en todo como lo hace una señora en un salon de ceremonia. Véase aquí las objeciones puestas y la contestacion que se dió á cada una por hombres verdaderamente sabios en la inteligencia que merecen las palabras de la Virgen María.

*Primera.* Las palabras de la Santísima Virgen son poco dignas, y es extraño que se haya espresado en *patois*, y que hay<sup>a</sup> dicho que se va á la carnicería como perros.

*Respuesta.* Habiendo elegido la Virgen á los dos pastorcitos para comunicar á su pueblo sus quejas, sus amo-

nazas y sus promesas, ha debido hablarles de modo que pudiesen transmitirlo mas fácilmente, ¿Podia queja se de los infractores de la ley del ayuno y la vigilia de un modo mejor que diciendo que se conducen como viles animales? ¿No leemos en los Profetas espresiones semejantes, reprobadas, quizá, por la delicadeza de nuestras lenguas modernas; pero que no son ni menos enérgicas, ni menos nobles en el estilo bíblico?

Hablando Nuestro Señor Jesucristo á sus Apóstoles, y queriendo acomodarse á su débil inteligencia (Marc. 7) ¿no les dijo:—*¿No comprendéis que toda cosa que de fuera entra en el hombre no le puede hacer inmundo, porque no entra en su corazon, sino que pasa al vientre, y despues se echa en lugares escusados, purgando todas las viandas?*

Y el mismo Salvador (Matt., 15, v. 26), ¿no dijo á la Cananea:—*¿No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros?* Aquí Nuestro Señor Jesucristo compara la desgraciada Cananea á los perros; y la Virgen Santísima, ¿no puede, sin faltar á su dignidad, comparar tambien con los perros á los culpables cristianos, infractores escandalosos de las leyes de la Iglesia? ¿Carece por ventura, de nobleza el Rey David (Ps. 58, v. 7 y 15) cuando, hablando de los enemigos de Dios, dice:—*Perros mudos que no pueden hablar?* ¿Isaías tratándo de los pastores negligentes (56, 10) ¿no les llama *perros muy desvergonzados que no conocieron hartura;* y en el versículo siguiente: *Y padecerán hambre como perros?* Tenemos, pues, lo bastante en esto para convencimiento de lo infundada que es la primera objecion.

*Segunda.* Al decir la Virgen Santísima:—*El que tiene trigo no lo siembre,*—habla contra lo que aconseja la sabiduría y la prudencia.

*Respuesta.* Nos parece que la Reina de los cielos y de la tierra habla aquí como cuando su Divino Hijo dice en San Mateo (cap. 24, v. 17 y 18): *El que esté en lo alto del tejado no descienda de él para tomar alguna cosa en su*

*casa, y el que está en el campo no vuelva á casa para coger sus vestidos.* Y en la víspera de su muerte dijo á sus discípulos (Luc., 22, 36): *El que no tenga bolsa venda su capa y compre una espada.* Ahora bien: ¿queria darles en esto un consejo que debieran cumplir al pie de la letra? No, por cierto: en el primer caso, á los judíos les quiso hacer comprender los males á que se verian reducidos, y en el segundo, á los discípulos queria persuadirles de lo grave de la situacion llena de peligros en que iban á encontrarse luego. Lo mismo, pues, la Virgen Santísima explica en términos enérgicos el hambre que ha de venir si no se convierten, y es lo mismo que deciles: *No sembréis si no os habeis de convertir, porque será inútil la siembra.* Por lo tanto, la segunda objecion no sirve mas que para hacer brillar otra vez el color bíblico del discurso de la Virgen.

*Tercera.* Las promesas hechas por la Virgen son exageradas, pues dice:—*Las piedras y las rocas se cambiarán en montones de trigo, y las patatas se encontrarán sembradas por sí mismas en las tierras.*

*Respuesta.* Tambien aquí las Sagradas Escrituras justifican el lenguaje de la Virgen. Isaías (cap. 11, v. 7 y 8), hablando de los bienes que el Mesías traerá á la tierra dice:—*Entonces el lobo y el cordero habitarán juntos; el leopardo dormirá junto al cabritillo; el leon y la oveja dormirán juntos, etc.*—Y en muchos lugares, al hablarse en las Escrituras Santas de la tierra de promision, se dice que esa tierra *mana leche y miel.* La Virgen María habló en el mismo sentido á los pastorcitos, pues no podian espresar sus palabras mejor ni mas noblemente la abundancia de los bienes temporales prometidos al pueblo si se convertia. Todo constituye un estilo figurado, y quien no tome así lo dicho por la Virgen y lo que se lee en las Escrituras, caerá en los mayores absurdos.

*Cuarta.* Por qué la Virgen Santísima no se queja á los pastorcitos mas que de la violacion del Domingo, de las blasfemias y

del desprecio del ayuno y la vigilia? ¡Por qué no dice nada de otros crímenes mucho mayores, como la impiedad, el libertinaje y la sed del oro?

*Respuesta.* Es imposible responder á todas las preguntas que puede hacer la curiosidad humana, cuando se toma la libertad de lanzar, como aquí, una mirada inquisitiva y escrutadora sobre las obras y designios de Dios.

Quejándose la Virgen Santísima, con preferencia á todo, de la profanacion de los dias santos, no indica en ello cuál es la primera causa de la impiedad del libertinaje y de otros vicios que desfiguran la paz del cristianismo? No se llega á la impiedad sino por la desercion del lugar santo, por el olvido de la oracion y por la ignorancia voluntaria de las verdades de la Iglesia. Haced que un hombre vuelva al templo, que oiga las instrucciones religiosas, que asista á las prácticas que se hacen en comun; hacedle testigo de nuestras solemnidades, y vereis que bien pronto renuncia á la impiedad, al libertinaje y á la avaricia. La Virgen como hemos dicho antes, debia emplear con los pastorcitos un lenguaje acomodado á su corta inteligencia; no podia, pues, hablar de libertinaje á niños que felizmente ignoran todo lo que concierne á la depravacion de las costumbres. Si pues la profanacion de los dias festivos lleva en sí misma el carácter de impiedad, la del ayuno y la vigilia concurren á dar el mismo testimonio. No admite esto duda, porque, con respecto á la ley de abstinencias penitenciarías, se puede decir que entre los actos religiosos exteriores que se practican fuera del recinto del templo, la observancia de esta ley es (tanto como el signo de la cruz) lo que constituye la diferencia mas notable entre un católico y el que no lo es. El acto, pues, de ayunar y guardar las vigilia's tiene toda la importancia de una profesion pública de la verdadera fé á la vista de las personas que lo ven; por consecuencia, hay cierta clase de apostasia exterior en la violacion abierta de dicha ley. Y resulta de aquí que la Virgen Santísima se quejó de todos los crímenes, aunque materialmente no hu-

biese nombrado mas que la profanacion del dia festivo, la blasfemia y la violacion del ayuno y la vigilia.

*Quinta.* No se ha cumplido la amenaza de que el año siguiente no habria cosecha.

*Respuesta.* Sin embargo de que podemos citar con datos oficiales que la amenaza, aunque condicional, tuvo efecto en muchos departamentos de Francia, y que tal vez no se sintió en otros porque se hubiesen convertido sus habitantes, como sucedió en todo el obispado de Grenoble, á que pertenece La Saleta, vamos á demostrar que si se busca una pérdida total, esta puede llegar cuando menos se piense, porque la Virgen no dijo que vendria gran hambre en el año siguiente, que correspondia al 1847, sino en el año que viene, y este año puede venir mas pronto ó mas tarde; un año que ha de venir. Este modo de predecir lo hallamos tambien en las Sagradas Escrituras. (Luc., 13, 32.) Jesus dijo: *Marchad y decid á esa raposa: He aquí que yo arrojo los demonios y curo los enfermos hoy y mañana, y el tercer dia no me hallarán.* ¿No son formales y bien precisas estas palabras? Sin embargo, no han marcado en la divina boca del Salvador sino un tiempo muy lejano del dia tercero: ¿lo mismo se entiende en lo dicho por la Virgen, pues vendrá el hambre si su pueblo no se convierte.

*Sesta.* ¿Cómo es que la Virgen dijo: "¡Ay hijos míos! no me comprendéis;" y en seguida les habló en *patois*? ¿Es que la Virgen ignoraba que los niños no sabian la lengua francesa?

*Respuesta.* Lo ocurrido aquí no prueba que hubiese ignorancia en la Virgen; es un modo de hablar traído naturalmente por la pregunta que Melania empezaba á hacer á Maximino, y no debe nadie admirarlo en María como no se admira en su divino Hijo. En el desierto preguntó á Felipe: *¿En dónde hallaremos bastante pan para alimentar esta multitud?* En otra ocasion preguntó á sus discípulos: *¿Cuántos peces tenéis?* Y despues de su resurreccion dijo á

los que iban á Emaus: *¿De qué hablabais, y qué es lo que os hace estar tan tristes? ... ¿Qué es lo que os ha pasado en Jerusalem?* ¡Ignoraba, por ventura, el Salvador ninguna cosa de las que preguntaba? No, por cierto: lo mismo, pues, sucedió con María en La Saleta. Los Apóstoles también hablaron muchas veces sabiendo lo contrario que hoy parece tener sus palabras. A los de Efeso les dice San Pablo (Ephes., 4, 30): *Tened cuidado de no contristar al Espíritu Santo;* y San Pablo ya sabía que el Espíritu Santo no puede realmente entristecerse. Por último, el mismo Jesucristo (Apoc.; 3, 16) dice desde lo alto del cielo al alma tibia *que se subleva el estómago hasta hacerle vomitar.* Todas estas maneras de hablar no son mas que la espresion del hombre tal como es aquí abajo, y que de ninguna manera pueden turbar la beatitud sobrenatural.

La Virgen, pues, habló en La Saleta á los pastorcitos de un modo sencillo, cual si ella también fuera una persona mortal que observa no le entienden aquellos á quienes habla, y procura hacerlo de otro modo, cambiando de lenguaje, de espresiones, y de lo necesario al fin á que se marcha.

Siendo, pues, las objeciones que dejamos copiadas las principales hechas por los críticos á lo dicho por la Virgen Santísima para negar el milagro de la aparicion, volveremos ahora á seguir el hilo de los hechos y de las pruebas de su realidad, pues apenas podrá señalarse uno que haya sufrido tantas diligencias rigurosas, multiplicadas y superiores en teson y en número, á todas las que se hacen para la canonizacion de los Santos y apariciones de la Reina de los Angeles.

PRUDENCIA DEL DIOCESANO, DILIGENCIAS EN DES-  
CUBRIMIENTO DE LA VERDAD, Y ANIVERSARIO  
DE LA APARICION.

Apenas el cura de La Saleta oyó el Domingo 20 de Setiembre de 1846, antes de ir á la Iglesia, la noticia de lo que hablaban los niños, llamó á estos, y le refirieron todo lo que dejamos dicho al principio. Oyó también á los vecinos Selma y Pra, en cuyas casas servian, y enterados estos de lo que aquellos habian referido al párroco, encontraron que no variaba en nada de lo que á ellos les habian contado en la noche anterior, luego que volvieron del monte con las vacas.

Aquel venerable sacerdote fué á la Iglesia, y conmovido tiernamente del suceso, habló de él á sus feligreses entre sollozos que ahogaban su voz. No se habló en todo el dia de otra cosa en el pueblo, pero con tal calor, que muchos vecinos marcharon con los dos niños al sitio de la aparicion; y si bien nada descubrieron que llamase su atencion, observaron con asombro que la fuente, que estaba seca todos los veranos, y que también lo estaba en el dia anterior, manaba entonces un raudal abundantísimo. Al regresar los vecinos contando este prodigio, el alcalde del pueblo llamó á los dos niños, los puso en cuartos separados, examinó primero al uno y despues al otro; ambos dijeron una misma cosa, y lo que dijeron estaba literalmente acorde con lo que habian dicho á sus amos, al pár-

los que iban á Emaus: *¿De qué hablabais, y qué es lo que os hace estar tan tristes? ... ¿Qué es lo que os ha pasado en Jerusalem?* ¡Ignoraba, por ventura, el Salvador ninguna cosa de las que preguntaba? No, por cierto: lo mismo, pues, sucedió con María en La Saleta. Los Apóstoles también hablaron muchas veces sabiendo lo contrario que hoy parece tener sus palabras. A los de Efeso les dice San Pablo (Ephes., 4, 30): *Tened cuidado de no contristar al Espíritu Santo;* y San Pablo ya sabía que el Espíritu Santo no puede realmente entristecerse. Por último, el mismo Jesucristo (Apoc.; 3, 16) dice desde lo alto del cielo al alma tibia *que se subleva el estómago hasta hacerle vomitar.* Todas estas maneras de hablar no son mas que la espresion del hombre tal como es aquí abajo, y que de ninguna manera pueden turbar la beatitud sobrenatural.

La Virgen, pues, habló en La Saleta á los pastorcitos de un modo sencillo, cual si ella también fuera una persona mortal que observa no le entienden aquellos á quienes habla, y procura hacerlo de otro modo, cambiando de lenguaje, de espresiones, y de lo necesario al fin á que se marcha.

Siendo, pues, las objeciones que dejamos copiadas las principales hechas por los críticos á lo dicho por la Virgen Santísima para negar el milagro de la aparicion, volveremos ahora á seguir el hilo de los hechos y de las pruebas de su realidad, pues apenas podrá señalarse uno que haya sufrido tantas diligencias rigurosas, multiplicadas y superiores en teson y en número, á todas las que se hacen para la canonizacion de los Santos y apariciones de la Reina de los Angeles.

PRUDENCIA DEL DIOCESANO, DILIGENCIAS EN DES-  
CUBRIMIENTO DE LA VERDAD, Y ANIVERSARIO  
DE LA APARICION.

Apenas el cura de La Saleta oyó el Domingo 20 de Setiembre de 1846, antes de ir á la Iglesia, la noticia de lo que hablaban los niños, llamó á estos, y le refirieron todo lo que dejamos dicho al principio. Oyó también á los vecinos Selma y Pra, en cuyas casas servian, y enterados estos de lo que aquellos habian referido al párroco, encontraron que no variaba en nada de lo que á ellos les habian contado en la noche anterior, luego que volvieron del monte con las vacas.

Aquel venerable sacerdote fué á la Iglesia, y conmovido tiernamente del suceso, habló de él á sus feligreses entre sollozos que ahogaban su voz. No se habló en todo el dia de otra cosa en el pueblo, pero con tal calor, que muchos vecinos marcharon con los dos niños al sitio de la aparicion; y si bien nada descubrieron que llamase su atencion, observaron con asombro que la fuente, que estaba seca todos los veranos, y que también lo estaba en el dia anterior, manaba entonces un raudal abundantísimo. Al regresar los vecinos contando este prodigio, el alcalde del pueblo llamó á los dos niños, los puso en cuartos separados, examinó primero al uno y despues al otro; ambos dijeron una misma cosa, y lo que dijeron estaba literalmente acorde con lo que habian dicho á sus amos, al pár-

roco y á los vecinos. Mas adelante se verá la declaracion del alcalde.

Maximino fué restituído á la casa de sus padres el dia 21, y como la noticia de la aparicion se estendió en aquellos dias de un modo pasmoso, empezaron á ir algunas personas de todo el departamento en peregrinacion al paraje del suceso; mas como allí no habia nada el cura de La Saleta puso una cruz en donde estuvo sentada la Virgen y otra en el sitio de donde se elevó al cielo; poco despues añadió otras cruces entre aquellas dos, y dejó establecidas así las catorce estaciones del Calvario, para que los peregrinos hiciesen este piadoso ejercicio en aquel monte santificado por la escuela Madre del Redentor.

El Revdo. Obispo que á la sazón habia en Grenoble, á cuya diócesis pertenecen el pueblo y monte de La Saleta, era uno de los Prelados mas respetables, sabios y experimentados de Francia, y obró en el asunto con la mas esquisita precaucion. La opinion pública estaba conmovida desde el origen del suceso, y un considerable número de párrocos le consultaron la conducta que deberian observar en el particular. A todos respondió, y lo mismo á los que no le preguntaron, dando una pastoral á los veintin dias de la aparicion, mandándoles que cumpliesen las instrucciones del año de 1829, prohibitivas de publicacion de nuevos milagros, mientras él ó la autoridad del Soberano Pontífice no lo declarase, y les encargó que entre tanto guardasen la mayor reserva sobre el acontecimiento de La Saleta, muy particularmente en el púlpito.

No obstante esto, el mismo diocesano empezó á recoger cuidadosamente todo lo que tenia relacion con el hecho: recibia cartas numerosas y relaciones circunstanciadas del suceso; escuchaba las que verbalmente se le hacian por peregrinos de dentro y fuera de su obispado, y por personas que habian sido curadas de sus enfermedades con el uso del agua de la citada fuente: hizo ademas visitar el paraje de la aparicion, y que se hiciesen nuevos interrogatorios á los niños, no solo por los señores párrocos de Corps y

de La Saleta, sino tambien por otros de diversos cantones. Ademas mandó á dos eclesiasticos respetables de la capital de la diócesis que marchasen en comision, y al regreso le diesen cuenta verbal y por escrito de las impresiones y diligencias que trajesen de aquellos parajes y personas, explorándolas cuidadosamente.

A los tres meses tenia ya el venerable Prelado en sus manos un voluminoso expediente con documentos de la mayor importancia; nombró entonces dos comisiones, la una compuesta de canónigos de su catedral, y la otra de catedráticos del gran seminario; hizo sacar para la una copias de todos los documentos, y mandó que cada una le diera cuenta en relacion escrita por separado, sin comunicarse la una comision con la otra. Ambas le presentaron su respectiva Memoria, y se hallaron enteramente idénticas. En las dos resultaron probados hasta la evidencia el hecho de la aparicion, el prodigio de la fuente, y la constancia y uniformidad de los niños en todo lo que venian diciendo desde el dia del milagro á las infinitas personas que les habian interrogado.

Examinado todo por el diocesano, y haciéndose superior á lo que le aconsejaba la ansiedad general, dejó pasar siete meses mas, sin hacer declaracion ninguna y sin levantar á su clero la prohibicion que le habia impuesto de hablar del suceso. Durante este período recibió nuevos documentos, interrogó por sí mismo á las personas mas graves y competentes de las que habian estado en La Saleta, y oyó á los amos de los niños, á los párrocos de allí y de Corps, al alcalde y á otros muchos de los que oyeron hablar á los niños la primera vez que refirieron el acontecimiento, y en las posteriores que volvieron á contarle en muchos parajes. A los diez meses, contados desde el dia de la aparicion, este prudente diocesano dió un mandato acordando que el presbítero *Roussellot*, catedrático de teología y vicario general honorario, y el Sr. *Orcel*, superior del gran Seminario, en calidad de comisarios delegados, recibiesen una informacion, recogiendo en ella todas las noticias relativas

al grande acontecimiento y á los hechos que lo siguieron: les encargó además que, para el mejor desempeño de su cometido, asociasen á sí los sacerdotes y seglares cuya presencia considerasen útil para el descubrimiento de la verdad. Debían además pedir de una manera particular é imparcial el dictámen de los médicos que hubiesen asistido á los enfermos cuyas curaciones se atribuían á la invocación de Nuestra Señora de La Saleta y al uso de la agua de la fuente que estuvo seca.

Los dos comisionados recorrieron nueve obispados del Mediodía de la Francia, visitaron la montaña, interrogaron muchas veces á los niños, á muchas personas y á gran número de habitantes de los pueblos de Corps y de La Saleta, á la superiora del convento en que aquellos estaban y á varios médicos. Reunieron además declaraciones oficiales, y escribieron para el diocesano una Memoria, en la cual aparecía nuevamente probado cuanto resultó en las anteriores de otros comisionados. De ella hablaremos después con mas extensión, pues ahora seguimos el órden de las escrupulosas diligencias practicadas en descubrimiento de la verdad, y damos aquí catada á tres acontecimientos notables y públicos que ocurrieron antes que aquellos delegados desempeñasen su misión, no obstante que también hacen mención de ellos en su Memoria.

1º El Sr. Sagier, cura párroco de San Pedro, en el distrito de Pont-en-Royans, era natural de la villa de Corps, y fué á ella á pasar quince dias con su familia: e a el mes de Febrero de 1847, cinco meses después de la aparición, y como fué incrédulo, se empeñó decididamente en no dar crédito mas que á lo que él mismo descubriese y le sugiriera su criterio imparcial. Como en la citada villa estaba el establecimiento en que se educaban los dos niños, todos los dias los veía, les interrogaba, unas veces separados, otras reunidos, y por término de sus ensayos y diligencias, escribió una Memoria de cuarenta páginas, confesándose el mas fervoroso creyente del milagro de la aparición. En esa Memoria se vió tambien que la narra-

ción hecha por los niños á este sacerdote, no discrepaba en nada de la que venían haciendo desde el 19 de Setiembre del año anterior.

2º En Julio de 1847, á los diez meses de la aparición, el Revd. Obispo de la Rochelle hizo un viaje de doscientas leguas para examinar por sí mismo el hecho, tomando cuantos conocimientos le fueran posibles. A su regreso escribió al de Grenoble diciéndole: *He vuelto de La Saleta con una convicción que difiere poco de la evidencia;* pero no creyendo que esto era bastante, publicó luego un folleto, que se ha traducido en diversas lenguas. En él refiere todos los detalles del viaje, del carácter y narraciones de los niños que describimos en otro lugar, y concluye diciendo:

“Tan convencido estaba yo de la aparición antes de mi viaje á las montañas como lo he quedado después, porque antes de mi corteja parecía que nada faltaba á las pruebas que demostraban la verdad del hecho; y esto explica la resolución que había yo tomado de hablar de él abiertamente.

“Pero la visita que he hecho á aquellos sitios, las conversaciones que he tenido con los dos pastorcitos, la certidumbre personal que he adquirido de los milagrosos resultados que han seguido á este suceso extraordinario, dan hoy á mis palabras otra fuerza.

“Apenas de regreso llegué á Leon, me asaltó una multitud de curiosos que deseaban les diese cuenta de mis impresiones. El dia no era bastante largo para satisfacer á los deseos de todos. En el interior de las familias, en el de las comunidades en las capillas privadas, en todas partes, se me pedía que hiciese de nuevo la relación, cien veces repetida. Y ¡por qué no había de prestarme á ello de buen grado!

“No es mi intención pronunciar una sentencia, pero nadie podrá tildarme si adopto esta espresion del Rey Profeta: *He creído, y por esto he hablado.* Me he cerciorado por mí mismo de la mayor parte de las cosas que he contado. ¡Gloria á Dios! ¡Sea su nombre por siempre bendito y santificado! Honor y gratitud á la Virgen Purísima! ¡Sean oídos sus maternales avisos!”



3º Llegó el 19 de Setiembre de 1847, día en que se cumplía el primer año de la aparición, y ya para entonces habían tenido lugar muchas peregrinaciones á la fuente y muchas curaciones prodigiosas con el uso de su agua, y el número iba en aumento. Este primer aniversario dió lugar á un espectáculo el mas extraordinario y grandioso, á la vez que tierno, y demostrativo de la convicción general.

Aun no había en la llanura de la montaña ningun edificio, ni mas objetos materiales que las catorce cruces que se habían puesto en un principio para que los peregrinos hicieran el piadoso ejercicio del camino del Calvario. Se creyó que en ese día sería la concurrencia mas numerosa que de ordinario, y como era Domingo, el Revdo. Obispo de Grenoble, que continuaba en su silencio hasta que, precedidas las pruebas que iba reuniendo, pudiera pronunciar canónicamente el suceso, permitió, para que las gentes no se quedasen sin misa, que se pusieran dos altares cubiertos con toldos. No se había empleado medio ninguno para atraer la multitud; el clero permanecía en la reserva impuesta por el diocesano; y esta circunstancia, este silencio tan absoluto y general de los párrocos, sobre un hecho que podria haberse ya anunciado en todos los púlpitos, era mas bien un motivo de retraccion que de estímulo para ir al monte memorable.

Pues bien: de cincuenta á sesenta mil personas de toda edad, sexo y condicion, entre ellas doscientos cincuenta sacerdotes, se reunieron en aquella llanura y montes, viniendo espontáneamente de muchos puntos de Francia y del extranjero. Véase lo que hicieron.

A las ocho de la noche del día 18 empezó á llover, y no cesó hasta las diez de la mañana siguiente, causa por la que mas de mil y quinientas personas que llegaron á la llanura antes de las doce de la noche, y otras muchas posteriores, la pasaron en campo raso, recibiendo la lluvia con los mayores sentimientos de piedad.

A la una de la noche, la cabeza de la procesion, iluminada con hachas y multitud de velas, empezó á subir del

pueblo de La Saleta á la montaña santa, á ese templo cuya bóveda era el cielo, mientras que los extremos de la misma procesion se estendian á tres y cuatro leguas por los caminos de Corps, Gap y Grenoble, y de hora en hora llegaban á la montaña, unas tras otras, masas de cuatro á cinco mil peregrinos. Se dijeron en los dos altares de treinta á cuarenta misas, y no hubo ni el mas ligero desórden, disputa ni motivo de disgusto en tan inmensa reunion; de modo que cuatro gendarmes que la autoridad civil mandó á la localidad, no se ocuparon de otra cosa que de abrir paso para los altares á las personas que iban á recibir la Sagrada Comunion, y á otras que se dirigian á beber á la milagrosa fuente.

No se oian mas voces que los cánticos piadosos que resonaban en toda la montaña, y habiéndose disipado á las diez de la mañana las espesas nubes que oscurecian el monte, salió el sol y facilitó la vista de aquella escena admirable, así como las nuevas masas de peregrinos que iban llegando por la falda de la montaña.

Dos coros de quince mil voces entonaron el *Magnificat*, y un sacerdote exclamó: *Hermanos míos, roguemos á Dios por la Francia pecadora*; y apoderándose de todos los corazones una emocion universal, miles de oraciones ardientes, mezcladas de lágrimas, subieron al cielo como el mas puro incienso. María, la compasiva María había convocado allí su pueblo por las bocas de sus jóvenes apóstoles, los pastorcitos: allí estaban también, perdidos entre la multitud, estos dos niños que hacia un año fueran las únicas personas que estuvieron solas con la Virgen Santísima en esta llanura, ocupada hoy por sesenta mil.

Preguntemos ahora: esas masas de gente de todo sexo y edad, de muchas provincias y naciones, ¿podian ser por ventura, el juguete de un engaño, de una ilusion ó de combinaciones humanas? Y en esa multitud compacta, ¿no había mas que ignorantes, gentes groseras y supersticiosas? ¿No se distinguian mas de doscientos cincuenta sacerdo-

tes, miles de seglares instruidos, y miles y miles de hombres de diversas procedencias, pero impulsados todos por una convicción profunda y bien meditada? Un sacerdote que hacia parte del inmenso concurso, no pudo prescindir de elevar la voz en medio de la multitud, exclamando: *Si la Virgen Santísima no ha aparecido en esta montaña, está obligada á mostrarse hoy: si no se muestra, es porque ya apareció.* Todos los que oyeron la exclamacion gritaron: *Si, sí; cierto es que apareció.*

El milagro de La Saleta resonó desde su origen hasta en las altas regiones del poder temporal. Advertido este por la voz pública: recibió informaciones secretas; hizo interrogar á los niños; mandó agentes á Corps, á La Saleta, á la montaña y á Grenoble; procuró contener, trastornar y, cuando menos, atenuar la verdad del hecho, y algunos periodistas, siempre hostiles á la Religion, señalaron el acontecimiento de La Saleta como un atentado contra el orden público: lo anunciaron de antemano como un crimen que debían vengar los tribunales: lo pintaron como un engaño, sacrilego de parte del clero, digno del mayor castigo. Y bien: ¿qué es lo que ha resultado de todo este ruido, de tantas maquinaciones? La autoridad ha guardado silencio: sus agentes subalternos cesaron sus persecuciones: los diarios religiosos apagaron los fuegos de todas las baterías enemigas: la espantosa fantasmagoría desapareció, y la verdad del milagro permanece triunfante de todo. Bien podemos, pues, decir: *El dedo de Dios está aquí.*

NUEVAS DILIGENCIAS EN DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD,  
CARÁCTER DE LOS NIÑOS Y CUESTION DE SI PUDIERON  
ENGAÑAR Ó SER ENGAÑADOS.

Todo lo referido en el capítulo precedente tuvo lugar antes que los Sres. Rousselot y Orcel terminasen la comisión que en calidad de delegados suyos les habia dado el diocesano de Grenoble. Concluida que fué, le entregaron una Memoria comprensiva de sus trabajos y en seguida aquel Príncipe de la Iglesia (6 de Noviembre de 1847) nombró una respetable junta, compuesta de ocho canónigos, dos vicarios generales, el rector del gran Seminario y cinco párrocos de Grenoble, para que examinasen, en conferencias formales, todos los antecedentes reunidos, todo lo actuado oficialmente, y le manifestaran su opinion para que pudiera decidirse ó no á la declaracion canónica del suceso. Desde el 8 al 15 del citado mes de Noviembre, y el 6 y 13 de Diciembre, esta junta celebró ocho sesiones, y siendo en ellas relatores los Sres. Rousselot y Orcel, dieron cuenta de todo en la forma que vamos á demostrar, en cuyos hechos vuelve á verse cada vez mas el dedo de Dios, particularmente en la constancia y uniformidad de los niños, no menos que en sus admirables contestaciones.

"aparicion."

tes, miles de seglares instruidos, y miles y miles de hombres de diversas procedencias, pero impulsados todos por una convicción profunda y bien meditada? Un sacerdote que hacia parte del inmenso concurso, no pudo prescindir de elevar la voz en medio de la multitud, exclamando: *Si la Virgen Santísima no ha aparecido en esta montaña, está obligada á mostrarse hoy: si no se muestra, es porque ya apareció.* Todos los que oyeron la exclamacion gritaron: *Si, sí; cierto es que apareció.*

El milagro de La Saleta resonó desde su origen hasta en las altas regiones del poder temporal. Advertido este por la voz pública: recibió informaciones secretas; hizo interrogar á los niños; mandó agentes á Corps, á La Saleta, á la montaña y á Grenoble; procuró contener, trastornar y, cuando menos, atenuar la verdad del hecho, y algunos periodistas, siempre hostiles á la Religion, señalaron el acontecimiento de La Saleta como un atentado contra el orden público: lo anunciaron de antemano como un crimen que debían vengar los tribunales: lo pintaron como un engaño, sacrilego de parte del clero, digno del mayor castigo. Y bien: ¿qué es lo que ha resultado de todo este ruido, de tantas maquinaciones? La autoridad ha guardado silencio: sus agentes subalternos cesaron sus persecuciones: los diarios religiosos apagaron los fuegos de todas las baterias enemigas: la espantosa fantasmagoría desapareció, y la verdad del milagro permanece triunfante de todo. Bien podemos, pues, decir: *El dedo de Dios está aquí.*

NUEVAS DILIGENCIAS EN DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD,  
CARÁCTER DE LOS NIÑOS Y CUESTION DE SI PUDIERON  
ENGAÑAR Ó SER ENGAÑADOS.

Todo lo referido en el capitulo precedente tuvo lugar antes que los Sres. Rousselot y Orcel terminasen la comision que en calidad de delegados suyos les habia dado el diocesano de Grenoble. Concluida que fué, le entregaron una Memoria comprensiva de sus trabajos y en seguida aquel Príncipe de la Iglesia (6 de Noviembre de 1847) nombró una respetable junta, compuesta de ocho canónigos, dos vicarios generales, el rector del gran Seminario y cinco párrocos de Grenoble, para que examinasen, en conferencias formales, todos los antecedentes reunidos, todo lo actuado oficialmente, y le manifestaran su opinion para que pudiera decidirse ó no á la declaracion canónica del suceso. Desde el 8 al 15 del citado mes de Noviembre, y el 6 y 13 de Diciembre, esta junta celebró ocho sesiones, y siendo en ellas relatores los Sres. Rousselot y Orcel, dieron cuenta de todo en la forma que vamos á demostrar, en cuyos hechos vuelve á verse cada vez mas el dedo de Dios, particularmente en la constancia y uniformidad de los niños, no menos que en sus admirables contestaciones.

"aparicion."

"Ilmo. Sr.:

"Los comisarios infrascritos, delegados por vuestra Ilustrísima para recibir informacion y recoger en las localidades y en las cercanias todas las noticias relativas al hecho de La Saleta, tienen el honor de darle cuenta de su mision, esponiendo lo que sigue:

"Habiendo salido de Grenoble el 27 de Julio, hemos recorrido las diócesis de Valence, de Viviers, de Avignon, de Nîmes, de Montpellier, de Marsella, de Frejus, de Digne y de Gap; nos hemos detenido en la mayor parte de estas ciudades episcopales, y hemos sido admitidos en audiencia por seis Señores Obispos. Estos ilustres Prelados han tenido á bien conferenciar con nosotros sobre el objeto de nuestra mision, y hemos visto que en todas partes no se hablaba mas que de la célebre aparicion de La Saleta, del agua de la fuente milagrosa, de las peregrinaciones hechas y por hacerse á la montaña santa, de los milagros operados y de las gracias obtenidas por la intercesion de Nuestra Señora de La Saleta y por el uso del agua de la Saleta.

"Hemos visto é interrogado muchas personas que decian haberse curado; en todas partes hemos pedido, y se nos han dado, aun sin pedir relaciones muy auténticas de los hechos milagrosos.

"El 25 de Agosto, despues de un viaje feliz llegamos á Corps, villa á donde es preciso llegar cuando se quiere visitar el teatro del maravilloso acontecimiento que hacia un año estaba ocupando á la Francia entera, y habia resonado hasta en los países estrajeros.

"En la tarde del mismo dia interrogamos, uno despues de otro, á los dos pastorcitos, célebres ya sin que ellos lo presuman ni esperasen, y causa primera del concurso prodigioso que se observa sin interrupcion va ya para mas de un año en estas altas monañas, extrema frontera Sudeste de la diócesis de Grenoble.

"Al dia siguiente 26, como tiempo de frio y nebuloso, subimos por los senderos estrechos, difíciles y atrevidos con los dos niños á la llanura de la aparicion, acompañados de los Sres. *Melin*, cura arcipreste de Corps; *Perrin*, cura de La Saleta; *Paquet*, cura de Tremines, y de otros muchos eclesiásticos del obispado, de un cura de la diócesis de Frejus, de otro de la de Gap, y de treinta á cuarenta peregrinos venidos de lejos, que, instruidos del objeto de nuestra mision, tomaron interes en unirse á nosotros para ser testigos de todo.

"La Saleta es un distrito (1). El monton de piedras sobre el cual observaron los niños que la Señora estaba sentada, triste y con la cara oculta entre sus manos, ha desaparecido totalmente, pues los peregrinos y las gentes del país las han recogido y llevadoselas con respeto y devocion. Sin embargo, el señor cura de Corps hizo desde un principio que se llevase á su casa, para conservarla con cuidado, la piedra sobre la cual estaba inmediatamente sentada la Señora. Esta piedra se llevó mas tarde á La Saleta, pueblo donde naturalmente debia existir.

"Siendo los dos pastorcitos los únicos actores en el acontecimiento extraordinario que preocupaba tan vivamente los ánimos, importa mucho conocer su carácter, sus defectos, su educacion y su instruccion. De este conocimiento depende el grado de confianza que puede y debe darse razonablemente á lo que dicen. Es, pues, necesario descubrir si han podido engañar, si son capaces de urdir una fábula, ó víctimas de una alucinacion mental, ó, en fin, engañados por alguna superchería. No hemos omitido nada para procurarnos las noticias mas exactas, mas precisas, aun las mas minuciosas sobre lo que eran estos niños antes del acontecimiento y lo que son despues.

(1) Ya queda hecha su descripcion en el capítulo primero, y es la misma que hacen estos comisionados, por lo que no la repetimos aquí.

## "Carácter de Maximino.

"Pedro Maximino Giraud, que nació en corps el 27 de Agosto de 1835 de padres muy pobres, que ganan su pan con el sudor de su rostro, es bastante pequeño, de cara redonda y que anunciaba buena salud. Su mirada es suave; la fija sin turbarse y sin temor en las personas que le interrogan; no permanece un instante quieto; gesticula naturalmente cuando habla; jamás se enfada aun cuando se le trate de mentiroso en los largos y numerosos interrogatorios que se le hacen. Sin embargo, algunas veces estenuado de fatiga y cansado de verse molestando con impertinencias sobre lo que dice, se muestra impaciente, segun dicen algunas personas. Este natural inculto aleja toda idea de que los niños sean capaces de engañar. Algunos de los que los han juzgado un poco groseros podrian imputarse á sí mismos el defecto de que se quejan; pues segun dicen los testigos, ellos pusieron á los pobres niños en un estado violento por medio de una multitud de preguntas tan imprudentes y capciosas, que podrian embarazar, y aun incomodar á las personas mas razonables.

"Otros tambien han podido encontrar á los niños poco complacientes, por causa de otros interrogatorios que les precedieron, como se ha observado mas de una vez. Cuando Maximino concluye de hacer relacion y de responder á las preguntas que se le han hecho, procura escaparse para volver á sus juegos y entretenimientos.

"Antes del suceso, Maximino no iba á la escuela, no sabia leer ni escribir, estaba sin instruccion y sin educacion. Conducido á la Iglesia, se escapaba muy á menudo para ir á divertirse con sus compañeros; de manera que, desprovisto de toda instruccion religiosa, no habia podido ser incluido entre los niños que el cura de la parroquia preparaba para hacer la primera comunión. Su padre declara que no pudo hacerle aprender el Padre nuestro y el Ave María sino con mucho trabajo durante tres ó cuatro años.

"Si Maximino tiene los defectos comunes en su edad, no se le conoce ningun vicio, á menos que no sea el de ser un poco gloton. Tampoco tiene amor propio; confiesa con grande ingenuidad, la miseria de su condicion y la bajeza de sus primeras ocupaciones. Cuando le hemos preguntado en dónde estaba y qué hacia antes de ir á servir á casa de Pedro Selma, nos ha respondido con la mayor naturalidad que estaba en casa de sus padres y que iba á recoger estiércol á los caminos. Va mas lejos todavía, pues confiesa sus defectos. Así es que por dos veces le llamamos á nuestro cuarto, y habiéndole dicho: *Nos han dicho que antes de la aparicion eras un poco mentiroso; Maximino, sopriéndose y con un aire de candor, contestó: No han engañado á ustedes; les han dicho la verdad: yo mentia, y tambien juraba y tiraba piedras á mis vacas cuando se desviaban.*

"Despues del acontecimiento del 19 de Setiembre de 1846, Maximino va á la escuela de las religiosas de la Providencia, maestras virtuosas y celosas: en ella pasa el día y toma lecciones. La respetable superiora, mujer de juicio y de una edad madura, interrogada por nosotros acerca de lo que ha podido observar en Maximino durante estos diez meses, nos ha dicho: "Maximino no manifiesta mas que disposiciones comunes: aprende á leer, escribir, el catecismo, etc.; es bastante obediente; pero vivo y amigo de divertirse; está siempre en movimiento. "Nunca nos ha hablado del asunto de La Saleta, y nosotros hemos evitado recordárselo para que no se diese á sí mismo importancia. Al salir de los largos y numerosos interrogatorios que se le hacen, jamás dice á nadie, ni á nosotras, ni á otros niños, quién es la persona que le ha preguntado; ni qué preguntas le ha hecho. Después de los interrogatorios y de los viajes que le hacen hacer á La Saleta, vuelve tan sencillo é indiferente como si no se hubiese tratado de él para nada. No he querido que reciba dinero cuando algunos peregrinos han intentado dárselo, y si alguna vez se ve obligado á acep-

"aparicion."

tarlo, me lo entrega inmediata y fielmente; pero de ningún modo se ocupa en pensar si yo lo empleo para él ó para sus padres. Los objetos de piedad que le regalan, como libros, cruces, rosarios, medallas, etc., no los guarda: unas veces los da al primer niño amigo suyo que encuentra, y otras los pierde por causa de su ligereza natural. Maximino no es naturalmente devoto; pero asiste de muy buena gana á misa, y reza con fervor cuantas veces se le recuerda este deber. En una palabra, este niño no observa que durante estos diez meses es el objeto de la curiosidad, del afecto, de la atención y de las caricias de un público numeroso; no piensa que él es la causa primera del concurso prodigioso que diariamente tiene lugar en "La Saleta."

"Así nos habló con un juicio exquisito esta digna superiora, y nosotros podemos añadir que Maximino, aun hoy, no ha cambiado de carácter, aunque han pasado ya veinte meses desde el día del gran acontecimiento. Una felicidad es para estos pobres pastorcitos que, habiendo llamado en el principio la atención de todos los habitantes de Corps y de las cercanías, estén hoy en una especie de olvido en medio de sus convecinos cambiados y convertidos. Sus padres mismos, tan pobres como son, no parece que quieran sacar ventajas del privilegio concedido á sus hijos, pues, á quererlo, fácil les sería mejorar su posición,

*"Carácter de Melania."*

"La joven pastora, Francisca Melania Mathieu, nació también en Corps el 7 de Noviembre de 1831, de padres igualmente pobres. Muy niña todavía se puso á servir para ganar su sustento, guardando ganados. No iba á la Iglesia sino rara vez, porque sus amos la ocupaban los Domingos, lo mismo que en los restantes días de la semana: casi no tenía conocimiento alguno de la Religión, y su memoria ingrata no podia retener dos líneas del catecismo;

así es que no habia hecho la primera comunión. Aunque de edad de cerca de diez y seis años, no es ni alta, ni robusta, ni bastante desarrollada en proporción á su edad. Se le observaba gran modestia en la posición de su cuerpo y en la de su cabeza, en sus miradas y en el agrado de su cara: aunque un poco tímida, no se muestra incomodada ni embarazada con los extraños. Los nueve meses anteriores de la aparición de La Saleta estaba al servicio de Bautista Pra, vecino del barrio de los Ablandings, y preguntado este buen hombre sobre el carácter de Melania, nos la ha pintado como de una timidez excesiva, y tan poco cuidada de sí misma, que, al volver del monte por las noches toda empapada en agua, no pretendía cambiar de ropa: algunas veces, y siempre por efecto de su carácter, se dormía en el establo; otras, si no se hubieran tenido cuidado de ella, habria pasado la noche en la calle. Ha declarado también su amo que antes de la aparición era perezosa, adusta, hasta el extremo de no querer responder algunas veces á los que le dirigian la palabra; pero que desde la aparición es activa, obediente, y hace mejor sus oraciones. La declaración de Bautista Pra, amo de Melania, concluye de este modo: "Antes de firmar añado que en los primeros días de la aparición yo no di crédito á lo que decían los niños, y encargué muchas veces á Melania que recibiese el dinero que querian darla para que guardase silencio; pero esta niña constantemente se negó á recibir el dinero que se le presentaba: siempre se resistió á las promesas y amenazas. El alcalde de La Saleta, entre otros, empleó inútilmente toda especie de medios para poner á la niña en contradicción consigo misma, mas no pudo obtenerlo; le ofreció dinero, y lo despreció; la amenazó, y respondió á sus amenazas que siempre repetiría en todas partes lo que la hermosa Señora le habia dicho. Todo esto pasó entre ella y el alcalde durante una hora que la estuvo interrogando el Domingo 20 de Setiembre, día siguiente al de la aparición."

“Al frente de todo esto examinaremos la cuestion de si los niños han podido engañar ó ser engañados.”

“El carácter de ellos es tal, que, desde veinte meses há que hablan y que se les hace hablar, no se puede observar en ellos mas que dos canales que transmiten pura y simplemente el agua clara que han recibido, sin que le comuniquen ni un color ni sabor. Veinte meses há que no perciben la celebridad que han adquirido, ni la conmocion que han causado en las poblaciones, aun muy lejanas: veinte meses há que las personas mas distinguidas que llegan, y á menudo de muy lejos, les llaman, les preguntan, les conducen al teatro del acontecimiento, les vuelven al pueblo, les vuelven á llevar y traer, emplean para con ellos promesas y amenazas, caricias é injurias, les fatigan con objeciones, los separan, los juntan, y, sin embargo de este tormento de veinte meses, los niños no se cansan de repetir las mismas cosas, de responder á las convenciones sin número con que se procura embarazarlos en interrogatorios de cinco á seis horas que se les hacen sufrir. Ordinariamente se muestran suaves y tranquilos: cuando están cansados, aparecen poco complacientes, dejando así ver su falta de educacion, pero jamas varían, nunca se contradicen y cuando salen de los largos y fastidiosos interrogatorios, no piensan en nada, no hablan de nada entre sí, ni con sus compañeros, ni con sus padres, ni con las personas que conocen. Aun cuando el Papa mismo les hubiese interrogado, no se jactarian de ello ni lo dirian á nadie.

“Dígasenos ahora: ¿es este el carácter ordinario de los niños? Niños de este temple, ¿han podido imaginar y concertar la historia que refieren? Y si hubiesen sido capaces de urdirla, ¿no temblarian de ser descubiertos cada vez que se les interroga? ¿No temerian cortarse y contradecirse, mayormente cuando fueran interrogados con separacion el uno del otro?”

“Un hecho que desde el principio presenta como imposible toda colision entre los dos niños, es que Maximino

volvió á Corps á la casa de sus padres el 21 de Setiembre, dia segundo de la aparicion, y Melania quedó en los Ablandines hasta Navidad, continuando el servicio de pastora en casa de su amo. ¿Cómo, pues, durante mas de dos meses y medio ha podido suceder que Maximino diese todos los dias en la villa de Corps las mismas noticias, relaciones y detalles que Melania daba por su parte en aquel barrio de La Saleta, distante dos leguas de Corps? ¿Cómo es que en mas de mil preguntas que durante ese tiempo, estando así separados, se les han hecho, no han caído en contradiccion? Que se nos explique esto.

“Consideremos ahora la cuestion bajo otro punto de vista. El terreno de la aparicion [descrito fielmente ya en el principio de este libro] prueba hasta la evidencia á quien lo observa, la imposibilidad de toda especie de fraude, de lazo tendido y de maquinacion oculta. Ningun lugar mas impropio para una aparicion repentina y para una desaparicion pronta ó gradual de alguna aventurera ó gitana, que hubiese querido engañar á dos pobres pastorcitos para engañar luego al público; ningun lugar menos propio para las ilusiones de la óptica, para los efectos de la luz, para los disfraces que está uno obligado á usar cuando se quiere contradecir, ó esplicar con hipótesis quiméricas ó extravagantes la relacion sencilla y natural de los niños de La Saleta. Inútil es preguntar quién es la pretendida aventurera, cómo y por dónde llegó á la montaña, cómo apareció resplandeciente de luz, cómo desapareció gradualmente, etc.

“O la Señora era de Corps ó de las cercanías, ó no era de ningun pueblo de ellas. En el primer caso, ¿cómo es que en los veinte meses que han pasado ya no es conocida? ¿Cuál fue su objeto, ni cómo llegó á La Saleta sin ser vista de nadie? ¿En dónde tomó el martillo y las tenazas, y cómo supo el asunto de la pérdida del trigo de Coin? ¿Cómo no la vieron otros pastores que habia en la montaña en que estaban Maximino y Melania? En el segundo caso, si era de un país lejano, ¿cómo pudo hablar

el *patois* que se habla en Corps? ¿Por dónde pasó para ir á la montaña sin haber sido vista por ninguna persona en La Saleta, en Corps ni en las cercanías? ¿Que objeto se propuso?

“Si se tuviera el valor suficiente para decir que el diablo es el que se apareció á los niños, que, segun la expresion de San Pablo, se habia transformado en ángel de luz, responderíamos que el diablo fué estrañamente engañado, y que por la primera vez trabajó contra sí mismo. ¿Quiso ó podia querer, por ventura, la conversion del distrito de Corps, la estincion de las blasfemias, la cesacion del trabajo en el dia festivo y la observancia de las leyes de la Iglesia? ¿Quería que se hicieran esas innumerables oraciones, esos cánticos piadosos, esos actos de religion de mas de cien mil peregrinos que han ido de todas partes á la montaña? ¿Quería todo este renuevo de devocion hácia la que le estrujó la cabeza?

“Se dirá tal vez que en el asunto de La Saleta hay oculto algun impostor, de quien los dos pastorcitos son cómplices? ¿Quién podrá ser ese atrevido, que jamas ha tenido semejante? ¿Siempre invisible y siempre soplando á los oidos de sus dos pequeños cómplices? Burlándose de la buena fé de las poblaciones, y, sin embargo, atrayéndolas á la Religion! ¿Confiándose á niños indiscretos por naturaleza, y nunca descubierto! ¿Les prometen oro, y permanecen en la pobreza, y queriendo enriquecerse él por su medio, no saca de ellos ningun provecho! ¿Les hace vislumbrar la gloria, y los deja en la oscuridad! ¿Quiere para sí gloria, honor, reputacion, y permanecé oculto tras del telon! Véase aquí el mas estraño atrevido, el mas necio especulador que hubo jamas. Siendo su objeto desvirtuar la Religion, la fortifica; quiere aniquilar la piedad, y la aumenta; intenta engañar, y él mismo se engaña; y, por último, queriendo que se debilite el culto de la Virgen Santísima, él lo propaga. ¿Podrá decirsenos quién es este chocante é inconcebible impostor?

“Se nos dirá quizá por no confesar la realidad de la

aparicion de La Saleta, que los dos pastorcitos están dominados de una ilusion involuntaria ó de una alicinacion mental. Vano pretesto. Sin embargo, en este caso se niega un prodigio confesando otro mayor, mil veces menos esplicable. ¿Cómo podrá admitirse una ilusion enteramente idéntica en dos pequeños seres que apenas se conocen, y que no tienen simpatía alguna el uno por el otro? ¿Es posible una ilusion constante, durable, perseverante, que hace veinte meses les sigue á todas partes, y les hace repetir siempre y á todos unas mismas cosas? ¿Lo es una ilusion de tal modo clara y aun infalible, que es imposible hacerles caer en contradiccion, ni aun en la menor de las cosas que dicen haber visto, dicho, hecho y oido? ¿Es admisible una ilusion tan estraordinaria, tan contraria á su carácter grosero, á su entendimiento inculdo, á su alma estraña á las emociones de la piedad? Pretender explicar de este modo el hecho de La Saleta, ¿no es querer negar un milagro y caer en la confesion de otro? ¿No es combatir una realidad con quimeras, y presentarse contrario aun al sentido comun para aparentar talento y fortaleza de espíritu? Concluyamos esta cuestion diciendo que *los niños, ni han engañado, ni son engañados.*”

Cierto, y nosotros añadimos, uniendo nuestra conviccion á la del Sr. Obispo de la Rochelle, que la Señora aparecida en el monte *es la Virgen Santísima*. No se necesitan mas pruebas; pero ahí está para todo tiempo la de los sesenta mil peregrinos del dia del primer aniversario, que firmemente persuadidos de la verdad, gritan: *Si, sí; es cierto que la Virgen apareció aquí.*

Los dos referidos delegados por el reverendo Obispo de Grenoble continuan su Memoria citando otras muchas diligencias, folletos, cartas y documentos de Sores, Obispos, Canónigos, Prelados, Párrocos, Magistrados, etc, de Francia, de Roma, de Turin, de Viena, de Suiza: los unos pidiendo noticias detalladas del acontecimiento, los otros publicando su conviccion, y todos confesándose creyentes del milagro. Omitimos la narracion de lo que resulta en es-



tos documentos, porque todos repiten los hechos que dejamos consignados; y como en el plan que nos hemos propuesto no tienen cabida las repeticiones, porque entorpecerian y confundirian la diversidad de los hechos, pasaremos ahora á poner á los niños ante los interrogadores, y se verá una vez mas confirmada la idea de que el espíritu de Dios presidia en sus corazones y en sus lenguas.

#### LOS NIÑOS ANTE LOS ESCUTADORES.

Hemos dicho ya que el día siguiente de la aparición, según lo declarado oficialmente por Bautista Pra, amo de Melania, se hizo esta superior á las promesas y amenazas del alcalde de La Saleta, y le contó que en todas partes diria lo que la hermosa Señora le mandó que dijese. Oigamos ahora al señor Obispo de la Rochelle:

“Me detuve en Corps, fui al convento en que estaban los dos niños que ocupaban de continuo mi pensamiento, y me acerqué á ellos con una especie de respeto que procuré disimular lo mejor que puede: habian sido visitados y honrados con la vista de la Reina del cielo y de la tierra: ¿podia yo acaso mirarlos con indiferencia? Sin embargo, no debía olvidar que, aunque indigno, me hallaba reves-

tido del carácter episcopal. *Arrodillaos, hijos míos*, les dije, *y recibireis la bendición*. Pusiéronse, en efecto, de rodillas, y les bendije con una ternura que me sofocó en oclutar. Hice que se levantasen luego, y les invité á que me recitasen una parte de de las oraciones que harian por la mañana y por la noche. Servíame de mortificación el no expresarles al momento todo el afecto que hacía ellos sentia mi corazón conmovido, y me contenté con imponer por espacio de un minuto mis manos sobre sus cabezas, y darles algunos consejos paternales, concluyendo por abrazar á Maximino, cuyo rostro tuve algunos instantes apoyado contra mi pecho. Pregunté á uno y otro si querian acompañarme á la montaña: Maximino se apresuró á responder que lo haria con el mayor gusto. Melania mas tímida, contestó solamente con algunas señales que manifestaban su alegría y su anhelo por corresponder á mis deseos. Pues bien, hijos míos les dije: no os apartéis de mi lado; y permaneced lo mas asiduamente que podais el uno á mi derecha, y el otro á mi izquierda mientras hagamos el viaje á la montaña.

“No eran todavia las cinco de la mañana cuando salimos de Corps: nuestra comitiva no era muy numerosa cuando nos pusimos en camino; pero luego se aumentó considerablemente. A las dos horas y media de marcha llegamos cerca de la parroquia de La Saleta, que apenas era la mitad del camino que teniamos que andar, salió á recibirme el párroco *M. Perrin*, y tambien lo hizo el Sr. *Peytard*, alcalde del pueblo, el cual habia tenido la bondad de prepararme un caballo: dile las gracias por su atención, pero no acepté la oferta, porque estaba resuelto á hacer el viaje de peregrinacion á pié. Entramos en la abadía, y el Sr. Cura nos ofreció una pequeña refaccion, que aceptamos.

“Entónces nos contó el Sr. *Peytard* el interrogatorio que habia hecho á Maximino y á Melania el día siguiente al de la aparición.

“Los puse (*habla el alcalde*) previamente en cuartos separa-

tos documentos, porque todos repiten los hechos que dejamos consignados; y como en el plan que nos hemos propuesto no tienen cabida las repeticiones, porque entorpecerian y confundirian la diversidad de los hechos, pasaremos ahora á poner á los niños ante los interrogadores, y se verá una vez mas confirmada la idea de que el espíritu de Dios presidia en sus corazones y en sus lenguas.

#### LOS NIÑOS ANTE LOS ESCUTADORES.

Hemos dicho ya que el día siguiente de la aparición, según lo declarado oficialmente por Bautista Pra, amo de Melania, se hizo esta superior á las promesas y amenazas del alcalde de La Saleta, y le contó que en todas partes diria lo que la hermosa Señora le mandó que dijese. Oigamos ahora al señor Obispo de la Rochelle:

“Me detuve en Corps, fui al convento en que estaban los dos niños que ocupaban de continuo mi pensamiento, y me acerqué á ellos con una especie de respeto que procuré disimular lo mejor que puede: habian sido visitados y honrados con la vista de la Reina del cielo y de la tierra: ¿podia yo acaso mirarlos con indiferencia? Sin embargo, no debía olvidar que, aunque indigno, me hallaba reves-

tido del carácter episcopal. *Arrodillaos, hijos míos*, les dije, *y recibireis la bendición*. Pusiéronse, en efecto, de rodillas, y les bendije con una ternura que me sofocó en oclutar. Hice que se levantásen luego, y les invité á que me recitasen una parte de de las oraciones que harian por la mañana y por la noche. Servíame de mortificación el no expresarles al momento todo el afecto que hacía ellos sentia mi corazón conmovido, y me contenté con imponer por espacio de un minuto mis manos sobre sus cabezas, y darles algunos consejos paternales, concluyendo por abrazar á Maximino, cuyo rostro tuve algunos instantes apoyado contra mi pecho. Pregunté á uno y otro si querian acompañarme á la montaña: Maximino se apresuró á responder que lo haria con el mayor gusto. Melania mas tímida, contestó solamente con algunas señales que manifestaban su alegría y su anhelo por corresponder á mis deseos. Pues bien, hijos míos les dije: no os apartéis de mi lado; y permaneced lo mas asiduamente que podais el uno á mi derecha, y el otro á mi izquierda mientras hagamos el viaje á la montaña.

“No eran todavia las cinco de la mañana cuando salimos de Corps: nuestra comitiva no era muy numerosa cuando nos pusimos en camino; pero luego se aumentó considerablemente. A las dos horas y media de marcha llegamos cerca de la parroquia de La Saleta, que apenas era la mitad del camino que teniamos que andar, salió á recibirme el párroco *M. Perrin*, y tambien lo hizo el Sr. *Peytard*, alcalde del pueblo, el cual habia tenido la bondad de prepararme un caballo: dile las gracias por su atención, pero no acepté la oferta, porque estaba resuelto á hacer el viaje de peregrinacion á pié. Entramos en la abadía, y el Sr. Cura nos ofreció una pequeña refaccion, que aceptamos.

“Entónces nos contó el Sr. *Peytard* el interrogatorio que habia hecho á Maximino y á Melania el día siguiente al de la aparición.

“Los puse (*habla el alcalde*) previamente en cuartos separa-

dos, á fin de examinarlos aparte, y dije á Maximino:—¿Qué es lo que has hecho? Has propagado un cuento que trae á todos revueltos y que ha de producir consecuencias desagradables: no quisiera yo estar en tu pellejo; mas te valiera haber hecho una muerte, que inventado lo que tú y Melania vais diciendo.—Inventado! contestó Maximino con viveza: ¿cómo quiere V. que tales cosas se inventen? No hemos dicho sino lo que hemos visto con nuestros ojos y escuchado con nuestros propios oídos.—Y habiéndole dicho que me dijese todo, me dijo: (*Aquí el alcalde refiere todo lo que ocurrió á Maximino y Melania, segun estos se lo contaron, y es enteramente idéntico á la narracion que dejamos puesta en el cap. I.*) Al dia siguiente de aquel hecho memorable (*continúa el alcalde*) se les veía aun dominados por la viva impresion de las cosas que les habian sucedido: sus palabras eran animadas y fogosas, y su mirada centellante daba á su lenguaje, tan cándido y sencillo por otra parte, una fuerza y una luz que llevaban hasta el fondo del alma un convencimiento irresistible: Quise que Maximino me prometiera no hablar mas de este asunto; pero me respondió que, hablando de aquel modo, cumplía con un deber indispensable á que estaba obligado. Tenia yo encima muchas monedas de cinco francos, y se las ofrecí en premio de su silencio; pero las desechó con indignacion, diciendo que aun cuando le diera todos los tesoros del mundo no seria infiel á la obligacion que se le habia impuesto. Entónces lo amenacé con entregarlo á los gendarmes, manifestándole que los resultados de esta prision podrian serle terribles, y me respondia que nada temia; que debia decir y diria, segun se le habia mandado, todo lo que habia visto y oido. Abrigaba yo alguna esperanza de que á lo menos me descubriría el secreto que pretendia habérsele confiado; pero fué tan inflexible en guardar silencio sobre este punto, como resuelto estaba á hablar de lo que decia habérsele prevenido que hablase.

“Tomé luego á Melania en particular, pareciéndome que podia prometerme mejores resultados de una pastorcita tímida por carácter; pero su firmeza en todo fué la misma, y se mostró así como Maximino, superior á todas mis promesas y amenazas. Confieso, Sr. Obispo, que mi incredulidad quedó sejugada, y yo

plenamente convencido de que los dos niños nada decian que no fuera muy cierto.”

“Esto es (continúa el Sr. Obispo) lo que nos refirió el Sr. Peytard de viva voz; y este alcalde no era un hombre cualquiera: era un hombre de esquisito discernimiento, y con dificultad se hallará quien le aventaje en juicio y en prudencia.

“Saliendo de La Saleta, instéme de nuevo el señor alcalde á que aceptara su caballo para el resto de la cuesta; le di las gracias sin aceptarlo; pero, confiado él en que me dejaria vencer mas adelante, llevaba el caballo del diestro sin montarle. El presbítero Lata, mi compañero de viaje, rendido de fatiga, quiso alguna vez aprovecharse de la cabalgadura; pero no tardaba en apearse, porque, estando bañado en sudor, temia los resultados del aire de aquellos montes cercanos cubiertos de nieve. Maximino trepaba algunas veces sobre el caballo con maravillosa destreza, y Melania se dejaba colgar de la grupa; pero Maximino no tardaba en volver á arrojarle en mis brazos, acompañado de Melania, que tornaba modestamente á colocarse á mi lado.

“Llegamos por fin á la tan deseada llanura; pero casi empapados en sudor, afortunadamente nos sirvieron de asilo algunos abrigos de tablas contruidos hacia poco. Despues de descansar una media hora, llamé á Maximino y Melania y á todos los demas que componian nuestra romería, y bajamos juntos al lugar de la aparicion. Allí los dos niños, á invitacion mia, despues de habernos indicado el sitio donde habian hecho su comida en aquel dia memorable, el otro donde habian reposado, y la altura desde donde habian reconocido la situacion de sus vacas, se pusieron á contarnos cómo se verificó el suceso, que habia desde aquella época atraido á estos lugares tantos miles de personas. Maximino y Melania se habian colocado en el mismo paraje en que se hallaron durante su plática con la Virgen.

“Cuando hubieron terminado la relacion, el presbítero

Lata dijo á Maximino.—Hasta ahora no has dicho nada del secreto que pretendes haberte si lo confiado, y has hecho muy bien; pero hoy no tienes ya motivo para ocultarlo. Un Obispo es quien ha venido á estos montes, y un Obispo es representante de Jesucristo en la tierra, y puede, por lo mismo, saberlo todo. Por tanto, no debes tener inconveniente en abrirle tu corazón con toda seguridad. Miróme Maximino, y respondió.—*Estoy seguro que el mismo Sr. Obispo no me permitirá revelar un secreto que se me ha prohibido descubrir.*

“Aplaudí su respuesta, diciéndole que no debía darse por entendido, á pesar de cuantas instancias pudieran hacerse acerca de este punto; que nada había tan sagrado como una orden venida del cielo, y que nadie en la tierra tenía derecho para imponerle la obligación de quebrantarlo. No podré encañecer bastantemente la alegría con que Maximino oyó mi respuesta; eran tales sus demostraciones, que, al parecer, hubiera querido meterme en su corazón.

“El Sr. Peytard, alcalde de La Saleta, tomó al punto la palabra, y le dijo:—Maximino, ¿por qué te haces tanto de rogar sobre esto? Yo sé que has descubierto á otros tu secreto mas de veinticinco veces.—*Bueno!* replicó Maximino: *¿Con que lo he descubierto? Y ¿qué es lo que he dicho?*—Tú lo dirás, contestó el alcalde: lo cierto es que lo has contado mas de veinticinco veces.—*Cuantas querais,* replicó el pastorcito; *veinticinco, cincuenta, cien veces; lo mismo da.* Y al decir estas últimas palabras huyó rápidamente, como para librarse de importunaciones. Le llamé otra vez, y, queriendo poner fin á todas aquellas pruebas inútiles, invité á todos los asistentes á que se hincasen de rodillas, é hice que Maximino rezara en francés, en alta voz, algunos Padre nuestros y Ave Marías, á que todo nosotros respondimos. Subimos luego al paraje en donde la Virgen Santísima se había elevado y desaparecido: allí nos arrodillamos de nuevo, y oramos, así como junto al arroyo, por la conversión de los pecadores, por nuestros

parientes y amigos, y por todas las personas que nos interesan

“Nos levantamos en seguida, é hice una corta exhortación á las personas presentes acerca de las apariciones de la Santísima Virgen y los designios de misericordia que envolvían. Hice luego una corta deprecación á María, protestándola hallarnos dispuestos á obedecerla con entera sumisión.

“Maravillóme extraordinariamente la atención que prestaban mis oyentes á estas débiles palabras; noté que participaban de mis sentimientos, y quise fueran también partícipes de mis cánticos de júbilo y gratitud. Invité, por tanto, á que unieran sus voces á la mía en el canto del *Magnificat*, y lo entoné con voz fuerte y animada. Todos los asistentes, eclesiásticos y seculares, hombres y mujeres, cantaron juntos conmigo el cántico de la Virgen. Los ecos de aquellos montes solitarios, y hasta poco ha siempre silenciosos, repetían á lo lejos los acentos de la piedad que cantaban las glorias de María.”

Volveremos á hablar de este venerable prelado en otro capítulo, pues ya que hemos visto la conducta de los niños ante él y ante el alcalde de La Saleta, y del presbítero Lata, vamos á verles ante otros interlocutores, imprudentes algunos, volviendo á tomar la Memoria de los comisionados, los señores Rousselot y Orcel, que dice lo siguiente:

“Nada es mas admirable y extraordinario que la manera pronta, perentoria y decisiva con que los dos niños responden á las innumerables preguntas que se les hacen, ya sea para convencerse el interlocutor, ó ya por la desconfianza con que se recibe todo lo que es maravilloso, ó bien por una obstinada oposición de algunos á creer en milagros. Sus respuestas contrastan singularmente con lo inculto de su carácter natural y con su ignorancia en todo lo que no tiene relacion con el suceso de la Saleta. Las contestaciones no se hacen esperar jamas; son cortas, claras, enérgicas, y las dan con tanta seguridad como modés-

tia, Menos de media hora bastó el día de la aparición para grabar con rasgos indelebiles en su ingrata memoria la relacion larga y circunstanciada que vienen haciendo durante estos veinte meses, y menos de un momento es necesario para que encuentren la respuesta á una objeccion preparada de antemano y largamente meditada por aquel que la pone. Como prueba de ello véase lo que respondió Melania al presbítero *Legier*, uno de los mas terribles escrutadores de los niños.

*Pregunta:* Tú no sabías francés, ni ibas á la escuela; ¿cómo has podido acordarte de lo que la Señora te decía? ¿Te lo dijo muchas veces? ¿Te enseñó á acordarte bien de ello?

*Respuesta:* ¡Oh! No: no me lo dijo mas que una vez, lo recuerdo perfectamente; y aunque yo no comprendiese bien, en diciendo lo que ella me dijo, los que entendian francés lo comprenderian aunque yo no lo comprendiese: esto basta."

Y Melania hablaba así con un tono y un acento que en sí misma tenia la conviccion. Véanse ahora otras respuestas que parecen verdaderamente inspiradas, y que han sido oidas en reuniones frecuentemente numerosas y bien preparadas; y no se olvide que hasta aquí ha sido imposible hallar á los niños en contradiccion.

A *Maximino:* La Señora te engañó, *Maximino;* pues te predijo un gran hambre, y, sin embargo, la cosecha es buena.

*Maximino:* Y ¿qué me importa eso? Ella me lo dijo: lo demas no me toca.

A esta objeccion han respondido los niños otras veces:—*Y si se han convertido?* Dando á entender que la amenaza de la Señora habia sido condicional.

—La Señora que vosotros visteis está presa en la cárcel de Grenoble.

R. ¡Muy listo será el que la coja!

—La Señora que habeis visto no era mas que una nube luminosa y brillante.

R. Las nubes no hablan:

—Muy disipado eres, *Maximino,* para que te se crea. ¿No te da pena el ver que no creen lo que dices?

R. Ninguna. ¿Decia el profeta Jonás, por ventura: *Creeme ó te mato?*

¿Cómo! ¿Tú quieres compararte al profeta Jonás?

R. No soy santo como él, y esto es todo, pero hagola misma cosa.

—¿Cómo que haces la misma cosa?

R. Ciertamente que es la misma cosa. Dios no tenia entonces Madre, y enviò á Jonás á Ninive, ahora nos ha enviado á su Madre para que digamos lo que ella nos ha dicho, y lo decimos.

*Un Sacerdote:* Tú eres un mentirosillo: no te creo.

*Maximino:* No me importa: yo estoy encargado de decíroslo, mas no de hacéroslo creer.

*Otro Sacerdote:* Eres un mentiroso: no te creo.

*Maximino:* Pues entonces, ¿por qué venis de tan lejos para interrogarme?

"Nosotros mismos (dicen los autores de la Memoria) hemos presenciado esto mismo en Melania. Estando el 26 de Agosto en el sitio de la aparición con unos cuarenta peregrinos que nos habian acompañado, hicimos repetir á los niños toda la escena del 19 de Setiembre de 1846, día del milagro. Llegados al paraje de donde la Señora desapareció, un cura de Vallonise, de la diócesis de Gap, interrumpió á Melania cuando relataba, diciéndola: *La Señora desapareció en una nube.*

*Melania:* No habia nube.

*El cura:* Pero es fácil envolverse en una nube y desaparecer:

R. Luego hay alguno que lo sabe.

"Melania (con vivacidad): Pues, señor cura, envuélvase vd. en una nube y desaparezca.

"Y Melania se marchó de entre la concurrencia, diciendo admirada: *Mi misión ha terminado.* El presbítero Alvertin, catedrático del gran Seminario de Grenoble, preguntó á Maximino en otra ocasión: ¡No te enfadas, amable niño, de tener que contar todos los días unas mismas cosas? Y Maximino le contestó: ¡Y vd., señor cura, se enfada de decir misa todos los días?

Los Sres. Repellin, catedrático del Seminario de Embrun, Belier, misionero de Valence, y otras personas muy recomendables, confiesan haber recibido de los niños respuestas todavía mas admirables. El citado Sr. Repellin, nos decía en una carta que, habiendo ido en peregrinacion á La Saleta con el párroco de Sérres el 8 de Setiembre, vieron á los niños al día siguiente, y hablando con ellos durante tres horas, primero con el uno y despues con el otro, y que les respondieron como habian respondido á otros muchos. Que él dijo á Melania: ¡No podría suceder que el personaje maravilloso que viste fuese un mal espíritu que pudiese introducir el desorden en la Iglesia! Ella le respondió:

Señor cura: el demonio no lleva una Cruz.

*Y continuó el Sacerdote:* Pero, amable niña, el demonio llevó á Nuestro Señor Jesucristo á lo alto del templo y de la montaña: por lo tanto, muy bien podría llevar su Cruz.

No, señor, (contestó Melania con cierta seguridad): Dios no dejará llevar así la Cruz, pues sobre la Cruz murió.

*El cura:* Pues él se dejó llevar á sí mismo.

*Melania:* Pero la Cruz es por la cual salvó al mundo.

*Sacerdote:* La seguridad de esta niña, la profundidad de su respuesta, cuya hermosura tal vez ella no conocia, me cerraron la boca.

En una reunion, siempre buscando medios para ver si

se contradecian, hicieron entrar repentinamente á Melania, y poniéndola delante de una de las señoras que allí habia, le preguntaron si la hermosa Señora que habia visto en la montaña era de la estatura de aquella ó mas pequeña, y contestó al instante, sin titubear: *Era mas alta.*

Luego se hizo entrar á Maximino, le pusieron delante de la misma señora, le hicieron igual pregunta, y en seguida contestó: *Era mas alta.*

Imposible ha sido siempre hallar en estos niños ni la mas pequeña contradiccion: todos los interlocutores fueron vencidos, cualesquiera que fueran los fines de algunos y la sagacidad que ponian en práctica. En el capítulo que sigue se verán nuevas y mas admirables respuestas de los dos pastorcitos.

## VI.

## EL SECRETO.

"La Señora, (dicen los comisionados en su Memoria) confió un secreto á cada uno de los niños, sobre el cual son absolutamente impenetrables. Primero lo dió á Maximino, y en seguida á Melania; pero el uno no sabia que el otro recibia un secreto.

"Despues que desapareció la Señora, dijo Maximino á Melania:—Ella ha estado un rato sin hablar; pero yo la veía mover los labios: ¡qué te decía?—Melania le respondió:—Me ha dicho una cosa; pero no quiero decírtelo, porque me lo ha prohibido:—y Maximino le contestó:—Me

P. Luego hay alguno que lo sabe.

"Melania (con vivacidad): Pues, señor cura, envuélvase vd. en una nube y desaparezca.

"Y Melania se marchó de entre la concurrencia, diciendo admirada: *Mi misión ha terminado.* El presbítero Alvertin, catedrático del gran Seminario de Grenoble, preguntó á Maximino en otra ocasión: ¡No te enfadas, amable niño, de tener que contar todos los días unas mismas cosas? Y Maximino le contestó: ¡Y vd., señor cura, se enfada de decir misa todos los días?

Los Sres. Repellin, catedrático del Seminario de Embrun, Belier, misionero de Valence, y otras personas muy recomendables, confiesan haber recibido de los niños respuestas todavía mas admirables. El citado Sr. Repellin, nos decía en una carta que, habiendo ido en peregrinacion á La Saleta con el párroco de Sérres el 8 de Setiembre, vieron á los niños al día siguiente, y hablando con ellos durante tres horas, primero con el uno y despues con el otro, y que les respondieron como habian respondido á otros muchos. Que él dijo á Melania: ¡No podría suceder que el personaje maravilloso que viste fuese un mal espíritu que pudiese introducir el desorden en la Iglesia! Ella le respondió:

Señor cura: el demonio no lleva una Cruz.

*Y continuó el Sacerdote:* Pero, amable niña, el demonio llevó á Nuestro Señor Jesucristo á lo alto del templo y de la montaña: por lo tanto, muy bien podría llevar su Cruz.

No, señor, (contestó Melania con cierta seguridad): Dios no dejará llevar así la Cruz, pues sobre la Cruz murió.

*El cura:* Pues él se dejó llevar á sí mismo.

*Melania:* Pero la Cruz es por la cual salvó al mundo.

*Sacerdote:* La seguridad de esta niña, la profundidad de su respuesta, cuya hermosura tal vez ella no conocia, me cerraron la boca.

En una reunion, siempre buscando medios para ver si

se contradecian, hicieron entrar repentinamente á Melania, y poniéndola delante de una de las señoras que allí habia, le preguntaron si la hermosa Señora que habia visto en la montaña era de la estatura de aquella ó mas pequeña, y contestó al instante, sin titubear: *Era mas alta.*

Luego se hizo entrar á Maximino, le pusieron delante de la misma señora, le hicieron igual pregunta, y en seguida contestó: *Era mas alta.*

Imposible ha sido siempre hallar en estos niños ni la mas pequeña contradiccion: todos los interlocutores fueron vencidos, cualesquiera que fueran los fines de algunos y la sagacidad que ponian en práctica. En el capítulo que sigue se verán nuevas y mas admirables respuestas de los dos pastorcitos.

## VI.

## EL SECRETO.

"La Señora, (dicen los comisionados en su Memoria) confió un secreto á cada uno de los niños, sobre el cual son absolutamente impenetrables. Primero lo dió á Maximino, y en seguida á Melania; pero el uno no sabia que el otro recibia un secreto.

"Despues que desapareció la Señora, dijo Maximino á Melania:—Ella ha estado un rato sin hablar; pero yo la veía mover los labios: ¡qué te decía?—Melania le respondió:—Me ha dicho una cosa; pero no quiero decírtelo, porque me lo ha prohibido:—y Maximino le contestó:—Me

P. Luego hay alguno que lo sabe.

alegre: á mí tambien me ha dicho una cosa, y tampoco te la diré, porque me lo ha prohibido.—Así es como los niños conocieron que cada uno era depositario de un secreto. Véanse ahora los esfuerzos hechos para obtener su revelacion, sus respuestas prontas, sábias, admirables. Salimos garantes de su autenticidad.

“En los primeros dias preguntaron á Maximino:—¿Has escrito alguna vez tu secreto?”

“Maximino: No tengo, señor, necesidad de escribirlo: escrito está.

“P. ¿En dónde?”

“R. Aquí (*llevando la mano al corazon*)

“P. ¿Y si te se olvida?”

“R. ¡Oh! Si se me olvida, Dios me lo hará recordar bien, si le agrada.

“P. Pero si no le agrada, será cosa perdida.

“R. Eso á mí no me concierne: Dios podrá decirlo á otro si conviene.

“*A Melania en otra ocasion:* En hora buena que la Señora te haya prohibido decir el secreto; pero dinos, á lo menos, si ese secreto es relativo á tí ó á otro.

“R. Cualquiera que sea quien tenga que ver con él; ella me ha prohibido decirlo.

“P. ¿Consiste tu secreto en alguna cosa que tú debes hacer?”

“R. Que sea una cosa que yo deba hacer ó no, esto no toca á nadie, ella me ha prohibido decirlo.

“P. Sin duda te han mandado hacer alguna cosa. ¿La harás?”

“R. Que la haga ó no la haga, esto á nadie toca.

“*El presbítero Chambron:* Dios ha revelado tu secreto

á una santa religiosa; pero mas quiero yo saberlo de tí misma, y asegurarme así de que no mientes.

“R. Pues si esa religiosa lo sabe, ella puede decirlo: yo no lo diré.

Ya hemos referido antes la escena en que Maximino sostuvo en el paraje de la aparicion la negativa á descubrir el secreto, no obstante los deseos del Sr. Obispo de la Rochelle y los medios que pusieron en accion, á presencia de S. I. y de todo el concurso, el presbítero Lata y el alcalde de la Saleta. Véase una nueva tentativa que refiere el mismo diocesano:

“En tiernos diálogos con Maximino llegamos á Corps (de regreso de la montaña). Me decia aquel:—¡Ay, señor! No os marcheis esta tarde: ¿por qué nos dejais tan pronto? Habiendo venido de tan lejos, ¿os iriais tan presto? No, no marchareis; quedaos un poco mas tiempo, con nosotros. . . .—Al salir de la Providencia, los eclesiásticos que me habia acompañado dijeron á Maximino:—Hay un medio de obligar al señor Obispo á que se quede, y es que le digas tu secreto.

—“Pues bien, dijo Maximino sonriéndose: si se queda, yo se lo descubriré.

—“El prelado consiente en ello, replicaron los clérigos.

“Sí, respondió Maximino; pero no consiente en que viole yo el secreto.”

Oigamos ahora á otras personas que no nombran los autores de la Memoria, pero que garantizan lo que dicen.

*Pregunta á Melania:* ¿Vendrá un momento en que dirás tu secreto?

R. Vendrá, ó no vendrá.

P. El ángel de tu guarda, ¿sabe el secreto?

R. Sí, señor.

P. Luego hay alguno que lo sabe.



E. El ángel de mi guarda no es del pueblo.

P. Si los ángeles custodios lo saben, concluiremos por saberlo:

R. (*Sonriéndose y encogiéndose de hombros*). Haga vd. pues, que se lo digan.

Véase aquí una cosa singular con respecto á Maximino. "Cuando estábamos en Corps, (hablan los comisionados) supimos que este niño había ido á ver la representacion de la Pasion, dada por unos actores ambulantes, y al regreso dijo á una de las religiosas del convento donde se educaba: ¡Oh, hermana mia! He visto alguna cosa de mi secreto. Y como repitió esto tres ó cuatro veces, la religiosa nos lo comunicó. Yo (M. Rousselot) llamé al niño, y le dije:

—Es preciso, Maximino, decir aquí la verdad ante Dios que te ha de juzgar. ¿Has revelado alguna cosa de tu secreto?

R. Yo, señor, nada he dicho.

P. No fuiste el otro dia á la representacion de la Pasion?

R. Sí, señor; estuve en ella.

P. ¿No dijiste al regreso á esa hermana que estaba aqui poco há que habias visto alguna cosa de tu secreto?

R. Sí, señor; le dije eso.

P. ¿Luego tu secreto es referente á la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo?

R. Se refiere á ella, ó á otra cosa,

P. Pues que tú has ido á esa representacion, luego es indudable que á ella pertenece lo que tú has visto.

R. Pero vd. no sabe lo que yo he visto antes de la representacion, en ella ó despues de ella.

P. Lo podré saber tomando informes de las personas que te han visto ir, estar allí y volver.

R. Haga vd., señor, cuanto pueda.

"A esta respuesta, pronta y precisa, no supimos que oponer, y conocimos que era imposible reunir todas esas circunstancias para deducir la que podría tener relacion con alguna cosa de su secreto. Nos pareció que solo Dios puede dar á los niños semejante lenguaje."

A Maximino en otra ocasion: Tú debes decir el secreto á tu confesor, pues para él no debe haber nada oculto.

R. Mi secreto no es un pecado, y en confesion no está uno obligado mas que á decir los pecados.

P. Si fuera preciso morir ó decir tu secreto, ¿qué harías?

R. (*Con firmeza*). Moriré; no lo diré.

P. Si el Papa te pidiese tu secreto, te verías obligado á decirselo, pues el Papa es mucho mas que la Virgen.

R. ¿El Papa mas que la Virgen? La Virgen Santísima es la Reina de todos los Santos. Si el Papa cumple bien con su deber, será Santo; pero muy inferior á la Virgen, mas si no cumple su deber, será mas castigado que los demas.

M. Gerent, capellan de las religiosas de la Provincia de Corence, á Maximino: No quiero pedirte tu secreto; pero ese secreto es, sin duda, dirigido á la mayor gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Será, pues, conveniente que se sepa despues de tu muerte. Ve aquí lo que te aconsejo. Escribe tu secreto en una carta, que tú mismo cerrarás; la remitirás al archivo del señor Obispo, y despues que este muera y tú tambien, se leerá la carta, y habrás guardado el secreto.

R. ¿Y si alguno se tiente á abrirla?... Ademas yo no sé quienes son los que van á ese archivo. El mejor archivo está aqui. (*Señaló con la mano la boca y el corazon.*)

Otro cura. Tú tienes gana de ser sacerdote; pues bien: dime tu secreto, y yo me encargaré de tí, y escribiré al

señor Obispo, quien te facilitará gratis los estudios y te dará las órdenes.

R. Si para ser sacerdote he de revelar el secreto, jamás lo seré.

Oigamos ahora al Sr. Dupanloup, Obispo de Orleans, en una carta que se ha hecho célebre, escrita y publicada por él mismo despues de haber pasado tres dias en La Salleta, en cuyo escrito pinta á los niños como inspirados: hablando del secreto, dice lo siguiente:

“Es preciso observar que ningunos hombres acusados de crímenes ante los tribunales, han sido perseguidos con preguntas y diligencias para descubrirse sus delitos, como lo son estos pobres niños de dos años á esta parte: se conoce que serian radicalmente incapaces de tanta presencia de ánimo si lo que dicen no fuera verdad. Se les ha visto conducir *(algunas veces como se conducen los malhechores)* al lugar de la revelacion ó de la impostura. Ni los personajes mas graves y distinguidos les desconciertan, ni las amenazas ni las injurias les espantan, ni las caricias ni la dulzura les hacen ceder, ni los mas largos interrogatorios les cansan, ni la frecuente repeticion de todas estas pruebas, ensayos y dificultades les hallan en contradiccion, estén juntos ó separados. Pero nada de esto les impide para mezclar contrastes bizarros que les son naturales. Una vez se nota la grosería de su educacion, otra cierto mal humor, otra una extrema dulzura, tranquilidad, sangre fria imperturbable, ó mas bien una discrecion, una reserva impenetrables á todos, padres, compañeros, amigos, conocidos; al universo entero. Este es el tercer testimonio de verdad que yo he observado en estos niños.

“Respecto al secreto que cada uno de ellos tiene, jamás han manifestado que el uno sepa el del otro. Sus padres, sus años, sus maestros, sus párrocos, sus compañeros y miles de peregrinos les han interrogado sobre esto; les han pedido una revelacion cualquiera; se han hecho para ello los mayores esfuerzos; pero ni la amistad, ni el interés, ni

las promesas, ni las amenazas, ni la autoridad civil, ni la eclesiástica, nada ha podido inclinarles á decir cosa alguna sobre el particular: de modo que, despues de dos años de tentativas, nada se sabe, absolutamente nada.

“Yo mismo he hecho los mayores esfuerzos para penetrar el secreto; algunas circunstancias singulares me han ayudado á lanzar estos esfuerzos mas lejos que otras personas, y he creido un momento conseguir mi objeto: véase como:

“Llevé conmigo al pequeño Maximino á la montaña, é hice cuanto pude para ganar su corazon. Al llegar á la cima, alguien de los que iban con nosotros le dió una estampa que representaba una batalla, y en medio de los combatientes se veia un sacerdote cuidando los heridos. Se le figuró que yo me parecia á este eclesiástico, y aunque le dije que se equivocaba, permaneció en la idea de que yo era. Desde este momento se puso en gran familiaridad conmigo: me aproveché de ella, y nos hicimos los mejores amigos del mundo.

“Volvimos de la montaña; le hice almorzar conmigo, se colgaba de mi brazo; hablaba de todas las cosas, como suele decirse, hasta por los codos; pero cuando yo traía la conversacion hácia lo único que me interesaba, me respondia breve y sencillamente. Todo lo que tenia relacion con el asunto de la Santísima Virgen era siempre para él una cosa aparte y separada de nuestra conversacion; cortaba por lo corto aun en el calor de sus habladurías. El fondo, la forma, el tono, la voz, la precision de lo que me decia entonces era todo repentino, singularmente grave y religioso: luego pasaba á cualquiera otro asunto de conversacion la mas familiar.

“Entonces volvia yo á mis esfuerzos é insinuaciones las mas diestras para aprovechar su disipacion y libertad de hablar, con el fin de hacerle entrar en lo que me interesaba, que era el secreto; lo hacia de modo que él no lo observase ni lo quisiese; queria ver en claro esta alma, cogéla en defecto, y sacar de ella la verdad que estaba en

el fondo de su corazón; pero debo confesarlo, todos mis esfuerzos desde la mañana fueron completamente inútiles, pues en el momento en que yo creía conseguir mi objeto y obtener alguna cosa, todas mis esperanzas se desvanecían, todo lo que me imaginaba que iba á coger se me escapaba de repente, y una respuesta del niño me volvía á sumergir en todas mis incertidumbres.

“Esta reserva absoluta me pareció tan extraordinaria en un niño, diré aun mas, en un ser humano cualquiera, que sin hacer una violencia que á mi propia conciencia habria repugnado, me estimuló á ir mas lejos y á ensayar los últimos recursos para vencerle en alguna cosa y sorprender al fin su secreto.

“Llevaba yo un saco de noche cuyo candado se cerraba y abría sin llave; víeme abrirlo, y quiso saber cómo lo hacia. Le respondí que era un secreto, y aprovechando esta circunstancia, le dije:—Hijo mio, es mi secreto; no me has querido decir el tuyo, tampoco yo te diré el mio.—No es lo mismo, me respondió, porque á mi me han prohibido decirlo y á vos no.—La contestacion era perentoria; pero como si yo no la hubiese entendido, continué en el mismo tono, diciéndole:—Ya que no has querido decirme el tuyo, tampoco te diré el mio.—Insistió; excitó yo mismo sus instancias y su curiosidad; abrí y cerré misteriosamente el candado sin que pudiera comprender el secreto, y tuve la crueldad de mantenerle de esta modo anheloso y apasionado, durante algunas horas, en cuyo intervalo volvió el niño á la carga diez ó doce veces.—Te lo diré, le contestaba yo; pero dime tambien tu secreto.—Al oír estas palabras tentadoras, volvía á aparecer el niño, religioso, y su curiosidad se estinguía: momentos despues volvía á preguntarme, pero yo le daba la misma contestacion. Viéndole inmutable, cedí al fin, y le enseñé el secreto del candado. Saltó entonces de gozo, y abrió y cerró varias veces el saco de noche.

“Sin embargo, muy pronto volví yo á probar otra vez su constancia con un tono mas grave, pues una circuns-

tancia particular hacia que yo tuviese entonces una considerable suma de dinero en oro.

“Mientras que Maximino andaba en el cuarto de mi posada mirando todos mis efectos, tocándolos y manoseándolo todo como un atrevidillo rapazuelo, vió el bolsillo con el dinero, lo echó sobre la mesa, lo contó, hizo montoncitos, los deshizo, y volvió á rehacerlos. Al verle tan encantado y gozoso con el dinero, pensé que habia llegado el momento tan deseado para mí, de experimentar y conocer con certidumbre su sinceridad. Le dije:—*Mira, hijo mio: si me dices de tu secreto lo que puedas decirme, yo podré darte ese oro para ti y para tu padre; os lo daré todo al instante, sin que os inquietéis con respecto á mí, pues tengo otro dinero para continuar mi viaje.*

“Entonces ví un fenómeno moral, extraordinario por cierto, y todavía estoy sobrecogido al contarlo. El niño estaba enteramente absorto y entusiasmado con el oro; se gozaba mirándolo, tocándolo y contándolo; pero repentinamente, al oír mis palabras, cambió todo; se puso triste; se alejó bruscamente de la mesa y de la tentacion, y me dijo:—*Señor, no puedo.*—Insistí diciéndole:—*Sin embargo, ahí hay lo bastante para hacer la felicidad de tu padre y la tuya*—Y me respondió otra vez:—*No puedo.*—Pero lo hizo con un tono tan firme, al paso que sencillo, que me sentí vencido. No obstante, para disimularlo, le dije con un aire que afectaba desagrado, desprecio é ironía:—*Quizá no me quieres decir el secreto porque no tienes ninguno, y lo habrás supuesto por chanza.*—Me pareció que se habia ofendido de estas palabras, y me respondió con viveza:—*¡Oh! Sí señor, tengo uno; pero no puedo decirlo.*—*¡Quién te lo ha prohibido!*—*La Virgen Santísima.*

“Cesé desde entonces una lucha inútil: conocí que la dignidad del niño era mas grande que la mia. Puse con cariño y respeto mi mano sobre su cabeza; tracé una cruz en su frente, y le dije:—*Adios, mi querido niño; espero que la Virgen María me disimulará todas las instancias que te he hecho: procura ser toda tu vida fiel á la gracia*

que has recibido.—Y a'gunos momentos despues nos separamos para no volver á vernos."

Todo comentario es inútil al frente de estas confesiones del señor Obispo de Orleans, publicadas en Francia y en Bélgica, y copiadas en el folleto que, como resultado de su peregrinacion á La Saleta, dió á luz en Inglaterra el señor Obispo de Birmingham.

Mas no concluyen aquí las pruebas sublimes de la fidelidad de los dos pastorcitos en la guarda del secreto. Daremos otras en el capítulo que sigue aun mas admirables, hasta que lo revelaron con las mayores precauciones al Soberano Pontífice cuando, segun se presume, recibieron del cielo el permiso para hacerlo.

## VII.

CONTINUACION DEL SECRETO, REVELACION AL PAPA Y  
AUTORIZACION PARA DECLARAR EL MILAGRO DE  
LA APARICION.

El señor Obispo de Grenoble habia recibido ya la Memoria de sus delegados, los Sres. Rousselot y Orcel: se habia dado cuenta de ella y de todos los antecedentes y documentos auténticos ante la gran junta creada para examinarlos, y se examinaron en ocho sesiones que esta celebró, siendo la última el 13 de Diciembre de 1847: sin embargo de todo esto, aun no habia pronunciado la decision doctrinal deseada por todos los Obispos, canónigos, sacerdotes y demas que habian visitado La Saleta y con-

venciendose de la verdad de los hechos. Estaba en relaciones con Roma, y esperaba sin duda alguna cosa.

En este estado llegó el mes de Marzo de 1851, y supo por conducto del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Leon, que el Soberano Pontífice habia manifestado a'gun deseo de conocer los secretos que guardaban los niños. Con este motivo dió comision á su secretario, Sr. *Auvergne*, y al presbítero *Rousselot*, para instruir á los dos pastorcitos de la obligacion en que estaban de obedecer al Santo Padre, si este les daba mas adelante órden de confiarle los secretos. Los dos eclesiásticos eligieron horas diferentes para ver á los niños, y cada uno les vió por separado. En esta nueva série de diligencias se dejan ver otra vez la sabiduría y el teson de los niños. Véase como refiere el señor Obispo de Birmingham estas entrevistas, pues lo que dice es lo publicado por los citados comisionados.

"El 23 de Marzo de 1851 se presentó el Sr. *Auvergne* en el Seminario en que se educaba Maximino, y tomándolo en particular, le dijo: —Maximino, vengo á hablarte de una cosa importante. ¿Me prometes no decir á nadie lo que voy á decirte?

"R. Sí, señor.

"P. ¿Crees tú que la Iglesia tiene el derecho de examinar y de juzgar todos los hechos religiosos, apariciones, visiones, etc?

"R. Sí, señor.

"P. Para juzgar estos hechos, ¿no tiene el derecho, no es de su obligacion el informarse de las circunstancias que les acompañan?

"R. Sí, señor.

"P. ¿Puede la Iglesia engañarse?

"R. No, señor.

"P. Si pues el Papa te pidiera tu secreto, se lo darias ¿no es verdad?

que has recibido.—Y a'gunos momentos despues nos separamos para no volver á vernos."

Todo comentario es inútil al frente de estas confesiones del señor Obispo de Orleans, publicadas en Francia y en Bélgica, y copiadas en el folleto que, como resultado de su peregrinacion á La Saleta, dió á luz en Inglaterra el señor Obispo de Birmingham.

Mas no concluyen aquí las pruebas sublimes de la fidelidad de los dos pastorcitos en la guarda del secreto. Daremos otras en el capítulo que sigue aun mas admirables, hasta que lo revelaron con las mayores precauciones al Soberano Pontífice cuando, segun se presume, recibieron del cielo el permiso para hacerlo.

## VII.

CONTINUACION DEL SECRETO, REVELACION AL PAPA Y  
AUTORIZACION PARA DECLARAR EL MILAGRO DE  
LA APARICION.

El señor Obispo de Grenoble habia recibido ya la Memoria de sus delegados, los Sres. Rousselot y Orcel: se habia dado cuenta de ella y de todos los antecedentes y documentos auténticos ante la gran junta creada para examinarlos, y se examinaron en ocho sesiones que esta celebró, siendo la última el 13 de Diciembre de 1847: sin embargo de todo esto, aun no habia pronunciado la decision doctrinal deseada por todos los Obispos, canónigos, sacerdotes y demas que habian visitado La Saleta y con-

venciendose de la verdad de los hechos. Estaba en relaciones con Roma, y esperaba sin duda alguna cosa.

En este estado llegó el mes de Marzo de 1851, y supo por conducto del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Leon, que el Soberano Pontífice habia manifestado a'gun deseo de conocer los secretos que guardaban los niños. Con este motivo dió comision á su secretario, Sr. *Auvergne*, y al presbítero *Rousselot*, para instruir á los dos pastorcitos de la obligacion en que estaban de obedecer al Santo Padre, si este les daba mas adelante órden de confiarle los secretos. Los dos eclesiásticos eligieron horas diferentes para ver á los niños, y cada uno les vió por separado. En esta nueva série de diligencias se dejan ver otra vez la sabiduría y el teson de los niños. Véase como refiere el señor Obispo de Birmingham estas entrevistas, pues lo que dice es lo publicado por los citados comisionados.

"El 23 de Marzo de 1851 se presentó el Sr. *Auvergne* en el Seminario en que se educaba Maximino, y tomándolo en particular, le dijo: —Maximino, vengo á hablarte de una cosa importante. ¿Me prometes no decir á nadie lo que voy á decirte?

"R. Sí, señor.

"P. ¿Crees tú que la Iglesia tiene el derecho de examinar y de juzgar todos los hechos religiosos, apariciones, visiones, etc?

"R. Sí, señor.

"P. Para juzgar estos hechos, ¿no tiene el derecho, no es de su obligacion el informarse de las circunstancias que les acompañan?

"R. Sí, señor.

"P. ¿Puede la Iglesia engañarse?

"R. No, señor.

"P. Si pues el Papa te pidiera tu secreto, se lo darias ¿no es verdad?

"R. No estoy todavía delante del Papa: cuando lo esté, veré.

"P. ¿Cómo que verás?

"R. Sí; veré: según lo que él me diga, ó lo que yo le diga.

"P. Si te manda decirle tu secreto ¿no se lo dirás?

"R. Si me lo manda, se lo diré.

"P. ¿Tienes conocimiento de la época en que deberás decirlo?

"R. Cuando se me mande decirlo se sabrá si yo debía decirlo mas pronto ó mas tarde, porque mi secreto son cosas que deben ser....

"P. ¿Conocidas?

"R. Sí.

"P. Vamos, pues, hijo mio, estoy contento de verte con tan buenas disposiciones. Voy á Corence para ver á Melania y saber si ella estará dispuesta á decir su secreto bajo las órdenes del Papa.

"R. Vaya V., decídala como á mí.

"P. ¿Conoces tú el secreto de Melania?

"R. No: pues no ví á la Señera mas que mover los labios mientras daba su secreto á Melania; pregunté despues á Melania lo que le habia dicho, y Melania me hizo á mí la misma pregunta por lo que me habia dicho; y así conocimos que cada uno de nosotros tenia un secreto, y que el uno no sabia el del otro. No sabiamos esto antes, pues cada uno oimos á la Señera hablar en voz clara.

"En el mismo dia de este exámen, el presbítero Auvergne fué á Corence, y presentándole á Melania, entraron en materia, haciendo á esta las mismas preguntas que á Maximino. Respondió á las primeras, mas no tan afirmativamente; parecía que temia se le estuviese tendiendo algun lazo: tantos le habian ya tendido y con tanta frecuencia, que no era de estrañar su sospecha.

"P. *A la quinta pregunta:* Si el Papa te pidiese tu secreto, se lo dirías, ¿no es verdad?

"R. (Con timidez.) No lo sé, Señor.

"P. ¿Cómo que no lo sabes? ¿Podia engañarse el Papa pidiéndote una cosa que no debiera pedirte?

"R. La Virgen Santísima me ha prohibido decirlo.

"P. ¿Cómo sabes tú que es la Virgen, cuando la Iglesia solo es la que puede saberlo, y será preciso obedecer á la Iglesia?

"R. Si no fuera la Virgen Santísima, no se hubiera elevado por los aires.

"P. El demonio tambien puede hacer eso, y la física igualmente: la Iglesia sola puede distinguir la verdad del error.

"R. Pues bien: que se declaré por la Iglesia, que no era la Virgen la que se nos apareció.

"P. Para conocer la verdad, la Iglesia necesita saber tu secreto. ¿Se lo dirás, Melania, si el Papa te lo manda?

"R. No lo diré mas que á él, y para él solo.

"En lo restante del interrogatorio hizo el Señor Auvergne esfuerzos, aunque inútilmente para obtener de Melania que remitiese el secreto al Papa por medio de algun Obispo, Arzobispo ó Príncipe de la Iglesia. A todo lo que le preguntaba sobre esto no respondia mas que.—No lo sé. Palabras que repitió mas de veinte veces. El Sr. Auvergne la despidió, diciéndola:—*¡Buenas son las disposiciones en que estás en la antevíspera de la gran fiesta de la Asuncion! Tú quieres desobedecer á la Iglesia; piénsalo bien.*—Melania se retiró muy triste, y mientras la comunidad cantó vísperas aquella tarde, estuvo siempre llorando.

"El Sr. Auvergne la llamó despues otra vez, y la dijo:

"P. Vamos: ¿has reflexionado, Melania? ¿Dirás tu secreto si el Papa lo manda?

"R. No lo sé, señor.

"P. ¡Cómo! ¿Desobedecerás al Papa?

"R. La Virgen Santísima me ha prohibido decir el secreto.

"P. La Virgen quiere que se obedezca al Papa.

"R. No es el Papa quien pide mi secreto; otros son los que le dicen que me lo pida.

"Después de otras muchas tentativas infructuosas, el Sr. Auvergne le dijo. — Ruega á Dios y consúltalo con tu confesor, pues el Sr. Rousselot vendrá el Miércoles para que le digas un sí que no has querido decirme á mí.

"R. Yo no podré decir al señor Rousselot otra cosa que lo que he dicho á V.

Se retiró Melania con gran perplejidad en su conciencia; pero sin duda después la Virgen, en la oración, ó en consultas con el confesor, le manifestó que ya podía revelar el secreto al Papa y para el Papa solo. Sigamos al Sr. Obispo de Birmingham en su narración, pues copia lo del presbítero Rousselot, que dice lo siguiente, con fecha 26 de dicho mes de Marzo de 1851.

"Me presenté en el convento de la Providencia de Co-rence, y al entrar encontré reunidos la señora superiora, una religiosa y el capellán, pues me esperaban, y me dijo la superiora. — *Ya sabemos el asunto que V. trae.*

"P. Pues ¿cómo lo sabe V.?

"R. Desde la entrevista del Sr. Auvergne con Melania se halla esta en la mayor agitación. Durante la noche ha soñado sobre la conversacion que tuvo con el Sr. Auvergne, y su compañera de cuarto le ha oído decir muchas veces soñando. *Me piden el secreto..... es preciso decir mi secreto al Papa, ..... ó ser separada de la Iglesia (1).* . . . Mas de cuarenta veces ha

(1) El Sr. Auvergne no le habló de separación de la Iglesia ni de excomunion: ella es la que se figuró que este sería el resultado si no decía al Papa el secreto.

repetido. *¿Ser separada de la Iglesia!* . . . Ya veis, pues, que sabemos el asunto que trae V.

"¿Está V. contenta de Melania?

"R. Siempre contenta: es la edificación de todas sus compañeras, y aun de la comunidad: no aspira mas que al momento de tomar el hábito; pero tiene intención de ir á algun país extranjero, como misionera, para consagrarse en él á la educación de las niñas paganas.

"P. ¿A qué hora podré verla?

"R. Ahora mismo: voy por ella.

"Luego se presentó la superiora con Melania, y dejando á esta, se retiró. Melania tenía el aspecto tímido y modesto — Hija mía, le dije; ¿padece alguna pena desde el Domingo? ¿Estás incierta y temerosa de que si revelas tu secreto al Papa desagradarás á la Virgen Santísima? Pues bien: yo vengo á instruirte y sacarte de esta aflicción. Mira, hija mía: no se puede desagradar á la Virgen obedeciendo á la Iglesia, á la cual es preciso someter todas las revelaciones, apariciones, y aun las visiones: así lo han hecho los santos. Jesucristo es quien ha establecido al Papa por Vicario suyo en la tierra: la Virgen Santísima lo sabe muy bien, y no se enfada cuando se obedece á aquel, que es el representante de su Hijo en el mundo; al contrario, se enfadaria si no se obedeciese. Así, pues, Melania, si el Papa te manda que le digas tu secreto ¿se lo dirás?

"R. Sí, Señor.

"P. ¿Se lo dirás de buena gana?

"R. Sí, Señor.

"P. Sin temor de ofender á la Santísima Virgen?

"R. Sí, Señor.

"P. Si pues el Papa te manda que digas el secreto á quien él designe para recibirlo y transmitirlo, ¿lo dirás á la persona que haya señalado?

"R. No, señor, quiero decirlo al Papa solo, y solamente cuando me lo mande.

"P. Y si el Papa te dá ese mandato, ¿cómo harás para darle el secreto?

"R. Se lo diré á él mismo, ó lo escribiré en una carta cerrada.

"P. Y esa carta cerrada ¿á quién la entregarás para que llegue á manos del Papa?

"R. Al Sr. Obispo.

"P. ¿No la entregarás á ninguno otro?

"R. La entregaré al Sr. Obispo, ó á V.

"P. ¿No la confiarás al señor capellán de la comunidad?

"R. No, Señor.

"P. ¿La mandarás al Papa por medio del señor Cardenal Arzobispo de Leon?

"R. No, Señor.

"P. ¿Ni por medio de algun otro Sr. Obispo ó Sacerdote?

"R. No, Señor.

"P. ¿Te incomodarás si el Papa publica tu secreto despues que lo sepa?

"R. No, Señor: él será responsable de lo que haga, pues ya será asunto suyo. (Aquí Melania, sonriéndose, dice al interlocutor:) *¿Y si el Papa lo guarda para sí?*

"P. En este caso el Papa hará lo que le parezca. Así pues, hija mia, ¿estás bien resuelta á decir al Papa tu secreto?

"R. Sí, Señor, con tal que él lo mande; pero si me deja en libertad, no lo dire.

"P. Y ¿no quieres que tu carta conteniendo el secreto le llegue por otros que por el Sr. Obispo de Grenoble ó por mí?

"R. No, Señor.

"Adios, hija mia, sé siempre buena; ama y ruega constantemente á la Virgen Santísima.

"Al dia siguiente, Juéves 27 de Marzo de 1851, fuí al pequeño Seminario para ver á Maximino, y, sin decir á nadie nada del motivo de mi visita, pregunté al señor superior si estaba contento de Maximino, y me contestó:

—“Estamos contentos de él, aunque es un poco débil en la clase porque no ha estudiado bastante los primeros principios, pero él saldrá, pues tiene memoria è inteligencia.

"P. ¿Y su comportamiento?

"R. Es variable; un poco disipado; pero le creo con gran fondo de fé, la cual muestra sobre todo cuando está en la Iglesia y se aproxima á recibir los Sacramentos.

"Ví en seguida á Maximino en particular, y me confirmó todo lo que habia dicho el Domingo al señor Auvergne. Le reprendí la ligereza de su comportamiento, y le dije que esa conducta hacia pensar que él no habia visto realmente á la Virgen Santísima, que el suceso de La Saleta caería. Entonces Maximino me repitió las palabras que tres semanas antes habia dicho á uno de nuestros canónigos.

—“La Saleta es ahora como una flor, que en el invierno la cubren de lodo y estiércol; pero que en el verano sale mas hermosa.

"Una tempestad que se levantó de resultas de haberse urdido la mentira (puesta luego en claro) de que Maximino se habia desdicho ante el cura de Ars, tuvo por resultado empeñar á los niños á que revelasen su secreto al Soberano Pontífice, y se hizo la petición por medio del Cardenal Arzobispo de Leon. Viendo que los niños estaban bien decididos á no entregar su secreto abierto, como el Cardenal lo descaba, ni á confiarlo mas que al Papa, el Sr. Obispo de Grenoble nombró muchos testigos, magistrados



y eclesiásticos, para que estuvieran presentes cuando Maximino y Melania escribieran sus secretos.

"Se les introdujo en una sala; se les colocó separados en distintas mesas. Maximino puso su cabeza entre las manos en actitud pensativa, y empezó luego á escribir su carta con tal rapidez, que, temiéndose no fuera legible su letra, se le rogó que escribiese otra mas despacio. Melania mostró mas emoci3n cuando escribia; pero sin embargo y con bastante rapidez. Se detuvo un poco, y preguntó qué queria decir la palabra *infaliblemente*; se le explicó. *No lo sabia*, dijo, y continuó escribiendo. Se observó que el secreto de Melania era mucho mas largo que el de Maximino, y cerrando cada uno su respectiva carta en presencia de los testigos, se les puso en seguida el sello del obispado."

PREGUNTAS Á MELANIA POCO DESPUES DE REVELAR EL SECRETO AL PAPA, HECHAS POR SU AMIGA LA SEÑORITA DE BRULAIS.

"P. ¿No te pesa haber revelado el secreto que la Virgen Santísima te prohibió revelar?

"R. No: no me pesa de haberlo revelado al Papa.

"P. Pero me preguntarán en Nantes, hijá mia, cómo es que has revelado aun al Papa tu secreto, despues de haber dicho otras veces que la Virgen Santísima te habia prohibido decirlo á nadie; pues el Papa es una persona.

"R. Yo no sabia entonces lo que era el Papa qué derechos tiene en la Iglesia, ni que tenia obligacion de obedecerle.

"P. Pienso que el Sr. Obispo de Nantes, á quien tengo intencion de comunicarle estos detalles, me preguntará si has vuelto á ver á la Virgen antes de decidirte á revelar el secreto al Papa. ¿Qué podré responderle?.....

por mi:

(Melania guarda silencio y baja los ojos con expresion celestial de una piedad y modestia que indicaban haber visto á la Virgen para decidirse.)

"Llega una religiosa, y dice á Melania;—Vamos, hijá mia; dá á esa señorita una respuesta que pueda transmitir al Sr. Obispo de Nantes. Dinos si la Virgen Santísima te se apareció de nuevo para decidirte á revelar tu secreto al Papa. (Melania vuelve á guardar silencio, y baja los ojos con la misma expresion que antes: expresion muda, difícil de pintar, y que equivalia á decir: Sí.)

"La Señorita. ¿Querrás, á lo menos, decirme, querida Melania, si cuando hiciste la revelacion sabias que podias hacerla? Melania contestó:—*Sí, señora, lo sabia.*"

Recibidas por el Sr. Obispo de Grenoble las cartas cerradas de los niños, nombró al citado señor Rousselot, Vicario general, y al Sr. Gerin, Cura párroco de la catedral, para que la llevarsen á Roma, y pusieran en manos de Su Santidad. Estos dos eclesiásticos han publicado lo que literalmente sigue:

RELACION DEL SR. GERIN.

"El 18 de Julio último, el Sr. Rousselot y yo nos postramos á los piés de Su Santidad Pio IX, y pusimos en sus manos, de parte del Obispo de Grenoble, los dos secretos de los jóvenes pastores de La Saleta.

"El Padre Santo, que se hallaba en su despacho, se levantó despues de darnos á besar su mano, lo cual es un favor insigne. Al dirigirse á la ventana, casi olvidóse de que era Papa y dijo: *¿Estoy obligado á guardar estos secretos?*—Santísimo Padre, le dije: *vos tenéis la llave de todo.* Por algunos indicios de esos secretos que han llegado á nuestro conocimiento, se cree que Maximino anunció *la misericordia ó la rehabilitacion de todo*, y que Melania anuncia grandes castigos. Yo sabia que el secreto de Maximino era el mas breve: el Padre Santo lo leyó primero, y elogió el candor y la sencillez del niño.

"Al leer el secreto de Melania, el rostro del Padre Santo

4 si mismo (2, 1111, 2, 13). *Estas cosas has de amonestar,*

sufrió una trasformacion; sus lábios se contrajeron fuertemente, é hincháronse en extremo sus mejillas. Concluida la lectura, el Padre Santo nos miró, y nos dijo: *Son castigos que amenaza á la Francia; no es ella sola la culpable: lo es tambien la Italia, la Alemania, la Suiza, la Europa. ¡No sin razon se llama militante á la Iglesia! ¡Aquí teneis á su cabeza! Tengo menos que temer de la impiedad manifiesta, que de la indiferencia religiosa y de los respetos humanos.*

—“Caballero, continuó el Padre dirigiéndose al señor Roussetot: he hecho examinar vuestro libro (acerca del hecho de La Saleta) por el Sr. Fratini, Promotor de la Fé, quien me ha dicho que vuestro libro está bien; que ha quedado satisfecho; que ese libro respira verdad.

“El Sr. Fratini, á quien vió el Sr. Roussetot despues de haber recibido esta indicacion, le dijo:—He examinado por orden de Su Santidad vuestras dos obras [pues los nuevos documentos publicados en 1850 habian sido enviados á Roma]; *mi dictámen ha sido que vuestras dos obras se hallan revestidas de los caracteres de la verdad.*—¿Puede (le preguntó el Sr. Roussetot) el Obispo de Grenoble mandar erigir una capilla en el monte donde tuvo lugar la aparicion, y publicar una pastoral acerca de esta última? *Affirmative quoad utrumque,* dijo Monseñor Fratini: direis al Obispo de Grenoble que mande edificar una capilla de vastas y bellas proporciones, y colocar en ella tantos *ex votos* cuantos son los milagros referidos en vuestras obras y cuantos sean los que se verifiquen en lo sucesivo.—Yo quisiera, que el Sumo pontífice (dijo el Sr. Roussetot) prescribiese que se practicasen informaciones jurílicas en las diócesis en que se hubiesen realizado milagros. A lo cual el Sr. Fratini, contestó:—*No es necesario que se prueben esos milagros de un modo jurídico: la Virgen Santísima no necesita ser canonizada. Lo que necesita es ver estenderse considerablemente su culto.*

“El Cardenal Lambruschini dijo al Sr. Roussetot que el Padre Santo le habia comunicado los secretos, y que él mis-

mo habia predicado con fruto en su diócesis acerca del hecho de La Saleta

“El Sr. Roussetot se detuvo en Roma un mes mas que yo, y cuando regresó á Grenoble trajo de parte del Papa un cuerpo santo que tenia un nombre especial y unos magníficos rosarios montados en oro para dicho Sr. Obispo, con autorizacion de hacer lo que quiera tocante á La Saleta.”

#### RELACION DEL SR. ROUSSELOT.

“El 18 de Julio de 1851, los Sres. Gerin y Roussetot entregaron á su Santidad Pio IX tres cartas; una del Obispo de Grenoble, en la que acreditaba á sus dos enviados, y las dos restantes que contenian el secreto de los niños de La Saleta: cada uno de estos niños escribió y selló la carta que encerraba su secreto en presencia de testigos, que declararon en la cubierta que la carta inclusa era estendida de mano propia.

“Su Santidad abrió delante de nosotros las tres cartas: las leyó; empezó por la de Maximino, y dijo: *Aquí se ve el candor y la sencillez de un niño.* Nosotros contestamos que esos niños eran montañeses que hacia poco habian entrado en establecimientos de educacion.

“Para leer mejor las cartas, Su Santidad se levantó y se acercó á una ventana, cuyo postigo abrió: nosotros le seguimos. Despues de leer la carta de Melania, Su Santidad nos dijo:—Conviene que yo lea estas cartas, con toda tranquilidad. Durante la lectura de esta última carta conocióse en el rostro del Padre Santo que este sentia cierta emocion. Contrajéronse sus lábios é hincháronse sus mejillas. Concluida la lectura el Padre Santo nos dijo: *Estos son castigos que amenazan á la Francia; no es ella sola la culpable: la Alemania, la Italia, toda la Europa es culpable y merece castigo. Tengo menos que temer de la impiedad manifiesta que de la indiferencia y de los respetos humanos. . . . No sin razon se llama militante á la Iglesia, y aquí teneis su cabeza* (dijo llevando la mano derecha á su pecho). He hecho examinar vuestro libro por Monseñor Fratini, Promotor de la Fé: me ha dicho que estaba contento de él; que ese libro es bueno, y que respira la verdad.

"Al día siguiente vimos á S. Emma, el Cardenal Fornari á quien ofrecí en homenaje mis escritos acerca de La Saleta. El Cardenal tuvo conocimiento de los hechos durante el tiempo que desempeñó la nunciatura en Francia, y nos dijo que leería mi obra con gusto. *Por lo demás, añadió, estoy asombrado de tales prodigios; tenemos en la Religión todo cuanto se necesita para convertir á los pecadores, y cuando el cielo emplea tales medios, es preciso que el mal sea muy grave.*

"Como el Papa nos habló de Monseñor Fratini, me apresuré á verle despues de la partida del Sr. Gerin. En la primera visita que le hice me confirmó lo que dijo á Su Santidad, y djóme que habia leído atentamente, como era de su deber, mis libros desde el principio hasta el fin, y que, en vista de ellos, no creia que hubiese la menor dificultad en que el Obispo de Grenoble pasase adelante é hiciese edificar una capilla de vastas y bellas proporciones en el sitio donde tuvo lugar la aparicion, y que se colocasen en ella tantos ex-votos cuantos son los milagros relatados en mis libros, y cuantos sean los que se verifiquen en lo sucesivo.

En una ocasion me dijo que el Obispo de Grenoble podia hacer, respecto á La Saleta, lo que hizo en Roma S. Emma, el Cardenal Patrici, quien, en su calidad de Arzobispo de la Ciudad Santa, despues de reunir una comision, declaró que la conversion del Sr. Ratisbona era un milagro debido á la intercesion de la Virgen Santísima. (Sigue una narracion de diversas visitas.)

"El Cardenal Lambruschini, primer Ministro de Su Santidad, Obispo de Porto, Prefecto de la Congregacion de Ritos, y, en concepto de tal, perfectamente instruido de las reglas de la Iglesia en lo referente á la canonizacion de los Santos y á la publicacion de los milagros, tuvo la bondad de decirme en la audiencia que se dignó otorgarme: *Mucho tiempo há que estoy enterado del hecho de La Saleta, y, como Obispo creo en él; he predicado acerca del mismo en mi diócesis, y he observado que mi discurso ha producido gran-*

*de impresion. Por lo demás, añadió, conozco el secreto de los niños; el Papa me lo ha comunicado.*

"Finalmente, el 22 de Agosto de 1851, dos dias antes de salir yo de Roma, estuve á los piés de Su Santidad.... Pedíle su bendicion para el Obispo de Grenoble, para el Capitulo á que pertenezco y para el Seminario de donde soy catedrático, y Su Santidad entó en un aposento inmediato, del cual volvió trayéndome unos rosarios que yo recibí de rodillas. Por fin, á peticion mia, dióme con su amabilidad suma bendicion para los niños de La Saleta.

"El 24 de Agosto por la tarde partí de Roma, llevando para el Obispo de Grenoble, de parte de Su Santidad; 1.º, unos magníficos rosarios engarzados en oro, con cruz y cuentas del mismo metal, encerrados dentro de un estuche de taflete en que se veian las armas de Su Santidad; 2.º, un cuerpo santo con nombre especial, para el cual hay permiso de celebrar oficio y misa y el aniversario anual de su traslacion con indulgencia plenaria."

De regreso de Roma tuvo, el Sr. Gerin con Melania el diálogo siguiente:

"P. ¿Hablaste á Maximino antes de confiar tu secreto al Papa?

"R. No, señor.

"P. Ignoro lo que has escrito al Papa; pero se ha mostrado afectado (*Melania se sonríe.*) A lo que parece, no era nada agradable.

"R. ¿Agradable?

"P. Sí; agradable: ¿sabes lo que significa esta palabra?

"R. ¡Oh! Sí, lo sé. Equivale á *gustar*; y lo que he dicho al Papa debe gustarle, porque á un Papa debe gustar el sufrimiento."

Concluiremos este importante capítulo diciendo que los secretos de los niños permanecen todavía ocultos en sus corazones, en el del Papa y en el del Cardenal Lambruschini, su primer Ministro.

DECLARACION CANÓNICA DE LA APARICION: ESTABLECIMIENTO  
DE SU CAPILLA Y CONVENTO: OCTAVO  
ANIVERSARIO.

Hemos visto ya que Jos Sres. Gerin y Rouvellot estaban de regreso en Grenoble á fines de Agosto de 1851. Dieron noticia al diocesano del resultado de su mision á Roma y de la autorizacion que le habia sido concedida para declarar lo que quisiera, es abtecer una capilla de vastas y bellas proporciones, y fomentar en ella el culto de la Virgen Santísima. La declaracion era pedida y esperada con ansia, hacia mucho tiempo, de gran número de provincias de Francia y del extranjero, y el mismo Sr. Obispo recibió en principios de Setiembre una instancia en la que se le pedian doscientos cuarenta Sacerdotes que estaban haciendo ejercicios espirituales en su gran Seminario. Al fin la hizo y la publicó en 19 de Setiembre de 1851, en la forma siguiente, despues de haberla mandado á Roma y examinádose en la Sagrada Congregacion de Ritos:

"FILIBERTO DE BRUILLARD, por la Misericordia Divina y la gracia de la Santa Sede Apostólica Obispo de Grenoble.

"Al clero y á los fieles de nuestra diócesis salud y bendicion en Nuestro Señor Jesucristo.

"CARÍSIMOS HERMANOS NUESTROS:

"Cinco años ha que se nos participó que en una de las montañas de nuestra diócesis habia tenido lugar un acontecimiento de los mas extraordinarios, y que al principio parecia increíble. Tratábase nada menos que de una aparicion

por sus:

de la Virgen Santísima, la cual, segun se decia, se apareció á dos pastores (*Maximino Giraud, nacido en Corps el 27 de Agosto de 1835, y Melania Mathieu, nacida en Corps el 7 de Noviembre de 1831*) el 19 de Setiembre de 1846, y les habló de las desgracias que amagaban á su pueblo, sobre todo á causa de las blasfemias y de la profanacion del Domingo, confiando ademas á cada uno de ellos un secreto con prohibicion de comunicarlo á persona alguna.

"A pesar del natural candor de los dos pastores, y no obstante la imposibilidad de un acuerdo entre dos niños ignorantes y que apenas se conocian; á pesar de la constancia y firmeza que demostraron en su declaracion, que no variaron nunca ni ante la justicia humana, ni ante las infinitas personas que agotaron todos los medios de seduccion para hacerles incurrir en contradicciones, ó para conseguir que revelaran su secreto, hemos debido abstenernos por largo tiempo de admitir como incontestable un acontecimiento que nos parecia muy maravilloso. Precipitados, no solo hubiera sido contrario á la prudencia que el grande Apóstol recomienda á un Obispo, sino que habria servido para arraigar las prevenciones de los enemigos de nuestra fé, y de gran número de católicos que, por decirlo así, solamente lo son de nombre. Así es que, mientras multitud de almas piadosas acogian entusiasmadas ese acontecimiento, Nos investigábamos cuidadosamente todos los motivos que hubieran podido bastar para que lo rechazásemos si no hubiese debido admitirse. . . . Por otro lado, estábamos firmemente obligados á no mirar como imposible un acontecimiento que el Señor (¿quién se atreverá á negarlo?) pudo muy bien permitir para gloria suya, puesto que su brazo no se ha debilitado, y que su poder es hoy el mismo que en los pasados siglos.

"Asimismo hemos meditado con frecuencia al pié de los altares estas palabras que el grande Apóstol dirigia á un Santo Obispo á quien él habia impuesto sus manos. *Si no creemos, Dios permanece si empre fiel; no puede desmentirse á si mismo* (2, Tim., 2, 13). *Estas cosas has de amonestar,*

*poniendo á Dios por testigo. Huye de contiendas de palabras, porque de nada sirven sino para pervertir á los oyentes.* (Ibid., v. 14.)

“Mientras cumplíamos con el deber que nos impone nuestro cargo episcopal de contemporizar, de reflexionar, de implorar con fervor las luces del Espíritu Santo, aumentaba cada día el número de hechos prodigiosos que se realizaban. Anunciábanse curaciones extraordinarias obradas en diversos puntos de Francia y del extranjero, hasta en las mas lejanas comarcas. Decíase que enfermos desesperados que, según el dictámen de los médicos, debían morir en breve ó quedar sujetos á perpetuas enfermedades, habían recobrado la salud al invocar á Nuestra Señora de La Saleta, y á consecuencia del uso que, poseídos de la mayor fé, habían hecho del agua de una fuente, á cuyas inmediaciones se habia aparecido á los dos pastores la Reina de los cielos. Se nos aseguró que al principio esa fuente era intermitente, y que solo fluía despues de derretidas las nieves, ó de lluvias abundantes. El 19 de Setiembre se hallaba seca: el día siguiente empezó á manar, y desde entonces ha manado sin interrupcion. Agua maravillosa es esa, si no en su origen, al menos en sus efectos.

“Habían llegado á nuestras manos, y llegaban de continuo de las comarcas inmediatas y de varias diócesis, numerosas relaciones, manuscritas unas, impresas otras, tanto acerca del acontecimiento de la Saleta, como de las curaciones milagrosas ocurridas con posterioridad al mismo. El autor de una de estas relaciones es uno de nuestros venerables colegas, quien desde las orillas del Océano se trasladó á dicho monte y conversó con los dos pastores casi todo un día.

“Tambien nos ha parecido prodigioso otro hecho; y es la increíble afluencia de gentes al monte en diversas épocas, especialmente el día del aniversario de la aparicion: afluencia tanto mas pasmosa, atendidas las distancias y otras dificultades que ofrece una peregrinacion como la de que se trata.

“Algunos meses despues del acontecimiento, habíamos

consultado ya á nuestro Capítulo y á los catedráticos de nuestro gran Seminario; mas, en vista de todos los hechos indicados ya, y de muchos otros que seria largo enumerar, juzgamos conveniente organizar una Comision numerosa, compuesta de hombres graves, piadosos é instruidos, para que con toda madurez examinasen y discutiesen el hecho de la aparicion y sus consecuencias. Las sesiones de esta Comision se han celebrado en nuestra presencia; y durante ellas, los dos pastores que se decian favorecidos con la visita de la Mensajera celestial, han sido interrogados separada y simultáneamente; se han pesado y discutido sus respuestas, y se han presentado con toda libertad las objeciones que podían oponerse á los hechos referidos.

“A pesar de que nuestra conviccion era ya completa al terminar la Comision sus sesiones el 13 de Diciembre de 1847, no quisimos dictar aún una decision doctrinal acerca de un hecho de semejanza e importancia. El Sr. Rousselot habia publicado ya su concienzudo é importante trabajo titulado *La verdad del acontecimiento de La Saleta*, que era muy bien recibido, mereciendo la aprobacion de varios Obispos y de infinitas personas eminentes en ciencia y en piedad. Al mismo tiempo que él, y en varios puntos, aparecieron otras obras referentes al indicado hecho, publicadas por hombres recomendables que se trasladaron espresamente al sitio en que aquel ocurrió, con el objeto de averiguar la verdad. Las romerías iban cada vez en aumento: personas graves, vicarios generales, profesores de teología, sacerdotes, seglares distinguidos, acudieron de una distancia de centenares de leguas, á ofrecer á la Virgen poderosa y llena de bondad sus piadosos sentimientos de amor y de gratitud, por las curaciones y otros beneficios que de ella habian obtenido. No cesaban de atribuirse estos prodigiosos hechos á la invocacion de Nuestra Señora de La Saleta, y nos consta que varios de ellos son considerados como verdaderamente milagrosos por los Obispos en cuyas diócesis se realizaron. Todo esto se halla probado en un segundo tomo publicado por el mismo Sr. Rousselot en 1850, y que lleva por título:

*Nuevos documentos acerca del acontecimiento de La Saleta.*  
El autor hubiera podido añadir que ilustres Prelatos de la Iglesia practicaban la aparición de la Virgen Santísima; que en varios puntos, y cuando menos con el asentimiento tácito de nuestros venerables colegas, personas piadosas habían mandado construir capillas, muy frecuentes hoy bajo la invocación de Nuestra Señora de La Saleta.

“Nadie ignora que no nos han faltado impugnadores pero ¡qué verdad moral, qué hecho humano ó divino no los tiene! Para alterar nuestra creencia en un acontecimiento tan extraordinario, tan inexplicable, sin la intervención divina, como el de que se trata, y cuyas circunstancias y consecuencias concurren á mostrarnos *que es debido al dedo de Dios*, hubiera sido necesario un hecho contrario tan extraordinario, tan inexplicable como el de La Saleta, ó al menos que explicase naturalmente este mismo; pero tal hecho no hemos encontrado, y por eso publicamos en alta voz nuestra convicción.

“Hemos redoblado nuestras oraciones implorando del Espíritu Santo que nos asistiese y que nos comunicase sus divinas luces. Hemos reclamado igualmente con toda confianza la protección de la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, considerando como uno de nuestros más dulces y sagrados deberes no omitir cosa alguna de cuanto puede contribuir á aumentar la devoción de los fieles hácia ella, y de atestiguarle nuestra gratitud por el especial favor de que nuestra diócesis ha sido objeto. No hemos dejado además de estar dispuestos á encerrarnos escrupulosamente en las tantas reglas que la Iglesia nos tiene trazadas por la pluma de sus sabios Doctores, y á reformar nuestro juicio tocante á este objeto, como tocante á todos, si la Catedral de San Pedro, madre y maestra de todas las Iglesias, creyese deber emitir un juicio contrario al nuestro.

“Esas eran nuestras disposiciones y nuestros sentimientos cuando la Divina Providencia nos proporcionó la ocasión de persuadir á los dos privilegiados niños que trasmitiesen su secreto á Nuestro Santo Padre Papa Pío IX. Al oír el nombre del Vicario de Jesucristo, los dos pastores com-

prendieron que debían obedecer, y decidieron á revelar al Sumo Pontífice el secreto que hasta entonces habían guardado con una constancia invencible, sin que nada bastara á arrancárselo. Ellos mismos lo escribieron por separado; cerraron y sellaron la carta que lo contenía en presencia de hombres respetables que nosotros designamos para que fueran testigos de ello, y encargamos á dos sacerdotes de nuestra absoluta confianza que llevaran á Roma el misterioso pliego. Así es como quedó destruida la última objeción que se hacía contra la aparición; á saber: que no había tal secreto, ó que este carecía de importancia; que era una puerilidad, y que los niños no querían darlo á conocer á la Iglesia. Por estos motivos:

“Apoyados en los principios enseñados por el Papa Benedicto XIV, y siguiendo la marcha por él trazada en su inmortal obra *De la Beatificación y Canonización de los Santos*, lib. II, cap. xxxi, núm. 12:

“Vista la relación escrita por el presbítero Rousset, uno de nuestros Vicarios generales, é impresa con el título: *La verdad acerca del acontecimiento de La Saleta*. Grenoble, 1848.

“Vistos asimismo los *Nuevos documentos acerca del acontecimiento de La Saleta*, publicados por el mismo autor en 1850; revestidas ambas obras con nuestra aprobación:

“Oídas las discusiones sostenidas ante Nos acerca de este asunto en las sesiones de los días 8, 15, 16, 17, 22, y 29 de Noviembre, y 6 y 13 de Diciembre 1847:

“Visto igualmente u oído lo que se ha dicho ó escrito desde esa época en pró y en contra del acontecimiento.

“Considerando, en primer lugar, la imposibilidad en que nos hallamos de explicar el hecho de La Saleta de otro modo que no sea *por la intervención divina*, cualquiera que sea el punto de vista bajo el que lo consideremos, ya en sí mismo, ya en sus circunstancias, ya en su objeto esencialmente religioso.

“Considerando, en segundo lugar, que los maravillosos

resultados del hecho de La Saleta *son testimonios de Dios mismo que lo acreditan por medio de milagros, y que estos testimonios son superiores á los de los hombres y á las objeciones de estos:*

"Considerando que estos dos motivos, examinados separadamente y con mayoría de razon reunidos, deben dominar toda la cuestion y quitar toda especie de valor á las pretensiones ó suposiciones contrarias, de las cuales declaramos tener pleno conocimiento:

"Considerando, en fin, que la docilidad y la sumision á las advertencias del cielo pueden preservarnos de los nuevos castigos que nos amenazan, al paso que una resistencia demasia lo prolongada puede esponernos á males irremediables.

"A petición espresa de todos los individuos de nuestro venerable Capítulo y de inmensa mayoría de los sacerdotes de nuestra diócesis.

"Para satisfacer asimismo la justa espectacion de un considerable número de almas piadosas, así de nuestra patria como del extranjero, que podrian acabar por echarnos en cara que tenemos cautiva la verdad.

"El Espíritu Santo y la asistencia de la Virgen Inmaculada nuevamente invocados, declaramos lo siguiente:

"1<sup>o</sup> Decidimos que la aparicion de la Virgen Santísima á los dos pastores, ocurrida el 19 de Setiembre de 1846 en el monte de la cordillera de los Alpes, situada en la parroquia de La Saleta, del arciprestazgo de Corps, *reune todos los caracteres de la verdad, y que los fieles están obligados á creerla indubitable y cierta.*

"2<sup>o</sup> Creemos que este hecho adquiere mayor grado de certeza atendido el inmenso y espontáneo concurso de fieles al lugar de la aparicion, y la multitud de prodigios que han seguido á dicho acontecimiento, de gran número de los cuales es imposible dudar sin violar las reglas del testimonio humano.

"3<sup>o</sup> Por este motivo, para demostrar á Dios y á la glo-

riosa Virgen María nuestro vivo reconocimiento, autorizamos el culto de Nuestra Señora de La Saleta. Permitimos predicar este grande acontecimiento, y sacar las consecuencias prácticas y morales que de él derivan.

"4<sup>o</sup> Prohibimos, sin embargo, publicar ninguna fórmula especial de preces, ningun cántico ni libro alguno de devocion sin que preceda nuestra aprobacion por escrito.

"5<sup>o</sup> Prohibimos terminantemente á los fieles y á los sacerdotes de nuestra diócesis oponerse de palabra ó por escrito contra el hecho que hoy proclamamos, y que desde este momento debe ser por todos respetado.

"6<sup>o</sup> Acabamos de adquirir el terreno favorecido con la celestial aparicion. Nos proponemos edificar en él lo mas pronto posible un templo, que sea un monumento de la misericordiosa bondad de Maria para con nosotros y de nuestra gratitud hácia ella. Hemos concebido tambien el proyecto de edificar en el mismo sitio un hospicio para los peregrinos que á él concurran. Mas como estas fábricas, de acceso tan difícil, y privados como nos hallamos de toda clase de recursos, exigen gastos cuantiosos, contamos con el generoso concurso de los sacerdotes y de los fieles, así de nuestras diócesis de Francia como del extranjero, y no vacilamos en recurrir á ellos con tanta mayor premura, cuanto, si bien hemos recibido numerosas promesas, son estas insuficientes para emprender las obras que nos proponemos realizar. Rogamos, pues, á las personas piadosas, que quieran auxiliarnos, que envíen sus donativos á la Secretaría de nuestro Obispado. Una comision compuesta de sacerdotes y seglares queda encargada de vigilar las obras de fábrica y la inversion de los donativos.

"7<sup>o</sup> Por último, como el objeto principal de la aparicion ha sido recordar á los cristianos el cumplimiento de sus deberes, los preceptos del culto divino, la observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, el horror á la blasfemia y la obligacion de santificar el Domingo, os suplicamos carísimos hermanos nuestros, por vuestros intereses

celestiales y terrenos, que volvais á entrar en vosotros mismos, para que hagais penitencia por vuestros pecados, particularmente por los que habeis cometido contra el segundo y tercer mandamiento de Dios. Os rogamos que así lo hagais, amados hermanos nuestros: sed dóciles á la voz de María, que os llama á la penitencia, y que, en nombre de su Hijo, os amenaza con males espirituales y temporales si, permaneciendo insensibles á sus maternales advertencias, dejais endurecer vuestros corazones.

“8.º Queremos y ordenamos que esta nuestra pastoral sea leída y publicada en todas las Iglesias y capillas de nuestra diócesis durante la misa parroquial ó mayor, el Domingo siguiente al día en que se haya recibido.

“Dado en Grenoble, con nuestra firma, el sello de nuestras armas y refrendado por nuestro secretario, el 19 de Setiembre de 1851 (quinto aniversario de la célebre aparición.)

“† FILIBERTO, Obispo de Grenoble.

“Por su mandato,

“AUVERGNE, *Canónigo honorario, secretario.*”

Tan pronto como se publicó esta declaración, emperó el Revdo. Obispo de Grenoble á recibir testimonios sublimes de la gratitud mas espresiva y del mas profundo reconocimiento. En poco tiempo llegaron á sus manos multitud de escritos y cartas de adhesion de un gran número de Obispos de Francia y del extranjero, de Vicarios generales, de Prelatos de comunidades, de Rectores de Seminarios y de personas ilustres en la sociedad. Algunas hicieron mas, pues el Arzobispo de Milan publicó una carta muy notable; el de Grand hizo reimprimir la pastoral y la circuló al clero de su arzobispado; el Obispo de Luzon publicó otra pastoral en el mismo sentido; otros muchos Obispos dieron extractos de aquella en otras que publicaron para satisfacer la ansiedad general y la suya propia, persuadidos como estaban, largo tiempo habia, de la mi-

lagrosa aparición y de los prodigios que eran consecuencia de ella. Se publicó la declaración que dejamos copiada en todos los periódicos católicos de Europa, y en muchas localidades se erigieron capillas para dar culto á Nuestra Señora de La Saleta.

Los párrocos de la diócesis de Grenoble, que hasta el momento de la declaración habian continuado en el silencio, por efecto de la prohibicion que les impuso en un principio su diocesano, empezaron á predicar, imitando á los de otras diócesis, y aun obispos, que ya lo hacian. Por último, el Soberano Pontífice, como luego se verá, no tardó en expedir Bulas y Rescriptos enriqueciendo con indulgencias y privilegios el culto de Nuestra Señora de La Saleta.

Cinco meses despues, el 1.º de Mayo de 1852, el venerable Obispo de Grenoble publicó otra pastoral acordando la ereccion de una capilla y convento. En ese documento dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

“Desde el origen del Cristianismo, rara vez ha sucedido que un Obispo haya tenido que declarar la verdad de una aparición de la Augusta Madre de Dios. Esta dicha me la reservaba á mí, sin duda, el cielo, no obstante mi indignidad, como una prueba sensible de su misericordiosa bondad hacia mis amados diocesanos. Es una mision altamente honrosa la que se nos ha dado para llenar; es un deber sagrado que tenemos que cumplir; es un derecho que nos está conferido por los Santos Cánones, y del cual hemos debido hacer uso, bajo la pena de una resistencia punible á la voz del cielo, y de una oposicion, merecedora de castigo, á los votos que se nos han dirigido de todas partes. . . . .

“Nos hallamos ya en el hermoso mes de Mayo, especialmente consagrado al culto de María; en este mes, en que tantos homenajes se la tributan de todas partes de la tierra; en este mes de conversiones de pecadores, de gracias para los justos, de buenas y repetidas obras en honor de Aquella á quien jamas se invocó en vano. Pues bien, amados hermanos nuestros: este es el mes que hemos escogido para bendecir y colocar la primera piedra del santuario de Nuestra Señora de La Saleta. Queremos que esta



ceremonia se practique con una pompa digna del objeto que la motiva, y á este fin hemos invitado á uno de nuestros mas estimados colegas para que haga lo que nos hubiera sido muy grato hacer personalmente, si, aun mas que la edad (70 años), nos lo permitiesen nuestros padecimientos habituales. En esta parte tenemos que resignarnos á la voluntad de Dios y hacer el sacrificio de nuestras afecciones. Os invitamos igualmente, queridos y muy amados hermanos nuestros, á que os trasladéis al santo monte para aumentar vuestro piadoso concurso de magnificencia de ese dia de gozo para el cielo y de indecible alegría para la tierra. . . . .

"Recordad la época en que María apareció en el monte de La Saleta. Esta aparicion, que tuvo lugar el 19 de Setiembre de 1846, ¿no ha sido como el preludio de mas grandes acontecimientos? Los pueblos se agitan; los tronos son derribados; la Europa está trastornada; la sociedad se halla en la pendiente de su ruina. ¿Quién nos ha preservado, quién nos preservará en lo sucesivo de mayores desgracias, sino Aquella que ha descendido á nuestros montes desde lo alto, para plantar en cierto modo en ellos un signo de union y de salvacion, un faro luminoso, una serpiente de bronce, hácia la cual las almas piadosas han vuelto los ojos para desviar la cólera celeste y curarnos de heridas incurables? . . . . .

"Pero, hermanos muy amados, por muy importante que sea la ereccion de un santuario, hay una cosa de mas importancia todavía: es la necesidad de ministros de la Religion destinados á servir el santuario; á recoger los piadosos peregrinos que lleguen á él; hacerles oír la palabra divina; ejercer para con ellos el ministerio de la reconciliacion; administrarles el augustó Sacramento de nuestros altares, y que sean para todos, los dispensadores fieles de los misterios de Dios y de los tesoros de la Iglesia.

"Estos sacerdotes serán llamados *Misioneros de nuestra Señora de La Saleta*. Su creacion y su existencia serán así como el santuario mismo, un monumento eterno, un recuerdo perpétuo de la aparicion misericordiosa de María.

"Este cuerpo de misioneros es como el sello que queremos poner á otras obras que por la gracia de Dios nos ha sido posible realizar. Es, por decirlo así, la última página de nuestro testa-

mento: el último legado que queremos hacer á nuestros amados diocesanos. Es un recuerdo vivo que queremos dejar á todas y cada una de nuestras parroquias; queremos revivir entre vosotros, amados hermanos nuestros, por medio de esos hombres respetables, que al hablarlos de Dios, os recomendarán que rogueis por Nos. . .

"Por todos estos motivos, el Santo nombre de Dios invocado, hemos adoptado las disposiciones siguientes:

"1.<sup>a</sup> El Martes 25 de Mayo tendrá lugar la bendicion solemne y la colocacion de la primera piedra por el Sr. Obispo de Valence, asistido de una comision de nuestro Capitulo y de numeroso clero.

"2.<sup>a</sup> A la hora mas oportuna, esto es, hácia medio dia, habrá sermón, vísperas y bendicion con el Santísimo Sacramento.

"3.<sup>a</sup> En ese dia, sacerdotes elegidos al efecto harán una cuestion entre los peregrinos. . . . .

"Y esta nuestra pastoral será leida y publicada en todas las Iglesias y capillas de nuestra diócesis, durante la misa parroquial ó mayor, el Domingo siguiente despues de recibida.

Llegó el dia señalado, y el respetable Obispo de Valence, delegado por el de Grenoble, subió á la santa montaña, y colocaba la primera piedra del Santuario. Fué un espectáculo de los mas admirables, animados y tiernos que se vieron en la llanura de La Saleta. Esta, el barranco del *Sezia*, la montaña y la faldá del monte Gargas estaban cubiertos de una poblacion que no bajaba de veinte mil personas. Todo el monte, visto desde las alturas, parecia un inmenso hormiguero dividido en grandes grupos de individuos organizados en procesiones que serpenteaban lentamente por las sendas é irregularidades del terreno. Las jóvenes todas estaban vestidas de blanco, y casi todos los hombres de luto. Los sacerdotes que conducian las procesiones entonaban el *Magnificat*, y las letanías y otros cánticos sagrados que resonaban en el espacio de tres leguas, desde Corps á la montaña. Nunca los actos públicos mundanos han tenido ni tendrán para el alma un gozo tan satisfactorio, tierno y encantador, como el que tienen esas procesiones de cristianos que, sucediéndose unas á otras en

los caminos y en las calles de las poblaciones, hacen huir al respeto humano, y confiesan públicamente que hay un Dios, y que, si bien es justiciero, también es misericordioso, y una esperanza que consuela y que triunfa cuando el pecador reconoce y detesta su pecado.

Puesta la primera piedra del Santuario el día 25 de Mayo de 1852, empezaron las obras; y todavía estaban muy atrasadas cuando, el 19 de Setiembre de 1854, tuvo lugar en aquel monte la celebridad del octavo aniversario de la aparición. Estaba en el concurso el Sr. Obispo de *Birmingham* [Inglaterra]. Oigamos á él mismo la descripción que hace de ese acto en el folleto que dió al público en su diócesis.

“Desde el día 17, los diversos y provisionales edificios construidos en la montaña, estaban ocupados por peregrinos que se adelantaron para el día de la fiesta; las caravanas que llegaban á cada instante en todo el día 18 y se presentaban en la casa de los misioneros ó en la de los religiosos, recibían esta respuesta: *Todo está ocupado*. No se afligían por este contratiempo, que les condenaba á pasar la noche en campo raso: el día estaba hermoso: dejaban, ó mas bien amontonaban sus sacos, maletas y alforjas en los cubiertos de los carpinteros y albañiles y en el campo, y corrían á beber agua en la fuente milagrosa. Una mesa se renovaba por otra: la que había bebido se distribuía en grupos, y estos se entregaban á hacer el ejercicio del *Via-Crucis* en las catorce estaciones colocadas desde el paraje en que apareció la Virgen hasta aquel en que subió al cielo. Uno de los individuos de cada grupo leía la meditación de cada cruz, y el todo presentaba en la víspera de la fiesta el cuadro mas tierno y consolador que podría ofrecerse á la vista y contemplación de todo hombre religioso.

“A medida que se aproximaba el día 19, así se aumentaba el número de peregrinos: seis mil había ya antes de amanecer, y llegaban por todos los flancos de la montaña nuevos grupos con gentes de toda condición, de toda edad y sexo, con una misma alegría y animadas del mismo sentimiento:

eran una familia: eran hijos de María. A pesar de esto, no cesaron los preparativos para la fiesta.

“En la Iglesia que se construía no se había terminado todavía mas que el coro: aquella es de granito, de arquitectura romana y de gran majestad: forma hoy una capilla que contendrá mil doscientas personas. Para la misa solemne se puso un altar fuera, junto á la pared de la capilla conmemorativa, que se habia ya hecho en el paraje en que la Virgen Santísima se elevó y desapareció de la vista de los pastores. En la Iglesia se pusieron quince confesionarios: siempre estaban rodeados de penitentes, y en ellos confesaban los misioneros de La Saleta; y, como no eran bastantes, la mayor parte de los sacerdotes que llegaron en peregrinación tuvieron que prestar su concurso. Así es que en todas partes de la llanura y del monte se veían hombres arrodillados á los pies de los ministros del Señor, pidiendo y recibiendo la absolución de sus pecados.

“Desde el punto que amaneció el 19 empezaron á llegar los habitantes de las poblaciones vecinas, y cada uno traía un pan debajo del brazo para alimentarse en este día: todos estaban llenos de fervor y de alegría.

“A las diez de la noche precedente principiaron los ejercicios generales por el del *Via-Crucis*: los sacerdotes reunidos eran unos ochenta: la Iglesia y las cruces estaban iluminadas: las mujeres ocupaban el lado opuesto á la montaña, y de seis á siete mil peregrinos, casi todos con cirios encendidos en las manos, estaban allí honrando los dolores de Jesus sobre el Calvario y las lágrimas derramadas por María intercediendo por la misericordia, y encontrando, aun bajo las terribles amenazas anunciadas, una prenda consoladora de esperanza y salvación. El Sr. Gerin, cura párroco de la catedral de Grenoble, predicaba en las estaciones. En el silencio de la noche, en medio de los ecos que resonaban en las montañas, á la claridad de las estrellas resplandecientes, esta ceremonia tenía una cosa que embargaba los

corazones. *Magnificavit Dominus facere nobiscum et facti sumus letantes.*

“A las doce de la misma noche principiaron las misas. Nada puede comparar el efecto de esta multitud, parte amontonada dentro de la Iglesia y el resto fuera, arrodillándose en todos los frentes de las paredes, unida en un solo deseo; el deseo de reparacion y de amor. Cinco misas se decian á la vez, y se sucedian sin interrupcion, pues el sacerdote que terminaba el Santo Sacrificio y debia dejar el altar, pasaba la casulla á otro sacerdote que estaba ya allí dispuesto para reemplazarle é inmolar de nuevo la Víctima Divina. Hasta las nueve de la mañana continuaron las misas de este modo, y se dijeron unas ochenta. Durante el Santo Sacrificio, se distribuía el pan de los ángeles, casi sin pausa alguna. Siete mil hostias fueron distribuidas para aquella hora, y segun los peregrinos iban comulgando, se retiraban á dar gracias á diversos parajes de la montaña con el recogimiento que ansiaban.

“Desde las cinco de la mañana habia ido tomando la fiesta un nuevo aspecto: ya no eran bandas ni grupos los que llegaban; eran procesiones de muchas parroquias que venian por todas partes con los estandartes levantados, descendian por las cimas de los montes, engrosaban la multitud, y entraban en la Iglesia cantando: oian misa y comulgaban; pero tenian que salir luego para dejar entrar á otras que esperaban segun iban llegando: hubo procesion que vino de seis horas de distancia para llegar temprano al Santuario de María.

“A las diez estaban reunidos mas de diez mil peregrinos, y principió la misa solemne. Luego del Evangelio, el P. Bouraoud, superior de los misioneros de La Saleta, predicó sobre la aparicion de la Santísima Virgen; enumeró las infinitas pruebas de este hecho milagroso y memorable; refirió muchas tiernas conversiones y curaciones acaecidas en la montaña durante este mismo año del octavo aniversario, é instó con una uncion admirable á toda la concurrencia

sobre los frutos que cada uno debia procurar sacar de las advertencias de la justicia de Dios y de los testimonios de misericordia dados en aquel sitio, santificado con la presencia de la Reina de los cielos y de la tierra. El auditorio estaba conmovido, y recibió con gusto estas lecciones. En seguida el Revdo. P. Ducreux, de la compañía de Jesus, dirigió tambien palabras de edificacion á la multitud, que no se saciaba de oír la palabra divina.

“El sol lanzaba sus rayos sobre el altar, rodeado de mas de ochenta Sacerdotes que habian venido de muchas partes del mundo, y representaban quizá todas las diócesis de Francia y las principales congregaciones y cofradias establecidas en ella. Allí habia tambien entre aquellos un Prelado romano, un discípulo de San Ignacio y un hijo de Santo Domingo de Guzman, que unian sus oraciones con las de todo ese pueblo devoto de María.

“Despues de la misa y de la bendicion solemne que se dió al pueblo con el Santísimo Sacramento, uno de los misioneros de La Saleta, el P. Sibillat, recientemente llegado de Roma, electrizó los corazones con un nuevo sermón inflamado en amor á Nuestra Señora de La Saleta, que era lo que habia conducido todo ese pueblo al desierto. Anunció que estaba encargado por el Soberano Pontífice para traer una bendicion particular á los peregrinos de La Saleta. Subió en seguida al altar, y arrodillada la multitud, le dió la bendicion de la Cruz. ¡Cuántas lágrimas corrieron en esta escena! Se hubiera dicho que la mano del Santo Padre se estendia desde Roma por aquellas montañas para bendecir ese Santuario inabitado, y confirmar los corazones en la impresion de la fé y del respeto de que nadie puede prescindir en los parajes que han sido testigos de la aparicion.

“Despues de la bendicion, enviada con tanta bondad por el Vicario de Jesucristo, y recibida por los peregrinos con los sentimientos de la mas pura gratitud, se rogó por los bienhechores del Santuario, se entonó el *Magnificat*, repetido por los ecos de los montes y cantado por mas de diez

mil voces con un acento de triunfo, y se condujo el Santísimo Sacramento al tabernáculo de la Iglesia.

“Eran las doce: la multitud se dispersó por aquellos montes en pequeños grupos de familias, de pueblos, de parroquias, y comieron sus pequeñas provisiones. A las dos se cantaron vísperas, que fueron seguidas de otra bendición del Santísimo Sacramento, y concluido todo con el *Te Deum*, comenzó la multitud á dirigirse á sus hogares en la misma forma y con el mismo aparato procesional con que habían venido, cantando las letanias y letillas piadosas.”

## IX.

CULTO Á NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA, SUSPENSION DEL CASTIGO, INDULGENCIAS, PRIVILEGIOS, CONVERSIONES Y CURACIONES.

Aun cuando no hubiese habido declaracion canónica que autorizase la creencia de la milagrosa aparicion; aun cuando el Soberano Pontífice permaneciese todavía en el silencio, mirando con indiferencia el suceso; en una palabra, aun cuando no fuera destruido tan completamente como lo ha sido el enemigo del celo maternal de la Reina de los Angeles en favor de los desgraciados pecadores, y todavía estuviese en accion el furor que desplegó contra la verdad en folletos y periódicos, siempre aparecía descollando sobre todo una cosa que nadie podrá espiar: á menos que bajando la cabeza, no diga: *Esto es obra de Dios*. Tal es la *opinion pública*, que se mostró espontáneamente en hechos independientes del Papa, del Obispo de Grenoble, á quien correspondia hacer la declaracion, y de toda influencia humana.

¿Quien sino Dios, por la intercesion de su Madre San-

tísima, pudo obrar en los corazones de mas de cinco cuenta mil peregrinos, que durante el primer año fueron espontáneamente á la llanura de La Saleta, llenos de sentimientos de conviccion y dolor; á este desierto en que ni tendrian donde guarecerse de la intemperie; ni hallarian mas signos de religion que unas simples cruces de madera? ¿Quién dió á esa soledad la virtud de confirmar aquellos sentimientos, pues apenas hubo peregrino que no lo experimentase como lo esperiméntó y confesó despues de aquel primer año el Revdo. Obispo de Birmingham? “Comprendo (dice este respetable Prelado), comprendo lo que el corazon siente cuando está en Belen, en Nazaret, en el Calvario; pero estos sucesos son remotos, cuando aquí en esta meseta, el acontecimiento es de ayer solamente, y aun se estremece el hábito sobre esta tierra bendita. “Aquí, en una profunda soledad, lejos de la mirada de los hombres, descendiendo una vision del cielo, cuyas palabras, pronunciadas con lágrimas de piedad, se difunden por todas las naciones y hacen brillar su poder por medio de multiplicados hechos de bendiccion, y sus Apóstoles fueron dos niños pobres y desconocidos.”

El clero, en el citado primer año, y lo mismo en los cuatro siguientes, permanecia, como suele decirse, *mudo*: aun mas; incurriria en penas canónicas impuestas por el diocesano de Grenoble si predicaba ó publicaba el suceso de La Saleta, y ademas el hecho tenia contra sí las antipatías de la autoridad civil y de todos los hombres viciosos. ¿Cómo, pues, se explicará que lo dicho por los niños solamente en La Saleta y Corps se estiende rápidamente por toda la Francia, atraviesa los Alpes, el Rhin, el canal de la Mancha, y pone en movimiento hácia el desierto tantos miles (pues en un solo dia se reunieron setenta mil) de franceses, ingleses, belgas, alemanes, suizos é italianos? ¿Puede explicarse esto de otro modo, que mirando á los pastorcitos como apóstoles destinados por el cielo para publicar y propagar lo que oyeron á María? ¿Puede expli-

mil voces con un acento de triunfo, y se condujo el Santísimo Sacramento al tabernáculo de la Iglesia.

“Eran las doce: la multitud se dispersó por aquellos montes en pequeños grupos de familias, de pueblos, de parroquias, y comieron sus pequeñas provisiones. A las dos se cantaron vísperas, que fueron seguidas de otra bendición del Santísimo Sacramento, y concluido todo con el *Te Deum*, comenzó la multitud á dirigirse á sus hogares en la misma forma y con el mismo aparato procesional con que habían venido, cantando las letanias y letillas piadosas.”

## IX.

CULTO Á NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA, SUSPENSION  
DEL CASTIGO, INDULGENCIAS, PRIVILEGIOS,  
CONVERSIONES Y CURACIONES.

Aun cuando no hubiese habido declaracion canónica que autorizase la creencia de la milagrosa aparicion; aun cuando el Soberano Pontífice permaneciese todavía en el silencio, mirando con indiferencia el suceso; en una palabra, aun cuando no fuera destruido tan completamente como lo ha sido el enemigo del celo maternal de la Reina de los Angeles en favor de los desgraciados pecadores, y todavía estuviese en accion el furor que desplegó contra la verdad en folletos y periódicos, siempre aparecía descollando sobre todo una cosa que nadie podrá espiar: á menos que bajando la cabeza, no diga: *Esto es obra de Dios*. Tal es la *opinion pública*, que se mostró espontáneamente en hechos independientes del Papa, del Obispo de Grenoble, á quien correspondia hacer la declaracion, y de toda influencia humana.

¿Quien sino Dios, por la intercesion de su Madre San-

tísima, pudo obrar en los corazones de mas de cinco cincuenta mil peregrinos, que durante el primer año fueron espontáneamente á la llanura de La Saleta, llenos de sentimientos de conviccion y dolor; á este desierto en que ni tendrian donde guarecerse de la intemperie; ni hallarian mas signos de religion que unas simples cruces de madera? ¿Quién dió á esa soledad la virtud de confirmar aquellos sentimientos, pues apenas hubo peregrino que no lo experimentase como lo esperiméntó y confesó despues de aquel primer año el Revdo. Obispo de Birmingham? “Comprendo (dice este respetable Prelado), comprendo lo que el corazon siente cuando está en Belen, en Nazaret, en el Calvario; pero estos sucesos son remotos, cuando aquí en esta meseta, el acontecimiento es de ayer solamente, y aun se estremece el hábito sobre esta tierra bendita. “Aquí, en una profunda soledad, lejos de la mirada de los hombres, descendiendo una vision del cielo, cuyas palabras, pronunciadas con lágrimas de piedad, se difunden por todas las naciones y hacen brillar su poder por medio de multiplicados hechos de bendiccion, y sus Apóstoles fueron dos niños pobres y desconocidos.”

El clero, en el citado primer año, y lo mismo en los cuatro siguientes, permanecia, como suele decirse, *mudo*: aun mas; incurriria en penas canónicas impuestas por el diocesano de Grenoble si predicaba ó publicaba el suceso de La Saleta, y ademas el hecho tenia contra sí las antipatías de la autoridad civil y de todos los hombres viciosos. ¿Cómo, pues, se explicará que lo dicho por los niños solamente en La Saleta y Corps se estiende rápidamente por toda la Francia, atraviesa los Alpes, el Rhin, el canal de la Mancha, y pone en movimiento hácia el desierto tantos miles (pues en un solo dia se reunieron setenta mil) de franceses, ingleses, belgas, alemanes, suizos é italianos? ¿Puede explicarse esto de otro modo, que mirando á los pastorcitos como apóstoles destinados por el cielo para publicar y propagar lo que oyeron á María? ¿Puede expli-

carse, que no influyendo el Espíritu Santo en esos miles de peregrinos, creyeran el hecho, temieran las amenazas anunciadas, esperasen en la promesa condicional, y emprendieran un viaje santo, contrario por su objeto, forma y aparato de humildad y dolor, á todo lo que aconseja el mundo, el respeto humano y la necia ilustracion de nuestros dias?

Preciso es reconocer aquí que la mision celestial de los niños, tenia en cierto modo una gracia mas que la de los Apóstoles. Estos marcharon personalmente á diversas naciones, y á ellas hablaron anunciádoles las palabras, amenazas y promesas del Redentor; mas los niños no salieron del pequenísimo recinto de Corps: allí hablaron, y desde allí, como si fueran conducidas por el viento, se entendieron rápidamente por todas las naciones de Europa sus palabras y las amenazas y promesas de la Madre de Jesus. No les dió, como á los Apóstoles, la facultad de hacer milagros; pero les señaló el paraje en que se obrarian. Sí: aquella fuente seca mana desde el dia de la aparicion, y su agua ha curado infinitos enfermos, estraido á otros de las convulsiones de la muerte, y purificado los corazones de muchos miles que la han bebido con fé y sentimientos de penitencia.

Si pues todo esto tuvo lugar, y sigue teniéndolo, desde el momento del primer milagro, milagroso es tambien el reconocimiento y confesion de la verdad publicada por tantos Arzobispos, Obispos, canónigos, sacerdotes y seglares científicos de todas carreras: milagroso el desprendimiento, en estos años de tanto egoismo y codicia, de los grandes fondos que han sido necesarios para construir dos conventos, una magnífica iglesia y una capilla en la llanura de la aparicion, y mil mas en infinitas poblaciones de Francia y del extranjero, dedicadas á Nuestra Señora de La Saleta, y á las cuales van en peregrinacion los habitantes de aquellas y de las inmediaciones que no pueden ir al monte santo: milagrosa, en fin, esa multitud de aso-

ciaciones piadosas creadas espontáneamente para honrar á la Virgen Santísima bajo la advocacion de La Saleta y contribuir al cumplimiento de sus deseos: asociaciones, devociones, milagrosas, pues los asociados en Bélgica ascendian á ciento noventa mil en el año de 1852.

Se ve, pues, por todo lo que acabamos de decir, que el culto que se da á María de La Saleta, público y privado, viene desde el momento de la aparicion como inspirado, solamente por la misericordia de Dios en toda clase de personas elevadas en dignidad, distinguidas en ciencia y notables en virtud; en pobres artesanos, labradores é industriales; pues á todos comprende la gracia y por todos intercede la Virgen Santísima.

Este culto se halla ya revestido, honrado y agraciado por la Iglesia. Véase aquí las distinciones y gracias concedidas por el Soberano Pontífice.

1.º Por un rescripto de 24 de Agosto de 1852, declaró privilegiado á *pépetuo* el altar mayor de la iglesia de La Saleta.

2.º Por otro de 26 del mismo mes y año concedió permiso para decir la misa votiva de *Beata* todos los dias del año, excepto en las grandes fiestas y ferias privilegiadas, á todos los sacerdotes que van á La Saleta.

3.º Por un Breve de la misma fecha que el rescripto precedente, concedió á los miembros de la cofradía de Nuestra Señora de La Saleta indulgencia plenaria el dia de su entrada en ella, otra en el artículo de la muerte, y otra una vez al año, el dia de la fiesta principal de la cofradía.

4.º Por otro Breve de 3 de Setiembre del citado año, concedió una indulgencia plenaria una vez al año á todas las personas que visitaren la Iglesia de nuestra señora de La Saleta; otra á los fieles que hagan las misiones ó ejercicios espirituales predicados por los misioneros de La Saleta; con tal que hayan asistido, cuando menos, á tres sermones.

5.º Por otro Breve de 7 del citado mes y año, concedió á los misioneros de La Saleta el poder para bendecir é indulgenciar durante diez años, cruces, medallas y rosarios, y dar á los fieles el escapulario de la Virgen del Cármen con las indulgencias aprobalas.

6.º Por un indulto de 2 de Diciembre de dicho año, concedió Su Santidad el permiso para solemnizar cada año, el día 19 de Setiembre, aniversario de la aparicion (estas son las palabras del Santo Padre), ó el Domingo siguiente, en todas las iglesias de las diócesis de Grenoble, con misa simple y el canto de vísperas en honor de la Virgen Santísima. El mismo indulto autoriza á los sacerdotes para celebrar la memoria de esta aparicion, *memoriam hujus apparitionis recollere*, recitando el oficio y la celebracion de la misa del Patrocinio de la Virgen, fiesta que, segun el rito romano, se celebra el cuarto Domingo de Octubre.

¿Qué podrá objetarse en vista de todo esto, al culto de Nuestra Señora de La Saleta? ¡Oh! Ya fué criado antes que la Iglesia lo autorizase; y hubiera continuado aunque ella guardara silencio, porque es muy presumible que la creacion no fué obra de los hombres; estos fueron movidos por la creacion. Pasma al contemplar los prodigios con que la divina misericordia ha venido á recompensarlo, como dijo el señor Obispo de Birmingham (y han repetido otros muchos prelatos diccianos), *por medio de multiplicados hechos de bendicion*.

Dejando á un lado, por no hacer demasiado largo este libro, la historia particular de cada una de las mil-grosas curaciones y conversiones hechas por la intercesion de Nuestra Señora de La Saleta y por el uso del agua prodigiosa de su fuente, vamos á referir algunas declaradas auténticamente por autoridades eclesiásticas, así como á probar que aun los protestantes de los pueblos inmediatos á La Saleta cuya secta es mas hostil que todas á las glorias de María, creen en la aparicion y esperan en la única criatura que fué inmaculada desde el momento de su concep-

cion. Todo nos vendrá á persuadir que estos nuevos prodigios son testimonios indudables de que la Virgen Santísima todavia sostiene el brazo de su Hijo, y que este ha suspendido el castigo, al menos por algun tiempo.

De la venida de la Virgen Santísima á la Saleta, triste, llorando y con las insignias de la redencion, para mover los corazones á penitencia, se deduce fácilmente que Dios iba á descargar muy pronto su justa ira, y la rapidez con que se estendió esta noticia confirma aquella presuncion. Era, pues, urgente que luego, luego, sin tardanza alguna, principiassen los hombres á dar testimonios ciertos de que no se resistian á las insinuaciones piadosas de la Virgen María, y los dieron en las peregrinaciones, siempre mas numerosas del primer año origen criador de todas las posteriores. Al frente de esto la divina misericordia no quiso retardar la demostracion sensible de que le eran agradables.

Así es que aun no se habia cumplido el año de la aparicion, cuando ya se vió convertido un distrito entero. El de Corps, que constaba de unas seis mil almas, se componia poco antes de hombres impíos, montañeses feroces, avaros, perezosos, víctimas al mismo tiempo de la mas espantosa miseria. Los crímenes que en él se cometian dieron lugar á que el fiscal pidiese y obtuviese en tres causas tres cabezas, y era como proverbial esta frase: *El distrito de Corps es una escuela práctica para proveer de individuos al presidio y al cadalso*. Lo que esta hermosa figura retórica y el Código penal no pudieron conseguir en muchos años, lo consiguieron en pocos meses los dos pobres pastorcitos, ó mas bien lo obtuvieron las sencillas narraciones de lo que habian visto y oido en el monte del milagro. Sí: las cárceles se vieron luego vacías y las iglesias llenas, porque aquellos montañeses sin fé y sin ley se hicieron hombres honrados y morales. Véase en este cambio asombroso una de las consecuencias de la aparicion, un hecho de la historia contemporánea tan público y auténtico como el que mas, de los que en ella y en la antigua se refieren.

Llegó el año de 1854, y apareció en Francia el cólera-morbo, esta enfermedad que ha desconcertado el saber de todos los doctores en la ciencia médica, que nadie sabe cómo viene, cómo se vá, ni cómo se cura; digámoslo de una vez, ese azote con que Dios castiga los pecados de los pueblos. Toda la Francia lo sufría en grado espantosísimo. Mientras en el distrito de Corps no se manifestó ni un solo caso: en los pueblos cercanos, quedaron calles enteras desiertas: todos atribuían á la intercesion de la Virgen Santísima la distincion que observaban en Corps y sus poblaciones, y no pudiendo ir todos los dias á su santuario, fueron diariamente durante seis semanas los habitantes de la villa, casi en su totalidad, á orar y dar gracias á una capilla de San Roque situada en una eminencia cerca de la poblacion.

En las comarcas inmediatas el distrito era tan grande la mortandad, que hasta los protestantes acudieron á Nuestra Señora de la Saleta implorando su socorro. En una localidad á poca distancia de Corps, el ministro calvinista permitió que sus correligionarios hicieran la peregrinacion al monte santo; en el pueblo de la Mure el viajero piadoso leía edificado, y rindiendo gracias, esta inscripcion sobre las puertas de las casas de los protestantes lo mismo que de los católicos: *¡Oh Maria, concebida sin pecado! Rogad por nosotros, que acudimos á vos.*

¿Pueden darse testimonios mas notables de la misericordia del Señor hácia aquellos corazones que volvian á él, correspondiendo al fin de la aparicion? Véanse ahora dos de las infinitas curaciones debidas á la intercesion de la Madre de Jesus y al uso del agua de la fuente milagrosa.

“Nos Mellon Jolly, por la misericordia divina y por la gracia de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Sens, Obispo de Auxerre, Primado de las Galias y de la Germania.—Vista la relacion de la comision nombrada por Nos en 24 de Febrero de 1848, para recibir una informacion jurídica sobre los hechos relativos á una curacion extraordinaria ocurrida en Avalon, en 21 de Noviembre de 1847, en la persona de Antonieta Bollenat, despues que hizo una novena á la Santísima Virgen:

“Vistos los interrogatorios hechos á los testigos y médicos, con sus respectivas declaraciones de 7, 8 y 14 de Febrero de 1848:

“Vistos los certificados y documentos unidos á dichos interrogatorios:

“Vista la relacion á Nos presentada por el presbítero Chaveau, nuestro Vicario general, encargado por Nos del exámen de este asunto y de discutir sus hechos:

“Vista la conclusion de la relacion:

“Despues de haber oido el dictámen de nuestro Consejo, y el Santo Nombre de Dios invocado,

“Declaramos para gloria de Dios, glorificacion de la Virgen Santísima y edificacion de los fieles, que la curacion de Antonieta Bollenat, obrada en 21 de Noviembre de 1847, despues de hacer una novena á la Santísima Virgen Madre de Dios, invocada bajo el nombre de Nuestra Señora de La Saleta, presenta todas las condiciones y todos los caracteres de una curacion milagrosa, y constituye un milagro de tercer orden.

“Dado en Sens, bajo nuestra firma y el sello de nuestras armas, y refrendado por nuestro Vicario general, Secretario particular, el 4 de Marzo de 1849.—MELLON, Arzobispo de Sens.—Por mandado del Señor Arzobispo, E CHAVEAU, Vicario general.”

Otro. “Clemente, por la misericordia de Dios y la gracia de la Santa Sede Apostólica, Obispo de la Rochelle y de Saintes, asistente al trono pontificio.—Despues de haber oido muchas veces al Sr. Dierès-Monplaisir, cura decano de la parroquia de San Martin de la Isla de Ré, en nuestra diócesis, sobre la curacion repentina de una de sus feligresas llamada la Señora Bonnet, atacada desde hacia muchos años de una enfermedad que habia sido calificada por todos de incurable, y que sin embargo, ha sido radicalmente curada á consecuencia de una novena hecha por la enferma á Nuestra Señora de La Saleta:

“Oido el testimonio espontáneo é imparcial de muchos personajes eclesiásticos y seculares, exentos de toda sospecha de superchería y de imprudencia, que han visto y conocido á dicha señora durante su estado de languidez, que, así como otras personas la consideraron mortal:

“Despues de haber hecho un exámen atento y serio del proceso verbal pedido al Sr. Kemmerer doctor de medicina en la Isla de Ré, el cual habia certificado la impotencia absoluta de todos los remedios humanos con respecto á la citada enferma, cuya curacion certifica él mismo que ha sido auténtica y sobrenatural:

“Reunido y consultado nuestro Consejo, é invocando las luces del Espiritu Santo,

Hemos declarado y declaramos: que la curacion instantánea de la referida Sra. Bonnet no puede atribuirse sino á una intervencion sobrenatural.



"Y como esta curacion, que se ha operado repentinamente y contra toda prevision humana, ha tenido lugar despues de la novena antes mencionada, hecha á Nuestra Señora de la Saleta, no titubeamos en creer que ese hecho maravilloso es debido á la proteccion de la Reina del cielo, que ha querido recompensar la confianza y la piedad de su servidora fiel, añadiendo ese prodigio á tantos otros que en nuestros dias atestiguan los felices resultados de la intercesion de Maria cerca de su Hijo.

"Dado en la Rochelle, bajo nuestra firma y el sello de nuestras armas, y refrendado por nuestro Secretario, el 12 de Enero de 1855.  
—CLEMENTE, Obispo de la Rochelle y de Saintes.—Por mandado de Monseñor, H. THEUBLIER, Secretario.

Hay otras muchas curaciones reconocidas por los señores Obispos, y entre ellas la de una religiosa llamada *Sor Carlos*, acerca de la cual escribió el respetable Obispo de Chalons una carta diciendo, que estando en el convento de La Saleta, reconoció el carácter milagroso de la curacion de esa monja, y él mismo entonó el *Te Deum* que se cantó en accion de gracias.

Pero el recurso á la Virgen Santísima, no solo ha producido que el agua de la fuente de La Saleta tenga eficacia sobre los males del cuerpo, sino tambien sobre los del alma. Lo hemos visto en la conversion de todos los habitantes del canton ó distrito de Corps: el Obispo de La Rochelle, que hizo su viaje al monte santo siete meses despues de la aparicion, lo confesó, diciendo que desde Leon hasta La Saleta no oyó ni siquiera una blasfemia; y el jefe de los gendarmes del distrito dijo al mismo señor Obispo, que desde el 19 de Setiembre de 1846, dia del suceso, no se habia cometido ningun delito grave en todo el canton, y que jamas habia estado tan asegurado el orden público ni sido tan respetadas las leyes: ofreciase á firmar con su sangre esta declaracion.

Muchos peregrinos extraviados han regresado á la religion: varios de ellos, antes de pisar la montaña santa, ó despues de bajar de ella, se apresuran á aligerarse del grave peso que por espacio de muchos años ha oprimido sus conciencias. Largo seria referir las historias particulares

de estas conversiones; sin embargo, referiremos las de dos individuos.

En el año de 1854 habia un anciano en el pueblo de *Vinay*; era volteriano, estaba enfermo de mucha gravedad, é iba á morir con la blasfemia en los labios. Su piadosa hija se hallaba como enclavada junto á la cama de su padre; observando con la mayor afliccion el espantoso progreso del mal; pero no se atrevia á acercarse al codo del enfermo ni siquiera una palabra religiosa, y mucho menos proponerle los socorros de la Iglesia, pues solamente el nombre de *sacerdote*, lo mismo que el de Dios, bastaba para escitar la rabia del moribundo. Repentinamente ocupa la imaginacion de la jóven una idea, y dice en su interior: "¡Si mezclaré á la medicina que ha recetado el doctor un poco del agua milagrosa de La Saleta!" Se decide; echa en seguida ocultamente algunas gotas en el vaso en que está la medicina, y lo da á su querido padre, diciendo y volviendo á repetir en su corazon: *¡Virgen Santísima de La Saleta, reconciliadora de los pecadores, á vos lo confío; vos lo salvareis, vos lo salvareis!* Toma el enfermo el brebaje sin siquiera imaginarse que habia en él otra cosa que lo traído de la botica; lo bebe, y se duerme tranquilamente: poco despues despierta bruscamente acometido por espantosas convulsiones; parece aproximarse el momento último fatal; su hija se desconcieta hasta un grado indecible; pero he aquí que el moribundo, abriendo los ojos, esclama: *¡Hija mia... hija mia... un sacerdote... pronto... pronto... un sacerdote!* Marcha la hija corriendo en busca del sacerdote; viene este; se confiesa el enfermo con muestras del mas sincero arrepentimiento, y de impío arrebatado que era minutos antes, la gracia vivificadora lo convierte en cristiano dócil y fervoroso.

Otro. Habiendo llegado á Corps un jóven oficial de Estado Mayor, oyó hablar de La Saleta, y vió una multitud de peregrinos que marchaban al Santuario: la curiosidad le arrestró tras de ellos, pues no era cristiano mas que de nombre. Llegado que hubo á la llanura santifica-

da, no vió en ella nada que interesase su imaginacion ni su corazon, ni encontraba allí nada que pudiera compensar la fatiga que se pasaba en tan escabrosa y violenta subida: así es que ya se disponia para bajar, cuando le ocurrió entrar en el convento para hacer, por mera urbanidad, una visita al superior de los misioneros, que era el Padre Burnoud. Fué en efecto, habló con él algunos minutos, y se retiró. Al retirarse le preguntó el Padre Burnoud si habia visto la fuente milagrosa, y respondiéndole que no, le dijo aquel religioso que no se marchase sin verla y que bebiese un vaso de su agua, pues que nunca habia hecho mal á nadie y sí bien á muchos. El oficial le prometió hacerlo por complacerle. Cumplió su palabra: bebió, y se sintió conmovido en todo su ser. En lugar de marcharse, entró en la capilla, se prosternó bañado en lágrimas ante la imágen de María, y llamando en seguida al Padre Burnoud, le pidió que recibiese su confesion. Al día siguiente por la mañana, este oficial, en cuyo pecho brillaba la condecoracion de los valientes, se aproximaba á la Santa Mesa, y recibía el Pan Eucarístico con los ojos bañados en lágrimas. Pocas horas despues marchó para su destino con el corazon rebotando en placer y gratitud. Desde entonces, no solo ha permanecido fiel á la gracia, sino que ha mostrado constantemente un celo de apóstol, con resultados los mas consoladores, en la ciudad de Tolon, donde vive.

X.  
LA FUENTE.

Nadie ha puesto en duda, y mucho menos negado, el hecho de que la fuente estaba todos los años seca en la

segunda mitad del verano, y que desde el día de la aparicion mana, constantemente, lo mismo en el invierno que en el estío, por grandes que sean las calores y escasez de lluvias; pero de palabra han dicho algunos incrédulos, y sostenido en conversaciones, que el agua era del arroyo. *Señal:* otros han negado esto, pero pretendido que era un agua mineral, saludable por su composicion y por su naturaleza, y que por esto no era de admirar que los enfermos espermentasen mejoría haciendo uso de ella.

Aun así, siempre podriamos decir que es un milagro el que la fuente no haya vuelto á secarse, y que su benéfico líquido, útil para las enfermedades, venga conociéndose solamente desde el día del milagroso acontecimiento. Pero no: vamos á probar que el agua de la referida fuente, ni es la del arroyo, ni tiene composicion ninguna, ni es útil á la salud por su naturaleza, y que si cura las enfermedades es porque Dios le ha dado esta virtud, de modo que el beneficio no pueda atribuirse á ninguna causa natural.

Sí: vamos á desvanecer aquellos errores: no hablaremos por nosotros mismos, pues no conocemos la geología ni la química: insertaremos aquí algunas páginas (las relativas á la fuente) del folleto titulado: *Peregrinacion á la Saleta*: que escribió y publicó el Sr. Similien, licenciado en ciencias, antiguo catedrático de las de física y química en el Seminario de Mongazon, y actualmente catedrático de matemáticas en la Escuela de Artes y Oficios de Angers.

Dice en la página 88 y siguientes.

“No es menester estar muy versado en geología para conocer la diferencia que existe entre un mero arroyo y un manantial. El arroyo debe su nacimiento tan solo á la filtracion de las aguas pluviales, las que, caidas en las montañas, se reúnen continuamente en las partes cóncavas de los terrenos y en la superficie de ellos. El manantial, por el contrario, surge directamente de la tierra; no engruesa, como un arroyo, á medida que se aleja del punto en donde se halla, y permanece del todo independiente del estado particular de la atmósfera y de la mayor ó menor cantidad de lluvia que accidentalmente se desprende de las nubes. Esto es todo cuanto es dable observar á los que quieran estudiar con cui-

dados los fenómenos de la naturaleza. Aun mas: reconocerán que al lado del manantial, que se alimenta siempre de sí mismo, el arroyo de *Sezia* está algunas veces completamente en seco, lo que pudo casi observarse durante el verano de 1832, ó que el chorro de agua es tan tenue, como lo he notado en dos épocas distintas, que es físicamente imposible que brote instantáneamente una abundante masa líquida, á no mediar una causa estraña.

“Sí: el agua de la fuente tiene indudablemente una virtud sobrenatural. Al someterla á un análisis cualitativo, no he reconocido en ella ninguno de los principios ácidos ó alcalinos que entran en la composicion de las aguas minerales, etc.

“He conservado en un vaso cerrado y en otro abierto, por espacio de cuatro años consecutivos, agua de La Saleta, recogida por mí mismo, y puedo decir que despues de ese decurso de tiempo no sufrió la menor alteracion, y era todavía buena para beber.

Es sabido que el agua espuesta al aire libre se evapora por completo: en la de que se trata solo he observado una evaporacion insensible: ademas, al cabo de algunos meses, la mayor parte de las aguas que permanecen en el estado de las de estanque en un vaso destapado, acaban por alterarse; vese aparecer en ellas una especie de vegetacion verdosa, en la cual se descubren con el microscopio animalillos que tienen la propiedad de descomponer el ácido carbónico en disolucion, fijando su carbono y separando de él el oxígeno. En ninguna de las botellas que contenian agua de La Saleta he observado este fenómeno.

“Luego, para comparar mis esperimentos, he tratado con los mismos reactivos el agua de La Saleta recozida cuatro años antes y recientemente, y agua de lluvia, de depósitos, y de pozo.

“Al principio, el cloruro de *barium* ó el *azoto de barita* no da el mas ligero precipitado en el agua de La Saleta, de donde se deduce que no contiene *sulfatos*. El *azoto de plata* tampoco los produce, lo cual prueba que está enteramente exenta de *cloruros*, puesto que este reactivo es tan eficaz, que precipita la mayor parte de las aguas, incluso las de lluvia, segun repetidas veces lo he experimentado. En efecto, cuando es rápida la evaporacion en la superficie de las aguas del mar, acontece, especialmente cerca del litoral, que se evapora al mismo tiempo una pequeña cantidad de *cloruro de sodio* ó de *magnesia*; y puedo decir que he comprobado plenamente este fenómeno cerca de las *arenas de Olona*. Todas las aguas sin escepcion aun la destilada, roban continuamente al aire ácido carbónico, y despues de disolverlo, descomponen la sal precedente, la cual, abandonando su base, produce *carbonato de plomo insoluble*. El agua de cal, que sirve igualmente para reconocer la presencia del ácido carbónico, si bien es un reactivo menos poderoso, no me ha enturbiado el agua cogida por mí mismo, y en la que se me ha remitido he obtenido

un enturbiamiento apenas perceptible. De estas investigaciones puede inferirse que en el agua de La Saleta hay indicios de carbonato de cal disuelto con el auxilio de una porcion excesiva de ácido carbónico, puesto que es sabido que esa sal en estado neutro es del todo insoluble. Por lo demas, fácil es comprender por qué se encuentra en ella esta materia: esto proviene únicamente de que el manantial maravilloso descansa sobre de una capa calcárea.

“Segun estos diferentes resultados, no deben clasificarse las aguas de La Saleta entre las hepáticas, acídulas, ferruginosas ó salinas; y algunos átomos de carbonato de cal, sal del todo inactiva en estado neutro, no pueden comunicarle ninguna virtud respecto á la economía animal, y por lo mismo no puede decirse que si tiene la propiedad de restituir la salud, la deba á ciertos elementos químicos que obren en el organismo. Ademas, como todas las de las demas montañas, esta agua es muy fria, contiene poco aire en disolucion, y es por lo tanto pesada para el estómago. Si no tuviese algo escepcional, podria ser muy perjudicial beberla sin prudencia, principalmente hallándose el cuerpo en estado completo de traspiracion.

“Oh cuán diferentes son los efectos en La Saleta! Casi siempre he bebido una dosis no proporcionada á mi sed, sino á la capacidad de mi estómago; experimentaba en mis dientes una sensacion glacial, y me sometia á esta prueba en el momento de llegar, y teniendo todavía mis vestidos tan saturados de sudor por efecto del cansancio, que fácilmente hubiera podido esprimirlos. Y luego, al cabo de poco rato, en vez de continuar andando para mantener el calor del cuerpo, iba á orar en la capilla, que es sombria y húmeda, y en ella permanecia mucho tiempo en la mas absoluta quietud. A pesar de esto, afirmo delante de Dios que este régimen no me ocasionó el mas ligero constipado ni la mas mínima afeccion pulmonar. No es el único mi testimonio: consúltese á los peregrinos, y no se encontrará uno solo que en este punto no sea de la misma opinion: El Sr. Favier, institutor de Allemont, que pasó allí para recobrar la voz, me aseguró que habia cometido la imprudencia de beber sin interrupcion hasta un litro y medio de esa agua, y que, á pesar de semejante exceso, mejoró su salud, etc.

“Reduzcamos estas esplicaciones á las mas sencillas formas. Una fuente, hasta entónces intermitente, fluyó el 20 de Setiembre de 1846, época del año en que de tiempo inmemorial estuvo antes siempre seca. Ese manantial manó desde entonces continuamente, y se ha hecho perenne. Su agua, sin contener ingrediente alguno que obre sobre el cuerpo humano, ha curado á muchos enfermos, entre ellos algunos á quienes en ciertos casos debia perjudicar ese líquido, y, por lo mismo, fuerza es confesar que ese manantial ha dejado de estar sometido á las leyes puramente físicas, y que su agua tiene verdaderamente una *eficacia sobrenatural*. Por último, la tercera consecuencia, emanada forzosamente de la primera proposición, es que, como el fluir la fuente coincidió con el momento en que los dos niños, incapaces de mentir, atestiguaron haber tenido una aparición de la Santísima Virgen (á la cual denominaban *hermosa Señora*), esos hechos son solidarios, y no puede admitirse el uno sin el otro.

“Mas hé aquí una particularidad que pasará aun mas al lector, y que solo la indico para no omitir nada de cuanto llamó mi atención, sin afirmar que el fenómeno que voy á citar se reproduzca siempre que medien las mismas circunstancias. El Sr. Favier me hizo observar, y yo lo ví con mis propios ojos, que el volumen de agua de la fuente aumentaba á medida que crecía la afluencia de peregrinos, y que disminuía segun que estos se marchaban.”

En vista de esto, preguntamos: ¿Qué agua es esa que, indiferente por naturaleza y hasta perjudicial á la salud, es realmente saludable y cura enfermos?

## XI.

## EL SIGLO, EL MAL Y EL CASTIGO.

Ya hemos visto en otro capítulo que las amenazas anunciadas por la Virgen Maria tendrian ejecución si su pueblo no se convertia; que el arrepentimiento era una suma urgencia puesto que la Augusta Reina de los Angeles se vió obligada, en fuerza de su amor hácia los hombres, á bajar á la tierra para moverlos á penitencia: tambien hemos visto que el Cardenal Fornari dijo á los comisionados que llevaron á Roma los secretos de los dos niños: *Cuando el cielo emplea estos medios para convertir á los pecadores preciso es que el mal sea muy grande*. Y, por último, que el Soberano Pontífice, tan pronto como leyó aquellos secretos, exclamó: *Son castigos que amenazan á la Francia; pero no es la Francia sola la culpable: toda la Europa es culpable*.

Si pues el mal era entónces grande, culpable toda la Europa, y el castigo iba á caer, preciso es convenir en que contuvieran el brazo del Altísimo por algun tiempo el arrepentimiento y fiel correspondencia, que sin dilacion alguna encontraron los maternales deseos de Maria en todo el cantón de Corps, y en los corazones de aquellos miles de europeos que corrieron á derramar lágrimas de penitencia en el monte santificado, mientras otros muchos miles, en el interior de sus casas, lloraban sus pecados, implorando tambien la misericordia de Jesus, por la intercesion de su Inmaculada Madre.

“Reduzcamos estas esplicaciones á las mas sencillas formas. Una fuente, hasta entónces intermitente, fluyó el 20 de Setiembre de 1846, época del año en que de tiempo inmemorial estuvo antes siempre seca. Ese manantial manó desde entonces continuamente, y se ha hecho perenne. Su agua, sin contener ingrediente alguno que obre sobre el cuerpo humano, ha curado á muchos enfermos, entre ellos algunos á quienes en ciertos casos debia perjudicar ese líquido, y, por lo mismo, fuerza es confesar que ese manantial ha dejado de estar sometido á las leyes puramente físicas, y que su agua tiene verdaderamente una *eficacia sobrenatural*. Por último, la tercera consecuencia, emanada forzosamente de la primera proposición, es que, como el fluir la fuente coincidió con el momento en que los dos niños, incapaces de mentir, atestiguaron haber tenido una aparición de la Santísima Virgen (á la cual denominaban *hermosa Señora*), esos hechos son solidarios, y no puede admitirse el uno sin el otro.

“Mas hé aquí una particularidad que pasará aun mas al lector, y que solo la indico para no omitir nada de cuanto llamó mi atención, sin afirmar que el fenómeno que voy á citar se reproduzca siempre que medien las mismas circunstancias. El Sr. Favier me hizo observar, y yo lo ví con mis propios ojos, que el volumen de agua de la fuente aumentaba á medida que crecía la afluencia de peregrinos, y que disminuía segun que estos se marchaban.”

En vista de esto, preguntamos: ¿Qué agua es esa que, indiferente por naturaleza y hasta perjudicial á la salud, es realmente saludable y cura enfermos?

## XI.

## EL SIGLO, EL MAL Y EL CASTIGO.

Ya hemos visto en otro capítulo que las amenazas anunciadas por la Virgen Maria tendrian ejecucion si su pueblo no se convertia; que el arrepentimiento era una suma urgencia puesto que la Augusta Reina de los Angeles se vio obligada, en fuerza de su amor hácia los hombres, á bajar á la tierra para moverlos á penitencia: tambien hemos visto que el Cardenal Fornari dijo á los comisionados que llevaron á Roma los secretos de los dos niños: *Cuando el cielo emplea estos medios para convertir á los pecadores preciso es que el mal sea muy grande*. Y, por último, que el Soberano Pontífice, tan pronto como leyó aquellos secretos, exclamó: *Son castigos que amenazan á la Francia; pero no es la Francia sola la culpable: toda la Europa es culpable*.

Si pues el mal era entónces grande, culpable toda la Europa, y el castigo iba á caer, preciso es convenir en que contuvieran el brazo del Altísimo por algun tiempo el arrepentimiento y fiel correspondencia, que sin dilacion alguna encontraron los maternales deseos de Maria en todo el cantón de Corps, y en los corazones de aquellos miles de europeos que corrieron á derramar lágrimas de penitencia en el monte santificado, mientras otros muchos miles, en el interior de sus casas, lloraban sus pecados, implorando tambien la misericordia de Jesus, por la intercesion de su Inmaculada Madre.

Pero ¿podemos presumir que esto llenó la medida de una satisfacción general expiatoria? No: y la prueba de esta verdad nos la dió el cielo en acontecimientos tan tristes como inmediatos, pues en 1847 se apoderó por primera vez el *oidium* de todas las viñas de Francia y de mucha parte de las de Italia; la enfermedad de las patatas y de las nueces fué completa, y la pérdida de dos cosechas de cereales produjo tal escasez de comestible y tal carestía en los precios, que en dos años hubo en Francia una mortandad excepcional, por efecto del hambre, de trescientos sesenta y un mil individuos.

En 1852 dijo en su pastoral relativa á La Saleta el Revdo. Obispo de Grenoble: *Los pueblos se agitan; los tronos son derribados; la Europa está trastornada, y la sociedad se halla en la pendiente de su ruina.* Hoy, si viviera, podría decir mucho mas; pues desde entonces otros soberanos han sido lanzados de sus tronos, otros ven que se les escapan los cetros de las manos, y parece que el temor hácia uno solo se ha apoderado de todos. Desde entonces tambien el cólera-morbo ha diezmató el personal de la Europa; la Italia se ha convertido en un campo de ruina y desolacion; la Siria ha presenciado el asesinato de muchos miles de cristianos pacíficos de todo sexo, edad y condicion; y los soberanos católicos miran, si bien con pesar, con una lastimosa indiferencia, las persecuciones, las calumnias, las amarguras que está sufriendo la Esposa del Cordero. Veria desprestigiado en todas partes el principio de autoridad, calificada de usurpacion la propiedad, y desmoralizado el cristianismo en toda la Europa. ¿Qué prueba todo esto? Prueba, á no dudarlo, que el mal ha crecido en grandes proporciones, y salta de aquí la consecuencia de que el castigo es inevitable, porque apenas se divisa en la tierra poder alguno capaz de conjurar la tempestad que suena sobre nuestras cabezas ni el volcan que ruge á nuestros pies. No hay poder que no sea capaz de destruir la causa que ha producido el mal que, de mas en mas, ha venido nutriéndose y aumentándose á medida que ha ido pá-

sando en dias este siglo de mentira y de engaño, de guerra y violencia, de irreligion y de egoismo. Sol la catástrofe con que amenaza el cielo es la que podrá, á costa de la generacion actual, traer al mundo años mas felices que los que atravesamos.

Y ¿cómo vendrá esta catástrofe? No es necesario mas que el sentido comun para saberlo. La política creada en Francia en el principio de este malhadado siglo, y propagada desde allí á toda la Europa, es la que ha producido el mal y preparado el castigo. Se valdrá, pues, Dios de la política para aplicarlo, y las consecuencias de la política serán las que constituyan el castigo. Examinemos esta idea, si es posible, á sangre fria.

*Por mí reinan los Reyes* (dijo y dice Dios): *el poder que ejercéis no lo tendríais si no os hubiera sido dado de arriba; pero en Francia se dijo: No: yo mando y reino por la voluntad del pueblo; el poder me viene de él; ni te necesito, ni tengo nada que agradecerle.* Se creó, pues, una política que estuviera de acuerdo con este principio; y como el principio era obra de pasiones humanas, preciso era que estas encontrasen en la política, primero tolerancia, luego aprobacion, y mas adelante auxilios de toda especie para lanzarse contra los principios, sistemas, hombres y doctrinas que no simpatizaban con aquellas. Véamos su marcha con respecto á los dos elementos cardinales de la felicidad del hombre, *la paz y la religion.*

Dios ha querido y quiere que los hombres estén todos unidos en religion y que sean diversos en lo demas: la política, pues, vino á enmendar la plana al Criador queriendo establecer la diversidad en donde Dios puso la unidad, y esta en donde estableció la diversidad. Y véase en esto el trastorno de la sociedad, el manantial de las guerras y la creacion del sistema del cinismo, de mentira y de violencia en las operaciones de la política.

Los políticos de Napoleon I decian en su tiempo: *Los pueblos extranjeros son esclavos del despotismo de sus Reyes: démosles la libertad, la paz y el bienestar.* Y con estas ha-

lagüñas promesas invaden las tropas francesas casi todas las naciones de Europa, las encadenan á la Francia, y enriquecen la Francia con los tesoros de toda especie de las naciones que fueron á libertar; pues en lugar de hacerlas libres, les impusieron una esclavitud mayor de la que sufrían. Todo esto hizo la política francesa á cañonazos, y estos cañonazos se dispararon por los proclamadores de la paz.

No fué menos notable el celo por la religión. Abrió aquella política las Iglesias que cerraron los que poco antes declararon en plena Asamblea nacional *que no hay Dios*; pero al mismo tiempo, y para imponer leyes á la Religión, se trajo preso á Paris al Soberano Pontífice, de cárcel en cárcel, sin respeto á su dignidad, sin miramiento alguno á sus largos años, á sus padecimientos físicos, á sus venerandas canas.

¿Sería indiferente el Ser Supremo á tantos males, á tanto abuso del poder colosal que ostentaba esta política, á la gran perversidad que habia inaugurado y dejado sembrada en toda la Europa? No: se acabó de llenar la copa del sufrimiento, y los políticos del fuerte imperio vieron disiparseles todo como el humo, sin que tuvieran ni aun el consuelo de obtener un pequeño rincón para que el Emperador depositara en su patria el último suspiro de su vida.

¿Sirvió de alguna cosa esta lección para que cambiase despues la política? No, por cierto: volvió á usarse de ella en 1830, y este uso ha producido los males que hoy deplora la Europa: véamos esta nueva serie de acontecimientos, cuyo progreso y estension ya no tienen remedio en lo humano. Franceses son los que nos dan las pruebas necesarias.

Luis Felipe, cuyo poder tenia el mismo origen que el de Napoleon I, sin mas diferencia que en la forma, pues este lo obtuvo con palabras y bayonetas, y aquel con barricadas del pueblo soberano, no podía sostenerse sino por medio de una constante deferencia á las masas que quita-

ban y ponian á su antojo reyes en Paris; pero, conociendo que tal vez no les seria bastante esta deferencia de su política para sostenerse, hizo una especie de alianza con la Inglaterra, que se titulaba *inteligencia cordial*, y de este modo quedó sujeto á una deferencia mas: á las exigencias de la Inglaterra.

La política de la inteligencia cordial empieza á obrar; y al mismo tiempo que en Octubre de aquel año hace saber á la Europa que su objeto es el sostenimiento de la paz general, manda á Mina por el Pirineo con gentes armada para que introduzca la guerra en España; un ejército frances corre á sitiar la plaza de Amberes para privar de ella y de un gran territorio al Rey de Holanda; y una legión de los llamados hombres libres, protegida por los ingleses, desembarca en Portugal para destronar á D. Miguel. Este es el modo con que la política del gobierno de Luis Felipe dió á conocer á la Europa la verdadera significacion de la paz que se proponia conservar á todas las naciones.

¡*Viva la paz de Europa!* gritan pocos meses despues los políticos de Francia y de Inglaterra, y los unos sublevan la Polonia, y los otros; la Sicilia.

Vuelven á gritar *¡La paz reina felizmente en Europa, gracias á la inteligencia cordial de las dos naciones!* y al mismo tiempo estalla la guerra en España. *¡Somos aliados de la Reina de España!* dicen luego en un tratado para establecer la paz en la Península, y pudiendo conseguirlo en ocho dias, dejan que los españoles se maten durante siete años, se cargue de deudas su tesoro, y se aniquilen su industria y su comercio.

¡*A la paz sostenida por la inteligencia cordial se deben los adelantos que gozan las naciones!* gritan nuevamente los políticos, y al mismo tiempo la Suiza, movida por los de Francia, se convierte en un campo de batalla, y los sicilianos se sublevan de nuevo, siguiendo el consejo que les dan los ingleses en proclamas que les llevan en navios que permanecen á su vista para infundirles valor.

¡*Grandes son las ventajas,* gritan de nuevo, *de la paz*

que felizmente disfruta la Europa! y al mismo tiempo se reproducen las guerras de Portugal y Suiza, y hacen Roma y el Piemonte un cambio político espantoso é inconcebible, apoyado en la política francesa, que luego les costó muy caro.

Y ¿cuáles eran en otros ramos los resultados de esa mentida paz, resultados que influían notablemente en la Religión, en las ideas, en las fortunas y en las costumbres de la Europa? Oigamos al general Denadieu, que habló en el periódico *La Quotidienne* del mes de Febrero de 1845:

"La corrupción es general y sistemática, gracias á los funcionarios de que se llenan la administración, los tribunales y los cuerpos políticos. Los hombres erigidos en autoridad son elegidos entre los mas fáciles de corromper. Despues de haber sometido la opinion á la terrible y triunfante prueba de la codicia, se atacó el poco sentido moral que podía quedarle con el cebo de espectáculos los mas escandalosos y con placeres enervantes: en seguida fué todo envenenado por el contagio, aun las costumbres domésticas; y hoy el hambre del oro y la sed de placer familiarizan con el adulterio, el incesto, el parricidio."

El mismo periódico decia en 10 de Octubre del referido año:

"Los árabes no pueden acomodarse á la dominacion de un poder que se ha presentado para esterminarlos. Ellos ven en nosotros cristianos sin Dios, y nuestra conducta es la causa de que nos tengan por bárbaros."

Véase ahora á quién culpa el Obispo de Orleans, en su pastoral de la Cuaresma de 1846, por el estado de la Francia y por las consecuencias de su política:

"La legislación atea (*dice*) gobierna en Francia; y cuanto mas conozcan los poderes públicos su necesidad de acercarse á Dios, tanto menos darán á conocer que necesitan de su auxilio. No sufrirán la Iglesia de Dios sino para hacer ver que saben dominarla; y tan pronto como la opinion pública acabe de preocuparse de

las nuevas máximas, no solo amenazarán á la Iglesia, sino que le aplicarán las leyes que la han proscrito."

Al frente de este cuadro que presentaban todas las naciones á donde se estendia la política francesa, ya con las guerras citadas antes, ya con otros recursos diplomáticos, no es de extrañar que la Madre del Redentor bajase en ese mismo año á La Saleta y anunciase el castigo.

Pero ¿hizo caso de ello la política? No: siguió con mas empeño en sus errores y seducciones lisonjeras; precipitó al Papa y al Rey de Cerdeña á que declarasen la guerra al Emperador de Austria, único aliado fiel que hasta entonces habian tenido, y derrotadas en una sola batalla las tropas pontificias y las del Piemonte, el Papa hubo de volver á su antiguo sistema, y Carlos Alberto, cubierto de vergüenza y lleno de amargura, huyó á España, abdicó en su hijo Víctor Manuel, y pasó á Portugal en donde murió á los pocos dias.

¿Tuvo suerte mejor Luis Felipe? Sus políticos vieron el riesgo en que estaba siempre, atendiendo el origen de su elevacion, y para asegurarle circunvalaron á Paris de murallas y baluartes, pusieron en ellos cañones que se dispararian para dar la paz al pueblo soberano en caso necesario: contaban con estos elementos de fuerza irresistible, con un ejército de sesenta mil hombres dentro de Paris, con la prevision de su política y la sagacidad y vigilancia de su policía, y por último con la inteligencia cordial de la Inglaterra; pero llegó el instante en que, cansada la Divina Justicia de tanto sufrimiento, les hiciera ver la nulidad de todos esos preparativos y de la confianza que habian puesto en ellos, y un simple soplo de la boca de Aquel que con solo una palabra crió al mundo, y que con una, sola mirada lo destruirá, fué bastante para que en menos de tres horas se encontrase Luis Felipe sin murallas, sin cañones, sin baluartes, sin ejército, sin la inteligencia cordial de la Inglaterra, y aun sin seguridad para su persona pues solo, oculto, corriendo y disfrazado, huyó á Ingla-



terra en donde murió sin haber tenido tampoco este monarca-ciudadano el consuelo de morir en su patria. El pueblo soberano deshizo así en 1848 lo que hizo en 1830, lo hizo usando del mismo derecho y por los mismos medios, cuya legalidad le fué reconocida en 1830.

¿Ha cambiado esa política desde entonces, siquiera por temor á la repetición de la escena? No, por cierto: ha seguido los mismos pasos y avanzando mucho mas.

Desde la caída de Luis Felipe dicen los políticos de Francia: *El imperio es la paz*; y vemos que esta dichosa paz lanza un ejército francés y otro inglés á Turquía para hacer guerra á la Rusia.

Repítase que *el imperio es la paz*; y aun no bien concluye aquella guerra, cuando el ejército francés unido al del Piamonte, entra en guerra contra el Austria; pierde esta el reino Lombardo; caen luego cuatro soberanos de Italia; se priva al Papa de casi todos sus Estados; halla la revolucion apoyo y recursos para apoderarse de Roma cuando le acomode; quedan Nápoles y Sicilia en una guerra civil, y las potencias del Norte ven que la soberanía popular, legataria tambien en esto de la política y enseñanza de los franceses, déjase ver en derredor de sus tronos, alegando sus derechos en actitud hostil contra el poder.

¿No ha de haber intervenciones! gritan igualmente los políticos de Francia; y vemos que la política de Francia quiere intervenir en todo, y á ningun soberano permite que obre sin su anuencia y prescripciones. Por último, esa política dice que *apoya la Religión*; y vemos que en todas partes se le pega un puntapié, haciéndola al mismo tiempo una profunda reverencia.

¿Se puede ver mas claro que este siglo es de mentira y violencia, de irreligion y de guerra, de usurpacion y de egoismo? Pues si las mismas causas producen iguales efectos, no podemos dudar que la situacion actual concluirá como aquellas de que es hija; pero su conclusion será mas terrible, porque, estando el mal en toda la Eu-

ropa y en proporciones mas grandes que nunca, en toda ella será terrible el castigo.

Chateaubriand dijo en 1826: *Día llegará en que, batiéndose las escuadras de Europa en las costas de Cantabria, se decidirá la suerte de todos los soberanos de la tierra.* No parece que esté lejos este día, pues así lo persuade el violento estado en que se halla la Europa. Se decidirá la suerte de los soberanos, cualquiera que sea el paraje; pero no se decidirá la de la Iglesia, mas perseguida hoy que todos ellos, pues decidida está desde antes que la conocieran los hombres. Vendrá la catástrofe que de cincuenta años á esta parte se está preparando inadvertidamente por los políticos de Francia; se consumirá una generacion de hombres; desaparecerán los tesoros de las naciones; y cuando el desbordamiento de las pasiones y de los pueblos hayan pasado sin dejar mas señales que las que deja el mar al retirarse de las playas, el Soberano Pontífice recobrará sus Estados y sus derechos, no gemirá bajo el peso de los ejércitos, y poniendo la Religión otra vez en movimiento los resortes que el cielo ha depositado en ella, renacerán poco á poco los principios de la verdadera paz de los pueblos, será corregida la inmoralidad, y triunfando la justicia en todos los ramos, el hombre dará gracias á Dios porque salvó á su pueblo del cautiverio de la política francesa, mil veces mas opresora que la de los egipcios para con el pueblo de Dios.

## CONCLUSION.

¿Qué diremos ahora á los que han leído las páginas precedentes, que nos hablan desde el 19 de Setiembre de 1846 por la boca de la excelsa Madre de Dios? ¿Qué al

contemplar sus quejas, sus avisos, sus lágrimas y sus deseos? ¿Qué al comparar el estado actual de la Europa con el que tenía en aquel año? ¿Qué del castigo que ya es inevitable?

Si teneis la dicha de sentir que vuestro corazón late con los sentimientos de un verdadero católico, ¿no reconocereis en esto la necesidad de obrar siguiendo el impulso de aquella voz venida del cielo; voz despues de la del Salvador, la mas sublime, tierna y cariñosa? ¡Ay! Si. Dejad, pues, que penetre con toda su fuerza, con todo su brillo, con todo su amor hasta el fondo de vuestras almas, para que os haga conocer la justicia de sus quejas contra la tierra ingrata y manchada.

¿No somos tambien nosotros culpables en alto grado, tan alto que parecemos estar separados del pueblo de Dios, de aquel pueblo que por boca de María llamó tambien *suyo* en La Saleta? ¿No estamos obligados á tener constantemente puesto el corazón en el Padre Celestial y en la Iglesia nuestra Madre, que nos ha dado la luz sobrenatural de la fé con la vida divina de la gracia? ¿Dudaremos que los ultrajes que se hacen á Dios y á la Iglesia por los pecadores, que son hermanos nuestros, apenas nos interesan tan profundamente como debieran y sucedería si nuestra caridad fuera la que debe ser?

Pues bien: no nos hagamos mas culpables todavía con una negligencia lastimosa hácia la gran leccion que se nos ha dado: no nos parezcamos á los desgraciados habitantes de la ciudad deicida, por la cual decia el Salvador llorando que *desconocia la visita con que era favorecida*.

Propaguemos, pues, la fé y la confianza hácia Nuestra Señora de La Saleta; séamos todos, como Maximino y Melania, firmes apóstoles para anunciar su venida, para transmitir á otros sus palabras, sus quejas, sus deseos y sus promesas. Hagámonos por medio de la oracion víctimas expiatorias, uniéndonos á la suprema Eucaristía: rivalicemos todos en esfuerzos, en esperanzas y en súplicas para que el cielo nos sea propicio, y en lugar de la parte del

castigo que ha de tocar á nuestra patria, derrame desde luego en los corazones de sus hijos aquel dolor, aquel arrepentimiento ante el cual cede la Divina justicia y aleja los efectos de su cólera.

Si la veneracion del Santo Nombre de Dios, la santificacion del dia festivo y la observancia del ayuno y la vigilia, cuya profanacion carga tanto el brazo del Señor, como nos lo ha dicho su Inmaculada Madre, ha sido uno de los fines de su venida á la tierra, demos el ejemplo de sumision y cumplimiento á que estamos obligados, si en realidad tenemos en algo nuestra profesion de cristianos. Hagamos todo cuanto esté de nuestra parte para conjurar la tempestad que amenaza, y consolemos al Soberano Pontífice en lo que constituye su temor. Ha dicho que son *los respetos humanos*: demos, pues, públicos y privados testimonios de que el respeto humano ninguna fuerza tiene para debilitar nuestras creencias, entibiar nuestra piedad ni atemorizar nuestras prácticas religiosas, ya sean obligatorias ó ya voluntarias. Este es nuestro deber, y este el camino del acierto. Así encontrará Dios entre nosotros mas de diez justos, y perdonará á nuestras ciudades, á nuestras poblaciones, á nuestras familias.

### NOTA INTERESANTE.

Como naturalmente se siente el deseo de saber cuál es el estado actual de los dos pastorcitos, lo hemos preguntado al Padre superior de los Misioneros de La Saleta, y tuvo la bondad de decirnos, en carta 18 de Febrero de 1862, que careciendo Maximino de vocacion para el estado de eclesiástico, siguió sus estudios en el Seminario de Grenoble hasta el de filosofía inclusive, y despues fué colocado en una administracion buena de Paris; que se man-

tiene muy buen cristiano, y que él mismo dice que debería ser todavía mejor.

Que Melania tomó el hábito de carmelita, estuvo varios años en uno de los conventos de Inglaterra, y volvió á otro de la misma orden de Francia, en el cual está, y no quiere se sepa cuál es, para evitar la curiosidad y la multitud de visitas y de cartas que se le harían y escribirían de muchos puntos de Francia y de Europa.

Pero, cualquiera que sea la conducta, mala ó buena, que hayan observado desde que concluyeron su mision, la cual se reputa terminada en el momento que comunicaron su secreto al Papa, no puede influir en nada sobre el hecho del 19 de Setiembre de 1846, pues tiene sus pruebas hechas mucho tiempo há, y se mantiene y mantendrá en pié, firme y constante, cualquiera que sea el porvenir de los niños, que no han hecho mas que contarlo, sin comprenderlo en el fondo ni en los términos que han servido para espresarlo.

La historia y el sentido comun nos demuestran la verdad de lo que decimos. David era profeta, y á pesar de las gracias extraordinarias y la inspiracion divina, llegó á ser adúltero y asesino; pero sus profecías subsistian, no han sido destruidas por sus crímenes, y lo mismo subsistirían aunque hubiese muerto en la impenitencia. Salomon estaba inspirado de Dios, era tambien profeta, y habia recibido del cielo el don de la sabiduría; sin embargo, se entregó á la idolatría y libertinaje al fin de sus dias; pero sus libros no dejan por eso de subsistir, y son conservados por los judíos lo mismo que por los cristianos, aunque hay motivo para temer que nunca volvió al culto del verdadero Dios. Tertuliano, uno de los mas antiguos Padres de la Iglesia, adoptó la herejía de Montano, sin que pueda saberse si volvió á la verdad; pero no por esto dejan de ser consideradas como muy respetables las obras que escribió. Estos tres ejemplares bastan para convencimiento de que, cualquiera que sea la conducta de los niños, en nada puede afectar al hecho de la Saleta. Ya no

tienen ninguna intervencion con él, y nada de lo que han hecho y hagan en lo sucesivo podrá destruirlo ni rebajarlo.

De aquí es que el Sr. Guinoulhiac, Obispo de Grenoble, sucesor del prudentísimo diocesano que ocupaba esta Silla al tiempo de la aparicion, dijo con mucho fundamento al hablar del monte santo de La Saleta, el 19 de Setiembre de 1855: "Ha terminado la mision de los niños; que se dispersen en el mundo; que lleguen á ser malos cristianos; que se retracten de lo que han anunciado á todos los pueblos, ó que pisoteen todas las gracias que han recibido y recibirán aun, todo esto no podrá influir sobre el milagro de la aparicion, que es cierto, está probado canónicamente, y jamás podrá combatirse con razones formales."

Si; podrá el diablo sitiarse y atacar á Maximino y Melania, podrá, si se quiere triunfar de ellos, pero su triunfo será de ninguna consecuencia al frente de lo hecho por la Iglesia descubriendo y sancionando la verdad.

#### ADVERTENCIA.

*En todas las poblaciones de Europa en que se dá culto á Nuestra Señora de La Saleta, se ha establecido el método de novenas para obtener gracias particulares, y el de la misa especial para obtener el perdón de las blasfemias, la santificación del día festivo y la observancia del ayuno y la vigilia. Esas novenas las hacen en sus casas y en las Iglesias las personas que no van al monte santo; y apenas hay un enfermo curado con el agua prodigiosa que no haya hecho por sí ó por medio de alguno de su familia la novena: generalmente han bebido un poco de esta agua en cada día de la novena. Para ello la mandan los misioneros, cuando se les pide, á todas partes.*

## ESCRITOS QUE SE HAN TENIDO PRESENTES,

Y DE LOS CUALES SE HA TOMADO TODO LO RELATIVO  
A LA APARICION.

1. *Historia ó viaje à La Saleta*: por el Sr. Obispo de La Rochelle.
2. *Manual del Peregrino de Nuestra Señora de La Saleta*: por el gran Vicario Sr. Rousselot.
3. *Verdad sobre el acentecimiento de La Saleta*: por el mismo Sr. Rousselot.
4. *La Saleta meditada*: por el presbítero Taulier.
5. *El triunfo de María y la montaña de La Saleta*: documentos publicados por los Sres. Obispos de Birmingham y Grenoble.
6. *Grito de perdon y misericordia à Nuestra Señora de La Saleta*: por el presbítero Viard.
7. *El Por qué yo creo en La Saleta*: por el presbítero Barthe.
8. *La Saleta ante la razon y el deber de un católico*: por el Sr. Amadeo Nicolás.
9. *Cánticos de las peregrinaciones à Nuestra Señora de La Saleta*.
10. *Peregrinacion à la Saleta*: por el químico señor Similien.

Todos están publicados en Francia y en Bélgica, previa revision y aprobacion de los reverendos diocesanos.

